



Por la autora de *Crónicas del mago negro*

TRUDI
CANAVAN

LA
RENEGADA

LA ESPÍA TRAIIDORA, II

Lectulandia

Lorkin, hijo de la maga negra Sonea, ya lleva tiempo viviendo con los Traidores (la sociedad secreta oculta en un lugar remoto de las montañas de Sachaka), se esfuerza en aprender todo lo que pueda sobre estos rebeldes y su singular tipo de magia. Pero la mayoría de los traidores se muestran reacios a intercambiar sus conocimientos secretos. El joven mago supone que este recelo se debe al miedo a desvelar su existencia al resto del mundo, aunque existen indicios de que tal vez estén tramando algo de gran trascendencia.

En Imardin, Sonea intensifica la búsqueda del mago rebelde; sabe que su amigo Cery no podrá eludir a este asesino para siempre.

Y en la Universidad dos novicias están a punto de recordar al Gremio de los Magos que a veces su peor enemigo se encuentra en su propio seno.

Lectulandia

Trudi Canavan

La Renegada

La espia traidora 2

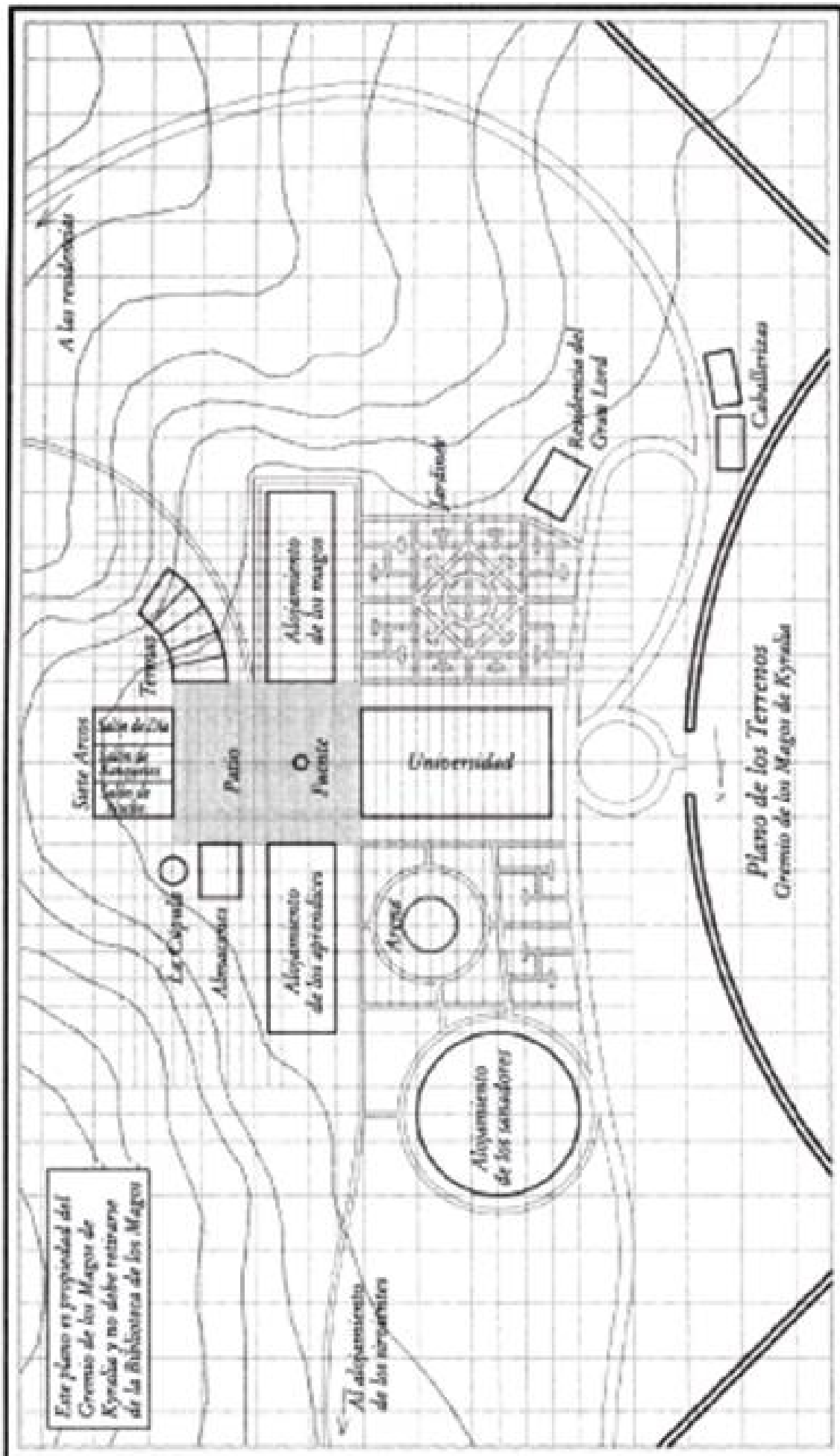
ePUB v1.2

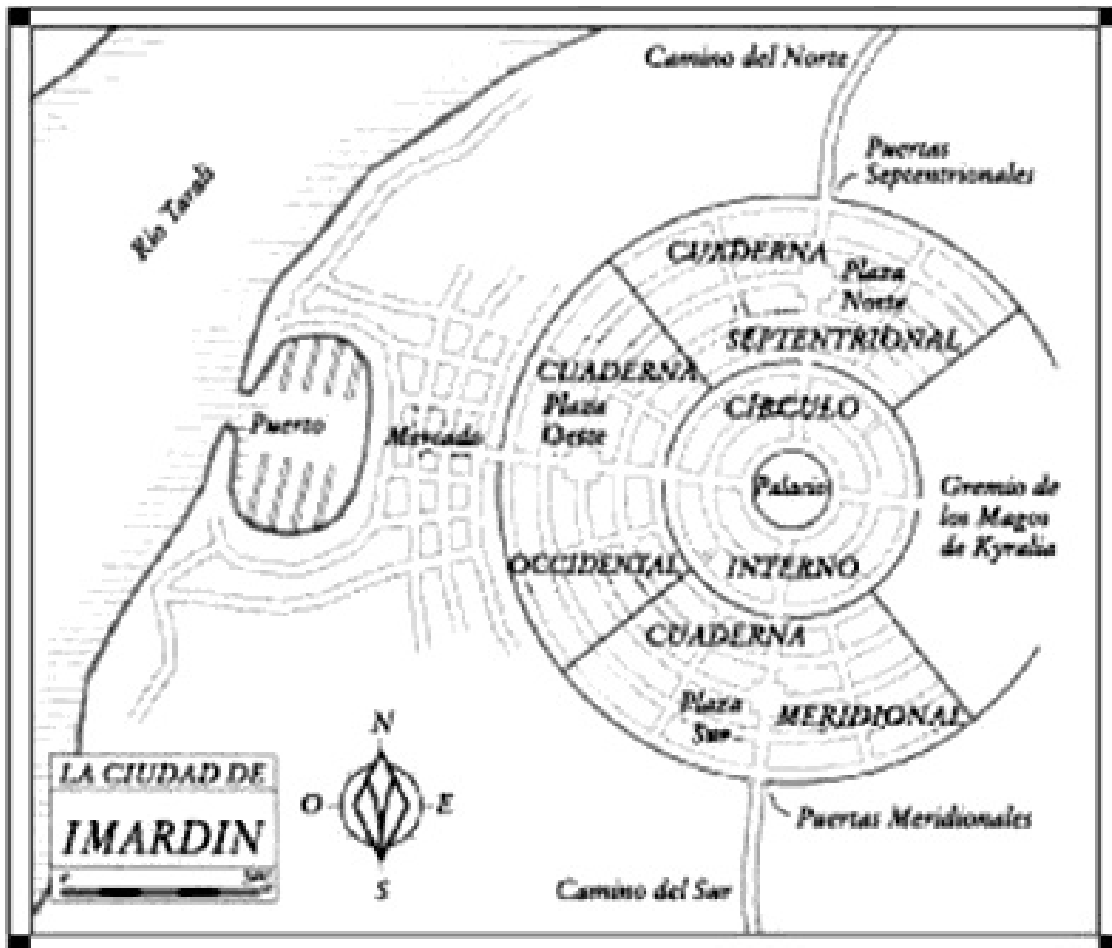
Quillito 03.12.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Rogue*
Trudi Canavan, Mayo 2011.
Traducción: Carlos Abreu Fetter, Septiembre 2012
Ilustraciones: Steve Stone
Retoque portada: Quillito

Editor original: Quillito(v1.0 a v1.2)
ePub base v2.1





PRIMERA PARTE

1

LAS CUEVAS DE LA PEDRERA

Según una tradición sachakana tan antigua que nadie recordaba dónde se había originado, el carácter del verano era masculino, y el del invierno, femenino. A lo largo de los siglos desde la fundación de los Traidores como pueblo, sus líderes y visionarias aseguraban que las supersticiones sobre hombres y mujeres —sobre todo estas últimas— eran ridículas, pero muchos de sus paisanos opinaban aún que la estación que ejercía una mayor influencia sobre su vida tenía muchas características femeninas. El invierno era implacable y poderoso, e impulsaba a las personas a unirse para sobrevivir en condiciones mejores.

En cambio, para quienes vivían en las tierras bajas y los desiertos de Sachaka, el invierno era una bendición, pues traía consigo las lluvias que necesitaban los cultivos y el ganado. El verano era riguroso, seco e improductivo.

Mientras Lorkin volvía caminando a toda prisa desde la herbería, su único pensamiento era que en el valle hacía más frío del que él esperaba. La gelidez del aire contenía una amenaza de nieve y hielo. Lorkin no tenía la sensación de haber vivido en Refugio tanto tiempo como para que el invierno estuviera tan avanzado. Solo habían transcurrido unos meses desde que había llegado a la ciudad secreta de los rebeldes sachakanos. Antes de eso había pasado una temporada en las cálidas y secas tierras bajas, huyendo en compañía de una mujer que le había salvado la vida.

«Tyvara.» Lorkin notó una opresión incómoda pero curiosamente agradable en el pecho. Respiró hondo y apretó el paso. Estaba decidido a hacer caso omiso de este sentimiento con la misma determinación con que Tyvara hacía caso omiso de él.

«No vine aquí solo porque me hubiera enamorado de ella», se dijo. Sentía que su honor lo obligaba a hablar en defensa de Tyvara ante su pueblo, pues le había salvado el pellejo. Había matado a la asesina que había intentado seducirlo y acabar con él..., pero la asesina también era una Traidora. Riva actuaba en nombre de una facción que creía que él debía ser castigado porque Akkarin, su padre, el Gran Lord anterior, no había cumplido su parte del acuerdo al que había llegado con los Traidores hacía muchos años. Ninguno de los miembros de la facción había reconocido haber dado a Riva la orden de matarlo. Admitirlo habría equivalido a confesar que habían obrado en contra de los deseos de la reina, por lo que habían asegurado que todo había sido una iniciativa de Riva.

«Son rebeldes dentro de un pueblo de rebeldes», pensó Lorkin.

Aunque su defensa de Tyvara quizá la había salvado de la ejecución, ella no se había quedado sin castigo. Tal vez eran las tareas que la familia de Riva le había impuesto las que la mantenían apartada de él. Fuera cual fuese el motivo, Lorkin

había soportado la soledad de un forastero que apenas conocía a nadie.

Estaba a punto de llegar al pie de la pared del precipicio que rodeaba el valle. Cuando alzó la vista hacia las ventanas y puertas talladas en aquel lado del valle, Lorkin supo que habría ocasiones en que se sentiría atrapado en ese lugar. No por la crudeza del invierno, que lo obligaría a permanecer bajo techo, sino porque, en su calidad de extranjero que conocía a grandes rasgos la ubicación de la ciudad de los Traidores, jamás le permitirían que se marchara.

Al otro lado de las puertas y ventanas había habitaciones suficientes para albergar la población de una ciudad pequeña. Las había de tamaños diversos, desde huecos reducidos hasta espacios tan grandes como el Salón Gremial. En su mayor parte, no penetraban mucho en la pared de piedra, pues en el pasado se habían producido temblores de tierra y hundimientos, y la gente se sentía más cómoda si vivía lo bastante cerca del exterior para poder salir corriendo en poco tiempo.

Algunos pasadizos conducían a zonas mucho más profundas. Eran los dominios de las magas Traidoras, las mujeres que, pese a que sostenían que aquella era una sociedad igualitaria, gobernaban la ciudad. Tal vez no les importaba vivir en las entrañas de la tierra porque podían valerse de la magia para no morir aplastadas a causa de un derrumbamiento. «O quizá les guste permanecer cerca de las cuevas donde se elaboran las piedras y los cristales mágicos.»

Este pensamiento le provocó a Lorkin un cosquilleo de emoción. Se apoyó la caja que llevaba sobre el otro hombro y atravesó el arco de entrada a la ciudad con grandes zancadas. «A lo mejor esta noche lo averiguo.»

Los pasadizos de la ciudad estaban muy transitados, pues los trabajadores se dirigían a casa con sus familias. En cierto momento, los hijos de dos Traidores que se habían detenido a charlar se interpusieron en el camino de Lorkin.

—Con permiso —dijo él de forma automática mientras se abría paso entre ellos.

Tanto los adultos como los niños lo miraron, divertidos. Los modales kyralianos desconcertaban a todos los sachakanos. Los ashakis y sus familias, los habitantes libres y poderosos de las tierras bajas, se sentían demasiado superiores para expresar gratitud por los servicios de otros, y dar las gracias a los esclavos por hacer lo que no tenían más remedio que hacer les parecía ridículo. Aunque los Traidores no practicaban la esclavitud y en teoría su sociedad era igualitaria, no habían desarrollado un sentido de la urbanidad. Al principio, Lorkin había intentado comportarse como ellos, pero no quería perder la cortesía hasta el extremo de que sus compatriotas lo consideraran grosero si algún día regresaba a Kyralia.

«Me da igual que los Traidores piensen que soy un bicho raro. Eso es mejor que ser desagradecido o huraño.»

Tampoco es que los Traidores fueran antipáticos o de trato frío. Tanto los hombres como las mujeres se habían mostrado sorprendentemente cordiales. Algunas

de las mujeres incluso habían intentado llevárselo a la cama, pero él había rehusado cortésmente. «Puede que sea un tonto, pero aún no me he dado por vencido con Tyvara.»

Cerca de la sala de asistencia, la versión local de un hospital, donde él trabajaba casi todos los días, aflojó la marcha para recuperar el aliento. Lo dirigía la portavoz Kalia, líder no oficial de la facción que había ordenado la ejecución de Lorkin. Él no quería que Kalia pensara que había vuelto a toda prisa por alguna razón, o que necesitaba terminar su turno a la hora. Si a ella le daba la impresión de que estaba ansioso por marcharse, le buscaría alguna tarea para retrasarlo. En cambio, si no tenía mucho que hacer, evitaba quedarse sentado descansando, pues sabía que de lo contrario Kalia encontraría alguna ocupación para él, a menudo algo desagradable e innecesario.

Por otro lado, si entraba con aire despreocupado, como si tuviera todo el tiempo del mundo, quizá ella lo castigaría por eso también. Así que adoptó su actitud serena y estoica habitual. Cuando Kalia lo vio, puso los ojos en blanco y le quitó la caja de las manos con magia.

—¿Por qué nunca se te pasa por la cabeza usar tus poderes? —suspiró, dándole la espalda para llevar la caja al almacén.

Él fingió no haber oído su pregunta. A ella no le interesaría saber que lord Rothen, el viejo profesor de Lorkin en el Gremio, sostenía que un mago no debía sustituir todo esfuerzo físico por la magia, pues podía volverse débil y enfermizo.

—¿Quiere que la ayude con eso? —preguntó.

La caja estaba llena de hierbas que se utilizarían para elaborar remedios, y él deseaba conocer la receta de algunos de ellos.

Ella lo miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—No. Tú vigila a los pacientes.

Lorkin se encogió de hombros para disimular su desilusión y se volvió para echar un vistazo a la sala principal. Todo estaba prácticamente igual que aquella madrugada, cuando él había comenzado su jornada de trabajo. Las camas estaban dispuestas en filas. No había muchas ocupadas. Unos pocos niños se recuperaban de enfermedades o lesiones típicas de la infancia, y una anciana se reponía de una fractura en el brazo. Todos dormían.

La idea de ponerlo a trabajar en la sala de asistencia se le había ocurrido a Kalia, y él estaba seguro de que lo había hecho para poner a prueba su determinación de no enseñar a los Traidores a sanar por medio de la magia. Por el momento, no habían llegado pacientes con dolencias o heridas que pudieran ser mortales a menos que él las curara con magia, pero era algo que sucedería tarde o temprano. Cuando ocurriera, él preveía que Kalia encendería los ánimos de los demás contra él. Tenía un plan para contrarrestar el de Kalia, pero detrás de su aspecto y comportamiento

maternales había una mente astuta. Era posible que ella hubiese adivinado ya sus intenciones. A Lorkin no le quedaba más que esperar a ver qué sucedía.

En aquel momento no podía esperar. Necesitaba estar en otro sitio. Se le hacía cada vez más tarde, así que siguió a Kalia al interior del almacén.

—Por lo visto tiene usted mucho trabajo —observó.

—Así es —dijo ella sin alzar la vista hacia él—. Pasaré la noche en vela.

—No pegó ojo anoche —le recordó Lorkin—. Eso no es bueno para usted.

—No seas idiota —espetó ella, fulminándolo con la mirada—. Puedo arreglármelas perfectamente sin dormir. Hay que hacer esto ahora. Y debe hacerlo alguien que sepa lo que se trae entre manos. —Apartó los ojos de él—. Vete. Tómate la noche libre.

Lorkin no le dio la menor oportunidad de cambiar de idea. Se sonrió, divertido, mientras salía de la sala de asistencia. Los sanadores del Gremio sabían lo perjudicial que era la falta de sueño para el organismo porque sus poderes les permitían percibir los efectos. Los Traidores, como no sabían sanar con magia, nunca habían caído en la cuenta de su error y creían que dormir bien era un lujo innecesario.

Él no había intentado convencerlos de lo contrario, pues recordarles lo que no sabían habría sido una falta de tacto. Muchos años atrás, su padre había prometido a los Traidores que les enseñaría la sanación mágica si ellos le revelaban a cambio el secreto de la magia negra, pese a que no contaba con la autorización del Gremio para transmitir dicho conocimiento y, lo que era más importante, la magia negra les estaba prohibida a los magos del Gremio.

Por aquel entonces, muchos niños Traidores habían contraído una enfermedad mortal, y la técnica de la magia sanadora habría podido salvarlos. La magia negra había permitido a Akkarin escapar de los ichanis que lo habían esclavizado y regresar a Kyralia, pero nunca había vuelto a Sachaka para cumplir su parte del trato. Desde que se había enterado de la promesa rota de su padre, Lorkin había barajado varias explicaciones posibles. Akkarin sabía que el hermano del ichani que lo había sometido a la esclavitud planeaba invadir Kyralia. Quizá se había sentido obligado a lidiar primero con esta amenaza. Tal vez no podía poner al Gremio sobre aviso sin revelar que había aprendido magia negra, a pesar de la prohibición. Posiblemente le había parecido demasiado peligroso regresar solo a Sachaka, donde corría el riesgo de que los ichanis lo capturaran de nuevo o el hermano de quien había sido su amo se vengara de él.

Quizá nunca había tenido la intención de mantener su palabra. Después de todo, cuando por fin le ofrecieron su ayuda, los Traidores ya conocían su terrible situación desde hacía un tiempo, mientras que socorrían continuamente a otros —sobre todo a mujeres de Sachaka— sin pedirles nada a cambio. Que no hubieran ayudado a Akkarin a recuperar la libertad hasta que vieron un posible beneficio en ello

demostraba sin lugar a dudas lo despiadados que podían ser.

Los pasadizos prácticamente se habían vaciado, lo que permitió a Lorkin avanzar más deprisa e incluso arrancar a trotar cuando no había nadie alrededor que pudiera verlo. Si algún miembro de la facción de Kalia se percataba de que tenía prisa, quizá iría a contárselo.

La vida en aquel lugar no hacía honor a la sociedad pacífica o incluso justa que Tyvara le había descrito, a pesar de los principios de igualdad que profesaban los Traidores. «Aun así, las cosas funcionan mejor que en muchos otros países, sobre todo que en el resto de Sachaka. No practican la esclavitud, y el trabajo se asigna a las personas en función de sus habilidades y no según un sistema de clases heredado. Quizá traten a los hombres de manera distinta que a las mujeres, pero también lo hacen las otras culturas, a la inversa. La mayor parte de las culturas tratan a las mujeres mucho peor que las Traidoras a los hombres.»

Pensó en el amigo más reciente e íntimo que tenía en Refugio, un hombre llamado Evar, con el que había quedado aquella noche. El joven Traidor se había acercado a él por curiosidad, pues era el único otro mago varón de Refugio que aún no se había emparejado con una mujer. Lorkin había descubierto que su primera impresión sobre la posición que ocupaban los magos varones en la sociedad local era errónea: había supuesto que si había hombres magos, era porque los Traidores les ofrecían las mismas oportunidades de aprender magia que a las mujeres. Lo cierto era que todos los magos varones del lugar eran natos; personas cuyos poderes mágicos se habían manifestado de forma espontánea, lo que obligaba a las magas Traidoras a elegir entre instruirlos o dejarlos morir cuando perdieran el control sobre su energía. En todos los demás casos, los conocimientos de magia estaban vedados a los hombres.

No obstante, los pocos afortunados que eran natos tampoco gozaban de los mismos derechos que las mujeres. A ellos no les enseñaban magia negra. Era una forma de garantizar que hasta las magas más débiles fueran más poderosas que los hombres, pues podían incrementar su fuerza absorbiendo la magia de otras personas.

«Sería interesante saber... si me habrían permitido entrar en Refugio si hubiera estado iniciado en la magia negra.»

No reflexionó más sobre ello, pues había llegado por fin a su destino: el «dormitorio masculino», una habitación espaciosa en la que se alojaban los Traidores varones que eran demasiado mayores para vivir con sus padres pero que aún no habían sido elegidos como compañeros por una mujer.

Evar estaba conversando con dos hombres, pero se apartó de ellos cuando vio entrar a Lorkin. Como la mayoría de los Traidores varones, era delgado y de huesos finos, a diferencia del típico sachakano libre de las tierras bajas, más bien alto y ancho de espaldas. Lorkin se preguntó, no por primera vez, si los hombres Traidores

habían empequeñecido a lo largo del tiempo para adaptarse mejor a su categoría social.

—Evar —dijo Lorkin—. Siento llegar tarde.

Evar se encogió de hombros.

—Comamos algo.

Lorkin titubeó y luego lo siguió a la zona de preparación de alimentos, donde uno de los hombres había cocido una olla de sopa humeante para la cena de todos. Aquello no entraba en lo previsto. ¿Había vuelto Lorkin demasiado tarde? ¿Había cambiado de planes Evar?

—¿Al final daremos ese paseo que propusiste? —dejó caer Lorkin intentando aparentar la mayor despreocupación posible.

Evar asintió.

—Sí, si todavía quieres. —Se inclinó hacia él—. Algunas de las pedreras tienen que trabajar hasta tarde —murmuró el joven mago—. Hay que darles tiempo para que terminen y se vayan.

Lorkin sintió un nudo en el estómago.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó mientras se acercaban a una de las largas mesas para comer y se sentaban a cierta distancia de los hombres que ya estaban cenando.

Evar masticó y tragó antes de dedicar a Lorkin una sonrisa tranquilizadora.

—Nada de lo que voy a enseñarte es secreto. Cualquiera que quiera echar una ojeada puede hacerlo, siempre y cuando vaya acompañado de un guía, guarde silencio y no estorbe.

—Pero es que yo no soy cualquiera.

—Se supone que eres uno de nosotros. La única diferencia es que a ti te han dicho que no puedes marcharte. Si yo intentara irme, bueno, dudo que pudiera llegar muy lejos sin permiso, y no es probable que me lo concedieran. No les gusta que haya muchos Traidores fuera de la ciudad. Cada espía constituye un riesgo, aun con una piedra que bloquee la lectura mental. ¿Qué pasaría si uno de ellos sujetara la piedra en la mano y alguien se la cortara?

Lorkin torció el gesto.

—Aun así, dudo que a nadie le haga gracia que yo entre allí —comentó, volviendo al tema anterior—, o que tú me lleves.

Evar tomó el último bocado de su cena.

—Seguramente no, pero mi querida tía Kalia me adora. —Aunque Lorkin nunca había visto a Kalia charlar informalmente con Evar, era cierto que parecía tenerle aprecio a su sobrino—. ¿Vas a acabarte eso?

Negando con la cabeza, Lorkin empujó los restos de su cena hacia un lado. Estaba demasiado nervioso para seguir comiendo. Evar contempló el tazón medio lleno con

el entrecejo arrugado y, sin decir una palabra, lo cogió y apuró su contenido. Puesto que las tierras para cultivos y para el ganado eran limitadas, los Traidores no veían con buenos ojos que se desperdiciaran alimentos. Además, Evar siempre tenía hambre. Se pusieron de pie, lavaron y guardaron los utensilios que habían empleado y salieron del dormitorio masculino. Lorkin notó que el estómago se le retorció y se le revolvió a causa de la ansiedad, pero al mismo tiempo estaba lleno de impaciencia y expectación.

—Iremos por una de las entradas traseras —musitó Evar—. Así será menos probable que alguien te vea entrar.

Mientras atravesaban la ciudad, Lorkin meditó sobre lo que esperaba averiguar. El Gremio había sostenido durante siglos que no existían objetos mágicos reales, solo cosas normales con una integridad estructural o unas propiedades mejoradas —como edificios reforzados por medio de la magia, o las paredes luminosas de la universidad— que se debían a que estaban hechas de un material en el que la magia actuaba con lentitud y por tanto seguía produciendo efecto mucho tiempo después de que el mago dejara de trabajar en ellas. Ni siquiera las «gemas de sangre» de vidrio podían considerarse objetos mágicos. Aunque canalizaban la comunicación mental entre el portador y el creador impidiendo que otros magos la oyeran, no contenían magia.

Sospechaba que algunas de las gemas de Refugio sí la contenían. En su mayor parte eran como gemas de sangre en el sentido de que se trataba de piedras que transformaban la magia que se les infundía con un propósito determinado. Otras parecían encerrar en sí una magia lista para ser utilizada de alguna manera. Todos los Traidores que se aventuraban a salir de su ciudad secreta llevaban una piedra diminuta insertada bajo la piel que no solo les permitía proteger su mente si un mago sachakano se la leía, sino también proyectar pensamientos inocentes e inoivos. Los pasillos y las habitaciones de la ciudad estaban iluminados por gemas que despedían luz. En la sala de asistencia en la que Lorkin atendía a los enfermos había varias piedras con propiedades útiles, desde emitir un brillo tenue o producir una vibración suave que aliviaba los dolores musculares hasta cauterizar heridas.

Si la información que contenían los documentos históricos que Lorkin y Dannyl habían descubierto era correcta, entonces era posible que una gema almacenara una cantidad enorme de magia. En Arvice, la capital de Sachaka, había habido una de estas piedras de almacenaje muchos siglos atrás. Según Chari, una mujer que había ayudado a Lorkin y a Tyvara a llegar a Refugio sanos y salvos, los Traidores habían oído hablar de las piedras de almacenaje, pero no sabían cómo elaborarlas. Quizá era cierto, o quizá ella había mentido para proteger a su pueblo.

Si el conocimiento sobre cómo crear las piedras de almacenaje se conservaba aún, podía ahorrar al Gremio la necesidad de permitir que algunos magos aprendieran magia negra por si volvía a producirse una invasión de magos sachakanos. En vez de

ello, podrían almacenar magia en las piedras y utilizarlas para la defensa del país.

Por eso Lorkin iba a visitar las cuevas de las pedreras, pese a los riesgos que esto implicaba. No quería aprender a fabricar las piedras, sino confirmar que tenían el potencial que esperaba. Entonces tal vez podría negociar un intercambio de información entre el Gremio y los Traidores: la elaboración de piedras a cambio de la sanación mágica. El trueque sería beneficioso para ambos pueblos.

Él sabía que le costaría mucho esfuerzo convencer a los Traidores de que consideraran siquiera esta posibilidad. Como llevaban siglos ocultándose de los ashakis, protegían celosamente la seguridad de su ciudad secreta y su estilo de vida. Tenían prohibida la comunicación mental, pues podía atraer una atención no deseada hacia la ciudad. Los únicos Traidores a los que se permitía entrar y salir del valle eran espías, con pocas excepciones.

Sin embargo, mientras seguía a Evar, adentrándose en la red de galerías subterráneas, a Lorkin empezó a preocuparle que fuera demasiado pronto para visitar las cuevas. No quería dar a los Traidores motivos para desconfiar de él.

Por otro lado, por su condición de forastero, tal vez nunca se fiarían de él por completo. Solo necesitaba ganarse la confianza suficiente para persuadirlos de que comerciaran con el Gremio y las Tierras Aliadas. «Quizá acaben por caer en la cuenta de que no me han prohibido oficialmente visitar las cuevas y reparen su error. Debo aprovechar esta ocasión.»

Evar tenía una opinión distinta: «Los Traidores tomamos nuestras propias decisiones o, mejor dicho, no nos gusta que otros decidan por nosotros. Si quieres que hagamos algo, tienes que hacernos creer que la idea se nos ha ocurrido a nosotros mismos. Si alguien nos sorprende curioseando en las cuevas, al menos será una manera de recordar a todos que poseemos algo que podría interesar al Gremio a cambio de la sanación mágica».

—Hemos llegado —anunció Evar, volviendo la cabeza hacia atrás para mirar a Lorkin.

Habían estado recorriendo un pasadizo tan angosto que no podían caminar el uno al lado del otro. Evar se había detenido junto a una abertura lateral. Por encima del hombro de su amigo, Lorkin vio una sala bien iluminada. El corazón le dio un vuelco.

«¡Hemos llegado!»

Evar le hizo una seña para que lo siguiera y pasó al interior de la sala. Avanzando tras él, Lorkin paseó la vista por aquel espacio inmenso. Cuando posó la mirada en las paredes, inspiró bruscamente.

Estaban recubiertas de gemas centelleantes de colores vivos. Al principio le pareció que estaban distribuidas de forma aleatoria, pero al fijarse en las zonas de color se percató de que había franjas, volutas y manchas de tonos similares. Se dio la vuelta para contemplar la pared que tenían detrás y advirtió que había piedras de

tamaños diversos, desde partículas diminutas hasta cristales tan grandes como la uña de su pulgar.

Era precioso.

—Aquí hacemos las piedras de luz —le dijo Evar, indicándole con un gesto que se acercara y encaminándose hacia una sección resplandeciente de la pared—. Son las más fáciles de fabricar, y salta a la vista si están bien hechas o no. Ni siquiera hace falta una piedra de duplicación.

—¿Una piedra de duplicación? —repitió Lorkin.

Evar ya las había mencionado antes, pero Lorkin no tenía muy claro para qué servían.

—Mira, te enseñaré una. —Evar cambió de dirección bruscamente y guió a Lorkin hacia una de las numerosas mesas que había en la sala. Abrió una caja de madera en la que había una gema sobre una almohadilla de una fibra sedosa y fina—. Para hacer piedras de luz basta con grabar en las gemas que están creciendo el mismo pensamiento que se usa para generar una luz mágica. Pero en el caso de las piedras para usos más complicados, es más fácil coger una que ya ha crecido de forma adecuada y proyectar la pauta en su interior. Esto permite reducir los fallos y el número de piedras defectuosas, y también cultivar varias piedras a la vez.

Lorkin asintió. Señaló otra zona.

—¿Y esas piedras qué función tienen?

—La de crear y mantener una barrera. Se utilizan para detener temporalmente un curso de agua o evitar derrumbamientos de rocas. Echa un vistazo a esto. —Se aproximaron a una pared de minúsculos cristales negros—. Serán bloqueadores mentales. Su elaboración lleva mucho tiempo porque es muy complicada. Resultaría más fácil si solo tuvieran que bloquear los pensamientos del portador, pero también tienen que permitirle proyectar los pensamientos que la persona que le lee la mente espera percibir, para engañarla de forma que no sospeche nada. —Evar observó las pequeñas piedras con admiración—. No los inventamos nosotros. Solíamos comprarlos a las tribus dúneas.

La advertencia de Dannyl de que los Traidores habían robado al pueblo dúneo el secreto para fabricar piedras mágicas le vino a la mente a Lorkin. Tal vez esto solo reflejaba el punto de vista de los dúneos. Quizá se trataba de otro acuerdo que había salido mal, como aquel que su padre había establecido con los Traidores.

—¿Seguís comerciando con ellos? —preguntó.

Evar sacudió la cabeza.

—Superamos sus conocimientos y técnicas hace siglos. —Miró hacia su derecha—. Estas son algunas de las piedras que desarrollamos nosotros. —Se acercaron a una zona de gemas grandes, cuya superficie relucía con una iridiscencia que recordó a Lorkin el interior de las conchas exóticas pulidas—. Son piedras de llamada. Al

igual que las gemas de sangre, nos sirven para comunicarnos a distancia, pero solo con las piedras junto a las que crecieron. Como es difícil llevar un control de las que tienen un vínculo entre sí, no podemos dejar de fabricar gemas de sangre.

—¿Y por qué querríais dejar de fabricarlas?

Evar le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿No conoces sus puntos débiles?

—Bueno... Deja que lo adivine: ¿el creador de estas otras piedras no ve en todo momento los pensamientos del portador?

—Así es, y la gema no recibe todos los pensamientos y sensaciones del usuario, solo los mensajes que este envía.

—Eso supone una mejora, desde luego. —Lorkin se volvió para examinar la sala. Había muchas franjas de gemas y mesas repletas de objetos orientadas hacia las paredes—. ¿Para qué sirven esas piedras? —inquirió, señalando con la mano una sección extensa.

Evar se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente. Creo que se trata de un experimento. De algún tipo de arma.

—¿Arma?

—Para defender la ciudad, si alguna vez nos invaden.

Lorkin movió la cabeza afirmativamente y se quedó callado. Cualquier pregunta sobre armas le parecería sospechosa incluso a su nuevo amigo.

—Las piedras-arma tienen que ser capaces de hacer cosas que un mago no pueda hacer por sí solo —dijo Evar—. Son para personas de habilidad o formación insuficientes, o para magos que hayan agotado su energía. Espero que ayuden a afinar la puntería al lanzar azotes. No se me daban muy bien los combates de entrenamiento, así que si algún día nos atacan, me vendrá bien toda la ayuda posible.

—Pero ¿tendrías que luchar siquiera? —preguntó Lorkin—. Según creo, en las batallas entre los magos negros, las personas de baja categoría como tú y yo solo resultan útiles como fuentes de magia adicional. Seguramente cederíamos nuestra energía a alguna maga negra y luego nos enviarían a algún sitio donde no molestáramos.

Evar asintió y miró a Lorkin de reojo.

—Sigue pareciéndome extraño que llames a la magia superior «magia negra».

—En Kyralia, el negro es un color que simboliza el peligro y el poder —explicó Lorkin.

—Eso me has dicho. —Evar apartó la vista y la paseó por la sala como buscando algo más que mostrar a Lorkin. De pronto abrió mucho los ojos y emitió un sonido bajo—. Oh, oh.

Al seguir la dirección de su mirada, Lorkin vio que una joven había entrado en la

sala por la puerta arqueada principal. Resistió la tentación de volverse para buscar la entrada pequeña de atrás; debía de estar a varios pasos de distancia, y la mujer los vería antes de que llegaran allí.

«Al parecer vamos a meternos en ese lío que Kalia quería que evitáramos.»

Al cabo de un momento, la mujer alzó la vista y reparó en su presencia. Sonrió a Evar, pero cuando posó la mirada en Lorkin, su sonrisa se desvaneció. Se detuvo y lo observó con aire pensativo antes de volverse y marcharse de la sala.

—¿Has visto bastante? Porque creo que ya va siendo hora de irnos —susurró Evar.

—Sí —respondió Lorkin.

Evar dio un paso hacia la entrada trasera y se quedó quieto.

—No, salgamos por la puerta principal. No nos conviene parecer culpables ahora que nos han descubierto.

Intercambiaron una sonrisa sombría, respiraron hondo y echaron a andar hacia el arco por el que se había alejado la mujer. Cuando estaban a punto de alcanzarlo, apareció otra mujer de aspecto furibundo. Los vio y se les acercó con grandes zancadas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Lorkin con voz imperiosa.

—Hola, Chava —saludó Evar—. Lorkin está aquí conmigo.

Ella se volvió hacia Evar.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué hace él aquí?

—Estoy enseñándole las cuevas —contestó Evar. Se encogió de hombros—. Ninguna norma lo prohíbe.

La mujer frunció el ceño y pasó la vista de Evar a Lorkin antes de fijarla de nuevo en el primero. Abrió la boca, la cerró de nuevo y una expresión de irritación asomó a su rostro.

—Puede que no lo prohíba ninguna norma —le dijo a Evar—, pero hay... otras consideraciones. Sabes lo peligroso que es interrumpir y distraer a las pedreras.

—Claro que lo sé. —Tanto el semblante como el tono de Evar denotaban seriedad—. Por eso he esperado a que las pedreras terminaran su jornada y se fueran a casa, y no he llevado a Lorkin a las cuevas interiores.

Ella enarcó las cejas.

—No te corresponde a ti decidir cuándo es el momento apropiado. ¿Has pedido permiso para realizar esta visita?

Evar sacudió la cabeza.

—Nunca había tenido que pedirlo.

Un brillo triunfal en la mirada de Chava hizo que a Lorkin se le cayera el alma a los pies.

—Pues deberías haberlo hecho —replicó—. Tengo que denunciar esta falta, y no

quiero perder de vista a ninguno de los dos hasta que las autoridades estén enteradas de lo ocurrido y decidan qué hacer con vosotros.

Cuando giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido hacia el arco, Lorkin miró a Evar. El joven sonrió y le guiñó un ojo. «Espero que tenga razón respecto a no tener que pedir permiso —pensó Lorkin mientras los dos seguían a Chava a toda prisa—. Espero también que no haya alguna norma o ley de la que nadie me ha hablado.» Las portavoces le habían indicado que se familiarizara con las leyes de Refugio y las cumpliera, y él había procurado hacerlo a conciencia.

Sin embargo, no podía estar tan despreocupado como Evar. Aunque ambos tuvieran razón, la reacción de Chava había confirmado los temores de Lorkin: había puesto a prueba la confianza de los Traidores al visitar las cuevas. Solo esperaba no haber ido demasiado lejos ni haber echado por tierra sus esperanzas de conseguir que comerciaran con el Gremio... o que lo dejaran volver a casa.

2

UNA LLEGADA INESPERADA

Dannyl dejó su pluma en la mesa, se reclinó contra el respaldo de la silla y suspiró.

«Nunca pensé que al asumir de nuevo el cargo de embajador del Gremio, esta vez en un país como Sachaka, acabaría sentado sin hacer nada, aburrido y solo.»

Como Sachaka no pertenecía a las Tierras Aliadas, no había jóvenes del lugar deseosos de ingresar en el Gremio a quienes hacer pruebas para evaluar sus poderes mágicos, ni asuntos relacionados con magos del Gremio locales de los que ocuparse, ni magos del Gremio visitantes a quienes buscar alojamiento y con quienes concertar reuniones. Solo llegaba a sus manos alguna que otra comunicación entre el Gremio y el rey o la clase dominante de Sachaka, y de vez en cuando debía resolver alguna cuestión comercial o remitirla a otra persona. Esto significaba que tenía muy poco que hacer.

Durante sus primeras semanas en Sachaka, las cosas no eran así. O, más bien, su trabajo consistía en lo mismo, pero también dedicaba mucho tiempo —sobre todo las últimas horas de la tarde— a visitar a sachakanos importantes y poderosos. Desde que había regresado tras perseguir a Lorkin y a su secuestradora hasta las montañas, prácticamente había dejado de recibir invitaciones a cenar y conversar con ashakis, la poderosa élite de Sachaka.

Dannyl se puso de pie y vaciló por un momento. A los esclavos no les gustaba que se paseara por la Casa del Gremio. Se apartaban de su camino rápidamente o lo observaban con disimulo desde detrás de las esquinas. Él los oía susurrar advertencias antes de que pasara, lo que le impedía concentrarse. Caminaba de un lado a otro para meditar, y no necesitaba que unos susurros interrumpieran sus pensamientos.

«Al final aprenderán a mantenerse alejados de mí —se dijo, saliendo de detrás del escritorio—. De lo contrario, tendré que acostumbrarme a andar en círculos en mi habitación.»

Cuando cruzó la puerta de su despacho hacia el salón principal de sus aposentos, un esclavo que estaba de pie contra la pared se postró en el suelo. Dannyl agitó la mano para indicarle que se retirara. Tras dirigirle una mirada cautelosa y calculadora, el esclavo se puso de pie a toda prisa y desapareció por el pasillo.

A paso lento, Dannyl cruzó la estancia y enfiló el pasillo. Resultaba curioso y un poco irónico que el diseño de las casas sachakanas invitara a pasearse por ellas. Las paredes rara vez eran rectas, y los corredores de la zona privada más grande del edificio serpenteaban con curvas suaves que acababan por encontrarse.

El siguiente conjunto de habitaciones era el que había ocupado Lorkin. Dannyl se detuvo por unos instantes ante la entrada principal, antes de pasar al interior.

Cualquier día llegaría un ayudante sustituto y se instalaría allí. Dannyl se acercó a la puerta del dormitorio y fijó la vista en la cama.

«Creo que será mejor que no mencione que allí yació una esclava muerta — reflexionó—. A mí me inquietaría tener que dormir aquí sabiendo eso; seguramente me pasaría la noche despierto, intentando no imaginar un cadáver tendido junto a mí.»

Descubrir el cuerpo había sido desagradable, pero había sido peor enterarse de que Lorkin se había esfumado junto con otra esclava. Al principio se había preguntado si estaba justificado el temor de Sonea de que los familiares de los invasores sachakanos que Akkarin y ella habían matado hacía más de veinte años quisieran vengarse en su hijo.

Después de interrogar a los esclavos y seguir las pistas que había encontrado con la ayuda del representante del rey de Sachaka, el ashaki Achatí, había descubierto que no era así. Las personas que habían secuestrado a Lorkin eran unos rebeldes conocidos como los Traidores. Achatí había conseguido que cinco magos ashakis se unieran a ellos en su persecución de Lorkin y su secuestradora, que los había llevado hasta las montañas; al territorio de los Traidores.

Sin embargo, un grupo formado por solo seis magos sachakanos y un mago del Gremio jamás habría podido hacer frente a los Traidores si estos los atacaban. Dannyl había caído en la cuenta de que el único motivo por el que los Traidores no se habían abalanzado sobre ellos era el riesgo de que esto diera lugar a más incursiones en su territorio. No obstante, si Dannyl y sus acompañantes hubieran estado a punto de descubrir la base de los Traidores, estos los habrían matado. Por fortuna, Lorkin se había reunido con Dannyl y le había asegurado que quería irse con los Traidores y averiguar más cosas sobre ellos.

Dannyl dio la espalda a lo que había sido la alcoba de Lorkin y salió despacio de los aposentos, notando que el desánimo se apoderaba de él. Había sido un alivio para él saber que Lorkin estaba a salvo. Incluso se había emocionado ante las esperanzas del joven de aprender técnicas de magia que el Gremio desconocía. De lo que no había cobrado conciencia era de lo incómoda que había resultado la situación para sus acompañantes ashakis.

Se habían sentido obligados a prolongar la búsqueda hasta encontrar a Lorkin. Renunciar por miedo a que los atacaran habría supuesto un duro golpe para su orgullo. Dannyl les había ahorrado la humillación al tomar él mismo la decisión. Le parecía que era lo menos que podía hacer, después de que ellos pusieran su vida en peligro por él y por Lorkin. Pero no había imaginado que esto perjudicaría su prestigio entre la élite sachakana.

El pasillo se curvaba a la izquierda. Dannyl deslizó la punta de los dedos sobre la pared enlucida de blanco y se detuvo frente a la puerta de otros aposentos. Eran para

invitados, y rara vez habían alojado a alguien durante los muchos años en que el Gremio había utilizado el edificio.

«He caído en desgracia —pensó Dannyl—, por haber abandonado la caza, por haber huido de los Traidores como un cobarde, y seguramente también por haber dejado que un mago del Gremio que estaba bajo mi responsabilidad y era mi subordinado se uniera a los enemigos del pueblo sachakano.»

En caso de que se le presentara de nuevo esta disyuntiva, él tomaría la misma decisión. Si era verdad que los Traidores practicaban un nuevo tipo de magia, y Lorkin era capaz de convencerlos de que se lo enseñaran y lo dejaran regresar a casa, sería la primera vez en varios siglos que el Gremio aumentara su bagaje de conocimientos mágicos. A su modo de ver, la magia negra no era algo nuevo; se trataba más bien de un redescubrimiento, y muchos la consideraban peligrosa y desaconsejable.

El ashaki Achatí le había asegurado que algunos valoraban el «sacrificio» de su orgullo como algo admirable y noble. Dannyl habría podido evitarlo pidiendo a sus acompañantes ashakis que lo ayudaran a tomar una decisión, con lo que habría repartido el deshonor entre todos. Sin embargo, esto habría implicado el riesgo de que el grupo decidiera seguir adelante con la persecución, lo que no habría beneficiado a nadie.

En vez de entrar en los aposentos para invitados, Dannyl continuó avanzando por el pasillo. Poco después llegó a la sala maestra, el principal espacio común del edificio. Era allí donde el propietario o la persona de mayor jerarquía en una casa típica sachakana recibía y agasajaba a sus visitas. Estas entraban desde el patio principal, donde un esclavo portero salía a su encuentro para guiarlos a través de una puerta de aspecto sorprendentemente modesto y por un pasillo corto hasta aquella sala.

Dannyl se sentó en uno de los taburetes dispuestos en semicírculo, pensando en las numerosas comidas deliciosas que le habían servido cuando estaba sentado en muebles similares en salones parecidos. A Achatí, el representante del rey, le habían asignado la función de presentar a Dannyl a personas importantes e instruirlo respecto al protocolo sachakano y sus costumbres. Resultaba interesante y a la vez un poco preocupante que aquel hombre fuera el único que todavía podía visitar a Dannyl sin incurrir en la desaprobación de los demás. ¿Era Achatí inmune a las normas sociales, o había otra explicación?

«¿Me visita porque su interés hacia mí no es solo político?»

Dannyl recordó el momento en que Achatí le había confesado que le habría gustado que entre ambos hubiera algo más que amistad. Como siempre, una mezcla de sentimientos bullía en su interior: se sentía halagado, inquieto, celoso y culpable. La culpabilidad no era de extrañar, razonó. Aunque antes de marcharse de Kyrália

estaba descontento con Tayend, su amante, y ambos se habían distanciado, no habían tomado la decisión explícita de romper.

«Sigo sin estar seguro de querer hacerlo. Tal vez sea un sentimental que se aferra a algo que solo existe en el pasado. Pero cuando me pregunto si estoy interesado en Achatí, no se me ocurre una respuesta clara. Admiro al hombre. Creo que tenemos mucho en común, la magia, nuestros intereses, nuestra edad...»

Un esclavo entró en la habitación y se arrojó al suelo. Dannyl suspiró, molesto por la distracción.

—Habla —ordenó.

—Un carruaje del Gremio está aquí. Dos pasajeros.

Dannyl se levantó de golpe, con el corazón desbocado de emoción y esperanza. Por fin había llegado su nuevo ayudante. Aunque no tenía ningún trabajo que encargarle, al menos contaría con su compañía.

—Hazlos pasar. —Dannyl se frotó las manos, dio unos pasos hacia la puerta principal y de pronto se detuvo—. Y que alguien traiga algo de comer y de beber.

El esclavo se puso de pie apresuradamente y se alejó con paso rápido. Dannyl oyó que una puerta se cerraba y unos pasos se acercaban por el pasillo de entrada. El esclavo portero entró en la sala y se dejó caer a los pies de Dannyl.

La joven sanadora que lo seguía contempló al esclavo con consternación antes de alzar la vista hacia Dannyl y dedicarle un gesto cortés con la cabeza. Él se disponía a darle la bienvenida, pero las palabras no llegaron a salir de su boca, porque su mirada se había posado en un hombre con ropa de colores chillones que había aparecido detrás de ella y examinaba la sala con ojos llenos de una curiosidad ávida.

Unos ojos que se clavaron en Dannyl y centellearon mientras una boca que le resultaba conocida se curvaba en una sonrisa.

—Te saludo, administrador Dannyl —dijo Tayend—. Mi rey me ha asegurado que el Gremio proporcionará alojamiento al embajador de Elyne en Sachaka, pero si esto supone algún problema, estoy seguro de que encontraré un hospedaje adecuado en la ciudad.

—¿El embajador de...? —repitió Dannyl.

—Sí. —La sonrisa de Tayend se ensanchó—. Soy el nuevo embajador de Elyne en Sachaka.

A pesar de que ninguna norma del Gremio prohibía ya relacionarse con delincuentes, y aunque era lógico que Sonea pidiera consejo a Cery para dar caza a un mago renegado después de que él la hubiera ayudado a capturar a otra, los dos seguían reuniéndose en secreto. Unas veces, el ladrón se presentaba de forma misteriosa en sus aposentos del Gremio, otras, ella se disfrazaba y se encontraba con él en alguna zona recóndita de la ciudad. Uno de los puntos de encuentro más seguros

había resultado ser el almacén del hospital de Ladonorte, al que se accedía por una puerta oculta desde una casa contigua que Cery había comprado.

Era menos arriesgado reunirse a escondidas porque el ladrón más poderoso de la ciudad, el mago renegado que ella intentaba atrapar, no le tenía mucho aprecio a Cery por haber ayudado al Gremio a prender y encerrar a Lorandra, su madre. Skellin seguía ejerciendo una influencia enorme sobre los bajos fondos de Imardin y estaba dispuesto a todo —y eso incluía asesinar a quienes lo perseguían— para evitar que lo capturasen también.

«Aunque no he encontrado el menor rastro de Skellin en los últimos meses.» Si bien Sonea había obtenido al fin permiso para recorrer la ciudad libremente, ninguna de sus pesquisas le había proporcionado pistas sobre el paradero del renegado. Era más probable que los hombres de Cery supieran si alguien había visto al mago renegado, pero no tenían noticias al respecto. Aunque un hombre de aspecto exótico como Skellin difícilmente habría pasado inadvertido, no habían oído ningún rumor sobre un hombre delgado de piel morena rojiza y ojos extraños.

—Mi territorio está infestado de vendedores de carroña que trabajan para él —le dijo Cery a Sonea—. En cuanto cierro una casa de braseros, ellos abren otra. Me ocupo de un vendedor, y aparecen diez más. Da igual la manera en que me ocupe de ellos; nada los desalienta.

Sonea no quiso preguntarle cómo se «ocupaba» de ellos exactamente. No creía que se limitara a pedirles amablemente que se marcharan.

—Al parecer tienen más miedo de Skellin que de ti. Sin duda eso significa que él sigue en la ciudad.

Cery negó con la cabeza.

—Es posible que haya alguien más que intimida a los vendedores en su nombre. Cuando uno tiene aliados y a suficientes personas que trabajan a sus órdenes, puede controlar su negocio a distancia. El único inconveniente es el tiempo que uno tarda en hacer llegar sus órdenes a su gente.

—¿Y si ponemos eso a prueba? Podemos crear una situación de la que Skellin tenga que encargarse en persona. Colocarlo ante una decisión que ni sus aliados ni sus empleados puedan tomar por él. Veremos cuánto tarda en producirse una reacción, y esto nos revelará si él está en Imardin o no.

Cery frunció el ceño.

—Podría funcionar. Tenemos que pensar en algo lo bastante gordo para captar su atención, pero que no ponga a nadie en peligro.

—Algo convincente. Dudo que sea fácil hacerlo caer en una trampa.

—Cierto —convino Cery—. Lo malo es que no puedo...

Sonea arrugó el entrecejo. Cery había fijado los ojos en un punto situado detrás del hombro de ella y todo su cuerpo se había puesto tenso. Se oyó un chirrido suave

procedente de la puerta que ella tenía a su espalda. Al volverse, vio que la manija giraba despacio, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

Como ella mantenía la puerta cerrada con magia, la persona que intentaba abrirla no tenía la menor posibilidad de entrar, pero, quienquiera que fuese, pretendía colarse en la habitación a hurtadillas.

—Más vale que me vaya —dijo Cery en voz baja.

Ella asintió en señal de conformidad y ambos se pusieron de pie.

—Pensemos en ello.

«¿Cuánto tiempo lleva al otro lado de la puerta la persona que está haciendo girar la manija? ¿Habría oído algo de lo que hemos dicho? —Nadie salvo los sanadores y ayudantes debía estar en aquella zona del hospital, y cualquier otra persona que merodeara cerca del almacén despertaría sospechas—. A menos que sea un sanador.» Un puñado de ellos estaba al corriente de sus entrevistas con Cery y la apoyaba, pero había otros que no y que considerarían inaceptable que ella utilizara habitaciones del hospital con este fin.

Se acercó a la puerta y esperó a que Cery se escabullera silenciosamente por la salida secreta antes de enderezarse y retirar el cierre mágico.

El pestillo emitió un chasquido, y la puerta se abrió hacia dentro. Un hombre menudo dio un paso al frente sonriendo como un demente. Cuando vio a Sonea y bajó la mirada hacia su túnica negra, su sonrisa cedió el paso a una mueca de espanto. Palideció y empezó a recular.

Pero algo lo detuvo. Algo hizo que se parara y que una expresión de esperanza enloquecida asomara a su rostro. Algo lo impulsó a dejar a un lado el miedo que le inspiraba ella y la posición que ocupaba.

—Por favor —gimió—. Necesito un poco. Dame un poco.

Una oleada de compasión, rabia y tristeza la invadió. Suspiró y, tras salir de la habitación, cerró la puerta y bloqueó la cerradura con magia.

—No la guardamos aquí —le dijo al hombre. Este la miró con fijeza, y la ira ensombreció su semblante.

—¡Mentirosa! —chilló—. Sé que tú la tienes. La guardas para desenganchar a la gente poco a poco. ¡Dámela! —Crispó los dedos a manera de garras y se abalanzó sobre ella.

Sonea lo aferró de las muñecas y contuvo su acometida aplicándole una suave presión mágica contra el pecho. Ya estaba lo bastante alterado como para agravar su desesperación inmovilizándolo por completo con magia. Vio con el rabillo del ojo algo verde que se movía. Se trataba de las túnicas de unos sanadores que habían oído los gritos del hombre y se acercaban a toda prisa por el pasillo.

Poco después, dos de los sanadores sujetaban al hombre por los brazos y se lo llevaban por el pasillo, medio guiándolo, medio arrastrándolo. Un tercer sanador se

quedó atrás y, cuando Sonea alzó la vista hacia él, el corazón le dio un brinco de alegría.

—¡Dorrien!

El hombre que le devolvió la sonrisa era unos años mayor que ella y tenía la piel curtida por muchas horas de sol. El hijo de Rothen era el sanador local de una población pequeña situada al pie de las montañas del sur, donde vivía con su esposa y sus hijas. Hacía mucho tiempo, cuando ella era aún una aprendiz, Dorrien había visitado el Gremio, y la amistad había surgido entre ellos, una amistad que habría podido convertirse en una relación amorosa. Pero él había tenido que regresar a su aldea, y ella a sus estudios. «Entonces me enamoré de Akkarin y después de su muerte no quería ni pensar en estar con otra persona.» Dorrien se había quedado en Imardin para ayudar en la reconstrucción después de la Invasión ichani, pero su aldea nunca había dejado de ser su verdadero hogar, y al final había regresado allí. Se había casado con una mujer de la localidad y había tenido dos hijas.

—Sí, he vuelto —dijo Dorrien—. Esta vez para una visita corta. —Lanzó una mirada al hombre que deliraba a causa de la droga—. ¿Me equivoco al suponer que la causa de su problema es algo llamado craña?

Sonea suspiró.

—No, no te equivocas.

—Es la razón por la que estoy aquí. Hace unos meses, un par de hombres jóvenes de mi aldea regresaron del mercado con algo de craña. Una vez que habían consumido toda la que habían comprado, se volvieron dependientes de ella. Quiero asesorarme sobre cómo debo tratarlos.

Ella le escrutó el rostro. A diferencia de los sanadores de la ciudad, no tenía prohibido «desperdiciar» su magia en tratamientos contra la droga. ¿Había intentado usar la magia sanadora para librar a los jóvenes de su hábito y había fracasado, como le había ocurrido a ella con la mayoría de los pacientes a los que había atendido en secreto?

—Acompáñame —dijo Sonea, antes de volverse y desbloquear la cerradura del almacén.

Entró tras él y cerró la puerta a su espalda. Dorrien paseó la vista por la habitación, con las cejas arqueadas, pero se sentó en la silla que Cery había ocupado antes sin hacer comentarios.

—¿Has intentado sanarlos con magia? —preguntó ella.

—Sí. —Dorrien le contó que los dos jóvenes habían acudido a él para pedirle ayuda después de darse cuenta, demasiado tarde, de que no podían permitirse la adicción a la craña, y avergonzados por haber caído en un vicio de la ciudad. Él había proyectado sus sentidos para buscar la fuente del problema en el cuerpo de los jóvenes y lo había sanado, al igual que Sonea con los pacientes que había atendido. Y,

como ella, había obtenido resultados dispares. Uno de los hermanos se había curado, y el otro seguía ansioso por drogarse.

—Mi experiencia es muy similar —dijo ella—. He estado intentando entender por qué es posible sanar a unas personas y a otras no.

Él asintió.

—Entonces, ¿qué me aconsejas para los casos en que no es posible?

—No deben volver a consumir la droga, porque el efecto puede intensificarse. Algunos de mis pacientes dicen que mantenerse ocupados les ayuda a sobrellevar el ansia. Otros beben, pero no en cantidades pequeñas; dicen que necesitan mucha bebida para que no flaquee su determinación de evitar la carroña.

—¿La carroña?

—Así llaman a la droga en la calle.

Dorrien hizo una mueca.

—Me parece bastante apropiado. —Frunció el ceño y la contempló, pensativo—. Si la magia no sirve para eliminar la adicción de otras personas, ¿serviría para eliminar la nuestra? No es que sea adicto a la craña —añadió con una sonrisa tenue.

Sonea correspondió con una sonrisa lúgubre.

—También he intentado responder a esa pregunta, pero con mucho menos éxito. Por el momento no he encontrado a ningún mago consumidor de craña que esté dispuesto a dejarse examinar. He interrogado a unos pocos, pero no he conseguido las pruebas que necesito.

—¿Para qué necesitas pruebas?

—Para convencer al Gremio de que se trata de un problema grave. El plan de Skellin de esclavizar a los magos por medio de la craña podría haber funcionado. De hecho, todavía podría funcionar.

Dorrien se reclinó en su asiento y reflexionó sobre ello. Sacudió la cabeza.

—Ya ha habido magos que han cedido al chantaje y se han dejado comprar por otros medios. ¿En qué se diferencia esto?

—Quizá solo en la magnitud del problema. Por eso es necesario investigarlo más a fondo. ¿A qué porcentaje de magos les afecta la craña? Los que no se ven afectados por ella ¿acabarán volviéndose adictos si siguen consumiéndola? ¿Hasta qué punto altera los patrones de pensamiento y de conducta?

Dorrien movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tú qué crees? ¿Cómo de grave dirías que es el problema?

Sonea titubeó al pensar en el Mago Negro Kallen. Si Cery estaba en lo cierto y Anyi había visto al mago comprar craña, el problema podía ser muy, muy grave. Pero no quería revelar lo que sabía hasta que estuviera segura de que Kallen consumía craña y tuviera pruebas de que la droga era tan perjudicial como ella sospechaba. Tal vez él estaba comprándola para otra persona. Si ella lo acusaba de ser un adicto y se

equivocaba, quedaría como una necia, y si lo desvelaba antes de demostrar que la craña era peligrosa para los magos, daría la impresión de que estaba armando demasiado escándalo por nada.

«Ah, pero desearía poder contárselo a alguien.» No se lo había dicho a Rothen, pues sabía que él querría hacer algo de inmediato. No le gustaba que Kallen la tratara como si no fuera de fiar. La instaba constantemente a vigilarlo con el mismo celo con que él la vigilaba a ella. Dorrien adoptaría la misma actitud.

—No lo sé —respondió Sonea, suspirando.

Curiosamente, la única persona a quien ella suponía que podía contárselo sin temor a que se fuera de la lengua era Regin, el mago que la había ayudado a encontrar a Lorandra. «Qué irónico que el aprendiz al que odiaba por convertir mi vida en una tortura sea ahora un mago en quien confío.» Él entendía lo importante que era hacer las cosas a su debido tiempo. Aunque ella se había reunido con Regin para hablar de la búsqueda de Skellin, no se había atrevido aún a mencionar a Kallen.

«Quizá me asusta aún más la posibilidad de que Regin no me crea y yo haga un ridículo espantoso. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Por más que intento convencerme de que ya no somos aprendices ni enemigos mortales, no puedo desterrar de mi mente la sospecha de que utilizará en mi contra cualquier debilidad que descubra. Eso es absurdo. Ha demostrado que es capaz de guardar un secreto. Me ha brindado su apoyo en todo momento.»

Sin embargo, con frecuencia no se presentaba a las citas, o llegaba tarde y parecía distraído. Sonea se temía que Regin había perdido el interés en la caza de Skellin. Quizá creía que localizar al ladrón y mago renegado era una empresa imposible. Ella misma empezaba a tener esa sensación.

Como Cery estaba obligado a permanecer oculto y sus hombres no encontraban el menor rastro de Skellin, Sonea no sabía cómo iban a encontrar al renegado, a no ser que desmontaran la ciudad piedra a piedra, algo que el rey jamás autorizaría.

El refectorio, como de costumbre, retumbaba con el entrecocar de cubiertos y platos, y las voces de los aprendices. Lilia exhaló un suspiro inaudible y renunció a intentar escuchar la conversación de sus compañeros. En vez de ello, dejó vagar la mirada por la sala.

La decoración era una extraña mezcla de refinamiento y simplicidad, de lo ornamental y lo práctico. Aunque la factura y la decoración de ventanas y paredes eran tan exquisitas como las de casi todas las grandes estancias de la universidad, los muebles eran sólidos, sencillos y robustos. Era como si alguien hubiera retirado las sillas pulidas y talladas del suntuoso comedor de la casa en la que Lilia había crecido y hubiera colocado en su lugar la mesa y los bancos de madera maciza de la cocina.

Los comensales constituían también una mezcla abigarrada. Allí había aprendices

de todas clases, desde miembros de las Casas más poderosas hasta hijos de mendigos, nacidos en las calles más sucias de la ciudad. Cuando Lilia había comenzado a asistir a clases de magia, se preguntaba por qué los finolis seguían comiendo en el refectorio si eran lo bastante ricos para contar con cocinero particular. La respuesta era que no tenían tiempo para salir del recinto del Gremio todos los días para comer con su familia. Además, se suponía que no debían salir sin permiso.

Ella sospechaba que otro factor de peso era el orgullo territorial. Los finolis llevaban siglos comiendo en el refectorio. Los plebis eran unos recién llegados. El refectorio había sido escenario de numerosas bromas pesadas entre finolis y plebis. Lilia nunca había participado en ninguna. Aunque jamás lo había declarado en voz alta, procedía del estrato superior del grupo de los plebis. Sus padres eran sirvientes de una de las familias que pertenecían a una Casa con un poder y una influencia considerables, que no estaba en lo más alto de la jerarquía política pero tampoco en declive. Podía remontarse varias generaciones atrás en su linaje y sabía para qué familia de la Casa había trabajado cada uno de sus antepasados.

Por otro lado, varios de los plebis eran de origen muy humilde: hijos de prostitutas, hijas de mendigos. Suponía que muchos eran parientes de delincuentes. Se había iniciado una especie de competición entre estos plebis por ver quién se atribuía un origen más miserable y estremecedor. Si tener por padres a unos ravis de alcantarilla hubiera sido posible, algunos habrían presumido de ello como si de un título honorífico se tratara. Los plebis que pertenecían a familias de criados se guardaban de alardear o de conceder la menor importancia a este hecho, pues podía acarrearles muchos problemas.

El odio que algunos de los plebis sentían hacia los finolis no le parecía justo a Lilia. Los patrones de sus padres trataban a sus sirvientes con dignidad. Lilia había jugado con sus hijos cuando era pequeña. Ellos se habían asegurado de que todos los hijos de sus criados recibieran una educación básica. Después de la Invasión ichani, llamaban a un mago cada pocos años para que realizara una prueba de aptitudes mágicas a todos los niños. Aunque ninguno de los suyos poseía poderes latentes suficientes para que los aceptaran en el Gremio, se habían alegrado mucho cuando Lilia y otros hijos de sirvientes antes que ella habían resultado seleccionados.

Las dos chicas y los dos chicos con los que pasaba sus ratos libres eran plebis bastante agradables. Froje, Madie y Lilia eran amigas desde que habían ingresado en la universidad. El año anterior, Froje había empezado a salir con Damend, y Madie con Ellon, de modo que Lilia era la única sin pareja. Los chicos acaparaban casi toda la atención de las muchachas, que rara vez pedían a Lilia su opinión, consejo o propuestas de cosas que hacer. Lilia se decía que era inevitable y que no le importaba demasiado, pues siempre se había sentido más cómoda escuchando sus conversaciones que interviniendo en ellas.

Su vista se posó en una aprendiz a la que llevaba mucho tiempo observando. Naki iba un curso por delante de Lilia en la universidad. Tenía el cabello negro y largo y unos ojos tan oscuros que costaba encontrar el borde de sus pupilas. Todos sus movimientos eran de lo más elegantes. Los chicos se sentían tan atraídos como intimidados por ella. Hasta donde Lilia sabía, Naki no había mostrado interés por ninguno de ellos, ni siquiera por algunos de los muchachos que a las amigas de Lilia les parecían irresistibles. Quizá se creía demasiado buena para ellos. O sencillamente era exigente a la hora de elegir sus amistades.

Ahora, Naki estaba sentada con otra chica. No hablaba, aunque la boca de la otra joven se movía sin parar. Mientras Lilia las contemplaba, la parlanchina se rió y puso los ojos en blanco. Los labios de Naki se ensancharon y afinaron en una sonrisa amable.

De pronto, sin el menor ademán que revelara lo que estaba a punto de hacer, Naki miró directamente a Lilia.

«Oh, no —pensó Lilia, notando que se le encendía el rostro a causa de la vergüenza y el sentimiento de culpa—. Me ha pillado.» Justo cuando se disponía a apartar la vista, Naki sonrió.

Lilia se quedó de piedra. Se preguntó por un instante qué debía hacer y entonces sonrió también. No hacerlo habría sido descortés. Hizo un esfuerzo por desviar la mirada. «No parece molestarle que yo la observara, pero... Qué vergüenza que me haya sorprendido mirándola.»

Un movimiento atrajo la atención de Lilia hacia donde se encontraba Naki, pero resistió la tentación de volverse en aquella dirección e intentó descifrar lo que veía con el rabillo del ojo. Una persona de cabello negro estaba de pie, cerca del banco que ocupaba Naki. Esa persona había echado a andar. Esa persona estaba caminando hacia Lilia.

«No puede ser...»

Fue incapaz de evitar que su cabeza se volviera y sus ojos miraran hacia arriba. Vio que Naki se le acercaba. Tenía la vista clavada en ella y sonreía.

Naki depositó su plato junto al de Lilia y se sentó a su lado, en el banco.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Lilia, vacilante. «¿Qué querrá? ¿Preguntarme por qué estaba mirándola? ¿Que charlemos? Si es así, ¿de qué diantres voy a hablar con ella?»

—Como me aburría, he decidido venir a ver qué estabas haciendo —explicó Naki.

Lilia no pudo contenerse y dirigió la mirada hacia la anterior acompañante de Naki. La parlanchina las contemplaba con aspecto desconcertado y un poco contrariado. Lilia echó un vistazo a sus compañeros. Las chicas parecían sorprendidas, y los chicos tenían la expresión entre temerosa y anhelante que solía

reflejar su rostro en presencia de Naki.

«Ha dicho: "qué estabas haciendo", lo que no incluye a los demás.»

Se volvió de nuevo hacia Naki.

—No gran cosa —dijo con sinceridad, y torció el gesto por lo anodino de su respuesta—. Solo estaba comiendo.

—¿De qué hablabais? —preguntó Naki, dirigiéndose a los amigos de Lilia.

—De si habíamos acertado al elegir nuestra disciplina —contestó uno de ellos. Lilia se encogió de hombros y asintió.

—Ah —dijo Naki—. Yo estuve tentada de elegir habilidades de guerrero, pero por muy divertido que sea, no me veo a mí misma dedicando toda mi vida a ello. Seguiré ejercitando mis capacidades, claro, por si algún día vuelven a invadirnos, pero he llegado a la conclusión de que la alquimia me será más útil.

—Es lo mismo que pienso yo sobre la sanación —le comentó Lilia—. Es más útil.

—Cierto, pero la sanación nunca se me ha dado muy bien —repuso Naki con una sonrisa ácida.

Conforme Naki continuaba charlando, la sorpresa de Lilia empezó a diluirse. Por algún motivo, quizá por haber sonreído a alguien que estaba en el otro extremo de la sala, o tal vez porque la parlanchina de la otra mesa era aburrida, una aprendiz hermosa y admirada estaba conversando con ella como si fuera su nueva amiga.

Fuera cual fuese el motivo, ella decidió disfrutar el momento, pues estaba convencida de que nunca se repetiría.

ACUSACIONES Y PROPUESTAS

Los tres días que habían pasado desde que Lorkin y Evar habían recibido la orden de permanecer en el dormitorio masculino hasta que las portavoces tuvieran tiempo para reunirse y decidir qué hacer con ellos habían resultado sorprendentemente agradables.

«¿Por haber hecho qué?», preguntaba Evar a todo aquel que insinuaba que serían objeto de acusaciones o castigos. Nadie sabía decir con exactitud de qué los acusarían a él o a Lorkin, lo que infundía cierta confianza a este último. «Todo el mundo sabe que no hay una sola norma, una sola ley, ni siquiera una orden, que Evar y yo hayamos incumplido. Si la hubiera, estoy seguro de que me habrían encerrado en una habitación, solo.»

A los ocupantes del dormitorio masculino todo aquel asunto les hacía mucha gracia. Puesto que la participación en el gobierno de Refugio estaba fuera de su alcance, se regodeaban con cualquier error que cometieran sus líderes, siempre y cuando dicho error no perjudicara a todos, por supuesto. Se alegraban tanto de que Lorkin y Evar hubieran puesto en ridículo a las portavoces que les habían llevado regalos y dedicaban tiempo a asegurarse de que sus nuevos héroes nunca se aburrieran.

Tres de ellos estaban enseñando a Lorkin un juego para el que se utilizaban gemas defectuosas que no habían adquirido propiedades mágicas y un tablero pintado. El juego se llamaba Piedras y lo habían elegido porque las gemas eran el motivo por el que él se había metido en líos.

Un público cada vez más numeroso revoloteaba alrededor de ellos. Un puñado de hombres hablaba con Evar, y varios más estaban dispersos por la habitación, ocupándose de sus tareas habituales o descansando. Así que, cuando el silencio se impuso de repente en la habitación, todo el mundo interrumpió lo que estaba haciendo y alzó la mirada para ver qué ocurría. Los hombres que se interponían entre Lorkin y la entrada del dormitorio se apartaron. Lorkin dirigió la vista hacia la persona que estaba de pie detrás de ellos, y notó que su corazón dejaba de latir y un cosquilleo en el estómago.

—Tyvara —dijo.

Una sonrisa fugaz bailó en los labios de ella antes de que se pusiera seria de nuevo. Se acercó a él con paso grácil, haciendo caso omiso de los hombres que no despegaban la vista de ella. Ser el objeto de la mirada de aquellos ojos hermosos y exóticos provocó que un escalofrío de placer le bajara a Lorkin por la espalda. «Oh, decididamente no me he desenamorado —pensó—. En todo caso, el tiempo que he pasado sin verla hace que me emocione aún más verla de nuevo.»

—Quiero hablar contigo en privado —dijo, deteniéndose a unos pasos de él y cruzando los brazos.

—Me encantaría —repuso él—, pero se supone que no debo salir de esta habitación. Son órdenes de Kalia.

Ella frunció el ceño antes de encogerse de hombros y recorrer el dormitorio con la mirada.

—Pues que se marchen los demás.

Observó a los hombres mientras salían, murmurando con buen humor, y advirtió que Evar no se había movido. Lo miró con los ojos entornados.

—He recibido la misma orden que él..., pero no te preocupes —explicó Evar, poniéndose de pie y alejándose—. Me quedaré en ese rincón e intentaré no oír lo que digáis.

Con una ceja arqueada, divertida, Tyvara miró cómo Evar se dirigía hacia la zona de preparación de alimentos, antes de bajar la vista hacia Lorkin.

Él sonrió. Le resultaba demasiado fácil sonreírle. Corría el riesgo de quedarse sonriendo de oreja a oreja, como un idiota. Su larga cabellera estaba limpia, y las manchas oscuras bajo sus ojos habían desaparecido. Si antes le parecía cautivadora, ahora la veía incluso más bella de lo que su imaginación la había pintado en su recuerdo.

«No me sentía así cuando viajábamos juntos —pensó—. A lo mejor estaba demasiado cansado...»

—Supongo que tendremos que conformarnos con esto —dijo ella en voz baja, descruzando los brazos.

—¿De qué quieres hablar? —consiguió preguntar él.

Ella suspiró, se sentó y le lanzó una mirada directa que le aceleró el pulso.

—¿Qué estás tramando, Lorkin?

Él sintió una vaga desilusión. «¿Qué esperaba? ¿Que me invitara a su alcoba para pasar una noche de...?» Se apresuró a ahuyentar esta idea de su mente.

—Si tramara algo, ¿por qué habría de contártelo? —replicó.

Los ojos de Tyvara relampaguearon de ira. Tras fulminarlo con la mirada, se levantó y se encaminó hacia la puerta. A Lorkin el corazón le dio un vuelco. ¡No podía dejar que se fuera tan pronto!

—¿Eso era todo lo que ibas a preguntarme? —le gritó mientras Tyvara se alejaba.

—Sí —respondió ella sin volverse.

—¿Puedo hacerte yo algunas preguntas?

Ella aminoró el paso, se detuvo y miró hacia atrás. Lorkin le hizo una seña para que se acercara. Con un suspiro, ella regresó y se dejó caer en el asiento, cruzando los brazos de nuevo.

—¿Qué quieres saber? —inquirió.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Cómo estás? —dijo en voz baja—. Hacía meses que no te veía. ¿Qué tarea te ha encargado la familia de Riva?

Ella lo contempló, pensativa, y bajó los brazos.

—Estoy bien. Preferiría estar ahí fuera haciendo algo positivo, claro, pero... —Se encogió de hombros—. La familia de Riva me ha encargado que trabaje en las alcantarillas.

Él hizo una mueca.

—Dudo que eso sea agradable o interesante.

—Es la tarea más repugnante que se les ha ocurrido, pero a mí no me importa. Para esta ciudad es tan necesaria la eliminación de residuos como la defensa, y a los esclavos se les asignan labores mucho más desagradables. Pero me aburre. Podría acabar detestándola solo por eso.

—Deberías visitarme. Intentaré entretenerte, pero no te prometo otra diversión que los errores ridículos que comete un forastero en un lugar que no conoce bien.

Ella sonrió.

—¿Ha sido duro?

Él extendió las manos a los costados.

—A veces, aunque todos han sido amables conmigo y, si bien nunca había querido ser sanador, al menos estoy haciendo algo útil.

La sonrisa de Tyvara se desvaneció y ella sacudió la cabeza.

—Jamás imaginé que te pondrían en manos de Kalia, teniendo en cuenta que te quería muerto.

—Saben que me vigilará mejor que nadie.

—Y ahora la has hecho quedar como una tonta —señaló ella.

—Pobre Kalia —comentó él sin el menor asomo de compasión.

—Te hará la vida imposible por esto.

—Ya lo hacía antes. —Lorkin alzó la vista hacia sus ojos—. No esperabas que me hiciera amigo suyo, ¿verdad?

—Te creía lo bastante inteligente para no darle motivos para azuzar a la gente contra ti.

Él negó con la cabeza.

—No conseguiré evitarlo tratando de pasar inadvertido y de no meterme en líos.

Ella lo miró, entrecerrando los párpados.

—Un muchacho kyaliano iluso no puede cambiar a los Traidores, Lorkin.

—Seguramente no, si ellos no quieren —convino él—, pero tengo la impresión de que los Traidores quieren cambiar, de que hay cambios de envergadura que forman parte de sus planes para el futuro. No soy un muchacho iluso, Tyvara.

Ella enarcó las cejas y se puso de pie.

—Tengo que irme. —Dio media vuelta despacio y se alejó.

Él la observó con ojos ávidos, esperando que su imagen quedara grabada con nitidez en su memoria.

—Ven a verme de vez en cuando —le dijo en voz muy alta.

Ella se volvió y sonrió, pero guardó silencio. Entonces se marchó.

Al cabo de un momento, los hombres empezaron a volver al dormitorio. Lorkin suspiró, miró en torno a sí y localizó a Evar, que se abría paso hacia la mesa. El joven mago se sentó con los ojos brillantes.

—Uf, qué no daría yo por perderme debajo de las sábanas con esa —musitó.

Lorkin resistió el impulso de lanzar una mirada asesina a su amigo.

—No eres el único —repuso, esperando que el muchacho captara la indirecta.

—No. La mayoría de los hombres de aquí daría cualquier cosa por pasar una noche con ella —convino Evar, que no había entendido la insinuación de Lorkin, o fingía no entenderla—. Pero es exigente. No quiere ataduras. No está lista.

—¿Lista para qué?

—Para emparejarse. No quiere dejar las misiones peligrosas, el espionaje, los asesinatos.

—¿Tener un hombre se lo impediría? Me cuesta imaginar que aquí los hombres puedan impedir algo a las mujeres.

Evar se encogió de hombros.

—No, pero cuando las mujeres pasan largas temporadas fuera, exponiéndose a que alguien las mate, saben que la situación es difícil para el hombre y, por supuesto, para los hijos. —Arqueó las cejas—. De hecho, la prudencia de Tyvara se debe seguramente a que su madre murió en una misión cuando era joven. Su padre quedó destrozado, y Tyvara tuvo que cuidar de él. Era... Oh, creo que es la hora.

Lorkin siguió la dirección de la mirada de su amigo hacia la entrada del dormitorio. Desde allí, una maga joven le hacía gestos para que se acercara. Intercambió una mirada de solidaridad con Evar.

—Creo que tienes razón —dijo—. Buena suerte.

—Lo mismo digo.

Se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Lorkin fue el primero en llegar. La mujer lo miró de arriba abajo y esbozó una sonrisita. Lorkin supuso que estaba calculando su capacidad para causarle problemas, pero no pudo evitar pensar que en realidad estaba valorando su potencial para realizar una actividad física mucho más recreativa.

—La Mesa está reunida y quiere hablar con vosotros dos. Tú serás el primero. —Señaló a Lorkin con un movimiento de cabeza—. Seguidme.

Caminaron en silencio. Las personas con las que se cruzaban apenas los miraban, lo que reforzaba la impresión de que nadie se tomaba muy en serio su visita a las

cuevas de las pedreras. Finalmente llegaron a la entrada de la Cámara de Portavoces y se detuvieron. Había siete mujeres sentadas en torno a la mesa curva de piedra situada en el extremo más bajo, pero las gradas concéntricas reservadas para el público estaban vacías. Lorkin reparó en que la silla incrustada de gemas que utilizaba la reina de los Traidores también estaba desocupada, tal como había imaginado. La anciana monarca solo participaba en las ceremonias importantes, y él dudaba que le interesara en absoluto asistir a aquella sesión.

Riaya, una mujer delgada de aspecto cansado que presidía las reuniones, lo vio y le indicó que se acercara. Lorkin dejó atrás a Evar y a la escolta y caminó hacia las portavoces. Se detuvo frente a la mesa y se volvió hacia Riaya.

—Lorkin —dijo la presidenta—, te hemos llamado a nuestra presencia para que nos expliques qué hacías en la cueva de las pedreras hace tres noches. ¿Con qué propósito entraste allí?

—Quería ver las piedras en sus distintas fases de desarrollo —respondió él.

—¿Eso es todo?

—Sí —asintió.

—¿Por qué querías ver las piedras? —inquirió una de las portavoces.

Lorkin dirigió la vista hacia ella. Se llamaba Yvali y tendía a alinearse con Kalia y la facción de los Traidores que quería que lo mataran por la deslealtad de su padre. No obstante, había advertido que no siempre los apoyaba.

—Por curiosidad —contestó—. Me habían hablado tanto de ellas, de su belleza y de la habilidad necesaria para crearlas, que quería verlas por mí mismo. Nunca había visto algo parecido.

—¿Quedó satisfecha tu curiosidad?

Él se encogió de hombros.

—Me gustaría aprender a fabricarlas, por supuesto, pero no esperaba aprenderlo con solo mirarlas. Si Evar no me hubiera asegurado que no era posible, yo no habría ido allí. Del mismo modo que ustedes respetan mi derecho a guardar en secreto los conocimientos valiosos que se me han confiado, yo respeto el suyo.

«Ya está. Esto les recordará que existe la posibilidad de un intercambio entre el Gremio y los Traidores.»

Kalia entornó los ojos y apretó los labios, pero las demás parecían más pensativas que escépticas. Al recorrer la fila de mujeres con la vista, Lorkin percibió una sonrisa muy leve en los labios de Savara, que se desvaneció en cuanto sus miradas se encontraron.

La portavoz Savara, que había sido la mentora de Tyvara, era la líder no oficial de la facción que se oponía a la de Kalia. También se le había encomendado la tarea de asegurarse de que Lorkin fuera «obediente y útil».

—¿Por qué no comunicaste a nadie aparte de Evar tu intención de visitar las

cuevas? —preguntó.

—No estaba enterado de que tenía que hacerlo.

Savara arqueó las cejas.

—Alguien que reconoce que somos los guardianes legítimos del secreto para elaborar las piedras debería ser lo bastante inteligente para deducir que no queremos que se lleven a cabo visitas a la cueva de las pedreras sin consultarnos antes.

Él agachó la cabeza ligeramente.

—Les pido disculpas. Sigo estando un poco confuso con las costumbres de Refugio, más sutiles que las de mi país. Me esforzaré más por aprender y adaptarme.

Ella soltó un resoplido apenas perceptible, pero, sin decir nada, miró a la presidenta y sacudió la cabeza. Las otras portavoces hicieron el mismo gesto, fuera cual fuese su significado, y la presidenta exhaló un suspiro suave.

—Puesto que no has quebrantado ninguna ley o norma, ni desobedecido orden alguna, no serás castigado —dijo Riaya—. La culpa es nuestra en parte por no haber previsto esta situación, pero podemos evitar que se produzca de nuevo. Lorkin —hizo una pausa y fijó en él una mirada impasible—, te ordenamos que te abstengas de entrar en las cuevas de las pedreras a menos que te acompañe una portavoz o su representante. ¿Queda claro?

Él le dedicó una ligera reverencia típicamente kyraliana.

—Del todo.

Ella asintió.

—Puedes retirarte.

Lorkin se alejó, aguantándose las ganas de sonreír, pues sabía que cualquiera que lo viera lo interpretaría como una prueba de que se traía algo entre manos, o, al menos, de que no se había tomado en serio este pequeño tirón de orejas. Entonces Evar entró en la sala, con el rostro enjuto tenso de preocupación, y las ganas de sonreír de Lorkin se esfumaron.

Cuando pasó junto a él, Lorkin le dedicó un movimiento de la cabeza que esperaba que le resultara reconfortante. El joven mago hizo una mueca, pero su mirada pareció animarse un poco ante el gesto de Lorkin. Cuando este salió al pasillo, sintió una punzada de culpabilidad por haber metido a su amigo en un lío.

«Evar sabía en qué se estaba metiendo —se recordó—. En gran parte la idea fue suya, y yo intenté disuadirlo. Ambos sabíamos que, si nos pillaban, aunque no habíamos incumplido ninguna ley, Kalia encontraría una manera de castigarnos de todos modos.»

Sospechaba que el joven mago tenía sus motivos para planear algo que irritaría a las líderes de Refugio. No cabía duda de que había cierto resentimiento o afán de venganza detrás de aquello. Cada vez que Lorkin intentaba averiguar de qué se trataba, Evar murmuraba algo sobre que las Traidoras no eran tan justas como

afirmaban.

Fuera cual fuese la razón, Lorkin esperaba que el joven hubiera obtenido la satisfacción que buscaba y que no acabara por lamentarlo.

Cuando el carruaje se detuvo con suavidad frente al palacio del rey de Sachaka, Dannyl respiró hondo y exhaló despacio. Un esclavo abrió la portezuela del vehículo y se apartó. Dannyl se apeó, dedicó un momento a alisarse la túnica y alzó la vista hacia el edificio.

Un ancho arco central se alzaba ante él. A los lados, unos muros blancos se extendían hacia fuera formando curvas amplias. Por encima, solo se alcanzaban a vislumbrar unas estrechas franjas doradas de las cúpulas achatadas que coronaban el edificio.

Dannyl enderezó la espalda, fijó la mirada en el pasillo sombrío que había al otro lado del arco y lo atravesó con decisión. Pasó entre unos guardias inmóviles, que pertenecían a una de las pocas clases de sirvientes libres de Sachaka. Dannyl supuso que era mejor contar con la protección de hombres leales y serviciales que con esclavos rencorosos y fáciles de intimidar. Los guardias que estaban obligados a arrojarse al suelo cada vez que pasara por allí un hombre o una mujer libre no serían muy útiles para repeler una posible invasión.

Como en una casa sachakana típica, el pasillo de entrada era recto y conducía a los visitantes a una sala grande concebida para recibir a los invitados. La diferencia radicaba en que este pasillo era lo bastante ancho para que pudieran recorrerlo seis hombres uno al lado del otro. Según el ashaki Achatí, los muros estaban huecos y contenían aberturas ocultas desde las que los guardias podrían lanzar flechas y dardos a visitantes no deseados. Aunque no había agujeros o trampillas a la vista, Dannyl sospechaba que las hornacinas espaciadas a lo largo del pasillo, cada una de ellas con un jarrón bellamente torneado, eran accesibles desde dentro y tenían una superficie interior que podía romperse en caso necesario. Al imaginar esta escena, se preguntó si los guerreros que se situaran entre las paredes dejarían los jarrones a un lado con cuidado o los tumbarían para apartarlos de su camino.

La otra característica que diferenciaba el palacio de una mansión sachakana humilde era que el pasillo desembocaba en una sala muy grande. Cuando Dannyl entró en el enorme salón, notó que se le erizaba el vello a causa del frío. Las paredes, el suelo y las numerosas columnas que sostenían el techo eran de una piedra blanca pulida, al igual que el trono.

Que estaba vacío.

Dannyl aflojó el paso al acercarse a la silla de piedra, intentando no mostrarse consternado o preocupado por la ausencia del monarca que lo había mandado llamar. Como de costumbre, había algunos hombres sachakanos en la sala: un grupo de tres a

la izquierda, y un hombre solitario a la derecha. Todos llevaban una chaqueta corta profusamente adornada sobre una camisa y unos pantalones lisos, el atuendo masculino tradicional de Sachaka. Todos observaban a Dannyl.

El silencio y la quietud se vieron interrumpidos por unos pasos lentos pero firmes. Todos dirigieron su atención a una puerta situada a la derecha. Los cuatro sachakanos ejecutaron una profunda reverencia cuando el rey Amakira pasó frente a ellos con grandes zancadas. Dannyl hincó una rodilla en tierra, el gesto que los kyralianos consideraban apropiado para mostrar respeto a un rey.

—En pie, embajador Dannyl —dijo el soberano.

Dannyl se levantó.

—Os saludo, rey Amakira. Es un honor que me hayáis convocado de nuevo a palacio.

El anciano rey posó en él una mirada penetrante, con expresión entre reflexiva y divertida, como si estuviera rumiando alguna idea.

—Acompáñeme, embajador Dannyl. Hay algo de lo que quiero hablar con usted, y para ello conviene que nos traslademos a un marco más acogedor.

El rey dio media vuelta y regresó con aire decidido a la entrada lateral. Dannyl lo siguió, unos pasos por detrás y hacia un lado, pues no había sido invitado a caminar junto a él. Enfilaron un pasillo y atravesaron una puerta que un guardia mantenía abierta para entrar en una habitación más pequeña. También en este caso, los muebles y la decoración eran una versión más elaborada de los que se encontraban en muchas casas sachakanas. Los armarios eran tan grandes que solo podían haber sido montados en el interior de la habitación, pues no cabían por las puertas, aunque estas permitían el paso de dos personas lado a lado. En el suelo había unos cojines con tantas piedras preciosas incrustadas que Dannyl dudaba que fueran cómodos, e incluso le daba la impresión de que sentarse en ellos podía provocar roturas en la ropa o en la piel.

—Esta es la sala de audiencias —le informó Amakira. Se sentó en un taburete y señaló otro—. Tome asiento.

—Es magnífica, majestad —se sintió obligado a comentar Dannyl, paseando la vista por los tapices y objetos preciosos exhibidos en hornacinas y vitrinas—. Excelentes ejemplos de la habilidad y la maestría de los artistas sachakanos.

—Eso mismo dijo su amigo, el embajador de Elyne. Quedó especialmente prendado de la cristalería.

La sorpresa dio paso a la irritación. ¿Cómo había logrado Tayend que el rey le concediera audiencia pocos días después de su llegada? «Supongo que es el primer embajador de un país distinto de Kyralia que se establece en Sachaka, mientras que yo no soy más que un embajador más del Gremio.» Dannyl se obligó a asentir y esperó que sus esfuerzos por disimular sus celos fueran eficaces.

—El embajador Tayend tiene afición por los objetos coloridos y recargados.

—¿Cómo le va? ¿Está aclimatándose bien?

Dannyl se encogió de hombros.

—Es muy pronto para saberlo, y hemos estado demasiado ocupados para intercambiar más que saludos.

El rey hizo un gesto afirmativo.

—Por supuesto. Me pareció un hombre ingenioso y sagaz. Estoy seguro de que su encanto y entusiasmo lo harán popular entre los ashakis.

—No me cabe la menor duda —murmuró Dannyl. Le vino a la memoria una conversación que había mantenido con Achatí durante su viaje de regreso tras la persecución de Lorkin: «Procuramos saberlo todo acerca de los embajadores que nos manda el Gremio. Y las compañías que usted frecuenta no son precisamente un secreto en Imardin». El rey debía de saber que Tayend era el ex amante y compañero de Dannyl, al igual que Achatí. Pero ¿quién más lo sabía? ¿Estaban enterados todos los hombres poderosos de Sachaka? En caso afirmativo, no debía de molestarles demasiado la preferencia de Tayend por los amantes masculinos, ya que le llovían tantas invitaciones a cenar como a Dannyl cuando acababa de llegar.

Aunque Achatí estaba actuando como consejero e introductor de Tayend, tal como había hecho con Dannyl, siempre llegaba temprano a la Casa del Gremio para charlar un rato con él. Incluso cuando Tayend participaba en estas conversaciones, Achatí prestaba casi toda su atención a Dannyl.

«Le estoy agradecido por ello. Sin embargo, es posible que tenga otros motivos para consolarme por el hecho de que Tayend me esté eclipsando. Quizá quiera demostrar que su interés no se ha desviado hacia Tayend. Recordarme su proposición.»

Achatí aún no le había preguntado si la presencia de Tayend significaba que Dannyl había retomado su relación con él. «No sé muy bien qué le responderé si me lo pregunta. Yo no consideraba que nuestra ruptura fuera oficial. Ahora que está aquí... tengo la sensación de que lo es. Tayend no se ha comportado como si estuviéramos juntos.» Dannyl lo había interpretado como una indirecta. ¿O era Tayend quien había interpretado antes su conducta como una indirecta?

Lo primero que había sentido ante la llegada de Tayend había sido fastidio. Para que no se le notara, Dannyl lo había tratado con la cortesía y formalidad que un embajador debía mostrar hacia otro. Tayend había seguido su ejemplo, lo que había hecho que Dannyl empezara a echar de menos el trato familiar y socarrón de antes. «Pese a que durante los últimos años estuvo teñido de resentimiento.»

—Mis hombres están buscando una vivienda apropiada para el embajador de Elyne —dijo el rey—. Quizá tarden unos meses en encontrarla. ¿Hay alguna razón de orden político para que el embajador no se aloje mientras tanto en la Casa del

Gremio?

Dannyl reflexionó y negó con la cabeza.

—No. —«Aunque me temo que habrá momentos en que desearé que la hubiera.»

—Si surge algún problema, no dude en comunicárselo al ashaki Achatí. Él encontrará alguna solución.

—Gracias.

—Y ahora, pasemos al asunto del que deseaba hablar con usted, embajador Dannyl. —El rey adoptó una expresión seria—. ¿Ha tenido noticia de lord Lorkin?

—No, majestad.

—¿Podría ponerse en contacto con él?

—Creo que no. —Dannyl hizo una pausa para meditar—. Tal vez con la colaboración de los Traidores. Podría pedir a los esclavos que le transmitieran...

—No, no me fío de comunicaciones transmitidas por los Traidores. Me refería a ponerse en contacto directamente con él.

Dannyl sacudió la cabeza.

—En secreto, imposible. La única forma en que podría contactar con Lorkin sin la ayuda de los Traidores sería por medio de una comunicación mental abierta, y todos los magos la percibirían.

El rey asintió.

—Quiero que encuentre una manera. Si necesita ayuda de Sachaka (la ayuda de alguien que no sean los Traidores, se entiende), Achatí se encargará de todo.

—Os agradezco vuestro interés por lord Lorkin —dijo Dannyl—, pero me convenció de que se había unido a ellos por su propia voluntad.

—Aun así, quiero que dicha conexión se establezca —manifestó el rey con firmeza. Miró a Dannyl sin parpadear—. Confío en que nos comunique toda la información que obtenga sobre los Traidores, en pago de los esfuerzos que hicieron mis hombres por ayudarle a rescatar a su ex ayudante. La cooperación entre nuestros países solo puede redundar en un beneficio mutuo.

Un escalofrío descendió por la espalda de Dannyl. «Quiere que Lorkin sea su espía.» Manteniendo una expresión neutra, asintió.

—En efecto. —«Síguele la corriente, pero sin prometerle nada», se dijo—. Lorkin sabía que al unirse a los Traidores podía acarrear un problema político al Gremio, así que propuso que lo expulsáramos oficialmente. El Gremio lo haría de mala gana, por supuesto. No hemos querido precipitarnos ni tomar esta decisión a menos que sea absolutamente necesario. Si menciono esto es porque... puede que forzarlo a colaborar con nosotros no esté a nuestro alcance.

—Los Traidores declararon que jamás le permitirían salir de su base —señaló el rey—. Eso, desde mi punto de vista, es una reclusión. Tal vez lo coaccionaron para que dijera que se unía a ellos de buen grado. Me sorprende que el Gremio no piense

hacer algo al respecto.

—Lorkin se puso en contacto con su madre por medio de un anillo de sangre antes de hablar conmigo, para asegurarme que se iba con ellas voluntariamente. Ella no detectó el menor rastro de falsedad o angustia. Luego, él me entregó el anillo de sangre —añadió Danyl—, con el fin de que yo se lo devuelva a ella.

—Me sorprende que su madre acepte este estado de cosas.

—Está afectada, como cabía esperar, pero no tiene ninguna intención de venir a Sachaka para buscarlo y llevárselo a casa, os lo aseguro.

El rey sonrió.

—Es una lástima que él no se quedara con el anillo.

—Supongo que no quería arriesgarse a que los Traidores lo registraran y lo encontrarán.

El monarca se revolvió en su asiento.

—Quiero que se las ingenie para establecer una comunicación segura con él, embajador Danyl.

Danyl movió la cabeza afirmativamente.

—Haré lo que pueda.

—Lo sé. No le entretengo más. —El rey se puso de pie y, cuando Danyl hizo lo propio, le indicó que caminara a su lado mientras se acercaban a la puerta—. Lamento que esta situación se haya producido. Deberíamos haber previsto que los Traidores dirigirían su atención hacia el Gremio en algún momento. Pero me alegro de que su ayudante siga con vida y de que no penda sobre él un peligro inmediato.

—Gracias, majestad. Yo también.

Llegaron a la puerta y salieron al pasillo.

—¿Cómo le va a lady Merria, su nueva ayudante?

Danyl esbozó una sonrisa sombría.

—Bien, y está adaptándose con rapidez. —«Ya se ha aburrido por el poco trabajo que tiene —habría querido agregar Danyl—. Quizá... quizá podría preguntarle si se le ocurre algún modo de contactar con Lorkin.»

El rey sacudió la cabeza.

—Yo le habría desaconsejado enérgicamente que aceptara a una mujer como ayudante, pues tendrá dificultades para relacionarse con los hombres sachakanos, pero también habría creído que una mujer era más susceptible de convertirse en objetivo de los Traidores, y ha quedado demostrado que no es así. Tal vez esté equivocado también respecto a las posibilidades de lady Merria de desenvolverse aquí.

—Su majestad tiene razón indiscutiblemente respecto a todos los demás asuntos, y siempre confiaré en su sabiduría, sobre todo en los temas relativos a Sachaka. Por eso asigno a lady Merria labores que no requieren que se relacione con hombres

sachakanos.

El rey soltó una risita.

—Es usted un hombre astuto. —Se detuvo frente a la puerta de la sala del trono e hizo un gesto para que Dannyl entrara solo—. Adiós, embajador.

—Como siempre, ha sido un honor y un placer hablar con vos, majestad. —Dannyl se inclinó ante él. Mientras el rey se alejaba, se volvió y entró de nuevo en la espaciosa estancia.

«Bueno, al menos ahora Merria tendrá algo que hacer. Aunque encargarle una tarea imposible como encontrar la manera de comunicarse con Lorkin sin la ayuda de los Traidores parece un poco cruel. Por otro lado, no le interesan mis estudios, y no puedo pedirle que acuda sola a la biblioteca privada de un ashaki para examinar libros por mí.»

En realidad, últimamente no lo habían invitado a ninguna biblioteca. Estaba totalmente estancado en lo que respectaba a su investigación.

Sonea se apoyó la cesta con sábanas sobre la otra cadera y se bajó la capucha de la capa de modo que le tapara más la cara. Aunque llovía y hacía un fresco que anunciaba días más crudos, ella estaba encantada. Tal vez acabaría hartándose de vagar por la ciudad disfrazada, pero por el momento saboreaba la libertad que esto le brindaba.

No muy lejos del hospital había una tintorería donde se lavaba casi toda la ropa de la institución. Hacía mucho tiempo que ella había llegado a un acuerdo con el propietario, y el establecimiento había cambiado varias veces de manos desde entonces. Los ayudantes del hospital eran quienes llevaban la ropa sucia allí, por lo que era poco probable que alguien de la tintorería la reconociera..., a menos, claro está, que ella hubiera atendido a esa persona o a alguno de sus familiares.

Se agachó antes de cruzar la puerta abierta y dejó la cesta en el suelo rápidamente. No había necesidad de hablar con nadie, y los empleados estaban acostumbrados a que los ayudantes del hospital tuvieran prisa. El comercio contiguo era una tienda de dulces, y Sonea entró en ella discretamente. Compró una bolsa de caramelos de pachi y pronunció una contraseña. La mujer de mediana edad que estaba al otro lado del mostrador le hizo señas para que se acercara a una puerta que daba a un pasadizo angosto.

Unos pasos más adelante, llamó a otra puerta. El número de golpes había sido convenido semanas atrás. Una voz dijo la palabra clave y ella entró en una habitación pequeña dividida en dos por un escritorio estrecho.

—Saludos. —Un hombre fornido se puso de pie y le dedicó la reverencia más profunda que pudo en aquel espacio reducido—. La esperan.

Sonea asintió y se acercó a una puerta lateral, rodeando el escritorio. La abrió con

magia, salió al hueco de una escalera y cerró la puerta tras sí, creando una barrera mágica a lo ancho del marco como precaución adicional.

El hombre que se encontraba en la habitación pequeña era un empleado de Cery. Hasta donde Sonea sabía, era el esposo de la mujer de la tienda de dulces. Tras bajar por un corto tramo de escaleras, Sonea entró en un cuarto no mucho más grande que el de arriba, amueblado con solo dos sillas. Cery estaba sentado en una de ellas, pero ni Gol ni Anyi ocupaban la otra.

Sonea se quitó la capucha y sonrió a su viejo amigo y a sus guardaespaldas.

—Cery. Gol. Anyi. ¿Qué tal estáis? ¿Por qué tan sonriente, Cery?

Cery rió entre dientes.

—Siempre da gusto verte vestida con algo que no sea esa túnica negra.

Ella hizo caso omiso de él y se volvió hacia Anyi y Gol. Los dos se encogieron de hombros. Parecían un poco entumecidos. Definitivamente hacía frío en aquella habitación. Ella invocó un poco de magia y la canalizó en forma de calor. Ambos guardaespaldas fruncieron el ceño, miraron en torno a sí y luego contemplaron a Sonea, pensativos. Ella sonrió y se sentó.

—Espero que hayáis pensado algún ardid para que Skellin revele si está lejos de Imardin o no —dijo posando la vista en Cery—. Porque a mí no se me ha ocurrido nada.

Él negó con la cabeza.

—Ningún ardid que no requiera la ayuda de personas de las que no me fío, o que no ponga demasiadas vidas en peligro. He perdido a muchos aliados. Incluso los que siguen tratando conmigo se aprovechan de mis problemas. Gol ha recibido varias ofertas de empleo.

—Yo también —dijo Anyi—. Esta misma tarde. De hecho, eso me ha dado una idea.

Todas las miradas se clavaron en ella. La hija de Cery parecía demasiado joven para ser guardaespaldas. Por otro lado, últimamente Sonea tenía la sensación de que la mayoría de los aprendices que se graduaban parecían demasiado jóvenes para considerarlos adultos responsables.

—Continúa —la animó Cery.

—¿Y si acepto alguna de las ofertas? —dijo Anyi con los ojos brillantes—. ¿Y si finjo que estoy hasta las narices de ser tu guardaespaldas y me he dado cuenta de que nunca llegaré a ningún sitio trabajando para el ladrón menos poderoso de la ciudad? Podría aceptar uno de esos empleos y espiar para ti.

Cery miró a su hija con fijeza. Aunque su rostro aparentemente no se inmutó, Sonea percibió unos cambios sutiles en su expresión: espanto, miedo, cautela, cavilación, culpabilidad.

—Nunca confiarán en ti lo suficiente para darte un puesto en el que puedas

averiguar algo útil —le dijo a Anyi.

«¿Por qué no le dice simplemente que no? —se preguntó Sonea. Pero Gol se volvió hacia Cery con una mirada de advertencia—. Sabe que Cery tiene que andarse con cuidado. Tal vez si Cery le para los pies a Anyi rotundamente será más probable que ella lo desobedezca.» Tal como Lorkin tendía a hacer con ella de vez en cuando.

Anyi sonrió.

—Lo harán si te traiciono —afirmó con convencimiento—. Podría indicarle a alguien dónde encontrarte, por ejemplo. Evidentemente, tú estarás avisado y podrás planear tu huida con antelación.

Cery asintió.

—Lo pensaré. —Miró a Sonea—. ¿Alguna novedad sobre Lorandra?

Al recordar a la madre de Skellin, que estaba encerrada en la Cúpula, Sonea se estremeció.

—A algunos de los magos superiores no les gusta que vaya a verla, y sospecho que el administrador Osen solo me lo permite porque cree que sería cruel que no hablara con nadie. Kallen nos dijo que ella no sabe dónde está Skellin, por lo que no entienden por qué me molesto en interrogarla. No son conscientes de que la lectura de la mente tiene sus limitaciones y que es posible que ella adivine el paradero de su hijo si se le anima a ello. Dudo que algún día me den permiso a mí para leerle la mente. —Sacudió la cabeza—. Además, yo soy la única que habla de las dos. Ella no dice una palabra.

—Sigue insistiendo —le aconsejó Cery—, aunque te sientas ridícula por hacerle las mismas preguntas una y otra vez. Eso acaba por debilitar la resistencia de las personas.

Sonea exhaló un suspiro y asintió.

—Eso si no me debilito yo antes.

Él le dedicó una sonrisa triste.

—Nadie ha dicho que interrogar sea una tarea fácil. Pero no eres tú quien está encarcelada. Seguro que está harta de llevar tanto tiempo recluida en una celda de piedra.

—No tenemos alternativa. Se habla de la posibilidad de construir una prisión en alguna parte de los terrenos del Gremio, pero eso podría llevar varios meses.

—¿Por qué no bloquean sus poderes y listo?

—Por la misma razón por la que se resistían a leerle la mente. Podría ofender a su pueblo.

Cery arqueó las cejas.

—Ella vulneró las leyes de nuestro país y conspiró con su hijo para hacerse con el poder de los bajos fondos de la ciudad y esclavizar a los magos. ¿Y al Gremio le preocupa ofender a su pueblo?

—Sí, es ridículo. Pero supongo que ella se mostrará aún menos dispuesta a colaborar si bloqueamos sus poderes.

—Quizá se muestre más dispuesta a colaborar si le dais a entender que podríais retirarle el bloqueo más tarde.

Sonea dirigió una mirada de reproche a Cery.

—¿Propones que le mienta?

Él asintió.

—Los del Gremio sois demasiado remilgados —comentó Anyi—. Todo sería mucho más fácil si no estuvierais siempre tan preocupados por las normas, por no mentir a los enemigos o por no ofender a la gente.

—Como si la vida de un ladrón fuera tan distinta —repuso Sonea.

Anyi reflexionó por un instante.

—Supongo que tienes razón, pero vuestras normas os obligan a ser condenadamente amables a todas horas. Nadie espera de un ladrón que sea amable.

—No. —Sonea sonrió—. Pero ¿no crees que las Tierras Aliadas serían bastante diferentes si no se obligara a los magos a ser amables?

Anyi arrugó el entrecejo, abrió la boca y la cerró de nuevo.

—La palabra «Sachaka» acaba de venirme a la mente —farfulló Gol.

La joven movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo a qué te refieres, pero tal vez hay momentos en los que conviene ser un poco menos amable para evitar que ocurra algo muy desagradable. Como que Skellin tome el control de la ciudad.

Anyi miró a Sonea con expectación. Esta reprimió un suspiro. «No le falta razón.» Se volvió hacia Cery.

—Volveré a hablar con ella —prometió—, pero no la engañaré a menos que no me quede otra alternativa. Hasta las traiciones más pequeñas suelen tener consecuencias nefastas.

4 DE VISITA

Lilia recogió su bolsa y se tomó un momento para contemplar su habitación. Como la mayoría de los estudiantes nuevos procedentes de las clases bajas, la había asombrado descubrir que tendría un cuarto para ella sola en el alojamiento de los aprendices. Las habitaciones no eran grandes comparadas con aquellas a las que estaban acostumbrados los finolis, por supuesto. Contenían una cama, un armario, una mesa y una silla. Los criados se encargaban de lavar la ropa de cama y las túnicas, así como de limpiar la habitación.

Ella sabía que, hacía varios años, como el número de magos había disminuido a causa de la guerra y el de los alumnos había aumentado rápidamente desde que se había decidido admitir a los plebis en el Gremio, el alojamiento de los aprendices se había llenado enseguida, por lo que se había permitido que los estudiantes de las Casas compartieran habitaciones vacías en el alojamiento de los magos.

Ya no. El alojamiento de los magos volvía a estar completo. Las habitaciones que se desocupaban se asignaban preferentemente a los plebis que estaban a punto de graduarse, pues la mayoría de los magos de las Casas tenía residencias respetables en la ciudad. También había magos plebis que utilizaban el sueldo que percibían por orden del rey para comprar o alquilar viviendas en la ciudad.

El alojamiento de los aprendices seguía siendo demasiado pequeño, por lo que el Gremio se había visto obligado a permitir que algunos de los estudiantes finolis residieran en su hogar familiar. Lilia sabía que habían tomado esta decisión a regañadientes, pues se suponía que los magos no debían meterse en política, y las Casas siempre estaban metidas en política. Apartar a los aprendices finolis de su familia ayudaba a alejarlos de ese mundo.

Naki era una de las finolis que vivían en casa. Decía que no le gustaba nada. Lilia no acababa de creerse estas afirmaciones de su nueva amiga, por lo que aceptó sin vacilar su invitación a pasar la noche allí.

«¿Lo tengo todo? —Bajó la vista a su bolsa y revisó el contenido: algunos objetos de tocador, la ropa de dormir y una túnica limpia—. Los magos no necesitamos gran cosa.»

Se volvió hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo. Advirtió consternada que las amigas de su clase pasaban por delante en ese momento. Aunque apenas le prestaban atención ahora que habían empezado a salir con los chicos, sin duda se darían cuenta si Lilia se comportaba de un modo inusual. Se le cayó el alma a los pies cuando ellas la vieron y, en cuanto se fijaron en su bolsa, sus ojos se llenaron de curiosidad.

Madie se acercó, seguida por Froje.

—¡Yep, Lilia! ¿Adónde vas?

—A casa de Naki —respondió, esperando no parecer demasiado satisfecha de sí misma.

—Vaya, vaya. Así que tienes una amiga en las altas esferas —comentó Madie, en un tono desenfadado y socarrón, para alivio de Lilia.

Froje frunció el ceño y dio un paso hacia ella.

—Ya habrás oído los rumores que corren sobre Naki, ¿no? —preguntó en voz baja.

Lilia clavó la vista en la chica. No era propio de Froje cotillear o hablar mal de alguien. Sin embargo, su expresión era más de inquietud que de malicia.

—Corren rumores sobre todo el mundo —repuso Lilia con despreocupación, y entonces se maldijo a sí misma. «Debería haberle seguido el juego para averiguar qué es lo que dice la gente. No me lo creería, pero aun así... saberlo me ayudaría a ahorrarle problemas a Naki.»

Madie sonrió.

—Bueno, luego nos dices si es cierto o no, ¿eh? —Miró a Froje y ladeó la cabeza hacia la entrada principal del alojamiento de los aprendices—. Que te diviertas —añadió, y las dos reanudaron su camino.

Lilia agarró su bolsa con fuerza y las siguió despacio, dejando que la distancia entre las chicas y ella aumentara. Al salir del alojamiento de los aprendices, vio a Naki de pie cerca de la puerta, lo que le levantó la moral de inmediato. El sol de la tarde arrancaba reflejos dorados del cabello de su amiga y hacía relucir su piel pálida. Teñía también la tez de las otras aprendices, «pero favorece a Naki más que a nadie. La mitad de los chicos que están aquí fuera no le quita los ojos de encima. No puedo creer que alguien tan bonita y popular quiera ser mi amiga».

Naki la vio y sonrió. A Lilia el corazón le dio un brinco de alegría, pero a la vez notó un cosquilleo incómodo en el estómago, como cuando Naki la había invitado a su casa. «Más vale que no haga nada que la moleste, porque, a diferencia de ella, no tengo ni la belleza ni el encanto que garanticen que siempre habrá alguien que quiera tenerme como amiga.»

—El carruaje de mi padre nos espera —dijo Naki cuando Lilia llegó junto a ella.

—¡Oh! Lo siento. Seguro que he llegado tarde.

—No, en realidad, no. —Naki se encogió de hombros y echó a andar por el jardín en dirección al sendero—. Suele enviarlo antes de tiempo. Es un fastidio, porque solo caben unos pocos carruajes delante de la universidad y siempre se produce un atasco. ¿Qué te apetece hacer esta noche? He pensado que podríamos hacernos un moño elegante.

Lilia intentó reprimir un gesto de dolor. Cuando era niña, su madre le hacía peinados elaborados, y ella odiaba los tirones, los pellizcos y el picor que le

provocaban las horquillas en el cuero cabelludo. Naki miró a Lilia y arrugó el entrecejo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Lilia percibió la incredulidad en el rostro de la otra chica—. Mi madre me lo hacía para las ocasiones especiales. Siempre me daba un tirón o me clavaba una horquilla.

—Tranquila. Te prometo que no te tiraré bruscamente de un solo pelo. Será divertido.

—Te tomo la palabra.

Naki soltó una carcajada ronca y fuerte que hizo que varios aprendices se volvieran para mirar. Siguieron charlando mientras caminaban por los jardines. Cuando doblaron la esquina de la universidad, vieron que había una multitud de carruajes frente a la entrada. Naki tomó a Lilia del brazo y la guió entre ellos. Se detuvo junto a uno y el cochero bajó de un salto para abrirles la portezuela.

La aglomeración de vehículos del exterior los retrasó durante un rato, pero Lilia apenas se dio cuenta. Estaba demasiado absorta en su conversación con Naki. Empezaron por intercambiar historias divertidas sobre roces entre amos y criados, y luego una anécdota de una sirvienta con la que Naki se había criado hizo que esta se quedara callada por un momento, mirando a Lilia con aire pensativo.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a ella. Ojalá hubierais podido conoceros.

—¿Ya no trabaja para vosotros?

—No. —A Naki se le ensombreció el rostro—. Mi padre la despidió.

«Parece el villano de todas sus historias», pensó Lilia.

—No le tienes mucho cariño, ¿verdad? —preguntó con cautela, sin saber cómo reaccionaría Naki ante una pregunta personal y seguramente delicada.

La expresión de Naki cambió de forma radical. De pronto, su mirada se volvió taciturna y sus facciones se tensaron.

—No mucho. Y él me odia. —Suspiró y sacudió la cabeza, como si intentara desterrar de ella algo malo—. Lo siento. No quería decir nada para que no te asustara la idea de conocerlo.

—No me asusto tan fácilmente —le aseguró Lilia.

—Contigo se comportará con una cortesía exquisita. Después de todo, eres miembro del Gremio. Tiene que tratarte como a una igual. Bueno, como a una aprendiz, al menos. Eso sí, a lo mejor te suelta algún sermón.

—Eso podré soportarlo.

—Y por el momento será mejor que no le digamos que vienes de una familia de sirvientes —agregó Naki, nerviosa—. Es un poco... así.

—No hay problema. Lo que importa es que tú no eres así. Te lo agradezco.

Naki sonrió.

—Y lo que a mí me gusta de ti es que no nos odias, como los demás... ya sabes.

Lilia se encogió de hombros.

—Mi familia trabaja para una familia decente y amable. Me cuesta estar de acuerdo con las personas que dicen...

—¡Mira! Hemos llegado.

Naki agitó la mano ansiosamente hacia la ventanilla del carruaje. Lilia miró al exterior, en la dirección que le señalaba su amiga. Se detuvieron frente a un edificio enorme. Ella sabía que Naki procedía de una Casa rica y poderosa, pero hasta aquel momento no había cobrado conciencia de todo lo que esto implicaba. Se debatía entre el nerviosismo y la emoción. Intentó reprimir estos sentimientos.

—No te preocupes —dijo Naki, percibiendo de alguna manera la inquietud de Lilia—. Tranquilízate y déjalo todo en mis manos.

La hora siguiente transcurrió de forma confusa, como en un sueño. Naki la guió al interior de la casa. Primero le presentó a su padre, lord Leiden, que le dio la bienvenida con una actitud distante y distraída. Luego subieron a un extenso grupo de habitaciones que pertenecían en su totalidad a Naki. Aparte del dormitorio principal, había un cuarto repleto de ropa y zapatos, y otro con un baño propio. Naki cumplió su promesa de recogerle el pelo a Lilia: primero le aplicó una crema especial con un peine y luego le puso unas horquillas lisas de plata de tal manera que no le tiraran del pelo o le irritaran el cuero cabelludo. A continuación, bajaron la escalera a toda prisa para cenar.

El padre de Naki estaba sentado a la mesa. Cuando vio todos los tipos de cubiertos distintos que había, Lilia sufrió un breve ataque de pánico. Un mensajero apareció, y lord Leiden se puso de pie. Se disculpó por dejarlas solas durante la cena y se marchó con paso rápido.

Cuando la puerta del comedor se cerró tras él, Naki le dedicó una gran sonrisa a Lilia. Sin decir una palabra, se levantó de su silla y se acercó silenciosamente a la puerta. La abrió con sigilo y escuchó. Un golpe sordo y lejano llegó hasta los oídos de Lilia.

—Se ha ido —anunció Naki—. Coge tu copa. —Asió la suya propia, que estaba llena de vino, y se dirigió hacia la puerta por la que habían entrado y salido los criados. Cuando llegó frente a ella, la puerta se abrió y una sirvienta con una bandeja sobre la que había unos cuencos pequeños se detuvo en el umbral.

—Vamos a bajar —la informó Naki. La mujer asintió antes de dar media vuelta y marcharse por donde había venido.

Lilia había conseguido coger su copa y levantarse de su asiento. Naki le hizo señas para que se acercara y avanzó en pos de la sirvienta, seguida por Lilia, a través de un pasillo corto en el que había un banco y, a un lado, unos aparadores repletos de vasijas, cubiertos y copas. La criada llegó al fondo y descendió por una escalera. Naki

se apresuró a bajar tras ella.

—Me gusta comer abajo cuando mi padre no está —explicó—. Entonces no hace falta que sirvan la comida en la vajilla de plata y puedo charlar con mis amigos.

La escalera era bastante larga, y a Lilia le dio la impresión de que estaban dos plantas por debajo del comedor. Entraron en una cocina no muy distinta de la que había en la casa donde había crecido. Tres mujeres y un niño estaban trabajando allí, con las mangas recogidas y el cabello cubierto con unos gorros que tenían orejeras que se ataban detrás de la cabeza. Lilia había usado gorros así cuando era niña.

Naki los saludó con un afecto que no pareció sorprenderlos. Después de presentarlos se acercó a una mesa vieja y desgastada, y se sentó en uno de los taburetes que había al lado. Lilia ocupó el asiento contiguo. Al escuchar las pullas que se lanzaban Naki y sus criadas, se sintió como en casa por primera vez en tres años.

«Menuda pareja formamos —pensó—. Una finolis que trata a sus sirvientes de un modo amigable y cordial, y una plebi que no odia a los ricos. —Además, estaban unidas por el Gremio y por la magia—. Es una idea interesante. Yo habría creído que era el hecho de habernos criado en un entorno similar, en lados distintos de la barrera. Pero en realidad nos une la magia. Y la magia no discrimina entre ricos y pobres, del mismo modo que tampoco distingue entre buenos y malos.»

Dannyl miró en torno a sí, asombrado por el hecho de que Tayend lo había logrado. La sala maestra de la Casa del Gremio estaba llena de sachakanos poderosos e influyentes. Allí había ashakis que eran enemigos mortales. No estaban hablando entre sí precisamente, pero se hallaban en la misma habitación, lo que al parecer era algo muy poco habitual.

«Pero no ha conseguido que venga el rey.» Tayend dijo que había enviado una invitación, pero Achatí le había advertido que Amakira no podría asistir. Seguramente era lo mejor. Cuando tantos ashakis se encontraban en presencia del monarca, las inevitables intrigas políticas aguaban la fiesta. O eso había oído Dannyl. Nunca había estado en una reunión tan multitudinaria o en la que participara el rey. La más grande a la que había asistido era la fiesta de bienvenida que Achatí había ofrecido en honor de Dannyl y Lorkin en Arvice.

Dannyl tuvo que reconocer que estaba impresionado. Tayend se las había ingeniado para organizar el acto en pocos días, después de que se le ocurriera celebrar una fiesta «kyraliana». Incluso había enseñado a los esclavos de la cocina a preparar algunos platos típicos de Kyrália que debían servirse en tazones o platos. Había renunciado a la idea de pedir a los esclavos que recorrieran la sala con fuentes de comida en las manos, pues no eran capaces de abandonar su costumbre de arrojarse al suelo ante Dannyl y él, y menos aún ante sachakanos importantes.

Tayend había conseguido incluso encontrar ropa kyraliana, más discreta que los atuendos extravagantes de colores vivos que solía llevar.

—La próxima vez, daré una fiesta elynea —oyó comentar a Tayend—. O quizá una fiesta lonmariana. Al menos entonces la ausencia de mujeres estará a tono con el tema. No se puede celebrar una fiesta elynea sin un poco de conversación femenina ingeniosa que anime el ambiente. —Tayend hizo una pausa para escuchar una respuesta que Dannyl no alcanzó a oír y sonrió—. Entonces tal vez entrene a una esclava, o mande llamar a mujeres elyneas para la ocasión... ¡o me haga pasar por una! Todo esfuerzo es poco para complacer a mis invitados sachakanos.

Se oyeron risas. Dannyl suspiró y dio media vuelta. Advirtió que Achatí hablaba con lady Merria, y sintió una oleada de gratitud. Unos momentos antes ella parecía incómoda, arrumbada por los demás invitados. Al fijarse en cómo reaccionaban los sachakanos al verla, Dannyl había percibido en sus rostros más desconcierto que desagrado. Como no estaban acostumbrados a que hubiera mujeres en su círculo social, pues hablar con la esposa de otro se consideraba tabú, no sabían cómo comportarse con ella, así que fingían que no estaba allí.

Achatí alzó la vista y le hizo señas a Dannyl para que se acercara.

—Estaba comentándole a lady Merria que conozco a un grupo de tres sachakanas que celebran reuniones sociales.

—Creía que eso estaba mal visto aquí.

—Se salen con la suya porque son viudas, una de ellas tullida, y porque odian a los Traidores. Otra cree que mataron a su esposo. —Achatí sonrió—. He pensado que tal vez a lady Merria le gustaría reunirse con ellas de vez en cuando. De lo contrario, podría llegar a sentirse muy sola aquí.

Dannyl miró a Merria.

—¿Tú qué opinas?

Ella asintió.

—Estaría bien conocer a mujeres del lugar.

Achatí le dedicó una sonrisa y se volvió hacia Dannyl.

—¿Las tanteo para averiguar si aceptan a tu ayudante en su grupo?

Dannyl tardó un momento en percatarse de que Achatí estaba pidiéndole permiso, como si la vida social de Merria fuera su responsabilidad. Posó los ojos en la sanadora, divertido. Ella parecía un poco distante, como si no hubiera oído la pregunta, pero tal vez su inexpresividad era fruto de su esfuerzo por no mostrar lo que sentía en realidad.

—Sí, por favor —respondió Dannyl.

Achatí parecía satisfecho.

—Tal vez pueda encontrarte a ti también algo que hacer —murmuró. Lanzando una mirada significativa a Dannyl, le indicó con un gesto que lo siguiera y se dirigió

hacia un ashaki cuyo compañero de conversación acababa de apartarse. Dannyl echó a andar tras él.

—Ashaki Ritova. Hace un momento le hablaba al embajador Dannyl de su impresionante biblioteca.

El sachakano se volvió hacia Achatí. Su expresión altiva se suavizó muy ligeramente por deferencia hacia el ashaki, pero se endureció de nuevo cuando vio a Dannyl.

—Ashaki Achatí. No debería alardear en mi nombre.

—Siempre me siento inclinado a ello. Se trata sin duda de la mejor colección que hay en Sachaka, sin contar la de la biblioteca del palacio.

—Comparada con ella, no es más que una insignificante pila de libros.

—Aun así, estoy convencido de que al embajador Dannyl le asombrará la antigüedad de algunos de sus documentos.

El hombre miró de nuevo a Dannyl.

—Dudo que encuentre en ella nada que le interese, embajador. —Suspiró—. Ni yo mismo dispongo de tiempo para examinar lo que tengo allí. Estoy demasiado ocupado negociando tratados con las tierras del este.

Sacudió la cabeza y se embarcó en una crítica aburrida y larga de los pueblos del otro lado del mar de Aduna con los que comerciaban los sachakanos. Aunque a Dannyl le habría gustado saber más sobre aquellos países, enseguida advirtió que los juicios del ashaki estaban contaminados de animadversión y prejuicios, por lo que seguramente no eran descripciones muy fiables. Cuando Achatí logró por fin zafarse de Ritova sin ofenderlo, pidió disculpas a Dannyl.

—Esperaba conseguir algo interesante para ti —musitó—, pero es tan testarudo como...

Kirota, el Maestro de la Guerra, caminó hacia ellos. Al ver a Dannyl, se le acercó con disimulo.

—Ashaki Achatí, embajador Dannyl. Es un placer verle de nuevo, embajador. He oído que el embajador Tayend y usted están muy unidos, ¿es cierto?

Dannyl asintió.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo. Más de veinte años.

Kirota frunció el ceño.

—El embajador Tayend dice que vivía en Elyne cuando se conocieron.

—Así es, y yo también —explicó Dannyl—. Era el embajador del Gremio en Elyne. Conocí a Tayend en la Gran Biblioteca. Me ayudó con la investigación académica que estaba realizando para el Gremio.

—¡Ah, sí! Tayend me ha hablado de su investigación. ¿Cómo le va con eso?

Dannyl se encogió de hombros.

—No he avanzado mucho últimamente.

Kirota asintió con un gesto comprensivo.

—Así es la vida de un investigador. Entre un gran descubrimiento y otro, hay largos períodos de aridez. Le deseo que tenga más éxito pronto.

—Gracias —respondió Dannyl—. La última vez que nos vimos, usted expresó cierto interés por rellenar las lagunas de la historia sachakana —añadió—. Mi oferta de ayudarle sigue en pie.

El rostro del Maestro de la Guerra se iluminó.

—Tenga por seguro que la aprovecharé. —Dirigió la vista a un punto situado detrás del hombro de Dannyl—. Ah, más de aquellos deliciosos muslos de rasuk. Esta vez estoy decidido a coger más de uno antes de que se acaben. Me gusta la comida kyaliana. —Sonrió de oreja a oreja y se alejó a toda prisa.

Al oír una risita a su espalda, Dannyl se volvió hacia Achatí, que sonrió.

—Bien jugado —murmuró—. Es posible que, como ya has dejado de ser una novedad aquí, la mejor manera de conseguir lo que necesitas sea ofrecer algo a cambio.

Dannyl asintió y se animó un poco.

—Sin embargo, dudo que Kirota pueda ayudarte mucho —le advirtió Achatí por lo bajo—. Aun así..., considéralo una inversión.

Mientras su pequeña llama de esperanza se extinguía, Dannyl contuvo un suspiro. Vio que Tayend lo observaba desde el otro extremo de la sala, reparó en la expresión meditabunda de su ex amante y de pronto no deseaba otra cosa que marcharse de la fiesta.

Pero no tenía más remedio que quedarse, así que irguió la espalda y siguió a Achatí hacia el siguiente grupo de sachakanos.

Lorkin había imaginado que encontraría lujo y una decoración fastuosa. Había imaginado que los criados, o su equivalente en Refugio, pulularían por allí, listos para obedecer las órdenes de su monarca, y que habría guardias apostados en cada puerta.

No obstante, los aposentos de la reina de los Traidores no eran mucho más grandes o suntuosos que los de las mujeres enfermas o embarazadas que había visitado como ayudante de la portavoz Kalia. La única persona que realizaba claramente labores de vigilancia era una maga que estaba sentada fuera, en el pasillo, cerca de la puerta. Quizá la joven que le había abierto la puerta también fuera una maga, aunque parecía demasiado joven para trabajar como escolta de la reina. Lo había recibido con una sonrisa alegre y cordial y se había presentado como Pelaya antes de acompañarlo al interior.

Ahora, Lorkin se encontraba en el centro de un círculo de sillas de madera sencillas. Una anciana estaba delante de una de ellas, como si acabara de ponerse de pie. No llevaba un vestido de gala, pero tampoco lo llevaba el día del juicio de

Tyvara. Si él no hubiera reconocido su rostro, tal vez la habría tomado por otra visitante que esperaba a la reina.

Pero la mujer tenía en sus ojos brillantes una mirada penetrante y muy directa, y había algo en su serenidad y concentración que destilaba confianza y autoridad. Lorkin se llevó una mano al pecho y aguardó una respuesta, como le habían indicado que hiciera cuando había estado por primera vez en presencia de la reina.

Ella agitó la mano en un gesto displicente.

—No pierdo el tiempo con ceremonias en mi propia casa, lord Lorkin. Estoy demasiado vieja y cansada para eso. Siéntate, por favor. —Extendió las manos hacia atrás y, con una dificultad visible, empezó a agacharse sobre una silla. Él dio un paso adelante automáticamente para ayudarla pero se detuvo, pues no estaba seguro de que tocarla resultara apropiado.

—Espérame, Zarala —dijo Pelaya en un ligero tono de reproche, apresurándose a auxiliar a la anciana reina.

—Puedo hacerlo sola —replicó Zarala—. Solo soy un poco lenta.

En cuanto hubo tomado asiento, la reina señaló la silla contigua a la suya, y Lorkin se sentó. La joven se marchó a otra habitación. La soberana lo contempló con aire reflexivo.

—¿Qué te parece la vida en Refugio?

—Es un lugar maravilloso, majestad —empezó a responder él—. Me...

—Déjate de ceremonias —lo interrumpió la reina, haciendo un gesto admonitorio con el dedo—. Llámame Zarala.

Él asintió.

—Zarala. Qué nombre tan bonito.

Ella desplegó una sonrisa.

—Me gustan los cumplidos, pero no te servirán de nada. Soy demasiado mayor para dejarme engatusar por ese tipo de cosas. Pero no pares, si es algo que te gusta.

—Me gusta —contestó Lorkin—. Y si por casualidad también os gusta a vos, no dudéis en devolverme los cumplidos —añadió rápidamente.

Para su alivio, ella se rió.

—Adelante. Cuéntame cómo te va.

—Estoy abrumado por la generosidad y la amabilidad de los Traidores. Vuestro pueblo me ha acogido, me ha dado alimento y un techo, además de tareas que me hacen sentir útil.

—¿Y eso por qué te sorprende?

Lorkin se encogió de hombros.

—Sois un pueblo tan reservado que yo había imaginado que tardaríais mucho tiempo en aceptarme como uno de los vuestros.

Ella le escrutó el rostro.

—Sabes que eso no es así, ¿verdad? Me refiero a que no te hemos aceptado como uno de los nuestros. Caes bien a mucha gente, y muchos te agradecen lo que has hecho por Tyvara, pero nadie es tan necio como para fiarse de ti todavía.

Él asintió y le sostuvo la mirada.

—Sí, lo noto. Es comprensible. Supongo que lo que me asombra es que no sea más evidente.

—He oído que unas pocas personas te han tomado antipatía, pero en general su aversión es una mera cuestión de principios.

Lorkin fijó los ojos en ella.

—Por causa de mi padre.

—Sí, y de la muerte de Riva. —Todo rastro de jovialidad se había esfumado. Las arrugas que surcaban sus cejas se hicieron más profundas—. Quiero que sepas que no te culpo de lo que hizo tu padre. Es absurdo considerar que alguien es responsable de los actos de su progenitor.

—Me... me alegra que penséis eso.

Ella se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en la rodilla.

—No me cabe la menor duda. De lo contrario, seguramente estarías muerto. —El humor había vuelto a su voz y sus ojos, y Lorkin sonrió—. Tampoco le guardo rencor a tu padre ya —aseveró ella, apartando la vista y recuperando la seriedad, con un matiz de tristeza—. A pesar de que perdí a mi hija a causa de una enfermedad que podría haberse curado. Enfocamos mal el asunto. Había algo en tu padre que me había convencido de que era un hombre honorable. Creía que me había equivocado, pero al final comprendí que tal vez no, que no había tenido en cuenta que habría algo hacia lo que él profesaría una lealtad más fuerte.

—¿El Gremio? ¿Kyralia? —aventuró Lorkin.

Ella lo miró.

—No sabías lo de la promesa que había hecho, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Él negó con la cabeza.

—Me horrorizó enterarme de que cerró un trato así y no lo respetó.

—Murió antes de que tú nacieras. Supongo que no tuvo oportunidad de contártelo.

—Y mi madre nunca lo mencionó. No podía saberlo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Estaba decidida a evitar que yo viniera a Sachaka. Si hubiera tenido pruebas de que los Traidores representaban una amenaza para mí, las habría esgrimido.

—¿La echas de menos?

Su mirada era muy intensa. Él asintió.

—Y, a pesar de todo, una parte de mí quiere... quiere...

—¿Que empuñes las riendas de tu vida? ¿Que tomes las decisiones por ti mismo?

Él movió la cabeza afirmativamente.

La reina agitó la mano para señalar la habitación, o algo más lejano.

—Y en cambio aquí estás, atrapado en Refugio.

—Es un lugar agradable donde estar atrapado.

Ella sonrió en señal de aprobación.

—Espero que no deje de parecértelo —su sonrisa se desvaneció de nuevo—, porque es posible que la vida aquí no siempre te resulte muy cómoda. Soy vieja. No sé con certeza quién será mi sucesora. Todos saben que mi deseo es que Savara ocupe el trono después de mí, y ella te aprecia, pero eso no significa que el pueblo vaya a votar por ella. No lo harán, desde luego, si empiezan a poner en entredicho mis decisiones. —Lo apuntó con el dedo—. Como la de permitir la entrada en Refugio de un mago kyaliano que ha resultado ser un entrometido.

Su mirada era severa y ligeramente acusadora. Él notó que se le encendía el rostro y desvió la vista, sin saber qué decir.

—Pero es posible que se den por satisfechos ahora que te he hecho venir para soltarte una buena reprimenda. Savara ha llegado a la conclusión de que lo mejor sería prohibir a Tyvara que la vean contigo, lo que pone de manifiesto que no aprueba tu exploración de las cuevas.

El corazón de Lorkin dio un pequeño vuelco. «Tampoco es que nos hayamos visto mucho últimamente», se recordó. Zarala sonrió y le dio de nuevo unas palmaditas en la rodilla.

—Te daré un consejo amigable y gratuito, joven Lorkin. Ten cuidado con los líos que armas. Pueden acarrearle a ti y a otras personas muchos más problemas de lo que imaginas.

Él asintió.

—Gracias. Seguiré vuestro consejo. Nada de líos.

Ella pareció complacida.

—Eres un joven inteligente. Ya está, ya te he devuelto el cumplido. ¿Te apetece comer algo? —Sin esperar respuesta, se volvió en la dirección contraria, hacia la puerta interior.

—Pelaya, ¿hay algo de comer que podamos ofrecer a nuestro invitado?

—Claro que lo hay —respondió la mujer. Apareció en el umbral con una sencilla bandeja de madera sobre la que había vasos, una jarra de agua y un cuenco con pastelillos. Era evidente que había estado esperando a que la reina la llamara.

—Ah, mis favoritos —comentó la reina, frotándose las manos. Le dirigió una sonrisita a Lorkin—. Pelaya es una cocinera fabulosa. Lo prepara todo con magia. —Mientras la joven entraba en la sala con la bandeja, Zarala fijó la mirada en una mesita cercana. Esta se elevó y flotó por el aire hacia ellos antes de posarse frente a Lorkin.

«Puede que esté demasiado vieja y cansada para las ceremonias —reflexionó Lorkin—, pero entiendo por qué es la reina. Y apostaría a que sigue siendo tan poderosa e inteligente como el día que se ciñó la corona.»

Cuando Pelaya depositó la bandeja sobre la mesa y le ofreció un pastelillo, él se preguntó hasta qué punto había adivinado sus planes la reina, pues dudaba que ella creyera que se resignaría a ocupar un lugar entre los Traidores para siempre.

Tal vez estaba aconsejándole que pospusiera sus planes porque sus posibilidades de éxito aumentarían después de que ella muriera, si Savara la sucedía en el trono.

«Pero, ahora que la he conocido, le he cobrado afecto, y espero que eso no ocurra muy pronto.»

PREGUNTAS, PREGUNTAS

Mientras encendían las lámparas dispuestas en torno al patio, Sonea se encaminó hacia el edificio más extraño del Gremio. La Cúpula no era en realidad una cúpula, sino una esfera completa, una bola hueca de piedra maciza. Su aspecto de cúpula se debía a que estaba medio enterrada en el suelo.

Era tan antigua como el propio Gremio. Antes de la construcción de la Arena — un escudo de magia sostenido por enormes agujas curvadas—, las lecciones de combate más peligrosas se impartían en el interior de la Cúpula. Emplear la estructura con este fin presentaba muchos inconvenientes. A diferencia de lo que ocurría en la Arena, los espectadores no podían presenciar la clase desde dentro. Las paredes, aunque gruesas, no habrían resistido un ataque fuerte, por lo que todos los azotes de entrenamiento debían lanzarse con fuerza moderada. Aun así, los azotes que impactaban en las paredes calentaban la piedra de tal manera que en el interior llegaba a hacer un calor insostenible. La única manera de ventilar el lugar era abrir la puerta que hacía las veces de tapón.

Según los documentos antiguos que había encontrado Akkarin, a lo largo de los años habían hecho saltar el tapón varias veces, y en cierta ocasión incluso habían matado a un criado que pasaba por ahí. Ahora, estaba sujeto en su sitio por medio de la magia. Lo extraían dos veces al día y renovaban el aire del interior. Aprovechaban para abastecer el lugar de alimentos y agua, y para llevarse y vaciar el cubo que se usaba como orinal.

Sonea no podía evitar pensar en su experiencia como renegada cautiva. Rothen la había mantenido encerrada en sus aposentos, ganándose poco a poco su confianza con amabilidad y paciencia mientras le enseñaba qué era el Gremio. Sin embargo, Lorandra no era una joven ignorante que hubiera descubierto la magia por casualidad y que representara un peligro mayor para sí misma que para los demás. Controlaba sus poderes y había conspirado con su hijo contra el Gremio.

«Sin embargo, sé lo que se siente al estar encarcelada en la Cúpula. —Cuando los magos superiores habían descubierto que Sonea había aprendido magia negra, la habían aprisionado allí durante una noche, y a Akkarin en la Arena, mientras despertaban a los magos superiores a fin de preparar el juicio contra ellos. Era un lugar sofocante, con el aire viciado—. Solo pasé unas horas allí. No quiero ni imaginar lo que debe de ser estar ahí dentro durante meses.»

Sonea respiró hondo y resistió el impulso de girar sobre sus talones y caminar en otra dirección. Aunque se compadecía un poco de Lorandra, siempre le costaba un esfuerzo visitarla. La madre de Skellin no había dicho una palabra, y rezumaba odio y

miedo. El odio de la mujer le resultaba llevadero. Era el odio inflexible de una madre hacia quienes querían hacer daño a su hijo, un sentimiento que la propia Sonea había experimentado y que por tanto le parecía justo.

No, lo que molestaba a Sonea era el miedo. Estaba acostumbrada a que la gente la temiera un poco por lo que había hecho en su juventud y por lo que era capaz de hacer con magia negra, pero el temor de Lorandra no era más que un terror ciego, por lo que todo lo que Sonea había hecho en su vida para demostrar que era una persona honorable y digna de confianza resultaba inútil.

«Y Cery quería que yo le mintiera.»

Los dos guardias que flanqueaban la puerta parecían aburridos y fastidiados, pero, cuando vieron que se acercaba, se enderezaron y la saludaron con un movimiento respetuoso de la cabeza. Ella advirtió que ambos eran hombres y procedían de las Casas. Aún no había visto a ningún mago de clase baja montar guardia allí. ¿Acaso el administrador Osen no confiaba en que mantuvieran encerrada a la madre de un ladrón? No podía ser tan ingenuo para pensar que los magos de clase alta eran inmunes al chantaje o los sobornos de los bajos fondos. Sonea se detuvo y señaló la puerta con un movimiento de la cabeza.

—¿Cuándo la abristeis por última vez?

—Hace tres horas, Maga Negra Sonea —respondió el mago más alto.

—¿Habéis recibido todas las instrucciones del administrador Osen?

Él asintió.

—Bien. Dejadme entrar.

Sin decir una palabra, los dos magos fijaron la vista en la puerta, concentrados. En vez de abrirse girando sobre un eje, se deslizó lentamente hacia delante y luego rodó hacia un lado hasta quedar apoyada contra la pared de la Cúpula. En el interior reinaba la oscuridad. Lorandra tenía energía de sobra para mantener su celda iluminada, pero o no la utilizaba o siempre extinguía la luz cuando oía que la puerta se abría. Sonea respiró hondo, creó un globo luminoso y lo hizo flotar ante ella mientras entraba.

Como de costumbre, la mujer estaba sentada en la angosta cama, en el centro de la habitación. Sonea bajó por la pendiente curva del «suelo» y se detuvo a unos pasos de distancia. La mujer le devolvió la mirada con el rostro impassible pero con una expresión sombría y hosca en los ojos.

Sonea pensó en lo que debía decir. En ocasiones anteriores había intentado plantear de forma indirecta las preguntas que más le interesaba hacerle, intercalándolas entre otras. ¿De dónde provenía la craña? ¿Era una droga típica de su país natal? ¿Cómo se elaboraba? ¿Por qué había comprado Lorandra libros sobre magia? ¿Había encontrado muchos? ¿Dónde estaban ahora? ¿Por qué creía Skellin que el Gremio caería en la trampa de creer que Forlie, la desdichada a quien había

obligado a hacerse pasar por renegada para evitar que el Gremio capturara a su madre, era una maga? ¿Dónde estaba la familia de Forlie?

En algunos casos, Sonea ya conocía las respuestas, y en otros, sabía que Lorandra no las conocía. Cery le había recomendado esta táctica, pues era importante no revelar todo lo que el Gremio ignoraba.

Pero Lorandra permanecía en silencio.

Así que Sonea intentó ser más directa. ¿Dónde estaba Skellin? ¿Durante cuánto tiempo había vivido en Imardin? ¿Qué ladrones eran sus aliados? ¿Qué Casas estaban relacionadas con él? ¿Había magos del Gremio sometidos a su voluntad? ¿Tenía aliados en Elyne? ¿Y en Lonmar? ¿Y en Sachaka? ¿A cuántos ladrones había matado ella? ¿Había intentado matar a Cery? ¿Había intentado matar a la familia de Cery?

El semblante de Lorandra no se alteró en absoluto cuando oyó esta última pregunta. Era la más importante para Sonea, aparte de la relativa al paradero de Skellin.

«Ojalá Osen me hubiera elegido a mí para leer la mente de Lorandra durante la Vista, en vez de a Kallen. Habría podido buscar la respuesta allí sin que nadie se enterara, excepto la propia Lorandra.» Pero eso habría implicado que Kallen le leyera la mente a Forlie, y Sonea no habría deseado que aquella pobre mujer asustada pasara por semejante mal trago.

Recordó el abatimiento y la sorpresa que había demostrado Lorandra al descubrir que no podía evitar que Kallen le leyera la mente. Esperaba que esto significara que los magos de su país no dominaban la magia negra, o ni siquiera habían oído hablar de ella. Según había explicado Kallen, el pueblo de Lorandra prohibía todas las formas de magia, aunque las mismas personas que habían impuesto la prohibición eran magos. Lorandra había infringido la ley y había aprendido magia en secreto. Probablemente no sabía cuán poderosos eran los guardianes de la ley.

«Al Gremio le preocupa mucho que la gente del país de Lorandra se ofenda si bloquean sus poderes, pero si lo que dice Kallen es verdad, la existencia del Gremio en sí los ofendería. Lorandra es una delincuente allí, al igual que aquí. Ellos no solo querían ejecutarla a ella, sino a todos nosotros.»

Igra estaba muy lejos, y un desierto reconfortantemente extenso la separaba de las Tierras Aliadas. Era muy posible que nadie de allí se acordara de Lorandra, que se había marchado muchos años atrás, y si alguien se acordaba, seguramente creía que ella había muerto. Era una lástima que no hubiera acudido al Gremio desde un principio. Habrían podido acogerla o permitir que se instalara en Imardin con alguna especie de autorización para practicar la magia con ciertas restricciones. En vez de eso, había adoptado la vida de una asesina y se había enriquecido con su hijo vendiendo craña.

Sonea pensó en todas las personas que habían sufrido y muerto por culpa de

aquella mujer. Esta vez no reprimió la ira que crecía en su interior ni intentó retener la compasión. Esta vez dejó que sus sentimientos afianzaran su determinación.

—No he venido a interrogarte —le dijo a la mujer en voz baja—, sino a informarte de que el Gremio bloqueará tus poderes pronto. No podrás usar la magia. La buena noticia es que ya no estarás aquí metida. No puedo decirte qué te harán después, pero no te dejarán en libertad dentro de las Tierras Aliadas.

La expresión de Lorandra se alteró ligeramente y pasó del odio a la preocupación, lo que provocó en Sonea una sensación de triunfo mucho más fuerte de lo que el cambio merecía. Dio media vuelta y avanzó unos pasos hacia la puerta. Se paró en seco al oír una voz ronca y débil a su espalda, pero se obligó a seguir adelante.

—Espera.

Sonea se detuvo y se volvió. La luz se reflejó en los ojos negros de Lorandra cuando irguió la cabeza.

—¿Me dolerá? —preguntó en un susurro.

Sonea la miró con fijeza.

—¿Por qué he de responder a tus preguntas si tú no has respondido a una sola de las mías?

Lorandra apretó los labios hasta reducirlos a una línea fina. Sonea giró sobre los talones, se quedó inmóvil y miró hacia atrás.

—Si no te resistes, no —le dijo a la mujer por lo bajo, para que los guardias no la oyeran. Lorandra posó los ojos en los suyos—. Y... y es reversible —agregó Sonea, en una voz aún más suave.

Se obligó a dar media vuelta y salir por la puerta, preguntándose si lo que había visto en la mirada de la mujer era esperanza o suspicacia.

—Lo primero que tenéis que recordar es que un embarazo no es una enfermedad o una lesión —dijo lady Indria a sus alumnos—. Pero tanto el embarazo como el parto pueden dar lugar a muchos problemas. A diferencia de la mayor parte de los trastornos que dificultan o impiden la concepción, y que hemos tratado ya en clase, los problemas del embarazo o el parto pueden provocar la muerte a la madre, al niño o a ambos.

Lilia echó un vistazo a sus amigas. Tanto Froje como Madie estaban sentadas con la espalda muy recta, escuchando atentamente a lady Indria. «Están casi tan absortas como en las clases sobre cómo evitar el embarazo», pensó Lilia. Paseó la vista por el aula. La mayoría de los aprendices parecía interesada en la clase, incluso los chicos, lo que la sorprendió, pese a que todos los sanadores debían saber dar consejos a una madre y atender un parto.

Algunas de las chicas no habían asistido a las clases anteriores. Todas eran finolis. Los miembros de las Casas nunca se habían opuesto a que sus hijas aprendieran a

impedir la concepción hasta que estos conocimientos se habían incorporado oficialmente a las clases de sanación de la universidad. Los padres de las plebis jamás protestaban por ello. No podían permitirse mantener nietos mientras sus hijas terminaban sus estudios en el Gremio.

«Esto debería parecerme más interesante —se dijo Lilia—. Supongo que me lo parecería si estuviera enamorada de alguien o tuviera posibilidades de casarme pronto. Eso me daría motivos para pensar en el futuro, para tener hijos. Ahora mismo, todo eso me parece muy improbable. Quizá Madie tenga razón cuando dice que uno nunca sabe cuándo conocerá a alguien especial, pero aunque ese alguien apareciera la semana que viene, dudo que yo quiera tener hijos en un futuro próximo.»

Aun así, debía prestar atención, porque si quería ser sanadora tenía que ser capaz de ayudar a mujeres embarazadas. Hizo un esfuerzo por escuchar y comenzó a tomar apuntes. Cuando lady Indria terminó su disertación y empezó a responder a preguntas, Lilia notó el aliento de Madie en la mejilla cuando esta se inclinó hacia ella.

—¿Has quedado con Naki esta noche? —murmuró Madie.

Lilia sonrió.

—Sí. Va a ayudarme a practicar los azotes curvos.

Madie tomó aire para añadir algo, pero luego emitió un bufido de frustración.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilia, alzando la mirada.

Su amiga tenía el rostro tenso de indecisión e inquietud.

—¿Qué pasa? —repitió Lilia.

Madie suspiró y miró en torno a sí. Se inclinó aún más hacia ella.

—La gente empieza a fijarse en que te juntas mucho con ella. Tienes que saber lo que se rumorea.

A Lilia se le hizo un nudo en el estómago, una sensación que le provocó náuseas.

—¿Qué se rumorea? —se obligó a preguntar.

—Que ella y tú... —Madie se enderezó de golpe cuando Indria pronunció su nombre. Lilia escuchó mientras su amiga respondía a la pregunta de la sanadora. La profesora dirigió a Lilia una mirada severa, apartó la vista y reanudó su clase.

Lilia se acercó a Madie.

—¿Qué se rumorea?

—Chsss. Después te lo digo.

Durante el resto de la clase, a Lilia le resultó el doble de difícil concentrarse. ¿Qué cotilleos podía haber inventado la gente sobre su amistad con Naki? ¿Sería algo relacionado con el conflicto entre plebis y finolis? ¿Tendría algo que ver con el padre de Naki? Ella había dicho que él no veía con buenos ojos a los plebis. Tal vez amenazaba a su hija con impedir que siguiera viendo a Lilia.

Cuando sonó el gong de la universidad, los apuntes de Lilia eran un embrollo de

ideas inconexas, al igual que su mente. Salió del aula detrás de Madie y Froje.

—¿Y bien? —las animó a hablar.

Las dos chicas intercambiaron una mirada. La expresión de Madie era casi suplicante. La de Froje estaba llena de expectación. Madie sonrió a Lilia con frialdad.

—Será mejor que acabemos con esto antes de reunirnos con los chicos. —Echó una ojeada al pasillo y guió a Lilia y a Froje a un aula vacía después de cerciorarse de que no hubiera nadie dentro. Se volvió hacia Lilia—. Se dice... La gente dice... —hizo una breve pausa y sacudió la cabeza— que a Naki no le gustan los chicos.

—Bueno, sí que le gustan, pero no del modo en que se supone que deben gustar a las chicas —terció Froje.

—Le gustan las chicas. —Madie miró a Lilia y luego desvió la vista.

—De un modo en que se supone que no debería.

Se impuso un silencio tenso. Lilia cayó en la cuenta de que la noticia no la había sorprendido. Desde luego no la había escandalizado tanto como ellas esperaban. Cuando era criada, había visto y oído muchas cosas de las que los aprendices que habían crecido en ambientes más protegidos no sabían nada. Su padre le había enseñado a no juzgar a la gente a la ligera.

Aunque no la miraban, era evidente que las amigas de Lilia estaban expectantes. Conforme el silencio se prolongaba, ella sintió un pánico creciente. Si no reaccionaba, creerían que ya lo sabía.

Y que le parecía bien.

—Esto... —titubeó.

—Ya sabes a qué nos referimos, ¿verdad? Hay chicas a las que les gustan otras chicas como si fueran chicos... —empezó a explicar Madie.

—Sé a qué os referís —la interrumpió Lilia. Se mordió el labio—. ¿Es cierto? Después de todo, la gente suele inventarse cosas así sobre otras personas, especialmente si siente resentimiento hacia ellas. Por ser bonitas y ricas, por ejemplo. O por no estar interesada en ellos. Naki ha rechazado a muchos chicos, o eso me han dicho. Tal vez por eso dé la impresión de que le gustan más las chicas.

Sus dos amigas fruncieron el ceño e intercambiaron otra mirada.

—Supongo —admitió Madie, aunque se percibía un ligero deje de duda en su voz.

—Corre el rumor de que ella estaba... ya sabes... con una de las criadas —dijo Froje, en un tono que destilaba repugnancia—. La criada quería poner fin a eso. Naki se enteró. Se las ingenió para que su padre las pillara juntas. Él echó a la criada y a toda su familia a la calle. Mi primo conoce a la familia y me ha jurado que es verdad.

Las dos fijaron la vista en Lilia, que les devolvió la mirada. El corazón le latía a toda prisa pero sin hacer ruido. Ella notó que su amistad con Naki se desmoronaba, y la sensación no le gustó. La historia sobre la criada era perturbadora. ¿De verdad

había sido capaz Naki de actuar de un modo tan perverso y vengativo? «A lo mejor es una exageración, un chisme urdido por criados que están enfadados porque los despidieron, seguramente por un motivo justificado.» Se odió a sí misma por pensar esto, pero sabía que no todos los sirvientes eran honrados o leales.

Quizá sus amigas estaban celosas porque Lilia había conocido a una chica más bonita y rica que ellas. «Eso no habría pasado si no hubieran empezado a ignorarme por completo ahora que tienen novio.» Pero eso no podía decirlo. Habría levantado aún más sospechas sobre su simpatía hacia Naki. Tal vez podía decir algo en su favor, algo que ayudara a disipar el rumor.

—No tiene sentido —aseveró—. Naki no le tiene cariño a su padre. ¿Por qué iba a revelar algo tan íntimo? Lo más seguro es que echaran a la criada por alguna otra razón y ella inventara esta historia para perjudicar a Naki.

Froje y Madie se quedaron pensativas. Se miraron de nuevo, esta vez con aire dubitativo. Entonces Madie sonrió y se volvió hacia Lilia.

—Bueno, seguramente tienes razón. Tú la conoces bien, nosotras solo conocemos los rumores. —Arrugó el entrecejo—. Pero, aunque no sea cierto, estamos preocupadas por ti. La gente hablará de ti.

Lilia se encogió de hombros.

—Que hablen. Ya se cansarán. ¿Por qué iba a quedarse Naki sin amigas a causa de un rumor malintencionado?

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Las dos chicas vacilaron, y luego Lilia oyó que la seguían. También percibió un sonido más leve. Un susurro rápido.

—¿Por qué pierdes el tiempo? Ya no somos lo bastante buenas para ella.

Lilia salió al pasillo, fingiendo que no las había oído, pero con una amarga sensación de triunfo. «Tenía razón: están celosas.» Por otro lado, tuvo que disimular una punzada de culpabilidad cuando las chicas la alcanzaron. Era cierto. Naki era una amiga más interesante y cautivadora de lo que ellas habían sido nunca, incluso cuando aún no estaban embelesadas con los chicos.

«Sobre todo si lo que dicen de ella es verdad.»

No quería pensar en ello ahora; no porque temiera que los rumores fueran ciertos, sino porque tenía miedo de que sus amigas percibieran de algún modo la emoción efervescente que su advertencia había despertado en lo más profundo de su ser. Y por las preguntas que este sentimiento suscitaba inevitablemente.

«¿Y si también fuera verdad respecto a mí?»

Lo único que sabía con certeza era que la idea no la repelía tanto como debía, y esto era algo que quizá nunca sería capaz de confesar a sus amigas... o a nadie. Tal vez ni siquiera a Naki.

Mientras el carruaje del Gremio avanzaba por las calles de Arvice, Dannyl

advirtió que lady Merria miraba al exterior con ojos ávidos. Aunque había llegado hacía solo diez días, ya empezaba a aburrirse por pasar casi todo el tiempo recluida en la Casa del Gremio.

«O tal vez simplemente esté fascinada por encontrarse en un lugar que no conocía —reflexionó Dannyl—. Puede que yo sea el único que se siente recluido.»

Fuera como fuese, a ella la había entusiasmado la idea de visitar el mercado. Tayend se lo había propuesto la noche anterior, antes de marcharse a otra velada de buena comida y compañía con algún ashaki. Dannyl no había visto aún el mercado, pues los esclavos le llevaban rápidamente todo lo que necesitaba a la Casa del Gremio, de modo que solo se trataba de una visita de placer, y tal vez también educativa. Quizá aprendería algo acerca de Sachaka y los países del este con los que comerciaba.

—¿Cómo te fue en tu reunión con las mujeres que Achatí te recomendó? —preguntó Dannyl.

Merria se volvió hacia él y sonrió.

—Bien, creo. Todas piensan que al esposo de una de las viudas lo mataron los Traidores, y aun así la viuda en cuestión es la única que muestra un odio convincente. Sospecho que detrás del asunto hay algo más de lo que dicen. Otra de ellas me dio a entender que la mujer se quejaba tanto de él que los Traidores supusieron que hablaba en serio cuando decía que quería desembarazarse de él.

—O sea que o los Traidores cometieron un error, o ella los engañó, o alguna otra circunstancia la obliga a asegurar que los odia para protegerse.

Merria lo observó, meditabunda.

—Me hace falta entrenar para aprender a ver todas las posibilidades complicadas y retorcidas que hay en estas situaciones, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Nunca viene mal. También es recomendable que no te encariñes demasiado con nadie.

Ella asintió y dirigió la vista de nuevo hacia la ventanilla, sin reparar por fortuna en el gesto de dolor que hizo Dannyl al caer en la cuenta de lo ciertas que eran estas palabras.

«No debería encariñarme con Achatí por la misma razón. Pero ¿con quién más puedo hablar? Lo aprecio mucho, y no solo porque haya seguido relacionándose conmigo a pesar de que me he convertido en un marginado social aquí.»

—¿Eso es el mercado? —preguntó Merria.

Dannyl se inclinó hacia su ventanilla y echó un vistazo al frente. La calle desembocaba en un cruce. Al otro lado se alzaba un muro blanco alto en el que se abría un arco sencillo por el que circulaba un flujo constante de personas. Los que salían iban seguidos por esclavos cargados con cajas, cestas, sacos y alfombras

enrolladas. En ambas calles había filas de carruajes parados, esperando.

—Apuesto a que sí.

En efecto: el vehículo describió una curva amplia en el cruce y se detuvo frente al arco, atrayendo la mirada de muchas personas que empezaron a señalarlo con el dedo. Merria se dispuso a abrir la portezuela, se quedó quieta y retiró la mano.

—Será mejor que vaya usted primero, embajador —dijo.

Él le dedicó una sonrisa taciturna y esperó a que uno de los esclavos se apeara a toda prisa y abriera la portezuela. El hombre se postró en el suelo cuando Dannyl bajó del carruaje. En torno a ellos se había formado un corro de curiosos que prorrumpieron en murmullos cuando lo vieron. Sin embargo, la aparición de Merria levantó voces de interés más fuertes. Ella se quedó de pie en el peldaño superior, con el ceño fruncido.

—No hagas caso —le aconsejó Dannyl, tendiéndole la mano—. No mires a nadie a los ojos.

Ella bajó la vista y tomó la mano que él le ofrecía en señal de apoyo, pero descendió con dignidad. Dannyl reprimió una sonrisa. Merria le había dicho que era la hija de un capitán de barco, lo que significaba que, aunque no se había criado en la miseria, tampoco había recibido la misma educación que una mujer de las Casas. Aun así, había estudiado los gestos y los modales de las clases altas cuando había ingresado en el Gremio y había aprendido a imitarlos. Esta facilidad para integrarse le resultaría muy útil, tanto en Sachaka como en Imardin, cuando regresara.

Dannyl le soltó la mano, indicó al esclavo que llevara el carruaje a algún lugar adecuado donde no obstruyera el tránsito para esperarlos allí, y echó a andar hacia la entrada del mercado. El otro esclavo bajó del coche de un salto y los siguió.

Los dos guardias que custodiaban la entrada dirigieron a Dannyl y a Merria una mirada escrutadora pero inexpresiva.

«Deben de ser sirvientes libres —pensó Dannyl—, como los del palacio.»

Después de pasar por debajo del arco, Merria y él entraron en un mercado con un trazado compuesto por hileras rectas. Los puestos exteriores, instalados contra las paredes, eran estructuras permanentes. El espacio central estaba repleto de filas ordenadas de carretas y mesas colocadas allí temporalmente, casi todas cubiertas con un toldo. Dannyl comenzó a caminar a lo largo de la primera fila.

Merria seguía suscitando más interés entre la gente del lugar que Dannyl. Era muy probable que no hubieran visto antes a una mujer kyaliana, mientras que los hombres kyalianos solo eran poco comunes. Dannyl cayó en la cuenta de que se encontraba en una situación contraria a la de Merria. Antes de aquel momento, apenas había visto a mujeres sachakanas. Aunque no había ninguna atendiendo los puestos, muchas vagaban por el mercado, cada una de ellas con un acompañante masculino. Llevaban capas profusamente decoradas que les llegaban hasta los

tobillos.

Dannyl, que no quería incurrir en la ira de las personas del lugar mirando fijamente a sus mujeres, dirigió su atención a la mercadería. Estaban rodeados de perfumes, objetos de vidrio muy trabajados, cerámica artística y telas finas. Saltaba a la vista que habían entrado en el mercado por la zona de artículos de lujo. Al hacer memoria, se percató de que no había visto que saliera por el arco nadie con cestas de verdura o conduciendo reses. Cuando llegaron al final de un pasillo, miró con ojos entornados las filas de más adelante. En efecto, al fondo se vendían objetos más prácticos. Tal vez había otra entrada para quienes deseaban adquirir esta clase de productos.

Empezaron a recorrer otro pasillo y se detuvieron a examinar la mercancía de los países situados al otro lado del mar de Aduna. A Merria la impresionó especialmente la cristalería. En el tercer pasillo, los dos se vieron atraídos de inmediato hacia un puesto en el que relucía una gran selección de gemas de todos los colores. Pero mientras Merria contemplaba las piedras preciosas, Dannyl centró su atención en los comerciantes, pues había reconocido en el acto la piel grisácea y las extremidades largas de los miembros de las tribus dúneas.

Al instante se acordó de Unh, el rastreador dúneo que había ayudado a Achatí, a sus acompañantes ashakis y a él a buscar a Lorkin. También le vino a la memoria la cueva que Unh y él habían descubierto en las montañas, con las paredes recubiertas de cristales. Dannyl se había enterado de que los dúneos sabían cómo convertir dichos cristales en gemas mágicas. Observó pensativo las piedras brillantes que tenía delante.

—¿Gusta? —preguntó un dúneo, inclinándose hacia Merria con una ancha sonrisa.

Ella asintió.

—Son bonitas. ¿Cuánto...?

—¿Tiene gemas más finas? —la interrumpió Dannyl—. ¿O engastadas en joyas, o en otros objetos?

El hombre lanzó a Dannyl una mirada directa y penetrante, y luego negó con la cabeza.

—Gente de aquí no gusta nuestra forma de engastar.

Dannyl sonrió.

—No somos de aquí.

El hombre sonrió de oreja a oreja.

—No, no lo son. —Pasó la vista de Merria a Dannyl y les indicó que se acercaran con un gesto—. Pasen adentro.

Rodearon la mesa hacia el espacio sombreado bajo el toldo. Ante la mirada ceñuda de su compañero, el dúneo abrió una bolsa vieja y polvorienta y extrajo dos

aros grandes. Los sujetó en alto para que Dannyl y Merria pudieran verlos. Estaban hechos de algún metal ennegrecido y sin pulir, y forrados de piel. Varias gemas centelleaban en sus engastes rudimentarios. Unos herretes colgaban de los agujeros que había a lo largo de uno de los bordes de cada aro.

—Se colocan aquí. —El hombre se señaló la pierna, justo por encima de la rodilla—. Y también aquí y aquí. —Se tocó la piel de encima del codo y luego la tela que le envolvía las caderas—. Para las ceremonias frotamos. —Imitó un movimiento circular—. Para que brillen. Pero el resto del tiempo dejamos que se pongan oscuras para que no... —Agitó la mano frente a su rostro, abriendo mucho los ojos. «Deslumbren», tradujo Dannyl.

—Eso debe de ser espectacular —dijo Merria.

El hombre asintió, sonriendo.

—Danzamos. Si danzar bien, mujeres nos escogen.

—No sería la primera vez que una mujer se casara con un hombre por las joyas —comentó Merria, mirando a Dannyl—. ¿Qué se ponen las mujeres? —preguntó al hombre.

El dúneo sacudió la cabeza.

—Solo cinturón. Muy simple. Sobre tela... —Hizo un gesto amplio desde el cuello hasta la rodilla.

Merria parecía desilusionada.

—¿Nada de joyas ni gemas?

—Gemas en cinturón.

—Me encantaría ver una de esas ceremonias. —Merria exhaló un suspiro de anhelo—. ¿Son caras? —Señaló con la cabeza los aros para las piernas.

—Esta no se vende. Pero ¿traemos más próxima vez? Tal vez cinturón también.

—Eso estaría bien. —Ella dirigió la vista de nuevo a las gemas—. Bueno..., ¿cuánto cuestan?

Regresaron a la mesa y se produjo un breve regateo. A Dannyl le pareció que el dúneo se conformaba con un precio más bajo del que habría aceptado normalmente. Cuando se cerró la transacción, Dannyl decidió que no podía marcharse sin preguntar por el rastreador.

—¿Conocen a Unh? —inquirió—. Trabaja como rastreador.

La sonrisa del hombre se desvaneció y reapareció con un aspecto forzado y poco convincente.

—No. —Se volvió hacia el otro dúneo, que tenía el entrecejo arrugado. El hombre sacudió la cabeza.

—No.

Dannyl asintió, se encogió de hombros y les dio las gracias por mostrar los aros a Merria. Los dos respondieron con una sonrisa rígida. Dannyl se alejó, llevándose a

Merria consigo.

—¿Quién es Unh? —preguntó ella cuando los dúneos no podían oírla.

—El rastreador que nos ayudó en nuestra búsqueda de Lorkin.

—Ah. —Merria miró hacia atrás—. ¿Soy la única a la que le ha dado la impresión de que sí lo conocen, pero no le tienen mucho aprecio?

—No, no eres la única.

—Qué interesante —murmuró la joven—. Espero que eso no signifique que no me traerá unos aros de esos.

Doblaron una esquina y comenzaron a avanzar por la fila siguiente. Dannyl alzó la vista y se detuvo cuando vio lo que tenían ante sí.

El pasillo estaba bordeado de puestos repletos de libros, rollos de pergamino y utensilios de escritura. Miró de un lado a otro y posó los ojos en unas pilas de tomos antiguos de aspecto prometedor. De pronto entendió por qué había percibido un dejo de suficiencia en la voz de Tayend cuando este le había recomendado que visitara el mercado.

«No era solo porque estuviera sugiriéndome algo que no se me había ocurrido. Sabía que me encontraría con esto. Seguramente su afición a los cachivaches absurdos o exóticos ya lo había traído aquí, y supuso que yo no había venido aún. — Lo invadió una sensación de afecto hacia su ex amante, que dio paso a una mezcla de culpabilidad e irritación que empezaba a volverse habitual desde la llegada de Tayend a Arvice—. Tendré que darle las gracias por su consejo. Ojalá esta perspectiva no me llenara de dudas y temores.»

—Puede que me entretenga un buen rato aquí —le dijo a Merria en tono de disculpa.

Ella sonrió.

—Me lo imaginaba. No se preocupe. ¿Quiere que busque algo en particular?

6

UNA ADVERTENCIA

Cuando Lorkin hizo una pausa en su trabajo, advirtió que más de la mitad de las camas de la sala de asistencia estaban ocupadas, aunque la mayoría de los pacientes seguramente se marcharían en cuanto vieran a Kalia. Casi todos padecían el mismo mal, o enfermedades parecidas. Hasta en un lugar aislado y remoto como Refugio la gente contraía catarrros y tos cada invierno. Lo llamaban «fiebre del frío».

La gente estaba tan familiarizada con el tratamiento y confiaba tanto en él que apenas hacía preguntas. Kalia realizaba un reconocimiento superficial a quienes aseguraban estar enfermos, y rara vez tenía que explicar cómo se administraban los remedios que les daba. Esta era la especialidad de Kalia. A Lorkin se le asignó la tarea de atender a todo aquel que llegara con lesiones o enfermedades distintas. Ninguno de los enfermos de fiebre del frío acudía a él. Si Kalia estaba ocupada, se tendían en una cama y la observaban pacientemente. A él solo le lanzaban alguna que otra mirada de curiosidad.

Los remedios principales eran friegas en el pecho y un té amargo. A los niños se les daban caramelos por si se negaban a tomar el té. Aun así, los caramelos tenían un sabor fuerte y desagradable, por lo que solo quienes estaban verdaderamente enfermos —y tenían el sentido del gusto embotado— los soportaban. Se proporcionaba a los pacientes té y caramelos suficientes para que les duraran unos días. Si necesitaban más, tenían que regresar para que volvieran a examinarlos.

Era la primera vez que Lorkin veía a los Traidores racionar sus provisiones de un modo tan estricto. Sabía que las reservas de alimentos tenían que ser controladas para que la población se sustentara de las cosechas del valle durante el invierno, pero hasta entonces no había sido testigo de la aplicación de restricciones severas. Sin embargo, se hablaba de ellas, y a todo aquel que fuera sorprendido comiendo más de lo que se consideraba razonable se le trataba con una desaprobación burlona que llevaba implícita una advertencia.

No habían acudido magos con fiebre del frío a la sala de asistencia, pues eran resistentes por naturaleza a dicha enfermedad, por lo que a Lorkin le sorprendió ver a una de ellas entrar en la habitación, con un tono rojizo revelador en la nariz y los párpados. Se concentró de nuevo en la labor de cambiar el vendaje de la pierna ulcerada de un anciano. El hombre rió entre dientes.

—Creías que era maga, ¿verdad? —croó.

—Sí —reconoció Lorkin con una sonrisa.

—Pues no. Su madre lo es. También su hermana. Su abuela lo era. Ella no lo es, aunque le gusta hacerse pasar por una.

—En las Tierras Aliadas, los magos están obligados a llevar uniforme para que todo el mundo sepa lo que son. Es ilegal que alguien que no es mago se vista como uno de ellos.

El anciano sonrió con frialdad.

—Oh, eso no les gustaría aquí.

—¿Porque pondría en evidencia que no todos son iguales?

El hombre soltó un resoplido.

—No, porque no les gusta que les digan lo que tienen que hacer.

Lorkin rió por lo bajo. Sujetó el vendaje y le dio disimuladamente al anciano una dosis extra de calmante para el dolor. «¿Qué haré si se nos acaba, o si nos quedamos sin otros remedios?»

Podría empezar a sanar a los pacientes con magia, pero no sería un buen momento para ello. «Si me veo obligado a usar mis poderes de sanación, tiene que ser por una razón mejor que la de que se han agotado los remedios.»

—¿Has estado alguna vez en los miradores desde los que se domina la ciudad? —preguntó el viejo.

—¿Los que ya existían mucho antes de que los Traidores descubrieran el valle?

—Sí. Una amiga tuya me ha dicho que irá allí. Me ha pedido que te lo diga.

Lorkin clavó los ojos en el anciano, sonrió y apartó la vista.

—¿Ah, sí? ¿Eso le ha dicho?

—Y yo necesito ayuda para volver a mi habitación.

Aunque Kalia no pareció sospechar nada cuando Lorkin le dijo que el hombre quería su ayuda, le indicó que regresara lo antes posible. Cuando habían avanzado unos cientos de pasos, el viejo le aseguró a Lorkin que podía continuar solo, pero el joven insistió en acompañarlo hasta su habitación. En cuanto lo dejó allí, se encaminó a toda prisa hacia los miradores. Tuvo que subir varias escaleras para llegar allí, y para cuando llegó a la puerta del primer mirador, estaba jadeando.

En cuanto pasó al otro lado de la pesada puerta, sus exhalaciones empezaron a formar nubes de vaho. Hacía mucho frío, por lo que él creó rápidamente una barrera mágica en torno a sí y calentó el aire del interior. La habitación era larga y estrecha, y los únicos muebles eran unos bancos toscos de madera colocados contra la pared del fondo. Había ventanas sin cristal espaciadas longitudinalmente.

Al ver a una mujer inclinada sobre el alféizar, el corazón le dio un vuelco. Tyvara le dedicó una sonrisa lánguida. Él consiguió resistir el impulso de corresponder con una amplia sonrisa.

—¿Por qué no las cubren con vidrio? —preguntó Lorkin, señalando las aberturas—. Sería mucho más fácil caldear el espacio.

—No disponemos de materia prima suficiente para fabricar tanto vidrio —respondió ella, dirigiéndose a su encuentro.

—Podrías ir a buscar más a las tierras bajas.

Ella meneó la cabeza.

—No es lo bastante importante para arriesgarnos a que nos descubran.

—Pero ya habéis traído materiales antes, ¿no?

—Unas cuantas veces. Preferimos averiguar cómo hacer las cosas por nosotros mismos, o prescindir de ellas. No prescindimos de muchas, en realidad. —Le hizo señas de que se acercara a una ventana. Más abajo, el valle estaba cubierto de nieve y los precipicios, agrestes y grises, se recortaban contra aquella extensión blanca—. ¿Te ha contado Evar que cultivamos plantas en cuevas iluminadas y caldeadas por piedras?

—No. —Notó que le picaba la curiosidad—. ¿Es así como protegéis a los animales durante el invierno? ¿Los guardáis en cuevas?

—Sí, aunque se alimentan principalmente de grano. Sacrificamos algunos y congelamos la carne cuando la temperatura baja lo suficiente para hacer cuevas de hielo.

—Cuevas de hielo. Me gustaría verlas —dijo él con melancolía—, pero supongo que nadie querrá llevarme a visitar las cuevas de Refugio durante un tiempo.

Ella negó con la cabeza.

—No. —Una arruga surcaba su frente cuando desvió la mirada—. No debería estar hablando contigo.

—Lo sé. Y, a pesar de todo, aquí estamos.

Ella esbozó una sonrisa antes de ponerse seria de nuevo.

—¿Has visto a Evar últimamente?

Él sacudió la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí, pero estoy preocupada por él.

Lorkin sintió una punzada de inquietud.

—¿Por qué?

Ella lo miró con expresión dubitativa, pero que no denotaba inseguridad o indecisión. Parecía estar debatiéndose entre contarle algo o no.

—Tengo que advertirte algo, pero no puedo ser explícita, y no quiero que me malinterpretes. —Echó un vistazo alrededor antes de inclinarse hacia él y bajar la voz pese a que no había nadie más en el mirador—. Es posible que en las semanas siguientes algunas mujeres intenten llevarte a la cama. No aceptes ninguna proposición, a menos que estés absolutamente seguro de que no son magas.

Él le sostuvo la mirada, pugnando por no sonreír.

—Algunas lo han hecho ya. No he...

—Eso es distinto —lo cortó ella, agitando la mano con impaciencia—. Las mujeres de las que te hablo... No lo harán porque les gustes. —Le escudriñó el rostro

con semblante severo—. ¿Harás caso de mi advertencia?

—Por supuesto —contestó él con una sonrisa que esperaba que pareciera de gratitud y no de alegría. «Está celosa. Me quiere todo para sí.»

—Me estás malinterpretando —lo acusó ella, entornando los párpados—. Hay un riesgo real. Lo que están planeando podría ser peligroso. Alguien podría resultar muerto.

Cuando Lorkin oyó esto, su júbilo teñido de engreimiento se evaporó, y el alma le cayó a los pies al comprender de pronto a qué se refería ella: a la Muerte del Amante.

—¿Planean asesinarme?

Ella negó con la cabeza.

—No. Eso va contra la ley. Pero si murieras de forma accidental, sobre todo por esa causa... —Dejó la frase en el aire, extendiendo las manos a los costados en un gesto de impotencia—. El castigo es mucho más leve.

Él asintió y la miró. Ya no le costaba el menor esfuerzo aguantar las ganas de sonreír.

—No me acostaré con ninguna Traidora hasta que tú me digas que puedo hacerlo.

Ella puso los ojos en blanco y dio unos pasos hacia la puerta.

—Solo debes tener cuidado con las magas, Lorkin. Lo que hagas con las demás no es asunto mío. Aunque te agradecería que hicieras lo necesario para no engendrar a un montón de niños, pues ya tenemos muchas bocas que alimentar. —Se volvió de nuevo hacia él—. Y ahora, debo irme.

—Y yo tengo que regresar a la sala de asistencia —suspiró—. No porque me fascine la compañía de Kalia, sino porque me temo que esta fiebre del frío va a empeorar mucho.

Ella asintió con una mirada de cálida aprobación, pero de repente su expresión se tornó triste.

—Ocurre todos los años. Siempre mueren algunas personas, por lo general ancianos, jóvenes, o quienes están débiles a causa de otras enfermedades. Más vale que te prepares para eso.

Él movió la cabeza afirmativamente en señal de que lo comprendía.

—Gracias por la advertencia. —Sonrió—. Por las dos advertencias.

Tyvara le devolvió la sonrisa. Se encaminaron juntos hacia la puerta y el calor de las escaleras que había al otro lado. Ella lo animó a adelantarse, para que no los vieran entrar en la ciudad juntos. Lorkin se volvió una vez y advirtió que la joven tenía la mirada perdida en algún punto situado mucho más allá de las paredes que la rodeaban, con aspecto preocupado y a la vez resuelto. Sintió que se le elevaba la moral de nuevo. Ella había ido a verlo, desobedeciendo las órdenes de que se mantuviera alejada de él. Esperaba que nadie descubriera este acto de desobediencia y que ella volviera a buscarlo más adelante.

—Entonces, ¿cuándo partirá lord Dorrien hacia su aldea? —preguntó Jonna mientras daba una última pasada a las copas de vino con su paño para sacar brillo.

—Mañana por la mañana —respondió Sonea. Alzó la vista hacia su tía y sirvienta y percibió una expresión extraña en el rostro de la mujer mayor—. ¿Qué sucede?

Jonna meneó la cabeza, dejó la copa y examinó la sala de invitados de Sonea. Se acercó a la mesa baja en la que servirían la cena y procedió a lustrar la cubertería. Otra vez.

—Nada importante. Solo estaba pensando en cómo habrían podido ser las cosas. Sonea suspiró y cruzó los brazos.

—¿Sigues lamentando que no me casara con Dorrien?

Jonna extendió las manos a modo de protesta.

—Es un hombre muy agradable.

«Oh, no. Ya vuelve a las andadas.»

—Lo es —convino Sonea—, pero si me hubiera casado con él, me habría mudado al campo y no me verías nunca.

—Bobadas —repuso Jonna con un destello triunfal en los ojos—. El Gremio jamás habría permitido que te marcharas lejos.

—Lo que habría obligado a Dorrien a quedarse aquí, y eso habría sido una crueldad. No le gusta la ciudad.

Jonna se encogió de hombros.

—A lo mejor cambia de opinión cuando sea viejo.

—Para eso falta mu...

Unos golpes en la puerta interrumpieron a Sonea. Aliviada por poder dejar a un lado aquella antigua discusión, envió un poco de magia al pestillo, que se descorrió con un chasquido. La puerta se abrió hacia dentro revelando a Regin, que estaba de pie al otro lado.

—Maga Negra Sonea —dijo—. ¿Puedo hablar contigo en privado?

—¡Lord Regin! —exclamó Sonea, tal vez con un entusiasmo excesivo—. ¡Adelante!

Él entró en la sala de invitados y volvió la vista hacia Jonna, que se dirigió discretamente al dormitorio de Sonea para dejarlos solos. Entonces reparó en los objetos que había sobre la mesa.

—Esperas visitas —observó—. Me iré enseguida. —Irguió la espalda y miró a Sonea a los ojos—. He venido para decirte que ha surgido un problema familiar que va a ocupar gran parte de mi tiempo y atención, y que, como no puedo garantizarte mi colaboración para rastrear y, lo que es más importante, capturar al ladrón Skellin, creo que harías bien en buscar a otra persona que te ayude.

Sonea fijó la vista en él, descorazonada.

—Ah —dijo—. Es una... —Se sintió desorientada por unos instantes. ¿Qué iba a hacer sin la ayuda de Regin para atrapar a Skellin? «Y yo que creía que nuestra búsqueda no podía ir peor. —Sacudió la cabeza—. Jamás lo habría imaginado, pero echaré mucho en falta el apoyo de Regin»—. Es una auténtica lástima —dijo—. Tu ayuda me ha sido muy útil y me gustaría que pudieras seguir echándome una mano, pero tu familia debe ser tu principal prioridad —se apresuró a añadir.

Él le dedicó una sonrisa que casi parecía una mueca de dolor.

—Siempre lo es.

—Espero que el asunto se resuelva rápidamente y sin mayores complicaciones.

—Lo du... —La voz de Regin se apagó cuando alguien llamó a la puerta. Él miró hacia allí antes de posar de nuevo la vista en Sonea y ladear la cabeza—. Ha sido un placer colaborar contigo, Maga Negra Sonea. Será mejor que me vaya para que recibas a tus invitados.

Sonea abrió la puerta otra vez. Rothen y Dorrien aguardaban en el pasillo. Vieron a Regin, y un brillo de curiosidad asomó a sus ojos mientras lo saludaban con una inclinación cortés de la cabeza.

—Lord Regin —murmuraron.

—Lord Rothen, lord Dorrien. Estaba a punto de marcharme. Que disfruten su cena. —Ellos se apartaron para dejarlo pasar. Sonea oyó sus pasos alejarse por el pasillo. Sus invitados entraron y cerraron la puerta.

—¿Alguna novedad? —preguntó Rothen.

Sonea sacudió la cabeza.

—Ninguna de las que esperamos. Al contrario. Regin no puede seguir ayudándonos. Dice que es por un asunto familiar.

—Ah. —Rothen frunció el ceño, consternado.

—Eso he dicho yo, aunque en un tono más formal y ampuloso que evidenciaba mi gratitud y mi pesar, por supuesto.

—Por supuesto. —Rothen soltó una risita, pero la expresión ceñuda volvió enseguida a su rostro—. ¿Qué vamos a hacer sin él?

Dorrien pasó la mirada de su padre a Sonea.

—¿Tan importante es su ayuda para vosotros?

—Para la búsqueda, no tanto —respondió Rothen—. Cery está en mejor posición para eso. Pero cuando llegue el momento de capturar a Skellin, nos hará falta.

Sonea les indicó que se sentaran. Jonna salió del dormitorio y miró a Sonea con una ceja arqueada. Esta asintió con la cabeza, y la sirvienta fue a buscar la cena que estaban preparando para ellos.

—Regin no es el único capaz de ayudaros. ¿Puedo ocupar yo su lugar? —preguntó Dorrien, dirigiendo la vista a Rothen y luego a Sonea.

Esta arrugó el entrecejo.

—Tienes que regresar a tu aldea.

—Sí, pero puedo ir, poner en orden mis asuntos y volver aquí. —Le sonrió—. Hay un sanador que vive en otra aldea que está a una jornada a caballo. Tenemos el compromiso de atender a los pacientes del otro cuando uno de los dos viaja a la ciudad.

—Pero eso podría llevarte más de unas semanas —advirtió Sonea.

—Tampoco deberías dejar solas a Alina ni a las niñas durante mucho tiempo —terció Rothen. Se volvió hacia Sonea—. Puedo ayudarte cuando llegue el momento.

—No... —empezó a protestar Sonea.

—No conoces la magnitud del poder de Skellin —la interrumpió Dorrien, lanzando a su padre una mirada de desaprobación—. ¿Y si es más fuerte que tú? No eres tan poderoso como lord Regin. Tú mismo lo has dicho.

—Estaré con Sonea.

—¿Y si no es así? ¿Y si estáis separados por algún motivo? —Dorrien meneó la cabeza—. Es un riesgo demasiado grande para ti, padre.

Sonea asintió. No estaba de acuerdo con el razonamiento de Dorrien, pues Rothen no era menos poderoso que un mago promedio, pero estaba haciéndose viejo y lento de movimientos, lo que podía suponer un problema si tenían que perseguir a alguien.

—Tú no eres mucho más fuerte que yo —señaló Rothen.

—Pero soy muy fuerte —dijo Dorrien. Miró a Sonea con ojos brillantes—. Alina y yo hemos estado pensando que deberíamos mudarnos a la ciudad durante una temporada para que Tylia se acostumbre a la vida de aquí antes de ingresar en la universidad. Teníamos la intención de quedarnos al menos hasta unos meses después de que empezaran sus clases. —Se volvió hacia su padre—. Ya le he contado mis planes a lady Vinara, aunque todavía no he concretado las fechas. No sería muy complicado que nos instaláramos aquí antes de lo previsto.

Rothen contempló a su hijo en silencio, claramente atrapado entre sentimientos encontrados. «Le encantaría ver a sus nietas más a menudo —supuso Sonea—, pero no quiere dar su consentimiento a algo que podría poner en peligro la vida de su hijo.»

Ella misma se había alegrado al oír la noticia. Sería agradable contar con la compañía de Dorrien durante más tiempo del que permitían sus visitas de rutina al Gremio. Aunque ella tampoco quería ponerlo en riesgo, lo cierto era que habría preferido no poner en riesgo a nadie. Al menos él estaba dispuesto a trabajar codo con codo con ella y era lo bastante sensato para saber cuándo convenía guardar un secreto.

El tenso silencio se vio interrumpido por otros golpes en la puerta. Cuando esta se abrió, tres criados, con Jonna a la cabeza, entraron en fila con fuentes de comida entre las manos. Como todos estaban callados, Jonna enarcó las cejas. Antes de retirarse

seguida por sus ayudantes, miró a Sonea como diciendo: «Ya volveré para enterarme de qué está pasando aquí».

Cuando la puerta se cerró, Sonea se inclinó hacia delante y comenzó a servir la cena.

—Me pregunto qué asuntos familiares son los culpables de arrebatarnos a Regin —comentó.

Rothen se quedó pensativo.

—A veces desearía no haber dejado de asistir al Salón de Noche para escuchar los cotilleos.

—Veré qué puedo averiguar —dijo Dorrien, encogiéndose de hombros.

—¿En una noche? —se mofó Sonea.

Los ojos de Dorrien centellearon con socarronería.

—Cuando uno visita el Gremio durante solo unas semanas al año, todo el mundo se desvive por ponerlo al corriente de los últimos escándalos. Tendré que dejaros un poco antes esta noche para llegar ahí a una hora conveniente, pero si hay una respuesta a vuestra duda, os la transmitiré mañana por la mañana.

Una tela suave y resbaladiza cayó en cascada sobre la cabeza de Lilia y se precipitó hacia el suelo, pero, en el último momento, un tirón la ciñó a su cintura de modo que quedó colgando en pliegues armoniosos. Naki dio un paso hacia atrás.

—Te queda perfecto —dijo con una voz que destilaba tanto diversión como irritación mientras cruzaba los brazos y hacía un mohín—. No es justo. A mí todo me viene pequeño ahora, y no tiene sentido regalártelo porque nunca volveremos a llevar vestidos. —Sonrió—. Estás estupenda. Ve a mirarte en el espejo.

Lilia se acercó al espejo con paso vacilante y se contempló en él. El vestido le quedaba holgado a la altura del pecho, pero eso tendría arreglo con un poco de relleno. Aunque había visto a menudo a la esposa y las hijas de su antiguo patrón engalanadas de aquella guisa, jamás se habría atrevido a probarse su ropa.

—Estás preciosa —dijo Naki, acercándose a Lilia por detrás. Le posó las manos sobre los hombros. Tenía los dedos helados, lo que provocó que un escalofrío le bajara a Lilia por la espalda. Recordó lo que Madie y Froje habían dicho sobre su nueva amiga, pero se apresuró a desterrar este pensamiento de su mente.

Naki frunció el ceño.

—Estás muy tensa. ¿Qué te ocurre? ¿Es muy incómodo el vestido?

Lilia negó con la cabeza.

—Tengo la sensación... bueno... de que estamos haciendo algo prohibido. Se supone que los magos deben llevar túnica siempre.

Los labios de Naki se curvaron en una sonrisa pícaro.

—Lo sé. Resulta divertido, ¿no?

Al fijarse en la expresión de su amiga, Lilia no pudo evitar sonreír.

—Sí, pero solo porque no nos ve nadie.

—Es nuestra travesura secreta —dijo Naki, volviéndose hacia otro lado. Se agachó, agarró el bajo de su vestido y, con un solo movimiento, se lo subió y se lo quitó, pasándolo por encima de su cabeza. Debajo no llevaba más que la nagua, por lo que Lilia desvió la mirada rápidamente—. De hecho, deberías hacer una travesura muy, muy gorda —prosiguió Naki mientras se enfundaba su sobretúnica de aprendiz—. Entonces podrás hacer más travesuras de poca importancia como esta sin ponerte tan nerviosa. —Se quedó callada, pensando, y al cabo de un momento desplegó una gran sonrisa—. Ya lo tengo. Quédate ahí. Enseguida vuelvo.

Naki salió por la puerta principal de su dormitorio. Lilia aprovechó que su amiga no la miraba para despojarse del vestido y ponerse su túnica a toda prisa. Mientras se ataba el fajín, Naki regresó con un objeto pequeño y negro. Lo alzó con un floreo triunfal.

Era como una jaula metálica para pájaros, pero más pequeña y robusta. Lilia se quedó mirándola, desconcertada. Naki se rió. Clavó la vista en la jaula, y empezaron a salir volutas de humo de las aberturas. Súbitamente, con una mezcla de desaliento y curiosidad, Lilia entendió qué era aquello.

—¡Un brasero de craña!

—Claro —dijo Naki con cara de exasperación—. Eres demasiado ingenua, Lilia. Cuesta creer que te hayas criado en una familia de sirvientes.

—El patrón de mi familia no aprobaba el consumo de craña.

Naki se encogió de hombros.

—Como mucha gente. Desconfían de las cosas nuevas. Acabarán por comprender que la craña no es peor que el vino y que en algunos aspectos es incluso mejor. No provoca resaca. —Agitó la mano para impulsar el aire hacia su rostro y respiró hondo. Después de algunas inhalaciones, cerró los párpados y dio un suspiro de satisfacción. Posando en Lilia una mirada turbia y seductora, le hizo señas para que se acercara—. Ven aquí. Pruébalo.

Lilia obedeció. Se inclinó hacia el brasero e inspiró profundamente. Un humo aromático le llenó los pulmones. Tosió, y Naki se llevó la mano a la boca con una risita. En vez de ofenderse porque su amiga se había reído de ella, Lilia descubrió que no le importaba. Introdujo más humo en su pecho. La cabeza empezó a darle vueltas.

—La última vez encontré un lugar ideal para esto —dijo Naki, aproximándose a su cama. Colgó el brasero de una percha y empujó los vestidos hacia el otro extremo de la barra. A continuación se tumbó en la cama.

A Lilia se le escapó otra carcajada. Naki le sonrió y dio unas palmaditas sobre la colcha.

—Ven a recostarte. Es de lo más relajante.

Lilia se percató aliviada de que la idea de tenderse en una cama junto a Naki solo despertaba en ella una vaga reminiscencia del nerviosismo que habría sentido en otras circunstancias. Se dejó caer en el lecho al lado de su amiga.

—¿Sigues preocupada por meterte en líos? —preguntó Naki.

—No. De repente todo me da igual.

—Ese es el efecto de la craña. Hace que las cosas dejen de importarte. Disipa tus preocupaciones. —Se volvió hacia Lilia—. Te noto muy preocupada últimamente.

—Así es.

—¿Por qué?

—Por las chicas de mi clase. Las que eran mis amigas. Me dijeron cosas sobre ti. Naki se rió.

—Menuda sorpresa. ¿Qué cosas?

«¿Por qué he dicho eso? Maldición. No puedo contárselo..., ¿o sí? Estaría bien conocer la verdad...»

—Que... que te gustan las mujeres. En vez de los hombres. O sea... —Lilia respiró hondo y tosió de nuevo cuando el humo invadió sus pulmones—. O sea, que prefieres tener a mujeres como amantes, del mismo modo que algunos hombres prefieren a otros hombres. —Se tapó la boca con la mano. «¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué no he podido cerrar el pico? ¡Naki me odiará!»

Pero Naki se limitó a reír de nuevo. Era una risa despreocupada, traviesa.

—Apuesto a que tuvieron sueños interesantes relacionados con eso durante meses.

Lilia soltó una risita. Intentó imaginar a Froje y a Madie fantaseando con... «No, no quiero pensar en eso.»

—Quieres saber si es verdad.

Lilia pestañeó, sorprendida, antes de posar la vista en Naki.

Su amiga le sostuvo la mirada y sonrió.

—Lo es. Y también es verdad en tu caso, ¿no? O... no estás segura.

Con las mejillas encendidas, Lilia desvió la vista.

—Yo...

—Vamos, dímelo en confianza.

—Pues... creo que sí... Esto... ¿Puedes darme algún consejo al respecto?

Naki se dio la vuelta y se incorporó ayudándose con los brazos.

—Mi consejo es que no te preocupes. —Extendió la mano hacia arriba y descolgó el brasero, que había dejado de humear—. Desde hace siglos ha habido mujeres que se enamoran de otras mujeres. Los hombres siempre dan por sentado que solo son buenas amigas. Es lo contrario de lo que sucede con los hombres, que no pueden ser amigos íntimos por miedo a que otros crean que están enamorados. —Rió entre dientes antes de levantarse de la cama e indicarle que la siguiera con un gesto—. Las

chicas como nosotras podemos guardar nuestro secreto fácilmente porque nadie nos presta mucha atención. Vayamos a la biblioteca.

Lilia se incorporó y se quedó inmóvil con los ojos cerrados, presa del mareo.

—¿A la biblioteca? ¿Por qué a la biblioteca? ¿Por qué ahora?

—Porque quiero enseñarte algo antes de que papá vuelva a casa. Quiero un poco más de craña.

—¿Guardas craña en la biblioteca?

—Es de mi padre.

—¿Tu padre consume craña?

Naki soltó una risotada sarcástica.

—Claro.

Con su amiga a la zaga, salió de sus aposentos, recorrió pasillos y bajó escaleras. Lilia se preguntó qué hora era. Al parecer, era lo bastante tarde para que no hubiera criados por la casa.

—La familia de mi padre tiene un montón de hábitos sórdidos —dijo Naki—. El de mi tío eran las chicas. No me refiero a que tuviera debilidad por las mujeres, sino a que le gustaban las niñas. Los sirvientes lo sabían, así que me mantenían apartada de él cuando venía de visita. Mi padre nunca me creía cuando se lo decía.

Lilia se estremeció.

—Eso es terrible.

Naki se volvió hacia atrás y sonrió, pero su expresión era muy dura.

—Oh, al final pagó por ello. —Miró al frente y se detuvo frente a una puerta—. Es aquí.

Cruzó la puerta y entró en una estancia enorme. Lilia no pudo reprimir un grito ahogado cuando vio todas las estanterías abarrotadas de libros y rollos de pergamino. Aunque se había percatado desde el principio de que a Naki le parecían aburridas las personas que mostraban un interés excesivo en los estudios, en aquel momento no fue capaz de disimular la admiración ni el gozo que la embargaban.

—He pensado que te gustaría.

Lilia miró a Naki, que sonreía de oreja a oreja, y fingió sentirse avergonzada.

Naki soltó una carcajada.

—Eres una actriz nefasta. Ven, te enseñaré algo.

Se acercó a una mesa auxiliar con tablero de cristal. Lilia advirtió que el vidrio cubría una cavidad semejante a un cajón llena de libros muy antiguos, pergaminos, unas pocas esculturas y algunas joyas. Naki deslizó la mano por el costado y se oyó un chasquido suave.

—Papá mantiene cerrado el tablero con llave y con magia, pero no es un mago tan poderoso como para gastar energía en proteger el mueble entero —murmuró Naki. Introdujo la mano y sacó un libro pequeño que tendió a Lilia.

La cubierta era de una piel suave, algo polvorienta, y el título se había borrado con el uso. Cuando Lilia lo abrió, la rigidez quebradiza de las páginas le produjo una sensación desagradable. Era como si fueran a romperse si ella intentaba doblarlas. El texto, aunque desvaído, seguía siendo legible y estaba escrito en un estilo que no resultaba fácil de entender.

—¿Qué es?

—Un libro sobre cómo usar la magia —respondió Naki—. En su mayor parte son cosas que ya sabemos. Los magos han aprendido mucho en los últimos setecientos años.

—Setecientos —jadeó Lilia—. Es increíble que se conserve intacto.

—No es tan antiguo. Se trata de una copia del original, y le han cambiado la encuadernación varias veces. —Naki observó a Lilia con detenimiento—. Pero ahí se menciona un tipo de magia que no conocemos. ¿A que no adivinas cuál?

Lilia reflexionó.

—¿Setecientos años? Eso fue antes de la guerra Sachakana... ¡Oh! —Fijó la vista en su amiga—. ¡No hablarás en serio!

—Sí. —Un solo rayo de luz iluminó los ojos negros de Naki—. Magia negra. —Cogió el libro de las manos de Lilia y lo guardó de nuevo en el cajón—. Te he dicho que la familia de mi padre tenía algunos secretos oscuros.

—Ellos no... no saben magia negra, ¿verdad?

—No. Bueno, creo que no. No es algo difícil de ocultar, ¿sabes? La Maga Negra Sonea la dominaba mucho antes de que el Gremio se enterara, y solo se enteraron porque el Gran Lord Akkarin fue descubierto. Y fue descubierto porque los sachakanos le tendieron una trampa. —Miró el cajón—. Supongo que uno puede guardar el secreto durante toda su vida sin que nadie sospeche. Esto sí que es antiguo. —Metió la mano y extrajo un anillo. Era de oro, con una piedra pálida engastada—. Mi abuela por parte de madre lo llevaba. Ella lo heredó a su vez de su abuela. Ha pasado de generación en generación por vía materna desde hace siglos. Mi madre me dijo que la piedra era mágica y que algún día me enseñaría a utilizarla. Murió antes de que tuviera la oportunidad de enseñarme, claro, y mi padre se negó a darme el anillo.

—¿Para qué se supone que sirve?

—Según ella, ayudaba a las mujeres a guardar sus secretos.

—Entonces no es muy útil a menos que tengas secretos que guardar.

—O alguien a quien ocultárselos.

—¿Has intentado averiguar cómo funciona?

—Claro. Así fue como encontré la manera de cogerlo cuando quisiera. Pero no he encontrado la manera de probar si funciona, y si hay un secreto que estoy segura de que no puede ocultar es el de si ha sido robado o no, así que siempre tengo que

devolverlo a su sitio.

—¿Cómo podría funcionar algo así?

—Vete a saber. Yo creo que no es más que una historia absurda que me contaba mi madre para mantenerme entretenida. —Con una sonrisa, Naki guardó el anillo y colocó el costado del mueble en su sitio.

—Tal vez tu padre no sepa magia negra. Después de todo, si el anillo sirviera de verdad para encubrir secretos, seguro que lo llevaría puesto.

Naki arrugó la nariz al meditar sobre ello. Luego sacudió la cabeza.

—Dudo que ni siquiera él intentara aprender a utilizarlo. No le gusta correr grandes riesgos.

Lilia asintió en señal de conformidad, sorprendida por el alivio que le causaban estas palabras de Naki.

De pronto su amiga alzó la vista y sonrió.

—¡Robémosle un poco más de craña a mi padre! —Sin esperar respuesta, se alejó dando saltitos hacia la otra punta de la sala, y Lilia la siguió.

DECISIONES Y DESCUBRIMIENTOS

Cada vez que los magos superiores se reunían en el Salón Gremial sin que los demás miembros del Gremio estuvieran presentes, sus voces resonaban de un modo que siempre le resultaba inquietante a Sonea. Tendió la vista hacia las dos graderías dispuestas a lo largo de las paredes más largas de la sala. Entre ellas había un espacio alargado y vacío que solo se llenaba en las pocas ocasiones al año en que se permitía que los aprendices participaran en las ceremonias. Al fondo había dos puertas grandes. Eran las que se habían instalado originalmente en el edificio y seguían siendo robustas pese a sus más de seiscientos años de antigüedad y que habían pasado varios siglos expuestas a los elementos antes de que se construyera la universidad en torno al viejo salón.

Sonea y los magos superiores estaban sentados en el otro extremo de la sala, conocido como el Frente. Se accedía a los empinados asientos corridos por unas escaleras estrechas. Esta disposición no solo les proporcionaba una vista inmejorable de todo el salón, sino que ponía de relieve la jerarquía entre los magos. Los asientos superiores estaban reservados para el rey y sus consejeros. La siguiente fila era para el líder del Gremio, el Gran Lord y los dos magos superiores más recientes: los magos negros.

«Nunca me he sentido a gusto con la decisión de situarnos aquí arriba», pensó Sonea. Aunque Kallen y ella tenían la posibilidad de volverse más poderosos que cualquier otro mago del Gremio, no poseían más poder o influencia que los demás magos superiores. Tenían prohibido utilizar la magia negra sin una orden expresa y, a diferencia de la mayoría de los magos comunes, solo podían moverse dentro de los límites que les habían marcado.

«Tal vez nos colocaron aquí arriba con la intención de compensarnos por ello, pero sospecho que la razón principal fue la de ahorrarse el tener que realizar obras de carpintería importantes en el Frente. Simplemente no hay espacio para añadir asientos para dos magos más en un nivel inferior.»

Devolvió bruscamente su atención a la reunión cuando la voz del administrador Osen se elevó para dirigirse a todos.

—Los que estén a favor de bloquear los poderes de Lorandra, levanten la mano.

Sonea levantó la suya. Contó las manos alzadas en torno a ella y comprobó aliviada que la mayoría de los magos superiores apoyaba la moción.

—El voto ha sido emitido; los poderes de Lorandra serán bloqueados. —Osen alzó la mirada hacia Kallen—. El Mago Negro Kallen establecerá el bloqueo.

Algunos magos volvieron los ojos hacia Sonea, que contuvo una sonrisa triste. No

había motivos para que fuera un mago negro quien llevara a efecto el bloqueo, pero se daba por sentado que Kallen o ella debían encargarse de esta tarea. «Creo que todo el mundo supone que es más fácil para nosotros, ya que podemos soslayar la tendencia natural de la mente a expulsar a los visitantes no deseados. Quizá lo sea; nunca me había visto obligada a hacerlo antes de aprender magia negra, así que no tengo manera de comparar.»

Imponer un bloqueo a una persona que se resistía nunca era agradable, pero ella habría hecho el esfuerzo si esto le hubiera brindado la ocasión de leerle la mente a Lorandra. No obstante, cuando el administrador Osen le había preguntado si lo haría, ella había tenido que negarse. Pretendía sobornar a Lorandra con la promesa de desbloquear sus poderes, por lo que si le leía la mente, la mujer quizá detectaría vagamente sus intenciones deshonestas y se sentiría inclinada a desconfiar de ella. Sonea no había explicado de un modo tan explícito la razón de su negativa a Osen. Se había limitado a decir que no quería dar a Lorandra más motivos para no colaborar con ella en la búsqueda de Skellin.

No le gustaba tener que engañar a Lorandra, pero la caza del mago renegado no estaba conduciendo a nada. Se habían quedado sin la ayuda de Regin. Cery estaba dedicando tantos esfuerzos a mantenerse fuera del alcance de los hombres y aliados de Skellin como a intentar averiguar dónde estaba este. Convertir a Anyi en una espía de Cery o arrastrar a la familia de Dorrien a Imardin para que él pudiera poner su vida en peligro ayudando a Sonea parecía mucho peor que mentir a una mujer que había infringido las leyes del Gremio, asesinado ladrones e importado craña con la esperanza de elevar a su hijo a la categoría de rey de los bajos fondos.

«Reconozco que, aunque estaba deseando que el Gremio dejara de vacilar y tomara la decisión obvia, no tenía ninguna prisa por poner en marcha el engaño. Mientras no se bloquearan los poderes de Lorandra, no tenía nada que ofrecerle para sobornarla. Pero ahora... —Suspiró—. Ahora no podré posponerlo mucho más.»

Osen dio por terminada la reunión, y en el salón empezaron a resonar los pasos de botas sobre peldaños de madera, las voces y el susurro de las túnicas al rozarse. Rothen esperó a que Sonea descendiera al nivel de los directores de estudios y luego la siguió muy de cerca.

—Resulta que es verdad que a Dorrien se le da bien conseguir que la gente le venga con chismes —murmuró.

Cuando llegaron abajo, ella se apartó ligeramente de los otros magos.

—¿Qué ha dicho?

—Que lord Regin tiene ciertas desavenencias con su esposa.

—Eso es revelador —comentó Sonea con sequedad—. ¿Ha averiguado la causa de esas desavenencias?

Rothen abrió la boca, pero al ver que lady Vinara se acercaba, la cerró y sacudió

la cabeza.

—Lady Vinara —dijo Sonea cuando la mujer llegó ante ellos, y Rothen repitió su saludo.

—Maga Negra Sonea, lord Rothen —dijo la anciana sanadora, dirigiendo una inclinación de la cabeza a cada uno—. Sin duda se congratularán de que lord Dorrien y su familia vayan a establecerse en Imardin antes de lo que habían planeado.

Sonea miró a Rothen, que la miró a su vez con expresión inquisitiva.

—¿O sea que ya ha tomado una decisión definitiva? —preguntó Rothen en un tono de alegría y resignación.

Vinara le dedicó una sonrisa compasiva.

—Sí. Ha concretado una fecha para que yo pueda asignarle trabajo en el alojamiento de los sanadores. —Se volvió hacia Sonea—. Quiere trabajar en los hospitales, pero he pensado que sería prudente tenerlo cerca para evaluar su dominio de las nuevas técnicas de sanación antes de dejar que se las arregle solo en la ciudad.

Sonea asintió.

—Estoy de acuerdo. Gracias —dijo con gratitud sincera.

Aunque nunca había tenido que dar órdenes a Dorrien, Sonea sospechaba que sería más difícil ejercer autoridad sobre él que sobre cualquier otro sanador. Vinara era una sanadora veterana que había sido su profesora, y no una mujer más joven a quien Dorrien había conocido en su época de aprendiz, por lo que no le costaría mucho corregir cualquier mala costumbre que este hubiera podido adquirir.

Vinara hizo un gesto de asentimiento y se alejó. Sonea dirigió a Rothen una mirada interrogante. Él extendió las manos a los costados y abrió mucho los ojos.

—¡No me mires así! ¡No lo sabía! —Sacudió la cabeza con exasperación—. Debe de haber supuesto que los dos nos compincharíamos para arrancarle la promesa de que no regresaría al Gremio si nos lo decía antes de marcharse.

Sonea se encogió de hombros.

—¿Te importa que trabaje conmigo? El hecho de que vaya a mudarse a Imardin antes de lo previsto no significa que tenga que participar en la búsqueda.

Rothen arqueó las cejas.

—Dudo que seas capaz de impedírselo.

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—No, en cuanto empiece a trabajar en los hospitales no podré. Lo siento, Rothen. Haré lo que pueda para asegurarme de que esté a salvo.

—¿Por qué te disculpas conmigo?

—Por enredar a tu hijo en la peligrosa búsqueda de un mago renegado.

—No has hecho nada para incitarlo a ello —señaló él—. Al contrario, yo debería pedirte perdón por dar a mi hijo una educación que lo ha convertido en un hombre tan obstinado e insistente.

Sonea rió con amargura.

—No creo que se nos pueda culpar a ninguno de los dos por cómo han salido nuestros hijos, Rothen. Hay cosas que no dependen de los padres.

Los libros de registros que Dannyl había comprado en el mercado le habían costado una pequeña fortuna. El vendedor se había resistido a decirle de dónde procedían, pero cuando Dannyl le había dado a entender que estaría interesado en adquirir más, el hombre había reconocido que eran de una finca situada a la orilla del páramo que, como muchas otras, estaba al borde de la quiebra debido al avance del polvo y las arenas.

Aunque el vendedor seguramente había hecho el comentario con pesadumbre, Dannyl no había podido evitar entusiasmarse al oírlo. Si había otras fincas que estaban vendiendo sus pertenencias para sobrevivir, tal vez habría más documentos que comprar. Además, el aire seco de los alrededores del yermo había mantenido los libros y pergaminos en buen estado.

Como era de esperar, en los registros que Dannyl había adquirido aparecían numerosas alusiones al páramo.

He visitado al ashaki Tachika. Me ha llevado a ver los daños que han sufrido sus terrenos. Todo en aquella zona está quemado. No quedan ni los huesos de los animales para recordarnos todos los que perecieron ahí. Los límites precisos son difíciles de encontrar, pues el viento ha cubierto de ceniza los terrenos que no ardieron, y en las semanas posteriores a la explosión han brotado plantas en las zonas quemadas. El aire huele a humo y a preguntas sin respuesta. He accedido a venderle cinco reberes, entre ellos un macho joven, a cambio de veinte monedas de oro.

Aunque el documento que Dannyl tenía entre las manos estaba escrito en un estilo parco, de vez en cuando el autor ashaki pasaba de un relato frío de los hechos a una descripción evocadora. A Dannyl le intrigó la referencia a plantas que crecían en el páramo muy poco después de su creación. Le hizo preguntarse de nuevo por qué la tierra no había vuelto a ser fértil. ¿Las plantas habían luchado en vano por sobrevivir durante un tiempo?

Dannyl pasó varias horas leyendo por encima el documento antes de volver a encontrar algo interesante. Entonces se fijó en las fechas y se llevó una sorpresa. El autor había tardado casi veinte años en mencionar el páramo de nuevo.

El ashaki Tachika ha vendido su finca y se ha trasladado a Arvice. Dice que morirá antes de que la tierra dañada se recupere, y le preocupa que nunca vuelvan a darse bien las cosechas. Es una pena. Al principio las cosas le iban bien, pero muchas fincas han sufrido contratiempos parecidos recientemente. La causa es un misterio.

El páramo aparecía mencionado con mayor frecuencia a partir de este punto. Dannyl cogió el último libro de registro del conjunto y pronto confirmó la sospecha

que empezaba a abrigar.

El páramo ha traspasado el límite. Los esclavos se lo han comunicado a Kova, y en cuanto me ha avisado me he dirigido hacia allí a caballo para comprobarlo por mí mismo. Ha tardado más de treinta años en llegar a mi finca, aunque las polvaredas lo han precedido desde el día posterior a la gran explosión.

Las tierras del ashaki Tachika han desaparecido. ¿Ocurrirá lo mismo con las mías y las de Valicha durante los siguientes treinta años? ¿Heredará mi hijo una finca y un futuro condenados al fracaso? Pese a todos los intentos de los ashakis por negarlo, su rechazo de las propuestas de matrimonio que mi hijo ha hecho a sus hijas pone de manifiesto su mentira. Tal vez sea mejor que no haya un nieto que herede nuestros problemas.

Poco más adelante, la caligrafía cambiaba. El hijo informaba de la muerte de su padre y continuó con su costumbre de hacer anotaciones breves, sobre todo relativas a acuerdos comerciales. El corazón de Dannyl rebotaba de compasión por la familia, incluso después de recordarse a sí mismo que eran magos negros que tenían esclavos. En el mundo que conocían y comprendían, estaban abocados a la pobreza y la extinción.

Dannyl echó un vistazo a sus notas y hojeó su cuaderno hasta encontrar el punto de partida. El registro empezaba unos años antes de la ocupación kyaliana. El autor original era joven y tal vez había heredado las propiedades de un ashaki que había muerto en la guerra. Escribía muy poco sobre sus dominadores kyalianos. El día que se había formado el páramo, él describía una luz intensa que entraba por su ventana, y más adelante comentaba que los esclavos que habían quedado cegados por ella habían tardado tres días en recuperar la vista lo suficiente para trabajar.

El autor del documento no hacía conjeturas sobre la causa de la luz o de la destrucción. «Quizá no se atrevía a poner por escrito acusaciones o quejas contra los kyalianos.»

En la pila de libros que había comprado quedaba un último volumen. Era un objeto pequeño y maltratado, y de alguna manera le habían entrado granos de arena en todos los pliegues y grietas, lo que parecía indicar que había estado enterrado. Al abrirlo, Dannyl vio que las palabras estaban tan desvaídas que eran casi imposibles de leer.

Estaba bien preparado para eso. Los encargados de la Gran Biblioteca de Elyne habían desarrollado métodos para recuperar textos antiguos. Algunos acababan por destruir el libro, mientras que otros, más suaves, hacían reaparecer la tinta durante poco tiempo. En ambos casos, si se trataban las páginas una a una, podía realizarse una transcripción antes de que se desintegraran o la escritura se desvaneciera.

Dannyl extrajo de una caja que estaba sobre su escritorio unos tarros con soluciones y polvos y puso manos a la obra, probándolos en las esquinas de algunas

páginas. Comprobó aliviado que uno de los métodos menos destructivos destacaba la tinta lo suficiente para que el texto resultara apenas legible durante un rato. Comenzó a aplicarlo a la primera página y, cuando las palabras se aclararon, el corazón empezó a latirle un poco más deprisa.

El libro, escrito con letra muy apretada, había pertenecido a la esposa de un ashaki. Aunque cada página tenía un encabezamiento que daba a entender que el texto era sobre algún asunto doméstico o cosmético, los párrafos siguientes pasaban rápidamente a abordar temas políticos. Bajo el título «Ungüento para el cabello y el cuero cabelludo reseco», por ejemplo, había una diatriba mordaz contra el primo del emperador.

«¿"Emperador"? —Dannyl frunció el ceño—. Si había un emperador, se infiere que ella escribió esto antes de la guerra Sachakana.»

Continuó leyendo, tratando cuidadosamente cada página con la solución y observando con impaciencia cómo aparecían las palabras. Pronto cayó en la cuenta de que se equivocaba. Si la mujer se refería al emperador destronado por su título era solo porque no tenía alternativa y los sachakanos no aplicaban aún el término «rey» a su gobernante.

«Lo que significa que este diario fue escrito un tiempo después de la guerra, pero antes de que transcurrieran veinte años.»

La autora no había fechado sus entradas, por lo que no había manera de saber cuánto tiempo había pasado entre ellas. Nunca mencionaba nombres, sino que se refería a las personas por su aspecto físico.

REMEDIOS ÚTILES PARA LAS MOLESTIAS FEMENINAS

Una vez al mes, el ciclo natural trae consigo muchos males. El hecho viene precedido por una gran ansiedad, mal humor e hinchazón, y el momento, cuando llega, puede proporcionar alivio, aunque siempre resulta agotador. El reto reside en la contención. Las más descuidadas sufren pérdidas y a menudo no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde. ¿Cómo, si no, me entero de lo que planean los pálidos? Se fían de los esclavos, pues creen que están agradecidos por la libertad. No es difícil tirar de la lengua a los esclavos. El emperador loco lo sabe. Por eso se ha apropiado del esclavo del traidor. Más vale mantenerlo bien vigilado en todo momento. Si tomas para ti algo que pertenece al héroe, pasas a ocupar el lugar del héroe a ojos de los esclavos. El emperador demente quería que los pálidos se llevaran a nuestros hijos para criarlos en su país e inculcar en los pequeños el odio hacia nosotros. Pero el bondadoso se opuso al plan y los demás le dieron su apoyo. Estoy segura de que lamentan haber convertido al demente en su líder.

Mientras Dannyl aguardaba a que otra página reaccionara al tratamiento, reflexionó sobre el último pasaje que había leído. La mujer mencionaba al «emperador demente» varias veces. No creía que el hombre fuera un emperador de verdad, sino que solo era algún tipo de líder. Si «los pálidos» eran los kyralianos, entonces se trataba del mago que había estado al frente de ellos, lord Narvelan. A Dannyl le intrigaba la insinuación de que Narvelan había adoptado a un esclavo. El esclavo del «traidor», que además era un héroe. Miró el texto cada vez más oscuro y definido con los ojos entornados.

MODALES APROPIADOS PARA RECIBIR A LAS VISITAS

Primero se presentan respetos al ashaki, luego al mago, luego al hombre libre. A los hombres antes que a las mujeres. A los viejos antes que a los jóvenes. El robo es una ofensa grave, y hoy nuestros visitantes pálidos han sufrido un robo por parte de uno de los suyos: su emperador loco. Ha cogido el arma que teníamos al cuello y ha huido. Muchos de los pálidos han salido en su persecución. Es una gran oportunidad. Estoy enfadada y triste. Mi gente está demasiado amedrentada hasta para aprovechar la ventaja que tienen. Dicen que el emperador loco podría volver con el cuchillo y castigarnos. Son unos cobardes.

Por el modo en que aquella letra esmerada cedía el paso a unos garabatos, Dannyl supuso que se había producido un salto temporal en medio de la entrada y que la última parte había sido escrita con prisa o con rabia. La alusión a un arma no era una novedad; la autora del diario la había mencionado antes como un motivo por el que los sachakanos temían alzarse contra los kyralianos. Pero ahora Narvelan la había robado. ¿Por qué?

CÓMO REACCIONAR A LA NOTICIA DE LA MUERTE DE UN RIVAL

¡Nuestra libertad es inevitable y nos llega de la mano de un demente! Una gran explosión de magia ha arrasado el territorio del noroeste. Una energía semejante solo podía proceder de la piedra de almacenaje. Ningún otro artefacto o mago es tan poderoso. Es evidente que el emperador loco ha intentado utilizarla cuando su gente se ha enfrentado a él, pero ha perdido el control sobre ella. ¡Nos hemos desembarazado de ambos! Muchos de los pálidos han muerto, por lo que aquí quedan muy pocos para dominarnos. Algunos temen que posean otra arma, pero si no la traen aquí, mi pueblo se sacudirá la cobardía y reconquistará su país. Las tierras quemadas

por la piedra de almacenaje se recuperarán. Volveremos a ser fuertes.

Dannyl sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. La autora del diario, llevada por la emoción, había llamado el arma por su nombre auténtico: la piedra de almacenaje. O sea que, si ella estaba en lo cierto, Narvelan se había llevado la piedra. Había intentado usarla, había perdido el control y había dado origen al páramo.

«Esta secuencia de acontecimientos tiene sentido. Lo único que no encaja es que no hay una razón obvia para que Narvelan robara la piedra de almacenaje. Tal vez no necesitaba una buena razón si estaba tan loco como lo pintan los documentos.»

De pronto, la cubierta se partió y varias hojas se desprendieron. Al fijarse otra vez en la primera página, Dannyl advirtió que la tinta estaba difuminándose de nuevo. Extrajo varios fajos de papel y llenó el tintero. Acto seguido llamó a un esclavo para que le llevara sumi y algo de comida.

«Voy a transcribir este libro ahora mismo —decidió—, aunque me lleve toda la noche.»

Lilia titubeó al examinar al hombre corpulento y adusto que estaba al otro lado de la puerta. Aunque él se había inclinado, el gesto no había sido más que una fórmula de cortesía. Había algo en él que la inquietaba. El hombre había puesto mala cara al ver que ella no entraba detrás de Naki. Dirigió la vista a la calle que ella tenía detrás, como para cerciorarse de algo. Acto seguido, abrió la boca.

—¿Vas a entrar o no?

Tenía una voz sorprendentemente aguda y femenina, y por un momento Lilia tuvo que aguantarse la risa. Su nerviosismo desapareció y ella pasó junto a él en dirección al vestíbulo sombrío y sucio.

No era un vestíbulo muy impresionante. Apenas había espacio suficiente para que el vigilante estuviera allí de pie y la gente pudiera pasar a su lado para acceder a la escalera. Naki comenzó a subir hacia la planta siguiente. Se oían sonidos extraños y amortiguados detrás de las paredes, y en el aire se respiraba una mezcla de olores raros y conocidos. Lilia notó que la ansiedad empezaba a mortificarla de nuevo.

Había adivinado de qué tipo de local se trataba. Por el comportamiento misterioso de Naki —que se había negado a decirle adónde iban—, le había parecido improbable que su objetivo fuera una diversión vespertina convencional. Aunque los aprendices no tenían prohibido entrar en establecimientos de esa clase, se suponía que no debían frecuentarlos.

Eran conocidas como casas de braseros, o casas de placer. Cuando las dos chicas llegaron al rellano en lo alto de la escalera, una mujer con un vestido caro pero bastante vulgar les preguntó qué deseaban.

—Un cuarto con un brasero —respondió Naki— y un poco de vino.

La mujer les indicó con un gesto que la siguieran y echó a andar por el pasillo.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí, aprendiz Naki —dijo una voz masculina detrás de Lilia.

Naki se detuvo. Lilia advirtió que no había el menor asomo de entusiasmo en el rostro de Naki cuando se volvió hacia atrás. La sonrisa de su amiga era forzada.

—Kelin —dijo—. Cuánto tiempo. ¿Cómo va el negocio?

Al darse la vuelta, Lilia vio a un hombre bajo, fornido y bizco de pie en el vano de una puerta. Sus labios se abrieron y dejaron al descubierto unos dientes torcidos. Si aquello era una sonrisa, no destilaba la menor simpatía.

—De perlas —contestó—. Te invitaría a entrar —sus ojos se posaron en Lilia—, pero veo que tienes una compañía más agradable con la que pasar el rato.

—Así es. —Naki dio un paso hacia delante y enlazó el brazo con el de Lilia—. Pero gracias por planteármelo —dijo en voz muy alta mirando por encima del hombro y llevándose a Lilia en pos de la empleada.

Esta las guió escaleras arriba hasta una habitación exigua en la que había un asiento espacioso para dos personas y una chimenea diminuta con un brasero delante, colocado sobre unas losas. Por una ventana estrecha se colaba la luz de la luna y de las farolas, con la que apenas rivalizaban las pequeñas lámparas con pantalla colgadas a cada lado de la chimenea. El aire olía a humo aromático y a algo ligeramente ácido.

—Es minúsculo, pero acogedor e íntimo —dijo Naki, señalando la habitación con un gesto.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Lilia cuando se acomodaron en el asiento.

Naki arrugó la nariz.

—Un amigo de la familia. Una vez le hizo un favor a mi padre, y ahora se comporta como si fuera un pariente. —Se encogió de hombros—. Pero no es mala persona, cuando tienes claro qué es lo que valora. —Se volvió hacia Lilia—. Es la clave para entender a las personas: saber lo que valoran.

—¿Y qué valoras tú? —preguntó Lilia.

Su amiga ladeó la cabeza, pensando. La luz de las lámparas bañaba su perfil en un brillo suave. «De noche es cuando está más guapa —pensó Lilia sin poder evitarlo—. Ella está en su elemento a esta hora del día.»

—La amistad —dijo Naki—. La confianza. La lealtad. —Se inclinó hacia ella y su sonrisa se ensanchó—. El amor. —A Lilia se le cortó la respiración, pero su amiga se apartó de ella de nuevo—. ¿Y tú?

Lilia inspiró y espiró, pero la cabeza le daba vueltas. «Y eso que aún no hemos empezado con la craña.»

—Lo mismo —dijo, temerosa de tardar demasiado en contestar. «¿El amor? ¿Será verdad? ¿Quiero a Naki? Es innegable que me divierto más cuando estamos juntas, y

hay algo en ella que me resulta excitante y a la vez un poco intimidatorio.»

Naki tenía los ojos fijos en ella. No decía nada; simplemente la miraba. Entonces alguien llamó a la puerta. Naki apartó la vista y la abrió con magia. Lilia se debatió entre el alivio y la desilusión cuando la empleada entró con una bandeja sobre la que había una botella de vino, dos copas y una caja ornamentada.

—¡Ah! —exclamó Naki con entusiasmo, sin prestar atención a la reverencia que le dedicó la mujer antes de retirarse. Cogió la caja y echó un puñado de su contenido en el brasero. Una llama brotó entre las ascuas, avivada seguramente por la magia de Naki.

Para no quedarse sentada sin hacer nada, Lilia abrió y sirvió el vino. Le tendió una copa a Naki cuando esta regresó al asiento. La chica la tomó entre sus dedos y la alzó.

—¿Por qué brindamos? —preguntó—. Ah, claro: por la confianza, la lealtad y el amor.

—Por la confianza, la lealtad y el amor —repitió Lilia. Ambas tomaron un sorbo de vino.

Las dos jóvenes se sumieron en un silencio confortable. El humo del brasero se expandía por la habitación. Naki se inclinó hacia delante y respiró hondo. Con una risita, Lilia la imitó, y sintió como si sus pensamientos fueran músculos agarrotados que se desentumecían y se relajaban poco a poco. Se reclinó en el asiento y suspiró.

—Gracias —se oyó decir a sí misma.

Naki se volvió hacia ella y le sonrió.

—¿Te gusta el lugar? Pensé que quizá te gustaría.

Lilia echó una ojeada en torno a sí e hizo un gesto vago.

—No está mal. Te estaba dando las gracias por... por... hacer que esté menos tensa, y por enseñarme a pasarlo bien, y... sencillamente por ser una compañía tan agradable.

La sonrisa de Naki se esfumó y cedió el paso a una expresión pensativa. Entonces un destello travieso característico de ella asomó a sus ojos, y Lilia se preparó para lo que se avecinaba. Cada vez que su amiga la miraba así, lo que ocurría a continuación solía ser sorprendente y bastante turbador.

Esta vez, Naki se inclinó hacia Lilia y le plantó un beso rápido pero firme.

Con una sensación cálida y un hormigueo en los labios, Lilia contempló a su amiga llena de asombro y, no le cabía la menor duda, de esperanza. Tenía el corazón desbocado y la cabeza hecha un lío. «Ha sido sorprendente, desde luego —reflexionó—, pero, como todo lo que hace Naki, menos turbador de lo que parecía en un principio.»

Lenta, pausadamente, Naki lo hizo de nuevo, pero esta vez no se apartó. Un torbellino de sensaciones y pensamientos invadió a Lilia. Todos ellos eran agradables,

y ninguno podía atribuirse únicamente al humo de la craña o al vino. «El vino... — Seguía sujetando la copa, aunque no quería—. Creo... —El brazo de Naki se había deslizado hasta rodearle la cintura, y ella deseaba tender las manos hacia su amiga—. ¿Debo seguir considerándola mi "amiga" después de esta noche? —Se inclinó hacia un lado e intentó depositar la copa en el suelo—. Creo que me he enamorado.»

Pero debía de haber colocado la copa sobre una superficie irregular, porque oyó un golpe sordo y el correr de un líquido cuando esta se volcó.

«Oh, no», pensó. Pero, aunque no emitió sonido alguno, oyó que una voz débil expresaba su pensamiento. Una voz que procedía de la chimenea.

«Qué raro.»

Sin poder contenerse, volvió la cabeza hacia la chimenea. En algún lugar del interior de la cavidad, algo parpadeó. Cuando miró con mayor detenimiento, tuvo la extraña impresión de que unos ojos la miraban.

«Alguien nos espía.»

Un escalofrío de espanto la recorrió, y apartó a Naki empujándola con suavidad.

—¿Qué pasa? —dijo esta, en una voz más profunda y ronca que de costumbre.

—He visto... —Lilia sacudió la cabeza, apartó la mirada de la chimenea, que volvía a tener un aspecto oscuro y normal, y la posó en Naki—. Creo... creo que en realidad este sitio no me gusta. No parece muy... íntimo.

Naki le escrutó el rostro y luego sonrió.

—De acuerdo. Acabémonos el vino y larguémonos.

—He derramado el mío...

—Tranquila. —Naki se agachó para recoger la copa—. Aquí están acostumbrados a pequeños accidentes como este, aunque suelen producirse cuando los clientes están un poco más intoxicados que nosotras. —Llenó de nuevo la copa, se la alargó a Lilia y sonrió—. Por el amor.

Lilia le devolvió la sonrisa, recuperando su estado de ánimo optimista y eufórico mientras su inquietud de momentos atrás se desvanecía.

—Por el amor.

CONSECUENCIAS

La niña sentada en el borde de la cama se convulsionaba con una tos violenta que solo interrumpía para inspirar de forma entrecortada. Mientras Lorkin daba instrucciones y caramelos rociados con un remedio a su madre —una maga que él sabía que estaba alineada con la facción de Kalia—, la chica alzó la vista hacia él. Lorkin vio en sus ojos una compasión distinta de la lástima que él sentía por ella. «¿Me compadece a mí? ¿Por qué habría de compadecerme?»

La madre asintió, tomó a su hija de la mano y se alejó. Él vio que se dirigían hacia donde estaba Kalia. Aunque ya había ocurrido antes con otros pacientes, él sintió un nudo en el estómago.

Kalia estaba ocupada, y Lorkin prefirió no observar cómo la mujer la consultaba sobre lo que él le había dicho. Se acercó a la paciente siguiente, una anciana ojerosa con una tos más áspera y preocupante. Ahora que la fiebre del frío se había propagado por toda la ciudad, la sala de asistencia estaba llena noche y día, y Kalia se había visto obligada a implicarlo en el tratamiento de la enfermedad. Aunque la mayoría de los Traidores aceptaba esta decisión sin cuestionarla, de vez en cuando había alguien que no se fiaba de él o fingía no fiarse para pincharlo.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —bramó Kalia.

La anciana apartó la vista y volvió a posarla en Lorkin.

—Le está hablando a usted —murmuró.

Lorkin asintió.

—Gracias. —Enderezó la espalda y se volvió para ver a Kalia aproximándose con paso decidido. Blandía un objeto en la mano, como amenazándolo. La mujer y su hija la seguían.

—¡Te advertí que no más de cuatro al día! —declaró—. ¿Es que quieres envenenar a esta niña?

Lorkin bajó la mirada hacia la niña, que sonreía de oreja a oreja, emocionada por la escena en la que estaba participando.

—Claro que no —respondió—. ¿Quién querría hacer daño a una criatura tan bonita? —La sonrisa de la chica flaqueó por un momento. Lorkin supuso que, aunque le gustaba recibir elogios, sabía que su madre no aprobaría que se mostrara simpática con él. Sin saber qué hacer, levantó la vista hacia su madre, frunció el ceño y lo miró con suspicacia—. De hecho, me preguntaba por qué me habías pedido que le diera más caramelos que a los otros niños —añadió, incapaz de resistirse a insinuar que Kalia estaba tratando a sus amigas con favoritismo ofreciéndoles más remedios de los que les correspondían por el racionamiento.

—¡No te he dicho que le dieras seis! —exclamó Kalia, elevando el tono.

—En realidad, sí lo has dicho —repuso una voz más ronca.

Sobresaltado, Lorkin se volvió hacia la anciana, que sostuvo la mirada de Kalia sin inmutarse. Esto le hizo concebir un rayo de esperanza. Sin embargo, si Kalia estaba consternada, lo disimulaba bien. Aunque parecía que intentaba recordar humildemente cuáles habían sido sus instrucciones, su expresión era sombría y calculadora.

Fuera quien fuese la mujer mayor, era lo bastante influyente para que Kalia no se atreviera a acusarla de ser dura de oído o de estar equivocada. Lorkin decidió que tenía que averiguar la identidad de aquella aliada inesperada en cuanto le fuera posible.

—Tal vez tengas razón —admitió Kalia, sonriendo—. Hemos tenido tanto que hacer aquí... Estamos todos cansados. Lo siento —dijo a la mujer mayor antes de volverse de cara a la madre y a la niña—. Os pido disculpas. Aquí tenéis... —Les entregó los caramelos y las acompañó a la puerta, parlotando.

—Sí que debe de estar cansada —farfulló la anciana— si creía que iba a engañar a alguien con ese numerito.

—No todo el mundo es un observador sagaz como usted —señaló Lorkin.

Los ojos de la mujer brillaron cuando ella sonrió.

—No. Si lo fueran, ella jamás habría salido elegida.

Lorkin se concentró en tomarle el pulso y la temperatura, auscultarle los pulmones y examinarle la garganta. Escuchó subrepticamente con sus sentidos mágicos para confirmar su diagnóstico: que la anciana gozaba de una salud sorprendentemente buena al margen de los síntomas de la fiebre del frío. Por último, tras administrarle consejos y curas, Lorkin le dio las gracias en voz baja.

No mucho después de empezar a atender al paciente siguiente, oyó un murmullo de interés en la sala y miró en torno a sí. Todos los ojos estaban puestos en la puerta, por la que entró flotando una camilla seguida por una maga. La mujer intentaba reprimir una sonrisa, sin mucho éxito. Cuando Lorkin se fijó en la camilla, se quedó de una pieza.

«¡Evar!»

Hacía días que no veía a su amigo. En el dormitorio masculino se rumoreaba que se había echado una amante. Habían hecho apuestas respecto a si regresaría pavoneándose al dormitorio para recoger sus cosas o si volvería con el rabo entre las piernas y el corazón roto. Ninguno de ellos había apostado a que reaparecería inconsciente sobre una camilla.

Kalia se acercó a toda prisa para examinarlo. Retiró la manta con brusquedad, exponiendo el cuerpo desnudo de Evar, lo que suscitó risitas y gritos ahogados por toda la sala. Lorkin sintió una punzada de rabia al ver que Kalia no se molestaba en

volver a tapar al joven.

—No se ha roto nada —informó la maga sonriente a Kalia.

—Deja que sea yo quien determine eso —replicó Kalia. Tras palpar y pinchar a Evar en varios sitios, le colocó una mano en la frente—. Le han extraído demasiada energía —dictaminó. Alzó la vista hacia la maga—. ¿Tú?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Ni en broma. Ha sido Leota.

—Debería tener más cuidado. —Kalia se sorbió con desdén y paseó la mirada por la sala—. No está enfermo, así que no debe ocupar una cama. Déjalo allí, en el suelo. Ya se recuperará a su debido tiempo.

La maga y la camilla se dirigieron hacia el fondo de la sala, donde, para alivio de Lorkin, Evar quedaría oculto tras las hileras de camas. La mujer salió con una gran sonrisa, sin molestarse en cubrir de nuevo a Evar con la manta. Kalia hizo caso omiso del nuevo paciente y miró a Lorkin con mala cara cuando echó a andar hacia su amigo.

—Déjalo —ordenó ella.

Lorkin esperó a que llegara el momento oportuno. Al final, Kalia se fue al almacén a buscar más remedios. Él se acercó discretamente a Evar y le sorprendió descubrir que tenía los ojos abiertos. El joven sonrió avergonzado.

—Estoy bien —aseguró—. Mi estado no es tan malo como parece.

Lorkin tapó a su amigo con la manta.

—¿Qué ha pasado?

—Leota.

—¿Ha usado magia negra contra ti?

—Me ha llevado a la cama.

—¿Y?

—Lo mismo, pero más divertido. —Había un deje de resignación en la voz de Evar. Tendió la vista hacia un punto situado más allá de Lorkin y del techo—. Ha valido la pena.

—¿Dejar que te extrajeran toda la energía? —Lorkin no pudo disimular la incredulidad ni la ira.

Evar lo miró.

—¿Cómo si no voy a conseguir acostarme con una mujer? Mírame. Soy un debilucho, y además un mago. No soy precisamente un buen partido para la procreación. Y nadie se fía de los magos hombres.

Lorkin suspiró y sacudió la cabeza.

—No eres un debilucho. Y, en el sitio de donde vengo, un mago, y además nato, es un magnífico partido para la procreación.

—Y a pesar de eso te marchaste —señaló Evar— y elegiste quedarte aquí toda tu

vida.

—En momentos como este me pregunto si me hicieron creer una mentira. Menuda sociedad igualitaria. ¿Recibirá algún castigo la tal Leota?

Evar negó con un gesto. Entonces se le iluminó el rostro.

—Me he movido. Hacía horas que no podía.

Lorkin exhaló otro suspiro y se irguió.

—Tengo que volver al trabajo.

Evar asintió.

—No te preocupes por mí. Si duermo un poco me pondré bien. —Mientras Lorkin se alejaba, añadió, subiendo la voz—: Sigo pensando que ha valido la pena. Si no me crees, deberías verla. Sin ropa.

El incidente con los remedios había sido irritante, pero Lorkin estaba acostumbrado. Lo que le habían hecho a Evar lo llenaba de una furia implacable. Desde que Tyvara le había advertido que no aceptara invitaciones a acostarse con magas, había rechazado más proposiciones que de costumbre. Al menos ahora tenía una idea más aproximada de qué magas pertenecían a la facción de Kalia.

«¿Me toman por idiota? Fue así como Riva intentó matarme. —Lo asaltó un sentimiento de culpa—. Debería haber prevenido a Evar, pero no las creí capaces de hacer daño al sobrino de Kalia.» En realidad, no le habían hecho daño; ellas —o Leota, para ser más exactos— habían absorbido la energía de Evar hasta dejarlo indefenso y luego lo habían humillado al airear su error.

Por otro lado, Evar tendría que haber sido más listo. Sabía que ellas encontrarían una manera de castigarlo por llevar a Lorkin a las cuevas de las pedreras. ¿Acaso no había sido evidente lo que Leota se traía entre manos cuando lo había invitado a su cama?

Lorkin sacudió la cabeza. Tal vez Evar confiaba demasiado en su propia gente. Que correspondieran así a su confianza indignaba a Lorkin, que se pasó el resto del día preguntándose si había acertado al ir a Refugio y si era posible conseguir que los Traidores cobraran conciencia de las desigualdades que había en su sociedad.

El invierno se apoderaba poco a poco de Imardin. El agua estancada se congelaba por la noche. El crujir del hielo bajo los pies era curiosamente placentero y despertaba recuerdos de la infancia. «Había que evitar los charcos más hondos —pensó Sonea—, pues por lo general solo tenían una capa fina de hielo, y si el agua que había debajo te entraba en los zapatos, los pies te dolían de frío durante todo el día.»

Hacía muchos años que ya no le preocupaba mojarse los zapatos. Las botas fabricadas para los magos eran las mejores de la ciudad, y en cuanto presentaban el menor signo de desgaste, los criados iban en busca de unas nuevas. «Lo que resulta

algo fastidioso cuando uno apenas las ha usado.» Por desgracia, los zapatos que llevaba en aquel momento no eran impermeables ni estaban adaptados a la forma de sus pies por el uso. Eran de segunda mano y formaban parte del disfraz que se ponía para salir a reunirse con Cery.

La cesta de ropa sucia que llevaba estaba más llena y pesaba más de lo habitual. Ya había tenido que pararse a recoger unas sábanas que habían caído al suelo desde lo alto de la pila. Por razones obvias, no podía sujetarlas o atraparlas en el aire por medio de la magia. Eso la habría delatado como algo más que una repartidora.

Aflojó el paso, se agachó y entró en una callejuela. Era un atajo que la gente del lugar solía utilizar. Aquel día estaba desierta salvo por otra mujer que caminaba apresuradamente hacia ella con un niño pequeño en brazos. Cuando Sonea se acercó, la mujer alzó la vista hacia ella. Sonea aguantó el impulso de cubrirse mejor la cara con la capucha. La mujer dirigió fugazmente la vista a algo que estaba detrás de Sonea y arrugó el entrecejo antes de clavar los ojos en ella cuando se cruzaron.

«¿Ha sido una mirada de advertencia?»

Resistiendo la tentación de mirar atrás, Sonea aminoró la marcha y aguzó el oído. En efecto, percibió los sonidos suaves de unas pisadas a su espalda.

«¿Me está siguiendo alguien?» La callejuela era un sitio transitado, por lo que no era tan extraño que alguien caminara detrás de ella. Sin duda había sido otra cosa la que había inquietado a la mujer. Tal vez fuera recelosa por naturaleza. Tal vez no. Sonea no podía permitirse el lujo de descartar la posibilidad de que tuviera un motivo. Aceleró el paso.

Cuando llegó al final del callejón, giró en la dirección opuesta a la que tenía la intención de tomar, cruzó la calle y enfiló otra callejuela. Esta era más ancha y estaba repleta de trabajadores de los talleres situados a ambos lados. Había leña para los hornos apilada contra las paredes, junto a barriles de aceite y líquidos tóxicos, líos de trapos fuertemente atados y cajas de madera que aguardaban a que los llevaran al interior. Las personas y los obstáculos la obligaron a avanzar en zigzag hasta que topó con una torre de cajas que contenían algún tipo de planta marchita que olía a mar.

Se escondió tras ella y dejó la cesta en el suelo. Los trabajadores que estaban más adelante se quedaron mirándola, pero cuando Sonea comenzó a frotarse la espalda, desviaron la vista con discreción. Ella dirigió la mirada hacia la entrada de la callejuela. Efectivamente, un hombre bajo y delgado con cara de pocos amigos se abría paso hacia ella. Parecía tan fuera de su elemento como ella. Los trabajadores se detenían al verlo y daban un rodeo para eludirlo. Al igual que ella, reconocían enseguida la expresión del esbirro de un ladrón.

Sonea escudriñó los obstáculos que había entre ella y su perseguidor hasta encontrar lo que buscaba. Proyectó un poco de magia para fijarlo en su sitio. A continuación, echó a andar por la callejuela con el paso apresurado de antes.

Contó atrás mentalmente y dio un empujón con magia. Oyó un estrépito a su espalda, seguido de gritos e imprecaciones. Se detuvo para mirar atrás, fingiendo sorpresa. Un montón de leña que se había venido abajo se interponía en el camino de su perseguidor. Ella se volvió al frente y se alejó rápidamente.

Tras recorrer varias calles y otro callejón, con varias paradas para cerciorarse de que ya no la seguían, se dio por satisfecha y se encaminó hacia la tintorería, la tienda de dulces y la habitación del sótano. Cery y Gol se mostraron aliviados cuando la vieron entrar.

—Siento llegar tarde —dijo ella, y se sentó—. He tenido que ocuparme de un sifón.

Cery arqueó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Ya nadie habla así.

Gol soltó una carcajada ahogada. Ella pasó la vista de uno a otro.

—¿Así cómo? ¿Te refieres al argot de las barriadas?

—Sí. —Cery se puso de pie—. Al menos, eso dice mi hija.

—¿Dónde está?

Él hizo una mueca.

—Fuera, jugando a los espías por mí.

A Sonea le dio un vuelco el corazón.

—¿Le has permitido...?

—En realidad, con Anyi, no es cuestión de permitir o no permitir. —Suspiró—. Me hizo ver, con razón, que hacía meses que no se nos ocurrían otras ideas. —Caminó unos pasos hacia la derecha—. Su intención es revelar mi paradero a quienquiera que la emplee para convencerlo de que realmente se ha vuelto contra mí. —Se detuvo y caminó unos pasos hacia la izquierda—. Por descontado, Gol y yo escaparemos por los pelos. —Se volvió hacia ella—. Entonces te tocará intervenir a ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sacudió la cabeza sin molestarse en encubrir su preocupación o sus dudas—. Tú serás el factor que ella no podía prever.

—Entiendo.

Cery continuó caminando de un lado a otro.

—Esperaba que Regin y tú estuvierais preparados para ocupar el lugar del otro en caso de que uno de los dos no pudiera actuar...

—Espera unos días y tendrás un sustituto para Regin.

—¿De veras? —Cery se detuvo—. ¿De quién se trata?

—De Dorrien, el hijo de Rothen.

—Creía que vivía en el campo.

—Así es, pero ha decidido mudarse a la ciudad para que su hija se aclimate aquí

antes de empezar sus estudios en la universidad.

Cery rió entre dientes.

—Apuesto a que Rothen no sabe si estar contento u horrorizado.

Ella sonrió y asintió.

—Ojalá no tuviera que implicarlos en esto. Ojalá tú no tuvieras que implicar a Anyi.

—El objetivo de nuestros hijos en la vida es tenernos preocupados —respondió Cery con ironía. Levantó la vista—. ¿Sabes algo de Lorkin?

Sonea sintió una punzada de angustia, pero era más un dolor sordo que el terror agudo que la embargó cuando se enteró de su desaparición.

—No. Supongo que debería alegrarme de que él no esté metido en esto.

Cery movió la cabeza afirmativamente.

—Quizá yo debería haber mandado a Anyi a Sachaka. —De pronto su expresión se tornó distante y pensativa. Meneó la cabeza y miró a Sonea—. ¿Algo más que comentar?

—No. ¿Tú?

—Nada. Enviaré un mensaje al hospital en cuanto sepa qué trama Anyi. ¿Podrías quedarte aquí un rato más, por si acaso te ha seguido alguien?

—Por supuesto, aunque he conseguido burlar al si... como sea que los llaméis ahora.

—Claro, claro —dijo él en tono de consolación.

—¿Dudas de mi capacidad para burlar a un sifón? —Sonea cruzó los brazos.

—En absoluto.

Ella lo miró con los ojos entornados. Él le dedicó una mirada de inocencia. Detrás de él, Gol deslizó un panel en la pared para dejar al descubierto una abertura.

—¿Vamos? —preguntó.

Cery sonrió y dio media vuelta. Sacudiendo la cabeza, Sonea los observó mientras se escabullían hacia la oscuridad, y el panel se deslizó hasta colocarse de nuevo en su sitio. Se sentó y esperó a que se hallaran a una distancia considerable de la tienda para emprender el camino de regreso al hospital.

Con el estómago lleno y un ardor agradable en la boca por las especias que había comido, Dannyl tomó un sorbo de vino, satisfecho. Era agradable salir de la Casa del Gremio. La única casa sachakana en la que Dannyl había estado últimamente era la de Achatí. Aunque el edificio presentaba la distribución típica, las paredes interiores estaban pintadas de un color más suave que el blanco radiante tradicional. Las alfombras y la decoración eran sencillas y elegantes. Dannyl prefería la luz tenue de las lámparas al brillo de los globos mágicos.

Dannyl no había visto el menor rastro de Varn, el esclavo fuente y amante de

Achati, desde su viaje en busca de Lorkin. Achati tampoco había expresado hasta entonces un interés por Dannyl que fuera más allá de la amistad, al menos directamente. El embajador no estaba seguro de si el ashaki había renunciado a entablar con él una relación de este tipo y se conformaba con disfrutar de su amistad, o si estaba dando tiempo a Dannyl para que rumiara la idea.

«Tengo que reconocer que espero que no se haya dado por vencido, pero el hecho de que Achati sea un hombre tan poderoso, aunque me resulta interesante, también me da que pensar. Y no hay que olvidar que él es sachakano y yo kyraliano, y que algunos aún nos consideran el enemigo. Tener un amigo sachakano puede ser visto como algo beneficioso que fomenta el respeto y el entendimiento entre nuestros pueblos. En cambio, tener un amante sachakano despertaría sospechas de que tengo un conflicto de lealtades.»

—Así que el tesoro robado del palacio era un objeto que almacenaba magia —dijo Achati con expresión reflexiva.

Dannyl levantó la vista y asintió.

—El rey me contó que se habían llevado algo hace mucho tiempo. Pensé que te interesaría saber para qué servía.

—Pues acertaste. —Achati arrugó las comisuras de los ojos, divertido—. No recordábamos de qué se trataba, solo que lo habían robado. Si al menos nos hubiéramos acordado de que era un objeto que se utilizaba para subyugarnos, un objeto lo bastante poderoso para dar lugar al páramo, quizá no os guardaríamos tanto rencor. O quizá sí —añadió—, puesto que tu pueblo lo utilizó para crear el páramo.

—Es un rencor merecido. —Dannyl se estremeció al pensar en el paisaje sin vida que había atravesado para llegar a Arvice—. Me he preguntado a menudo cómo mantenían los kyralianos su dominio sobre Sachaka. Hasta donde yo sé, aquí había menos magos kyralianos que sachakanos. Tal vez la respuesta esté en la amenaza que suponía la piedra de almacenaje.

—No fue mucho después del robo de la piedra cuando los kyralianos devolvieron la soberanía a mi país —le dijo Achati.

Dannyl hizo un gesto afirmativo.

—Siempre creímos que era porque se consideraba que el páramo constituía una protección suficiente para disuadir a los posibles invasores.

Achati hizo una mueca.

—Debilitó Sachaka, de eso no hay duda. Nuestras tierras más fértiles quedaron arrasadas, y en nuestro país ya había más habitantes de los que podíamos alimentar, a pesar de que habían muerto muchos ashakis durante la guerra. —Inspiró y soltó el aire despacio—. Al rey le interesará lo que has dicho antes: que los intentos iniciales de rehabilitar el páramo tuvieron éxito. Sigue albergando la esperanza de recuperar aquellas tierras.

—Sería un gran logro.

—Sí. —Achatí frunció el ceño—. Es curioso que los kyalianos no guarden recuerdo alguno de aquella piedra de almacenaje.

—La única explicación que se me ocurre es que todas las referencias a ella se perdieron cuando Imardin fue destruida, algo que creo que sucedió siglos después. —Dannyl suspiró—. Todos los descubrimientos relevantes suscitan más preguntas. ¿Por qué la robó Narvelan? ¿Por qué la utilizó? Dudo que lleguemos a saberlo, pues ni él ni quienes se enfrentaron a él vivieron para contarlo.

Achatí asintió.

—Me gustaría saber de dónde salió la piedra de almacenaje. ¿Se originó en Kyralia? ¿La fabricó alguien o se formó de manera natural? —Sacudió la cabeza—. Estoy seguro de que te gustaría saberlo tanto por el bien de Kyralia como por tu libro. Todos estaríamos expuestos a una desgracia tan terrible como la que se abatió sobre Sachaka si un arma semejante cayera en manos de un enemigo.

—Por fortuna, las piedras de almacenaje no parecen ser muy comunes. Quizá ya ni siquiera existan.

Los dos hombres guardaron silencio durante un rato, meditando sobre esto, hasta que el ashaki sonrió de nuevo.

—He de reconocer que cada vez me siento más fascinado por tu dichosa investigación. He estado pensando de qué otras maneras puedo ayudarte.

—Los comerciantes de libros del mercado me avisarán cuando compren más documentos antiguos —le dijo Dannyl.

Achatí ya había hecho bastante al convencer a varios ashakis de que abrieran las puertas de sus bibliotecas al embajador del Gremio, y Dannyl no quería que su nuevo amigo y aliado perdiera el respeto de sus semejantes por seguir apoyando la causa de un extranjero impopular.

—No te fíes mucho de ellos —le advirtió Achatí—. Venden al mejor postor. Y no hace falta que esperes a que el propietario de una finca esté lo bastante desesperado para vender sus documentos antiguos. En realidad, no es necesario que los compres. Podemos ir a verlos.

Dannyl, sorprendido, miró al hombre, parpadeando.

—¿Ir a verlos? ¿Visitar a sus propietarios?

—Sí. Como ya sabes, los terratenientes están obligados a proporcionar alimento y alojamiento a los ashakis viajeros, y, en calidad de amigo y representante del rey, suelo recibir más atención y favores que los demás. Si mostramos interés por sus documentos antiguos, es muy posible que nos los enseñen. De este modo, no será necesario que compres nada, lo que sería interpretado por algunos como una manera de aprovechar en beneficio propio la ruina de las víctimas del páramo creado por tu pueblo.

—Pero... ¿y tus responsabilidades como representante y consejero del rey? ¿Y las mías como embajador del Gremio?

Achati soltó una risita.

—El rey tiene más de un amigo y consejero, y tú no estás precisamente desbordado de trabajo. Si surge alguna cuestión, estoy seguro de que el embajador Tayend y tu ayudante podrán encargarse de ella. —De pronto se puso serio—. Quiero que averigües todo lo posible sobre la piedra de almacenaje. Si aún hubiera alguna, o alguien la fabricara, las consecuencias podrían ser nefastas para todos los países.

Dannyl contuvo el aliento. Achati estaba en lo cierto: si existía una piedra de almacenaje o alguien creaba alguna, tanto Sachaka como las Tierras Aliadas correrían un grave peligro. ¿Qué harían los Traidores si se apoderaran de una? Se alzarían contra los ashakis. En cuanto conquistaran Sachaka, ¿se conformarían con quedarse allí o intentarían expandir sus fronteras?

Entonces lo invadió una sensación de culpa y ansiedad. No se lo había contado todo a Achati, por supuesto. Más concretamente, no le había dicho una palabra sobre las gemas que hacían Unh y los Traidores. Las únicas personas con quienes había compartido esta información eran Lorkin y el administrador Osen. Este había convenido con él en que lo mejor era mantenerla en secreto, pues Dannyl podía poner en peligro a Lorkin si facilitaba datos sobre los Traidores a los sachakanos.

Sintió un escalofrío. «¿Puedo advertir a los sachakanos sobre la capacidad de los Traidores para elaborar gemas sin que sospechen que ya estaba enterado de ello? —Lo dudaba—. ¿Debo aceptar la ayuda de Achati para averiguar más detalles sobre la piedra de almacenaje?» Si existía información sobre dicha arma, estaría en Sachaka. Los sachakanos acabarían por dar con ella si Dannyl no la encontraba antes. Debía aprovechar que Achati estaba a favor de que un kyraliano realizara la búsqueda.

«¿Dónde debo empezar a buscar?»

Casi sonrió cuando la respuesta obvia le vino a la mente.

—¿Nuestra excursión puede acercarnos al territorio de los dúneos? —preguntó.

—¿Los dúneos? —Achati parecía extrañado.

—Sí. Después de todo, son comerciantes de gemas. Quizá puedan decirnos algo sobre las piedras de almacenaje.

Achati arrugó el entrecejo.

—Son algo reacios a hablar con nosotros.

—Por lo que recuerdo de nuestro último viaje, los sachakanos sois algo reacios a escucharlos.

Su amigo se encogió de hombros y entonces entornó los ojos.

—Es verdad. Unh y tú charlabais mucho. ¿Qué te dijo para hacerte pensar que tal vez su gente nos revelaría lo que sabe sobre las piedras de almacenaje?

Dannyl meditó su respuesta con cuidado.

—Encontramos una cueva en la que había una zona de una pared sobre la que crecían gemas. Me aseguró que estábamos a salvo allí. Entendí a qué se refería, pues ya me había topado antes con piedras preciosas que tenían propiedades mágicas, en Elyne. Nada parecido a la piedra de almacenaje, claro está.

Achati arqueó las cejas.

—¿De verdad? —Como Dannyl no respondió, sonrió, divertido—. Entonces... Unh sabía que podían ser peligrosas. ¿Crees que su pueblo posee piedras de almacenaje?

—No, pero creo que tal vez sepan algo al respecto. Quizá no sean más que cuentos y leyendas, pero los viejos mitos pueden tener algo de cierto y de histórico.

El ashaki contempló a Dannyl, pensativo, y comenzó a asentir.

—Sea: iremos al territorio de los dúneos. Visitaremos el desierto de ceniza, y esperemos que tu encanto y tu poder de persuasión surtan en ellos el mismo efecto que en Unh. —Se volvió hacia el esclavo que esperaba sus órdenes—. Tráenos raka. Tenemos planes que hacer.

A Dannyl se le erizó el vello a causa de la emoción. «¡Otro viaje de investigación! Como cuando Tayend y yo... —Una punzada de culpabilidad enfrió su entusiasmo—. ¿Qué pensará Tayend si me embarco en una aventura con Achati tal como hice con él cuando nos conocimos? ¿Se pondrá celoso? Como mínimo, se acordará de las cosas que ya no compartimos. No parece una forma muy considerada de darle las gracias por dirigir mi atención hacia los vendedores de libros del mercado.»

—¿Qué ocurre? —preguntó Achati.

Dannyl se percató de que tenía una expresión ceñuda.

—Tendría... tendría que pedir permiso a los magos superiores.

—¿Crees que es probable que te lo denieguen?

—No si expongo mi petición en los términos en que acabas de hacerlo tú.

Achati se rió.

—Entonces, procura ser un buen imitador, pero no demasiado bueno. Si das la impresión de estar convirtiéndote en un ashaki sachakano, tal vez solo consigas que te obliguen a volver a Kyrulia.

9

EXPECTACIÓN Y TRAICIÓN

Cuando los azotes de Damend atravesaron el escudo defensivo de Pepea, Lilia notó que el escudo interior que sujetaba se debilitaba bajo el ataque, por lo que se apresuró a enviarle energía.

—Bien hecho —dijo lady Rol-Ley, mirando a Damend y asintiendo con la cabeza—. El ganador del tercer asalto es Damend. Froje y Madie lucharán a continuación.

Torciendo el gesto, las dos chicas se pusieron de pie y se acercaron a la profesora de mala gana. Lilia dejó que el escudo interior que rodeaba a Pepea desapareciera y esperó las instrucciones de la profesora. Ley pertenecía al pueblo de los lanianos, una raza que se enorgullecía de las habilidades como guerreros que demostraban tanto sus hombres como sus mujeres. Sin embargo, surgían pocos magos entre ellos, y no muy poderosos, por lo que, aunque Ley estaba en forma y era buena estratega, necesitaba ayuda para que sus clases fueran seguras.

Ley se volvió hacia Lilia.

—Protege a Madie. Yo escudaré a Froje.

Lilia extendió la mano para posarla sobre el hombro de Madie y buscó su energía con sus sentidos, a fin de crear un escudo interior que estuviera coordinado con ella. De lo contrario, el escudo impediría que Madie lanzara azotes.

No percibió nada. Madie estaba rígida y tensa. Cuando alzó la vista, Lilia vio que su vieja amiga apartaba los ojos con brusquedad para rehuir su mirada. De pronto la energía de la chica estaba allí, visible para sus sentidos. Molesta, Lilia creó el escudo interior.

—No sé qué sentido tiene esto —se quejó Froje—. Ya sé que se supone que todos los magos deben ejercitar sus habilidades de combate por si vuelven a invadirnos, pero a las dos se nos da fatal. En una batalla seríamos un lastre, más que una ayuda.

Ley soltó una risita.

—Tal vez os llevaríais una sorpresa.

—Lo dudo. Además, seguramente ni siquiera tendríamos energía para luchar. Se la cederíamos toda a los Magos Negros Sonea y Kallen.

—Podrías disponer de horas, de medio día, incluso, para recuperar parte de esa energía antes de que comenzara la batalla, así que no estaríais totalmente desprovistas de fuerza. Aunque Sonea y Kallen fueran derrotados, la lucha habría debilitado a nuestro enemigo. Sería una lástima que no pudiéramos rematarlo y salvarnos solo porque algunos hemos sido demasiado perezosos para practicar nuestras habilidades de guerrero. Y ahora, ocupad vuestras posiciones.

Las dos chicas se alejaron arrastrando los pies hacia la entrada de la Arena. Ley

sacudió la cabeza y suspiró.

—No se les daría tan mal si se entrenaran —comentó.

Lilia se encogió de hombros.

—Se entrenarían si les gustara. Y les gustaría si se les diera bien.

Ley miró a Lilia y sonrió.

—¿Te gusta la disciplina de habilidades de guerrero?

—No tengo aptitudes para ello. No me aclaro respecto a qué tipo de azote hay que utilizar en cada caso.

La profesora asintió.

—No tienes la mentalidad de una atacante. Pero eres fuerte y atenta. Eso te convierte en una buena defensora.

Una cálida sensación de gratitud invadió a Lilia. «Así que no soy una nulidad para esto, pero tampoco llegaré a ser una gran guerrera. —Saber que había acertado al descartar aquella disciplina supuso un alivio para ella—. Ahora solo tengo que optar entre la sanación y la alquimia.»

Por fortuna, disponía de un año y medio para decidirse. A Naki solo le quedaba medio año, y se debatía entre las habilidades de guerrero y la alquimia. Le preocupaba que si elegía la primera acabara por arrepentirse, pese a que era su disciplina favorita y la que mejor se le daba, pues en tiempos de paz solo le serviría para dar clases, y no creía que tuviera madera de profesora.

«En cambio, a mí la alquimia me interesa más, pero me parece un capricho, teniendo en cuenta que puedo resultar más útil a los demás si me dedico a la sanación.»

Si ambas elegían la alquimia, sería algo que tendrían en común durante el año que Lilia continuaría en la universidad. Naki sería una maga graduada, libre de hacer lo que quisiera.

Lilia notó una punzada de intranquilidad en la tripa. No podía apartar de su mente el temor a que Naki, después de graduarse, se hartara de que Lilia estuviera siempre ocupada con sus clases y se buscara otra amiga. «Pero me estoy anticipando a los acontecimientos —pensó—. Ni siquiera estoy segura de que Naki quiera pasar mucho tiempo conmigo de todos modos. Ni sé si mi amor por ella es correspondido.»

Como para refutar este pensamiento, le vino a la memoria la imagen de Naki llevándose el dedo a los labios e inclinándose sobre el asiento del carruaje para posar el dedo sobre los labios de Lilia. Había dejado a Lilia en el Gremio después de salir de la casa de braseros. Lilia no había sido capaz de disimular su decepción. Había abrigado la esperanza de que Naki la llevara a su casa.

—Te veré mañana —había dicho Naki—. Recuerda que no debemos mostrar el menor indicio de que somos algo más que amigas. ¿Lo entiendes? Ni el menor indicio. Ni siquiera cuando creas que estás sola. El observador que pasa inadvertido

es el que acaba por pillarte.

«"Más que amigas." Sin duda eso significa que Naki me quiere también.»

Un impacto súbito en su escudo devolvió bruscamente su atención a la Arena, y, de forma instintiva, ella invocó magia y la envió hacia él.

—Froje gana el primer asalto —anunció lady Rol-Ley—. Que dé comienzo el segundo asalto.

El día siguiente a su visita a la casa de braseros, Naki había dicho que Lilia podría dormir en su casa el fin de semana. Lilia intentó no pensar en ello. En cambio, respiró hondo e hizo un esfuerzo por concentrarse en las dos chicas que combatían en la Arena y en mantener fuerte su escudo.

Sin embargo, por dentro, sentía un hormigueo de expectación en el estómago.

En cuanto abrió la puerta, Lorkin entendió de inmediato por qué Evar, en sus instrucciones, se había referido al pasadizo como un túnel. Las paredes estaban toscamente talladas. Durante un tramo largo le dio la impresión de que caminaba por una fisura natural, pues el suelo se hallaba cubierto de piedras grandes y planas, y el techo se estrechaba poco a poco hasta quedar reducido a una grieta oscura, muy por encima de su cabeza. Su suposición se vio confirmada cuando el suelo llegó a su fin de repente. Lorkin echó un vistazo por encima del borde y envió su globo de luz hacia abajo. La grieta descendía por debajo del suelo, que, en efecto, consistía en losas encajadas entre las paredes. La profundidad del abismo que tenía delante era imposible de determinar. El brillo de su globo de luz no penetraba lo suficiente en la oscuridad.

Estremeciéndose, se volvió hacia un agujero grande excavado en la roca, a un lado, por el que accedió a otro pasadizo labrado de forma rudimentaria. Este discurría en línea recta a lo largo de una distancia considerable, y Lorkin cayó en la cuenta de que, a aquellas alturas, debía de encontrarse lejos de las cuevas habitadas de la ciudad.

«Espero no estar saliendo de la ciudad, estrictamente hablando —pensó—. Entonces estaría infringiendo una norma. Solo podría alegar que no sabía que las cloacas estuvieran fuera de la ciudad, pero dudo que haya tantas Traidoras dispuestas a creer en mi inocencia como la última vez si me sorprenden de nuevo explorando a hurtadillas.»

Si no hubieran prohibido a Tyvara que lo viera, él habría podido visitarla sencillamente en sus aposentos. Le habría gustado ver cómo eran. ¿Qué le revelarían sobre ella?

«A veces me da la sensación de que sé muy poco sobre ella —pensó—. Solo sé lo que me dice la gente y lo que averigüé durante el viaje de Arvice a Refugio. La gente no va a describirme sus aposentos. Estoy seguro de que mi amor por ella no

disminuiría aunque tuviera un gusto espantoso para los muebles o si tuviera sus habitaciones muy desordenadas.»

El pasadizo empezó a curvarse ligeramente. Unos cientos de pasos más adelante, avistó una luz. Redujo su globo de luz a una intensidad apenas suficiente para no tropezar en la oscuridad, e intentó no hacer ruido al caminar.

Cuando se hallaba más cerca del final del túnel, un rumor llegó hasta sus oídos. Se asomó al exterior y no vio a nadie en las inmediaciones. Salió del pasadizo a una cornisa excavada en la pared de un enorme túnel subterráneo natural. De pronto, el rumor se hizo más fuerte y adquirió una cadencia rítmica. Lorkin se inclinó hacia delante para mirar abajo y vio un río angosto pero impetuoso; la cornisa estaba a una altura varias veces superior a la de una casa. Una gran noria extraía agua de un túnel lateral y la arrojaba a la corriente principal. Era un agua más oscura.

«Esa es la cloaca», comprendió.

El aire no olía tan mal como había temido, tal vez porque estaba a una distancia considerable de la rueda y el agua oscura. «Si uno puede manejar ese mecanismo desde lejos, ¿por qué no hacerlo? Supongo que podría crearse un escudo mágico para mantener alejado el aire fétido.»

—Lorkin.

Sobresaltado al oír la voz, se volvió hacia atrás pero no vio a nadie.

—Aquí arriba.

Cuando alzó la vista, advirtió que, más arriba, dos mujeres lo miraban desde un saliente, sentadas en un banco de piedra tallado en la roca. Una de ellas era Tyvara, y la otra...

Parpadeó con sorpresa y consternación al percatarse de que la otra era la reina.

En cuanto se recuperó de la impresión, ejecutó apresuradamente la genuflexión con la mano sobre el corazón. La reina sonrió y le indicó con un gesto que se acercara. Él dirigió la mirada a derecha e izquierda. No había escalones ni escaleras de mano.

—Sabes levitar, ¿no? —dijo Tyvara.

Él asintió. Tras crear un disco de energía bajo sus pies, se elevó hasta situarse a la misma altura que el saliente y se quedó flotando en el aire.

—¿Estoy quebrantando alguna ley por hacer esto? —preguntó a la reina—. Sé que Tyvara tiene prohibido hablar conmigo.

—No te preocupes por eso —respondió Zarala, agitando la mano—. Aquí no hay nadie aparte de nosotras. De hecho, justo ahora estábamos hablando de ti.

Él pasó la vista de la reina a Tyvara y viceversa y reparó en el brillo socarrón de sus ojos cuando posó los pies sobre el saliente.

—Espero que todo fueran elogios y expresiones de admiración.

—Te encantaría saberlo, ¿a que sí? —Zarala se rió, y las arrugas que tenía en

torno a los ojos se hicieron más profundas.

Una vez más, él no pudo evitar sentir simpatía hacia ella. Se preguntó dónde estaba su ayudante. ¿Cómo había llegado hasta allí sola?

—En fin, ¿a qué has venido? —inquirió la reina. Dio unas palmaditas en el asiento, a su lado.

Él miró a Tyvara mientras se sentaba.

—A darle las gracias a Tyvara por el favor que me hizo.

—¿Ah, sí? ¿Qué favor?

—Me dio un consejo de índole personal.

Zarala arqueó las cejas y miró a Tyvara. La joven le sostuvo la mirada con actitud desafiante. La reina ensanchó su sonrisa y se volvió de nuevo hacia Lorkin.

—No tendría algo que ver con el estado en que se encontraba tu amigo Evar hace unos días, ¿verdad?

Él arrugó el entrecejo.

—Debo reconocer que tengo peor opinión de los Traidores desde que me enteré de que nadie sería castigado por ello.

La expresión de la reina se tornó seria.

—Nadie lo obligó.

—Pero sin duda es peligroso agotar a alguien hasta ese punto.

—Sí, fue un acto irresponsable.

—¿E intencionado?

Ella clavó en él una mirada severa.

—Ten cuidado con las acusaciones que lances, lord Lorkin. Si haces afirmaciones como esta, más vale que seas capaz de demostrarlas.

—Estoy seguro de que Evar fue el único testigo, y dudo mucho que esté dispuesto a colaborar. Al parecer, piensa que ser humillado y maltratado es el precio natural que tiene que pagar por acostarse con una mujer. —Miró a Zarala a los ojos de forma deliberada.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Nuestras costumbres no son perfectas. Aunque no seamos justos e igualitarios en todos los aspectos, nos acercamos mucho más a ese ideal que cualquier otra sociedad.

—Al menos nosotros tenemos un ideal de igualitarismo —añadió Tyvara—. Gran parte de la resistencia al cambio deriva de la conciencia de que somos el único pueblo gobernado por mujeres. Si no nos aislamos, podemos acabar viviendo como el resto del mundo.

—Pero no podemos permanecer así para siempre —prosiguió Zarala con el semblante entristecido—. Disponemos de un espacio limitado, de una superficie limitada de tierra útil. —Bajó la vista hacia la cloaca—. Hasta esto tiene sus límites.

Nuestros antepasados excavaron túneles y modificaron el curso de ríos para que se llevaran nuestros detritos al otro lado de las montañas. Si hubiéramos dejado que afluyeran a las corrientes sachakanas, los ashakis tal vez se habrían dado cuenta y los habrían seguido hasta su origen. Pero si nuestra población aumenta, quizá llegue un momento en que los ríos de Elyne no sean lo bastante grandes para ocultar nuestros residuos y ellos empiecen a preguntarse de dónde salen.

—Algunas de nosotras quieren restringir el número de niños que podemos tener —dijo Tyvara. Posó los ojos en Lorkin—. Unas cuantas incluso desean prohibir que los no-magos tengan hijos.

La reina suspiró.

—No son conscientes de que esas medidas también cambiarían lo que somos. El cambio es inevitable. En vez de permitir que las consecuencias negativas de la negligencia determinen nuestro futuro, deberíamos tomar la decisión de cambiar nuestras costumbres. —Lo miró y sonrió—. Como ha hecho tu pueblo.

Él fijó la mirada en ella, preguntándose a qué cambios se refería. ¿La admisión en el Gremio de aprendices que no pertenecían a las Casas? ¿O, tal vez —en su interior sonó una voz de alarma—, la aceptación condicionada de la magia negra?

«Creía que no estaban enteradas de eso...»

—¿Qué cambios os gustaría introducir? —preguntó para desviar el tema.

Ella desplegó una gran sonrisa.

—Oh, tendrás que esperar para averiguarlo. —Se dio una palmada en las rodillas y pasó la vista de Lorkin a Tyvara—. Bueno, es hora de que prosiga mi ronda y os deje a solas.

Cuando hizo ademán de levantarse, Tyvara deslizó el brazo bajo el de la anciana. Lorkin la imitó rápidamente. Una vez de pie, Zarala se quedó quieta por un instante y luego dio un paso al frente. De inmediato comenzó a alejarse de ellos flotando. Lorkin observó el aire ondulante bajo sus pies y sonrió.

«De modo que fue así como subió hasta aquí.»

—No te entretengas demasiado, Tyvara —gritó por encima del hombro antes de desaparecer en el interior del túnel, donde el brillo tenue de un globo de luz que se materializó con un destello iluminó las paredes por un momento.

Tyvara se sentó. Lorkin hizo lo propio.

—En fin... ¿Kalia te ha dejado marchar, o te has escabullido? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Había menos trabajo, así que me he puesto a acosarla a preguntas sobre los remedios que estaba preparando.

Ella sonrió.

—Seguro que ha bastado con eso. ¿Por qué has venido aquí?

—Para darte las gracias. Por cierto, gracias.

—¿Por la advertencia? Creía que habías dicho que no tenías la intención de acostarte con nadie.

—En efecto.

Ella lo contempló con aire reflexivo y abrió la boca para hablar pero la cerró de nuevo.

—A menos que tú me lo ordenaras —añadió él.

Ella enarcó las cejas y una ligera sonrisa le curvó los labios, pero a continuación apartó la vista y la bajó hacia la cloaca. Como no era precisamente una distracción romántica, Lorkin decidió cambiar de tema.

—De modo que... ¿haces girar esa noria por medio de la magia?

—Así es.

—Debe de resultar aburrido al cabo de un rato.

—A mí me relaja. —Tyvara alzó la mirada y suspiró—. A veces demasiado.

—¿Me quedo para entretenerte un poco?

Ella sonrió.

—Si tienes tiempo. No quiero mantenerte alejado de la sala de asistencia.

Él sacudió la cabeza.

—Kalia me ha pedido que me mantenga alejado durante unas horas.

Tyvara emitió un sonido vulgar.

—Ella no es la única que conoce la receta de los remedios. Sería una estupidez permitir que solo una persona supiera ese tipo de cosas.

—Lo sería —Lorkin se encogió de hombros—, pero supongo que si no estoy dispuesto a compartir los secretos sobre la sanación del Gremio, ella no tiene por qué revelarme los suyos. Además, eso me ha dado tiempo libre para venir a verte. Aunque en teoría no debería.

Ella sonrió.

—Si nos descubren, podemos asegurar que tú eres el único que ha hablado y que yo no he dicho una palabra.

—Sí. O afirmar que, si tú has dicho algo, yo no lo he oído. ¿Estás segura de que alguien entenderá a qué nos referimos, en vez de dar por sentado que me he comportado como un varón típico?

Tyvara soltó una carcajada.

—No puedo prometértelo, pero estoy segura de que al final conseguiremos que nos entiendan.

—Es posible que nieve esta noche —anunció Rothen.

Sonea se volvió hacia él y torció el gesto.

—La primera nevada del año. Cuando la veo, no puedo evitar acordarme de la Purga, incluso después de tantos años.

Él asintió.

—Yo tampoco.

—¿Sabes? Hay adultos que nunca vivieron esa experiencia.

—Y que nunca se formarán una idea de lo terrible que era..., lo cual es bueno.

—Sí. Queremos que nuestros hijos den por sentado que viven mejor que nosotros a su edad, pero al mismo tiempo esperamos que no lo den por sentado, pues tememos que los malos tiempos vuelvan a causa de su ignorancia.

—Estas preocupaciones nos convierten en viejos aburridos —dijo Rothen con un suspiro.

Sonea lo miró con los ojos entornados.

—¿Quién está llamando viejo a quién?

Él rió entre dientes y se quedó callado. Ella sonrió y dirigió la vista de nuevo hacia el edificio de la universidad. ¿Cuándo se había fijado por última vez en la fachada elaborada que tanto la había impresionado hacía mucho tiempo? «Yo también estoy dando por sentadas cosas maravillosas.»

—Aquí llegan —murmuró Rothen.

Al volverse, Sonea vio que las puertas del Gremio se abrían. Un carruaje aguardaba al otro lado. Pronto la entrada quedó franqueada, y los caballos se pusieron en movimiento, tirando del vehículo a través de las puertas y por el camino que conducía a la escalera de la universidad.

El cochero los hizo detenerse. El carruaje se bamboleó adelante y atrás hasta quedarse inmóvil, y entonces la portezuela se abrió y una figura conocida vestida con túnica se inclinó hacia el exterior y les sonrió.

—Es todo un detalle que me hayáis esperado levantados —dijo Dorrien. Se apeó, se volvió y extendió el brazo para tomar una mano enguantada que surgió de la portezuela. A continuación apareció una manga, seguida de una cabeza femenina. Se asomó, miró primero a Sonea, parpadeando, y luego a Rothen.

Una expresión de reconocimiento iluminó el rostro de Alina cuando vio al padre de su esposo, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Posó la vista de nuevo en Sonea y la arruga entre sus cejas se hizo más pronunciada. Al fijarse en su túnica, adoptó un aire serio.

Dorrien la ayudó a bajar del carruaje y luego ofreció su asistencia a sus dos hijas. Tylia, la mayor, fue la primera en salir. Sonea advirtió que era la viva imagen de su madre. Yilara, la más joven, hizo caso omiso de la mano tendida de su padre y bajó los escalones con agilidad. «Y esta ha salido a Dorrien», decidió Sonea.

Acto seguido, se procedió a las presentaciones y bienvenidas. A Sonea le hizo gracia que Alina no respondiera a su saludo y se apresurase a comprobar que sus hijas estuvieran presentables. Una vez satisfecha, tomó a Dorrien del brazo y lanzó a Sonea una mirada casi desafiante.

«Me pregunto qué estoy haciendo mal —pensó Sonea—, o si hay algo en mí que la desagrade. —Resistió el impulso de reírse con amargura de sus pensamientos—. Bueno, está la túnica negra y el tipo de magia que representa.»

O quizá Dorrien le había contado a Alina que había mantenido una especie de amorío con Sonea, que en cierta ocasión se habían besado.

«Dudo que se lo haya contado. Tal vez le ha dicho que tuvimos una brevísima relación, pero nada más. Es lo bastante inteligente para saber que no conviene torturar a la mujer amada con detalles sobre los encuentros que uno ha tenido anteriormente.» Recordó los celos que se habían apoderado de ella cuando Akkarin le había hablado de la joven esclava a quien había amado. Aunque sabía que la chica había muerto hacía mucho tiempo, no había podido evitar sentir una punzada de resentimiento.

—¡Maga Negra Sonea! —gritó otra voz.

Al volverse hacia ella, vio que un mensajero se acercaba a toda prisa.

—¿Sí? —respondió.

—Traigo... un mensaje... del hospital de Ladonorte —jadeó el hombre—. He venido directamente... a pie, para llegar antes. —Cuando llegó frente a ella, le alargó un papel.

—Gracias —dijo ella. Desplegó la nota—. «Reunión con la Traidora en el Árbol de Pachi dentro de Una Hora.» —No cabía duda de que Cery tenía afición por las mayúsculas, pensó—. ¿Podría agenciarme un carruaje lo antes posible?

El mensajero hizo una reverencia y se alejó a paso veloz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dorrien.

Ella dirigió la vista hacia él, su familia y Rothen.

—Lo siento, pero no podré cenar con vosotros.

Dorrien dio unos pasos hacia ella, forzando a Alina a soltarle el brazo. La mujer puso mala cara.

—¿Tiene algo que ver con la búsqueda? ¿Puedo ayudar en algo?

Sonea le dedicó una sonrisa torcida.

—Ya habrá muchas oportunidades para que ayudes, Dorrien. Esta noche solo voy a echarle una mano a un amigo. Tú come algo e instálate.

—¿Se trata de Cery? —Los ojos de Dorrien centellearon de interés. Los de Alina relampaguearon de rabia y preocupación. Las chicas tenían los ojos muy abiertos por la curiosidad.

Sonea meneó la cabeza con exasperación.

—Como si fuera a decírtelo, aquí mismo, delante de la universidad. Será mejor que aprendas a ser un poco más sutil, si quieres prestarme tu ayuda.

Él sonrió al oír su tono burlón.

—Muy bien, te dejaré toda la diversión para ti sola esta noche. Pero más te vale no excluirme la próxima vez.

El crujido de la tierra bajo unos cascos y unas ruedas de carruaje llegó hasta sus oídos procedente de las caballerizas. Sonea echó a andar hacia allí.

—Os veré a todos mañana —gritó por encima del hombro.

El cochero, al advertir que Sonea tenía prisa, arreó a los caballos para que avanzaran más deprisa y los hizo parar cuando llegó frente a ella. Sonea le indicó su destino y se aupó al interior del vehículo.

Durante el trayecto, meditó sobre la hostilidad mal disimulada de Alina hacia ella. «¿Son imaginaciones mías? —Negó con la cabeza—. No lo creo. ¿He hecho algo que justifique esta actitud? No, a menos que sonreír y dar la bienvenida a alguien se considere una descortesía en la aldea de Dorrien, cosa que dudo. Además, si lo fuera, Dorrien nos lo habría dicho.»

Alina había visitado el Gremio en varias ocasiones. La primera vez, era una joven tímida tan embelesada con Dorrien que posiblemente ni siquiera había reparado en Sonea. La segunda vez había estado tan ocupada con un bebé recién nacido y una niña pequeña que Sonea ni siquiera la había visto. En otra ocasión, Sonea había estado demasiado absorta en el tratamiento de un brote de fiebres en los hospitales para ver a Dorrien o su esposa.

«Bueno, Dorrien está decidido a quedarse hasta que Tylia esté en la universidad, así que me quedan más de seis meses para averiguar qué es lo que molesta tanto a Alina, ya sean los amoríos del pasado o la magia negra, y para asegurarle que no tiene motivos para preocuparse.»

El carruaje redujo la velocidad y giró para cruzar la entrada del hospital. Sonea se apeó rápidamente y entró en el edificio, donde saludó a los sanadores y voluntarios del hospital con los que se encontró. Nikea, líder de los sanadores que habían ayudado a Sonea a capturar a Lorandra, la acompañó al almacén.

—¿Te quedas o vas a salir? —preguntó Nikea.

—Voy a salir —contestó Sonea—, pero sin disfraz —agregó mientras la joven se acercaba a la caja donde guardaban la ropa de empleada de hospital de Sonea—. Solo quiero algo sencillo que ponerme encima.

Nikea asintió y desapareció en la penumbra del fondo de la habitación. Regresó con una prenda provista de mangas.

—Toma —dijo—. Las capas ya están un poco pasadas de moda en la calle, salvo las de este tipo, que son más populares.

Se trataba de una capa de una tela sorprendentemente ligera. Sonea se la puso encima de los hombros. Aunque la parte superior tenía el corte de un abrigo normal, por debajo del busto se ensanchaba. El bajo rozaba el suelo.

—Me viene un poco larga.

—Así se lleva. Solo se abotona hasta los muslos, de modo que la delantera se abre cuando caminas. La gente alcanzará a verte la túnica, pero supondrá que es una falda.

Sonea se encogió de hombros.

—No quiero que me reconozcan hasta que me tengan justo delante.

—Entonces esto te servirá. —Nikea sonrió y se cercioró de que en el pasillo no hubiera más que sanadores antes de hacerle un gesto a Sonea para indicarle que saliera.

Al poco rato, Sonea caminaba por Ladonorte. Aflojó el paso. El Árbol de Pachi no estaba lejos, y ella no quería llegar demasiado pronto. A una calle de distancia de la casa de bol, uno de los hombres de confianza de Cery salió de un portal y le puso una cesta delante.

—La señal es que se abra la ventana superior derecha —dijo el hombre, extrayendo un frasco de un color amarillo intenso que acercó a la nariz de Sonea. Un olor dulzón y repugnante invadió sus sentidos.

—¿Y luego? —preguntó ella, agitando la mano para disipar el hedor.

—Entra. Sube directamente por las escaleras de la izquierda hasta la tercera planta. La última puerta a la derecha —Tapó el frasco y acto seguido alzó otro, esta vez de un morado pálido. Despedía un olor almizcleño muy fuerte. Ella hizo una mueca de disgusto.

—La escalera de la izquierda. Tercera planta. La última a la derecha —repitió.

—Bien. Mi mujer vende estos perfumes. Algunos los prepara ella misma; otros los compra en el mercado.

La tercera botella era negra. Su contenido olía a corteza de árbol y a tierra, lo que resultaba sorprendentemente agradable.

—Este te ha gustado —dijo él, arqueando las cejas.

—Sí, pero no me imagino utilizándolo.

—¿Te pones perfume a menudo?

—En realidad... nunca.

—Entonces prueba este: es nuevo.

El siguiente frasco era achatado y de un azul subido. Su aroma, suave y delicado, le recordó el de la brisa del mar —aunque no apestaba a pescado o a algas podridas —, o el frescor del aire después de una tormenta.

—Es... interesante.

—No tienes que ponértelo —le dijo él—. Basta con que eches unas gotas en una tela para que perfume toda la habitación.

Sonea llevó la mano a su portamonedas sin pensarlo.

—¿Cuánto cuesta?

El hombre le dijo un precio. Ella no se molestó en regatear, pues vio un movimiento con el rabillo del ojo que atrajo su atención hacia la ventana que él le había señalado. Alguien estaba abriéndola.

Él le entregó el frasco, sonriendo e inclinándose repetidamente en señal de

gratitud mientras se retiraba. Ella se despidió con un gesto de la cabeza y se encaminó con grandes zancadas hacia la casa de bol, guardando el frasco tapado en uno de los bolsillos interiores del voluminoso abrigo.

Varios clientes se volvieron hacia ella cuando entró, y pronto resultó evidente que se habían percatado de que no era uno de los visitantes habituales. Se acercó a una escalera estrecha de madera construida contra la pared izquierda de la habitación. Era empinada, por lo que ella no tardó en llegar a la tercera planta. Dos hombres que estaban de pie en el pasillo la miraron con recelo. La puerta de la última habitación de la derecha estaba abierta, y se alcanzaban a oír voces. Una de ellas era la de Cery, alzada en un tono de rabia.

Fuera cual fuese el enfrentamiento que Cery y Anyi habían planeado, estaban escenificándolo en aquel momento.

Los dos hombres le salieron al paso. Ella los apartó con magia. En cuanto cayeron en la cuenta de que se encontraban ante una fuerza mágica, se alejaron de ella apresuradamente. Uno de ellos dio la voz de alarma.

Un hombre se asomó a la puerta de la última habitación y la vio. Al cabo de un instante, tres personas salieron corriendo del cuarto y, al llegar al final del pasillo, bajaron a toda velocidad las escaleras. Sonea advirtió que Anyi era una de ellas. Comprendiendo que había llegado demasiado tarde para evitar el ataque contra Cery, se dirigió rápidamente a la puerta y miró al interior de la estancia.

Cery y Gol se encontraban al fondo del reducido cuarto, cuchillo en mano, pero sonrientes e ilesos. Ella suspiró, más tranquila.

—Por lo visto he llegado justo a tiempo —comentó, entrando y cerrando la puerta tras sí.

Cery sonrió.

—En el momento justo —dijo—. Gracias.

—Era lo menos que podía hacer —repuso ella—. Bueno, ¿queréis quedaros aquí o ahuecar el ala?

Él se volvió hacia Gol, que estaba un poco pálido y parecía profundamente aliviado.

—Creo que será mejor que nos vayamos. ¿Quieres venirte con nosotros?

—¿Quiero? —preguntó ella a su vez.

Cery desplegó una sonrisa.

—No te preocupes, no te llevaré a ningún sitio en el que no quieras que te vean. —Dio un golpecito en el suelo con el pie y una trampilla se abrió junto a él, como accionada por un resorte.

«Era de esperar que tuviera una vía de escape preparada, aunque dudo que le hubiera sido posible usarla si yo no hubiera aparecido.»

Cery dio un paso hacia la trampilla, se detuvo y se volvió para estudiarla con la

mirada.

—Por cierto —dijo—. Bonito abrigo.

SECRETOS COMPARTIDO

Algo había aferrado a Lorkin por el hombro y lo sacudía. Él abrió los párpados de golpe y contempló ante sí a un Evar risueño.

—¿Qué? —preguntó, luchando contra una somnolencia profunda y empalagosa—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —le aseguró Evar—, pero si no te levantas pronto llegarás tarde.

Lorkin se incorporó y miró pestañeando las camas vacías que lo rodeaban. Si la mayoría de los hombres se había levantado y marchado, ya era tarde. Soltó un gruñido, se frotó la cara y se puso en pie.

—Ojalá los Traidores tuvierais relojes —se lamentó—. ¿Cómo se supone que debo despertarme a mi hora si no tenéis gongs despertador?

—Algunas mujeres tienen, pero aquí... ¿A qué hora los haríamos sonar? —dijo Evar, encogiéndose de hombros—. Todos nos acostamos y nos levantamos a horas distintas.

Lorkin suspiró y empezó a quitarse la ropa de dormir para ponerse una camisa y unos pantalones sencillos, las prendas que más le gustaban de las que utilizaban los Traidores. Evar le llevó un plato con un pan recubierto de una pasta dulce de frutas tan espesa que sin duda infringía las normas de racionamiento de invierno. Lorkin comió a toda prisa, intentando convencerse de que solo era para llegar cuanto antes a la sala de asistencia y no para destruir las pruebas del exceso de Evar.

—Leota vino a hablar conmigo anoche —comentó Evar entre bocados.

Lorkin se quedó inmóvil y miró a su amigo. Tenía una expresión anhelante.

—Me dijo que lo pasó bien la noche que estuvimos juntos —continuó Evar con una sonrisa leve.

Tras masticar y tragar rápidamente, Lorkin clavó una mirada severa en su amigo.

—Ya lo creo que lo pasó bien.

Evar miró a Lorkin y se encogió de hombros de nuevo, sin rastro de sonrisa.

—Oh, ya sé que seguramente quiere decir que lo pasó bien recogiendo los frutos mágicos y políticos de aquella noche, pero existe la posibilidad de que no estuviera fingiendo aquel otro placer.

—¿Tienes la tentación de averiguarlo? —inquirió Lorkin.

Evar sacudió la cabeza.

—Bueno, no, al menos hasta que vuelva a parecerme que el precio vale la pena —añadió antes de llevarse otro trozo a la boca.

—¿Volverías a fiarte de ella? —Lorkin no consiguió enmascarar la incredulidad de su voz.

—No me fié de ella en ningún momento —replicó Evar, masticando. Hizo una pausa para terminarse el bocado—. Sabía lo que podía suceder. Habría personas que creerían que yo merecía un castigo por llevarte a las cuevas. Si no conseguían castigarme de esta manera, ya buscarían otra. —Sonrió—. Al menos, de este modo, me divertí un poco. Y aunque tal vez Leota sea una oportunista, tiene un cuerpo fabuloso.

Lorkin miró con fijeza a su amigo, incapaz de decidir qué responder a esto. «No puedo decirle: "Evar, no eres tan tonto como yo creía". Tampoco le gustaría que le dijera que es tan despiadado como las mujeres. Pero no está tan indefenso ni tan confundido como parecía. De hecho, es posible que planeara todo esto antes de nuestra visita a las cuevas de las pedreras.»

—Y, si resulta que el hecho de obtener un poco de magia y la satisfacción de castigarme no fue lo único que disfruté, tal vez vuelva a por más —agregó Evar, de nuevo con los ojos soñadores.

«O quizá esté inventándolo todo sobre la marcha —rectificó Lorkin—. Aun así, no puedo evitar admirarlo por ello. Parece capaz de encontrarle el lado positivo a cualquier situación.»

—Mejor tú que yo —dijo Lorkin. Se quitó las migajas de la ropa y se desperezó—. Aunque tampoco es que tenga tiempo para eso. Me voy a la casa de baños, y luego al trabajo.

Evar hizo una mueca.

—He oído que las cosas se están poniendo feas allí.

Lorkin asintió.

—Durante un tiempo, parecía que el número de enfermos de fiebre se reducía, pero luego llegó el doble de pacientes, y algunos se encuentran mucho peor que antes.

—Ocurre todos los años.

—Eso me dice Kalia, pero no me creo todo lo que dice. Podría intentar engañarme de nuevo.

—Haces bien —declaró Evar, cogiendo el último pedazo de pan que quedaba. Se despidió con la boca llena al tiempo que Lorkin se encaminaba hacia la puerta.

La ciudad parecía más tranquila que de costumbre mientras Lorkin se dirigía hacia la casa de baños y luego hacia la sala de asistencia. La tos de varias personas resonaba en los pasillos y al otro lado de puertas cerradas. No fue sino hasta que se hallaba cerca de la sala de asistencia cuando se percató de que había algo que no oía: el rumor incesante de voces por toda la ciudad. Cuando finalmente lo oyó, procedía de la sala de asistencia, de una cola de pacientes que se alargaba por el pasillo hasta más allá de la entrada de la sala.

Algunos lo vieron y fruncieron el ceño. Unos lo fulminaron con la mirada. Otros

lo observaron con expresión calculadora.

«Seguro que Kalia ha corrido la voz de que llego tarde. —Sin embargo, no era tan tarde. Había ahorrado tiempo bañándose a toda prisa, esperando que esto no hiciera que su presencia resultara desagradable a los demás—. Ojalá bastara con un buen baño para que la presencia de Kalia resultara agradable.»

Cuando entró en la sala, se le cayó el alma a los pies al ver y percibir el olor de tantos enfermos. Kalia lo avistó y de inmediato cruzó la habitación con grandes zancadas hacia él. Lorkin se preparó para una reprimenda, pero en vez de eso, ella lo cogió del hombro y lo llevó junto a una pareja inclinada sobre una niña de unos seis años.

—Examínala —le ordenó—. Después, búscame y dime tu diagnóstico.

Él miró a los padres y sintió que el alma le caía aún más abajo. Ambos tenían fijos en él sus ojos ensombrecidos y desesperados, sin decir nada. Se volvió hacia la muchacha y advirtió que estaba pálida, que respiraba con dificultad y que tenía una tos débil, acompañada de un sonido ronco procedente de los pulmones congestionados.

Incluso antes de tocarla y proyectar sus sentidos hacia su interior supo que estaba más enferma de lo que debía. La fiebre del frío se cobraba la vida de algunos Traidores todos los años. Las víctimas más habituales eran ancianos y niños, así como quienes habían perdido las fuerzas debido a otras enfermedades.

Sabía asimismo que tendría que enfrentarse a ello algún día. Kalia también lo sabía. Lorkin había decidido lo que haría. Pero no estaba dispuesto a hacerlo en aquel momento, con tantas personas observándolo atentamente.

Comprendió que no lo haría hasta que tuviera la oportunidad de preguntarle a Tyvara si había acertado en su pronóstico sobre cuáles serían las consecuencias.

Mientras los esclavos de la Casa del Gremio servían la cena, a Dannyl le sorprendió oír la voz de Tayend en el pasillo.

—Pues entonces cenaré con él —dijo este. Un momento después, cruzó la puerta principal de los aposentos de Dannyl—. ¿Te apetece un poco de compañía?

Dannyl asintió y señaló un taburete cercano. Aunque había temido que se produjera una discusión o enfrentamiento entre Tayend y él, nada parecido había ocurrido hasta la fecha, y ambos se habían acomodado a sus nuevos papeles sin el menor conflicto. Además, como Tayend salía a menudo para visitar a sachakanos, tal vez tenía sentido aprovechar la oportunidad para ponerse al día en temas diplomáticos.

—¿No has quedado con ningún ashaki esta noche?

Tayend se sentó e hizo un gesto de negación.

—Le he pedido a Achatí la noche libre. Me sorprende que no te haya invitado a ti

en mi lugar.

Dannyl sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que tiene a otras personas que ver aparte de nosotros los embajadores. Has congeniado muy bien con los sachakanos.

Un esclavo entró a toda prisa con un plato y un cuchillo para Tayend, para que pudiera servirse de las fuentes de comida que los otros le ofrecían.

—Sí, ¿verdad? Desde luego es lo que parece. ¿O hago mal en darlo por sentado? Según me ha contado el ashaki Achatí, tú eras muy popular cuando llegaste. Tal vez yo también acabe por caer en desgracia.

—Tú no tienes un ayudante que pueda ser secuestrado.

—No, aunque no me vendría mal tener uno, preferiblemente alguien a quien nadie quiera secuestrar. —Tayend hizo un mohín—. Quiero entender bien cuál es la situación aquí antes de implicar a nadie más. Asegurarme de que no haya peligro. Saber cómo funcionan las cosas. —Colocó en su plato un trozo de la carne más condimentada y unas verduras, antes de indicar a los esclavos que podían retirarse.

—Me temo que averiguar cómo funcionan las cosas de verdad podría llevarte años.

Tayend esbozó una sonrisa maliciosa.

—Aun así, creo que he logrado entender algunas cosas —dijo—. ¿Qué te parece si te cuento lo que he deducido y tú me dices si estoy en lo cierto? —Tayend se llevó comida a la boca y masticó, observando a Dannyl con expectación.

Dannyl se encogió de hombros.

—Adelante.

Tayend tragó, tomó un sorbo de agua y se aclaró la garganta.

—He deducido que tú y yo ya no formamos una pareja.

La sorpresa inicial dio paso a un sonrojo causado por el sentimiento de culpabilidad. Dannyl hizo un esfuerzo por mirar a Tayend a los ojos. Este le sostuvo la mirada con firmeza.

—Supongo que no —respondió Dannyl. «Eso no ha sido muy convincente», añadió para sus adentros.

—Lo deduje cuando me instalaste en los aposentos para invitados —agregó Tayend—. Y no me digas que habríamos causado escándalo si yo hubiera dormido en tu cama. Los sachakanos lo sabían todo sobre nosotros antes de que llegaras. —Pinchó otro trozo de comida de su plato.

Dannyl tosió en señal de disconformidad.

—Aun así podrían haberse ofendido hasta el extremo de exigir que nos sustituyeran o de negarse a tratar con nosotros.

—No hay asuntos que tratar. No tenemos trabajo del que ocuparnos. No necesitan comerciar con nuestros países. Nos tienen aquí por un gesto de buena voluntad, y

nada más. Al margen de eso, los sachakanos solo nos valoran como una novedad o un entretenimiento. Supongo que tú has tardado más que yo en deducir esto. —Tayend agitó la mano con desdén—. También he deducido que Achatí es un doncel y que le gustas bastante. —Entornó los ojos—. Lo que aún no he deducido es si él te gusta a ti.

Dannyl notó de nuevo que se le encendía el rostro, pero esta vez no por el sentimiento de culpa.

—Achatí es un amigo —afirmó.

—Tu único amigo entre los sachakanos —prosiguió Tayend, apuntando a Dannyl con el cuchillo para recalcar sus palabras—. No podrás darle largas para siempre. ¿Qué harás cuando se harte de esperar? Me parece que no es un hombre al que convenga hacer enfadar.

Dannyl abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla.

—En otra época habrías dicho lo mismo sobre mí —consiguió balbucir.

Tayend sonrió.

—Entonces te conocí mejor y descubrí que no das tanto miedo. A veces resultas un poco patético, siempre tan preocupado por lo que piense la gente, enfrascado en tu investigación para sentirte valioso.

—¡Es una investigación importante! —replicó Dannyl.

—Y que lo digas. Muy importante. Más importante que yo.

—Antes te interesaba a ti también. En cuanto dejó de ser un pretexto para ver mundo y correr aventuras, y empezó a requerir trabajo duro, perdiste todo el interés en ella.

Los ojos de Tayend centellearon de rabia, pero entonces él vaciló y apartó la vista.

—Supongo que esa es la impresión que daba mi actitud. Yo más bien pensaba que no me quedaba nada más que aportar. Lo de escribir siempre fue cosa tuya. En cuanto salía de la Gran Biblioteca, me convertía en un estudioso de segunda fila.

La indignación de Dannyl se aplacó ante la valoración de Tayend sobre sí mismo.

—Nunca fuiste un estudioso de segunda fila —le aseguró Dannyl—. Si hubiera sabido que aún estabas interesado en la investigación, habría encontrado algo, alguna solución para que siguieras tomando parte en ella.

Tayend alzó la vista y arrugó el entrecejo.

—Creía que me mantenías al margen adrede. Que vinieras a Sachaka sin mí lo confirmó.

—Era... Creía que no estarías a salvo aquí.

—Conseguiste preocuparme, desde luego. Cuando mi rey aprobó mi propuesta de convertirme en el primer embajador de Elyne en Sachaka, estaba convencido de que me embarcaba en algo mucho más peligroso de lo que ha resultado ser hasta ahora.

—¿Cómo lo convenciste?

—No fui yo, lo convencieron otros. —Tayend se encogió de hombros—. Por lo visto todo el mundo pensaba que era una gran idea enviar a alguien aquí ahora que Kyralia había nombrado un embajador, pero nadie fue lo bastante estúpido para proponerlo y arriesgarse a que le dieran el puesto.

—¿Quién te apoyó? —preguntó Dannyl, más que nada por curiosidad.

Tayend sonrió.

—No quiero ser acusica. —Bajó la mirada hacia su plato—. Deberíamos acabarnos la comida antes de que se enfríe.

Dannyl soltó un resoplido suave.

—Los elyneos y su política enrevesada.

—Se nos da bien, y me ha resultado útil aquí. Tal vez incluso consiga evitar que tú te metas en líos.

Dannyl devolvió la atención a su plato medio lleno y reflexionó sobre lo que había dicho su ex amante.

—¿O sea que has venido hasta aquí para ver qué me traía entre manos?

Tayend entornó los párpados de nuevo. En vez de responder de inmediato, mascó su comida, meditabundo.

—No —dijo al fin—. Cuando te marchaste, me hiciste ver que estaba aburrido. Resulta que es verdad: tener un objetivo hace que la vida sea más interesante.

—¿Y cuál es ese objetivo?

Tayend masticó de nuevo.

«Ser el primer embajador de Elyne en Sachaka», respondió Dannyl en su fuero interno. Tenía que reconocer que estaba impresionado por la audacia de Tayend, y que aquel hombre extravagante estaba bien cualificado para el puesto. Tenía conocimientos sólidos de política —aunque con frecuencia optaba por pasar por alto los tabús sociales y las tradiciones— y era muy perspicaz a la hora de juzgar a las personas.

«Pero espero que no demasiado perspicaz en el caso de Achatí.»

Las cenas con Naki y su padre siempre estaban llenas de largos silencios. Lord Leiden solía preguntar a su hija cómo le iba con sus estudios, y las respuestas de Naki eran generalmente corteses pero lacónicas. Él también hacía preguntas a Lilia sobre su familia, pero como ella no veía a sus padres a menudo no tenía mucho que contarle, y el hombre tampoco parecía demasiado interesado en sus respuestas de todos modos.

Esta vez, Lilia tenía la sensación de que la cena estaba durando varias horas más de lo habitual, y empezaba a hastiarse de aparentar interés por educación. Ni siquiera la excelente comida compensaba aquel aburrimiento. No sabía con seguridad si

estaba ansiosa por quedarse a solas con Naki tras largos días de espera, o si estaba contagiándose del humor de ella.

Era evidente que su amiga se había sumido en un estado de ánimo extraño. Las respuestas de Naki a las preguntas de su padre habían sido más breves de lo normal; casi se habían reducido a gruñidos. En cierto momento ella le había preguntado por una persona y él había torcido el gesto, le había lanzado una mirada ceñuda de desaprobación y había cambiado de tema. En cambio, Naki estaba de lo más simpática con Lilia; se inclinaba hacia ella y le daba palmaditas en la pierna, le guiñaba el ojo o le hacía muecas. Lilia se sintió aliviada cuando la cena llegó finalmente a su término.

Naki la guió escaleras arriba hacia su habitación, como de costumbre. En cuanto la puerta se cerró, comenzó a caminar de un lado a otro profiriendo una sarta de improperios que no se parecían a nada que Lilia hubiera oído desde el día que había visitado los muelles cuando era niña.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilia.

Naki suspiró y se volvió hacia ella.

—Lo único que puedo decir es que él se ha enterado de un pequeño proyecto al que yo dedicaba mis ratos libres, y que para castigarme me ha quitado, no, me ha robado algo. —Apretó los puños, se dirigió a la cama con paso airado y se sentó en el borde. Alzó la vista hacia Lilia, y su expresión se tornó desesperada—. ¿Sabes? Apenas me da dinero suficiente para pagar lo que necesito en la universidad. Si quiero divertirme, tengo que buscar otra manera de pagar por ello. Y ahora me he quedado sin esa otra manera.

«La casa de braseros. El vino que introduce en el Gremio de forma clandestina. Siempre lo paga ella. Yo no he pagado nada.» Lilia sintió una punzada de culpabilidad. Se acercó a la cama y se sentó junto a su amiga.

—¿Y la asignación que recibimos?

Naki torció el gesto.

—Tú recibes una asignación; yo, no. Como provengo de las Casas, no me dan nada. Se supone que es mi familia quien debe pagarme una asignación.

—Tú siempre lo pagas todo —empezó a decir Lilia—. Yo debería...

—¡No! —la atajó Naki—. Ni se te ocurra ofrecerte a pagarme mis pequeños caprichos.

—Nuestros caprichos —la corrigió Lilia—. Al menos deja que los pague yo hasta que... encuentres otra manera de ganar dinero. Sería agradable poder mimarte durante un tiempo, para variar.

Naki miró a Lilia, sorprendida, y sus labios se curvaron en una amplia sonrisa.

—Oh, Lilia, eres un sol. —Rodeó a Lilia con los brazos y la estrechó contra sí.

Lilia le devolvió el abrazo. Aquella calidez sencilla la llenaba de alegría. Naki

empezó a apartarse, y ella la soltó, pero la otra chica solo se inclinó ligeramente hacia atrás. Cuando Lilia levantó la vista, advirtió que Naki la observaba con fijeza y una expresión reflexiva.

Entonces Naki se le acercó y la besó.

Una vez más, todas las esperanzas e ideas que los otros aprendices condenaban se agolparon en la mente de Lilia, y el corazón empezó a latirle muy deprisa. Correspondió al beso, sin atreverse a pensar qué sucedería a continuación ni hacer nada que pudiera estropear el momento.

Como era inevitable, Naki rompió el beso. Tenía los ojos turbios y una expresión inescrutable. Lilia deseaba decirle que la quería, pero se contuvo por miedo a estar equivocada y a que sus palabras repelieran a Naki.

De pronto, esta sonrió de oreja a oreja y se puso en pie de un salto.

—Vayamos a la biblioteca —dijo—. Tengo algo de craña ahí escondida.

«¿Es que no podemos hacer nada sin craña?» Lilia ahuyentó este pensamiento sombrío y se levantó.

—De acuerdo...

Naki parecía cada vez más alterada e inquieta a medida que se acercaban sigilosamente a la biblioteca, y sus movimientos delataban su agitación y su ansia. En cuanto encendió un brasero, apremió a Lilia para que aspirara el aire con fuerza. Se acomodaron en dos sillones.

—¿Y si tu padre entra aquí? —preguntó Lilia, antes de que la droga disipara sus preocupaciones.

—Estará dormido —contestó Naki—. Antes de que llegaras, se quejaba de lo largo que se le ha hecho el día y de lo cansado que estaba.

Se relajaron durante un rato, disfrutando la craña, hasta que Naki se puso de pie y se acercó a la mesa con tablero de cristal. Se inclinó sobre ella, echó un vistazo a lo que contenía y acto seguido se enderezó como si hubiera tomado una decisión y abrió el costado del mueble. Tras rebuscar en el interior, extrajo algo y, cuando echó a andar hacia los sillones, Lilia vio que era el libro que Naki le había enseñado hacía unos días, el que contenía instrucciones sobre el uso de la magia negra.

Una vaga intranquilidad se despertó en el interior de Lilia, pero tenía tanta pereza que ni siquiera frunció el ceño.

Naki se dejó caer en su asiento con un suspiro. Alzó el libro y lo contempló, pensativa. Lo abrió y comenzó a hojearlo con delicadeza.

—Seguramente me sé de memoria párrafos enteros de esto.

—¿Cuántas veces lo has mirado? —preguntó Lilia.

—Más de las que recuerdo. —Naki se encogió de hombros—. Mi padre debería saber que cuando me prohíbe que haga algo, me lo tomo como un desafío.

—¿Te lo has leído entero?

Naki levantó la mirada hacia Lilia y sonrió.

—Claro. No es un libro largo.

—O sea que has leído el trozo... la parte...

La sonrisa de Naki se ensanchó.

—La parte sobre la magia negra. Sí, la he leído. —Bajó la vista—. Es increíblemente sencilla. A menudo me pregunto si podría hacerlo, siguiendo estas instrucciones.

—Pero no se puede aprender magia negra en un libro —le recordó Lilia—. Tiene que enseñárselo una mente a otra.

—Es cierto. Entonces me pregunto por qué se tomaron la molestia de ponerlo por escrito. —Naki pasó unas páginas y tendió el libro abierto a Lilia—. ¿Qué opinas?

A pesar de los efectos de la craña, Lilia vaciló. Incluso leer sobre la magia negra estaba prohibido.

—Vamos —la animó Naki—. Siempre había querido mostrárselo a alguien y conocer su opinión, pero nunca había confiado lo suficiente en nadie.

Esto le levantó la moral a Lilia, que sonrió a Naki mientras extendía el brazo para coger el libro.

«Se fía de mí. Cree que mi opinión tiene valor.» Bajó la mirada hacia la página abierta y comenzó a leer.

... medios por los que el cuerpo lo consigue, más que entenderse, deben ser percibidos por los sentidos. Lo mismo sucede con la magia superior. En sus primeras lecciones, al aprendiz se le enseña a imaginar su magia como un recipiente, quizá una caja o una botella. Conforme aprende más llega a entender lo que le dicen sus sentidos: que su cuerpo es el recipiente, y que la barrera natural de la magia que hay en la piel impide que la energía que contiene se escape. Así pues, si él se encuentra con una brecha en la barrera de otra persona (como en el rito de la magia superior), puede extender sus sentidos hacia el cuerpo del otro de un modo muy distinto que en la sanación, detectando la energía de su interior y no el cuerpo físico. Asimismo, puede modificar esta energía, sustrayendo parte de ella o incrementándola. Aunque es posible percibir cuánta energía posee una persona, no es posible determinar cuán fuerte es. Uno puede percibir la extenuación física de un hombre que ha sido despojado de su magia, lo que parece indicar que una vez que la energía mágica se acaba, empieza a consumirse la energía física, pero mientras no se agote hasta el extremo de tener un impacto físico, ni siquiera es posible percibir si alguien ha extraído magia o no. También reviste dificultad percibir y manipular la magia mientras se percibe y se manipula el cuerpo físico por medio de la sanación...

A partir de este punto, el autor se extendía en una digresión sobre la sanación. «Escribe fatal —pensó Lilia—. El texto se alarga y se alarga sin llegar nunca a nada. No hay un solo punto y aparte. —Pasó varias páginas—. Ni uno en todo el libro.»

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó Naki, echando un poco más de craña en el brasero.

Lilia volvió a la página sobre magia negra e hizo el esfuerzo de leerla otra vez.

—No dice gran cosa.

—Más de lo que nadie nos ha explicado —señaló Naki—. He intentado percibir mi magia del modo que describe el libro.

Lilia alzó la mirada.

—¿Y?

Naki sonrió.

—Creo que le he pillado el truco. —Se inclinó hacia delante—. Inténtalo.

—¿Ahora? —protestó Lilia con voz débil. Estaba demasiado apática para realizar experimentos mentales.

—Sí. Es fácil cuando te haces una idea. Y cuando has inhalado un poco de humo —aseguró Naki con los ojos chispeantes.

Lilia se encogió de hombros y cerró los ojos. Luchando contra el letargo, evocó en su mente la imagen de la puerta que le habían enseñado a ver como el acceso a su mente. La abrió, notó que le hormigueaban los sentidos y que el efecto de la craña remitía un poco.

Como siempre, imaginó una habitación en su interior, pequeña y con pocos muebles, que le recordaba tanto el dormitorio que había compartido con sus hermanos como el cuarto que ocupaba en el alojamiento de los aprendices. Lo inundaba una luz cálida.

«Pero el libro dice que esto es solo una manera de visualizar mi energía. Las paredes de verdad son la barrera de mi piel, así que debería poder...»

Prescindió de las paredes, que se esfumaron en la oscuridad. El calor y el brillo de la luz se desvanecieron poco a poco de su sentido del tacto y de la vista, dejando tras sí una conciencia de otro tipo. Ella proyectó sus sentidos y palpó sus límites. Descubrió que no tenían forma de brazos o piernas, y sin embargo..., percibía su figura física como si un tenue contorno de sí misma estuviera superpuesto a la magia de su interior.

Caviló sobre ello durante un rato, hasta que se acordó de Naki y retiró su conciencia de su interior.

—Es... increíble —jadeó.

Naki sonrió.

—¿Lo has conseguido? Lo sabía. Eres demasiado lista. —Se levantó, se acercó y,

apoyada en el brazo del sillón, cogió las manos de Lilia, que sujetaban el libro, y las hizo girar hacia sí para poder leer—. Probemos otra cosa. Veamos si consigues percibir mi magia.

—Pero... tendrías que hacerte un corte para que yo pudiera hacer eso.

Naki se inclinó hacia ella. Su aliento olía a craña. Curvó los labios en un gesto provocativo.

—Lo haré por ti. Haría cualquier cosa por ti.

Lilia miró fijamente a su amiga y notó que una sensación reconfortante le henchía el corazón.

—Y yo haría cualquier cosa por ti —respondió con sentimiento.

La sonrisa de Naki se amplió de gusto.

—Hagámoslo —dijo. Miró en torno a sí, se aproximó danzando a la mesa con cubierta de cristal e introdujo de nuevo la mano. Sacó un objeto pequeño, oculto en la palma—. Es antiguo, así que no sé si estará lo bastante afilado... ¡Ay! Sí, ha funcionado.

Se acodó de nuevo sobre el brazo del sillón y tendió la mano. Sobre ella había un cuchillo diminuto, y una pequeña hilera de gotas rojas minúsculas le surcaba la piel. Lilia sintió un escalofrío que amenazó con despejarle la cabeza.

—Hazlo. Antes de que la herida se cierre.

«Haría cualquier cosa por ti.» De mala gana, Lilia empuñó el cuchillo con una mano y aferró la mano de Naki con la otra. Cerró los ojos.

No le costó recuperar la nueva conciencia de su magia que había adquirido. De algún modo sabía hacia dónde proyectar su mente para encontrar su mano. Entonces la notó. La presencia de otra persona era muy débil..., pero estaba ahí. Percibía el corte como una hendidura luminosa en su mente. La atraía como la promesa del sol al final de un túnel. Cuando lo alcanzó... «Naki.»

La otra chica irradiaba una emoción impaciente y una curiosidad que le resultaban familiares, con un trasfondo de ira, antiguo y dirigido hacia otra persona, por lo que seguramente se trataba de los restos de su enfado con su padre.

Absorbe un poco de mi energía, dijo la voz de Naki en el borde de la mente de Lilia.

Un destello de magia saltó de la abertura en la barrera de Naki hacia la de Lilia. De inmediato comprendió lo fácil que sería entrar y atraer esa energía hacia sí. Pero no tenía necesidad ni el menor deseo de hacerlo. Se retiró de la presencia de Naki y abrió los ojos.

—Yo diría que ha dado resultado, de no ser porque... ha sido demasiado fácil. —Frunció el entrecejo—. Seguro que no lo he hecho bien.

Un dedo describía perezosamente un dibujo caprichoso sobre su brazo y su mano. Lilia bajó la vista y la alzó de nuevo hacia Naki. Los ojos de la joven ardían de

expectación.

—Déjame intentarlo a mí. —Dirigió a Lilia una mirada significativa—. Tenemos que hacer esto juntas.

Una oleada de afecto invadió a Lilia. Cogió el pequeño cuchillo, apretó los dientes y lo deslizó por el dorso de su brazo. Naki le dedicó una sonrisa radiante y tocó el corte con delicadeza. Cuando cerró los párpados, Lilia hizo lo mismo, preguntándose qué sentiría cuando fuera su barrera la que resultara dañada.

Esta vez su conciencia adoptó al instante su nueva forma. La brecha en sus defensas era fácil de localizar; de ella emanaba una sensación de urgencia que la ponía nerviosa. De pronto, notó de nuevo la presencia de Naki, pero esta vez no percibía sus emociones.

Una debilidad extraña, parecida a la relajación de la voluntad que provocaba la craña, se apoderó de ella, y notó que su energía empezaba a fluir hacia el exterior.

Pero, tan rápidamente como se había iniciado, el flujo se detuvo. Sintió que Naki le soltaba el brazo y desplazaba su conciencia de vuelta al mundo físico. Su amiga meneaba la cabeza, con expresión ceñuda.

—Me parece que no ha funcionado.

—¿No? —dijo Lilia, sorprendida—. Estoy segura de que he notado cómo extraías energía.

Naki sacudió la cabeza de nuevo. Frunciendo los labios en un mohín, se acercó a su sillón y se dejó caer en él.

—No he percibido nada; ni la brecha en tu barrera, ni a ti. —Suspiró—. Hacía tantos años que deseaba probarlo..., y ahora que tengo una persona de confianza con quien llevarlo a cabo, la cosa no marcha...

—Bueno, si fuera tan fácil, sí que sería posible aprenderlo en un libro. Si quieres, lo intentamos de nuevo —propuso Lilia.

Naki negó con la cabeza. Contempló el brasero con hosquedad, antes de abrirlo con magia y apagar la craña y las ascuas que contenía. Se puso de pie y lo guardó.

—Vámonos a la cama.

Aliviada, pues empezaba a sentir el mareo y el dolor de cabeza que indicaban que había consumido más craña de la cuenta, Lilia se levantó y salió de la biblioteca en pos de su amiga. Naki pasó de largo su dormitorio y entró en la sala de invitados donde dormía Lilia cuando pasaba la noche allí. Caminó directamente hacia un arcón con una talla elaborada, hurgó debajo de unos líos de ropa y extrajo una botella de vino.

—¿Tienes sed?

Tras vacilar por un instante, Lilia asintió. Aunque la cabeza todavía le daba vueltas a causa de la craña, estaba muy sedienta. Naki abrió la botella y se la llevó a los labios. Después de tomar un trago, sonrió de oreja a oreja y se la pasó a Lilia,

derramando sin querer un poco de su contenido.

—Aquí no hay copas. Papá ha prohibido el vino y la craña, pero tengo amigos entre los criados.

Lilia bebió torpemente de la botella. Con un suspiro, Naki se desplomó sobre la cama. Rechazó con un gesto la botella cuando Lilia pretendía devolvérsela.

—No es mi verdadero padre —murmuró—. Mi madre se casó con él después de que muriera el de verdad. Cuando ella falleció, Leiden se quedó con todo lo que tenía, incluida yo. Nunca nos hemos caído bien. En cuanto me gradúe, me entregará en matrimonio al primero que se lo pida, solo para librarse de mí. —Suspiró de nuevo.

Lilia dejó la botella de vino a un lado y se tendió junto a su amiga.

—Eso es terrible. —Le partía el alma la idea de que Naki se casara con un hombre al que evidentemente jamás desearía. «Si su padre la obliga a casarse después de graduarse... ¡Falta solo medio año!» ¿Podrían seguir viéndose? ¿Podrían mantener su amor en secreto?

Lilia sonrió y se encogió de hombros. El vino se le había subido a la cabeza, y no le quedaban fuerzas para articular una respuesta. «Tiene que haber otra manera de resolver los problemas de Naki. El asesinato es un poco drástico. —Pero ¿y si no hubiera otra manera?—. ¿Podría utilizar la magia negra y disimularlo para que parezca un accidente?» Naki estaba murmurando algo, pero las palabras sonaban lejanas, y entenderlas requería demasiada concentración.

Con la mente plagada de pensamientos lúgubres, Lilia se sumergió en sueños extraños y vívidos en los que desembarazaba a Naki de todos sus problemas y compartía con ella una vida de amor y secretos en una casa llena de escaleras, puertas y armarios ocultos repletos de libros frustrantemente crípticos.

11

UN MALENTENDIDO

Cuando el carruaje se detuvo frente a la torre, Sonea esbozó una sonrisa irónica.

Encontrar una prisión adecuada para Lorandra había sido complicado. La Guardia de la ciudad se había negado a custodiar a una maga —aunque tuviera bloqueados sus poderes— en su cárcel. No había prisión alguna en el recinto del Gremio, ni espacio en el alojamiento de los magos para ella; y aunque lo hubiera habido, Sonea dudaba que a los magos que residían allí les hubiera hecho gracia tener a Lorandra por vecina. Se había considerado la posibilidad de instalarla en el alojamiento de los sirvientes, pero la gente vivía aún más hacinada allí, un problema que había que resolver cuanto antes, había comentado Osen. La propuesta de mantener a Lorandra en la Cúpula indefinidamente solo podía considerarse una broma.

La solución temporal era utilizar la atalaya como una cárcel. La reconstrucción de la torre se había iniciado antes de la Invasión ichani, por iniciativa de Akkarin. Más tarde, una vez terminada, fue usada durante unos pocos años por los alquimistas para estudiar el estado del tiempo. Finalmente, fue cedida en préstamo a la Guardia, a fin de que la aprovechara para sus maniobras de entrenamiento, con la condición de que le diera mantenimiento y la tuviera ocupada en todo momento.

Aunque la Guardia había dejado claro que no quería a Lorandra en su cárcel, no había tenido inconveniente en recluirla en la atalaya, lo que evidenciaba que no les preocupaba que Lorandra fuera una maga. A posteriori, Sonea comprendió que resultaría más fácil proteger la torre que la cárcel de la ciudad contra una posible misión de rescate encabezada por Skellin. La corrupción entre los celadores de la prisión ya había dado lugar a más de una fuga. Habría menos posibilidades de que uno de ellos dejara escapar a Lorandra si la vigilaba un grupo más reducido y selecto, integrado por personas con una lealtad y una honradez probadas.

«O tal vez sepan que es más probable que el Gremio siga encomendando a un mago que ayude a custodiar a Lorandra si está encerrada aquí. ¿Durante cuánto tiempo estarían dispuestos los magos a vigilarla si tuvieran que hacerlo en la sucia y sórdida cárcel de la ciudad?»

Tras apearse del carruaje, Sonea levantó la mirada hacia el edificio y sintió una leve punzada de tristeza. «¿Te habría alegrado mucho ver que la terminamos, Akkarin? —pensó—. ¿O solo pretendías que fuera una distracción que desviara la atención del Gremio de ti, como creen algunos?»

Era un edificio sin adornos, una sencilla torre de base circular el doble de alta que los árboles que la rodeaban. La superficie era lisa y las ventanas, pequeñas, lo que le recordaba el Fuerte con su fachada de rocas unidas por medio de la magia y sus

ventanas diminutas. Había guardias apostados a lo largo del perímetro. Uno de ellos, de pie junto a la pesada puerta de madera, se inclinó al ver que ella se acercaba y la abrió para que pudiera pasar.

Ella entró en una sala amplia iluminada por varias lámparas pequeñas. Otros dos guardias y su capitán se pusieron de pie y ejecutaron una reverencia. Habían estado sentados a una mesa junto con un guerrero joven, que le dedicó una respetuosa inclinación de la cabeza a Sonea.

El capitán salió a su encuentro e hizo otra reverencia.

—Maga Negra Sonea, soy el capitán Sotin —se presentó.

—He venido a ver a la reclusa —dijo ella.

—Sígame.

La guió por una escalera de caracol y se detuvo ante una puerta de madera en la que se había instalado recientemente una trampilla pequeña. El hombre la abrió y le indicó con un gesto que echara un vistazo al interior. Ella vio una cama, una mesa y a la mujer de piel rojiza sentada en una silla. Lorandra estaba concentrada en un objeto que sostenía en las manos.

—La Maga Negra Sonea ha venido a verte —anunció al capitán con una voz que atronó en el oído de Sonea.

La mujer alzó la vista y contempló la trampilla con el rostro inexpresivo antes de bajar los ojos de nuevo hacia sus manos, que se movían sin cesar.

—No habla mucho —comentó el capitán en tono de disculpa.

—Antes tampoco hablaba —respondió Sonea—. Abra la puerta.

Él obedeció, tras desengancharse del cinto una anilla con llaves. «Dos cerraduras —observó Sonea—. Ella debe de ponerlos muy nerviosos.» Entró en la celda y oyó que la puerta se cerraba a su espalda. Lorandra levantó otra vez la vista y miró a Sonea con cara de pocos amigos antes de devolver su atención al objeto que sujetaba. Al fijarse mejor, Sonea vio que se trataba de una tela que la mujer estaba tejiendo con hilo grueso y un trozo de alambre corto y doblado. La velocidad con que el ganchillo improvisado se movía por el borde de la tela formando nudos enlazados parecía fruto de muchos años de práctica.

—¿Qué haces? —preguntó Sonea.

Lorandra posó en ella sus ojos entornados.

—Se llama «binda». La mayoría de las mujeres de mi país sabe hacerlo.

Cambió de posición la tela entre sus dedos, revelando que tenía forma de tubo. Sorprendida y animada al comprobar que Lorandra no se negaba a hablar, Sonea se preguntó cómo podía alentarla a continuar.

—¿Y qué estás tejiendo?

Lorandra miró hacia abajo.

—Algo que me abrigue.

Sonea asintió. «Claro. Pronto estaremos a mediados de invierno y hará más frío. Ya no puede valerse de la magia para caldear la celda. No hay chimenea, y los guardias no se fían de ella lo suficiente para facilitarle un brasero.» Por otro lado, no hacía demasiado frío allí dentro. El calor de las habitaciones de abajo debía de mitigar la gelidez del aire.

—Normalmente usamos un palo con la punta tallada en forma de gancho, pero ellos creen que lo utilizaría para suicidarme —añadió Lorandra.

A Sonea se le escapó una leve sonrisa.

—¿Lo harías?

Por toda respuesta, la mujer se encogió de hombros. «No espera que yo crea lo que me diga, así que ¿para qué molestarse?»

—¿Te tratan bien? —inquirió.

Lorandra volvió a encogerse de hombros.

—¿Quieres que te traiga algo?

Un ligero temblor de incredulidad en los labios, pero de nuevo el silencio.

—¿A tu hijo, por ejemplo? —preguntó Sonea, dejando que un matiz de escepticismo se filtrara en su voz. No le sorprendió que Lorandra no respondiera. Reprimiendo un suspiro, se acercó a la cama baja, se sentó y retomó el tema del que la mujer parecía dispuesta a hablar. Si conseguía que se sintiera cómoda al conversar con ella, tal vez llegaría a algo.

—Y ¿qué hacen las mujeres de tu país con el «binda»?

Lorandra permaneció callada, trabajando, pero algo en la expresión de su boca le dijo a Sonea que estaba considerando la posibilidad de responder.

—Gorros, guantes, ropa, mantas, cestas. Depende del hilo. El más fino y suave se usa para los guantes. El más fuerte y resistente, para las cestas.

—¿Lleva mucho tiempo?

—Depende de lo que una esté tejiendo y de lo grueso que sea el hilo. El «binda» es elástico, y eso es bueno para unas cosas y malo para otras. Si queremos una tela firme, usamos un telar.

—¿De qué hacéis el hilo?

La mirada de Lorandra se tornó distante.

—Sobre todo de lana de reber. Hay un tipo de hierba que se puede ablandar e hilar para tejer cestas con ella, pero no la he visto al sur del desierto, y un hilo fino y suave que se obtiene del nido de las polillas pájaro y que solo los ricos pueden permitirse.

—¿Polillas? Aquí las polillas se comen la ropa, no hacen hilos con los que tejerla. —Sonea sonrió—. ¿Cómo es la tela?

—Suave pero resistente. Suelen frotarla para darle brillo, y se usa más hilo para bordar dibujos y figuras en ella. —Lorandra arrugó el entrecejo—. He oído que hay

mujeres que llevan faldas con bordados que tardaron años en hacerse.

—¿Tú no las has visto?

Lorandra torció el gesto.

—La única tela de pájaro que he visto es la que llevaban los kalgar.

Al apreciar un atisbo de desprecio y miedo en los ojos y el tono de la mujer, Sonea se preguntó quiénes serían los kalgar.

—¿Son las personas que matan a todo aquel que tenga poderes mágicos, pese a que ellos mismos son magos?

Lorandra le lanzó una mirada hostil.

—Sí.

—¿Por qué matan a los otros magos?

—La magia es maligna.

—Pero ellos mismos la usan, ¿verdad?

—Es su gran sacrificio, para depurar nuestra sociedad. —Había amargura en su voz.

—¿Tú crees que la magia es maligna?

Lorandra se encogió de hombros.

—¿Crees que, ahora que tienes bloqueados tus poderes, te dejarían con vida si regresaras allí?

La mujer fijó la vista en Sonea.

—¿Planeas enviarme de vuelta?

Sonea decidió no responder.

Lorandra suspiró.

—No. Su objetivo es erradicar la magia de nuestros linajes. Da igual que sea demasiado mayor para tener más hijos; podría enseñar la maldad a otros.

—Es increíble. No deben de tener enemigos contra los que defenderse. ¿Y los países vecinos? ¿También prohíben la magia?

La mujer sacudió la cabeza.

—No tenemos países vecinos. Los kalgar los derrotaron a todos hace cien años.

—¿A todos? ¿Cuántos había?

—Centenares. Casi todos eran pequeños, pero juntos harían que vuestras Tierras Aliadas parecieran minúsculas. —Lorandra sonrió con tristeza—. Lo mejor que podéis esperar es que nunca pongan la vista en el otro lado del desierto, o Sachaka será el menor de vuestros problemas.

Sonea sintió un nudo en el estómago, pero entonces recordó que Lorandra no había sabido que Kallen podría leerle la mente. «El pueblo de Lorandra no conoce la magia negra e intenta limpiar su sangre de propiedades mágicas.» Aun así, habían conquistado a todos sus vecinos.

—Si lo hicieran, y de verdad son tan peligrosos, Skellin y tú os encontraríais en

una situación tan apurada como la nuestra —señaló Sonea—. Es una pena que no os unierais a nosotros cuando llegasteis. Habríamos descubierto un país que desconocíamos, y vosotros habríais contado con nuestra protección. Si Skellin...

—Maga Negra Sonea —dijo una voz desde la puerta.

Al volverse, Sonea vio que el capitán la miraba a través de la trampilla.

—¿Sí?

—Alguien ha venido a verla. Es... importante.

Sonea se levantó y caminó hacia la puerta. Cuando el capitán la abrió, ella se volvió hacia Lorandra, que la miró por un momento antes de enfrascarse de nuevo en su labor. Sonea reparó en que el tubo había crecido considerablemente durante su conversación.

Vio que la esperaba uno de los colaboradores del Mago Negro Kallen, uno de los magos que una vez había vigilado sus movimientos, según recordaba. Intentó no irradiar una antipatía muy evidente, entre otras cosas porque el hombre parecía inquieto y alterado.

—Perdone la interrupción, Maga Negra Sonea —dijo—, pero han asesinado a alguien. Un mago. En la ciudad. El Mago Negro Kallen ya está en el escenario del crimen. Debe reunirse con él.

Ella inspiró bruscamente. El homicidio de un mago resultaba ya bastante alarmante, pero que Kallen estuviera investigándolo y la hubiera mandado llamar solo podía significar una cosa.

La víctima sin duda había sido asesinada con magia negra.

Dannyl suspiró, se reclinó en su silla y paseó la vista por su despacho. Poder apoyarse en el respaldo firme de una silla era una comodidad sencilla que le recordaba su país. El escritorio que tenía delante también era un objeto de utilidad práctica y funcionalidad kyralianas que no había visto en los hogares sachakanos. De no ser por las paredes curvas, habría imaginado que se hallaba de vuelta en Imardin.

Quizá sí existían sillas y escritorios en las casas de Sachaka, en los aposentos privados que no había visitado. Tal vez los sachakanos tenían incluso muebles mejores para trabajar y estudiar. «En ese caso, no se han molestado en traer algunos a la Casa del Gremio. Pero me conformo con esto.»

Ante sí tenía sus notas y los libros que había comprado en el mercado. Acababa de elaborar una lista de lo que había averiguado desde que estaba en Sachaka, y se sentía muy satisfecho de sí mismo.

El primer punto era «Prueba de que Imardin no fue destruida durante la guerra Sachakana», que había encontrado en documentos de la biblioteca de Achatí poco después de llegar a Arvice. Debajo, había escrito: «La existencia de la piedra de almacenaje», que Lorkin había descubierto en el mismo archivo.

Entre este conjunto de ítems y el siguiente, había anotado, con letra apretada:

«Que las tribus dúneas sabían (y quizá aún saben) cómo fabricar gemas mágicas. Que dichas gemas son obra del hombre (no naturales). Que los Traidores robaron a los dúneos este conocimiento». Todo esto lo había oído de boca de Unh, el dúneo que había rastreado a Lorkin y sus secuestradoras Traidoras.

A continuación había una serie más larga de observaciones extraídas de los documentos que había comprado.

Que Narvelan, líder de los kyalianos que gobernaban Sachaka, que había tenido un esclavo y del que se creía que estaba loco, robó la piedra de almacenaje y la utilizó para crear el páramo, bien de forma deliberada, bien en un enfrentamiento con sus perseguidores kyalianos.

Que la amenaza de utilizar la piedra de almacenaje seguramente mantenía bajo control al grueso de los magos sachakanos que habían sobrevivido y que, una vez eliminada, Kyralia se vio obligada a devolver la soberanía a Sachaka.

Que las tierras del páramo experimentaron al principio una recuperación que no duró mucho, y en cambio la superficie yerma empezó a crecer.

Era una buena lista, decidió Dannyl. La frustración por no haber hecho progresos recientes en Kyralia era la única causa de que tuviera la impresión de que no había avanzado durante su estancia en Sachaka. Sin embargo, todavía quedaban preguntas por responder.

Dannyl se inclinó hacia delante y comenzó a escribir una lista de lo que aún esperaba encontrar.

«Una prueba que pueda llevarme a Kyralia de que Imardin no quedó destruida durante la guerra Sachakana.» Al parecer Achatí prefería que no comprara documentos sachakanos, pero tal vez no le importaría que adquiriera alguno de vez en cuando. Si Dannyl quería convencer a alguien de su teoría de que la destrucción de Imardin había sido posterior, necesitaría un testimonio escrito que lo demostrara.

«Una prueba de que el Aprendiz Loco destruyó Imardin.» Dannyl no creía que pudiera encontrar esto en Sachaka.

«¿De dónde salió la piedra de almacenaje? ¿Cómo fue fabricada? ¿Era natural o artificial? ¿Existen todavía piedras de este tipo? ¿Sabe alguien cómo hacerlas?»

Dannyl no pudo evitar preguntarse si Lorkin conocía las respuestas a estas preguntas. Los Traidores habían robado a los dúneos el secreto para elaborar gemas mágicas. Si había alguien que supiera las respuestas, aparte de los dúneos, eran los Traidores.

Dannyl se estremeció al recordar la petición del rey sachakano de que estableciera una vía de comunicación con Lorkin. Le había encargado a Merria, su ayudante, que investigara cualquier pista con la que se topara. «Pero ¿a quién se supone que

debemos consultar? Los ashakis ya no me invitan a cenar, y además, ella nunca me acompañaba. Dudo que los esclavos tengan una manera de contactar con Lorkin que no pase por los Traidores.»

Reflexionó de nuevo sobre sus listas. El propósito de escribirlas era formarse una idea clara de lo que debía buscar cuando visitara a las tribus dúneas o las fincas de campo sachakanas. Aunque había resuelto algunas de las dudas que abrigaba sobre cuestiones históricas, siempre era mejor disponer de varias fuentes para citarlas cuando aseguraba que un acontecimiento había tenido lugar o se había producido de determinada manera, por lo que de todos modos tendría que buscar referencias a la supervivencia de Imardin tras la guerra Sachakana y al robo de la piedra de almacenaje por parte de Narvelan. Respecto a la información sobre estas piedras, solo contaba con una fuente de información posible: los dúneos. No podía entrevistarse con los Traidores, así que tendría que confiar en que Lorkin tomara nota de lo que sabían y se lo comunicara tarde o temprano.

Lo único que le preocupaba del viaje que iba a emprender era cómo reaccionarían los dúneos a sus preguntas. Aunque había hecho buenas migas con Unh, los dúneos del mercado se habían comportado de un modo extraño cuando les había preguntado por el rastreador. «Pero antes de eso me habían tratado con amabilidad. Tal vez si no menciono a Unh...»

—¿Embajador Dannyl?

Levantó la vista. Era la voz de Merria, procedente de la sala principal.

—Adelante, lady Merria —respondió. Oyó unos pasos que se acercaban, y ella apareció en la puerta de su despacho. Dannyl le hizo señas para que entrara y se sentara en la silla de las visitas—. ¿Cómo va todo?

Merria se encogió de hombros.

—Bien. Me imaginaba que habría mucho papeleo y poca interacción con la gente, dadas sus costumbres respecto a las mujeres, pero ha resultado ser todo lo contrario.

—¿Ves a menudo a las mujeres que te presentó el ashaki Achatí?

—Sí, y a sus amigas. Forman toda una red. Nunca se reúnen todas a la vez, claro. Los hombres pensarían que están organizando una sociedad secreta subversiva. —Su sonrisa dejaba traslucir cuánto la divertía esto—. Una habría pensado que todas estas mujeres mandándose mensajes unas a otras despertarían sospechas entre los hombres, pero... —Hizo un gesto vago—. Tal vez no se hayan dado cuenta.

Dannyl asintió.

—No he oído nada al respecto. ¿Crees que traman algo?

—Yo creía que no, pero pocos días después de que comenté que a la madre de Lorkin le gustaría tener noticias tuyas recibí un mensaje que decía que estaba en la ciudad de los Traidores y se encontraba bien. También se me invitó a enviarle un mensaje de respuesta.

A Dannyl el corazón le dio un vuelco.

—¿Dónde está ese mensaje que te entregaron?

Merria sacudió la cabeza.

—Era oral. Las mujeres nunca ponen nada por escrito.

Él meditó sobre esta información.

—¿Crees que llegó por medio de los Traidores?

Ella asintió.

—No se me ocurre de qué otra manera se le podrían hacer llegar los mensajes, si está en la ciudad de los Traidores, y solo los Traidores van allí. A menos que haya espías entre los espías.

—Es posible.

Merria negó con la cabeza.

—Creo que es más probable que las mujeres solo afirmen detestar a los Traidores para que los hombres permitan que se vean entre sí.

Dannyl hizo un gesto de conformidad.

—No se lo cuentes a nadie más —le aconsejó.

Cualquier clase de comunicación con Lorkin era mejor que la incomunicación total. Aunque el rey Amakira le había pedido que se pusiera en contacto con él sin recurrir a los Traidores, Dannyl no quería desaprovechar esta oportunidad. Tenía muchas preguntas que hacerle a Lorkin, aunque los temas que podría tratar estarían condicionados por el riesgo de que otros oyesen o vieran el mensaje.

Por otro lado, debía comunicarse con el administrador Osen a través de su anillo de sangre para averiguar si Sonea también quería enviar un mensaje a Lorkin. Eso alegraría mucho a Sonea. Y cuantos más magos superiores deliberaran sobre qué mensaje enviar, menos probabilidades habría de que mandaran uno con ramificaciones políticas.

—Quédate aquí —le indicó—. Consultaré al Gremio.

Lilia despertó con una sensación de martilleo en la cabeza. Soltó un gruñido. Ya había estado decaída, débil y cansada antes por culpa de la craña, pero nunca le había provocado tanto malestar. Quizá el vino era más fuerte de lo habitual. No había bebido mucho.

Entonces oyó un martilleo fuera de su cabeza. Alguien llamaba a la puerta. Hizo el esfuerzo de abrir un ojo, pero, naturalmente, no podía ver a través de las puertas. Seguramente se trataba de los criados.

—Marchaos —dijo con un hilillo de voz, cerrando el ojo de nuevo.

Los golpes cesaron. Ella frunció el ceño. Tal vez los criados le darían algo para el dolor de cabeza. Se dispuso a llamarlos.

La puerta se abrió. Sus dos párpados se abrieron de golpe como por voluntad propia. En vez de criados, unos magos entraron en la habitación, y la mente de Lilia

tardó un momento en despejarse y comprender lo que ocurría.

Se incorporó apoyándose en los codos. Cobró conciencia al instante de que ya no iba vestida con su túnica. ¿Cuándo se había puesto la ropa para dormir? Cuando agarró las sábanas para taparse, notó una especie de polvo reseco en la piel de sus palmas. Volvió las manos hacia arriba. Algo oscuro se había secado en ellas.

«¿Vino? No recuerdo haberme salpicado las manos. Además, estarían pegajosas...»

Los magos rodearon la cama. Cuando Lilia alzó la mirada hacia ellos, reconoció a uno de los amigos sanadores de lord Leiden y... su corazón dejó de latir... al Mago Negro Kallen.

—¿Lady Lilia? —preguntó Kallen.

—¿S... sí? —Su corazón reanudó sus latidos, muy deprisa—. ¿Qué ocurre?

—Lord Leiden ha muerto —dijo el sanador.

Ella lo contempló horrorizada.

—¿Cómo? —Mientras hablaba, un escalofrío de culpabilidad le bajó por la espalda. «¿Anoche intentamos aprender magia negra por nuestra cuenta? ¿En qué estábamos pensando?»—. ¿Dónde está Naki?

—¿CÓMO HAS PODIDO HACERLO? —En aquel alarido, Lilia identificó la voz de Naki. Hizo un gesto de dolor. Tal vez su amiga había deseado que su padre estuviera muerto, pero era imposible que hubiese... Una persona se abrió paso entre los magos hasta que el sanador la sujetó. Forcejeando para soltarse, Naki fulminó a Lilia con la mirada.

—¡Tú! —masculló.

—¿Yo? —Lilia fijó la vista en su amiga.

—¡Lo has matado! —gritó Naki—. ¡A mi padre!

—No es verdad. —Lilia sacudió la cabeza—. Me he quedado dormida. No me he despertado en ningún momento.

Naki meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Quién más podría haberlo hecho? No debería haber dejado que leyeras ese libro. Solo quería impresionarte.

Un estremecimiento recorrió a Lilia. De pronto era muy consciente de que Kallen había clavado los ojos en ella.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó con voz débil.

—Magia negra —espetó Naki. Bajó la vista—. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes en las manos?

Lilia miró las manchas oscuras en sus palmas.

—No lo sé.

—Es sangre, ¿verdad? —Los ojos de Naki se desorbitaron de espanto—. La de mi padre... —Arrasada en lágrimas, giró sobre sus talones y salió corriendo de la

habitación.

Lilia la siguió con la mirada. «Cree que he matado a su padre. Me odia. La he perdido. Pero... No he matado a su padre, ¿o sí?» Sus recuerdos de la noche anterior eran confusos. Siempre le ocurría lo mismo cuando bebía demasiado vino o inhalaba demasiada craña. Entre sus sueños —¿habían sido sueños?— había tenido una fantasía en que se deshacía del padre de Naki, aunque no recordaba los detalles.

—¿Has matado a lord Leiden? —preguntó el Mago Negro Kallen.

Ella se obligó a mirarlo a la cara.

—No. Creo que no.

—¿Has aprendido o intentado aprender magia negra?

¿Cómo responder a eso? Cayó en la cuenta de que no sabía qué decir. La cabeza le palpitaba con tanta fuerza que temía que se le partiera en cualquier momento.

—Lady Naki ha confesado su intento de aprender magia negra en un libro —dijo el sanador—. Dice que Lilia lo intentó también.

Un alivio traicionero se adueñó de Lilia. Asintió.

—Ella tiene un libro. Bueno, es... era... de su padre. Lo guardaba en la biblioteca en una mesa con la parte de arriba de cristal. Ella lo sacó y lo leímos..., pero en teoría no es posible aprender magia negra en un libro.

Kallen la miraba, impasible.

—Aun así, está prohibido intentarlo.

Ella bajó los ojos.

—No he matado a su padre. —La duda se coló de nuevo en sus pensamientos.

—¿Es esta la acusada? —dijo una voz nueva.

Los magos se volvieron hacia la puerta, y Lilia dirigió la vista hacia lo que había detrás de ellos. El alma se le cayó a los pies al ver a la Maga Negra Sonea acercándose. Aunque, en realidad, la llegada de otro mago negro no empeoraba su situación. Pese a que siempre había admirado a Sonea, estar en su presencia y recordar las cosas que había hecho en su vida le resultaba muy intimidatorio.

—Sí —dijo Kallen, apartándose de la cama—. Voy a la biblioteca a buscar un libro con instrucciones para usar la magia negra. Las dos han confesado haberlo leído. ¿Puede usted leerles la mente?

Sonea arqueó las cejas, pero movió la cabeza afirmativamente. Cuando Kallen salió de la habitación, se volvió hacia los otros magos.

—Por lo menos dejemos que se vista —dijo—. Yo me quedaré con ella.

—Averigüe qué tiene en las manos antes de que se las lave —le recomendó el sanador.

Lilia los observó mientras se marchaban, y cuando cerraron la puerta detrás de sí, se levantó de la cama.

—Déjame ver tus manos —dijo Sonea.

Las tomó entre las suyas, que parecían sorprendentemente pequeñas para ser las de una maga tan poderosa. «Claro que la magia no hace que te crezcan las manos — pensó Lilia—. Eso sería más bien desagradable.» Sonea levantó una de las manos de Lilia y la olfateó, antes de acercarse con ella a la jofaina y echarle un poco de agua.

—Lávate —le ordenó.

Lilia así lo hizo, algo aliviada. Tuvo que frotarse bastante para quitarse la mancha, que formó espirales en el agua.

—Necesitamos más luz —murmuró Sonea. Volvió la vista hacia las persianas que cubrían las ventanas, que empezaron a abrirse. La luz de la mañana inundó la habitación. Lilia bajó la mirada y se le cortó la respiración.

Las espirales de color eran rojas.

—Pero ¿cómo...? No recuerdo... —jadeó.

Sonea la observaba con aire pensativo. Retrocedió un paso.

—Cámbiate —le dijo en un tono que estaba entre una orden y una sugerencia—. Luego veremos qué recuerdas.

Lilia, obediente, se puso la túnica de aprendiz lo más rápidamente posible. Cuando terminó de atarse el fajín, caminó hacia Sonea. La maga negra extendió las manos para tocarle las sienes.

Era la primera vez que un mago negro le leía la mente a Lilia. De hecho, tampoco se la había leído un mago común. De vez en cuando sus clases en la universidad requerían que un profesor penetrara en su mente, pero a los aprendices se les enseñaba a ocultar sus pensamientos tras puertas imaginarias. En una lectura mental realizada por consentimiento mutuo, el sujeto debía evocar los recuerdos ocultos tras las puertas para que el lector pudiera verlos.

Este caso era distinto. Lilia cobró conciencia en el acto de la presencia de la mujer mayor en su mente. Era distante, como voces que se oyen a través de una pared. Entonces notó que algo influía en sus pensamientos. Como no percibía la voluntad que había detrás, su esfuerzo instintivo por resistirse no surtió efecto. Tras obligarse a desistir, los recuerdos de la noche empezaron a aflorar.

La vergüenza y el miedo se apoderaron de ella cuando se acordó del beso de Naki, pero no detectó el menor asomo de desaprobación por parte de Sonea. Sus recuerdos eran un poco menos vagos ahora que otra persona estaba examinándolos, pero seguía habiendo fragmentos difusos.

Uno de ellos era el rato transcurrido después de que Lilia se tendiera junto a Naki, tras beberse el vino. Recordó avergonzada que había tenido pensamientos criminales, pero no era consciente de haber matado a nadie. Salvo en sus sueños. «Pero ¿eran sueños?»

¿Y si había asesinado al padre de Naki estando sonámbula, sumida en un sueño inducido por el vino y la craña?

¿Y si el experimento había funcionado, y ella había aprendido magia negra en un libro?

Oh, ya lo creo que has aprendido, dijo la voz de Sonea en su mente. En teoría, no es posible. Ni siquiera Akkarin creía que lo fuera. Pero a lo largo de la historia ha habido por lo menos otra persona que se ha iniciado en ella sin la ayuda de otro mago, y los magos de aquella época debían de tener una buena razón para estar tan decididos a destruir todo lo que se había escrito sobre ella. Por desgracia, nadie verá con buenos ojos tu hazaña de demostrar que nos equivocábamos. ¿Por qué lo intentaste pese a saber que estaba prohibido?

No lo sé. Simplemente me dejé llevar por Naki. Me dijo que...

Le había dicho a Lilia que confiaba en ella. ¿Algún día volvería a hacerlo? «¡La quiero, y ella me odia!»

De pronto la conmoción y la sensación de pérdida la dominaron, y ella se deshizo en lágrimas. El contacto de Sonea pasó de su cabeza a sus hombros, que la frotaron con suavidad pero con firmeza mientras Lilia pugnaba por recuperar el control de sí misma.

—Mentiría si te dijera que todo va a salir bien —suspiró Sonea—, pero creo que puedo convencerles de que no fue un acto del todo deliberado y de que elijan un castigo menos severo. Sin embargo, esto dependerá de lo que recuerde Naki.

«¿Un castigo menos severo? —Lilia se estremeció al recordar lo que le habían enseñado en clase de historia—. Akkarin fue desterrado únicamente porque el Gremio no sabía si era capaz de vencerlo. De lo contrario, lo habrían ejecutado. Por otro lado, él había matado gente con magia negra. Yo no..., o eso espero.»

Si no lo había hecho, Sonea no encontraría pruebas de ello en la mente de Naki. De pronto, Lilia deseaba con ansia que Sonea fuese a averiguarlo. Las ganas de llorar que le quedaban se disiparon.

—¿Te encuentras bien ahora? —preguntó Sonea.

Lilia asintió.

—Quédate aquí.

La espera fue una tortura para ella. Cuando Sonea regresó al fin, seguida por el Mago Negro Kallen y dos magos, tenía una expresión sombría.

—No fue testigo de la muerte de su padre —le informó Sonea—. Tampoco hay pruebas en su mente de que tú lo mataras, salvo por la forma en que murió y la sangre que tenías en las manos. Ambas cosas podrían ser casualidades.

Lilia exhaló un suspiro de consuelo. «No lo maté yo», se dijo.

—Hay muchas diferencias entre sus recuerdos de anoche y los tuyos —prosiguió Sonea—, pero nada que no pueda explicarse por un malentendido. —Sacudió la cabeza—. A pesar de lo que tú recuerdas haber sentido, ella no ha aprendido magia

negra.

Estas palabras provocaron en Lilia una sensación de alivio agri dulce. Al menos Naki no había cometido un crimen tan grave como ella, aunque había intentado aprender magia negra, por lo que Lilia dudaba que fuera a quedarse sin castigo.

«Ahora que sabe que no maté a su padre, tal vez podamos enfrentarnos juntas a esto.»

No obstante, cuando salió de la habitación escoltada por los magos, Naki estaba allí, mirándola con un odio tan intenso que truncó todas sus esperanzas.

12

DELIBERACIONES

El rumor del río subterráneo envolvió a Lorkin cuando salió del túnel. Tyvara estaba sentada en el banco, como antes, contemplando meditabunda la noria de la alcantarilla. Estuvo tentado de llamarla mentalmente, pero aunque esto no revelaría que iban a verse, las normas de los Traidores que prohibían la comunicación mental eran aún más estrictas que las del Gremio, pues no podían correr el riesgo de que otros magos captaran una conversación, por breve que fuera, y condujeran a los perseguidores a Refugio.

Así pues, esperó a que ella lo viera y le hiciera señas para que se acercara.

—Lorkin —dijo Tyvara cuando él se posó sobre el saliente—. Creía que no tendrías tiempo para visitarme durante una temporada. ¿No está la fiebre del frío en una segunda fase?

Lorkin asintió y se sentó junto a ella.

—Así es. Por eso estoy aquí. Pero antes de nada, ¿cómo estás?

Ella arqueó las cejas, divertida.

—Estos kyalianos, siempre tan formales. Estoy bien.

—¿Aburrida?

Ella se rió.

—Claro. Pero recibo visitas. Y... —Se quitó un anillo que llevaba en el dedo y lo sostuvo en alto por un momento antes de guardárselo en un bolsillo—. La gente me mantiene informada de lo que ocurre en la ciudad. A propósito, acaban de decirme que Kalia está furiosa por tu ausencia.

Él se encogió de hombros.

—No tengo tiempo para esperar a que las cosas estén más tranquilas.

Tyvara frunció el ceño.

—No estarás desatendiendo a mi pueblo por mí, ¿verdad?

—Sí y no. —Hizo una mueca. A pesar de los magos voluntarios que estaban echando una mano en la sala de asistencia, había mucho trabajo. Él no podría quedarse durante mucho rato. Era hora de ir al grano—. Vengo a pedirte consejo.

Tyvara lo miró con recelo.

—¿Ah, sí?

—Era inevitable que alguien se pusiera tan enfermo o resultara tan gravemente herido que solo pudiera sobrevivir si yo lo sanaba con magia —dijo él—. Yo siempre había tenido la intención de ayudar cuando llegara el momento, aunque sé que eso tendría consecuencias. Quiero saber cuáles crees que serán, y si puedo evitarlas o mitigarlas.

Ella lo contempló en silencio, con expresión seria, y luego asintió.

—Ya hemos hablado de esto —dijo y, por un cambio sutil en su tono de voz, Lorkin supo que no se refería a ellos dos, sino a la facción de los Traidores a la que pertenecía.

—¿Y bien?

—Savara pensaba que te negarías a sanar a esa persona. Zarala opinaba que lo harías, pero esperarías a que te lo pidieran.

—¿Debería esperar? ¿Tan despiadada es Kalia como para dejar morir a la chica?

—Podría serlo. —Tyvara arrugó el entrecejo—. Su excusa será que habías dejado claro que no estabas dispuesto a revelar el secreto de la sanación, y que, para respetar tu decisión, ella optó por no presionarte. La gente tendrá que decidir si fue peor que ella no te lo pidiera o que tú no te ofrecieras, y seguramente se inclinarán a su favor. No has utilizado tus poderes de sanación antes, y has dado a entender que te negarías a hacerlo si te lo pidieran.

—Entonces, no debería esperar. ¿Mi uso de la sanación mágica se interpretará como una ostentación de lo que me resisto a enseñar a los Traidores y de lo que mi padre nunca les enseñó?

—Tal vez. En menor medida si la utilizas únicamente en un caso de necesidad extrema, como último recurso para salvar la vida del paciente.

—¿Y en el caso de los que sufren dolores agudos?

—Ayudarlos a ellos también demostraría que tienes compasión.

—Los dolores de muelas pueden ser muy molestos, al igual que muchas dolencias cotidianas. ¿Hasta qué punto considerarán razonable que me niegue a usar la magia para sanar? En cuanto empiece a hacerlo, ¿me exigirán que la aplique a todas las enfermedades?

Ella frunció el ceño y de pronto sonrió.

—Podría valer la pena, si eso dejara a Kalia sin trabajo. —Se puso seria de nuevo y sacudió la cabeza—. Pero sería contraproducente. Kalia cuenta con demasiados apoyos. —Sus hombros se elevaron y bajaron con un suspiro que él no alcanzó a oír por encima del rumor de la corriente—. Habrá opiniones dispares sobre los casos en que será comprensible que te niegues a sanar con magia, y la opinión de una persona puede cambiar si resulta que es ella la que padece dolor de muelas. Creo que la mayoría estará de acuerdo en que hay situaciones en que tienes derecho a negarte, pero será interesante ver si permiten que seas tú quien lo decida.

Él asintió.

—¿Alguna cosa más?

—Asegúrate de obtener el permiso del paciente o de sus padres antes de nada —añadió ella.

—¿Debo pedírselo a Kalia también?

Ella crispó el rostro.

—Zarala estaba muy preocupada por esto. Si le pides permiso a Kalia, te prohibirá que utilices la magia para sanar a nadie e insistirá en que en vez de eso le enseñes a ella cómo hacerlo. Y, si el paciente muere, te echará la culpa de todos modos por haberte negado. Si no le pides permiso, no estarás mostrándole el respeto que le debes como subordinado suyo, lo que resulta especialmente grave en el caso de un hombre. Por otro lado, si le salvas la vida a alguien, la gente perdonará esta falta de respeto. Kalia tiene tantos detractores como seguidores. —Extendió las manos a los costados—. Puedes alegar en tu defensa que aquí nadie tiene que pedir permiso a Kalia para tratar a un Traidor enfermo o herido. Los pacientes acuden a la sala de asistencia por su propia voluntad.

Lorkin suspiró.

—No puedo evitar irritar a Kalia, pero mientras no irrite a muchas personas más, podré soportarlo.

—Además, estarás salvando vidas —agregó ella.

Él le sonrió.

—Los Traidores no tenéis que tomar una decisión tan difícil —dijo—. Guardar el secreto de la fabricación de las piedras no pone en peligro la vida de nadie.

—Te beneficias de las ventajas de las piedras aunque no las fabriques tú mismo —señaló ella—. ¿Por qué no habríamos de beneficiarnos nosotros de las ventajas de la sanación mágica?

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Bueno, dicho así parece de lo más justo y razonable.

—Lo sería, si no fuera porque solo un kyaliano se beneficia de las piedras, mientras que muchos, muchos Traidores podrían beneficiarse de tu magia sanadora.

Al mirarla a los ojos, Lorkin vio algo que lo animó. «Me comprende. Y me está haciendo saber que entiende, y quizá incluso aprueba, los motivos por los que estoy aquí.»

De repente le entraron unas ganas enormes de besarla, pero se aguantó. Después de todo, ella no había dado señal alguna de que aprobara el otro motivo por el que Lorkin estaba en Refugio: ella.

—Gracias —dijo, poniéndose de pie.

—Buena suerte —respondió ella.

A regañadientes, él dio media vuelta y se encaminó de regreso hacia el túnel. Aunque sabía que la decisión que ya había tomado iba a causarle muchos problemas, su conversación con Tyvara lo había convencido de que podía hacerlo sin que las consecuencias fueran peores de lo que tenían que ser.

La única decisión que le quedaba por tomar era cuándo.

Cuando Dannyl llegó a la Casa del Gremio después de estar en la residencia de Achatí, se encontró con Tayend y Merria, que disfrutaban de una copa y una charla de media noche en la sala maestra. Se quedó quieto, observándolos. Achatí estaba ultimando rápidamente los preparativos para el viaje a Dunea, por lo que Dannyl tendría que informar sobre ello a su ayudante y al embajador de Elyne antes de lo que esperaba.

«No tiene sentido posponerlo», se dijo. Se acercó a los taburetes y señaló la botella de vino con un movimiento de la cabeza.

—¿Queda un poco?

Tayend sonrió y le hizo una señal a un esclavo que estaba de pie contra la pared.

—Trae otra copa —ordenó antes de dar unas palmaditas en el taburete más grande, situado en medio de los demás y reservado para el señor de la casa—. Lo estábamos guardando para ti.

Dannyl soltó un resoplido suave y se sentó. Aunque era la persona de mayor rango en la Casa del Gremio, dudaba que Tayend hubiera evitado el asiento por esa razón.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó Dannyl.

Tayend agitó una mano como para restar importancia al asunto.

—Más visitas a gente importante, más comidas deliciosas, ese tipo de cosas.

—Disfrútalo mientras dure —le aconsejó Dannyl. Se volvió hacia Merria.

Ella se encogió de hombros.

—Yo fui a ver a mis nuevas amigas y les transmití el mensaje de la Maga Negra Sonea. ¿Y tú?

El esclavo regresó y le ofreció la copa de vino con la cabeza gacha y la mirada baja. Tayend cogió la botella y le llenó la copa. Dannyl tomó un sorbo y suspiró con satisfacción.

—El ashaki Achatí y yo hemos estado planeando un viaje a Dunea. Al parecer partiremos antes de lo previsto: dentro de una semana; tal vez dentro de pocos días.

Los ojos de Merria se desorbitaron por la sorpresa.

—¿Por tu investigación o por tus obligaciones como embajador? —preguntó Tayend con una mirada maliciosa.

—Más que nada por mi investigación —admitió Dannyl—, aunque tampoco me perjudicará desde un punto de vista político.

—Es por los libros del mercado, ¿a que sí? —dijo Tayend con un aire de suficiencia.

—Supongo que en cierto modo condujeron a que Achatí propusiera un viaje de investigación. —A Dannyl le complació ver que la expresión de suficiencia desaparecía.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Merria.

Dannyl la miró arqueando una ceja.

—¿«Nos»?

Ella puso cara larga.

—¿No me llevarás contigo?

Él negó con la cabeza.

—No puedo.

—Es una costumbre que tiene —murmuró Tayend—. Siempre deja tirada a la gente.

Dannyl le dirigió una mirada de reproche. El académico abrió mucho los ojos, aparentando inocencia.

—Seguro que necesitarás un ayudante para el viaje —insistió Merria—, al menos más que aquí.

—Necesito... El Gremio necesita que te quedes aquí —declaró Dannyl—, para que te ocupes de todo en el caso improbable de que surja algo. En la Casa del Gremio tiene que haber al menos un mago del Gremio en todo momento.

—Es cierto —convino Tayend por lo bajo—. Me echarían de aquí, pues se supone que tengo que buscarme una residencia propia.

—Pero... —El pánico empezaba a reflejarse en la voz de Merria—. Si surge alguna cuestión importante, no querrán tratar con una mujer.

—Tendrán que hacerlo, o esperar a que yo regrese. Si se trata de algo urgente... —Frunció los labios y reflexionó. Tendría que dejar allí el anillo de sangre de Osen para que Merria pudiera consultar al administrador si se presentaba un asunto importante. Esto le permitiría también comunicar mensajes al Gremio y a Sonea. «Ojalá pudiera fabricarme un anillo de sangre yo mismo, o tuviera el de otra persona... ¡Pero claro! Tengo el anillo de Sonea. Tal vez estaría de acuerdo en que yo lo dejara aquí para que Merria lo usara.» Decidió ponerse en contacto con ella al día siguiente.

—Si es urgente, te comunicarás con Osen o con Sonea mediante uno de sus anillos de sangre. Me llevaré uno conmigo y dejaré otro aquí. —Dannyl enderezó la espalda y le posó una mano en el hombro—. No te preocupes, Merria. Te has hecho un hueco en el mundo oculto de las mujeres sachakanas y has establecido lazos con los Traidores, todo ello en muy poco tiempo. No me cabe la menor duda de que si surge algún problema, cosa que me parece muy improbable, podrás solucionarlo.

—A mí tampoco me cabe la menor duda —añadió Tayend.

Aunque la sonrisa tensa de Merria parecía más bien un rictus, se la veía más tranquila y menos insegura, aunque desilusionada.

—¿Durante cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó.

—No lo sé exactamente —dijo Dannyl—. Unas semanas, tal vez más. Depende de los vientos estacionales o algo así, y de si los dúneos acceden a hablar con

nosotros o no.

Merria soltó un bufido leve.

—Ahora me lo estás refregando por la cara. Con lo que me gustaría visitar a las tribus...

—Tal vez volvamos allí algún día —aventuró él—, en cuanto averigüe si son tan restrictivos respecto a las mujeres como los sachakanos.

Los ojos de ella se iluminaron de inmediato.

—Los hombres del mercado fueron amables conmigo.

—Sí, pero no podemos dar por sentado que todos son así. Los mercaderes tienen buenas razones para relajar sus costumbres para ganarse a los clientes.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Y si recibimos un mensaje de Lorkin mientras estás fuera?

—Transmíteselo al destinatario por medio del anillo de sangre —le indicó él.

Ella asintió.

—Tal vez los Traidores podrían hacértelo llegar a ti.

—Dudo que tengan contactos entre las tribus —señaló él—. Además, tal vez sería prudente no depender demasiado de los Traidores. Por lo que sabemos, no son nuestros enemigos, pero tampoco son nuestros aliados.

El despacho del administrador estaba lleno de magos superiores. Como de costumbre, había más magos que sillas, por lo que a Sonea le hizo gracia fijarse en quiénes estaban sentados y quiénes de pie. Los líderes de las disciplinas eran tradicionalmente quienes más se hacían oír. Lady Vinara, lord Peakin y lord Garrel estaban sentados más cerca del escritorio de Osen que los demás. Aunque el Gran Lord Balkan era su superior, había optado por quedarse de pie contra una pared lateral, con los brazos cruzados.

Los directores de estudios, lord Rothen, lord Erayk y lord Telano, así como el rector Jerrik, estaban sentados también, pero en las sencillas sillas de comedor que normalmente estaban frente a la mesa pequeña que Osen tenía en el despacho. Sonea se preguntaba a menudo si Osen organizaba allí cenas para grupos reducidos y, en caso afirmativo, con qué frecuencia. A ella nunca la había invitado.

El sanador y el alquimista que se encontraban en la sala de invitados de Naki cuando Sonea había llegado también se hallaban presentes, de pie al fondo de la habitación. Uno de los consejeros del rey estaba sentado a un lado, y Sonea se preguntó, no por primera vez, si recibían entrenamiento para no llamar la atención y observarlo todo sin ser observados.

Como de costumbre, tanto el Mago Negro Kallen como ella estaban de pie. Kallen descollaba sobre los demás cuando Sonea llegó, pero aunque ella decidió que sería más fácil exponer sus conclusiones si todos podían verla, tenía que reconocer

que una parte pequeña y desafiante de su ser no quería parecer menos importante que él, que es lo que habría ocurrido si se hubiera sentado mientras Kallen se alzaba imponente por encima de todos.

La puerta se abrió y todos se volvieron hacia Narren, el director de aprendices, que entró en la habitación. Aunque era más joven de lo que había sido Ahrind, su predecesor, en la época en que Sonea era aprendiz, tenía un carácter igual de estricto y desprovisto de sentido del humor. Osen le dio la bienvenida, y él miró en torno a sí e inclinó la cabeza con cortesía. Cuando posó la mirada en Kallen y en ella, arrugó el entrecejo.

—¿Quién está custodiando a Lilia? —preguntó, alarmado.

Sonea miró a Kallen y vio en sus ojos un destello que reflejaba la diversión que ella sentía.

—Las fuerzas de Lilia no pueden superar sus límites naturales —le recordó Sonea a Narren—. Los dos magos que la vigilan no tendrán más dificultades para reducirla de las que tendríamos el Mago Negro Kallen y yo.

Narren parpadeó, y su cara se tiñó de un color rojo encendido.

—Ah, perdónenme. Lo había olvidado.

—¿O sea que Lilia no ha absorbido energía de nadie? —le preguntó Vinara a Sonea.

—No he detectado un nivel de energía superior a lo normal en su interior. Es posible que absorbiera energía y luego la utilizara, pero no recuerda haber hecho nada parecido, salvo...

Osen se aclaró la garganta y alzó las manos para hacerles callar.

—Lamento interrumpir, pero deberíamos empezar por el principio. —Dirigió la vista hacia el fondo de la habitación—. Lord Roah, lord Parrie, dígnanos por favor cuándo se enteraron del asesinato de lord Leiden.

El sanador y el alquimista dieron unos pasos al frente. Todos se volvieron hacia ellos, pero fue el alquimista quien tomó la palabra.

—Estaba hablando con lord Roah cuando recibimos un mensaje de lady Naki informándonos de que su padre había sido asesinado durante la noche. Fuimos directos a su casa, donde ella nos mostró el cuerpo de lord Leiden y nos dijo que Lilia debía de haberlo matado. Lord Roah examinó el cadáver y descubrió que le habían extraído toda la energía, mientras yo interrogaba a Naki sobre por qué creía que su compañera aprendiz era la responsable. —Hizo una pausa, con aspecto preocupado—. Confesó que había pasado la tarde con Lilia, estudiando un libro de magia negra. Ambas habían experimentado con las instrucciones, creyéndose a salvo de los peligros de esta clase de magia, pues les habían dicho que no podía aprenderse en los libros. Los intentos de Naki no tuvieron éxito, y Lilia aseguró que había fracasado también, pero puesto que lord Leiden había sido asesinado con magia negra, a Naki

no se le ocurría ningún otro culpable posible. —Fijó los ojos en Kallen—. El Mago Negro Kallen llegó y nos dirigimos a la sala de invitados. Lilia dormía, pero despertó en cuanto entramos. Se mostró sorprendida y horrorizada ante la noticia y las acusaciones de Naki.

—Pero al parecer tenía sangre seca en las manos —intervino el sanador. Miró a Sonea—. ¿Era sangre?

Sonea asintió.

—Sí. ¿Había mucha sangre en el cuerpo de lord Leiden y en torno a él?

—Un poco. Alguien le había limpiado la herida.

—Qué extraño —comentó lady Vinara—. ¿Por qué iba ella a limpiar el cadáver pero no sus propias manos?

—Tal vez no se percató de que las tenía manchadas debido a la agitación y la oscuridad —aventuró Garrel.

—Lilia no recuerda cómo llegó la sangre a sus manos —dijo Sonea. La atención de todos los presentes se centró en ella. Miró a lord Parrie, que asintió para indicar que había terminado—. Lilia todavía estaba en la cama cuando yo llegué —explicó—. Kallen se fue para buscar el libro mientras yo examinaba la sangre y le leía la mente a Lilia.

»Tenía un dolor de cabeza muy fuerte como resultado de una noche de craña y vino, y supongo que buena parte de su pérdida de memoria se debe a los efectos de estas sustancias. Recuerda que la iniciativa de leer el libro fue de Naki. Fueron a la biblioteca, donde Naki extrajo el libro del lugar donde estaba guardado, como ya había hecho otras veces. Naki lo abrió por la página relativa a la magia negra y apremió a Lilia para que lo leyera. A continuación, se turnaron para poner en práctica los pasos descritos en él. Primero Lilia, después Naki. —Sonea hizo una pausa y resistió el impulso de torcer el gesto—. Lilia recuerda con claridad haber alcanzado el estado mental necesario, e incluso haber absorbido un poco de energía de Naki. —Una suave inspiración colectiva se oyó por toda la habitación—. También recuerda que Naki absorbió energía de ella. A continuación, regresaron al dormitorio de invitados para beber vino y charlar, y en el transcurso de la conversación Naki expresó el deseo de que Lilia se desembarazara de su padre, que limitaba su acceso al vino, la craña y el dinero. Es el último recuerdo de Lilia anterior a su despertar por la mañana.

»No obstante, Naki recuerda los mismos acontecimientos, pero desde un punto de vista muy distinto. Recuerda que Lilia la persuadió para que fuera a buscar el libro y la animó a probar los conocimientos que contiene, y que Naki accedió porque quería impresionarla y dudaba que tuvieran éxito. Sin embargo, no entendió bien las instrucciones, y cuando busqué en ella un recuerdo de las sensaciones o la conciencia de haber utilizado magia negra, no encontré nada. Pero es verdad que Naki manifestó

el deseo de que Lilia quitara de en medio a su padre, algo de lo que ahora se arrepiente.

—¿Cómo pueden tener recuerdos tan distintos? —preguntó Peakin.

—Estaban suponiendo muchas cosas la una sobre la otra —respondió Sonea—. Malinterpretaron mutuamente sus motivos y deseos. Cada una creyó que la otra la presionaba para probar la magia negra y que si se negaba, la otra la consideraría débil y aburrida. —Sonea vaciló de nuevo en revelar el encaprichamiento de Lilia por Naki. De joven, cuando vivía en las barriadas, había aprendido que podían formarse vínculos de forma natural entre hombres y también entre mujeres. Aunque no le parecía más reprobable que una relación amorosa entre un hombre y una mujer, sabía que muchos no estaban de acuerdo, y era cierto que no todos los enamoramientos, con independencia del sexo de las personas implicadas, eran buenos para ellas. Aunque los sentimientos de Lilia no eran correspondidos, saltaba a la vista que Naki le había dado alas. Era algo que claramente formaba parte de sus aventuras imprudentes en busca de placer.

Lady Vinara suspiró.

—Ah, los jóvenes pueden ser tan necios...

«No lo sabes tú bien —pensó Sonea—. Pero ese es un asunto privado que no guarda relación con los crímenes cometidos. Sería cruel sacarlo a la luz.»

—Les dijimos que no podían aprender magia negra en los libros —les recordó el rector Jerrik—, aunque también les prohibimos que leyeran sobre ello. A ciertas personas nada les atrae más que lo prohibido. Y al decirles que no podían aprender magia negra leyendo sobre ella, les dimos a entender que podían quebrantar esta norma sin correr peligro.

—Nos equivocamos —admitió Osen—, lo que hace aún más difícil tomar una decisión respecto a Naki y Lilia.

Sonea vio que muchos de los presentes asentían en señal de conformidad.

—No creo que nadie nos acuse de negligentes si elegimos un castigo más suave que el que dictan los criterios antiguos —dijo Vinara.

En esta ocasión todos movieron la cabeza afirmativamente. «Hoy en día, ejecutar a dos aprendices por tontear con algo que les aseguramos que no entrañaba riesgos podría provocar la indignación general —reflexionó Sonea—. Cómo han cambiado las actitudes respecto a la magia negra.»

—Naki no ha aprendido magia negra —dijo Peakin—. No puede ser culpable de la muerte de su padre. Habría que imponerle un castigo menos severo.

Hubo más asentimientos. Sonea sintió una punzada de incomodidad. A su juicio, las dos chicas eran igual de culpables. No había pruebas de que Lilia hubiera asesinado a lord Leiden. El único delito demostrable de ambas era su intento de aprender magia negra. Que Lilia lo hubiera conseguido era un resultado

desafortunado, pero no deliberado por su parte.

¿Los prejuicios estaban influyendo en la actitud de los magos? Naki era de clase alta; Lilia procedía de una familia de sirvientes. Naki era bonita y popular; Lilia era reservada y tenía pocos amigos.

—El castigo debe ser lo suficientemente duro para disuadir a otros aprendices de intentar aprender magia negra —agregó Vinara.

—Propongo que aplacemos la graduación de Naki —dijo el rector Jerrik—. Ha perdido a su padre. Eso ya resulta bastante doloroso. Además, tiene que enfrentarse a la responsabilidad repentina que trae consigo el ser la única heredera de la fortuna familiar. Seguramente se rezagará en sus estudios de todos modos.

—Debería disculparse en público —añadió Garrel—. Y debemos readmitirla en la universidad con la condición de que no cometa otro delito.

—¿Durante cuánto tiempo aplazaríamos su graduación? —inquirió Osen.

—¿Un año? —sugirió Jerrik.

—Tres —dijo Vinara en un tono tajante—. El castigo debe servirle de escarmiento, no convertirse en unas vacaciones.

—¿Alguna objeción o propuesta? —preguntó Osen. Al comprobar que todos permanecían callados, asintió—. ¿Y qué hacemos con el castigo de Lilia?

—Depende de si mató o no a lord Leiden —señaló Peakin—. ¿De qué pruebas disponemos?

—De ninguna —dijo Kallen—. No hay testigos. Los criados no vieron ni oyeron nada. Solo contamos con la conclusión de Naki de que Lilia había aprendido magia negra y es la única culpable posible, pues nadie más en aquella casa tenía dicho conocimiento.

—Dicho así, parece obvio que fue Lilia —dijo Vinara. Miró a Sonea y la comisura de sus labios se torció hacia arriba—. Salvo porque ella no recuerda nada al respecto. ¿Responde al perfil de asesina?

Sonea meneó la cabeza.

—No. Está más bien horrorizada y teme haberlo hecho mientras dormía, o bajo los efectos de la craña.

—¿Es posible que cometiera el crimen en un estado inducido por las drogas y no lo recuerde? —preguntó Peakin—. Al fin y al cabo, Naki le había sugerido la idea.

Sonea se estremeció.

—He aprendido a no sorprenderme por los numerosos efectos perjudiciales de la craña, pero nunca he oído que haya ocurrido cosa semejante. Y aunque haya sucedido algo tan extraordinario, todo indica que Lilia no asesinó a lord Leiden de forma consciente ni deliberada. Solo podría considerarse un accidente.

Todos se sumieron en un silencio breve y reflexivo. El Gran Lord Balkan se acercó al frente.

—Hay una cosa que sabemos con certeza: Lilia ha aprendido magia negra. El rey y el pueblo nos exigirán que garanticemos que no representa un peligro para nadie si continúa con vida.

—Tenemos que bloquear sus poderes —aseveró Vinara.

—¿Eso es factible? —preguntó Peakin, llevando la vista de Kallen a Sonea.

—Nadie ha intentado nunca bloquear los poderes de un mago negro —dijo ella—. No sabremos si es posible hasta que lo intentemos.

—Si lo conseguimos, ¿qué haremos con ella después? —quiso saber Garrel—. Ya no será una maga y por tanto ya no pertenecerá al Gremio, pero no podemos echarla a la calle.

—Tendrá que estar bajo vigilancia constante —afirmó Peakin—. ¿Quién se encargará de ello?

Hubo intercambios de miradas. Las expresiones se tornaron sombrías. Sonea sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda.

—Seguro que existe una opción mejor que encerrarla en la atalaya —dijo en voz alta casi sin darse cuenta.

—No creo que tengamos alternativa —dijo Vinara.

Los demás asintieron.

—Mientras no se descubra la causa de la muerte de lord Leiden, no sabremos si es de fiar o no —añadió Garrel—. Si mató a alguien estando dormida... Bueno, no queremos que eso vuelva a ocurrir.

—Hacía años que el Gremio no mantenía preso a nadie —murmuró lord Telano—, y de pronto tiene dos.

Sonea contuvo un estremecimiento. Los últimos presos habían sido Akkarin y ella, aunque no habían estado retenidos por mucho tiempo.

—Asegurémonos de que esté lo más cómoda y mejor cuidada posible —dijo Osen—. Me parece correcto que su castigo sea menos riguroso que el de Lorandra, que sabemos que ha infringido la ley y matado a otras personas. ¿Estamos de acuerdo?

Se oyó un murmullo de aprobación. Osen miró a Sonea.

—La noto preocupada, Maga Negra Sonea.

Ella asintió.

—Estoy de acuerdo en que un castigo más duro es necesario, pero... Lilia no es mala persona, y es muy joven. Sería una lástima encerrarla de por vida. Tal vez podríamos reconsiderar su caso dentro de unos años si ella demuestra un buen comportamiento.

Él frunció los labios mientras reflexionaba.

—¿Cuántos años?

—¿Diez? —sugirió alguien.

Sonea crispó el rostro mientras los demás hacían gestos de conformidad, pero asintió cuando Osen puso la vista en ella. Dudaba que pudiera convencerlos de que aceptaran un período más corto.

—Entonces, ¿quién bloqueará sus poderes? —preguntó él, pasando la mirada de ella a Kallen.

—Lo haré yo —respondió ella—. Si no tiene inconveniente, me gustaría echar otro vistazo a sus recuerdos.

Él sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

—Ningún inconveniente. Cualquier descubrimiento que ayude a aclarar lo ocurrido anoche será bien recibido. —Se dirigió a los otros magos—. Y ahora tenemos que analizar el asesinato de lord Leiden. Sabemos dónde se encontraban Sonea y Kallen en aquel momento. Si Lilia no lo mató, ¿quién lo hizo?

DESICIONES DIFÍCILES

Un chirrido arrancó a Lilia de sus pensamientos. Al volverse, vio que la puerta de la Cúpula se deslizaba hacia atrás. Cuando se desplazó hacia un lado, dejó al descubierto un círculo de luz fría contra la que se recortaba la silueta de un mago. Este le hizo señas de que se acercara, así que Lilia se puso de pie y, obedientemente, se dirigió hacia la puerta y salió.

Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, advirtió que atardecía. «He pasado ahí dentro menos de un día —pensó—. Tenía la sensación de que había sido más tiempo, tal vez un día y medio. Claro que, de ser así, tendría hambre. —Las tripas le hicieron ruido—. Bueno, más de la que tengo.»

—Es la hora, Lilia.

En cuanto se percató de que el mago era la Maga Negra Sonea, ejecutó una reverencia apresurada. Sonea la contempló con expresión comprensiva. Otros dos magos aguardaban a poca distancia. Lilia rehuyó su mirada y acomodó su paso al de Sonea cuando esta echó a andar hacia la universidad.

—Ojalá pudiéramos evitar esta Vista —comentó Sonea—. Pero me temo que es inevitable. Naki y tú tenéis que comparecer ante el Gremio para ser juzgadas.

Lilia asintió.

—Entiendo.

—No debéis hablar entre vosotras —agregó Sonea en voz baja—. No digas nada a menos que te lo ordenen o te hagan una pregunta.

Lilia asintió de nuevo. Alcanzaba a ver con el rabillo del ojo que Sonea la observaba con detenimiento y cayó en la cuenta de que esperaba una señal más clara de que la había oído y entendido, de que no estaba respondiendo de forma automática.

—Sí —consiguió articular Lilia, con la voz ronca por haber llorado y por falta de uso—. No debo hablar con... a menos que me lo ordenen. —No fue capaz de pronunciar el nombre de Naki, pero Sonea apartó la vista, aparentemente satisfecha.

Avanzaron a lo largo de la universidad hasta la entrada principal. El aturdimiento que se había adueñado de Lilia desde que había llegado al Gremio y la habían encerrado en la Cúpula empezó a disiparse mientras subían la escalera, cediendo el paso a un pavor creciente. Tendría que permanecer de pie frente a todos los magos del Gremio, soportando que la miraran y la juzgaran. Todos se preguntarían si era una asesina. Todos sabrían que había aprendido magia negra. Tanto si pensaban que lo había hecho por insensatez como por maldad, la despreciarían.

Se imaginó la decepción de su familia y se apresuró a ahuyentar este pensamiento

de su mente. Más valía abordar las confrontaciones vergonzosas y humillantes de una en una.

Atravesaron a paso veloz el espectacular vestíbulo de la universidad y enfilaron el pasillo que conducía al Gran Salón. Ella respiró aliviada al ver que el espacio que rodeaba el edificio antiguo en el interior de la gigantesca sala estaba vacío. Había temido que algunos aprendices se hubieran colado allí para intentar ver algo.

Las puertas del Salón Gremial se abrieron, y a Lilia se le heló la sangre.

Entre las gradas situadas a cada lado de la sala había numerosos asientos, todos ellos ocupados por aprendices de túnica marrón que se habían girado para verla entrar en el edificio.

Clavó los ojos en el suelo. Los latidos de su corazón le retumbaban en los oídos mientras ella obligaba a sus piernas temblorosas a avanzar por el pasillo. Si alguno de los aprendices susurró algo —o lo dijo en voz alta—, ella no lo oyó. La sangre le corría a toda velocidad por las venas de los oídos, ahogando todos los otros sonidos. Se concentró en respirar y en apoyar un pie trémulo frente al otro.

Cuando llegaron al Frente del salón, torcieron a la derecha, donde Sonea se detuvo y posó una mano con delicadeza sobre el hombro de Lilia.

—Quédate aquí —musitó antes de dar varios pasos decididos hacia delante y subir la escalera empinada hacia su asiento entre los magos superiores.

Al seguirla con la vista, Lilia se percató de que algunos de los magos superiores tenían el entrecejo fruncido. Uno de ellos dijo algo, pero Sonea agitó la mano en un gesto despreocupado y tranquilizador.

La mirada de Lilia se encontró con la de un mago superior que había clavado los ojos en ella, y la chica bajó la vista al suelo de inmediato.

—Han escuchado las declaraciones de los pocos testigos de estos sucesos —atronó una voz masculina. Lilia alzó la vista y advirtió que el administrador de túnica azul estaba de pie en la parte central del Frente. Había estado mirando el suelo tan fijamente que no había reparado en su presencia—. Han oído lo que la Maga Negra Sonea descubrió en la mente de las dos jóvenes que tenemos delante. Ahora escucharemos lo que ellas tengan que decirnos. Lady Naki.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lilia y, al seguir la dirección de la mirada de Osen, vio que Naki estaba de pie a solo unos diez pasos largos de donde se encontraba ella, en el lado izquierdo del salón. Empezó a animarse al contemplar aquel rostro conocido y bello, pero la sensación se desvaneció, y ocupó su lugar un dolor que le oprimió la garganta a Lilia hasta que casi no podía respirar.

—Sí, administrador Osen —contestó Naki con cierta frialdad. Estaba erguida, con la espalda recta y la frente en alto. Tenía unos círculos oscuros bajo sus ojos enrojecidos. «Parece fuerte, pero también como si fuera a desmoronarse en cualquier momento —pensó Lilia—. ¿Qué aspecto debo de tener yo, encorvada e incapaz de

mirar a nadie a la cara? Seguro que parezco tan culpable como ella cree que soy.»

Naki relató su versión de los hechos. Con cada palabra, Lilia sentía un poco más de frío, y llegó un momento en que estaba helada hasta los huesos. «¡Pero si era ella quien quería leer el libro y probar la magia negra! ¡La idea fue suya!» Mientras Naki describía cómo había encontrado el cuerpo de su padre, se volvió hacia Lilia y la fulminó con la mirada.

—Ella lo mató. ¿Quién más pudo haberlo hecho? Debió de aprenderlo en el libro. Tal vez ya lo sabía antes. —Las facciones de Naki se contrajeron, y se llevó las manos al rostro—. ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

A Lilia se le encogió el corazón al oírla.

—Yo no lo hice, Naki. Yo... —comenzó a decir, pero Osen la miró con cara de pocos amigos y ella se mordió la lengua.

Al cabo de unos instantes, cuando Naki recuperó la compostura, los magos superiores la interrogaron, pero a Lilia le dio la impresión de que no esperaban averiguar nada más de lo que ya les habían contado. Osen se volvió hacia Lilia, que respiró hondo y esperó que no le fallara la voz.

—Lady Lilia —comenzó él—. Díganos qué ocurrió la noche que se quedó en casa de lady Naki.

Ella intentó explicarlo, pero cada vez que describía algo que no casaba con la historia de Naki, esta emitía un gruñido de indignación o de protesta, por lo que no pudo evitar hablar atropelladamente. Cuando ya había dejado atrás el tema del libro, cayó en la cuenta de que habría debido mencionar que Naki se lo había enseñado antes, pero para entonces le pareció que no valía la pena volver atrás para agregar este detalle. En el momento en que Osen le preguntó por qué tenía las manos manchadas de sangre, ella recordó de pronto que había percibido cómo Naki tomaba el control, pero cuando trató de decírselo, el administrador lo interpretó como un intento de desviar la atención de las preguntas sobre la sangre. Al final, acabó por hacerle preguntas más directas.

—¿Intentó usted aprender magia negra?

—Sí —respondió ella, notando que se le encendía el rostro.

—¿Lo consiguió?

—Sí —se obligó a contestar—. Al menos eso dice la Maga Negra Sonea.

—¿Mató a lord Leiden?

—No.

Después de asentir, él miró a los magos superiores, y Lilia se preparó para su interrogatorio. Le hicieron bastantes más preguntas que a Naki. Cuando aquel tormento finalizó, y Osen apartó por fin su atención de ella y la dirigió al resto de la sala, un gran alivio la invadió.

—No hay pruebas suficientes para acusar a nadie del asesinato de lord Leiden —

declaró él—, aunque las investigaciones distan mucho de haber concluido. No obstante, dos delitos han sido confesados: el intento de aprender magia negra, y el aprendizaje de la misma, respectivamente. Los magos superiores han decidido el castigo apropiado para estos delitos, teniendo en cuenta la edad de las acusadas y la intención que motivó sus actos. —Hizo una pausa—. La pena para lady Naki, que reconoce haber intentado aprender magia negra pero no lo consiguió, será la expulsión de la universidad y el bloqueo de sus poderes durante tres años, período al término del cual su conducta será evaluada y, en caso de considerarse satisfactoria, se le concederá el reingreso.

Esto suscitó un suspiro leve entre magos y aprendices, seguido por un rumor bajo de discusión que cesó cuando Osen continuó hablando.

—La pena para lady Lilia, que reconoce haber intentado y conseguido aprender magia negra, será la expulsión del Gremio. Sus poderes serán bloqueados, y ella deberá permanecer confinada en un lugar con condiciones de seguridad adecuadas. Revisaremos su condena dentro de diez años.

Esta vez no hubo suspiro alguno por parte de los magos y aprendices presentes. En cambio, el rumor se reanudó de inmediato y aumentó de volumen. Osen frunció el ceño al percatarse del tono de descontento general. A Lilia se le cayó el alma a los pies.

«No les parece una sentencia lo bastante dura. Creen que deberían ejecutarme. Quieren...»

—¡Eso es favoritismo! —dijo alguien en voz muy alta detrás de ella.

—¡Naki la obligó a hacerlo! —exclamó otra persona.

—¡No! Los plebis siempre habéis sido una mala influencia —replicó alguien.

—Por favor, escolten a lady Naki y lady Lilia fuera del Salón Gremial —dijo Osen, haciéndose oír por encima de la discusión con su voz amplificadas por arte de magia.

El ambiente en la sala se aplacó un poco, y los dos magos que habían acompañado a Lilia y Sonea antes dieron unos pasos al frente e hicieron un gesto para indicarle que se dirigiera a una puerta lateral cercana.

—¡Estamos contigo, Lilia! —gritó alguien.

Esto le levantó la moral ligeramente, pero entonces alguien bramó «¡asesina!» y el mundo se le vino encima de nuevo. «Van a encerrarme. Durante diez años. Más, porque, por muy bien que me porte, no dejaré de saber magia negra, lo que significa que continuaré siendo una criminal. Oh, ojalá pudieran bloquearme la memoria además de mis poderes. ¿Por qué dejé que Naki me convenciera de intentar aprender magia negra?»

Porque amaba a Naki. Porque ninguna de las dos había creído que su intento tendría éxito. Pero lo había tenido, lo que explicaba por qué estaba prohibido leer

acerca de la magia negra. Por eso el Gremio no había querido reconocer que era posible, porque de lo contrario alguien con malas intenciones podía conseguir un libro e intentarlo. «Tendría que haberlo pensado antes. —Entonces comprendió lo que Naki y ella habían hecho—. Ahora todo el mundo sabe que es posible aprender magia en los libros. Hemos desvelado un secreto que debería haber permanecido oculto. Y, al igual que la magia negra, es un secreto que no puede ser olvidado.»

Había sido una jornada larga para Lorkin, no solo porque Kalia había desahogado su rabia en él por haberse escabullido de la sala de asistencia, sino porque había observado cómo empeoraba el estado de salud de la niña enferma, sin dejar de preguntarse cómo iba a sanarla sin que Kalia lo descubriera e intentara detenerlo.

Sin embargo, su dilema se había resuelto de un modo sorprendente. A última hora de la tarde, los padres de la niña habían decidido que no querían que su hija muriera en un sitio tan público y con frecuencia ruidoso como la sala de asistencia, sino en casa, con su familia. Kalia había intentado disuadirlos, pero ellos no dieron su brazo a torcer.

Esto había puesto nerviosa a Kalia, que había pasado el resto del día abstraída en sus pensamientos. «Sin duda está discurriendo cómo sacar provecho de la situación sin quedar mal frente a los demás.»

Había otros dos pacientes a quienes la fiebre del frío había atacado de forma especialmente agresiva: una anciana y un adolescente que ya padecía otros problemas de salud. Kalia no salió de la sala para visitar a la niña, tal vez porque no se lo habían pedido, o quizá porque temía que durante su ausencia Lorkin sanara por medio de la magia a los otros pacientes graves. Obligó a Lorkin a trabajar hasta altas horas de la noche y lo dejó marchar al fin cuando una maga de alto rango se presentó con su esposo enfermo y declaró que no le parecía acertado que Kalia se agotara trabajando hasta tarde habiendo magos que se habían ofrecido voluntarios para velar a los pacientes.

Cuando Lorkin se dirigía hacia la puerta, Kalia lo llamó. Él se volvió.

—Puedes irte —dijo ella—. No visites a Velyla sin mí.

Él asintió en señal de que había comprendido. Mientras caminaba hacia la habitación de la niña enferma, se preguntó qué precio tendría que pagar por su desobediencia.

No llegó a su destino.

Una mujer salió de un cuarto lateral y le hizo señas. Él la reconoció como una de las seguidoras de Savara, pero aun así vaciló antes de seguirla al interior de la habitación. Cuando vio a las cuatro personas que estaban allí, sus dudas se disiparon.

La habitación era un almacén de alimentos grande y medio vacío. Velyla yacía inconsciente en una cama improvisada. Sus padres estaban inclinados sobre ella. A su

lado se encontraba Savara.

—Lorkin. —La mujer sonrió—. Empezaba a creer que ella nunca te dejaría marchar —comentó.

Él hizo una mueca.

—Creo que estaba esperando... —Se interrumpió y miró a los padres. «Esperando que la niña muriera antes de que yo tuviera la oportunidad de sanarla. No puedo decir eso delante de ellos.» Se acercó a la cama improvisada y alzó la vista hacia la pareja—. Intentaré sanarla con magia, pero no les prometo que pueda salvarla. La sanación mágica no siempre da resultado, aunque hasta donde yo sé tampoco ha hecho daño a nadie. Solo lo intentaré si me dan ustedes su consentimiento.

—Sí —dijo el padre, y su esposa asintió.

—Y yo me ofrezco como testigo —añadió Savara con voz suave.

Lorkin la miró. Tyvara debía de haberle hablado de sus planes. Quizá Savara había convencido a los padres de que sacaran a su hija de la sala de asistencia para que Kalia no pudiera impedir su sanación o intervenir en ella. Tal vez había adivinado que Kalia prohibiría a Lorkin visitar a Velyla solo, y se había ocupado de que llevaran a la niña allí.

Savara sonrió, con un brillo tanto de suficiencia como de aprobación en los ojos.

Lorkin se volvió de nuevo hacia la niña, le posó una mano en la frente y proyectó sus sentidos al interior de su organismo. Lo que vio le provocó un escalofrío. La enfermedad estaba por todas partes, corroyéndolo todo. Sus pulmones estaban infestados de ella, y el corazón latía con debilidad.

Para empezar, le envió energía corporal. A menudo bastaba con eso; el organismo la utilizaba automáticamente para sanar. La enfermedad que había invadido los sistemas de Velyla era demasiado virulenta para sus defensas. Él sabía que, si hubiera examinado el interior de los Traidores a quienes la fiebre del frío no había dejado tan maltrechos, habría visto cómo su organismo contraatacaba. Pero el cuerpo de Velyla estaba perdiendo aquel combate.

Tal vez sus defensas eran tan lentas y débiles que bastaba una buena inyección de energía que durara lo suficiente para ganar la batalla. O tal vez nunca la ganaría, por mucho tiempo adicional que él le proporcionara. «Si fracaso, Kalia me acusará de prolongar su agonía. Pero tengo que intentarlo.»

A continuación expulsó el líquido de los pulmones —algo que no resultaba agradable para nadie pero permitiría a la niña respirar bien durante un tiempo— y sanó todos los daños que pudo. Este último paso consumió buena parte de sus fuerzas, pero él no gastaba mucha energía trabajando en la sala de asistencia, por lo que sin duda se recuperaría si dormía la noche entera.

—No dejen de administrarle los remedios de Kalia —aconsejó a los padres—. La

ayudarán a mantener los pulmones limpios y le aliviarán el dolor de garganta. —Al bajar la mirada, vio que a la niña le temblaban ligeramente los párpados, y se apresuró a añadir—: He hecho todo lo que puede hacerse con magia, que es dar a su cuerpo otra oportunidad para vencer a la fiebre del frío. Si su estado empeora, puedo volver a hacerlo, pero si su organismo no lucha contra la enfermedad... —Dejó la frase en el aire y sacudió la cabeza.

Los padres asintieron con expresión lúgubre.

—Gracias —dijo el padre.

«Qué curioso que sea él quien hable, cuando en teoría la mujer es la cabeza de familia», pensó Lorkin.

Notó que alguien le ponía una mano en el hombro y al volverse vio a Savara de pie junto a él.

—Más vale que descanses un poco. Me da la impresión de que lo que has hecho requiere más magia de lo que parece.

Lorkin se encogió de hombros aunque ella tenía razón. Miró a la mujer que lo había llevado a la habitación y que ahora entreabrió la puerta para echar un vistazo al pasillo, se volvió hacia él y asintió.

—Sal tú primero —murmuró Savara—. Nosotros nos marcharemos por separado para despertar menos sospechas si alguien nos ve.

Tras salir con sigilo al pasillo, él echó a andar hacia el dormitorio masculino. Al parecer, Savara quería guardar en secreto la sanación de la niña. Si Velyla se curaba, ¿sospecharía alguien de él? Por otro lado, la chica seguía enferma, y no había peligro de que echara a correr alegremente por ahí al día siguiente, sorprendiendo a todos. Tardaría unos días en recobrar algo de energía, si es que la recobraba. La mayoría de la gente no se extrañaría, pero ¿y Kalia, que sabía cuán enferma había estado?

«Supongo que pronto lo sabré.»

Mientras los esclavos de Achatí retiraban los restos de la cena, Danyll se dispuso a tomar otro sorbo de vino, pero cambió de idea. Era una cosecha especialmente fuerte, y la comida estaba más condimentada que de costumbre. La cabeza le daba vueltas de un modo casi desagradable.

Emborracharse nunca era aconsejable para un mago. Todos mantenían un nivel constante de control sobre sus poderes, y podían perderlo ligeramente bajo los efectos del alcohol. Por lo general las consecuencias eran más embarazosas que peligrosas, pero a lo largo de los años más de un mago había reducido su casa a cenizas sin querer después de beber más de la cuenta.

Algunas drogas —mejor conocidas como venenos— arrebataban a quienes las consumieran todo el control, y el resultado podía ser espectacularmente letal. Lorkin había leído relatos de incidentes de la historia kyaliana antigua, sobre todo de la

época anterior al descubrimiento de la sanación mágica. Por fortuna, dichas drogas tenían unos efectos secundarios que alertaban a las víctimas del peligro y les daba tiempo para expulsar el veneno de su cuerpo, siempre y cuando supieran cómo.

Dannyl miró a Achatí, que lo observaba con aire pensativo. De inmediato notó un cosquilleo de nerviosismo, pero también que el pulso se le aceleraba ligeramente. Recordó el día que Achatí había revelado su interés en que fueran algo más que colegas magos y diplomáticos. Más que amigos.

Dannyl se había sentido halagado, pero también aprensivo. Al percibir su vacilación, Achatí le había sugerido que pensara en ello durante un tiempo.

«¿Durante cuánto tiempo?»

Dannyl tenía que admitir que había estado pensando en ello. Achatí le gustaba mucho. Su atractivo era muy distinto del de Tayend. Achatí era una persona inteligente y de conversación interesante. No es que Tayend no lo fuera, pero también tendía a comportarse de un modo frívolo, irreflexivo y a veces desconsiderado. Achatí nunca se comportaba así.

Pero Dannyl se debatía en la duda y tenía una idea aproximada de cuál era la causa. Achatí era un hombre poderoso, tanto desde el punto de vista mágico como político. Esto atraía a Dannyl, hasta que se acordaba de que Achatí era un sachakano y además un mago negro, lo que le traía inevitablemente recuerdos de la Invasión ichani y de lo cerca que había estado Kyrália de ser conquistada por unos simples desterrados de aquella sociedad tan poderosa.

«Él no es un ichani —se dijo Dannyl—. Sachaka no está llena de magos negros ambiciosos y sedientos de sangre, ansiosos por invadirnos. Achatí es lo contrario de un ichani; un sachakano civilizado y comprometido con la paz entre nuestros países.

»Aun así, no conviene mezclar la política con el placer... A menos que la política sea lo que te da placer.»

Si los enredos amorosos y los idilios trágicos de los cortesanos de las Tierras Aliadas eran indicativos de algo, las cosas podían complicarse y, a la larga, ponerse muy feas para al menos uno de los dos. Pero aquello no era como una de esas relaciones interraciales que terminaban en bodas secretas o en escándalos. No era algo que pudiera poner en entredicho su lealtad hacia Kyrália. Dudaba mucho que Achatí tuviera expectativas poco razonables o fuera capaz de hacer promesas poco realistas...

—¿En qué piensas? —preguntó Achatí.

Dannyl se volvió hacia su acompañante y se encogió de hombros.

—En nada.

El sachakano sonrió.

—Es una costumbre kyrálica extraña, la de asegurar que tenéis la mente vacía de pensamientos cuando no queréis hablar de ellos.

—O cuando tenemos pensamientos demasiado embrollados e inconexos, probablemente por culpa del vino, y no somos capaces de explicarlos, sin duda también por el vino —agregó Dannyl.

Achati soltó una risita.

—Sí, entiendo que eso pueda pasar. —Miró a Dannyl y arrugó el entrecejo—. Tengo que decirte algo, y no estoy seguro de si te disgustará o no.

Dannyl sintió una pequeña punzada de desilusión. Estaba casi decidido a aceptar la proposición de Achati, pero ahora que él se había puesto más serio, volvían a asaltarle las dudas.

«¿Cómo afectaría a nuestra posición en la sociedad sachakana esta relación, si saliera a la luz? —Entonces recordó que estaban a punto de marcharse de Arvice—. Ojos que no ven, corazón que no siente. Este viaje podría brindarnos la oportunidad perfecta para...»

—He accedido a permitir que nos acompañe otra persona en nuestro viaje de investigación —anunció Achati—. Ha sido muy persuasivo, y su razonamiento es impecable. Yo ya le había prometido que si las cosas se ponían muy movidas aquí, lo ayudaría a escapar de la atención de los ashakis.

A Dannyl se le cayó el alma a los pies. Su decepción por las palabras de Achati dio paso a una sospecha creciente.

—¿Quién?

Achati sonrió.

—He dado mi consentimiento al embajador Tayend para que venga con nosotros.

Dannyl apartó la vista para disimular su consternación.

—Ah —fue lo único que se atrevió a decir.

—Estás disgustado. —Achati parecía preocupado—. Creía que os estabais llevando bien.

Dannyl hizo un esfuerzo por encogerse de hombros.

—Así es. —«Supongo que no puedo pedirle a Achati que prescinda de Tayend sin dar lugar a toda clase de humillaciones e insultos»—. Pero hay un posible inconveniente. Me temo que ha omitido contarte algo muy importante.

Achati frunció el ceño.

—¿El qué?

Dannyl rió sinceramente al recordarlo.

—Tayend sufre unos mareos terribles, insoportables, casi mortales.

14

PLANES

Lilia miró en torno a sí, no muy segura de si estaba despierta o todavía soñaba. Permaneció inmóvil durante un rato, hasta que llegó a la conclusión de que debía de estar despierta, pues en la habitación no se percibía una sensación de amenaza inminente, como en sus sueños.

Nada se movió, nada cambió, nada hizo ruido ni habló. «Ah. Estaba equivocada. Sí que hay una amenaza aquí, pero es más sutil y siniestra. Se trata de la ausencia absoluta de acontecimientos. De la amenaza de un futuro de horas interminables e inalterables que transcurren una tras otra.»

Era la amenaza del aburrimiento y de años malgastados; de no ser amada jamás, ni amar a nadie; de ser olvidada.

Pero la situación podría ser peor. Al pasear la mirada por la habitación, se fijó en los muebles y cortinajes confortables y de buena factura. No había muchas cárceles con ese aspecto. Tal vez aquella fuera la única. La cena del día anterior estaba tan buena, o mejor, que la comida que solían servirle en el refectorio de la universidad. Los celadores eran amables y parecían compadecerla más que otra cosa. Quizá les recordaba a sus hijas.

«Aunque seguro que sus hijas nunca se han metido en un lío tan grande como yo.»

Crispó el rostro al recordar el breve encuentro que había mantenido con sus padres, que habían ido a verla al Gremio antes de que se la llevaran a la atalaya. Estaba tan aturdida que apenas había pronunciado palabra. Recordaba haber dicho «lo siento» muchas veces. Su madre se había limitado a preguntar «¿por qué?», y ella no había sido capaz de responder. ¿Cómo iba a decirle a su madre que amaba a otra chica?

Había habido lágrimas. El recuerdo le resultaba más doloroso ahora que el encuentro en sí. Se levantó y se vistió, solo para tener otra cosa en que pensar, con el aliento condensado en el aire gélido. Alguien había decidido que debía vestirse con los pantalones y el jubón sencillos que llevaban la mayoría de los criados, aunque confeccionados con una tela de mejor calidad. El atuendo incluía también una nagua. Una túnica habría sido demasiado fina y ligera para protegerla del frío, aunque le hubieran permitido ponérsela. Tiritando, lamentó en lo más profundo de su ser la pérdida de sus poderes mágicos.

Había un brasero instalado en la habitación, con un tubo de salida que expulsaba el humo a través de la pared del edificio. Al lado se alzaba una pila de leña y astillas. Ella supuso que, como la atalaya había sido construida para que la utilizaran los

magos, no se habían incluido chimeneas ni fogones. Cuando la Guardia se había hecho cargo del edificio sin duda había concluido que los braseros eran el medio no mágico más práctico para caldear las habitaciones.

Le habían proporcionado varillas de chispas, así que puso manos a la obra para encender el brasero. No intentó utilizar sus poderes, pues estaba convencida de que el bloqueo que la Maga Negra Sonea había impuesto sobre su mente era impenetrable, y de que luchar contra él resultaría molesto. Apenas recordaba el momento en que se lo había practicado. Tenía la mente adormecida por la impresión.

«Sonea me hizo algunas preguntas —rememoró—. Mis respuestas no le fueron muy útiles, pero al menos ella intentaba ayudar. O al menos averiguar quién mató al padre de Naki.»

¿Renunciaría el Gremio a seguir intentándolo, ahora que ella estaba recluida? Esperaba que no. Aunque Naki no apreciaba a su padrastro, su muerte la había afectado visiblemente. Merecía saber qué había ocurrido en realidad.

«Sobre todo porque podría estar en peligro. Quien mató a su padre podría ir a por ella.»

El corazón empezó a latirle más deprisa, pero ella respiró hondo varias veces y se dijo que Naki sabía cuidarse sola. En el fondo, no estaba tan segura. Naki se distraía muy fácilmente con el último capricho. ¿Cómo iba a defenderse cuando estuviera atrapada por la seducción de la craña?

«Bueno, eso es algo con lo que no volveré a tener problemas. En esta prisión, se acabó la craña para mí.»

Esta idea le provocó un escalofrío de ansiedad. Sacudió la cabeza. En realidad no necesitaba la craña. Ni siquiera tenía tantas ganas de consumirla. Pero la habría ayudado a olvidarse de todo, a no preocuparse por las cosas que no podía cambiar o hacer, a dejar de sentirse tan estúpida por haber seguido las instrucciones del libro sobre la magia negra, a soportar el no saber si Naki corría peligro o no. ¿No decían los compositores y poetas que el amor solo producía dolor?

De no ser porque amaba a Naki, tal vez le habría guardado rencor por haberlas metido en aquel lío. «El problema es que su temeridad es una de las cosas que me fascinan de ella. Aunque quizá ya no me fascine tanto.»

El brasero era pequeño, y ella tenía la piel erizada por el frío. Se puso de pie, se echó una manta de la cama sobre los hombros y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Se quedó un rato de pie ante una de las estrechas ventanas, contemplando el bosque que se extendía más abajo. Era el mismo que lindaba con la parte de atrás de los edificios del Gremio. Nunca lo había explorado. Como se había criado en la ciudad, la idea de adentrarse en un cúmulo de árboles silvestres poblado de animales le parecía extraña y le daba un poco de miedo. Desde su posición elevada —la segunda planta de una torre construida sobre un saliente desde el que se

dominaba el bosque—, alcanzaba a ver que el espacio entre los árboles estaba cubierto de una maraña densa de troncos y vegetación secos. Intentó imaginar cómo podría alguien caminar por el bosque sin tropezar. «Seguramente muy despacio.»

Cuando se aburrió de mirar el bosque, se entretuvo estudiando con atención los objetos que había en la habitación. Todos eran de uso práctico. No había libros, papel ni utensilios de escritura. ¿Si pidiera estas cosas a los guardias, se las facilitarían?

La puerta que daba al pasillo era de una madera maciza y noble. Tenía un ventanuco cuadrado con un cristal, claramente más reciente que la puerta, para que los guardias pudieran ver dónde estaba el prisionero antes de abrirla. Otra puerta comunicaba con la habitación contigua. Lilia había intentado hacer girar el pomo la noche anterior, pensando que tal vez podría acceder a un segundo cuarto —tal vez a un aseo donde gozaría de mayor intimidad—, pero no lo había conseguido. Se acercó de nuevo a aquella puerta, preguntándose qué habría al otro lado. Por curiosidad, aplicó el oído a la madera.

Para su sorpresa, oyó una voz. Una voz femenina. Aunque no alcanzaba a distinguir lo que decía la mujer, emitía un sonido melodioso. Quizá estaba cantando.

Unos golpes en la puerta principal le provocaron un violento sobresalto. Consciente de que la habían sorprendido escuchando a su vecina, Lilia se apartó rápidamente de la puerta lateral.

La puerta principal se abrió, y un guardia sonriente entró con una bandeja. Era joven, solo unos años mayor que ella. En la bandeja había un típico desayuno kyraliano.

—Buenos días, Lilia —dijo, depositando la bandeja sobre la pequeña mesa—. ¿Has dormido bien?

Ella asintió.

—¿No has pasado frío? ¿Necesitas más mantas?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Quieres que te traiga algo? —Tenía una actitud extrañamente servicial para ser un hombre con un uniforme que solía asociarse a la autoridad y la fuerza.

Ella reflexionó. «Será mejor que acepte su oferta; voy a pasar mucho tiempo aquí.»

—¿Libros?

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Veré que puedo conseguirte. ¿Algo más?

Ella negó con un gesto.

—Pues sí que eres fácil de contentar. La de al lado siempre pide hilo de lana de reber, para tejer mantas y gorros.

Lilia dirigió la vista hacia la pared lateral que la separaba de su vecina cantarina.

—¿Quién...? —empezó a preguntar.

Por primera vez, la sonrisa del guardia se desvaneció y una arruga apareció entre sus cejas.

—Lorandra, la maga renegada apresada por la Maga Negra Sonea. Tiene una pinta rara, pero es educada y no da problemas.

Lilia asintió. Había oído hablar de aquella renegada. Su hijo también era mago, y aún no había sido capturado. Trabajaba para un ladrón, o algo así.

—Me llamo Welor —le dijo el celador—. Mi deber es asegurarme de que estés cómoda mientras permanezcas en la atalaya, con nosotros. Por el momento —señaló la bandeja con un movimiento de la cabeza—, un poco de comida puede ayudarte a entrar en calor.

—Gracias —consiguió decir ella.

Él asintió y se alejó hacia la puerta. Sonrió una última vez antes de cerrarla.

En contraste con la amabilidad y la actitud atenta del hombre, el golpe seco de la cerradura fue firme y contundente. Con un suspiro, Lilia se sentó y se puso a comer.

Cuando Lorkin había regresado a la sala de asistencia aquella mañana, Kalia estaba de un humor inexplicable. Con un tono neutro y una expresión impasible, comunicó a Lorkin que la anciana que padecía fiebre del frío había muerto por la noche.

Aunque Kalia no le había dicho nada sobre Velyla, la sanación mágica que él había llevado a cabo la noche anterior pronto pasó a ocupar un segundo plano en su mente cuando empezó a preocuparse por cómo reaccionarían los Traidores ante la noticia de la muerte de la anciana. Se preparó para un alud de acusaciones y críticas.

Estas nunca llegaron. A lo largo de las horas, los pacientes y las visitas que acudían a la sala de asistencia se limitaban a comentar que la mujer era ya muy mayor y que, aunque era triste que hubiese fallecido, no era algo inesperado. Nadie lanzó miradas reprobatorias a Lorkin. Si Kalia sintió la tentación de insinuar que él habría podido salvar a la anciana, se contuvo.

Sin embargo, el adolescente no mejoraba, y, por la tarde, cuando Lorkin empezaba a acusar los efectos de haber dormido poco, los padres del chico se presentaron y anunciaron a Kalia que se lo llevarían a sus habitaciones.

Kalia miró a Lorkin con los ojos entornados, lo que le provocó un escalofrío de advertencia. Él intentó aparentar perplejidad, o al menos cansancio y aturdimiento. Ella no dijo nada e insistió en acompañar a la familia.

«¿Volverán a interceptarme esta noche cuando vaya camino de vuelta al dormitorio masculino? —se preguntó—. ¿Cuánto tardará Kalia en atar cabos, suponiendo que no lo haya hecho ya?»

Invocó un poco de su magia para mitigar el agotamiento que se había apoderado de su cuerpo y reanudó la tarea que estaba realizando antes de que llegara la familia.

Poco después oyó unos pasos en la entrada y alzó la vista para ver si se trataba de un paciente nuevo.

Evar sonrió y saludó a Lorkin con un movimiento de la cabeza, echó un vistazo alrededor y se acercó. Tenía la nariz roja y los ojos hinchados.

—Tienes el don de la oportunidad —dijo Lorkin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Evar, parpadeando con inocencia fingida. Tosió—. Urgh —dijo—. Odio la fiebre del frío.

—¿Has pillado la fiebre del frío?

—Me duele la garganta.

Con una risita, Lorkin le indicó que lo siguiera y se dirigió hacia los remedios que Kalia había sacado de su almacén para la jornada.

—¿Dónde está Kalia? —preguntó.

Evar se encogió de hombros.

—Tenía que ir a algún sitio. No sé exactamente adónde. Solo he visto que había salido por ahí, así que he venido directo.

Lorkin entregó a su amigo una pequeña porción del té.

—¿Conoces la dosis?

—Claro. Pillo la fiebre cada año desde que tengo memoria.

—Y eso que eres mago —observó Lorkin. En realidad, los magos del Gremio a veces enfermaban también. Aunque fuera cierto que Evar había contraído la fiebre del frío, a Lorkin no le habría sorprendido que al día siguiente despertara totalmente curado.

Evar miró en torno a sí.

—¿Cómo va todo?

—Un poco mejor. Pronto empezará a disminuir el número de pacientes, más que nada porque quedan pocas personas que no hayan sido infectadas.

—Y yo que creía que este año me había sal...

—Lorkin.

Los dos levantaron la vista y vieron a Kalia de pie en la puerta. Cruzó los brazos y se acercó a él con grandes zancadas, haciendo resonar los pasos en la sala. Tenía los ojos achicados y los labios apretados en una línea fina.

—Huy —musitó Evar. Retrocedió un paso ante el avance de Kalia. Esta se detuvo un poco más cerca de Lorkin de lo que podía considerarse normal o cómodo, y lo fulminó con la mirada.

Lorkin advirtió que lo miraba desde abajo. Resultaba penoso, pero había algo de cómico en su intento de intimidarlo físicamente cuando él le sacaba un palmo por lo menos. Él puso una cara que esperaba que fuera inexpresiva.

—¿Sanaste a Velyla con magia? —preguntó ella, hablando con lentitud y en una voz baja pero lo bastante fuerte para que todos los presentes en la sala la oyeran.

Se oyó un susurro de ropa al rozarse cuando los pacientes y las visitas se volvieron para presenciar el enfrentamiento; después, silencio.

—Sí —respondió Lorkin—, con el permiso de sus padres —añadió.

Kalia abrió mucho los ojos, antes de entornarlos de nuevo.

—Así que fuiste a su habitación sin mí, contraviniendo mis órdenes...

—No —la interrumpió—. No fui a su habitación.

La arruga entre las cejas de Kalia se hizo más profunda. Ella abrió la boca para hablar pero la cerró sin decir una palabra. Alzó el mentón y clavó en él una mirada imperiosa antes de girar sobre los talones y salir de la sala con aire indignado.

Un murmullo de voces se levantó tras su marcha. Lorkin se volvió hacia Evar, que le sonrió.

—Está enfadada. Muy, muy enfadada. Pero eso ya te lo esperabas, ¿no? ¿Surtió efecto la sanación mágica?

Lorkin hizo una mueca.

—A juzgar por su reacción, yo diría que tal vez sí.

—¿Me estás diciendo que no lo sabes? —Evar parecía sorprendido.

—No. La sanación mágica no lo cura todo. Una fiebre como esta puede resultar mortal de todos modos, si el cuerpo del paciente es incapaz de combatirla. Lo único que puede hacer la magia es sanar los daños y devolver al paciente un poco de energía.

Evar sacudió la cabeza.

—Si las aliadas de Kalia lo hubieran sabido, quizá no habrían estado tan dispuestas a participar en este juego de tira y afloja contigo.

—Pues espero que estén divirtiéndose con el juego, Evar —replicó Lorkin en tono cortante—, porque a mí no me gusta jugar con la vida de la gente.

Evar contempló a Lorkin con expresión pensativa y asintió con la cabeza.

—Si la niña sobrevive, eso al menos te servirá de consuelo.

Lorkin suspiró.

—Sí. —Miró a su amigo—. Supongo que no puedes ir a averiguar cómo se encuentra, ¿verdad?

Su amigo enderezó la espalda.

—Sí que puedo. Si Kalia está aquí cuando yo vuelva, te guiñaré un ojo si todo va bien, me encogeré de hombros si no queda muy claro y bizquearé si se encuentra muy enferma. —Sonrió—. Buena suerte.

Tras dar media vuelta, Evar se encaminó hacia el pasillo. Lorkin lo siguió con la vista hasta que alguien pronunció su nombre y él devolvió su atención a los pacientes.

—El hospital de Ladooeste atiende a menos pacientes locales —explicó Sonea mientras guiaba a Dorrien por el pasillo principal—, pero eso queda compensado con

creces por los pacientes extranjeros, pues estamos más cerca del puerto y del mercado.

Dorrien rió entre dientes.

—Supongo que no tendrán hospitales en sus países.

—De hecho, algunas de las Tierras Aliadas sí tienen —dijo ella—. Tanto en Vin como en Lonmar hay varios, y Lan está a punto de abrir uno. Los han montado sanadores kyralianos que se sintieron llamados a establecer hospitales en otros lugares, o sanadores de aquellas tierras que deseaban ayudar a su pueblo tal como lo hace Kyralia.

—¿Elyne no?

Ella sacudió la cabeza.

—Y no porque no lo hayan intentado. El rey de Elyne no lo permite. Los elyneos siguen teniendo su gremio de sanadores no mágicos, que no ven con buenos ojos que los magos les roben su profesión. En fin, las instalaciones de las salas de tratamiento de aquí son muy parecidas...

Sonea se acercó a una puerta con el número que le habían indicado que buscara. Golpeó suavemente con los nudillos, y poco después la puerta se abrió y el rostro conocido de una de las sanadoras de Ladonorte se asomó y les sonrió.

—Adelante —dijo Sylia, que acto seguido salió, les hizo señas para que entraran y cerró la puerta tras ellos.

La sala era semejante a las del hospital de Ladonorte. Estaba dividida por una mesa, con un par de asientos para los pacientes y sus acompañantes, y, al otro lado, un asiento para el sanador.

Pero no era un sanador quien los esperaba, sino Cery. Sonrió, aunque estaba encorvado y tenso. Llevó la vista de Sonea a Dorrien.

—¿Así que él es tu nuevo ayudante y guardaespaldas? —preguntó.

Sonea soltó un resoplido leve.

—Ayudante, sí. Respecto a si Dorrien es mi guardaespaldas, o yo el suyo... —Miró a Dorrien, que esbozó una sonrisa sarcástica—. Ya veremos. Cery, te presento a Dorrien. Dorrien, este es Cery.

Los dos hombres inclinaron la cabeza educadamente.

—¿Llevas mucho rato esperando? —inquirió Dorrien.

Cery se encogió de hombros.

—Un poco. He llegado temprano.

—¿Para echar una ojeada al lugar?

—Por supuesto.

—¿Cómo van los negocios? —quiso saber Sonea.

La sonrisa de Cery se esfumó, lo que resaltó su aspecto demacrado y cansado.

—No van bien. Menos mal que había ahorrado mucho para tiempos como estos.

—¿Te durarán tus ahorros?

Él torció el gesto.

—Un año, a lo sumo. Estaría tentado de dejar que os las apañéis sin mí y marcharme de la ciudad antes de lo planeado de no ser por... —Extendió las manos a sus costados.

«Anyi —pensó ella—. Espero que consiga escabullirse sin despertar sospechas.»

Cery había recibido un mensaje que decía que Anyi visitaría a un sanador allí. Solo cabía esperar que lo hubiera enviado la hija de Cery y que no se tratara de una emboscada. «Aunque Dorrien y yo estamos aquí por si acaso.»

Charlaron durante unos minutos más. Ella había advertido a Dorrien que no pidiera a Cery que entrara en detalles sobre sus negocios, y, afortunadamente, él estaba siguiendo su consejo. Mientras no se enterara de nada que estuviera obligado a denunciar a la Guardia, no habría peligro de que infringiera la ley en su intento de capturar a Skellin.

Unos golpes en la puerta hicieron que los tres se volvieran hacia la entrada. Sonea se acercó y entreabrió la puerta. Suspiró aliviada al ver a Anyi y Sylia al otro lado. Abrió la puerta del todo, dio las gracias a Sylia y dejó pasar a Anyi.

Cery se puso de pie y escudriñó a su hija de arriba abajo con una mirada protectora.

—¿Estás...? ¿Va todo...? ¿Eso es una magulladura?

—Estoy bien —le aseguró Anyi—. Le he dicho a Rek que creía que me había roto la muñeca durante el entrenamiento y que más valía que fuera a ver a un sanador. Una vigilante herida no es tan eficiente como una ilesa.

—¿Qué te había ordenado que vigilaras?

Ella sonrió.

—A su amante. Al parecer ella cree que «vigilante» significa «sirvienta», y convencerla de lo contrario está resultando de lo más divertido.

Cery se sentó de nuevo.

—Bien, ¿qué noticias nos traes?

Anyi paseó la vista por la habitación, frunciendo los labios en un mohín poco convincente.

—¿No te basta con mi compañía? ¿No me has echado de menos?

—No habrías hecho algo tan arriesgado como venir a esta reunión si no tuvieras una noticia que contarme.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Al menos podrías fingir que me has echado de menos. —Cruzó los brazos—. Pues resulta que sí que tengo una noticia. Sé sin ninguna duda que Rek ha recibido encargos de Jemmi que eran favores para Skellin.

—Jemmi es un ladrón —murmuró Sonea a Dorrien.

—¿Qué clase de animal es un jemmi? —preguntó él en voz baja.

—Hoy en día los ladrones ya no siempre adoptan nombres de animales.

—Ah.

—¿Con qué frecuencia? —inquirió Dorrien.

—A menudo. —A Anyi le centellearon los ojos—. Hay una entrega de craña programada para dentro de unas semanas. Puedo intentar averiguar dónde. Pero no sé si Skellin estará allí.

—¿Y los hombres de Skellin? —preguntó Dorrien.

Anyi asintió.

Dorrien se volvió hacia Sonea con un brillo de entusiasmo en la mirada.

—Así que los atrapamos, les lees la mente y averiguas el paradero de Skellin. —Frunció el ceño—. Un momento... Eso implicaría romper las normas impuestas a los magos negros, ¿verdad?

Sonea negó con la cabeza.

—Osen nos ha dado permiso a Kallen y a mí para leer mentes en caso necesario. Pero el auténtico problema es qué haremos si los hombres de Skellin no saben dónde está. Habremos desenmascarado a Anyi como espía para nada.

—Hummm —dijo Cery. Miró a Anyi—. Aunque preferiría volver a tenerte conmigo, deberíamos esperar a que convoquen una reunión a la que Skellin acudirá con toda certeza.

Anyi se encogió de hombros.

—Me mantendré atenta. Ya surgirá algo mejor.

Discutieron las estrategias y las formas de comunicarse hasta que alguien llamó a la puerta. Sylia les avisó que algunas personas estaban comentando que aquello se estaba alargando demasiado para ser una visita a un sanador. Anyi se despidió de su padre y se fue. Cery mantuvo la vista fija en la puerta después de su marcha. Al cabo de unos instantes, suspiró y miró a Sonea.

—¿Sabes algo de Lorkin?

Ella hizo un gesto de dolor por la oleada de inquietud que la recorrió, y meneó la cabeza.

—Pero Dannyl ha informado de que los Traidores podrían acceder a transmitir mensajes entre nosotros, así que le he enviado uno por si acaso.

—Algo es algo —comentó él, esforzándose por sonreír.

Ella asintió.

—Será mejor que siga mostrándole el hospital a Dorrien. Ha sido un placer verte, Cery. Cuídate.

—Tú también —respondió él.

Cuando Dorrien y ella salieron de la sala, Sylia entró discretamente para encargarse de sacar a Cery del hospital a escondidas. Sonea condujo a Dorrien por el

pasillo hasta el almacén.

—Ese hombre está muy preocupado —dijo Dorrien cuando se aseguraron de que estaban solos.

—Así es —convino Sonea.

—Si pienso en mis hijas, no estoy seguro de que fuera capaz de ponerlas en peligro pidiéndoles que espieran para mí.

—No, pero no es que él se lo haya pedido. Ella lo hace por iniciativa propia. Es una joven de lo más decidida.

Dorrien se quedó meditabundo.

—Supongo que ella se crió en la zona más conflictiva de la ciudad, ¿me equivoco? Y debió de curtirse por ser la hija de un ladrón.

—No se crió bajo la protección de Cery. Cuando su madre lo dejó, se llevó a Anyi. Era una mujer orgullosa y se negó a aceptar la ayuda de Cery incluso cuando vivía en la pobreza más absoluta. Anyi maduró deprisa y se convirtió en una chica dura, pero por otras razones.

—Aun así, perder a tu esposa y a tus hijos, y después ver que la única hija que te queda se juega la vida... —Dorrien sacudió la cabeza.

—Por eso debemos tener cuidado. Tenemos que estar seguros de que, cuando encontremos a Skellin, eso no ponga en peligro a Anyi o a Cery.

Dorrien asintió en señal de conformidad. «Bien —pensó Sonea—. Empezaba a pensar que estaba excesivamente ansioso por demostrar su valía y que aprovecharía la primera ocasión que se le presentara si yo no estuviera aquí para pararle los pies. Ahora sopesará los riesgos antes de actuar.»

Era de esperar que, mientras Anyi jugaba a hacer de espía, surgiera una mejor oportunidad, y no solo porque necesitaban atrapar a Skellin. A juzgar por su aspecto, Cery llevaba un mes sin pegar ojo.

COMPAÑÍA NO DESEADA

Sachaka comerciaba principalmente con los territorios que tenía al norte y al este, al otro lado del mar de Aduna, y esto resultaba más evidente en los muelles que en cualquier otra parte de la ciudad. A Dannyl le sorprendió el tamaño de los barcos exóticos que estaban allí amarrados, y la gran cantidad de ellos que había. Los mástiles oscilantes formaban una especie de bosque sin hojas que se extendía desde la orilla hasta la ancha bahía de Arvice.

Los esclavos de la Casa del Gremio desataban los baúles de viaje de la parte posterior del carruaje y los descargaban con la ayuda de los dos esclavos personales de Achatí. Dannyl se fijó en que Achatí los observaba con atención. Un mago kyaliano habría movido los baúles con magia, pero los sachakanos no se rebajaban a realizar tareas tan vulgares. Los esclavos utilizaban cuerdas y un torno instalado en la parte de atrás del vehículo a tal efecto, pero al advertir que a aquellos cuatro hombres escuálidos no les costaba mucho trabajo levantar los pesados arcones, supuso que su amo estaba prestándoles un poco de ayuda mágica de todos modos.

El baúl de Achatí tuvo que ser transportado por dos hombres. El de Tayend era de un tamaño parecido, y el de Dannyl, considerablemente más pequeño. «A veces estar obligado a llevar uniforme durante buena parte de tu vida tiene sus ventajas», pensó Dannyl. Pero él además llevaba un cofre adicional, más bien una caja grande, con sus utensilios de escribir, cuadernos y espacio para los documentos u otros objetos que adquiriera durante el viaje.

Un suspiro atrajo la atención de Dannyl. Se volvió hacia Merria, cuya expresión ceñuda solo se relajó ligeramente cuando sus miradas se encontraron. La ayudante seguía enfadada por no haber sido invitada al viaje de investigación. Apenas le había dirigido la palabra desde que se había enterado de que Tayend los acompañaría también.

Él resistió el impulso de mirar a Tayend. El embajador de Elyne estaba de pie a su lado, balanceándose suavemente sobre sus zapatos profusamente adornados y caros. Dannyl apenas había hablado con Tayend desde que había regresado de la casa de Achatí y le había preguntado a su ex amante por qué quería viajar con ellos.

«Oh, como embajador tengo la obligación de aprender todo lo que pueda sobre este país —había contestado Tayend—. Ya he visto bastante de Arvice. Es hora de que vea algo que esté fuera de las murallas de la ciudad.»

Dannyl tampoco había oído que Tayend y Merria conversaran entre sí. Como la mayoría de sus ocupantes no se hablaban, la Casa del Gremio había estado muy silenciosa.

Reflexionó sobre la excusa de Tayend. ¿De verdad eran esos sus motivos? «Dudo que vaya a viajar con nosotros porque esté interesado en mi investigación. ¿O es posible que lo esté? Si sabe algo sobre la piedra de almacenaje, estará tan preocupado como Achatí y yo por la posibilidad de que haya otra o alguien la fabrique. Pero ¿cómo podría estar enterado del asunto? Yo no le he hablado de ello. No creo que Achatí haya...»

Quizá hubiera otra razón por la que Tayend quería acompañarlos. Ya había demostrado que estaba informado sobre el interés personal de Achatí por Dannyl. ¿Intentaba cerciorarse de que Dannyl y Achatí no se hicieran amantes?

Dannyl frunció el entrecejo. «¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por celos? No, Tayend fue quien recalcó que él y yo ya no somos pareja. Nunca mencionó que quisiera remediar eso.»

Junto a él, Tayend se aclaró la garganta. Hizo una pausa y respiró hondo para hablar.

—Embajador.

Dannyl se volvió hacia él de mala gana.

—¿Seguro que no te importa que me haya apuntado?

—Claro que no —respondió Dannyl.

Continuó observando a los esclavos. Los dos de Achatí no eran los mismos que habían participado en la búsqueda de Lorkin. Dannyl se preguntó qué habría sido de Varn. Devolvió la atención a sus compañeros al notar que Merria tenía los ojos clavados en él. Cuando la miró, ella sonrió. Esto le pareció extraño. Era una sonrisa burlona, y Dannyl no pudo evitar pensar que él era el objeto de la burla.

—Allí está el capitán —anunció Achatí. Señaló el barco hacia el que los esclavos llevaban los baúles. Era más pequeño que los buques mercantes exóticos que lo rodeaban, pues estaba construido para el transporte de pasajeros, de pasajeros importantes. Tenía grabado en la cabina el nombre *Inava*, con letras relucientes de oro. Un sachakano ataviado con las galas que cabía esperar de un ashaki estaba de pie en cubierta, aguardando a que ellos embarcaran por la estrecha pasarela tendida entre el muelle y el barco. Los esclavos llevaron el equipaje hacia una segunda pasarela que estaba un poco más lejos—. Ha llegado la hora de despedirse —añadió Achatí.

Dannyl y Tayend se volvieron hacia Merria, que lucía una sonrisa radiante.

—Que tengan ustedes un buen viaje, embajadores, ashaki —les deseó, con una inclinación cortés de la cabeza. Entonces una expresión astuta y ligeramente soberbia asomó a sus ojos—. Espero que no se saquen de quicio mutuamente.

«Así que eso es lo que le parecía tan divertido», pensó Dannyl.

—Adiós, lady Merria —respondió—. Sé que dejo la Casa del Gremio en buenas manos.

La sonrisa de la joven dio paso a una mirada de resignación.

—Gracias. —Se retiró hacia el carruaje y agitó las manos como para ahuyentarlos —. No hagan esperar al capitán.

Dannyl dio media vuelta y, en pos de Achatí, se acercó a la pasarela y la cruzó hasta la cubierta del buque. Se procedió a las presentaciones, y el capitán les dio la bienvenida a su nave.

—¿Preparado para zarpar? —preguntó a Achatí.

—Sí. ¿Hay alguna necesidad de retrasar la partida? —respondió Achatí.

—En absoluto —le aseguró el capitán.

Se alejó, gritando órdenes a los esclavos. Achatí guió a Dannyl y a Tayend hacia un lugar seguro desde donde contemplar las maniobras.

—Esto será un cambio de aires agradable respecto a la vida en la ciudad —comentó Achatí mientras el barco se separaba del muelle.

Dannyl asintió.

—Hacía mucho que no viajaba por mar.

—Sí, es una aventura para todos —terció Tayend, con la voz un poco tensa.

Dannyl se percató de que su ex amante ya había palidecido levemente.

Achatí sonrió al embajador elyneo. Era una sonrisa indulgente, casi afectuosa. De pronto, a Dannyl se le ocurrió la posibilidad de que Achatí estuviera deseoso de viajar con Tayend. Había dado por sentado que el ashaki se había visto forzado a aceptar su presencia por razones políticas y sociales. Se volvió hacia el elyneo.

—Si necesitas ayuda, no dudes en avisarme —dijo.

Tayend asintió, agradecido.

—Llevo los remedios que Achatí me recomendó.

—Como tu guía, es mi deber procurar que la travesía no te resulte demasiado penosa —aseveró Achatí—. Pero no olvides que pueden tener otros efectos.

Tayend inclinó la cabeza.

—No lo había olvidado. Creo... creo que me sentaré ahora.

Se acercó a un banco situado a pocos pasos. Dannyl aguantó las ganas de escrutar a Achatí en busca de indicios de... No estaba seguro de qué.

«Tal vez esté interesado también en ser algo más que un amigo para Tayend.

»Tal vez ya lo sea. Tal vez la advertencia de Tayend respecto a Achatí estuviera motivada por los celos...

»¡Oh, no seas ridículo!»

Mientras el buque se alejaba del puerto, Dannyl empezó a desear que Achatí, o incluso Tayend, iniciaran una conversación para distraerse de las sospechas que asaltaban su mente. Como ninguno de los dos abrió la boca, se puso a pensar en algún tema sobre el que hablar.

Entonces Achatí hizo un gesto en dirección a la costa.

—¿Veis ese edificio? Es una de las pocas mansiones de más de doscientos años

que no son de estilo sachakano. Fue construida por...

Dannyl exhaló un discreto suspiro de alivio. «Gracias, Achatí —pensó—. Aunque creo que acabas de condenarte a rellenar los silencios con datos e información histórica para el resto del viaje, al menos es una alternativa a soportar un silencio incómodo durante días enteros.»

Lilia siempre había creído que uno de los objetivos de la prisión era que el preso no tuviera otra cosa que hacer salvo pensar en su delito.

«No creo que esté produciendo ese efecto en mí —se dijo—. Bueno, he dedicado mucho tiempo a arrepentirme de haber aprendido magia negra y sintiéndome como una tonta por ello. Pero he dedicado mucho más a pensar en Naki, y eso me hace sentir peor.»

Incluso cuando intentaba pensar en otra cosa, sobre todo en si habrían dado ya con el asesino de lord Leiden, ella sabía que en el fondo estaba preocupada por Naki.

Como el Gremio no había encontrado pruebas de que Lilia hubiera matado a Leiden, ella había llegado a la conclusión de que no lo había hecho. Esperaba, por el bien de Naki, que alguien descubriera al auténtico culpable. «Si desenmascaran al asesino de Leiden, seguro que alguien vendrá a contármelo. —No le rebajarían la pena, pues la habían condenado por aprender magia negra, pero por lo menos Naki dejaría de odiarla—. La Maga Negra Sonea me lo diría —pensó—. Sería incluso mejor que me lo dijera Naki. Tal vez empiece a visitarme a menudo... No, más vale que no me haga ilusiones. Diez años son mucho tiempo. Pero si me quiere como yo la quiero a ella, seguro que vendrá a verme.»

Había intentado tener pensamientos más alegres, pero siempre acababan por ensombrecerse. Era como cuando estaban en la casa de braseros y ella había imaginado que alguien las observaba. Su mente siempre se las arreglaba para centrarse en asuntos más lúgubres.

A veces trataba de distraerse caminando en círculos por la habitación o aplicando la oreja a la puerta lateral. De cuando en cuando oía a la otra mujer tarareando para sí.

Se acercó una vez más a la ventana, frente a la que había colocado una silla, y se apoyó en el alféizar. Al menos había elementos del paisaje que cambiaban ocasionalmente, aunque solo fuera un pájaro que volaba por encima de las copas de los árboles, o el ángulo de las sombras conforme las horas transcurrían lentamente. Cada vez le producía más hastío mirar su habitación.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Irguió la espalda en su asiento y se volvió hacia la entrada principal. Alcanzó a ver una parte de un rostro en el ventanuco antes de que desapareciera. La cerradura emitió una serie de chasquidos. La puerta se abrió.

Welor entró con una bandeja en las manos. «Pero si ni siquiera tengo hambre...»

—Buenas tardes, lady Lilia —dijo él, dejando la bandeja sobre la mesa—. Aquí tienes la cena... Y te traigo otra cosa que te había prometido.

Le mostró dos objetos duros y rectangulares que sujetaba bajo el brazo. A Lilia el corazón le dio un vuelco cuando reconoció lo que eran. «¡Libros!»

Casi sin darse cuenta, se puso de pie y se abalanzó hacia delante. Cogió los volúmenes con una gran sonrisa.

—Son de la biblioteca de la Guardia —le dijo Welor—. Tal vez no sean tan interesantes como los libros de magia, pero narran historias emocionantes.

Cuando ella leyó los títulos, se desanimó un poco. *Batallas de la armada vindeana anteriores a la Alianza*, rezaban las letras diminutas impresas en una cubierta, y en otra se leían las palabras *Estrategias para un control de multitudes eficaz durante procesiones y celebraciones* inscritas en un marco muy ornamentado. Al alzar la vista hacia Welor, vio que él la miraba con expectación y esperó que su desilusión no fuera muy notoria.

—Gracias —dijo.

—No puedo conseguir otra cosa —explicó él— hasta que tenga un día libre.

—Es más de lo que tengo derecho a esperar —repuso ella, bajando la mirada.

—Bueno..., se supone que debemos asegurarnos de que estés cómoda. —Se encogió de hombros—. Si te gustan, te traeré más. O a lo mejor... Mi esposa lee aventuras románticas de esas. No sé si sean de tu agrado, pero estoy seguro de que te las prestaría.

Lilia sonrió.

—Puedo echarles un vistazo. Si a ella le parecen buenas.

Él desplegó una sonrisa.

—Le gustan mucho. —Se puso más derecho—. En fin, más vale que te comas eso antes de que se enfríe.

Hizo un amago de reverencia y se marchó.

Como no había nadie a quien pudiera ofender por leer durante la cena, Lilia examinó el primer libro mientras comía. La introducción era larga y árida, y el primer capítulo no era mucho mejor. No estaba segura de si debía impresionarle que Welor hubiera leído y disfrutado un libro tan denso. No todos los hombres que ingresaban en la Guardia sabían leer, y los que procedían de familias que podían pagarles una educación pero optaban por trabajar como guardias solían hacerlo porque no eran lo bastante listos para encontrar empleos mejor pagados.

«Tal vez Welor sea una excepción. A lo mejor le gusta pertenecer a la Guardia. —Frunció los labios, pensativa—. Pero ¿cómo acabó con un trabajo tan modesto como el de celador?»

Era un misterio que tendría que desentrañar. O tal vez no lo fuera; quizá solo se lo parecía porque se había visto forzada a vivir en un mundo más reducido.

Cuando terminó de cenar, cogió los libros y se acercó a la ventana, pero cuando pasó junto a la puerta lateral oyó tres golpes secos.

Se quedó paralizada por un momento y luego se volvió hacia la puerta. Su corazón latió cuatro..., cinco veces, y entonces los golpes volvieron a sonar.

«Esto es de locos. Oigo unos sonidos leves del exterior y me pongo hecha un manojo de nervios.» Se dirigió hacia la puerta, se inclinó y pegó la oreja a ella.

—No dejes que te engañe con lo que dice sobre su esposa. Tú le gustas.

Lilia pegó un salto hacia atrás y se quedó mirando la puerta. Presa de una ira súbita, se acercó de nuevo.

—¿Crees que miente? ¿Que no está casado?

Le llegó un sonido bajo, amortiguado por la puerta, procedente de la otra habitación. Posiblemente una risita.

—Tal vez no. O tal vez te hable de ella para ganarse tu confianza.

—Seguro que me ha hablado de ella para que no me lleve una impresión equivocada.

—¿Una impresión equivocada sobre qué?

—Sobre los favores que me hace y lo amable que es conmigo.

—Tal vez. Pero ten cuidado. Si empieza a hablarte de lo solo que está, no te sorprendas si te pide algo a cambio de esos favores.

Lilia se apartó ligeramente de la puerta. ¿En qué podía beneficiar a esa mujer que Lilia desconfiara de Welor?

—¿Por qué me dices esto?

—Solo intento ayudar. Eres joven. Nunca habías estado presa. Quieres sentirte segura, pero no deberías dejar que ese deseo te impida ver los riesgos que conlleva tu situación.

Lilia meditó sobre estas palabras. Aunque le provocaban cierta inquietud, tenían sentido. «Ya me encuentro demasiado cómoda en este sitio, ¡y solo llevo aquí dos días!»

—Me llamo Lorandra —dijo la voz.

Lilia se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza contra la puerta.

—Y yo, Lilia.

—Estoy aquí porque los magos extranjeros tienen que afiliarse al Gremio o renunciar a utilizar la magia —dijo Lorandra—. Yo no veía por qué tenía que afiliarme si no quería.

Aunque Lilia ya sabía por qué estaba encerrada la mujer, de pronto le pareció un poco injusto. «¿Por qué habría de afiliarse al Gremio una maga extranjera?» Tal vez si la mujer no hubiera estado obligada a elegir entre el Gremio y la clandestinidad, no se habría mezclado con los ladrones.

—¿Y tú por qué estás aquí? —preguntó Lorandra—. Si no es indiscreción.

—Estoy aquí por haber aprendido magia negra... Pero solo estábamos tonteando y no esperaba que lo que hacía funcionara.

La mujer guardó silencio durante un rato largo.

—¿Es la magia que utilizan los de negro?

—Sí. —Lilia se percató de que estaba asintiendo, pese a que sabía que Lorandra no podía verla, así que se obligó a parar—. Los Magos Negros Sonea y Kallen.

—¿También han bloqueado tus poderes?

—Sí.

—Dices que no esperabas que lo que hacías funcionara. ¿Te refieres a intentar aprender?

—Sí. Nos dijeron que no podíamos aprender a menos que un mango negro nos lo enseñara, así que pensé que no corría ningún riesgo al hacerlo.

—O sea que estaban equivocados. Eso no me parece muy justo.

—Intentar aprender también está prohibido.

—Ah. Entonces, ¿por qué lo intentaste?

Lilia contempló la puerta con aire reflexivo. Seguramente no debía estar hablando con aquella mujer. Pero ¿con quién más podía hablar? Además, mientras no le describiera cómo había aprendido magia negra —y había decidido callarse también su deseo por Naki—, no estaría revelando a Lorandra nada que no debiera. Por otra parte, tampoco era probable que Lorandra pudiera aprovechar o transmitir la información que Lilia le facilitara.

Tras respirar hondo, comenzó a explicar lo sucedido.

Lorkin no sabía muy bien por qué no se había marchado de la sala de asistencia para irse a dormir, o por qué no había desoído al menos la orden de Kalia de empezar a primera hora de la mañana. Ella lo había obligado a trabajar hasta tan tarde que en las últimas dos noches Lorkin había dormido un promedio de menos de cuatro horas.

Sin duda estaba castigándole por haber conseguido sanar con magia sin incurrir en la desaprobación de los Traidores y ocasionando más bien que la criticaran a ella. Era muy probable que también estuviera intentando impedir que visitara y sanara por medio de magia al joven que padecía fiebre del frío.

Pero no podía forzarlo a trabajar toda la noche, y al final tendría que dejarlo marchar. A Lorkin no le había sorprendido que lo abordaran de nuevo cuando se dirigía hacia el dormitorio masculino y lo llevaran a ver al adolescente enfermo. Como, debido a la falta de sueño, todavía estaba pugnando por recuperarse de su primera sesión de sanación, la segunda lo dejó tambaleándose de agotamiento. Ya no le quedaba magia con la que eliminar su cansancio.

«Mañana haré caso omiso de la orden de Kalia de empezar temprano. En realidad, puede que no tenga mucha opción. En cuanto me duerma, me temo que hará falta un

ejército para despertarme.»

Dobló una esquina y obligó a sus piernas a seguir caminando. El dormitorio masculino ya no estaba muy lejos. Solo unos cien pasos más, o doscientos...

Algo se posó sobre su mejilla. Cuando él alzó la mano para quitárselo se percató de que no veía nada, de que un olor vegetal seco flotaba en el aire y de que algo le envolvía los hombros con fuerza.

«¿Un saco? Sí, es un saco. —Intentó arrancárselo de la cabeza, pero algo le golpeó la espalda y lo hizo caer al suelo. De forma instintiva, invocó su magia—. Ah, pero si ya no me queda. —Cuando unas manos robustas le aferraron los brazos y se los torcieron detrás de la espalda, él supo que no podría hacer nada—. ¿Cómo lo saben? ¿O estaba todo planeado? Kalia no me hacía trabajar hasta tarde solo para castigarme, ¿verdad?»

Para su sorpresa, le subieron el saco que le tapaba la cara, aunque no lo bastante para permitirle ver más allá del suelo y de dos pares de piernas. Tomó una gran bocanada de aire fresco.

Fue un error. Le taparon la boca y la nariz con algo, y un olor conocido invadió sus fosas nasales. Aunque aguantó la respiración, en su organismo había penetrado una cantidad suficiente de la droga para nublarle los sentidos. Soltó un jadeo y notó que empezaba a perder el conocimiento.

Lo último que oyó fue una voz baja y ronca, teñida de desprecio y satisfacción.

—Demasiado fácil —dijo—. Recogedlo y seguidme.

SEGUNDA PARTE

MIEDOS Y PREOCUPACIONES

Mientras el carruaje se alejaba del Gremio, Sonea miró a Rothen y vio que tenía una expresión pensativa.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Hace solo unos meses, habrías tenido que pedir permiso para visitar a Dorrien y a su familia —dijo el anciano mago—. Ahora, nadie pone en duda tu derecho a hacerlo. Con qué rapidez cambian las cosas.

Sonea esbozó una sonrisa sombría.

—Sí, pero podrían volver a cambiar con la misma rapidez. Bastaría un incidente desafortunado para que yo acabara haciéndole compañía a Lilia.

Rothen crispó el rostro.

—Ella intentó aprender magia negra de forma deliberada.

—Es cierto. Me pregunto si lo habría hecho si no hubiera estado trastornada por la craña.

—¿A qué te refieres?

—Dicen que hace que deje de importarte todo. Eso resulta atrayente para quien tiene preocupaciones de las que le gustaría olvidarse durante un rato, o para quien necesita reforzar su valentía de un modo artificial, pero la craña elimina también la preocupación por las consecuencias de tus actos, al parecer de un modo mucho más eficaz que la bebida.

—¿Crees que otros podrían cometer el mismo error que ella?

—Solo si topan con unos libros con instrucciones para aprender magia negra estando totalmente bajo los efectos de la craña. Depende de que haya otros libros de ese tipo por ahí. —Sonea suspiró—. Lord Leiden estaba infringiendo la ley al no entregar el suyo al Gremio.

—¿Deberíamos empezar a registrar las bibliotecas privadas?

—Dudo que encontráramos nada. Los propietarios que saben qué es lo que guardan en su biblioteca esconderían cualquier objeto sospechoso en cuanto se enteraran de que podría haber un registro.

Rothen asintió en señal de conformidad.

—Se tardaría años en realizar una inspección minuciosa de las bibliotecas más grandes —añadió—. ¿Estamos más cerca de encontrar al asesino de Leiden?

Ella sacudió la cabeza.

—Es evidente que alguien más ha aprendido magia negra, a menos que Kallen sea el asesino y las personas que afirman haberlo visto aquella noche estén mintiendo. Me sorprende que Osen no nos haya pedido aún que nos leamos la mente

mutuamente. —El carruaje se detuvo. Ella abrió la portezuela y se apeó, antes de volverse y esperar a que Rothen bajara también.

—He oído que hay testigos suficientes para confirmar que ambos estabais en otro sitio cuando se cometió el asesinato y que la lectura de mente es innecesaria.

Ella lo miró, sorprendida.

—Qué detalle ha tenido al decírmelo. No me hacía precisamente ilusión la idea de que me leyeran la mente o de tener que leérsela a Kallen.

—Estoy seguro de que te lo diría si se lo preguntaras. ¿Entramos?

Ella se volvió hacia la puerta del edificio. El Gremio lo había tomado en alquiler con el fin de compensar la escasez de habitaciones para magos que había en el recinto. Cuando Dorrien viajaba solo al Gremio, se alojaba en casa de su padre, pero no había espacio suficiente en los aposentos de Rothen para albergar a dos adultos más y a dos muchachas crecidas.

Vista desde el exterior parecía una casa grande para una sola familia. Sonea se acercó a la puerta y llamó. Un hombre con uniforme de criado del Gremio la atendió. Los saludó, se apartó a un lado y se inclinó mientras ellos pasaban al recibidor.

Era un espacio suntuosamente decorado del que arrancaba una escalera curva que ascendía a la planta superior. En otra época, aquella casa había debido de ser la residencia de una familia acomodada de las Casas, pero ahora estaba dividida en cuatro partes en las que se alojaban sendos magos con sus familias respectivas. Al principio, la idea de dividir una casa grande había sido rechazada, porque se daba por sentado que los magos eran demasiado orgullosos para compartir un edificio con otros. Sin embargo, la iniciativa obtuvo una gran aceptación entre magos jóvenes que procedían de las clases bajas y tenían familia, pues comprendieron de inmediato que allí dispondrían de mucho más espacio para sus hijos que en un apartamento del alojamiento de los magos.

El criado los guió escaleras arriba hasta una puerta grande que ocupaba lo que sin duda antes había sido el acceso a un pasillo. Dio unos golpecitos con los nudillos y, cuando Dorrien abrió la puerta, el hombre hizo una reverencia y anunció a las visitas formalmente.

—Gracias, Ropan —dijo Dorrien mientras acompañaba a Sonea y a Rothen al interior de una amplia sala de invitados. Tylia y Yilara estaban sentadas en dos de las sillas, y Sonea advirtió que sus vestidos eran de un estilo más urbano—. Bienvenidos a nuestro nuevo hogar. Es cuatro veces más grande que nuestra casa. A Alina le preocupa que nos acostumbremos tanto a vivir aquí que nos sintamos muy apretujados cuando regresemos.

Su esposa había salido de una puerta lateral con las manos enlazadas ante sí y la ansiedad reflejada en el rostro. Clavó los ojos en Sonea y los bajó hacia su túnica negra; su expresión se endureció y ella apartó la vista. Sonrió con nerviosismo

cuando Dorrien la apremió para que se uniera a ellos. Las dos chicas se pusieron de pie y se inclinaron a regañadientes, y se quedaron a un par de pasos de los adultos mientras estos intercambiaban fórmulas de cortesía.

—¿Te encuentras a gusto aquí? —le preguntó Sonea a Alina.

Alina miró a Dorrien.

—Tardaré un poco en aclimatarme —respondió la mujer en voz baja—. Prefiero preparar las comidas yo misma, pero Dorrien dice que debo dejar que los criados se ocupen de eso.

—¿Dónde cocinan?

—En el sótano —contestó Alina—. Cocinan para todas las familias que nos alojamos aquí. Por lo visto hay más sirvientes allí esta noche. Espero que no sea por culpa nuestra.

Dorrien sonrió.

—Lord Beagir también tiene invitados —dijo. Se volvió hacia Rothen y Sonea—. Pasad al comedor.

—Conque comedor, ¿eh? —Rothen rió entre dientes y abrió la boca para añadir algo, pero Dorrien arrugó el entrecejo, sacudió la cabeza y señaló con los ojos a Alina, que estaba mirando hacia otro lado. «Al parecer Alina no se siente muy cómoda con los lujos que hay aquí —pensó Sonea—. Dorrien no quiere que Rothen bromea sobre ello, pues podría hacerla sentir peor.»

Se trasladaron a una habitación amueblada con una mesa grande y ocho sillas. En una hornacina, al fondo de la estancia, había un gong del tamaño de un plato llano. Una vez que todos se acomodaron en las sillas, Dorrien posó la mirada en él, el macillo se movió y un tañido agradable inundó la habitación. Alina apretó los labios y meneó la cabeza.

Aunque seguramente le parecía un capricho extravagante, el sonido avisaba a los sirvientes que la familia estaba lista para cenar. En efecto, un par de criados varones apareció con bandejas cargadas con cuencos y platos de comida. Cuando terminaron de disponer los alimentos sobre la mesa, se colocaron las bandejas vacías bajo el brazo y preguntaron qué bebidas debían traer. Dorrien pidió vino y agua, y los sirvientes se retiraron a toda prisa.

Saltándose la costumbre anticuada de servir a los invitados, Dorrien simplemente los invitó a empezar. Cada uno se hizo con un plato y todos comenzaron a comer. Alina alzó la vista hacia Sonea con el semblante serio.

—¿Cómo va la caza del renegado? —preguntó.

—En estos momentos se ha convertido en un ejercicio de paciencia —le dijo Sonea—. Estamos esperando información. Una información fiable, pues no queremos precipitarnos ni poner en peligro a nuestras fuentes.

—¿Te refieres a la espía que trabaja para el otro ladrón? ¿La hija de tu amigo?

Sonea se quedó inmóvil y resistió el impulso de mirar a Dorrien. Este le había contado a su esposa más de lo que Sonea habría querido. Cuantas menos personas supieran que seguía siendo amiga de Cery, mejor, pero aunque esto llegara a saberse no peligraría la vida de nadie. En cambio, el dato de que Anyi era la hija de Cery podía poner la vida de la joven en riesgo si se difundía.

—Sí —contestó—. Es una tarea peligrosa, y sé que mi amigo está muy preocupado por ella.

—Si es peligroso para ella... —Alina dirigió la vista hacia Dorrien, se enderezó ligeramente en su asiento y se volvió de nuevo hacia Sonea—. ¿Es peligroso para nosotros también?

Sonea parpadeó, perpleja.

—No.

—Pero si ninguna de nosotras es maga. —Alina gesticuló en dirección a sus hijas y a sí misma—. ¿Y si esas personas a las que perseguís se enteran de que Dorrien os está ayudando, de que tiene una familia y de que vivimos aquí, y no en el recinto del Gremio? —Elevó la voz levemente—. ¿Qué impedirá que vengan cuando Dorrien no esté y nos amenacen... o hagan algo peor?

Sonea se esforzó por disimular las ganas de sonreír. Alina estaba angustiada de verdad. «¿Tiene motivos para estarlo? —La situación hipotética que Alina imaginaba no era imposible, solo improbable. Solo un asesino o secuestrador particularmente astuto y audaz podía colarse en la casa de un mago, sobre todo en una como aquella, en la que vivían varios—. ¿Alguien tan astuto y audaz como el asesino de la familia de Cery?» Tal vez, pero aquello no era la guarida secreta de un ladrón, demasiado recóndita para que alguien se diera cuenta de que la estaban allanando y acudiera en auxilio de sus habitantes.

—El alojamiento que habéis encontrado supone una ventaja para vosotros —le aseguró Sonea a Alina—. Como tenéis a otros magos por vecinos, podéis pedirles ayuda o enviar a los criados a que los llamen aunque Dorrien no esté. Un mago en una casa es un excelente elemento disuasorio, y aquí tenéis a cuatro. Además, esto hace que a un extraño le resulte más difícil saber si están todos en casa o no.

»Deberíais establecer unas normas y ceñiros a ellas —agregó Sonea cuando Alina abrió la boca para protestar—. Decidir a quién dejaréis entrar en vuestros aposentos y a quién no; cómo os mantendréis a salvo cuando os mováis por la ciudad; qué hacer si creéis que alguien os sigue o intenta entrar en la casa. —Sonea miró a Dorrien, que asintió con cara de resignación—. Estoy segura de que podéis pensarlo entre los dos.

Tal como Sonea esperaba, Alina centró su atención en Dorrien.

—Así lo haremos. —Lanzó una mirada fugaz a Sonea—. Te agradecemos el consejo.

—Cuanto antes encontremos a Skellin, antes podrás dejar de preocuparte por esto

—afirmó Dorrien.

Rothen emitió un sonido de conformidad.

—Y nadie estará a salvo si no lo encontramos.

—¿Y qué ocurriría entonces? —preguntó Yilara.

Sonea miró a la chica con una sonrisa de aprobación por su interés.

—Él quiere hacerse con el control de... —Unos golpes en la puerta de la sala de invitados la interrumpió.

—Voy a ver quién es —dijo Dorrien, levantándose y saliendo del comedor apresuradamente.

Los demás continuaron cenando, escuchando callados pero llenos de curiosidad el sonido de la puerta al abrirse, el de otra voz masculina y el de la puerta que se cerraba.

Unos pasos indicaron que Dorrien se acercaba de nuevo. Cuando cruzó la puerta del comedor, miró a Sonea.

—Es un mensaje para ti. Osen quiere que regreses al Gremio de inmediato. Lady Naki ha desaparecido.

Tras un día de navegación, Achatí, Dannyl y Tayend se encontraban en un puerto más pequeño situado al norte de Arvice. Achatí había dispuesto que pasaran la noche en tierra, en una finca que pertenecía a un ashaki que cultivaba raka. El ashaki Chakori había enviado un carruaje a recogerlos en el muelle. Reconocieron el olor a granos tostados bastante antes de llegar a la finca.

A diferencia de la mayor parte de los hogares sachakanos, la mansión y los edificios de labor no estaban cercados por un muro. La casa principal se alzaba a un lado, y los edificios de labor estaban a unos pocos centenares de pasos de ella. Había dos estructuras cilíndricas, y de una de ellas se elevaba una columna de humo que formaba una mancha oscura recortada contra las nubes iluminadas por la luna.

—Mi querido primo —había dicho Achatí una vez concluidas las presentaciones formales—. Cuánto me alegro de volver a verte.

A Dannyl le había sorprendido que Achatí no les hubiera hablado de su parentesco con su anfitrión. Como su amigo sachakano había asumido la responsabilidad de organizar el viaje, le había parecido descortés presionarlo para que le diera muchos detalles.

El ashaki Chakori irradiaba una mezcla de fuerza y satisfacción. Procedía de un antiguo y poderoso linaje sachakano, lo que le permitía vivir lejos de la ciudad y hacer lo que más le gustaba —cultivar y producir raka— sin arriesgarse a perder su prestigio entre los ashakis.

—Su padre y el mío eran hermanos —explicó Achatí al percibir la curiosidad de Dannyl—. El más joven heredó una mansión en la ciudad, y el mayor, esta finca. —

Se volvió hacia Chakori—. ¿Cómo están tu hijo y tu esposa?

—Kavori está en Elyne, sondeando las posibilidades comerciales. Inaki está bien. Achatí arqueó las cejas.

—¿En Elyne? ¿Y cómo le va?

—No tan bien como esperaba. —Miró a Tayend, meditabundo—. Allí se tiene la idea de que la raka es una bebida para plebeyos. ¿Es así, embajador?

Tayend asintió.

—Pero cada vez goza de mayor aceptación, debido a los magos que vuelven después de haber estudiado en el Gremio y haberse aficionado a ella.

Chakori dirigió su atención a Dannyl.

—O sea que en Kyralia no es una bebida para plebeyos.

—Lo era —dijo Dannyl en tono de disculpa—, pero durante los últimos veinte años, el Gremio ha invitado a personas de toda condición a solicitar su ingreso. Quienes procedían de las clases bajas transmitieron a los demás su gusto por la raka, que se ha vuelto muy popular entre los aprendices que estudian hasta altas horas de la noche.

—No me extraña. —Chakori soltó una risita—. Hay otro producto exótico que se ha abierto paso entre los kyralianos en los últimos años y que tiene un nombre vagamente parecido, ¿verdad?

—La craña. —Dannyl sacudió la cabeza—. Se ha convertido en un problema importante.

El ashaki asintió.

—Los esclavos de las fincas del sur consiguieron un poco recientemente, aunque no sé cómo. Tal vez un comerciante emprendedor de Kyralia cruzó las montañas para traerla. Sus efectos eran alarmantes; los esclavos se rebelaban o se negaban a trabajar. Su amo ha prohibido el consumo y también la posesión de la droga, y ha recomendado a los demás que sigamos su ejemplo.

—Es una buena idea —dijo Dannyl. «Por otro lado..., si la craña indujo a los esclavos a sublevarse, podría llegar a ser la clave para acabar con la esclavitud en Sachaka. Pero después el país se encontraría en una situación muy difícil, con la mayoría de los trabajadores incapacitados. Solo un enemigo despiadado o desesperado haría algo así. Además, si la producción de craña se implantara aquí, ¿qué implicaría eso para Kyralia?»

—¿Desean comer algo, o esperamos a más tarde? —preguntó Chakori—. Puedo mostrarles la finca, si no están cansados debido a su viaje.

Achatí miró a Dannyl y a Tayend. Dannyl elevó los hombros para indicar que las dos opciones le parecían bien. Tayend asintió.

—Ambas propuestas son tentadoras —le dijo Achatí a su primo—. Haremos lo que te resulte más conveniente.

El ashaki sonrió.

—Entonces daremos una vuelta por la finca, pues he ordenado que les preparen un plato que requiere por lo menos tres horas de elaboración para quedar bien.

Chakori los guió por la mansión. Aunque la ausencia de un muro exterior era poco convencional, la casa tenía una distribución y una decoración tradicionales. El sinuoso pasillo principal partía de la sala maestra en que Chakori los había recibido y atravesaba dos conjuntos de habitaciones, pero se bifurcaba, a diferencia del de la Casa del Gremio, y Chakori los llevó por una rama que conducía a una puerta trasera.

Salieron a un patio amplio y se encaminaron hacia los edificios de labor. Al lado de las dos estructuras altas y cilíndricas, la mansión parecía pequeña y modesta. Se respiraba un olor muy fuerte a semillas tostadas de raka.

Chakori señaló los edificios.

—El de la izquierda se utiliza como granero y para llevar a cabo la fermentación; el de la derecha, para tostar y embalar. —Se acercó al granero y los hizo pasar por una pesada puerta de madera a una habitación iluminada por una lámpara. Un globo de luz se materializó con un zumbido encima de su cabeza y aumentó de intensidad hasta que sus rayos bañaron todo el cuarto.

El espacio estaba dividido en varias secciones, con paredes de madera que partían de forma radial de una zona central. Los esclavos habían desmontado una de estas paredes y estaban rastrillando un gran montón de granos hacia el compartimiento contiguo. Otro grupo llenaba unas carretillas de grano a paladas. Cuando un esclavo se desplazó de un grupo al otro, con la evidente intención de supervisar el proceso, Danyl lo reconoció, sorprendido.

«¡Es Varn!»

Chakori guió a sus invitados a la zona central, mientras los esclavos se arrojaban al suelo ante su amo, y cuando Varn se volvió, sus ojos pasaron de Chakori a Achatí. Vaciló por un breve instante, presa de la estupefacción antes de postrarse también.

Danyl miró a Achatí. El antiguo amo de Varn pareció extrañado y un poco molesto, pero recobró la compostura enseguida.

—Tu esclavo supervisor antes era mío —le dijo a Chakori.

Su primo asintió.

—Sí, el hombre al que se lo compré me dijo que Varn te había pertenecido. Ha sido un buen trabajador.

—Lo es. Y también es un buen esclavo fuente. ¿Sabes por qué lo vendió Voriki?

Chakori se encogió de hombros.

—Ni idea. Supongo que necesitaba el dinero. ¿Te arrepientes de haberlo vendido? ¿Quieres comprármelo?

Danyl se alegró de estar detrás de los dos sachakanos y de que no lo vieran torcer el gesto por la naturalidad con que hablaban de comprar y vender personas.

Achati no respondió enseguida.

—Es una oferta tentadora, y a veces sí lamento haberlo vendido, pero no.

Chakori asintió, ordenó a los esclavos que volvieran al trabajo y comenzó a explicar el proceso de almacenamiento y fermentación. Dannyl resistió el impulso de observar a Varn para comprobar si lanzaba alguna mirada a Achati y si su expresión era de reproche o no. No pudo evitar recordar el momento en que los vio de lejos durante la búsqueda de Lorkin, cuando creían que nadie los miraba y que no había testigos del afecto y el deseo evidente que sentían el uno por el otro. Pero ¿qué le había dicho Achati después?

«Solo cuando sabes que el otro puede dejarte fácilmente aprecias el hecho de que se quede.»

¿Era esa la razón por la que Achati había vendido a Varn? ¿Había empezado a sospechar que la adoración de este fuera fingida? ¿O se había enterado de que lo era al leerle la mente?

Cuando Chakori terminó su explicación, los invitó a echar un vistazo por la habitación. Recorrieron los segmentos de almacenamiento, examinando las semillas relucientes. Cerca de ellos había una pila de hojas desechadas que semejaban tazones grandes y alargados. Dannyl se volvió hacia su anfitrión cuando se aproximaban a Varn y los esclavos que rastrillaban los granos en fermentación.

—¿Qué aspecto tienen las plantas de raka? —preguntó.

Chakori sonrió, complacido con la pregunta.

—Son árboles pequeños, más o menos el doble de altos que un hombre. Las semillas vienen en vainas... como estas. —Dannyl siguió a Chakori cuando este se dirigió hacia las hojas desechadas, pero Achati se quedó atrás. Chakori recogió dos y tendió una a Dannyl y otra a Tayend. Eran gruesas e inflexibles como la piel de gorín.

—¿Las utiliza usted para algo? —inquirió Tayend.

—Se las doy a un vecino, que las corta en pedacitos y las esparce sobre sus campos. Me asegura que repelen insectos y hacen que las plantas crezcan más deprisa. —Chakori se encogió de hombros.

—Parecen cascos de barcas pequeñas —observó Tayend—. Podrían usarse como cuencos. ¿Arden bien? ¿El humo que producen huele a raka?

Dannyl volvió la mirada hacia Achati. Su amigo estaba hablando con Varn. Aunque el esclavo tenía la vista baja, esbozó una leve sonrisa y asintió. Cuando Dannyl miró de nuevo al frente, vio que Tayend frotaba el interior de su vaina.

—Zapatos —murmuró—. Me pregunto si podrían tallarse en forma de zapatos.

Achati apareció al lado de Dannyl.

—No me gustaría caminar mucho rato con eso en los pies.

—No, tienes razón —convino Tayend. Devolvió la vaina a Chakori, que la tiró de nuevo sobre la pila.

—Bien —dijo Chakori—. Ahora les enseñaré el proceso de torrefacción.

Lorkin había descubierto algo que no sabía nadie del Gremio, tal vez ni siquiera su madre.

Cuando a uno lo despojaban una y otra vez de su magia, acababa por tener dolor de cabeza.

Sus captores habían absorbido su energía a intervalos regulares para impedir que se recuperara mágicamente. Esto lo había dejado tan débil que ni siquiera podía quitarse la venda que le cubría los ojos. Incluso en los momentos en que tenía fuerzas suficientes para moverse, los pocos intentos que había hecho de apartar la venda restregando la frente contra la pared le habían valido un golpe en la cabeza que le había provocado un zumbido en los oídos.

La falta de energía tampoco le permitía aliviar la tensión ni el dolor que sentía por tener los brazos atados a la espalda y por haber pasado horas sin dormir tumbado en el frío e irregular suelo de piedra. Aun así, no habría debido resultarle imposible pedir ayuda con la mente. Otra cosa se lo impedía, aunque no estaba seguro de qué era. La idea de que alguien hubiera podido bloquear su magia cuando él estaba inconsciente lo hacía sentirse extremadamente vulnerable y vejado, hasta que, poco después, comprendió que no le habrían arrebatado energía con tanta frecuencia si no hubiera sido capaz de usarla.

Las horas transcurrían lenta y penosamente.

Él no podía hacer otra cosa que pensar e intentar encontrar una salida a su situación. Sus captores eran con toda seguridad miembros de la facción de Kalia. Era muy improbable que hubiera forasteros viviendo en Refugio, aunque no podía descartar por completo la posibilidad. Tal vez el Gremio había reclutado a Traidores descontentos o les había prometido algo —como los conocimientos de sanación mágica— a cambio de que lo rescataran. Quizá el rey sachakano ya tenía espías en Refugio y quería que alguien se llevara a Lorkin de allí antes de invadir la ciudad.

El problema era que ni en un caso ni en otro tenía sentido que lo hubieran secuestrado de aquel modo.

«Los principales sospechosos son la gente de Kalia», concluyó una vez más.

Intentó convencerse de que no se atreverían a matarlo, pero temía estar equivocado. Aunque el asesinato de un Traidor podía castigarse con la muerte, la facción de Kalia seguramente consideraría que él no era un Traidor de verdad. Tal vez una de ellas estaba dispuesta a cargar con la culpa y sacrificarse para librar a Refugio de él.

Cuando se preguntó qué otra cosa podían querer de él, la respuesta hizo que se le desbocara el corazón por el miedo y la rabia.

«Independientemente de lo que planeen hacer conmigo, me leerán la mente.

Cuando lo hagan, descubrirán todo lo que sé sobre la sanación.»

Esto lo había llevado a plantearse qué haría si le exigían este conocimiento a cambio de su vida. Era muy poco probable que lo hicieran, pues no necesitaban su colaboración, pero aunque es posible aprender los fundamentos de la sanación basándose tan solo en una lectura mental, la experiencia y la práctica eran insustituibles.

«Si me lo exigen... ¿se lo daré? ¿Impedir que accedan a esta información es más importante que conservar la vida?»

En ocasiones, no se lo parecía. No le gustaba tener que negarse a revelar conocimientos que podían ayudar a aquel pueblo. No los culpaba por haber recurrido a una táctica poco ética para conseguirlos.

Pero la decisión no estaba en sus manos. El conocimiento no le pertenecía a él, sino al Gremio. ¿Esperaría el Gremio que él muriera para proteger ese derecho?

«¿Por qué tengo que someterme a la autoridad del Gremio? Le dije a Dannyl que todos debían comportarse como si yo hubiera dejado de ser miembro. ¿Se lo decía en serio? ¿Sigo considerándome un mago del Gremio?»

No tuvo la oportunidad de reflexionar sobre ello durante mucho rato. El sonido de una puerta que se abría y se cerraba le aceleró el pulso de nuevo. Oyó unos pasos. Algo en la cadencia de las pisadas descorazonó a Lorkin y a la vez despertó la ira en su interior. Habría reconocido aquel andar enérgico y patiocorto en cualquier parte.

«Kalia.»

—¿Dónde has estado? Llevamos horas vigilándolo —se quejó una mujer, una de las que habían estado custodiándolo y vaciándolo de energía, supuso Lorkin.

—No he podido escaparme antes. No estaba sola —replicó Kalia.

—Claro que no lo estabas. Otra persona debería encargarse de esto —señaló la segunda vigilante.

—Soy la sanadora de Refugio —repuso Kalia en un tono de superioridad—. Tengo la responsabilidad de asegurarme de que nuestra gente reciba el mejor tratamiento posible.

Las dos mujeres guardaron silencio. Los pasos se acercaron. Lorkin oyó el crujir de unas articulaciones. Le picaba la piel bajo la venda. Algo frío y vivo le tocó la frente.

Él hizo un movimiento brusco de modo instintivo para quitarse la mano de encima. Acto seguido, notó una presión en la cabeza que la sujetó con firmeza contra el suelo. La superficie áspera se le clavó dolorosamente en el cogote. Volvió a percibir aquel tacto frío.

Sintió una presencia en el borde de su mente. Sintió que esa presencia se deslizaba sin esfuerzo al interior de su cerebro. Intentó resistirse a la voluntad que estaba apoderándose de sus recuerdos, aunque esto agudizaba su jaqueca. Pero fue en

vano. Nada podía detener aquella mente que buscaba y examinaba con avidez.

No te saldrás con la tuya, envió a la invasora. Si usas la magia para sanar a la gente, sabrán que me robaste el conocimiento a mí.

Pero si me lo has dado de buen grado, contestó Kalia. Justo antes de partir hacia tu país. Les diré que intenté disuadirte, por supuesto. Que te aconsejé que esperaras a que yo te consiguiera a un guía, pues de lo contrario morirías congelado. Pero como no eres más que un kyraliano ignorante, tu orgullo te impidió aceptar la oferta. Serás el único culpable de tu muerte.

No se lo creerán.

Claro que no. Pero tendrán que aceptarlo, pues no habrá otros testigos.

Lorkin notó que la desesperación amenazaba con prevalecer sobre su autocontrol. La hizo a un lado y, cuando Kalia escarbó de nuevo en sus recuerdos e invocó el conocimiento de la sanación mágica a la superficie, intentó distraerla con otros pensamientos. Ella hizo caso omiso de ellos, demasiado ansiosa por aprender lo que él sabía. Solo cuando hubo satisfecho su curiosidad dejó que su atención se dispersara. Entonces incitó a la mente de Lorkin a revelar recuerdos o hechos que él quisiera ocultarle.

La mente era traicionera, por lo que Kalia no tuvo que insistir mucho. En circunstancias normales, él habría podido guardar aquellos recuerdos detrás de puertas imaginarias, a salvo de cualquier intrusión. Por lo general, un mago que penetrara en su mente tendría la delicadeza de mantenerse alejado de esas puertas. Pero Kalia no.

Ella rebuscó en los recuerdos de su infancia y le divirtió ver cómo se habían burlado de él en el Gremio por el origen humilde y la soltería de su madre; se llenó de júbilo al enterarse de cómo le había partido el corazón Beriya, su primer amor; se mofó de sus esperanzas de realizar hazañas tan heroicas como las de su padre; y mostró un desprecio profundo por la atracción que sentía hacia Tyvara...

Un sonido rompió la concentración de Kalia. Aunque los oídos de Lorkin le dijeron que era un sonido fuerte, como tenía la atención sujeta a su mente, no lo asimiló. Entonces su conciencia regresó de golpe al mundo físico. Tenía los sentidos embotados.

—¿Qué? —espetó Kalia.

—Te han seguido. Los hemos burlado, pero no tardarán mucho en darse cuenta.

Se produjo un silencio. Lorkin alcanzó a oír la respiración de Kalia.

—¿Lo has conseguido? —preguntó una de las vigilantes.

—Tal vez —respondió Kalia en un tono especulativo que provocó un escalofrío a Lorkin—. Levantadlo. Conozco un lugar ideal para esconderlo.

Con la cabeza dándole vueltas, más por falta de comida y agua que por otra cosa, Lorkin notó que unas manos lo obligaban a ponerse de pie y lo empujaban hacia

delante por el espacio estrecho y resonante de lo que debía de ser un pasadizo.

ESTRATAGEMAS

La nieve que había caído la noche anterior estaba apilada a ambos lados del camino. Se mantenía intacta a la sombra de los árboles, donde la luz del sol aún no había empezado a fundirla. Sonea se inclinó hacia la ventanilla para contemplar la atalaya, preguntándose si hacía más frío en aquel edificio que en los de la ciudad. Algo atrajo su mirada hacia la tercera fila de ventanas.

«¿Es una persona asomada? —Con el ceño fruncido, aguzó la vista y alcanzó a distinguir el rostro de una joven en una de las ventanas—. Lilia.»

La joven estaba observando el carruaje. A Sonea le pareció que sus miradas se encontraban, aunque estaba demasiado lejos para descartar que hubiera sido fruto de su imaginación. Entonces el vehículo giró, y se perdieron de vista mutuamente.

«Diez años es mucho tiempo —se dijo Sonea—. Pero al menos está sana y salva.»

Sus pensamientos se dirigieron de nuevo hacia Naki. La chica llevaba una semana desaparecida. Sus criados no habían denunciado su ausencia hasta que esta se prolongó más de lo habitual. Por lo visto se marchaba durante unos días de vez en cuando sin dar explicaciones. Los magos habían interrogado a todos los empleados del servicio doméstico y habían registrado los lugares en que estos suponían que ella podía estar, pero la investigación había demostrado que se equivocaban. Aunque se habían puesto en contacto con sus parientes, ninguno de ellos había tenido noticia de la chica.

Naki no había recibido visitas últimamente, pero sí muchas cartas. Una sirvienta había declarado que Naki no parecía contenta con las misivas y las había quemado con magia de inmediato.

«Pero cuando Kallen señaló que los poderes de Naki habían sido bloqueados, y que por tanto era imposible que hubiera utilizado la magia, la criada se quedó pensativa. Dijo que había visto a Naki echar una carta al fuego recientemente, pero creía que era por la rabia. No se le había ocurrido que era porque Naki ya no podía usar la magia.»

Kallen le había preguntado si las cartas habían dejado de llegar desde que Naki se había marchado de la casa. La sirvienta había meditado sobre ello y luego había asentido. «Muy astuto por parte de Kallen —reconoció Sonea para sí—. Yo estaba pensando en preguntar cuándo comenzaron a llegar las cartas, no cuándo cesaron.»

El carruaje redujo la velocidad hasta detenerse en la base de la torre. Sonea se apeó y notó que la gelidez del ambiente la envolvía. Los guardias apostados alrededor de la torre iban bien abrigados. Ella aguantó las ganas de crear un escudo en torno a

sí y calentar el aire del interior. El frío le resultaba estimulante, y siempre le había gustado ver cómo se condensaba su aliento. Cuando era niña le parecía algo mágico, aunque solía estar tiritando cuando eso ocurría.

De pronto la asaltó el recuerdo de estar arrebujada en un abrigo viejo, con los pies doloridos del frío que se filtraba a través de sus botas de suela delgada. Entonces la puerta de la atalaya se abrió y la imagen se desvaneció de su mente. Un guardia estaba dedicándole una reverencia y, mientras, le hacía gestos apremiantes para que entrara, ansioso por cerrar la puerta.

Después de intercambiar con el capitán y el mago de turno las cortesías de rigor, Sonea siguió a otro guardia escaleras arriba. Este abrió la trampilla en la puerta de la habitación de Lilia.

—Lady Lilia, tiene visita —dijo en voz muy alta. Tras cerrar la trampilla, dirigió su atención a la cerradura. Una vez que abrió la puerta, se apartó para dejar pasar a Sonea.

Lilia estaba de pie junto a una silla, frente a la ventana. Tenía los ojos desorbitados y miró a Sonea con esperanza antes de hacer un esfuerzo visible por dominar su entusiasmo.

—Maga Negra Sonea —saludó, inclinándose ante ella.

—Lilia —respondió Sonea. Al echar una ojeada a la habitación, advirtió que estaba confortablemente amueblada y que la temperatura era agradable. Había dos libros sobre una mesilla, al lado de la cama—. Quiero hacerte unas preguntas.

La expresión de la chica pasó de la esperanza a la desilusión, y después a la resignación. Ella asintió y señaló una mesa pequeña y dos sillas.

—Por favor, siéntese.

Sonea aceptó la invitación y esperó a que Lilia ocupara la otra silla para mirarla a los ojos.

—Nadie ha visto a Naki desde hace más de una semana. —Sonea percibió la alarma en el rostro de Lilia—. En su casa no había rastros de violencia ni una nota que explicara su ausencia. Hemos rastreado todos los lugares que los criados saben que a Naki le gustaba visitar. ¿Sabes de algún sitio al que pueda haber ido y del que ellos no hayan oído hablar?

Lilia torció el gesto.

—Algunas casas de braseros. —Enumeró varios nombres.

Sonea asintió.

—Los sirvientes también las mencionaron. ¿Se te ocurre algún otro lugar?

Lilia sacudió la cabeza.

—¿No tenía otros amigos, tal vez algunos con los que ya no se juntaba?

—No, aunque... en el Gremio corría el rumor de que había hecho amistad con una sirvienta joven pero su padre había despedido a su familia.

—Sí, nos hemos puesto en contacto con ellos, pero tampoco la han visto. ¿Había chicos que le iban detrás, aunque ella no estaba interesada en ellos?

Lilia bajó la vista y se ruborizó.

—Que yo sepa, no.

—¿Se... se relacionaba con delincuentes, vendedores de craña, tal vez?

—No... no lo sé. Supongo que tenía que comprarle la craña a alguien. Si es que no la robaba de las reservas que tenía su padre. —Lilia alzó la mirada—. ¿Han averiguado ya algo acerca de su asesino?

Sonea se quedó callada por unos instantes, disgustada por el cambio de tema. «Pero es lógico que esté ansiosa por saberlo, teniendo en cuenta que su amiga le echó la culpa de ello.»

—No —le dijo Sonea—. O al menos, si los magos que investigan el caso han descubierto algo, no ha sido lo bastante importante para informar de ello a los magos superiores.

—Entonces... ¿no lo está investigando usted?

Sonea sonrió, algo avergonzada.

—Ojalá pudiera, pero tengo que encontrar a un mago renegado. El Mago Negro Kallen está al cargo de la investigación.

—Pero usted está intentando localizar a Naki.

—Me he ofrecido a interrogarte, puesto que ya hemos hablado... o nos hemos comunicado un poco.

Lilia asintió.

—Según los sirvientes, a Naki le llegaban cartas que la ponían de mal humor. Las recibió desde un tiempo antes de la muerte de lord Leiden hasta el último día que la vieron en su casa. ¿Sabes algo de esas cartas?

Lilia negó con la cabeza y luego suspiró.

—No estoy siendo de mucha ayuda, ¿verdad?

—Lo que una persona ignora puede resultar tan útil como lo que sabe —le aseguró Sonea—. Es interesante que Naki confiara en ti lo suficiente para mostrarte el libro con las instrucciones para realizar magia negra, y en cambio nunca te hablara de las cartas. Parece indicar que tenía un secreto aún mayor.

—¿Qué podría ser peor que la magia negra? —preguntó Lilia con un hilillo de voz.

—No lo sé. —Sonea se puso de pie—. Pero tenemos la intención de averiguarlo. Gracias por tu ayuda, Lilia. Si se te ocurre algo, pide a los guardias que me envíen a alguien.

Lilia asintió.

—Así lo haré.

Consciente de que los ojos de la joven la seguían, Sonea salió de la habitación.

Cuando el celador cerró la puerta con llave a su espalda, ella se quedó contemplando la puerta contigua. «Lorandra. ¿Tiene algún sentido que la visite de nuevo? Bueno, ya que estoy aquí...»

«¿Qué estás haciendo, Naki? ¿Dónde estás? ¿Has ido allí a propósito, o te ha llevado alguien?»

»¿Estás viva, al menos?»

Una vez más, Lilia sintió un nudo en el estómago. Llevaba todo el día dando vueltas a estas preguntas en la cabeza. Al principio lo hacía adrede, con la esperanza de que las respuestas salieran de algún modo a la superficie y ella pudiera llamar a Welor y enviarlo a buscar a Sonea. Con su ayuda, Naki sería rescatada, o al menos localizada. Tal vez entonces su amiga comprendería que ella jamás sería capaz de hacerle daño. O quizá el Gremio se mostraría agradecido con ella por su ayuda, y tal vez...

«¿Me dejaría salir de aquí? Lo dudo. —Lilia suspiró—. Eso solo ocurrirá si por algún motivo se me olvida cómo se usa la magia negra.»

Tras hacer un esfuerzo por dejar de caminar de un lado a otro, se sentó y cogió uno de los libros. Aunque empezaba a entender por qué le gustaban a Welor —las descripciones de batallas estaban claramente escritas con entusiasmo—, ni siquiera el relato más emocionante del mundo habría conseguido retener su atención durante mucho tiempo, ya que la persona a quien más quería había desaparecido. Volvió a dejar el libro sobre la mesa.

Un sonido procedente de la habitación vecina atrajo su mirada hacia la puerta lateral. Ella había estado escuchando mientras Sonea hablaba con Lorandra. Había sido una conversación extraña, casi unilateral, pues Lorandra no parecía muy dispuesta a responder a las preguntas de Sonea, y en las pocas ocasiones en que abría la boca era para desviar el tema por completo. Aunque ninguna de las dos había dicho algo que pudiera considerarse descortés o amenazante, le había parecido que la reunión en general evidenciaba el antagonismo entre ambas. A Lilia no le sorprendió que Sonea se diera por vencida y se marchara.

Como ya no había nada que escuchar, Lilia vagó por la habitación. Un golpecito en la puerta la sobresaltó.

—¿Has acabado de caminar de un lado a otro? —preguntó una voz amortiguada.

Lilia esbozó una sonrisa irónica. Si se había habituado a escuchar a la otra mujer, no era de extrañar que Lorandra hiciera lo mismo con ella.

—Por el momento, sí —dijo, acercándose a la puerta.

—¿Te han dado una mala noticia?

—Sí. Mi amiga ha desaparecido. —Aunque Lilia le había hablado de Naki a Lorandra, solo la había descrito como una amiga íntima.

—¿Sabes dónde está?

—No. —«Seguro que Lorandra me ha oído decirlo..., pero supongo que se le ha ocurrido la posibilidad de que haya mentido a Sonea.»

—Apuesto a que desearías poder ir a la ciudad a intentar encontrarla.

—Vaya si lo deseo —suspiró Lilia—. Pero aunque no estuviera aquí encerrada, no sabría dónde buscarla.

—¿Crees que es más probable que se la hayan llevado contra su voluntad, o que esté escondida?

Lilia reflexionó.

—¿Por qué iba a esconderse? Tendría sentido si hubiera aprendido magia negra, pero la Maga Negra Sonea lo habría detectado en su mente. Así que es más probable que se la hayan llevado contra... —Lilia no pudo terminar la frase. Se estremeció. Por otro lado, se sintió un poco mejor. Al menos aquello era una respuesta, aunque no muy reconfortante.

—¿Por qué querría alguien hacer eso?

—No lo sé.

—¿Qué tiene ella que pueda interesar a otros?

—Dinero. Heredó la fortuna de su padre cuando lo mataron. —A Lilia el corazón le dio un vuelco—. ¡Tal vez descubrió a su asesino!

—En ese caso, seguramente está muerta.

A Lilia se le cayó el alma a los pies. No quería pensar en ello.

—¿Y si no está muerta? —preguntó—. ¿Y si la tienen cautiva? ¿Y si le están haciendo chantaje? —«¿Y si alguien intenta obligarla a revelar las instrucciones del libro sobre magia negra?»

Lorandra se quedó callada durante un rato.

—Me temo que no lo sabrás hasta que el Gremio lo averigüe y se tome la molestia de decírtelo. ¿Crees que lo harán?

A Lilia se le encogió el corazón.

—No lo sé.

—Me ha parecido que Sonea no las tenía todas consigo.

—¿De veras? —Lilia hizo memoria. No conseguía acordarse. La conmoción y la preocupación por Naki le habían nublado la mente.

—Sí. —Lorandra dio unos golpes ligeros en la puerta, como si tamborileara en ella con los dedos mientras meditaba—. En otra época, habría podido averiguártelo. Tengo contactos en la ciudad. Muchos, muchos contactos. En su mayoría no son especialmente respetables, pero en parte por eso estoy aquí. Si fuera libre, te ayudaría a encontrar a tu amiga o a investigar lo que le ha ocurrido.

Lilia sonrió, aunque sabía que la mujer no podía verla.

—Gracias. Me alegra saber que lo harías si pudieras. —«Qué curioso que esta

mujer, a quien el Gremio considera una criminal, comprenda mejor que nadie aquello por lo que estoy pasando. Bueno, dicen que los ladrones y la gente de los bajos fondos valoran la lealtad.»

—Bloquearon tus poderes antes de encerrarte aquí, ¿verdad?

—Claro. —Lilia frunció el ceño ante aquel cambio de tema.

—¿Has intentado romper el bloqueo, o atravesarlo?

—No.

—¿Por qué no?

—Pues... ¿Para qué perder el tiempo? La Maga Negra Sonea lo implantó allí. Dudo mucho que pueda romper un bloqueo creado por ella. Si lo intentara seguramente acabaría con dolor de cabeza.

—Entonces... ¿influye en algo lo poderoso que sea el mago que lleva a cabo el bloqueo? ¿O el hecho de que se trate de un mago negro?

Lilia sacudió la cabeza.

—No lo sé. Solo sé que el bloqueo separa tu voluntad de tu energía, así que da igual lo poderoso que seas.

—Pero no puede separar el control por completo. De lo contrario, estaríamos muertas.

—Claro.

—¿Cómo lo consiguen?

—No lo sé. —Lilia hizo un gesto de disgusto. Últimamente decía «no lo sé» con mucha frecuencia.

—Me parece que los magos negros no solo son más poderosos que los magos normales, sino que poseen un tipo de magia diferente y la controlan de otra manera.

—No son más poderosos a menos que hayan absorbido energía de otras personas —la corrigió Lilia—. Aunque Sonea y Kallen ya eran más fuertes que la mayoría de los magos antes de aprender magia negra, no se han hecho más fuertes. No se les permite absorber energía sin autorización previa, y solo se les concedería si el país se enfrentara a una invasión o a alguna otra amenaza.

—¿En serio? Entonces estoy en lo cierto. Es un tipo distinto de magia. —El tono de Lorandra era el de alguien que acababa de enterarse de algo que la complacía en gran medida. «Si no lo sabía... ¿he hecho bien al decírselo? Pero tiene razón. Yo no aprendí magia negra absorbiendo energía, sino probando una forma diferente de percibirla»—. O sea que sus poderes son distintos —señaló Lorandra—. Pueden hacer cosas que otros magos no pueden, como leer las mentes. Pueden sortear las defensas de las personas, a diferencia de los magos comunes.

—Sí. —Eso era bastante evidente.

Lorandra hizo otra pausa, pero no tan larga como la anterior.

—Cabría pensar que si son capaces de hacer cosas distintas con la mente, eso

significa que cualquier bloqueo que se impusiera a esa mente tendría que ser distinto también. ¿Implantó Sonea un bloqueo corriente en tu mente? No me respondas —añadió—. Solo estoy pensando en voz alta. Pero contéstame a esto, si puedes: ¿se había implantado antes un bloqueo mental a un mago negro?

—Que yo sepa, no. Los libros de historia no mencionan nada al respecto.

—Creo que deberías intentar superar el bloqueo. Si nadie había aplicado uno antes a un mago negro, y la magia negra elude las restricciones normales, ¿cómo saben que lo han hecho bien?

Lilia fijó la vista en la puerta. Tenía el pulso un poco acelerado. Se disponía a replicar que Sonea simplemente le impondría el bloqueo de nuevo. «Si se enterara de que lo he eliminado. Pero si yo no utilizara la magia en presencia de otras personas, nadie lo sabría. —Por otra parte, estaba pasando por alto la consecuencia más obvia de su posible éxito: Lorandra no se resignaría a quedarse en la atalaya—. Querrá que nos saque a las dos.»

En otras circunstancias, Lilia se habría negado. No habría dado el brazo a torcer, pues sabía que Sonea y Kallen la perseguirían hasta darle caza, y que la pena por fugarse sería peor que la prisión.

«Probablemente me ejecutarían.»

Pero si encontrara a Naki, tal vez valdría la pena. La razón le decía que no estaba lo bastante familiarizada con la ciudad para dar con Naki antes de que el Gremio la atrapara, pero al lado tenía a una mujer que conocía bien la ciudad; que sabía moverse por los barrios bajos, donde con toda seguridad estaba prisionera Naki; y que quería ayudar a Lilia.

Aunque no había nada que Lilia deseara más que encontrar a Naki, ¿qué quería Lorandra?

«Pues quiere ayudarme a cambio de que yo la saque de esta prisión —pensó Lilia—. Debería ponerle algunas condiciones antes.»

—¿Cuánto tiempo crees que se tardaría en encontrar a Naki?

Lorandra rió entre dientes.

—Tienes una mente ágil, lady Lilia. No puedo decírtelo con exactitud. Tendría que localizar a mi gente, y, si no lo saben aún, les llevaría un tiempo averiguarlo.

—¿Crees que podríamos escabullirnos de aquí cada noche y regresar por la mañana sin que los guardias nos descubrieran? —«Así ganaríamos más tiempo que si nos marcháramos y el Gremio empezara a seguirnos la pista. Podríamos pasarnos semanas buscando a Naki, si fuera necesario. Si se dieran cuenta de que hemos estado escapándonos a diario, quizá me perdonarían por volver todas las noches. Tal vez incluso encontraríamos a Naki sin que el Gremio se enterara siquiera de que hemos salido de la atalaya.»

—Tal vez. —El tono de Lorandra era difícil de interpretar—. Depende de si

podemos entrar y salir de aquí sin que nadie nos viera. Si tuviera acceso a mis poderes, podría levitar...

—Yo puedo levitar —se apresuró a decir Lilia. No quería que Lorandra la convenciera de que desbloqueara sus poderes. Ya era bastante grave liberar a la mujer, pero soltarla en la ciudad con un control total sobre sus poderes sería mucho peor—. Entonces... Si me encargo de que las dos salgamos de aquí, ¿me prometes que me ayudarás a encontrar a Naki?

—Sí.

—¿Y que intentaremos escabullirnos y volver sin que nadie se dé cuenta?

—Sí.

—Entonces, lo haré. Si consigo deshacer el bloqueo.

—Si aprendiste magia negra al primer intento, me imagino que esto no será muy distinto. Si es algo que puede hacerse, lo conseguirás.

—Espero que sí. Mientras lo intento, tú piensa cómo sacarnos de aquí.

—Así lo haré. Buena suerte.

Lilia se apartó de la puerta. Miró en torno a sí, se acercó a la silla colocada frente a la ventana y se sentó. Cerró los ojos y comenzó a realizar un ejercicio de respiración para relajarse y centrar su mente.

Cuando sintió que estaba lista, dirigió la atención a su interior. Percibió el bloqueo de inmediato. En las otras ocasiones en que había hecho esto, había encontrado enseguida la esfera de energía que tenía dentro. Ahora, algo se interponía en su camino. En ciertos aspectos parecía una barrera o un escudo mágico, pero no lo era.

Lilia lo pinchó con suavidad. El obstáculo resistió. Ella ejerció presión contra él, pero era como un muro sólido y frío. «Tengo que probar con más fuerza. Me va a doler. Más vale que me prepare.» Intentó tomar medidas para minimizar el dolor, pero no tenía idea de cómo hacerlo mentalmente. No había músculos en su mente que pudiera tensar.

Tras hacer acopio de determinación, lanzó su voluntad contra el muro. En el acto, un dolor agudo estalló en su mente. Ella soltó un jadeo, abrió los ojos y se llevó las manos a la cabeza, en la que notaba unas punzadas más intensas que cualquier jaqueca que hubiera sufrido antes. «Uf. Eso ha sido duro.» Balanceándose en la silla, se concentró en la respiración y esperó mientras el dolor remitía lentamente. Cerró los ojos de nuevo y pensó en el bloqueo. Sentía una renuencia muy grande a acercarse de nuevo a él con sus sentidos.

«Amo a Naki. Tengo que ayudarla. He de encontrar alguna solución. —Caviló sobre el bloqueo—. ¿Cuán fuerte es?» No irradiaba una sensación de fuerza. Estaba allí, sin más.

Ella reflexionó sobre la suposición de Lorandra de que la magia negra era distinta

de la magia normal. Recordó las instrucciones del libro.

«En sus primeras lecciones, al aprendiz se le enseña a imaginar su magia como un recipiente, quizá una caja o una botella. Conforme aprende más llega a entender lo que le dicen sus sentidos: que su cuerpo es el recipiente, y que la barrera natural de la magia que hay en la piel impide que la energía que contiene se escape.»

«Mi cuerpo es el recipiente», se dijo, e intentó lograr la expansión de la conciencia que había experimentado antes. Esta volvió a ella al instante, provocándole una oleada de entusiasmo. Buscó el bloqueo. Seguía allí.

Pero ahora era irrelevante. El bloqueo protegía el lugar al que le habían enseñado que debía acudir en busca de magia, pero en realidad su cuerpo entero estaba lleno de magia. Podía acceder a ella desde cualquier parte...

Lilia abrió los párpados. Invocó su magia y notó que esta respondía. La canalizó hacia el exterior y la utilizó para elevar los libros de Welor encima de la mesa. Una oleada de triunfo la recorrió.

«¡Lo he conseguido!»

Se levantó de un salto de la silla y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¡Lo he conseguido! —exclamó—. ¡Tenías razón!

—Bien hecho. Ahora, apártate de la puerta y no digas nada —le indicó Lorandra en voz baja—. Oigo a alguien que se acerca.

El corazón de Lilia dejó de latir por un instante. Retrocedió unos pasos, alejándose de la puerta, y escuchó. En efecto, se alcanzaba a oír el sonido leve de los pasos de una persona.

—La cena —dijo ella—. Después hablamos.

—Buena chica.

Lilia volvió la espalda a la puerta y se acercó a la mesita en la que comía para aguardar a que Welor entrara, debatiéndose entre la euforia por su logro y el sentimiento de culpa por lo que planeaba hacer.

«Lo hago por Naki —se recordó—. Da igual lo que me pase después, siempre y cuando ella esté a salvo.»

Lorkin tenía la sensación de que llevaba días esperando a que alguien lo matara, sin saber si le quedaban horas o minutos de vida. Aunque se las había arreglado para mantener a raya el pánico que amenazaba constantemente con adueñarse de él, las náuseas eran implacables. Cada vez que el pinchazo de un cuchillo en su piel anunciaba que le arrebatarían la energía que había empezado a recuperar, se preguntaba si pasaría del agotamiento a la inconsciencia. Y cada vez que el trasvase de energía cesaba, sentía un alivio teñido de amargura.

«Dudo que las vigilantes sean quienes acaben conmigo —se dijo—. Kalia querrá encargarse de ello personalmente.»

¿O tal vez no? Sin duda era más seguro que un mago menor lo quitara de en medio. Entonces Kalia podría alegar que no lo había matado ella, si su muerte despertaba sospechas. Por otro lado, si le leían la mente a Kalia, Lorkin no sabía cómo ocultaría el hecho de que ella había dado la orden de ejecutarlo.

Un sonido nuevo le aceleró el pulso: el de la puerta al abrirse y cerrarse. Acto seguido, oyó el sonido que le provocaba escalofríos de terror: la voz de Kalia.

—¿Es la hora? —preguntó una vigilante.

—Aún no. Quiero asegurarme de tener todo lo que necesito.

A Lorkin se le revolvió el estómago. Oyó unos pasos que se aproximaban y no se sorprendió cuando una fuerza lo inmovilizó contra el suelo. El leve gruñido de esfuerzo que emitió Kalia al agacharse le proporcionó una ligera satisfacción. Unos dedos fríos le tocaron la frente, y él se estremeció cuando la repulsiva presencia de la mujer llenó su mente.

Notó de inmediato que ella tenía prisa. Registró sus recuerdos de forma precipitada, capturando todos los que estaban relacionados con la sanación en cuanto afloraban, y luego pareció obligarse a tomárselo con más calma y a examinar lo que había aprendido el día anterior. Él sabía que ella había comprendido que la aplicación de los conocimientos tenía que moldearse y pulirse en función de la enfermedad o la dolencia, pero que no disponía de tiempo para extraerle todos los detalles. Kalia tendría que aprender lo demás por ensayo y error. En aquel momento solo quería saber cuál era la mejor manera de evitar hacer daño al paciente.

—Portavoz...

La voz de la vigilante sonaba lejana, como si procediera del otro lado de una pared o puerta. Kalia hizo una pausa, liberó de mala gana la mente de Lorkin y desapareció de sus sentidos.

Una ira lastrada por el cansancio bullía en el interior de Lorkin. «Si algún día logras averiguar la verdad, Tyvara —pensó—, procura que ella reciba el castigo que merece.»

—No hay otra sali...

—Cállate —le espetó Kalia. Su voz sonaba cercana, como si todavía estuviera inclinada sobre él.

Entonces Lorkin oyó lo que ellas estaban escuchando. Pasos. Voces.

Kalia profirió una maldición.

El sonido de la puerta al abrirse llegó hasta sus oídos. Alguien soltó un grito ahogado de impresión.

—¡Suéltalo!

—No, Tyvara —ordenó otra voz.

«¡Tyvara!» El corazón de Lorkin dio un brinco. La fuerza que lo mantenía sujeto se desvaneció. Pugnó por incorporarse y trató de arrancarse la venda de los ojos

frotándose contra la pared rugosa que tenía detrás. De pronto, volvió a notar que unos dedos se desplazaban por su cara, pero esta vez eran cálidos.

—Espera. Deja que te quite esto —murmuró la voz de Tyvara. La venda se deslizó hacia arriba, soltándose como a regañadientes. Él pestañeó, deslumbrado, y sonrió al ver a Tyvara acuclillada ante él, con el semblante lleno de preocupación—. ¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

Él asintió.

—Sí. Ahora que estás aquí, sí. —No podía dejar de sonreír—. ¿Te meterás en líos por hablar conmigo?

—No digas tonterías. Date la vuelta.

Él obedeció y sintió que las ataduras se desprendían de sus muñecas. Al mismo tiempo, notó que una parte de su mente quedaba libre de una sujeción de la que apenas era consciente hasta aquel momento. Cuando bajó la mirada hacia sus ligaduras, vio una gema de color amarillo pálido entre una pila de vendas.

«Me ataron con vendas. —Que hubieran utilizado material de sanación para sujetarlo aumentó el desprecio que sentía hacia ellas—. ¿La gema impedía que pidiera ayuda mentalmente? Supongo que se vieron en la necesidad de crear algo así, por si tenían que evitar que un prisionero revelara su ubicación.»

Tyvara se irguió y lo ayudó a ponerse de pie. Estaba mareado. El alivio por no tener que preocuparse por lo que pasaría a continuación se apoderó de él. Resistió el impulso repentino de besarla. Ella se había vuelto hacia las otras Traidoras presentes en la habitación, por lo que él hizo un esfuerzo por despegar los ojos de ella y mirarlas también.

Dos portavoces se encontraban frente a Kalia. Una de ellas era Savara. La otra era Halana. Detrás de ellas había otras magas Traidoras en el pasillo.

—¿Has aprendido de él a sanar con magia? —preguntó Savara.

Kalia se encogió de hombros.

—Es posible.

Savara miró a Lorkin.

—¿Lo ha hecho?

Él asintió y sintió un escalofrío al recordar la sensación de tener aquella mente hurgando en sus recuerdos. El consuelo y el júbilo por haber sido rescatado decayeron. «Es algo que nunca podré olvidar», pensó. Lo atormentaría en sus pesadillas.

—Has infringido nuestras leyes —dijo Savara a Kalia—. Serás juzgada por ello.

—Por supuesto —contestó Kalia—. Acabemos con eso cuanto antes. —Salió de la habitación con el mentón en alto y con Halana a la zaga.

Savara volvió la vista hacia las dos vigilantes.

—Lleváoslas también —ordenó.

Las magas que esperaban fuera entraron para escoltarlas.

Tyvara no hizo ademán de seguir las. Lorkin posó los ojos en ella. Estaba contemplándolo con expresión extraña.

—¿Qué pasa?

Ella sonrió. A continuación, sujetó su cabeza entre las manos y lo besó.

El deseo lo inundó, seguido por el aturdimiento. La abrazó, tanto para estrecharla contra sí como para no caer al suelo. Ella soltó una risita y se apartó ligeramente.

—No estás totalmente ileso, ¿verdad? —preguntó—. Han estado vaciándote de energía. ¿Te daban de comer, al menos?

—Pues... —respondió él antes de esforzarse por repasar las preguntas mentalmente—. Sí, sí y no.

—Yo no diría que alguien que ha sido vaciado de energía esté totalmente ileso —señaló ella.

—Dudo que tus compañeras Traidoras estén de acuerdo contigo.

—Hasta Kalia estaría de acuerdo en que despojar de energía a alguien contra su voluntad es hacerle daño. Por eso tenemos leyes que lo prohíben. Ella...

Harto de esta discusión sin importancia, Lorkin la interrumpió con otro beso. Fue largo y pausado, y, para su sorpresa, fue él quien lo rompió.

—Los libros están muy equivocados —comentó.

Ella frunció el ceño.

—¿Los libros? ¿Qué libros?

—Los que gustan tanto a las kyalianas. En ellos, las mujeres siempre son rescatadas por hombres. Dicen que nunca ocurre lo contrario porque no sería emocionante y nadie los leería.

—¿Y no estás de acuerdo?

—No. —Desplegó una sonrisa—. Es de lo más emocionante.

Ella puso los ojos en blanco y se zafó de sus brazos, haciendo caso omiso de sus protestas.

—Vamos. Hay un escándalo muy emocionante a punto de sacudir todo Refugio, y la gente querrá oír tu versión de lo ocurrido.

—¿No podemos dejarlo para después?

—No.

Él suspiró.

—De acuerdo. Supongo que tengo miedo de que no quieras volver a besarme si salimos de esta habitación. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea sobre mí?

Ella sonrió.

—No he cambiado de idea sobre ti. He cambiado de idea sobre lo que debía hacer contigo.

—Por lo visto tendré que dar las gracias a Kalia por ello.

Tyvara lo hizo salir de la habitación a empujones.
—Ni te atrevas.

18

LA CAZA

Hacia calor en el despacho del administrador Osen. Demasiado calor, decidió Sonea. Se preguntó si Osen se había encargado de que así fuera, o si la culpa era de algún otro mago superior. Era fácil generar calor por medio de la magia, pero enfriar cosas resultaba mucho más complicado.

Los magos superiores habían ocupado sus posiciones habituales. Como de costumbre, eso significaba que Kallen y ella estaban de pie a los lados del escritorio de Osen. Todos aguardaban en silencio, con expresión sombría.

La puerta del despacho se abrió, y todos se volvieron para ver entrar al capitán Sotin y a un guardia joven, acompañados por el guerrero que había estado de servicio en la atalaya la noche anterior. Los tres palidieron ligeramente ante la mirada escrutadora de los magos superiores. El trío se acercó al escritorio de Osen y se detuvo, claramente indecisos respecto a si debían colocarse de cara al administrador o a los otros magos.

El capitán optó por inclinarse ante Osen, y el celador se apresuró a seguir su ejemplo.

—Administrador —saludó el capitán en tono enérgico.

—Capitán Sotin —dijo Osen—. Gracias por venir. ¿Y él es...? —Osen alzó la vista hacia el guardia.

—El celador Welor, administrador. Era el encargado de atender las necesidades de lady Lilia.

Osen asintió e hizo un gesto en dirección a los otros magos.

—Cuéntenos lo que sabe, capitán.

El hombre se volvió hacia los presentes.

—Los hombres que estaban de turno han declarado que no notaron nada sospechoso, y todos juran que ninguno de ellos se durmió, bebió alcohol o se distrajo de sus obligaciones de alguna otra manera. El caso es que, en algún momento, alguien abrió la puerta de la habitación de lady Lilia, así como la puerta interna que comunicaba dicha habitación con la de Lorandra.

—¿Cómo cree usted que las abrieron? —inquirió el Gran Lord Balkan.

—No sabría decíroslo. Las cerraduras no presentan signos de haber sido forzadas. Nadie había perdido las llaves. Por lo tanto, o las abrieron con una ganzúa, o utilizaron la magia. —El capitán torció el gesto—. En la puerta de Lorandra había una segunda cerradura instalada fuera de su alcance para que no pudiera forzarla, pero en la puerta interior no.

—¿Y la puerta principal de la habitación de Lilia?

El capitán se encogió de hombros.

—También la asegurábamos con una cerradura doble. Cuando la encerramos a ella allí... bueno, supusimos que no sabría abrir cerraduras.

—Puesto que ninguna de las dos puede utilizar su magia, hemos de suponer que Lorandra abrió la cerradura tanto de la puerta interior como de la puerta principal de la habitación de Lilia —dijo lady Vinara—. Una vez fuera de sus habitaciones, ¿cómo salieron de la torre?

—No pueden haberse fugado por la escalera que conduce a la planta baja, pues va a parar al despacho, que siempre está ocupado por mis hombres —dijo el capitán—. Creemos que subieron a la azotea. Allí no hay guardias, pero la trampilla de acceso a la azotea estaba cerrada con llave por dentro y bloqueada con magia... —Dirigió la mirada al guerrero que había estado de turno.

—Ambas cosas estaban intactas —murmuró el joven.

—... pero hemos descubierto que la vieja cúpula del observatorio se había aflojado y podía elevarse lo suficiente por medio de una palanca para que alguien de huesos pequeños saliera arrastrándose por debajo —concluyó el capitán.

—Es de vidrio y pesa mucho —observó lord Peakin, sacudiendo la cabeza—. Dudo que lady Lilia y la anciana pudieran levantarla, ni siquiera entre las dos.

—No hay otra explicación —repuso lady Vinara.

—Y luego, ¿cómo bajaron de la azotea? —preguntó lord Garrel—. ¿Hay algún indicio de que usaran cuerdas o escalas?

El capitán negó con un gesto.

—¿Confía en que sus hombres estén diciendo la verdad? —preguntó lady Vinara al capitán.

El hombre enderezó la espalda y asintió.

—Me fío de todos. Son hombres de una integridad poco común. —Al cabo de unos instantes, agregó—: Y si no lo fueran y hubieran dejado escapar a las presas, sin duda habrían inventado alguna historia, como que los narcotizaron, o alguna otra excusa. Están desconcertados y avergonzados, y he tenido que convencer a algunos de ellos de que no dimitan de su puesto.

El guardia que tenía a su lado agachó la cabeza.

—Celador Welor —dijo Osen—, ¿notó algo en el comportamiento de lady Lilia que indicara que pudiera estar planeando una fuga?

El joven meneó la cabeza.

—No creo que haya tenido tiempo suficiente para pensar en ello. Todavía intentaba asimilar lo que le había ocurrido. He encontrado esta nota esta mañana. —Se sacó un papel del bolsillo de la pechera, lo desdobló y se lo entregó a Osen—. Estaba dentro de un libro que le di, así que supongo que quería que yo lo encontrara.

El administrador examinó la nota y arqueó las cejas.

—«Debo encontrar a Naki. Regresaré por la mañana» —leyó en voz alta.

—No ha regresado —dijo Vinara—. O ha mentido, o algo le ha impedido volver.

—¿Por qué iba a mentir? —preguntó Peakin.

—Tal vez creyó que así ganaría tiempo —respondió Garrel—. Si hubiéramos descubierto su ausencia anoche, tal vez habríamos esperado a que volviera.

—Pero ¿cómo bajaron de la azotea? —preguntó Osen—. ¿A qué altura está del suelo... o de los árboles más cercanos?

—Si hubieran descendido por la pared, los guardias de abajo las habrían visto. Los árboles más próximos están a una distancia considerable, en la ladera, y por tanto son más bajos que la torre —dijo el capitán—. Habrían tenido que tender una cuerda de forma que quedara muy tirante y, más que bajar sujetándose, habrían tenido que deslizarse por ella. Luego está la cuestión de cómo habrían hecho llegar un extremo de la cuerda allí arriba sin que nadie se diera cuenta. —Sacudió la cabeza—. Siempre hemos supuesto que si Skellin intentaba rescatar a su madre por la azotea, levitaría hasta allí.

—Apuesto a que lo hizo y consiguió pasar inadvertido —dijo Vinara—. Pero ¿por qué se llevaría a Lilia...? —De pronto pareció caer en la cuenta, horrorizada—. Oh.

El despacho se sumió en un silencio absoluto. Sonea miró a Kallen, preguntándose si ya se había planteado la posibilidad que acababa de ocurrírsele a Vinara. Tenía una expresión de paciencia forzada. «Sí, es plenamente consciente del peligro, y está ansioso por hacer algo al respecto.» Aguantó las ganas de sonreír, pues sabía que el gesto sería malinterpretado.

—¿Por qué las encerraron en habitaciones contiguas? —inquirió Garrel de pronto—. Una renegada astuta junto a una maga ne... una joven manipulable. Era cuestión de tiempo que se produjera un desastre. Lilia puede haber explicado a Lorandra cómo hacer magia negra, sin que tuvieran que salir siquiera de sus habitaciones.

Algunos de los magos superiores miraron al capitán. Garrel y varios de los demás clavaron la vista en Sonea o en Kallen. Ella se volvió hacia Rothen, que le lanzó una mirada significativa. Él le había advertido que era muy posible que la culparan de la fuga de Lilia, pues había visitado a ambas reclusas y no había percibido fallos en su encarcelamiento.

—Teníamos órdenes de asegurarnos de que estuvieran bien tratadas —alegó el capitán—. Creíamos que, como ambas eran mujeres, se harían compañía la una a la otra. Ahora... ahora veo que fue un error.

Sonea sintió lástima por el hombre. Tampoco era el único responsable de que las dos se hubieran escapado. Arrugó el entrecejo. «¿Intenta cargar con toda la culpa para salvar a sus hombres?»

—Ahora Lilia y Lorandra están haciendo compañía a Skellin —comentó Osen—. Me...

Dejó de hablar al oír unos golpes en la puerta. Alzó la vista hacia ella, entornó los ojos y la puerta se abrió.

Dorrien entró en el despacho.

—Disculpe la interrupción, administrador —dijo—, pero dispongo de información que puede ser importante para esta conversación.

La puerta se cerró tras él, y Osen le hizo señas para que se acercara.

—¿De qué se trata, lord Dorrien?

—Una mujer que presta servicios en una de las casas de la Ciudad Interior que están orientadas hacia la muralla del Gremio ha venido al hospital esta mañana —dijo—. Hemos tardado un buen rato en atenderla, pues saltaba a la vista que no estaba enferma —añadió, divertido—. Nos ha contado que anoche vio a dos mujeres saltar el muro, pocas horas después del anochecer. Una era mayor y de tez oscura, y la otra, joven y pálida. Cuando se ha enterado de que unas presas se habían fugado del Gremio, se ha acordado de eso y ha ido a decírnoslo.

—¿Iban solas? —preguntó Osen.

—Sí.

Sonea frunció el ceño. «Entonces, si Skellin no las rescató, ¿cómo...? —Cuando una sospecha empezó a cobrar forma en su mente, la habitación ya no le pareció tan calurosa—. No puede ser...»

—¿Por qué ha acudido ella al hospital, en vez de venir aquí? —quiso saber lord Peakin.

Dorrien esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sus servicios no son precisamente respetables.

—¿Cómo sabe que dice la verdad? ¿Ha pedido dinero? —preguntó Garrel.

—No lo sé y no, no lo ha pedido —le informó Dorrien—. Estaba asustada, me imagino que al igual que el resto de la ciudad, ante la idea de que una maga renegada y una maga negra anduvieran sueltas por ahí.

—¿Cómo se habrá difundido la noticia tan deprisa? —inquirió Vinara, paseando la vista por todos los presentes.

Osen suspiró.

—Alguien se habrá ido de la lengua, supongo —dijo—. Pero eso ya no tiene remedio; concentrémonos en lo que significa la información que nos ha proporcionado aquella mujer. Lord Dorrien, gracias por transmitírnosla.

Dorrien inclinó la cabeza y se marchó. El administrador se volvió hacia el capitán, el guardia y el guerrero de la atalaya, y les agradeció su asistencia. Los tres captaron la indirecta y se despidieron también. Cuando no quedaban en el despacho más que magos superiores, Osen se colocó delante de su escritorio y cruzó los brazos.

—Nos queda un pequeño rayo de esperanza. Lilia y Lorandra no estaban con Skellin, a menos que él se separara de ellas después de liberarlas. Deducir cómo

lograron escapar de la atalaya no es tan importante como encontrarlas antes de que se reúnan con Skellin. —Miró a Kallen—. Esta será su misión: encontrarlas.

Kallen asintió y se encaminó hacia la puerta.

Osen se volvió hacia Sonea.

—Como siempre, su objetivo es Skellin. Encuéntrelo.

No era un momento oportuno para sembrar dudas replicando que, si fuera tan sencillo, ella ya habría capturado a Skellin, ni para mostrar resentimiento hacia Osen por darle órdenes como a un soldado sin criterio propio. Giró sobre los talones y avanzó hacia la puerta con paso decidido.

«Es que soy un soldado sin criterio propio, en lo que respecta al Gremio —pensó con amargura mientras salía al pasillo—. Por eso me han permitido quedarme. Soy su maga negra, solo me necesitan para enviarme a luchar por ellos, y prefieren que haga lo que se me ordena a que plantee propuestas sobre lo que hay que hacer. Pues bien, si quieren que arriesgue el pellejo por salvar el suyo, tendrán que aceptar que a veces hago las cosas a mi modo.»

Dorrien la esperaba en los escalones de la universidad, cerca de un carruaje del Gremio preparado para partir.

—He pensado que a lo mejor querrías que te llevara a algún sitio —dijo.

De pronto, a Sonea le vinieron unas ganas tremendas de abrazarlo, pero se contuvo, pues sabía cómo reaccionaría Alina si alguien los viera y se lo comentara.

—Tenemos que concertar una reunión con Cery —le comunicó ella mientras subía al vehículo—. Lo antes posible.

—Me lo imaginaba —dijo Dorrien—. No sé si he hecho bien, pero ya le he enviado un mensaje.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias. En cuanto a si has hecho bien..., espero que sí. Si Anyi muriera porque el Gremio se empeña en precipitar los acontecimientos, no creo que pudiera perdonármelo jamás.

La expresión de Dorrien se tornó adusta.

—Yo tampoco.

Aunque el *Inava* era un buque pequeño y construido para ser veloz, tenía un interior sorprendentemente espacioso. La tripulación de esclavos dormía en la bodega. Dannyl lo había visto fugazmente a través de la escotilla: hileras de coyotes que colgaban, oscilantes, como la cáscara vacía y laxa de algún tipo de fruto exótico. Por encima de la cubierta solo había dos camarotes decentes, el del capitán y el de los invitados.

En el de los invitados había dos catres individuales y una mesa que se convertía en una cama más grande. La cama de Tayend era la única que había sido utilizada en

los últimos tres días, pues se pasaba todas las horas de navegación durmiendo bajo los efectos del remedio para el mareo. Pernoctaban en tierra firme, en fincas situadas a lo largo de la costa.

El remedio para el mareo que Achatí le había dado a Tayend lo dejaba atontado y soñoliento, pero el elyneo lo aceptaba sin quejarse, pues durante buena parte del trayecto diario no hacía otra cosa que roncar suavemente en la cama. Dannyl y Achatí se entretenían en cubierta cuando hacía buen tiempo, o bajo techo cuando había borrasca. La mañana del tercer día había traído consigo lluvia y un viento helado del sur, por lo que habían decidido quedarse dentro para resguardarse.

—El ashaki Nakaro me dio esto anoche —declaró Achatí en voz baja para no molestar a Tayend, y depositó un libro sobre la mesa—. Dijo que tal vez encontraríamos en él información útil sobre los dúneos.

Dannyl cogió el volumen. No tenía título, pero al abrirlo y ver las fechas junto a cada anotación entendió el porqué. Se trataba de otro libro de registro. Entre las páginas había una cinta negra fina y trenzada, similar a muchos de los señaladores que Dannyl había encontrado en documentos sachakanos.

Hemos llegado al campamento. Mi primera impresión es que es demasiado grande para continuar llamándolo así. Muchos de los ashakis han adoptado la costumbre de los esclavos de referirse a él como Ciudad Campamento. Supongo que pronto le pondrán el nombre de alguien. Del rey no, por si la empresa fracasa. «Ashaki Haniva» es más probable.

—Haniva —dijo Dannyl—. ¿No es allí a donde nos dirigimos?

Achatí asintió.

—Es la ciudad portuaria más cercana al territorio dúneo. El campamento estaba tierra adentro, en lo alto de la escarpa, pero Haniva fue lo bastante inteligente para impedir que le pusieran su nombre. Sabía que los intentos de los sachakanos de dominar a los dúneos y colonizar su país habían fracasado muchas veces en el transcurso de la historia, y no estaba dispuesto a arriesgarse a que su nombre fuera recordado por su relación con otro fracaso.

Dannyl bajó la vista hacia el libro y comenzó a pasar páginas y a leerlo por encima.

—Entonces, ¿esto es un registro de ese intento?

—Sí. Más un diario que un registro.

—Tiene menos de cien años de antigüedad.

Achatí asintió.

—Incluso en los tiempos modernos hemos seguido cometiendo esta estupidez. Alguien decide que la conquista le dará la gloria, y el territorio dúneo parece el más indicado para ello. Mucho más fácil de conquistar que Kyrália o Elyne. De hecho, en el pasado, más de un rey envió a un ashaki demasiado ambicioso a Dunea para

mantenerlo ocupado.

—Seguro que los dúneos se lo agradecieron mucho.

—Han demostrado una capacidad de supervivencia admirable. Tratándose de un pueblo primitivo con pocos conocimientos de magia, uno pensaría que no pueden oponer demasiada resistencia. Pero así es como nos derrotan: sin luchar. Se retiran a las zonas volcánicas y aguardan mientras nosotros intentamos ocupar su territorio hasta que, empujados por el hambre, recogemos nuestras pertenencias y nos marchamos de vuelta al sur. —Achatí soltó una carcajada breve y agria—. La decisión de Kariko de invadir Kyrália fue inusualmente inteligente y audaz.

—Pero aun así no la consideráis una buena idea, espero —dijo Dannyl.

—No. —Achatí rió entre dientes—. Aunque sospecho que al rey Amakira se le ha pasado por la cabeza que si tuviera que lidiar con un ashaki excesivamente arribista y codicioso pero demasiado listo para incitarlo a invadir Dunea, Kyrália parece perfectamente capaz de defenderse sola.

Un escalofrío descendió por la espalda de Dannyl. Miró a Achatí, que le dedicó una sonrisa maliciosa.

—No pongamos a prueba esa idea —recomendó, escogiendo sus palabras con cuidado—, entre otras cosas porque, si se equivoca, el ashaki excesivamente arribista y codicioso estará en mejor posición que antes para causarle problemas, y también porque, si lo vencemos, quizá no seamos unos vecinos discretamente rencorosos como los dúneos.

—Te aseguro que no se lo plantea como una opción seria.

—Me alegra oírlo.

Achatí señaló el libro.

—Lee —lo invitó.

Dannyl prosiguió en el punto en que lo había dejado. Para su sorpresa, el autor del diario describía cómo pagaban a miembros de las tribus para que les subieran alimentos desde el valle hasta la escarpa. ¿Acaso los dúneos ignoraban las intenciones de los sachakanos?

Quedó de manifiesto que sus líderes no ejercían una autoridad absoluta sobre su pueblo y por lo tanto no podían ceder la propiedad de las tierras. Al parecer compartían la autoridad con miembros de la tribu conocidos como los Guardianes de la Sabiduría. El ashaki Haniva solicitó una reunión con los Guardianes. Al parecer, esto no era posible. Tras mucha confusión y errores de traducción, se hizo patente que nadie sabía quiénes eran los Guardianes. Esto resultó muy frustrante.

Cuando Dannyl continuó leyendo, le complació descubrir que Haniva había intentado negociar una adquisición pacífica de las tierras. Aquello no era una conquista brutal..., por el momento. Haniva había realizado muchos intentos con

enfoques distintos, pero aunque los dúneos parecían dispuestos a colaborar y a vender, las tierras no tenían un propietario claro.

Por lo visto, consideran que las tierras pertenecen a todos y a nadie a la vez. Cuando el ashaki Haniva preguntó si eso significaba que también le pertenecían a él, le respondieron que sí. Tal vez por eso nunca se han opuesto a que nos apoderemos del territorio.

Dannyl reflexionó sobre esta extraña visión de la tierra. Era como si la consideraran «imposeible». Era un concepto intrigante. «Y no muy diferente de la idea de que las personas no deberían pertenecer a alguien. No me extraña que los sachakanos, que aceptan la esclavitud, fueran incapaces de comprender la mentalidad de los dúneos.»

La mentalidad de los dúneos no habría resultado tan específicamente práctica si no hubieran habitado un territorio tan inhóspito. Al avanzar en la lectura del diario, Dannyl se enteró de que Haniva y sus compañeros ashakis renunciaron finalmente a obtener un documento oficial que acreditara que habían comprado las tierras, expulsaron a los dúneos y se establecieron allí. En las últimas páginas ya aparecían indicios de que las plantas que habían sembrado no estaban creciendo como esperaban.

Achati estaba escribiendo en su propio diario mientras Dannyl leía, y, cuando este cerró el libro, alzó la vista y dejó la pluma a un lado.

—¿Cuál es tu conclusión?

—Que los dúneos son un pueblo interesante. Es evidente que tienen una forma de pensar muy distinta.

Achati asintió.

—Es sorprendente que hayan sobrevivido durante tanto tiempo.

—Es con los tales Guardianes de la Sabiduría con quienes tenemos que hablar..., si aún existen. —Dannyl frunció el ceño—. Pero eso podría ser difícil de arreglar, si nadie sabe quiénes son.

—¿Difícil? Sería imposible.

—Doy por sentado que los Guardianes saben quiénes son.

El sachakano se quedó pensativo y luego sonrió.

—Por supuesto. Así que solo tenemos que preguntar y esperar a que alguien reconozca ser uno de ellos.

—Me imagino que no querrán reconocerlo a menos que hayan meditado sobre ello y se hayan convencido de que no representamos una amenaza. Deberíamos correr la voz de que queremos hablar con uno de los Guardianes y ver si alguno de ellos se acerca a nosotros.

Achati arrugó el entrecejo.

—Eso podría llevar mucho tiempo. Además, todos los dúneos ven a los sachakanos como una amenaza.

—Aun así, se prestan a trabajar con vosotros. Como Unh, por ejemplo, o los comerciantes en los mercados.

—Rastrear no implica revelar los secretos de tu pueblo. Comerciar tampoco.

—Cierto —convino Dannyl—. Por esto tenemos que dejar que ellos vengan a nosotros. No es algo que podamos obligarlos a hacer. De lo contrario, ya lo habríais hecho.

Achati asintió.

—Es verdad. Los sachakanos no somos personas pacientes. —Posó la vista en Dannyl y sonrió—. No me cabe duda de que podrías desplegar tus encantos para conseguir que hablaran contigo. Espero que mi presencia no sea un obstáculo para ello.

Dannyl lo miró a los ojos.

—¿Te ofenderás si hago esto solo?

El hombre negó con un gesto. Dannyl le sostuvo la mirada.

—¿Y si no comparto contigo todo lo que averigüe?

Achati arqueó las cejas y su expresión se endureció, pero sacudió la cabeza.

—Aceptaré que no lo hagas por razones políticas. Pero lo mejor será que, si averiguas algo que tienes que guardarte, simplemente no me avises. Eso sí, espero que me comuniqués todo aquello que pueda ser de importancia para la seguridad de Sachaka, o, mejor dicho, es lo que esperaríamos de un país que aspira a convertirse en nuestro aliado.

Dannyl asintió.

—Somos conscientes de que cualquier peligro potencial para Sachaka podría ser también un peligro para Kyralia. Además, os lo debo al rey Amakira y a ti por llevarme a Dunea.

Achati sonrió y agitó la mano para restar importancia al asunto.

—Eso no es nada. Si insistes en considerarlo un favor que tienes que devolver, prométeme que me llevarás a conocer Kyralia un día. Me encantaría visitar vuestro Gremio.

Dannyl inclinó la cabeza con una cortesía kyraliana deliberada.

—Eso sí que puedo prometértelo.

Lilia no tenía idea de dónde se encontraba.

Estaba agotada y asustada, llena de dudas sobre si había sido una buena idea escapar con Lorandra. Había perdido la cuenta de las veces que había repetido para sus adentros que lo hacía para salvar a Naki, así como de todos los sitios por los que habían pasado Lorandra y ella. Ignoraba por completo dónde estaba, salvo que se

trataba de algún lugar de la ciudad.

Su primera parada había sido la casa de braseros de la Ciudad Interior a la que Naki había llevado a Lilia. Allí habían reconocido de inmediato a Lorandra y la habían tratado con respeto. Mientras hablaba con el encargado en otra habitación, había aparecido otro hombre que se había detenido a mirar a Lilia con una gran sonrisa. Se había quedado allí de pie, sonriéndole sin decir nada, hasta que Lorandra había regresado. Entonces había palidecido y se había marchado apresuradamente.

Un carruaje había llevado a Lilia y a Lorandra a un lugar situado fuera de las antiguas murallas de la ciudad. Se oían muchas risas procedentes de las habitaciones, y los gemidos aparentemente angustiosos que salían de detrás de una puerta habían inquietado a Lilia hasta que habían pasado junto a una puerta abierta y había visto por un instante a la mujer ligera de ropa que había dentro.

Después de eso se sintió muy ingenua y tonta, pero lo peor estaba por llegar. Una caminata la llevó a través de frías callejuelas repletas de barro, basura y alguna que otra persona que tiritaba acurrucada en un portal, y terminó con ambas ocultas en las sombras, esperando a que tres matones acabaran de apalear a un hombre hasta hacerle perder el sentido. Lilia se quedó horrorizada cuando Lorandra se acercó a ellos, pero su horror aumentó cuando cayó en la cuenta de que la conocían.

Luego, los hombres habían invitado a Lorandra a entrar en una casa que resultó ser la morada de varios miembros de una banda que se alquilaba para realizar «trabajos duros». Al escuchar en silencio, Lilia coligió que esto consistía oficialmente en levantar y acarrear cosas, pero se sobreentendía que incluía también servicios como propinar palizas y matar gente.

La trataron con una amabilidad sorprendente, preguntándole si tenía hambre y ofreciéndole la silla menos gastada de la sala de invitados. Aunque Lilia siguió el ejemplo de Lorandra y dijo que no tenía hambre, el jefe de la banda envió a uno de sus hombres a la panadería local a comprar pan recién horneado para ella, y cuando él le colocó una taza de bol en las manos, ella decidió que no sería prudente rehusarla.

Aquella bebida empalagosa le provocó somnolencia. A Lorandra no parecía molestarle que fuera tan tarde. Hablaba e iba de un lado a otro, fresca como una lechuga. A continuación emprendió una caminata más larga, y Lilia siguió a su guía por una sucesión confusa de estancias, pasillos y túneles. Solo emergían al aire nocturno a lo largo de unos pocos pasos. Finalmente, fueron a parar a una habitación caldeada, y cuando Lorandra señaló una silla, Lilia se desplomó en ella.

La silla resultaba curiosamente cómoda. Era mucho más nueva que las casas y edificios por los que habían pasado. Cuando Lilia alzó la vista, advirtió que la decoración y los muebles eran caros. Oyó su nombre y reparó en que el hombre que estaba sentado frente a ella y la observaba con los ojos entornados iba, en efecto, muy bien vestido. Él sonrió, y ella hizo un esfuerzo por corresponder a su gesto.

—Es la amiga de la chica que se ha perdido —le informó Lorandra.

Él asintió y se puso serio cuando se volvió hacia ella.

—Entonces debemos encontrar a Naki. El sol ya está alto en el cielo. Hace muchas horas que os habéis fugado. Dispongo de habitaciones en las que podéis dormir, si queréis.

Lorandra vaciló.

«¿Ha salido el sol?» Lilia enderezó la espalda de golpe. La última etapa de su viaje había discurrido por pasadizos y túneles, y ella cayó en la cuenta de que llevaba horas sin ver el cielo.

—¡Pero tenemos que volver! —exclamó.

—Lo siento, Lilia —dijo Lorandra—. Hace ya un buen rato que amaneció. Hemos perdido la oportunidad de regresar. No creía que fuéramos a tardar tanto en encontrar a alguien que pudiera ayudarnos. ¿Quieres volver ahora?

Lilia fijó la mirada en la mujer. «Si volviéramos ahora, el Gremio se aseguraría de que no nos escapáramos de nuevo, y no podríamos ayudar a Naki.»

Tendría que haber imaginado que ocurriría algo así. Su intención era salir a realizar pesquisas todas las noches y regresar a la atalaya antes de que alguien descubriera su ausencia, hasta que encontraran y rescataran a Naki. Ya en el momento en que habían levitado para descender de lo alto de la torre, había comprendido que escapar de nuevo no sería cosa fácil. Por fortuna para ellas, uno de los guardias estaba medio dormido y dirigía la vista más a menudo al bosque que a la atalaya. No había levantado los ojos cuando ellas habían bajado flotando hasta las copas de los árboles. Quizá no volvieran a tener tanta suerte.

—No —respondió Lilia.

Lorandra sonrió y asintió en señal de aprobación.

—No te preocupes. Encontraremos a Naki. Te perdonarán por haberte evadido cuando reaparezcas con ella.

Lilia consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias por ayudarnos.

Lorandra se volvió de nuevo hacia el hombre. «Debe de ser un ladrón —pensó Lilia—. Por otro lado, ella es una maga renegada. En qué compañías tan recomendables ando. A Naki le haría gracia.»

Adentrarse en los bajos fondos con Lorandra le había dado más miedo que con Naki. Por otra parte, de todos los lugares frecuentados por delincuentes, seguramente las casas de braseros eran los más seguros. Allí el negocio estaba concebido para atraer clientes, no para ahuyentarlos. En realidad, Naki y ella apenas se habían asomado a ese mundo. Lorandra, en cambio, había llevado a Lilia a lo más profundo de él.

«Nadie la obliga a ayudarme. Yo he mantenido mi palabra: la he sacado de la

atalaya. Si no fuera digna de confianza, me habría dejado en algún sitio y se habría esfumado. Pero está haciendo lo que prometió: ayudarme a encontrar a Naki.»

Saber que Lorandra cumpliría su parte del trato era lo único que la reconfortaba en aquel ambiente desconocido y peligroso. Había corrido un riesgo al fiarse de ella, pero tenía la sensación de que había valido la pena.

«Qué curioso que la tontería que Naki me convenció de que hiciera, intentar aprender magia negra, sea precisamente lo que me haya permitido fugarme de la atalaya y llegar hasta alguien que puede salvarla.»

LA FUGITIVA

Lorkin abrió los ojos y, al ver que Tyvara estaba sentada a su lado en la cama, sonrió.

—¿No se suponía que tenías prohibido verme?

Ella abrió mucho los ojos, los clavó en él y se inclinó hacia delante.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien. Mejor. ¿Has estado ahí sentada todo el rato mientras dormía?

Ella se encogió de hombros y paseó la vista por la habitación.

—No tenía mucho más que hacer. —Se volvió de nuevo y torció los labios—. Es mejor que vigilar una cloaca.

—Me alegro de que pienses eso. —Se incorporó y se desperezó, acordándose justo a tiempo de que estaba desnudo bajo las mantas. Tyvara bajó los ojos hacia su pecho y enarcó las cejas.

Se puso de pie y señaló una silla sobre la que había plegados una túnica y unos pantalones limpios.

—Será mejor que te laves y te pongas eso. El juicio a Kalia está a punto de empezar, y hueles peor que una cloaca.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras sí. Lorkin se levantó de la cama, encontró una jofaina de agua y paños para lavarse en una hornacina, y los utilizó. Aunque sus secuestradoras le habían facilitado un cubo, no habían movido un dedo por ayudarlo a hacer aguas, lo que le había resultado difícil con los ojos vendados y las manos atadas tras la espalda. No era de extrañar que olera mal.

Después de su rescate y de haber comido un poco, apenas había tenido fuerzas suficientes para quitarse la ropa y desplomarse sobre la cama antes de quedarse dormido. Ahora, miró en torno a sí, preguntándose dónde estaba. La habitación era pequeña, y, aparte de la cama, los únicos muebles eran dos sillas.

Una vez vestido, abrió la puerta de la habitación y parpadeó, sorprendido. Daba a un pasillo repleto de gente. Tyvara, que estaba de pie junto a la puerta, lo tomó del brazo cuando salió.

—Justo a tiempo —le comentó, guiándolo hacia la derecha.

La gente se volvía a su paso. Algunos lo miraban con expresión amigable; otros, con hostilidad. Su secuestro a manos de Kalia era algo más que un simple escándalo, y, en pleno invierno, cuando todo el mundo pasaba casi todo el tiempo bajo techo, el suceso atraería más atención que si se hubiera producido en otra época.

«Seguramente ha acentuado la división entre los Traidores —pensó—. Espero que esto no les cause problemas peores por los que acaben culpándome también.»

Al poco rato, Tyvara y él llegaron a la entrada de la Cámara de Portavoces. En

cuanto la atravesaron, una maga se los llevó hacia un lado y les pidió que se quedaran de pie junto a la pared, en un costado de la sección inferior. Una vez allí, Lorkin paseó la mirada por la sala.

Todas las portavoces estaban en sus asientos salvo Kalia, que se encontraba en el extremo opuesto al de Tyvara y Lorkin, flanqueada por dos magas. El resto de la sala estaba atestado de personas, todas ellas de pie y hablando a la vez, de forma que sus voces se combinaban en un rumor intenso.

Sonó un tañido. Todos volvieron la cabeza y el vocerío disminuyó. Lorkin vio que la presidenta Riaya sujetaba una campana mucho más pequeña de la que normalmente habría hecho falta para emitir un sonido así. Los miembros del público que se hallaban en la zona de las gradas empezaron a sentarse, mientras los demás se retiraban hacia las paredes. Cuando prácticamente todos habían ocupado su sitio, otra persona entró en la sala. Un silencio casi absoluto se impuso de inmediato, los últimos que quedaban de pie en las gradas se sentaron a toda prisa y las portavoces se levantaron de sus asientos para saludar a la reina, que caminaba con paso rígido hacia su silla.

Antes de sentarse, Zarala se colocó de cara hacia su pueblo. Todos se llevaron la mano al corazón. Lorkin siguió su ejemplo. La reina dirigió una inclinación de la cabeza al público, otra a las portavoces, y tomó asiento. Las portavoces hicieron lo propio.

—Doy comienzo al juicio a la portavoz Kalia, acusada de secuestro y de leer por la fuerza la mente de un Traidor. Llamo a declarar a Lorkin.

Todos los ojos se posaron en Lorkin, que dio unos pasos hacia delante y se detuvo ante las portavoces.

—Cuéntanos qué te ocurrió.

Lorkin refirió su historia desde el momento en que lo atacaron en la oscuridad. Describió cómo, cuando había despertado, había descubierto que estaba atado, tenía los ojos vendados y no era capaz de pedir ayuda mentalmente. Extendió los brazos para mostrar los cortes —Tyvara le había aconsejado que no se los curara con magia— y explicó que sus captoras lo despojaban de su energía con frecuencia para mantenerlo débil.

Dejó a un lado su renuencia a recordar cómo Kalia le había leído la mente y cómo le había arrancado los conocimientos sobre la sanación mágica y cómo había rebuscado en su memoria recuerdos que pudiera utilizar contra él. Esto levantó un murmullo entre el público. A continuación les habló de la intención de Kalia de matarlo y declarar que él se había marchado de Refugio. Esto, curiosamente, hizo callar a todos los presentes. Vio el horror reflejado en muchos rostros, pero incredulidad en otros. Para finalizar, relató cómo lo habían encontrado Tyvara y Savara.

—No diste permiso a nadie, ni siquiera de forma implícita, para que absorbiera tu energía o te leyera la mente.

—No.

—¿Te dieron comida y agua?

—No.

—¿Cuántas magas te vigilaban y te robaban energía?

—No lo sé. Siempre había dos allí, pero no sé si eran las mismas. Seguramente se turnaban, porque el trasvase de energía continuaba por la noche.

Riaya lanzó a las portavoces una mirada significativa antes de volverse de nuevo hacia él.

—¿Accederás a someterte a una lectura mental para probar tu versión de los hechos?

Él reflexionó sobre la pregunta. Aunque la idea de que otra persona hurgara en sus recuerdos le causaba escalofríos, prefería soportar eso a correr el riesgo de que Kalia permaneciera en libertad y sus delitos quedaran impunes. Cada Traidora a la que permitiera entrar en su mente aprovecharía para obtener conocimientos sobre la sanación mágica, pero esa información ya le había sido robada. ¿La habría transmitido Kalia? Tal vez aún no había tenido la oportunidad. Pero si ella permitía que le leyeran el pensamiento, los conocimientos podían pasar a otra mente de todos modos.

Lorkin notaba los ojos de los presentes clavados en él. «Gana tiempo —se dijo—. Que prueben antes otras maneras de averiguar la verdad.»

—Lo haré, pero solo si es el último recurso —respondió.

Riaya miró de nuevo a las portavoces.

—¿Alguna otra pregunta?

Las mujeres sacudieron la cabeza. Riaya asintió en dirección a Lorkin.

—Puedes retirarte.

Él regresó al lado de Tyvara. Ella inclinó la cabeza y sonrió.

—Llamo a declarar a la portavoz Savara para que nos explique su intervención en este asunto.

Savara se puso en pie y comenzó a hablar. Al escucharla, Lorkin se enteró de que Evar la había alertado sobre su desaparición. Ella había investigado si él se había marchado de Refugio y lo había buscado por la ciudad, pero también había mandado a seguir a todas las personas a quienes alguien hubiera oído hablar con él recientemente. Esto la había conducido a una cueva abandonada cerca de una zona inestable de la ciudad donde había encontrado a Kalia en el momento en que le leía la mente a Lorkin.

La presidenta le indicó a Savara que podía sentarse y se volvió hacia Kalia.

—Portavoz Kalia, pase al frente para ser juzgada.

Kalia se dirigió al centro de la sala con grandes zancadas y se situó de cara a la Mesa. Tenía la espalda erguida y una expresión altiva.

—¿Es cierto el testimonio de Lorkin? —preguntó Riaya.

Kalia meditó por un momento y asintió.

—Sí.

—¿Es usted inocente o culpable de haber secuestrado a un Traidor y de leer la mente de un Traidor contra su voluntad?

—Culpable..., si le consideran un Traidor, claro.

Riaya juntó las manos ante sí.

—Entonces no será necesario hacer más indagaciones sobre el asunto.

—¿Puedo dirigir unas palabras al pueblo? —preguntó Kalia.

Riaya miró a las portavoces. Las seis mujeres no parecían sorprendidas. Todas movieron la cabeza afirmativamente, algunas con entusiasmo, otras con resignación.

Kalia se volvió hacia el público.

—Queridos conciudadanos, me sentí impulsada a infringir la ley por vuestro bien. Como vuestra cuidadora y sanadora, tengo la obligación de cerciorarme de que, cuando entréis en la sala de asistencia, no recibáis daño alguno. Recientemente, Lorkin el kyaliano había comenzado a practicar la sanación mágica, una técnica que se ha negado a enseñarnos. ¿Cómo podía estar segura de que lo que hacía no implicaba riesgos, de que no fuera más perjudicial que beneficioso? Según él, esta forma de sanación tiene sus limitaciones, pero ¿cómo podemos saber, vosotros y yo, que esto es verdad, y que su magia no dañará o matará a uno de nosotros algún día?

»Yo lo acogí y le proporcioné una ocupación, por cortesía hacia un recién llegado. Le ofrecí todos los conocimientos y la instrucción que mis antecesores y yo siempre hemos compartido. Y, a cambio, él me ha desobedecido y desafiado, utilizando, sin supervisión ni permiso, una magia que no ha sido probada.

»Si se niega a seguir la tradición de los Traidores ¿podemos considerarlo uno de los nuestros? Yo creo que no. Y si no es un Traidor, lo que hice no iba contra la ley. Era algo justificado y necesario para la defensa de nuestro pueblo.

Lorkin vio muchas expresiones reflexivas en el público. Miró a las portavoces, que tenían el ceño fruncido.

—¿Puedo hablar, presidenta?

Era la voz de Savara. Kalia clavó la mirada en su enemiga con los ojos entornados.

—Adelante, portavoz Savara —respondió Riaya—. Portavoz Kalia, retírese, por favor.

Savara se puso en pie de nuevo. Tenía los labios apretados en un gesto de determinación. Esperó a que Kalia regresara a su sitio y alzó la barbilla.

—Cuando Lorkin decidió venir a Refugio, yo albergaba dudas sobre él —

comenzó—. ¿Por qué iba un mago de una nación desarrollada y poderosa a sacrificar la riqueza y el poder que poseía y a aceptar las restricciones que le impondríamos? Sabía muy poco sobre nosotros. Asumió un riesgo muy grande, confiando en que éramos un pueblo justo y benévolo.

»¿Por qué lo hizo? Para defender a una Traidora. Para salvar a una persona de una nación que no era la suya, sencillamente porque era lo correcto. ¿Cuántos de nosotros haríamos lo mismo?

»El secreto de la sanación mágica no le pertenece, y por tanto no tiene derecho a revelarlo. Si alguno de nosotros se hallara en una situación parecida, esperaríamos que no divulgara nuestros secretos, así como que sus anfitriones respetaran su silencio y no le exigieran o robaran dichos conocimientos. —Savara adoptó un tono más alto y severo—. No estamos hablando únicamente de un delito cometido por un individuo contra otro, sino de un acto ilegal cometido por una nación contra otra. Kalia no solo ha robado conocimientos a Lorkin; los Traidores hemos robado secretos a Kyralia y a las tierras con las que está aliada, una de las cuales se extiende justo al otro lado de las montañas. No somos enemigos de esas tierras, aunque ahora estaría justificado que nos consideraran como tales después del modo en que hemos tratado a Lorkin. Esperemos que Kalia no nos haya condenado a tener que ocultarnos durante largos años, no solo del resto de Sachaka, sino de todas las tierras que nos circundan.

Se produjo un silencio interrumpido únicamente por susurros leves. Savara se sentó e inclinó la cabeza en dirección a Riaya.

—La portavoz Kalia se declara culpable de los delitos que se le imputan —dijo la presidenta—. Ahora, las portavoces debemos deliberar sobre su castigo.

Cuando las portavoces y la presidenta comenzaron a hablar entre ellas, en la sala estalló una discusión respecto a lo que se había dicho. Lorkin notó que Tyvara le rozaba el hombro al inclinarse hacia él.

—No te hagas muchas ilusiones —murmuró ella.

Lorkin la miró. Tenía una expresión agria.

—¿A qué te refieres?

—No ejecutarán a Kalia —le dijo Tyvara, apartando la mirada.

—Pues... —Dirigió la vista hacia Kalia y se estremeció—. Seguramente eso es bueno, aunque ella planea matarme. Significaría que las otras Traidoras son mejores personas que ella.

Sonó una campana, y él miró a las portavoces, sorprendido. «Eso ha sido rápido.»

—Hemos tomado una decisión —declaró Riaya cuando las voces se acallaron—. La portavoz Kalia será despojada de su título, y nunca podrá volver a optar al cargo de portavoz. Se le asignarán tareas de baja categoría durante un año, en beneficio de la ciudad. Tendrá prohibido utilizar o enseñar magia sanadora a menos que reciba la orden de hacerlo. Si en el futuro se considera que es digna de confianza, podrá

solicitar que se le permita trabajar de nuevo en la sala de asistencia, pero nunca en un puesto de responsabilidad.

Esto levantó protestas entre el público. Lorkin sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago. «Eso no es un castigo. Es un aplazamiento. Al final, cuando se cansen de fingir arrepentimiento, dejarán que use los conocimientos que me robó. —Se sentía traicionado. Engañado—. Tal vez ese era el plan desde el principio.» Pensó en la advertencia de Savara...

Las protestas cesaron, y él miró en torno a sí para ver cuál era la causa. La reina se había levantado de su asiento, apoyando la mano en el brazo de la silla para no perder el equilibrio.

—En compensación por los abusos sufridos —dijo— y los secretos que le han sido arrancados, se le enseñará a Lorkin el arte de elaborar gemas.

Lorkin fijó la vista en la reina, sorprendido. Ella lo miró, con un brillo socarrón en los ojos. Al percatarse de que estaba contemplándola boquiabierto, él cerró los labios de inmediato y bajó la vista. Una oleada de emoción lo recorrió. «¡Por fin! Aprenderé una nueva forma de magia que podré compartir cuando vuelva a... —Su entusiasmo se desvaneció con la misma rapidez con que había surgido. No podría llevar ese conocimiento al Gremio. Estaba atrapado allí, en Refugio, y tenía prohibido marcharse—. Además, abandonar Refugio implicaría abandonar a Tyvara.»

Ahora que los Traidores estaban en posesión del secreto de la sanación mágica, ya no contaba con un aliciente para inducirlos a comerciar con el Gremio y las Tierras Aliadas. Comprendió que, desde este punto de vista, había fracasado. Los Traidores habían obtenido el conocimiento de la sanación mágica, y el Gremio seguía sin poseer el conocimiento de la elaboración de gemas.

«Pero no debo perder la esperanza. Tal vez me dejen marchar algún día. Podría huir, pero si no lo consigo, nunca volverán a fiarse de mí. Debo tener paciencia.»

Alzó la vista de nuevo hacia la reina. Ella inclinó la cabeza una vez antes de volverse hacia los portavoces.

Las seis mujeres lucían expresiones radicalmente distintas. Unas pocas parecían horrorizadas, otras complacidas, y, de hecho, el rostro de Savara reflejaba asombro y una ligera preocupación. El público bullía de excitación. Lorkin captó algunas miradas de inquietud y de indignación, así como algunas sonrisas de aprobación.

La campana de Riaya sonó de nuevo. La presidenta se puso en pie.

—El juicio a Kalia ha concluido. La sentencia ha sido dictada. Este proceso ha llegado a su fin, y las leyes de Refugio han prevalecido. Que las piedras sigan cantando.

El público murmuró la respuesta con fervor y, acto seguido, un barullo de voces y pasos inundó la sala mientras la gente se encaminaba hacia las puertas. Lorkin oyó gritos procedentes del exterior conforme la noticia se transmitía por los pasadizos.

—Bueno, me alegro de que esto haya acabado por fin —comentó.

—No del todo —replicó Tyvara.

Él la miró.

—Alguien tiene que enseñarte a elaborar gemas.

—¿Tú?

Ella negó con la cabeza.

—No se enseñan los secretos más valiosos a personas que deben convivir con el enemigo como espías. Además, nunca tuve la paciencia suficiente para aprender.

—¿Preferías hacerte pasar por esclava a fabricar piedras? —Arrugó el entrecejo—. ¿Tan difícil es?

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

—Tranquilo. En realidad no es tan peligroso en cuanto tienes claro lo que estás haciendo. Vamos. A diferencia de ti, no he tomado un desayuno opíparo ni he dormido como un tronco. Vayamos a comer algo.

Lo tomó del brazo otra vez y lo atrajo hacia el torrente de personas que salía al pasillo, donde, para su sorpresa y deleite, recibió muchas disculpas y palmaditas de comprensión en el hombro. Decidió que, pese a sus defectos, eran buenas personas, sobre todo si recordaba que lo que Kalia le había hecho era algo que los sachakanos hacían a miles de esclavos a diario.

—Y sí, a partir de ahora tengo permitido verte —le informó Tyvara.

Él le sonrió de oreja a oreja, y ella le devolvió el gesto.

Sonea llamó a la puerta de la sala de tratamientos. Dorrien la abrió, y ella reparó, divertida, en su cara de alivio.

—Menos mal —dijo él—. ¿O sea que mi turno ha terminado?

—Sí. ¿Cómo te va? —preguntó ella.

Él suspiró.

—Es extenuante, ¿no? Al final de la jornada, noto lo agotadas que están mis reservas de magia.

—En los días de más trabajo, sí. —Sonea se encogió de hombros y se sentó en una de las sillas para los pacientes—. Si no utilizamos nuestra energía todos los días, se desperdicia. —«Aunque, si consume demasiada energía, no me será muy útil el día que nos enfrentemos a Skellin. Tendré que hablar con los sanadores sobre el volumen de trabajo que le asignan.»

—Oh, no me quejo. Estoy de acuerdo contigo. Lo que pasa es que aún no me he acostumbrado. —Hizo una mueca—. Alina y las chicas tampoco.

Sonea frunció el entrecejo.

—¿Tienes que utilizar la magia en casa? Supongo que podríamos reducir...

—No, no es eso. Estoy... Supongo que el cansancio me pone irritable. A veces

Alina puede ser un poco... —Agitó una mano con expresión ceñuda mientras buscaba la palabra adecuada.

Sonea aguardó. Aunque le venían a la mente algunas palabras —«celosa», «posesiva», «insegura»—, no habría sido muy amable emplearlas para describir la actitud de su esposa.

—Tiene muchas novedades a las que adaptarse —dijo Sonea—: un esposo cansado que pasa más tiempo fuera de casa que antes, una ciudad que no conoce, estar lejos de las personas que la conocen y la comprenden... Y no sería de extrañar que temiera por tu seguridad.

Dorrien asintió.

—A veces...

Sonea esperó, pero Dorrien sacudió la cabeza con aspecto afligido.

—¿A veces qué? —lo animó a continuar con suavidad.

Él bajó la vista hacia la mesa.

—A veces —dijo en voz baja y con un tono cargado de culpabilidad— desearía no haberme casado con ella.

Sonea se quedó mirándolo, sorprendida. Lo había incitado a hablar porque suponía que quería reconocer que también tenía miedo. Dorrien levantó los ojos hacia ella con una mirada sombría e inescrutable.

—Debería haberme casado con una maga. Habríamos tenido... más cosas en común.

Sonea desvió la vista y se aferró al primer argumento que se le ocurrió para sacarle esas ideas de la cabeza. Aunque Alina no le caía bien, no quería que Dorrien hiciera daño a su familia. Al mudarse a la ciudad, las diferencias entre su esposa y él se habían puesto de relieve y le habían hecho perder de vista sus puntos de coincidencia.

—Tenéis en común la aldea y el amor por el campo. Tal vez esto no te parezca tan importante ahora, pero siempre has sabido que tu lugar está allí.

Dorrien la contempló con tristeza antes de dejar caer los hombros y asentir.

—Tienes razón. Es como si la desconfianza de Alina me llevara a preguntarme si percibe algo que yo estoy pasando por alto. Estoy harto de sus preguntas.

—¿Sobre el hospital y la búsqueda?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Entre otras cosas.

—Pues tráela una día. Muéstrale lo que hacemos. Al menos así disiparías el misterio que envuelve una parte de tu trabajo.

Una expresión pensativa asomó al rostro de Dorrien, que la miró y se puso de pie.

—Bueno, supongo que debo cederte el sitio.

Ella asintió, se levantó y esperó a que él saliera de detrás de la mesa antes de

pasar por su lado y sentarse en la silla que él había estado ocupando.

—¿Algún mensaje de Cery? —preguntó.

—No —contestó él.

Ella suspiró.

—El administrador ha decidido comprobar el avance de nuestra investigación lo más a menudo posible —le advirtió—. No te sorprendas si se presenta en tu casa.

Dorrien hizo un gesto de dolor.

—Eso le encantará a Alina. Buenas noches, Sonea.

Ella sonrió.

—Buenas noches, Dorrien.

Cuando la puerta se cerró tras él, ella recorrió la sala con la vista para asegurarse de tener a mano todos los remedios, las vendas y los utensilios que podía necesitar, y se sentó de nuevo. Al poco rato, alguien llamó a la puerta.

Ella invocó magia y la proyectó hacia la puerta. Para su sorpresa, al otro lado estaba Dorrien con la sanadora Nikea.

—Acaba de llegar un mensaje —le comunicó él.

—Lo leeremos dentro.

Nikea entregó un papel a Dorrien y sonrió a Sonea antes de alejarse por el pasillo. Dorrien entró en la sala y cerró la puerta a su espalda. Tendió el papel a Sonea.

«Gran reunión esta noche. Venid a cenar. Traed caramelos.»

Ella alzó la vista hacia Dorrien con el pulso acelerado.

—Por fin ha llegado —dijo—. La oportunidad que habíamos estado esperando.

Cery y ella habían acordado referirse a cualquier encuentro concertado entre Skellin y el nuevo jefe de Anyi, o el ladrón para el que él trabajaba, como una «gran reunión». «Cenar» significaba una hora antes del anochecer. La petición de caramelos era una invitación a reunirse con él en la habitación situada bajo la tienda de dulces.

—Esto debería ponerme más contento de lo que me siento —murmuró Dorrien.

Sonea esbozó una sonrisa sombría.

—No te preocupes. Pediré a alguno de los sanadores que nos acompañe. Preferiría mandar llamar a alguien del Gremio, pero no tenemos tiempo. Podríamos enviar un mensaje de todos modos, para ver si alguien del alojamiento de los sanadores o del Gremio puede echar una mano aquí esta noche.

Dorrien asintió.

—Vale la pena intentarlo.

Lilia se sentía mucho más tranquila en todos los aspectos después de haber dormido unas horas y comido en compañía de unas personas a las que poco antes había visto golpear a un hombre hasta dejarlo medio muerto. Le resultó más sencillo hacer a un lado sus preocupaciones por no haber regresado a la atalaya. En cambio,

su inquietud respecto a las personas en quienes estaba confiando pasó a ocupar un primer plano.

Aunque no temía que le hicieran daño, dados sus poderes mágicos, quizá hubiera otras maneras en que podían aprovecharse de ella. Esperaba que al menos Lorandra cumpliera con su parte del trato. Aunque por el momento parecía estar haciéndolo, Lilia dudaba que mantuviera su palabra si la búsqueda de Naki le causaba un conflicto con algún aliado o suponía un precio demasiado elevado para ella.

«Me da la impresión de que está haciendo más esfuerzos por ayudarme de los que hice yo por ayudarla a ella. Yo simplemente la saqué de la prisión. No tenía necesidad de pedir favores a nadie. Ahora que he visto el mundo al que pertenece, no creo que ella valore el sacrificio que representa para mí haber hecho algo que me acarreará más problemas con el Gremio. No entiende que yo quiera volver ni que espere que me readmitan algún día, porque ella jamás ha querido ingresar en él.»

El ladrón, que se llamaba Jemmi, había concertado una entrevista con otro ladrón que tal vez sabía dónde estaba Naki. Él, Lorandra, Lilia y un hombre y una mujer que al parecer eran sus guardaespaldas se habían puesto en camino hacia cerca de una hora y habían recorrido pasadizos subterráneos hasta llegar a un almacén. De allí habían salido a las calles oscuras y, arrebujados en sus abrigos gruesos con capucha, habían caminado bajo la lluvia hasta una casa de bol.

Subieron en fila por una escalera hasta una habitación reducida en la que había dos sillas pequeñas y una mesa. Hacía frío ahí dentro, y Lilia estuvo tentada de calentar el aire, pero Lorandra le había advertido que no usara la magia a menos que fuera imprescindible. El guardaespaldas hombre se acercó a Jemmi y dijo algo. El ladrón arrugó el entrecejo y se volvió hacia Lorandra.

—Tenemos que ponernos de acuerdo respecto a los honorarios antes de seguir adelante.

—¿Qué honorarios? —Los ojos de forma extraña de Lorandra se entornaron. Miró a Lilia—. Quédate aquí —dijo—. No iremos muy lejos.

Se encaminó hacia la puerta. Jemmi miró al guardaespaldas y ladeó la cabeza con brusquedad para indicarle que lo acompañara afuera. El escolta posó la vista en su colega femenina y le hizo una señal rápida antes de salir al pasillo y cerrar la puerta.

Desconcertada, Lilia se sentó en una de las sillas.

La guardaespaldas se dirigió hacia la puerta, claramente para escuchar las voces del exterior. Lilia la observó, preguntándose cómo podía una mujer acabar con un trabajo así. «Es más joven de lo que me ha parecido en un principio —pensó. Al mirarla con aún más detenimiento, advirtió que la mujer tenía varias cicatrices en las manos, y una en el cuello. Por el modo en que colgaba y se movía la tela de su abrigo, Lilia dedujo que llevaba objetos guardados dentro—. ¿Cuchillos, tal vez? No será una espada...»

La mujer se volvió hacia Lilia con expresión indecisa. Sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Sabes a quién están a punto de entregarte?

Lilia pestañeó.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Me llevan a ver a otro ladrón.

—Así que eso te han dicho. —La mujer curvó los labios—. El ladrón se llama Skellin. ¿Sabes quién es?

¿Skellin? ¿El hijo de Lorandra era un ladrón? A Lilia se le puso la carne de gallina. «¿Por qué no me ha dicho Lorandra que me llevaría con su hijo? ¿Temía que me asustara al recordar que es un mago e intentara huir? —Tragó en seco—. Supongo que tiene razón. Él da más miedo que ella, porque tiene control sobre sus poderes.»

La mujer la contemplaba con expectación.

—Creía que me ayudaría a encontrar a Naki antes de reencontrarse con él —explicó Lilia—. Me dijo que nos reuniríamos con alguien que tendría más posibilidades de dar con ella, y que tal vez sería nuestra mejor...

—Skellin es un mago. —La mujer se apartó de la puerta y, apoyándose en los brazos de la silla de Lilia, clavó los ojos en ella.

—Lo sé...

—Y tú sabes magia negra. ¿De verdad crees que buscará a tu amiga sin pedirte nada a cambio? No moverá un dedo a menos que le enseñes magia negra.

—Me negaré mientras no encuentre a Naki.

La mujer continuó mirándola, imperturbable.

—Aun suponiendo que él te lo permita, ¿qué harás entonces?

A Lilia no se le ocurrió una respuesta convincente. La guardaespaldas echó un vistazo a la puerta y suspiró de nuevo.

—No hace falta que traiciones a todo el mundo para encontrar a tu amiga —dijo—. Hay otras personas que pueden ayudarte y que no te harán chantaje, porque saben que es mejor para todos que los ladrones no tengan acceso a la magia, sobre todo a la magia negra.

—No... No lo sabía.

La mujer soltó la silla y se enderezó.

—Supongo que no tenías por qué saberlo.

Lilia sacudió la cabeza. Se sentía como una tonta, indefensa y asustada.

—Me... Ya es demasiado tarde, ¿verdad? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

La mujer dirigió la vista hacia la puerta y luego hacia Lilia.

—No es demasiado tarde —susurró en un tono apremiante—. Puedo sacarte de aquí y presentarte a personas que pueden encontrar a tu amiga sin pedirte que enseñes

magia negra a nadie. Pero tienes que venir conmigo ahora mismo.

Lilia miró la puerta. Lorandra había accedido a ayudarla. Había llegado a un acuerdo con ella y parecía estar respetándolo. «Pero para conseguir la ayuda de Skellin... Seguramente querrá imponer sus condiciones... Si hay una oportunidad de salir de aquí, tengo que aprovecharla.»

—¿Estás segura de que puedes encontrar a Naki?

—Sí. —La mirada de la mujer era firme, y su voz rebosaba seguridad.

Esperando no arrepentirse más adelante, Lilia se puso de pie.

—De acuerdo.

La mujer le dedicó una sonrisa salvaje.

—Sígueme.

Con un movimiento ágil, se encaramó a la mesa y elevó los brazos hacia el techo. Lilia no se había percatado de que allí había una trampilla. Se abrió sin hacer ruido. La mujer tendió una mano a Lilia para ayudarla a subir, luego la aferró por los muslos y la aupó. Lilia contuvo un grito ahogado de sorpresa al verse manejada de aquel modo. Tenía la cabeza y los hombros dentro de un espacio situado encima del techo. Se apoyó en el marco de la trampilla y, aprovechando un empujón desde abajo, se izó hacia el interior.

La mujer se asomó al hueco de la trampilla, se alzó a pulso, balanceando las piernas, y tiró de la portezuela para cerrarla. Se llevó el dedo a los labios y, lenta y sigilosamente, avanzó a gatas por la cavidad hacia la pared del fondo. Lilia la siguió, concentrándose en apoyar las manos y las rodillas sobre los paneles del techo sin arrastrar los pies. Estaba atenta a sonidos que pudieran indicar que su ausencia había sido descubierta, pero no oyó gritos ni voces de alerta.

«¿Qué estoy haciendo? Debería haberme quedado con Lorandra. —Pero algo le decía que la mujer tenía razón. Quizá Lorandra habría podido ayudarla a dar con Naki, pero el precio habría sido terrible—. Pero más vale que esta guardaespaldas no se equivoque. Si no localiza a Naki, le pediré que me lleve de nuevo hasta Lorandra.»

Al final del edificio, llegaron frente a un muro triangular. En el centro había una única ventana, y la mujer se dirigió hacia ella. Cuando la abrió hacia dentro, como una puerta, el aire frío y la lluvia impulsada por el viento entraron a raudales. La mujer se puso en cuclillas, sacó una pierna por la abertura, se dobló prácticamente en dos sobre la otra pierna y salió con cuidado hacia atrás.

Lilia la siguió y se encontró en lo alto de un tejado. La guardaespaldas se arrebujó en su abrigo, caminó por la arista y se agachó de nuevo al acercarse al borde. Al fijarse en el espacio que mediaba entre el tejado y la pared del edificio siguiente, Lilia supuso que abajo había una calle. Avanzó, pisando con precaución. Las tejas estaban resbaladizas a causa de la lluvia. La mujer se apartó del borde cuando Lilia llegó junto a ella.

—Quiero que las dos entremos en ese edificio. —Señaló una construcción de tres plantas que se alzaba enfrente—. ¿Ves esas cuerdas?

Apuntó con el dedo a un par de sogas tendidas entre ambos lados de la calle, a unas casas de distancia. Lilia asintió.

—Podemos usarlas para cruzar, regresar por los tejados y entrar por esa ventana en el desván que se entrevé en aquel lado.

Cuando Lilia miró las cuerdas, sintió una oleada inesperada de admiración hacia la mujer.

—Haces este tipo de cosas continuamente, ¿verdad?

La guardaespaldas sonrió.

—Las hemos atado nosotros allí. Nunca sabes cuándo tendrás que escapar de algún sitio.

Lilia movió la cabeza en dirección a la calle.

—¿Hay alguien vigilando?

La mujer se inclinó hacia el alero, dirigió la vista a uno y otro lado de la calle y negó con un gesto.

—Entonces tengo un sistema mejor para llegar allí —le dijo Lilia—. Sujétate a mí y no grites.

Invocó su magia y creó con ella un disco bajo los pies de las dos. La mujer perdió el equilibrio, abrió los brazos, y Lilia la agarró para evitar que se cayera. Esforzó su voluntad para elevar el disco con ellas encima y flotar hasta el tejado del edificio de enfrente. La mujer la miraba fijamente cuando posaron los pies sobre las tejas.

—Rek se equivocaba. Sí que has recuperado tus poderes.

Lilia asintió y se volvió hacia el tejado de la casa de bol.

—Ella no.

—Es la mejor noticia que he oído en toda la noche. —La mujer se acercó a la ventana del desván. Estaba cerrada con tablas por dentro. Las rompió con una patada rápida. Entró en la habitación oscura, con Lilia a la zaga, se encaminó velozmente hacia la puerta, la abrió y escuchó. Acto seguido, se adentró en el edificio, echando un vistazo a través de las puertas junto a las que pasaba—. Nada. Por lo visto no hay nadie en casa. Es la segunda mejor noticia de esta noche.

—¿Te has colado aquí sin saber si había alguien?

La mujer se encogió de hombros.

—Podría habérmelas arreglado.

Lilia decidió que no quería saber cómo. Siguió a su rescatadora hasta un dormitorio. La mujer se dirigió hacia la ventana con cautela.

—No te acerques demasiado —advirtió. Se puso tensa—. Ah, ahí están. Si hubiéramos tardado más, nos habrían descubierto.

Lilia se situó a un lado de la ventana y se asomó ligeramente. Abajo, unas figuras

vagaban por la calle. Un movimiento atrajo sus miradas hacia lo alto del edificio, donde dos personas hacían equilibrios, una de ellas señalando las cuerdas y la otra escudriñando los tejados con la vista.

—Más vale que vaya a tapar esa ventana de nuevo —murmuró la mujer. Subió la escalera a toda prisa, y al poco rato Lilia oyó unos golpes amortiguados. Esperó que no resultaran audibles desde el exterior. Por fortuna, la lluvia había arreciado y tal vez ahogaría los ruidos.

La mujer reapareció cargada con dos sillas que depositó a cada lado de la ventana. Se dejó caer en una, y Lilia se sentó en la otra.

—Esperaremos aquí —dijo la guardaespaldas mientras oteaba la calle de nuevo—. Están rastreando las rutas habituales en vez de registrar las casas. —Desplegó una sonrisa—. Supongo que si hubiera sabido que habías recuperado tus poderes y Lorandra no, habríamos podido salir caminando sin más, pero entonces nos habrían seguido. Pero es bastante divertido escabullirse y luego esconderse delante de las narices del enemigo. —Su sonrisa se desvaneció de golpe y ella frunció el ceño como si acabara de ocurrírsele algo malo.

—¿Qué sucede?

La mujer torció el gesto.

—Aparte de perder mi trabajo, estoy descuidando otras cosas que debería hacer. Hay personas que esperan que me comunique con ellos y se preocuparán si no reciben noticias mías.

—Ah. —Lilia sintió una punzada de culpabilidad—. Pues... gracias por ayudarme y por ofrecerte a encontrar a Naki. ¿Estás segura de que puedes encontrarla?

—La encontraremos. Además, no te pediremos a cambio que traiciones a las Tierras Aliadas. —La mujer se puso derecha—. Por lo pronto, no hemos sido presentadas formalmente, aunque ya he adivinado quién eres.

—Sí. Soy Lilia, la aprendiz que se inició en la magia negra por accidente —respondió ella con ironía.

—Es un honor conocerla, lady Lilia. —La mujer le dedicó una leve reverencia—. Me llamo Anyi.

SIN RETORNO

El barco se había movido mucho durante la noche, y Dannyl se había sentido aliviado cuando, a primera hora de la tarde, el *Inava* había recalado en una bahía pequeña y resguardada. Aunque Achatí había planeado que pasaran casi todas las noches en tierra, cuanto más al norte navegaban, más separadas entre sí estaban las poblaciones. Tayend se había tomado una dosis extra del remedio contra el mareo la noche anterior y se había quedado dormido enseguida con una facilidad que Dannyl empezaba a envidiar. Aunque podía combatir con la sanación mágica los efectos negativos del viaje por mar, a veces le costaba quedarse en la cama debido al vaivén de la embarcación. Por fin, unas horas antes del amanecer, la tormenta pasó y él consiguió dormir un poco, pero poco después tuvieron que levantarse.

Achatí había previsto que se alojaran en la finca de un amigo que se encontraba de visita en la ciudad. Tenían el sitio para ellos solos, aparte de los esclavos, por supuesto. Estos, que habían recibido la orden de agasajar a los invitados de su amo, les sirvieron una cena deliciosa y los guiaron hasta unos baños construidos junto a un manantial natural de agua caliente que Achatí aseguró que no debían perderse.

Sin embargo, todo parecía indicar que Tayend se los perdería. Un esclavo había tenido que desembarcarlo medio a cuestas y lo había subido al carruaje que los esperaba. Había emitido sonoros ronquidos durante todo el trayecto hacia la finca y apenas se había despertado durante el rato suficiente para seguir a un esclavo hasta los aposentos de los invitados. Los esclavos habían comunicado a los demás que había caído como un tronco en cuanto había llegado a una cama.

Achatí y Dannyl se dirigieron juntos hacia los baños. Resultaron ser una habitación larga con una puerta en cada extremo, sin ventanas pero con una abertura en el techo por la que se vislumbraba el cielo estrellado de la noche. Había una serie de piscinas humeantes a lo largo de la estancia, que vertían sus aguas unas en otras, y un sendero que serpenteaba por la orilla y cruzaba un estanque por un puente curvo. En el aire se percibía un olor metálico y salobre.

—La piscina más cercana es de agua caliente —dijo Achatí mientras empezaba a quitarse la ropa—. Es para lavarse, y desagua por un sitio diferente que las demás. Cuando estés limpio, entra en la piscina siguiente y pasa de una a otra hasta que encuentres la que más te convenga. Las de en medio son de agua caliente, y van entibiándose hasta la última, que es de agua fría.

—¿El baño termina con una piscina de agua fría?

—Sí, para despejarte. Es de lo más refrescante. Pero si deseas irte a dormir justo después del baño, es recomendable que te sumerjas en una de las piscinas tibias. Allí

hay unas batas de tela absorbente que puedes ponerte para no pasar frío. —Achatí, que ahora solo llevaba sus pantalones, miró a Dannyl, que aún no había empezado a desvestirse—. Los esclavos te lavarán la ropa y la llevarán a tu habitación.

Dannyl asintió y comenzó a desnudarse. Los baños públicos habían pasado de moda en Imardin unos cien años atrás. Era bien sabido que los baños (y, según afirmaban burlescamente algunos documentos, el hecho mismo de bañarse) habían sido introducidos por los sachakanos cuando habían conquistado Kyrália. Bañarse seguía siendo una costumbre popular, pero no en público. Las casas de baño del Gremio estaban divididas en cuartos privados, al igual que los de la ciudad, aunque Dannyl había oído que ciertos establecimientos asociados con burdeles disponían de piscinas más grandes para chapuzones mixtos.

En Elyne aún quedaban algunos baños públicos, pero hombres y mujeres los utilizaban por separado y llevaban una recatada prenda de tela gruesa. Dannyl los había visitado varias veces con Tayend, cuando era embajador del Gremio en Elyne. Entonces estaba en boga lamentarse de que los viejos tiempos en que la gente se bañaba desnuda hubieran pasado, pero nadie llevaba a la práctica la opinión aparentemente generalizada de que era mejor despojarse por completo de la ropa.

«De todas las tradiciones sachakanas conflictivas (la esclavitud, la magia negra), sin duda esta sería la más fácil de adoptar. Aunque, hasta donde yo sé, no hay baños públicos en Arvice. Tal vez también hayan pasado de moda en Sachaka. Me extrañaría mucho que permitieran a sus mujeres bañarse en compañía de otras personas.»

Achatí, desvestido ya del todo, entró en la primera piscina. De pronto el tono oscuro de su piel resultaba más evidente, y aunque Achatí era más bajo que el sachakano medio, tenía las espaldas anchas y constitución robusta características de su pueblo. Dannyl respiró hondo, se quitó la túnica y luego los pantalones. Haciendo un esfuerzo de voluntad, dio media vuelta, caminó hacia la piscina y se metió en el agua.

Aunque se había preparado para sentir calor, el agua estaba tibia. Con expresión neutra, Achatí señaló un cuenco en el borde de la piscina que contenía unas pastillas de jabón. Estaba rodeado de una espuma jabonosa que ocultaba la parte del cuerpo que tenía bajo la superficie. La piscina era grande. Había espacio de sobra para los dos, quizá incluso para cuatro personas. Dannyl se concentró en los detalles, intentando no pensar demasiado en el hecho de que estaba desnudo en compañía de un hombre que le había dejado claro que quería que hubiera algo más que amistad entre ambos.

El jabón era extraño. Contenía una arenilla que raspaba la piel de Dannyl y le dejaba unas rayas rojas. Cuando Achatí salió de la piscina, Dannyl advirtió que estas marcas no eran tan notorias en la piel del sachakano.

Terminó de frotarse, se levantó y siguió a Achatí a la piscina siguiente.

El agua estaba caliente. Había asientos adosados a las paredes. Dannyl notó escozor a causa de la temperatura. Achatí no permaneció allí mucho rato, sino que cambió de una piscina a otra hasta que encontró una en la que declaró sentirse más cómodo.

—¿La tuya está lo bastante caliente? —preguntó a Dannyl.

Este asintió.

—Mucho.

—Pasa a la siguiente. Yo me quedaré aquí. Dispondremos de una para cada uno, y aun así podremos charlar.

Así que Dannyl se sumergió en la siguiente piscina, de agua agradablemente tibia.

—Ah, sí. Esta es la buena. —Se acomodó en un asiento en un hueco desde donde podía volverse con facilidad para hablar con Achatí. Aunque empezaba a acostumbrarse a su desnudez, tenía que reconocer que le aliviaba un poco que la pared baja de la piscina superior se interpusiera entre ambos.

Achatí soltó una risita.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Dannyl al ver que su acompañante no explicaba el motivo de su hilaridad.

El sachakano le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Tú. Creía que girarías sobre tus talones y pondrías pies en polvorosa.

—¿Para huir de esto? —Dannyl se encogió de hombros—. Reconozco que es una experiencia nueva y que no me resulta del todo cómoda.

—Y aun así, estás aguantando, y eso que yo estoy aquí también.

Dannyl intentó pensar una buena respuesta, pero antes de que lo consiguiera, Achatí continuó.

—Se te ha dado muy bien guardar las distancias conmigo.

A Dannyl tampoco se le ocurrió algo ingenioso que responder a esto.

—¿Ah, sí? —logró decir.

—Sí. Pedir a Tayend que insistiera en venir fue una jugada muy hábil.

Dannyl enderezó la espalda, sorprendido e indignado.

—Yo no le pedí a Tayend que insistiera en venir. —Frunció el ceño—. Lo hizo por iniciativa propia.

Achatí arqueó las cejas. Contempló a Dannyl con aire pensativo.

—Me parece que te creo.

—Es cierto —aseveró Dannyl, intentando no parecer ofendido, sin mucho éxito—. Aunque también es cierto que he estado guardando las distancias contigo.

—¿Por qué?

Dannyl apartó la vista y suspiró.

—Por las consecuencias. El conflicto de lealtades. Esa clase de cosas.

—Entiendo —dijo Achatí en voz baja. Se quedó callado por un momento, y de pronto se puso de pie y entró en la piscina de Danyl. Una vez sentado, exhaló un profundo suspiro—. Eso está mejor. —Miró a su acompañante—. Se preocupa usted sin motivo, embajador Danyl.

Danyl clavó la vista en Achatí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Debo lealtad ante todo a Sachaka y a mi rey. —Los ojos de Achatí relampaguearon—. Y tú debes lealtad a Kyrália, tu rey, el Gremio y las Tierras Aliadas, no necesariamente en este orden. Eso no puede ni debe cambiar. —Sonrió con frialdad—. Piénsalo de este modo: si mi rey me ordenara que te matara, lo haría. Sin vacilar.

Danyl miró al hombre con fijeza. Achatí tenía una mirada severa y una expresión desafiante. «Lo dice muy en serio, pero ¿acaso no haría yo lo mismo si nos convirtiéramos en enemigos? Probablemente. Lo lamentaría, pero... ¿qué posibilidades hay de que eso ocurra? —Dejó a un lado ese pensamiento—. Lo cierto es que me disgustaría independientemente de cuánto hubiéramos intimado. Además, no podemos hacer nada que lleve a los demás a dudar de nuestra lealtad, como tener hijos o casarnos...»

Achatí no estaba pidiéndole un compromiso ni mucho menos. Por una vez, esto lo atraía. Aunque a Danyl debería haberle repelido la afirmación de que el ashaki lo mataría si se lo ordenaran..., le resultaba curiosamente excitante.

—Así que... ¿no vacilarías? ¿Ni siquiera un poco? —preguntó.

Con una sonrisa, Achatí se apartó de la pared y se dirigió hacia el centro de la piscina.

—Bueno, tal vez un poco. Ven aquí y convénceme de cuánto tiempo debo vacilar.

Danyl soltó una risita ante la invitación de su amigo y caminó hacia el centro de la piscina. Por unos instantes, se contemplaron el uno al otro. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado hasta detenerse.

Ambos se quedaron paralizados cuando oyeron unas voces apagadas procedentes de la entrada de los baños. Se separaron rápidamente y se pusieron de pie para ver quién andaba allí. Danyl comprobó aliviado que la puerta seguía cerrada.

Las voces cesaron y sonaron unos golpes en la puerta. Achatí miró a Danyl con una irritación gratamente manifiesta.

—He ordenado a los esclavos que no nos molestaran salvo en caso de urgencia.

—Será mejor que averigües qué ocurre —respondió Danyl.

Achatí salió de la piscina y atrajo una bata hacia sí con magia. Se la puso y se encaminó hacia la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió. Danyl se apresuró a poner cara de circunstancias cuando vio

el rostro de Tayend asomar al otro lado. «Cuanto más molesto parezca yo, más sospechará él.» Por dentro se sentía como si le hirviera la sangre de rabia.

—¿Interrumpo algo? —dijo Tayend—. Los esclavos me han dicho que estabais aquí, y como me habías dicho que teníamos que probar estos baños, me parecía una descortesía no venir a verlos.

—Por supuesto que no —contestó Achatí. Indicó con un gesto a Tayend que se acercara a la piscina de limpieza y le explicó el procedimiento.

Luego, cuando regresó hacia donde estaba Danyal, le sonrió y formuló una promesa moviendo los labios, sin voz:

«Luego.»

Poco después de que Lorkin llegara a la sala de asistencia, una maga se presentó para escoltarlo a las cuevas de las pedreras. Era un poco reacio a marcharse, pues la mujer que había sustituido a Kalia todavía no tenía muy claro dónde se guardaba todo el material ni qué enfermedad sufría cada uno de los pacientes que ocupaban las camas. Aun así, lo echó de la sala en cuanto llegó la escolta.

—Vete —le ordenó—. Ya me las apañaré.

—Volveré luego —prometió él.

La maga le había dedicado una sonrisa tímida y apenas había abierto la boca mientras lo conducía hacia las cuevas. Era tan infrecuente que una Traidora se mostrara cohibida e incómoda que él resistió el impulso de entablar una conversación con ella. Si criarse en un lugar donde las mujeres ejercían el poder no la había ayudado a ser atrevida y segura de sí misma, su sensación de incomodidad debía de estar muy arraigada, por lo que hurgar en la herida seguramente empeoraría las cosas.

Ella lo guió hacia las entrañas de la ciudad, a una zona de la montaña más profunda que aquellas en que a la mayoría de los Traidores les gustaba vivir. El pasadizo comenzó a serpentear, y a ambos lados había entradas de cuevas. La última vez que había pasado por allí, cuando se lo llevaban de la caverna que Evar le había enseñado, Lorkin había supuesto que lo más prudente era no parecer demasiado interesado en ellas. Ahora era libre de echar un vistazo al interior.

Las cuevas eran de tamaños y formas variados. Era evidente que los Traidores habían hecho un esfuerzo por allanar el suelo en algunas partes, pero claramente habían dejado las paredes irregulares y angulosas tal como estaban. En una gruta más espaciosa, Lorkin se percató de que había galerías adosadas a las paredes por las que se accedía a las zonas más elevadas.

En todas las cuevas veía una gran gama de colores centelleantes en paredes, techos e incluso, en algunos casos, en el suelo.

Ninguna de las cavernas tenía puerta. Parecía un descuido extraño en una parte de la ciudad que contenía secretos mágicos de tal envergadura. «Pero tal vez sean

secretos que no pueden descubrirse estudiando las piedras. Quizá solo puedan transmitirse de una mente a otra, como la magia negra.» O tal vez estaban escritos en libros guardados en algún lugar seguro.

El pasadizo serpenteante desembocaba en otra cueva. Su guía la atravesó hasta entrar en una caverna contigua, y luego en otra. En las paredes y el techo del pasadizo había habido fisuras que resultaban fáciles de franquear. Ahora pasaban por encima de grietas más grandes sobre puentes contruidos con losas hechas de la misma piedra que las paredes.

Entonces llegaron frente a una puerta.

La escolta llamó, sonrió a Lorkin y se marchó a paso veloz, antes de que él pudiera darle las gracias. Cuando se volvió de nuevo hacia la puerta, esta estaba abierta. Una voz lo llamó desde el interior.

—Pasa, Lorkin.

Reconoció la voz de la portavoz Savara. Cuando entró en la sala, vio que la portavoz Halana y ella ocupaban dos de cinco asientos dispuestos en círculo. Savara señaló una de las sillas y él se sentó.

—¿Conoces las responsabilidades de cada una de las portavoces? —preguntó.

Él asintió.

—Sí. Bueno, al menos las de algunas. La portavoz Riaya organiza reuniones, elecciones, juicios y demás. La portavoz Kalia era la responsable de la sanidad, la portavoz Shaiya controla la producción de alimentos y el suministro de agua, y usted está al cargo de la defensa.

—Correcto. La responsabilidad de la sanadora Lanna es la vivienda, y la de la portavoz Yvali, la educación. La de la portavoz Halana —asintió en dirección a la otra mujer— es la elaboración de gemas.

Él miró a la portavoz Halana e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Entonces, ¿usted será mi profesora?

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Sí, si tú estás de acuerdo.

Él sonrió.

—No se me ocurre ninguna razón para negarme.

Aunque Halana no correspondió a su sonrisa, había un atisbo de picardía en sus ojos. Algo en su expresión provocó a Lorkin un escalofrío de advertencia. Frunció el ceño y posó la vista en Savara.

—¿Hay alguna razón por la que debería negarme?

Ella sonrió con ironía.

—Posiblemente. Puede que haya mencionado ya que una vez viajé a Kyralia. Estuve en Imardin durante un tiempo, antes y a lo largo de lo que llamáis la Invasión ichani.

Él la miró con fijeza, sorprendido.

—¿Presenció la invasión?

Ella se puso seria.

—Sí. Intentamos no perder de vista a los ichanis, pues son personas errantes y a veces se acercan más de la cuenta a Refugio. Por lo general son inofensivos, ya que están demasiado ocupados luchando unos contra otros para causarnos problemas. Sin embargo, como ya te imaginarás, cualquier señal de unión entre ellos nos pone en guardia. Por fortuna para nosotros, la última vez que lo hicieron no tenían la intención de volverse contra nosotros. Por desgracia para tu pueblo, su mirada estaba puesta en Kyralia.

»Como descubrimos que estaban enviando esclavos a Kyralia, fui allí para investigar qué se traían entre manos. Los sucesos de los que fui testigo pusieron de manifiesto que el Gremio no utiliza la magia superior y, de hecho, la prohíbe.

Lorkin asintió y bajó la vista.

—La llamamos magia negra. Y ya no está prohibida.

Ella entornó los párpados.

—Pero su uso está restringido. Solo unos pocos saben utilizarla.

—Así es.

—Y si nuestros espías están en lo cierto, el conocimiento que esos pocos poseen es incompleto.

Él la miró a los ojos.

—No lo sé, pues no soy uno de los pocos a los que se permite saberlo.

—¿No lo eres —inquirió ella, sosteniéndole la mirada—, o mejor dicho no lo eras?

Él apartó la vista. ¿Estaba preguntándole... lo que le estaba preguntando? Quería saber si seguía considerándose un mago del Gremio. Pero había una pregunta implícita tras la que le había planteado: ¿deseaba conservar la opción de volver a serlo? Si aprendía magia negra, quizá nunca podría reingresar en el Gremio.

O tal vez simplemente estaba ofreciéndose a enseñarle magia negra en vez de la elaboración de gemas, pero era poco probable.

Quizá aquello fuera una prueba para determinar si pretendía regresar al Gremio en cuanto hubiera adquirido el conocimiento sobre la elaboración de gemas para difundirlo allí. Pero aquello no tenía pies ni cabeza. La reina no había especificado que tuviera prohibido transmitir dicho conocimiento. Tampoco había especificado lo contrario.

—Te lo pregunto —dijo Savara en voz baja—, porque para enseñarte a elaborar gemas, tenemos que enseñarte magia superior.

Él alzó la mirada hacia ella, estupefacto.

—Ah.

—Y estoy preguntándote si eso te impedirá volver algún día al Gremio.

—Entiendo... —De pronto todo cobró sentido. La reina creía que los Traidores debían compensar a Lorkin ofreciéndole algo de valor equivalente a los conocimientos de sanación que le habían robado. Las únicas formas de magia que desconocía eran la magia negra y la elaboración de gemas. Como necesitaba la primera para aprender la segunda, tendría que pagar el mismo precio por ambas: la imposibilidad de volver a casa. «Y sin duda eso significa que han considerado la posibilidad de concederme la libertad algún día...»

¿Cómo reaccionaría el Gremio al enterarse de que él sabía magia negra? ¿Lo perdonarían cuando revelara que había descubierto un nuevo medio de defensa? Entonces se le cayó el alma a los pies. «Esperaba encontrar una técnica que sustituyera a la magia negra, no que la utilizara. Si la elaboración de gemas requiere el uso de magia negra, he fracasado. Tal vez el Gremio no lo apruebe.»

Entonces cayó en la cuenta de que en el fondo no creía esto. El Gremio nunca desaprovecharía la oportunidad de aprender un nuevo tipo de magia, sobre todo si el hecho de usar las gemas no implicaba emplear la magia negra. Solo tendrían que restringir los permisos para aprenderla.

Si querían contar con las ventajas de las gemas mágicas, al Gremio no le quedaría otro remedio que aceptar que Lorkin había aprendido magia negra para poder ofrecérselas. De lo contrario... «Bueno, o me aceptan a mí y a las gemas, o se quedan sin nada, del mismo modo que yo tengo que elegir entre aprender la magia de las gemas y la magia negra o no aprender nada.»

Y si el Gremio lo rechazaba..., bueno, podría regresar a Refugio. La sociedad de los Traidores no era perfecta, pero ¿qué país o pueblo lo era? Por otro lado, al pensar en la posibilidad de no volver nunca a Imardin, la pesadumbre se apoderaba de él. Tenía que haber una manera de visitar a su madre, a Rothen y a sus amigos.

«Eso es algo que tendré que resolver más adelante. Esto es más importante. Que los ashakis adquirieran esta magia antes que el Gremio podría tener consecuencias desastrosas. No puedo ponerme en contacto con Osen ni pedirle que convoque una reunión para decidirlo. Tengo que aprovechar esta ocasión para aprender a elaborar gemas, y esperar que el Gremio no me repudie por ello.»

Miró a Savara.

—Saber magia negra puede impedir que vuelva allí de forma permanente —le dijo—. Es posible que solo me permitan ir de visita. Estoy dispuesto a asumir ese riesgo, si me aseguran que siempre tendré un hogar en Refugio.

Ella posó los ojos en él, imperturbable, antes de volverse hacia Halana. Esta asintió. Savara miró de nuevo a Lorkin y sonrió.

—Mientras no infrinjas nuestras leyes, podrás vivir entre nosotros si así lo deseas.

—Gracias.

—Y ahora —dijo ella, poniéndose de pie y haciéndole una seña a Halana—, ha llegado el momento de completar tu educación. —Le dio unas palmaditas en el hombro cuando pasó por su lado—. Sin duda lo que más te preocupa es el aprendizaje de la magia superior. Tranquilo. Esa es la parte fácil.

Halana puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—No le hagas caso —dijo—. Es cierto que la magia superior es fácil de aprender, pero la elaboración de gemas no te resultará tan complicada si tienes paciencia, diligencia y capacidad de concentración.

Lorkin miró a Savara, que sacudía la cabeza en señal de disconformidad antes de cerrar la puerta.

—¿Y si no las tengo? —preguntó él, posando la vista otra vez en Halana.

La mujer se encogió de hombros.

—Dependerá de la piedra que cultives. Si su función es generar calor y pierdes la concentración... ¿Tus poderes de sanación sirven para tratar quemaduras?

Él tragó saliva.

—Sí.

Ella sonrió.

—Entonces, no hay problema. Con una ventaja como esa, no tienes por qué preocuparte.

A Sonea no le había sorprendido que Cery no estuviera esperándolos debajo de la tienda de dulces y que, en cambio, hubiera un mensaje que les indicaba cómo encontrarlo. Ella, Dorrien y Nikea se habían hecho pasar por un matrimonio y su hija que aspiraban a expandir su negocio de recogida y tratamiento de tejidos para la producción de papel. El mensaje los condujo a una casa de bol, a través de un mercado nocturno y unos baños públicos, hasta que, tras subir la escalera de un sótano, descubrieron que Cery había ocupado una casa limpia y sorprendentemente bien decorada para pasar la noche.

Sonea prefirió no preguntar dónde estaban sus habitantes. Había rastros de ellos por doquier, desde los juguetes que se entreveían al otro lado de la puerta abierta de un dormitorio, hasta los platos a medio comer que había sobre la mesa. Encontraron a Cery en una habitación oscurecida, sentado junto a una ventana. Gol se había reunido con ellos en el sótano y les había advertido que no crearan luces.

—Se supone que la entrevista se celebrará en esa habitación de allí, en la segunda planta —les informó Cery, señalando la ventana.

Al dirigir la mirada hacia allí, Sonea vio en una casa situada al otro lado de un callejón, una sala de invitados iluminada con lámparas. La callejuela era tan estrecha que habría podido pasar a la otra habitación en unos pocos pasos de no ser porque se interponían dos muros.

Hablaron sobre cómo aproximarse al otro edificio y descartaron las vías de escape más obvias. Cery no había conseguido que ninguno de sus hombres se acercara lo suficiente para comprobar si había rutas de huida ocultas sin arriesgarse a que los vieran. La casa en la que se encontraban era lo más cerca que se había atrevido a llegar. Los magos tendrían que arreglárselas para ir hasta la habitación de enfrente una vez que comenzara la reunión.

Sonea acordó un plan con Dorrien y Nikea, pero no se les presentaba la ocasión de ponerlo en práctica. La habitación de enfrente seguía vacía.

La noche transcurrió con lentitud, y con cada hora que pasaba, Cery se encerraba más en sí mismo. Hablaba cada vez menos, hasta que al final todos quedaron en silencio, reacios a expresar sus temores. Las espaldas se encorvaron y las caras se alargaron con frustración conforme se hacía patente que no habría reunión y que no podrían capturar a Skellin ni a nadie más. Cuando el sol empezó a iluminar las paredes al otro lado de la ventana, Nikea rompió finalmente el silencio.

—¿Qué opináis? ¿Damos por hecho que la reunión ha sido suspendida?

Todos se miraron entre sí excepto Cery, que tenía la mirada perdida.

—Esperaremos a que lleguen noticias —le dijo Sonea.

—Si Anyi consiguiera escabullirse o enviar un mensaje a través de alguien, ¿adónde irían? —preguntó Dorrien a Cery.

La arruga entre las cejas de Cery se hizo más profunda.

—Ella no vendría ni enviaría a un mensajero aquí, porque podría atraer atención sobre nosotros. —Se levantó con un movimiento que pareció brusco después de horas de quietud y silencio—. Seguidme.

Ellos obedecieron. Regresaron al sótano y volvieron sobre sus pasos hasta la casa de baños. Allí, la mujer de mediana edad que regentaba el establecimiento se acercó a Cery con ademán nervioso y le entregó un papel.

—Lo siento. Lo hemos recibido hace unas horas —dijo—. No sabía qué hacer con él. Usted nunca me advirtió que podrían llegar mensajes ni me indicó adónde debía enviarlos.

—No creía que fuera necesario —explicó él—, pero gracias por guardarlo a buen recaudo.

Con el aspecto de haberse quitado un gran peso de encima, ella se retiró a toda prisa de la habitación. Cery leyó la nota y suspiró, aliviado.

—Está sana y salva —informó a los demás—, pero han descubierto que era una espía. —Sacudió la cabeza—. Ojalá hubiera podido encargarme de que alguien le enseñara a escribir. —Les mostró el papel, en el que había dos garabatos—. Inventamos una clave, pero no permite dar muchos detalles.

—¿Podrás reunirte con ella y averiguar qué ha ocurrido? —inquirió Dorrien.

Cery asintió.

—El momento dependerá de cuánto sepan sobre ella su jefe y el ladrón para el que trabaja, y de si la están buscando. —Su expresión se tornó sombría de nuevo—. Os avisaré en cuanto lo sepa.

Sonea posó una mano sobre la suya.

—Espero que ella esté bien. Transmítele nuestro agradecimiento.

Él consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—Tantos esfuerzos, y no hemos conseguido atrapar a Skellin.

—Bueno, esperemos a oír qué nos dice ella antes de considerarlo un fracaso absoluto. Quizá haya recabado información que pueda sernos útil.

Él asintió.

—Entonces será mejor que os lleve de vuelta al Gremio sin que nadie descubra vuestra identidad. —Les hizo señas para que lo siguieran—. Vamos. Me he encargado de todo.

MENTIRAS, VERDADES OCULTAS Y FALSAS ILUSIONES

Tras una noche de silencio tenso en el desván de la casa en que se habían colado y a la que habían vuelto sus ocupantes —una familia con niños pequeños y ruidosos—, y de un día de sueño intranquilo en una habitación diminuta situada bajo una casa de bol, Lilia empezaba a preguntarse si a partir de entonces tendría que llevar siempre una vida nocturna.

En caso afirmativo, esperaba poder adaptarse a ello rápidamente. Aunque Anyi le había asegurado que conocía a la propietaria de la casa de bol y estaba lo bastante tranquila para quedarse dormida en el acto en una de las camas estrechas, Lilia se despertaba con el menor ruido. Y, como se encontraban bajo una casa de bol, los ruidos no eran pocos. Al final, debió de acostumbrarse, porque Anyi tuvo que sacudirla para arrancarla del sueño.

—Es hora de levantarse —dijo Anyi—. Te he traído algo de ropa. Comeremos con la mujer que lleva este sitio.

Lilia se incorporó, bostezó y cogió la prenda que estaba encima de la pila que Anyi había dejado a los pies de la cama. Era un jubón grueso. Lilia frunció el ceño. Estaba limpio, pero tenía gastadas las partes de los codos.

—Tu ropa es demasiado fina —explicó Anyi—. La gente se dará cuenta de que estás fuera de tu ambiente en cuanto te vean. Si quieres permanecer oculta hasta que encontremos a tu amiga, tendrás que vestirte como la gente de aquí.

Lilia asintió.

—Si la Maga Negra Sonea puede hacerlo, yo también.

Anyi soltó una risita.

—Me voy fuera mientras te cambias.

La ropa vieja olía a humo de leña y jabón. Aunque era de una tela más basta que las vestimentas que le habían proporcionado en la atalaya, había algo en ella que le producía una sensación de familiaridad reconfortante.

«Me recuerdan a la vida que llevaba antes de ser aprendiz. Es como la ropa que vestían los criados que realizaban las tareas más arduas y sucias.»

Cuando terminó, se dirigió hacia la puerta y la entreabrió. Anyi la esperaba fuera y le hizo señas en cuanto la vio.

—Vamos arriba —dijo.

La pequeña habitación estaba debajo de una escalera por la que subieron dos pisos. Anyi llamó a una puerta, y una voz al otro lado la invitó a pasar. Sonriéndole a Lilia, abrió la puerta y entró.

—Aquí la tienes, Donia —dijo, señalando a Lilia. Una mujer madura estaba de

pie frente a un semicírculo de sillas de sala de invitados—. Esta es Lilia.

La mujer hizo una reverencia.

—Lady Lilia es el título correcto, según creo.

Lilia se sonrojó.

—No exactamente. Ya no soy maga. Al menos una maga del Gremio.

Anyi hizo un gesto en dirección a la mujer.

—Ella es Donia, la dueña de la casa de bol y amiga de la infancia de la Maga Negra Sonea.

Lilia miró a Anyi, sorprendida.

—¿Eso es cierto?

—No del todo. —Donia meneó la cabeza y sonrió con tristeza—. Me casé con uno de sus amigos, que murió hace unos años. Por favor, siéntate. He pedido que nos suban algo de comer. ¿Te apetece un poco de vino?

Lilia vaciló. La última vez que había bebido vino había sido la noche anterior a la muerte del padre de Naki. Anyi interrumpió sus recuerdos de aquella noche dirigiéndola hacia los asientos. Lilia se dejó conducir hasta una silla.

—Tomaré un poco de bol —le dijo Anyi—. Si es posible, claro.

Donia sonrió.

—Por supuesto. ¿Prefieres bol, Lilia? Me temo que el agua de aquí no es tan bebible como en las zonas más distinguidas de la ciudad.

—Vino estaría bien —respondió Lilia al recordar la bebida empalagosa que los matones le habían dado, pugnando por no estremecerse.

Donia se acercó a una mesa angosta e hizo sonar un gong pequeño. Se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta, que se abrió. Una mujer más joven asomó la cabeza, con una ceja arqueada de forma interrogativa.

—Una jarra de bol, dos copas y una botella del vino bueno —pidió Donia. La mujer asintió y cerró la puerta. Donia se sentó con un suspiro—. No tardará. Muy bien..., Lilia. ¿Puedes contarnos cómo acabaste en la ciudad, a punto de entrevistarte con Skellin?

Le había formulado la pregunta con amabilidad, por lo que Lilia supuso que si decía que no podía responder, la mujer lo aceptaría. Pero sentía la necesidad de hablar, de referir a alguien lo que le había sucedido y averiguar si había tomado las decisiones correctas o no. ¿Era prudente conversar con aquella desconocida? Le daba la impresión de que cada vez que alguien quería que ella hiciera algo, le acarreaba más problemas. Primero Naki la había incitado a aprender magia negra; luego Lorandra la había convencido de fugarse de la atalaya.

«No conozco a Donia. Tampoco conozco a Anyi, pero por alguna razón me fío de ella. Podría haberme llevado directamente al Gremio, pero no lo hizo. —Por el momento, seguir las indicaciones de Anyi no la había metido en aprietos, sino que la

había ayudado a salir de ellos—. De todos modos, no me queda otra alternativa que confiar en ella, salvo intentar encontrar a Naki por mi cuenta.»

—Puedes fiarte de Donia —aseguró Anyi—. Cuida de mí desde hace años. Cuanto más sepamos, más posibilidades tendremos de encontrar a tu amiga.

Lilia asintió. Comenzó por la noche en que Naki y ella habían ido a la biblioteca y habían seguido las instrucciones para utilizar magia negra. Partió de aquel punto porque tenía que hablarles del asesinato del padre de Naki, que podía estar relacionado con la desaparición de la chica. Les contó todo lo sucedido después, hasta el momento en que Anyi la había rescatado de su reunión inminente con Skellin. Solo interrumpió su relato cuando la empleada regresó con las bebidas y cuando dos criados les llevaron la comida. El vino le soltó la lengua aún más, y confesó pensamientos más oscuros que hasta entonces se había guardado, como el temor a haber matado en efecto al padre de Naki y a haberlo olvidado a causa de la craña y el vino.

—La carroña —comentó Anyi sin disimular su repugnancia—. No me sorprendería que te hubiera impulsado a matarlo.

Lilia hizo una mueca de dolor.

—Entonces, ¿crees que lo hice? —preguntó con un hilillo de voz.

Anyi abrió mucho los ojos.

—¡No! No creo que seas capaz de algo así. Es solo que... la carroña lleva a la gente a hacer cosas que normalmente no harían. Pero dudo que ocasione que olviden lo que han hecho. —Una expresión pensativa asomó a su rostro—. ¿Has vuelto a consumir carroña desde aquella noche?

Lilia negó con la cabeza.

—Y... ¿quieres más? ¿Tienes ansia por consumirla?

Lilia reflexionó y sacudió la cabeza de nuevo.

Anyi enarcó las cejas.

—Interesante. Se supone que produce el mismo efecto en los magos.

—El ansia no afecta a todo el mundo de manera igual —dijo Donia.

Anyi la miró.

—Pareces muy segura de eso.

Donia asintió.

—Lo he notado en los clientes. Algunos no pueden parar, otros sí. Pasa lo mismo que con la bebida, pero apuesto a que la craña engancha a más personas que el alcohol. —Se encogió de hombros—. Es una faena que te toque ser una de esas personas o un familiar suyo. —Posó la vista en Lilia y arrugó la frente, meditabunda—. Menuda aventura la tuya. Hay muchas cosas que no encajan. Dices que aprendiste magia negra fácilmente, pero que tu amiga no, aunque siguió las mismas instrucciones. Mataron a su padre con magia negra, pero tanto tu amiga como tú

afirmáis que no fuisteis vosotras, lo que debe de ser verdad, porque Sonea le leyó la mente a ella también. En teoría solo hay dos magos negros más, pero el Gremio no cree que ellos sean los culpables, así que debe de haber otro por ahí fuera.

—Si es así, no está a las órdenes de Skellin, pues de lo contrario Lorandra no habría estado tan interesada en llevar a Lilia hasta él —razonó Anyi—. Por el mismo motivo, él no puede ser el mago negro.

—El padre de Naki fue asesinado después de que encarcelaran a Lorandra —señaló Donia—. Si Lorandra hubiera sabido que Skellin había aprendido magia negra, Sonea lo habría descubierto al leerle la mente, pero si Skellin aprendió magia negra después de la captura de su madre, ella no pudo haberse enterado.

Anyi puso los ojos como platos.

—No se me había ocurrido. ¿Quién sabe qué le habría hecho a Lilia de no ser porque la necesitaba? Seguramente la habría matado.

—Si hubiera podido. Ella también es una maga negra —le recordó Donia.

—Ah, pero Lilia no ha absorbido la magia de otros para fortalecerse. —Anyi se volvió hacia Lilia—. ¿O sí?

Lilia sacudió la cabeza.

—En cambio, el otro mago negro sí lo ha hecho, pues mató al padre de Naki. —Anyi hizo una mueca—. Tal vez sea mejor que la reunión no se haya celebrado. ¿Qué habría pasado si hubiera asistido un mago negro más poderoso que Sonea y sus acompañantes?

Donia extendió las manos a sus costados.

—Lo que está hecho, hecho está.

Lilia llevó la vista de la mujer mayor a la joven.

—¿Sonea iba a asistir a la reunión?

Anyi contrajo el rostro.

—Sí. Bueno, más que a asistir, iba a interrumpirla. Verás, yo trabajaba como guardaespaldas de Rek para poder espiarlo. Mi jefe de verdad, la persona que te ayudará a encontrar a Naki, ha estado ayudando a Sonea a buscar a Skellin.

Lilia frunció el entrecejo.

—¿Trabajas para el Gremio?

—No. Trabajo para alguien que trabaja para el Gremio..., pero no te preocupes. No te entregaré a ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Lilia.

—Porque... porque te he prometido que encontraré a Naki, y yo cumplo mis promesas. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Debes de considerarla muy especial para arriesgar tanto por ella.

De manera inesperada, a Lilia se le encendieron las mejillas. Asintió y desvió la mirada, desterrando de su mente el recuerdo de un beso.

—Es mi amiga. Haría lo mismo por mí.

—Tienes que contárselo a Cery —dijo Donia.

Anyi irguió la espalda.

—No. La entregaría a Sonea.

Donia sonrió.

—Será su primer impulso, pero tendrás que convencerlo de que no lo haga.

Anyi se reclinó en su asiento, juntó las manos y tamborileó haciendo entrechocar los dedos.

—Le diré que he prometido a Lilia que él encontraría a Naki. Dudo que quiera que rompa mi promesa.

Donia rió entre dientes.

—Si crees que eso dará resultado, está claro que aún no lo conoces bien. Tienes que hacerle ver que tener a Lilia cerca le será más útil que entregarla al Gremio.

Lilia contempló a Donia, descorazonada. El tal Cery parecía más despiadado y egoísta de lo que Anyi la había llevado a creer.

Anyi entornó los párpados.

—Eso puedo hacerlo. —Miró a Lilia, y la inquietud se reflejó en su rostro—. Tranquila. No tendrás que usar la magia negra ni hacer nada que no quieras o no te esté permitido.

Donia posó los ojos en Lilia y asintió.

—Tiene razón. A diferencia de la mayoría de sus colegas de profesión, él se ha marcado unos límites que no está dispuesto a traspasar.

—Son solo un poco más flexibles que los de la mayoría de la gente. —Con una gran sonrisa, Anyi alzó la vista hacia Donia—. ¿Puede quedarse Lilia aquí mientras tanto?

—Por supuesto. —Donia miró a Lilia y sonrió—. Puedes quedarte todo el tiempo que desees. Eso sí, tendrás que dormir otra vez bajo las escaleras. No nos quedan camas vacías.

Lilia pasó la mirada de Anyi a Donia y asintió.

—Gracias. Me quedaré y, si puedo hacer algo para pagar por el alojamiento y la comida...

Donia agitó la mano para restar importancia al asunto.

—Si eres amiga de Anyi, eres amiga mía, y jamás se me ocurriría cobrarle a una amiga.

Anyi soltó un resoplido.

—Debería contarle a Cery que has dicho eso.

La mujer miró a Anyi con los ojos entornados.

—No, a menos que quieras pagar por el bol.

Dannyl, que había vuelto a la sala principal del ala de invitados, escuchaba la descripción de Achatí de las aventuras que había corrido junto con el propietario de la finca cuando ambos eran jóvenes. Un movimiento atrajo su atención hacia la puerta y, al ver a un esclavo que aguardaba, vacilante, le hizo una seña para que se acercara.

El hombre se postró en el suelo.

—La cena está lista, amo, si desean comer ahora.

—¡Sí! —exclamó Achatí. Se volvió hacia Dannyl—. Se me ha abierto un apetito considerable.

Dannyl se sonrió, pensando en la promesa muda de Achatí. Aunque Tayend había mantenido al ashaki ocupado durante todo el día, en algún momento tendría que dormir.

Tal vez un amorío con Achatí sería breve, y tal vez tendría consecuencias incómodas en el futuro, pero, por el momento, la idea lo seducía. «Además —razonó Dannyl—, Tayend y yo estuvimos juntos durante años, y aun así la relación llegó a su fin, no sin cierta dosis de dolor y pesar.»

Como si lo hubiera llamado con sus pensamientos, Tayend salió de su habitación. Pestañeando, miró primero a Achatí y luego a Dannyl.

—¿No vais a cambiaros?

Dannyl bajó la vista hacia la bata de baño que llevaba. Como Achatí no había hecho el menor amago de ponerse su elaborada vestimenta habitual, Dannyl tampoco; además, le gustaba llevar algo que no fuera una túnica de mago.

Achatí soltó una risita.

—No tenía mucho sentido que nos vistiéramos. Nos iremos a la cama dentro de pocas horas.

Tayend arrugó la nariz.

—Creo que me quedaré despierto. He dormido mucho últimamente.

El buen humor de Dannyl empezó a esfumarse cuando lo asaltó una sospecha. Resistió la tentación de posar los ojos en Achatí para ver si estaba pensando lo mismo que él. Si Tayend se quedaba despierto hasta tarde...

—¡Hora de cenar! —interrumpió Achatí, dirigiéndole un gesto a otro esclavo que había aparecido en la puerta de la sala principal—. ¿Tú también tienes hambre, Tayend?

Un olor delicioso inundó la habitación. La expresión de Tayend se transformó en una de interés cuando se fijó en la bandeja que el esclavo sostenía entre las manos.

—Sí.

—Pues siéntate y come —lo invitó Achatí.

Tayend se acomodó en un taburete, y todos comenzaron a cenar y a charlar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Achatí a Tayend al cabo de un rato—. ¿Sigues teniendo problemas con el remedio para el mareo?

—No. —El elyneo se encogió de hombros—. Estaba un poco aturdido al despertar, pero se me ha pasado después del baño. ¿Cuándo partiremos de nuevo?

—Mañana por la mañana.

Tayend asintió.

—Esperemos que no haya otra tormenta.

—Esperemos.

—Seguramente me pasaré la noche leyendo. No he tenido mucha oportunidad de leer desde el inicio del viaje.

—¿Necesitas material de lectura? —preguntó Achatí.

Dannyl escuchó mientras ellos hablaban sobre libros y la crónica del intento de someter a las tribus dúneas que Achatí había recibido. El ashaki estaba enfrascado en su conversación con Tayend, pero, por otro lado, era probable que este durmiera durante todo el día siguiente, y también durante todas las jornadas que pasaran a bordo del barco. Si continuaba con aquella pauta, no se le presentarían muchas ocasiones de hablar con Achatí o con Dannyl.

«Lo que me complace de un modo egoísta, debo confesar. Achatí me dedica casi toda su atención, aun cuando no nos encontramos solos, pues Tayend suele dormir mientras nosotros estamos despiertos, gracias al remedio para el mareo. —Un remedio que Achatí había facilitado a Tayend—. Me pregunto si... ¿Es posible que Achatí lo planeara así? ¿Era una forma astuta de quitarse de encima a Tayend? ¿De quitárnoslo de encima a los dos?»

Quizá se trataba simplemente de un efecto secundario conveniente. Al fin y al cabo, Achatí había asegurado que el remedio no afectaba tanto a todo el mundo. Dannyl se había ofrecido a sanar el mareo de Tayend por medio de la magia, pero el elyneo no había aceptado su oferta. Era demasiado orgulloso para acudir a él en busca de un alivio mágico mientras existiera una alternativa. ¿Había adivinado Achatí que se comportaría de ese modo?

«¿Qué diría Tayend si supiera de qué hablamos Achatí y yo en la casa de baños?» Dannyl sintió una leve punzada de culpabilidad, pero no estaba seguro de si era por la posibilidad de que Tayend se disgustara si él tenía un nuevo amante, o por no haber hecho caso de la advertencia de Tayend sobre Achatí.

«Al final, Tayend lo descubrirá por sí solo, o yo tendré que contárselo. Por lo pronto, Achatí tiene razón: será mejor que Tayend se entere cuando ya no tengamos que pasar horas apretujados juntos en un barco. Estoy seguro de que opondrá unas cuantas objeciones. Solo debo explicarle que lo comprendo, y que se trata de un arreglo provisional.»

Al pensar esto último, cierta inquietud se apoderó de Dannyl. ¿Y si dejaba de ser un arreglo provisional?

«Será mejor que no me preocupe por eso antes de que suceda, pues de lo

contrario me convertiré en un aguafiestas. Otra vez.»

El almacén del hospital estaba atestado de gente, pese a que era una habitación espaciosa. Todos estaban de pie, en torno a una mesa, cerca de la puerta. Sonea y Dorrien se encontraban a un lado, y Cery y Anyi al otro. Nadie se había molestado en sentarse en la única silla que había. La otra había desaparecido. Sonea tomó nota mentalmente de decírselo a uno de los sanadores.

—Ojalá hubiera sabido que Lorandra no había recuperado sus poderes —se lamentó Anyi—. Entonces no me habría ido, y habríais podido capturarlas a ambas. Pero no sabía si podríais enfrentaros a las dos. Tenía que advertiros.

Sonea sonrió.

—No podías saberlo —dijo—. Sin duda te llevaste una impresión muy fuerte al ver que ella estaba en la misma habitación que tú. ¿Estás segura de que no te reconoció de la Vista?

Anyi frunció el ceño.

—Creo que no. No dio señales de reconocerme, pero tal vez estaba fingiendo para que me quedara, con el fin de que Skellin se encargara de mí cuando nos reuniéramos con él.

—En ese caso, no debía de tener mucha fe en que Jemmi y Rek la creyeran si les decía que eras una espía.

—Tal vez la convencieron de que me había vuelto contra Cery.

—Yo en su lugar habría insistido en que Jemmi se buscara a otros guardaespaldas —señaló Cery.

—Como no lo hizo, lo más probable es que no reconociera a Anyi —reflexionó Dorrien—. De lo contrario seguramente se habría puesto nerviosa por estar en presencia de alguien que ella sabía que había trabajado para el Gremio, aunque solo fuera de forma indirecta, sobre todo en un momento en que iba a encontrarse con su hijo.

—Sea cual sea el motivo, perdimos la oportunidad de atrapar a Skellin —dijo Cery con un suspiro. Se volvió hacia Sonea—. ¿Puede Skellin eliminar el bloqueo en la mente de Lorandra?

—Probablemente. —Sonea miró a Anyi—. ¿Mencionó alguien a Lilia?

La chica sacudió la cabeza.

—Bueno, esperemos que eso signifique que Lorandra la dejó tirada cuando ya no le era útil, o que Lilia tuvo la sensatez de alejarse de ella.

—Y esperemos que Lorandra no la matara cuando ya no le era útil —añadió Dorrien en tono sombrío.

Sonea crispó el rostro.

—Al menos significa que Lilia no le reveló a Lorandra que había aprendido

magia negra, o bien que Lorandra no cayó en la cuenta de que eso significaba que Lilia podía enseñarle la técnica. De haberlo sabido, no la habría dejado marchar.

—Lorandra no podía saber por qué Lilia estaba encarcelada a menos que uno de los celadores se lo dijera —agregó Dorrien con aire pensativo—, pero ahora que se está propagando el rumor de que ambas se han fugado, Lorandra pronto se enterará de lo que Lilia sabe. Esperemos que no conozca su paradero y que no regrese a buscarla. Tenemos que encontrar a Lilia lo antes posible.

—No, nosotros no. —Sonea suspiró cuando todos los ojos se posaron en ella—. Es el Mago Negro Kallen quien tiene que encontrarla. Se supone que yo debería encontrar a Skellin.

—Me imagino que eso significa que tienes que reunirte con Kallen para contarle lo que ocurrió anoche —aventuró Cery, dirigiéndole una mirada de conmiseración.

—Sí, sin demora.

Él asintió e hizo un gesto como para ahuyentarla.

—Entonces, vete. No tenemos nada más que decirte. —Anyi meneó la cabeza en señal de conformidad.

—Vete tú —replicó Sonea, imitando los gestos de Cery—. Te recuerdo que eres tú quien está en mi hospital.

Él desplegó una gran sonrisa.

—Ah, tienes razón.

Dio media vuelta y guió a Anyi hacia la trampilla oculta por la que había entrado en la habitación. Sonea esperó a que los dos se marcharan y la trampilla se cerrara para dirigirse a Dorrien.

—¿Te han presentado a Kallen?

Él dio unos pasos al frente para abrirle la puerta.

—No. ¿Hay algo que deba saber antes de conocerlo?

Ella salió al pasillo y, al ver que un sanador se acercaba, cambió de idea respecto a lo que iba a decir.

—Solo que no tiene mucho sentido del humor.

—Ya había oído algo al respecto —comentó Dorrien mientras la seguía por el pasillo—, aunque, ahora que lo pienso, te lo había oído decir a ti.

—Se toma muy en serio su trabajo.

—Sin duda eso es algo bueno.

Sonea lo miró. Él sonrió. Ella sacudió la cabeza.

—Todo tiene un límite.

—¿Te refieres a tomarse muy en serio el trabajo?

—Me refiero a tomarme el pelo impunemente —repuso ella con sequedad.

Se encaminaron hacia la calzada que discurría frente al hospital. El carruaje en que ella se había desplazado estaba allí, esperando, pues, cuando llegaba, ella solía

insistir en que Dorrien diera por finalizado su turno y se fuera a casa. Tras indicarle al cochero que pusiera rumbo hacia el Gremio, subió al vehículo después de Dorrien.

—Hay algo en este asunto que no encaja —dijo Dorrien cuando el carruaje empezó a avanzar por la calle.

Sonea clavó la vista en él.

—¿En qué asunto?

—Lo sucedido anoche. —Frunció el entrecejo. Tenía la mirada fija en la ventanilla absorto en sus pensamientos—. La historia de Anyi. Tal vez es por el modo en que la ha contado. Se corregía o se interrumpía en medio de una frase como para no decir algo que no debía.

Sonea pensó en la reunión. No había percibido nada extraño en el comportamiento de Anyi. Su descripción de los acontecimientos había sido titubeante, pero Sonea había supuesto que era porque le costaba expresar con palabras sus sospechas y las decisiones espontáneas que había tomado.

—Tal vez estaba nerviosa —dijo Sonea—. Sabe que yo viví en las barriadas, pero que tú perteneces a una de las Casas. —Esto no parecía probable, pero tal vez la actitud desenfadada de Anyi dependía de las personas con quienes estaba.

La expresión ceñuda de Dorrien no se suavizó. Él meneó la cabeza.

—Tal vez, pero sospecho que no nos lo ha contado todo. ¿Crees que es posible que le estén haciendo chantaje?

A Sonea se le hizo un nudo en el estómago. Curiosamente, esta conjetura le trajo a la mente a Lorkin. «Aunque afirmó que iba a unirse a los Traidores por su propia voluntad, esto significa que su vida está en manos de otras personas. Ojalá tuviera noticias de él.»

—Todo es posible —respondió—, pero yo habría imaginado que si Skellin quería hacerle chantaje a alguien, habría elegido a Cery. Y si así fuera, habría encerrado a Anyi en algún sitio y habría amenazado con matarla si Cery no hacía lo que él quería.

Dorrien no parecía muy convencido, pero se quedó callado. El silencio reinaba en las calles de Imardin. Todos aquellos que podían estaban bajo techo, resguardados del frío. Cuando el carruaje giró para atravesar las puertas del Gremio, empezó a caer una ligera nevada.

Avanzaron por los terrenos de la universidad, cruzaron el patio y entraron en el alojamiento de los magos. Sonea, con Dorrien a la zaga, se acercó a la puerta del Mago Negro Kallen y llamó. Cuando la puerta se abrió hacia dentro, percibió un olor a humo.

Un escalofrío le bajó por la espalda. Aunque nunca se había visto envuelta en humo de craña, había olido sus restos en la ropa muchas, muchas veces. Al recordar que, según Anyi, había visto al Mago Negro Kallen comprar craña, su estupefacción dio paso a la repugnancia cuando advirtió que Kallen y dos de sus amigos y

ayudantes magos estaban sentados en su sala de invitados, fumando en pipas primorosamente decoradas. Kallen se sacó la boquilla de entre los dientes y le dirigió una sonrisa cortés.

—Maga Negra Sonea —dijo, poniéndose de pie—. Y lord Dorrien. Pasen.

Tras dudar por un momento, Sonea se obligó a entrar en la habitación. Dado lo que sabía sobre la craña, no quería respirar aquel humo, aunque seguramente no era lo bastante denso para afectar a su mente.

—¿En qué podemos ayudarles? —preguntó Kallen.

—Hemos venido a hablarle de una emboscada que tendimos anoche y que fracasó —anunció Dorrien.

Sonea clavó los ojos en su amigo, que le devolvió la mirada sacudiendo la cabeza.

Ella se concentró de nuevo en el motivo de la visita y describió la reunión que habían planeado, así como las causas del fracaso. Kallen formuló todas las preguntas que Sonea esperaba, y ella se sintió aliviada cuando quedó claro que habían terminado y podía marcharse. Kallen le dio las gracias por ponerlo al corriente y le aseguró que hacía todo lo posible por encontrar a Lilia y a Naki.

De nuevo en el pasillo, Sonea dio rienda suelta a su rabia.

—¡No puedo creer que estuviera ahí sentado, fumando craña en sus propios aposentos! —exclamó, intentando hablar en susurros, aunque la voz más bien le salió como un siseo.

—Ninguna ley lo prohíbe —señaló Dorrien—. De hecho, esas pipas casi le conferían un aspecto respetable.

—Pero... ¿es que nadie se da cuenta de lo peligrosa que es?

Él extendió las manos a los costados.

—No. Incluso aquellos que son conscientes de que tiene un efecto perjudicial en la gente común y corriente da por sentado que no es peor que la bebida para las personas sensatas como los magos si la consumen con moderación. —Dorrien posó la vista en ella—. Si de verdad es peligrosa, lady Vinara debería declararlo de forma inequívoca.

Sonea suspiró.

—Eso no ocurrirá a menos que los magos accedan a someterse a pruebas. Los que fuman craña se niegan, y no sería justo exigir a quienes no la consumen que se espongan a quedar afectados permanentemente.

—Eso podría cambiar. Solo hace falta que un mago intente dejar de consumirla y descubra que no puede. —Se quedó pensativo—. Haré algunas indagaciones. Es posible que unos cuantos hayan llegado ya a ese extremo y estén demasiado avergonzados para confesarlo.

Ella consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—Gracias.

—Lo que te faltaba: otro asunto urgente del que ocuparte —añadió él. Entonces una expresión de vacilación asomó a su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Es solo que..., bueno... ¿Sabías que el perfume que llevas está hecho de flores de craña?

Sonea se detuvo y lo miró con fijeza.

—No...

Él apartó la vista con aire culpable.

—Debería habértelo dicho antes. Estuve en una perfumería hace cerca de una semana, y reconocí el olor, así que pregunté qué era.

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—De todos los perfumes que existen, tenía que acabar comprando justo ese. Por casualidad. Solo porque necesitaba parecer ocupada. Supongo que debería tirarlo.

—Sería una lástima.

Parpadeando, ella le dirigió una mirada inquisitiva. Observó divertida que él rehuía sus ojos.

—¿Te gusta?

Él posó la vista en ella antes de desviarla.

—Sí. Antes nunca te ponías perfume. Es... agradable.

Sonriendo, ella continuó andando. Salieron del alojamiento de los magos y se encaminaron hacia la universidad.

—Entonces, ¿qué hacías en una perfumería? ¿Comprarle un regalo a Alina?

Él negó con la cabeza y luego pareció contenerse.

—Buscaba algo que regalarle a Tylia, para su Ceremonia de Aceptación.

—Ah. —Asintió—. ¿No querías regalarle la típica pluma elegante, entonces?

—No.

Él guardó silencio durante el resto del trayecto hacia el carruaje, sin duda pensando en lo que suponía tener una hija lo bastante mayor para convertirse en aprendiz. Ella recordó cómo se había sentido cuando Lorkin había prestado su juramento y había recibido su primera túnica. Su orgullo había estado empañado por el recuerdo de cuando ella había roto ese juramento, así como del día en que el Gremio entero había desfilado ante ella y Akkarin, rasgándoles la túnica en un gesto simbólico de rechazo antes de desterrarlos a ambos.

Entonces dejó a un lado aquel recuerdo. Aunque Lorkin se había ido a vivir a una ciudad secreta poblada de rebeldes, nadie había planteado seriamente la posibilidad de desterrarlo por su decisión. Esto la tranquilizaba. Si el Gremio seguía confiando en que él encontraría la manera de volver a casa, a ella le resultaba mucho más fácil creer lo mismo.

EN BUENA COMPAÑÍA

Algo rozó los sentidos de Lorkin. Él no hizo caso, pero la sensación lo asaltó de nuevo, y había algo en ella que le provocó un cosquilleo en la piel. Aunque la interrupción le resultaba molesta, la aceptó, tal como le habían enseñado, y distanció cuidadosamente su mente de la gema que estaba creciendo.

Cuando recobró la conciencia del lugar donde se encontraba, abrió los ojos y recorrió la cueva con la vista en busca del origen de la distracción. No habían sido las pedreras que estaban sentadas cerca de él. Miraban alrededor, al igual que él. Estaba bastante seguro de que tampoco habían sido las dos magas apostadas junto a la puerta, aunque su postura parecía indicar que habían estado hablando entre sí. Lorkin había aprendido hacía días a no prestar atención a las conversaciones de quienes lo rodeaban.

Al aguzar el oído, percibió un sonido tenue y grave. Al mismo tiempo, se percató de que notaba una vibración bajo sus manos y sus pies, y a través de la silla.

El corazón se le desbocó de inmediato, y él invocó su magia rápidamente para crear una barrera resistente en torno a sí.

«Un temblor de tierra —pensó—. Me pregunto si es muy fuerte.»

No lo bastante para impulsar a las otras magas a huir, advirtió. ¿Estarían desalojando la ciudad los no-magos en aquel momento? La última vez que había visto el valle, lo cubría un manto de nieve. Se estremeció al pensar en lo que ocurriría si la ciudad entera se desplomaba y miles de personas quedaban a merced de aquel frío extremo.

Durante muchos cientos de años, la ciudad había sobrevivido, no sin algunos derrumbamientos. Esto no era una garantía de que nunca se produciría un terremoto lo bastante intenso para destruirla, pero significaba que había muchas probabilidades de que no tuviera que abrirse paso excavando para salir de aquellos túneles profundos bajo la montaña.

«Aun así, ahora me queda más claro por qué algunas personas de aquí opinan que los Traidores deben marcharse de Refugio tarde o temprano.»

Paseó la mirada por la caverna. En las paredes relucía una multitud de puntos cristalinos. Aquellos afloramientos ya no constituían un misterio multicolor para él. Sabía a qué fin estaban destinadas las piedras de cada zona, qué función mágica se les estaba asignando.

Se elaboraban gemas de dos clases: las tipificadas y las potenciadas. A las piedras tipificadas simplemente se les implantaba un sistema para dar forma a la magia. El usuario proyectaba magia hacia la gema, que transformaba esa energía en algo físico:

fuerza, calor, luz y varias combinaciones comunes. La intensidad del resultado dependía de la cantidad de magia que se introdujera en la piedra. Esto era lo que hacían los magos cuando canalizaban su energía hacia fuera, por lo que las piedras tipificadas no resultaban muy útiles para un mago a menos que este no hubiera aprendido aún a realizar alguna tarea concreta o no supiera llevarla a cabo de forma adecuada. Tampoco les servían de mucho a los no-magos, pues estos no podían proyectar hacia el exterior su energía, que además era escasa o nula.

«No me llevó mucho tiempo comprender lo útil que sería elaborar gemas para sanar, así que me imagino que la idea se les habrá ocurrido a unos cuantos Traidores. Por otro lado, la complejidad de las tareas que una piedra puede llegar a realizar parece tener un límite, por lo que, aunque se crearan piedras para sanar, solo serían capaces de llevar a cabo tareas sencillas.»

Las piedras del segundo tipo —las potenciadas— eran de mucha mayor utilidad para los magos. Se les enseñaba a realizar las mismas clases de tareas, pero su creador las dotaba además de su propia reserva de magia. Sin embargo, esta magia se gastaba con el uso. Las piedras, si estaban bien hechas, podían recargarse. Las de mala calidad eran de un solo uso. A veces las fabricaban a propósito para que se utilizaran una sola vez, si su uso las destruía, pero la mayor parte de las piedras potenciadas estaban hechas para recargarse.

«Lo que se parece mucho al modo en que el Gremio mantiene en buen estado la Arena y todos los edificios reforzados con magia. Las construcciones pierden magia muy despacio, pero la Arena y la barrera que la rodea a veces sufren daños durante las clases y las sesiones de entrenamiento de los guerreros, por lo que hay que fortalecerlas continuamente.»

Los dos tipos de magia —el refuerzo de edificios y la elaboración de gemas— eran tan similares que a Lorkin le asombraba que el Gremio no hubiera desarrollado antes el segundo, hasta que cayó en la cuenta de que en Kyrulia no había cuevas repletas de gemas de formación natural. Tampoco podían trabajar con piedras importadas, pues, para cuando llegaban a manos de los magos en forma de joyas, eran demasiado antiguas para implantarles una función de una manera eficaz.

El otro impedimento era que el arquitecto que había ideado el método para reforzar la piedra con magia había vivido en una época en que la magia negra estaba prohibida. Lorkin sintió un escalofrío al recordar la facilidad y la rapidez con que había asimilado los fundamentos de la magia negra. En menos de una hora había roto su juramento y un tabú de cientos de años de antigüedad.

«Y, encima de todo, ha sido un poco decepcionante. No me he hecho más poderoso. No me ha proporcionado habilidades nuevas. Solo me ha servido para entender y aplicar mejor el proceso de elaboración de las gemas, que será de utilidad limitada para el Gremio a menos que encuentre cuevas con gemas en Kyrulia o

descubra otra manera de crearlas.»

Aprender magia negra le había proporcionado una visión más realista de la magia que poseía en su interior, así como de sus puntos fuertes y débiles. Sospechaba que era posible cultivar una gema para que realizara una tarea específica sin necesidad de saber magia negra, pero habría sido como trabajar a ciegas, sin posibilidad de determinar si estaba haciéndolo bien, cuánta magia podía contener la piedra o cuándo estaba lista para usarse.

Bajó la vista hacia la pequeña gema verde que tenía entre las manos. Durante buena parte del proceso, había tenido que trabajar con ella mientras aún estaba sujeta a la pared, y en varias ocasiones la había perdido entre la aglomeración de piedras. Una vez que consiguió llevar a cabo una implantación suficiente, la había desprendido de la pared para pulir sus cualidades en una mesa.

Hacían falta largos ratos de concentración absoluta. Lorkin entendía ahora por qué Tyvara había dicho que no tenía la paciencia suficiente para elaborar gemas. La portavoz Halana también le había advertido que fabricar piedras que liberaban calor o una fuerza explosiva podía resultar peligroso si el pedrero se desconcentraba, si había demasiada energía almacenada en la gema o si estaba defectuosa. Por eso algunas piedras se elaboraban en cuevas recónditas en las que la entrada estaba prohibida salvo para quienes contaban con una invitación de la pedrera que trabajaba allí.

Lorkin estaba creando una gema que emitiera luz. Aunque era más difícil, también le estaban enseñando a cargarla de magia negra. También era más peligroso, porque era fácil que un aprendiz de pedrero la sobrecargara o perdiera la concentración. Habrían podido proporcionarle una piedra de duplicación para que se sirviera de ella. Dichas piedras permitían crear innumerables copias con la misma función que la original, en especial piedras destinadas a realizar actos de magia complicados. No obstante, la portavoz Halana insistía en que todos los alumnos aprendieran primero a crear una gema sin la ayuda de piedras de duplicación, para que no se volvieran demasiado dependientes de ellas.

La vibración había cesado. Lorkin echó un vistazo alrededor. Las pedreras habían reanudado su trabajo, con la cabeza inclinada sobre su mesa. Él respiró hondo e inició un ejercicio para tranquilizar su mente. No sabía si los Traidores conocían técnicas parecidas, pero las prácticas sencillas que le habían enseñado en la universidad estaban resultándole muy útiles ahora.

Cuando se disponía a proyectar de nuevo su mente hacia la piedra, oyó que alguien murmuraba su nombre. Alzó la vista. La portavoz Halana caminaba hacia él.

—¿Cómo va todo, Lorkin? —preguntó cuando llegó frente a su mesa.

—Bien, portavoz Halana —respondió él—. Bueno, de momento nada ha salido mal.

Ella le dedicó una sonrisa torcida, con la ironía lúgubre a la que él ya se había

acostumbrado, y cogió la gema. Lorkin se había percatado de que todas las pedreras, menos las nuevas, hacían gala de un humor igual de fatalista. Los accidentes, aunque infrecuentes, se producían. Lorkin había visto a mujeres con cicatrices muy marcadas deambular por las cuevas. En una ocasión, una de las pedreras más nuevas le había susurrado que algunas de ellas trabajaban a solas, no solo para evitar distracciones peligrosas, sino también porque preferían que las demás no vieran sus cicatrices. Algunas comían, dormían y trabajaban siempre en las cuevas interiores, de las que casi nunca salían.

Tras examinar la piedra con atención, Halana la depositó de nuevo sobre la mesa.

—Te está quedando bien —dictaminó—. Un poco mejor de lo que es habitual en las primeras gemas. Seguramente dentro de unos días podremos activarla.

Él sonrió.

—¿Y después?

Ella lo miró a los ojos por un momento y luego se encogió de hombros.

—Después se te asignarán tareas más complicadas. Volveré a visitarte mañana.

Dicho esto, se alejó y pasó al siguiente alumno. Lorkin la siguió con la mirada, preguntándose por qué se había quedado callada por un instante cuando él había planteado su pregunta. Era casi como si la hubiera pillado por sorpresa, como si ella diera por sentado que él ya conocía la respuesta.

«Tal vez no había hecho planes para mí con tanta antelación, o no esté acostumbrada a que los alumnos quieran saber qué aprenderán a continuación. O quizá la respuesta sea más bien obvia.»

Se encogió de hombros, devolvió su atención a la piedra, decidido a no pensar en el asunto hasta más tarde, algo que cada vez se le daba mejor.

Con un poco de magia, Lilia entibió gradualmente el agua del cubo. No se atrevía a calentarla demasiado por miedo a que otros criados vieran el vapor, se percataran de que Lilia no había ido a la cocina a calentarla y concibieran sospechas sobre ella. Se arrodilló en el suelo, sumergió un trapo en el agua y comenzó a frotar el suelo con él.

Lilia llevaba una semana viviendo en la casa de bol, durmiendo bajo las escaleras y fingiendo ser una fregona. Donia se había sorprendido cuando Lilia había propuesto aquel disfraz, hasta que se había enterado de que la joven procedía de una familia de sirvientes. Anyi se había esfumado después de la primera cena, y cuando a la mañana siguiente había reaparecido, se había enfadado al encontrarse a Lilia fregando cacerolas en la cocina. Lilia había tenido que convencerla de que no riñera a Donia.

—Eres una maga —había dicho Anyi en voz baja para que los otros criados no la oyeran—. Que hayas nacido sirvienta no debería tener importancia.

—En realidad, no soy maga, al menos del Gremio —señaló Lilia—. ¿No recuerdas que me han expulsado? No me importa hacer esto, y tampoco puedo exigir

que me alojen aquí gratis.

Anyi le había hablado de su reunión con Cery. Este había accedido a no revelar al Gremio que Anyi había rescatado a Lilia y sabía dónde se encontraba. Lilia no podía evitar sentir curiosidad por él. Anyi tenía opiniones firmes sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y Lilia no era capaz de imaginarla trabajando para alguien que no encajara con sus ideales. Según lo que le había contado sobre Cery, se exponía a grandes riesgos por evitar que los bajos fondos accedieran a la magia. Donia, por su parte, parecía opinar que Cery era más pragmático —quizá incluso despiadado— de lo que Anyi creía.

Una pierna enfundada en una bota apareció a su lado. Sobresaltada, Lilia pegó un brinco y se le escapó un chillido.

—Qué susto me has dado —le reprochó, tirando el paño en el cubo—. ¿No podrías hacer un poco de ruido cuando te me acercas por detrás?

—Perdona. —Pero Anyi no parecía muy arrepentida, sino satisfecha de sí misma—. Forma parte de mi trabajo. Lo hago sin darme cuenta. —Bajó la mirada hacia el balde y el suelo mojado—. Por lo visto llego en el momento justo. ¿Qué te han dejado los huéspedes de Donia para que limpies esta vez?

Lilia hizo una mueca.

—No creo que quieras saberlo. Y habría sido el momento justo si te hubieras presentado antes de que tuviera que limpiarlo.

—Lo siento. La próxima vez intentaré llegar más temprano. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Has terminado? Tenemos que asistir a una reunión.

A Lilia el corazón le dio un vuelco.

—¿Con Cery?

—Sí. —Anyi arqueó las cejas—. Pareces ansiosa por conocerlo.

Lilia se puso de pie.

—Solo porque lo pintas como una persona interesante.

—¿De veras? Pues no se lo digas. —Anyi se agachó para recoger el cubo de agua, pero Lilia lo movió con magia para ponerlo fuera de su alcance.

—La sirvienta aquí soy yo, no lo olvides. Iré a guardar esto antes de que nos vayamos. —Lo cogió y bajó las escaleras. Con un gruñido suave, Anyi la siguió.

Después de que Lilia enjuagara y devolviera el balde a la pila, y pidiera prestado un abrigo grueso a Donia, Anyi la guió por una puerta trasera hasta una callejuela, tras asegurarse de que nadie las observara. Hacía mucho frío, y Lilia tuvo que resistir la tentación de caldear el aire que las rodeaba. Empezó a llover, lo que agravó su incomodidad y su frustración por no poder utilizar la magia.

El callejón estaba desierto, pero repleto de basura y cajas.

—Hay algunas cosas que debes saber —dijo Anyi en voz baja—. He intentado evitar esta reunión por dos motivos... —Hizo una pausa cuando llegaron al final de la

callejuela para inspeccionar la calle transversal antes de cruzarla hacia un callejón más estrecho—. En primer lugar, mi patrón también está escondido. Llevarte hasta él supone un riesgo. Creo que juntar a dos personas buscadas duplica el peligro de que las encuentren a ambas. Pero es más seguro llevarte a verlo que traerlo a él. Las personas que te buscan quieren encerrarte. Las que lo buscan a él quieren matarlo.

—¿Skellin quiere...?

—Chsss. No digas su nombre. La lluvia apaga nuestras voces, pero algunas palabras llaman más la atención que otras. Pero... sí. —Anyi echó un vistazo al otro lado de una esquina antes de doblarla—. Es muy poderoso, ¿sabes? —Lanzó una mirada a Lilia—. El ladrón más poderoso de la ciudad. Tiene aliados por todas partes, en las altas y bajas esferas.

—Entonces..., si tu patrón está escondido, y lo busca el ladrón más poderoso, que también es un mago, ¿estará en condiciones de ayudarme a encontrar a Naki?

Anyi se detuvo y se volvió hacia ella.

—Él también tiene aliados. No son muchos, pero son de fiar. Los demás te entregarían al otro sin dudarlo.

Lilia devolvió la mirada a la mujer. Saltaba a la vista que la había ofendido al poner en tela de juicio las capacidades de Cery. «Tal vez tiene razón... Pero algo me dice que me oculta algo sobre su relación con el tal Cery.»

—Sientes una gran lealtad hacia él, ¿verdad? —observó.

Anyi aspiró profundamente y exhaló.

—Sí, supongo que sí. —Adoptó una expresión extrañamente reflexiva, pero solo por un instante. Echó a andar de nuevo.

Lilia se percató de que había dejado de llover, lo que habría sido un alivio para ella de no ser porque ahora nevaba y hacía aún más frío. Remetió las manos en los bolsillos de su abrigo pero se arrepintió enseguida, porque las uñas se le ensuciaron con la tierra que había en el fondo.

—Bien —dijo Anyi, más para sí que para Lilia—. Esperaba que nevara. Así habrá menos gente en la calle. —Se cubrió la cabeza con la capucha de su abrigo.

—¿Y cuál es el segundo motivo? —preguntó Lilia.

Anyi frunció el ceño.

—¿El segundo motivo para qué?

—Para evitar esta reunión.

—Ah, sí. —Anyi torció el gesto—. Aunque él prometió que no lo haría, yo no estaba segura de que no te entregaría.

«Al Gremio», completó la frase Lilia.

—O sea que le eres leal, pero no te fías de él.

—Oh, sí que me fío —le aseguró Anyi—. Pondría mi vida en sus manos. El problema es que no pondría la de la mayoría de la gente.

—Eso no me reconforta mucho.

—Lo entiendo. Pero tienes que saberlo. Él es lo que es.

De pronto, a Lilia se le ocurrió una posibilidad.

—¿Un ladrón?

Anyi la miró y arrugó el entrecejo.

—¿Tan claro lo he dejado?

Lilia sonrió.

—O eso, o cada vez soy más perspicaz.

—¿Te importa?

—No. Ya me imaginaba que tendría que colaborar con individuos de mala vida para encontrar a Naki.

—Lo suponía, ya que estabas dispuesta a confiar en aquella asesina pese a que sabías quién era.

—No confío en Lo... en esa mujer —se corrigió Lilia—. Corrí el riesgo porque no se me ocurría ninguna otra manera de encontrar a Naki. —Miró Anyi—. En fin, ¿cómo sabes que Cery no me entregará al Gremio hoy?

Anyi soltó una risita.

—Le he dado una buena razón para no hacerlo.

—¿Qué razón?

—Te usaremos como cebo para atrapar a Skellin.

Lilia dio un traspié y se detuvo.

—¿Vais a...?

—¡Anyi!

Una mujer había salido al callejón más adelante, en el punto en que se cruzaba con otra calle. Las dos se volvieron hacia ella. Era alta y muy delgada, y, salvo por una mirada fugaz que echó a Lilia, tenía la atención fija en Anyi.

Esta soltó una palabrota y se dirigió hacia delante arrastrando los pies.

—Heyla. ¿Me estás siguiendo?

La mujer la observaba sin pestañear.

—Sí. Quiero hablar contigo.

Anyi cruzó los brazos.

—Habla, pues.

Heyla miró a Lilia de reojo.

—En privado.

Con un suspiro, Anyi se alejó hacia la esquina y se detuvo.

—Esto es lo bastante privado.

La mujer hizo ademán de protestar, pero luego sacudió la cabeza y se acercó a toda prisa a Anyi.

Las dos comenzaron a hablar en susurros. Lilia solo alcanzaba a oír algunas

palabras sueltas. Heyla dijo «lo siento» varias veces. Al escrutar su rostro, Lilia vio señales de culpabilidad, arrepentimiento y, sorprendentemente, hambre. La mujer estaba encorvada. Gesticulaba con rapidez y en cierto momento extendió una mano hacia Anyi, pero la retiró al instante.

Anyi, por otro lado, parecía tranquila y atenta, aunque algo en la tensión de su mandíbula y sus ojos entornados parecía indicar que estaba reprimiendo la ira. Cuanto más contemplaba Lilia a Anyi, más convencida estaba de que el semblante de su salvadora reflejaba algo más. Entonces la mujer dijo algo, Anyi crispó el rostro y negó con la cabeza.

De pronto, la mujer señaló a Anyi con un gesto agresivo y añadió algo por lo bajo.

Anyi rió con amargura.

—Si logras encontrarlo, dile que es un desgraciado. Él sabe por qué.

La mujer posó la vista en Lilia de nuevo.

—¿Y qué hay de ella? ¿Es una cliente? ¿Le advierto que cierre con llave la puerta de su habitación? ¿O es mi sustituta?

—Bueno, no se ha convertido todavía en una traidora adicta a la carroña y ladrona —gruñó Anyi.

Heyla giró rápidamente para encararse con ella, cerrando la mano en un puño, pero con un cambio mínimo de postura, Anyi estaba en guardia y preparada para luchar. Heyla se quedó inmóvil por un momento y retrocedió un paso.

—¡Putas! —espetó, y se alejó por la calle dando grandes zancadas.

Anyi la siguió con la mirada hasta que desapareció a lo lejos, y luego le hizo una seña a Lilia.

—Más vale que mantengamos los ojos bien abiertos —dijo—. Es posible que intente seguirnos... o que mande a otra persona a espiarnos.

Regresó por el callejón y recorrió un pasadizo angosto y oculto entre dos edificios hacia otra callejuela.

—¿Quién es?

—Una vieja amiga, aunque no lo creas. —Anyi suspiró—. En otro tiempo estuvimos muy unidas, hasta que intentó venderme a nuestros enemigos a cambio de dinero para comprar carroña.

—¿Qué quería ahora?

—Dinero. Otra vez.

—¿Te ha amenazado?

—Sí.

—No lo tomes a mal —dijo Lilia—, pero creo que tienes tanto tino para escoger a tus compañías como yo.

Anyi no sonrió. Por el contrario, parecía triste, y Lilia lamentó haber hecho este

comentario.

—Lo siento.

—No pasa nada. Ya lo he superado —aseveró Anyi, y apretó el paso.

Lilia empezó a rezagarse, así que obligó a sus piernas a moverse más deprisa para mantenerle el ritmo.

«"Ya lo he superado" —pensó—. Suena como lo que dice la gente cuando... Un momento. ¿Qué es lo que ha dicho Heyla? "¿Le advierto que cierre con llave la puerta de su habitación? ¿O es mi sustituta?" podría significar otra cosa, pero...»

Cuando se le ocurrió otra interpretación posible de las palabras de la mujer, no pudo evitar dirigir la vista al frente, hacia su guía, dando vueltas en la cabeza. «Tal vez estoy equivocada respecto a su relación con Cery. —Anyi no llamaba la atención por su belleza, pero era... impresionante. Desenvuelta, fuerte e inteligente—. De hecho, si no fuera por Naki... No, no vayas por ese camino.»

No solo porque sería una deslealtad hacia Naki, sino porque representaría una distracción demasiado grande en su colaboración con Anyi.

Con aspecto pálido y enfermo, Tayend se acercó a la barandilla para reunirse con Dannyl y Achatí. Aquella mañana había decidido tomar solo media dosis del remedio para el mareo con el fin de no estar atontado cuando llegaran a su destino. Dannyl sabía con sombría certeza que al atardecer Tayend estaría totalmente despierto, impidiendo que Achatí y él pasaran un rato a solas. «Aunque un rato a solas tampoco nos serviría de mucho, pues Achatí me ha advertido que nuestro siguiente anfitrión es... ¿cómo lo ha llamado? "Un mojigato al que todo le parece mal".»

—Bienvenido a Dunea —declaró Achatí, señalando el puerto que tenían enfrente.

El *Inava* navegaba hacia un valle extenso. A los lados se alzaban precipicios en capas escalonadas y erosionadas. En el centro, un río ancho y fangoso desembocaba en el mar, y su agua gris pardusca formaba una franja que se adentraba en el agua salada a lo largo de cierta distancia antes de diluirse en el océano.

La declaración de Achatí no era del todo exacta. El valle no marcaba el inicio de las tierras dúneas. El buque llevaba unos días costeadolas, aunque no había una frontera claramente establecida. El valle que tenían delante era el lugar en que la mayoría de los visitantes desembarcaba cuando llegaban por mar, y era lo más parecido que tenían los dúneos a una ciudad capital.

A diferencia de los paisajes áridos y los acantilados escarpados que habían visto a su izquierda durante casi todo el viaje, el valle estaba cubierto de vegetación. Había casas construidas sobre pilotes elevados, con unas manchas en la madera cuya altura superaba con creces la de un hombre y que indicaban el nivel al que llegaban las crecidas. Se accedía a algunas de ellas por medio de escaleras de mano, mientras otras tenían unos escalones hechos de troncos atados entre sí. El conjunto de chozas

se llamaba Haniva, y el valle era conocido con el nombre de Naguh.

El capitán gritó órdenes a los esclavos, que se dispersaron por la nave. Echaron el ancla y plegaron las velas.

—No podemos acercarnos más —explicó Achatí—. Debido al cieno que se acumula por las crecidas anuales, hay poco fondo. De vez en cuando se producen tormentas que se llevan los bancos de arena, pero si construyéramos un muelle, seguramente acabaría destruido, así que no vale la pena mantener la bahía despejada por medio de la magia.

Una vez fondeado el barco, los esclavos botaron una pequeña chalupa de remos. Danyl, Tayend y Achatí, tras dar las gracias al capitán, bajaron por una escala de cuerda hasta el bote. Cuando llegaron a tierra, esperaron a que los esclavos regresaran al barco a buscar sus baúles de viaje, y luego los siguieron mientras los transportaban a través de Haniva.

La ciudad no tenía calles; solo unos caminos de tierra, y las casas parecían situadas al azar, frecuentemente en grupos unidos entre sí por senderos angostos. Danyl supuso que no se esperaban inundaciones en un futuro próximo, a juzgar por los sembrados que rodeaban las casas. Entre los cultivos se había dejado espacio para los enormes árboles, de cuyas ramas colgaban racimos de fruta. Todos consistían en un tronco liso coronado por un ramaje en forma de paraguas, o bien por una exuberancia de hojas descomunales. A Danyl le extrañó en un principio ver unas varas altas que sobresalían del suelo, hasta que advirtió que de algunas de ellas brotaban hojas y comprendió que se trataba de árboles jóvenes que invertían toda su energía en crecer lo suficiente para salvarse de las crecidas antes de desarrollar el follaje.

Cuando se cruzaron con unas personas que caminaban por los campos, él reparó en que su piel y su compleción estaban a medio camino entre las de los sachakanos, morenos, bajos y fornidos, y los miembros de las tribus, esbeltos y de tez grisácea. Supuso que se había producido un mestizaje a lo largo de los siglos. Por lo que había leído y oído, las tribus dúneas no acostumbraban a establecerse en ciudades. Eran un pueblo nómada.

«Quizá podríamos considerar que estas personas pertenecen a otra raza —pensó—. Tal vez se llamen "naguhs" o "hanivanos".»

Después de pasar junto a unas docenas de casas, los esclavos se dirigieron hacia un conjunto de edificios aislados en medio de un prado. De inmediato quedó patente que eran distintos de los demás, pese a estar contruidos con los mismos materiales y sobre pilotes. Estaban dispuestos de manera simétrica, con una casa tres veces más grande que las otras en el centro, y varias construcciones más pequeñas a los lados y detrás, a las que se accedía por un sendero. Había una escalera amplia a la entrada de la casa central, y el camino que conducía hasta ella era recto. Cuando los esclavos

llegaron frente a ella, se detuvieron y aguardaron a que Achatí, Dannyl y Tayend subieran antes que ellos.

Conforme Dannyl ascendía los escalones, no solo cambió su perspectiva del pueblo, sino también su impresión sobre él. Vio más casas y a las personas que las habitaban, así como quienes trabajaban en los campos. De pronto tuvo la sensación de que Haniva estaba más poblada y se asemejaba más a una ciudad.

Un esclavo doméstico apareció y se postró boca abajo sobre la plataforma de madera en lo alto de la escalera.

—Llévame ante el ashaki Vakachi, o ante la persona que lo representa durante su ausencia —ordenó Achatí.

El hombre se puso en pie de un salto y los guió hacia el interior. Por dentro, las paredes estaban pintadas de blanco y delimitaban un pasillo que conducía a una habitación espaciosa. «Es como una casa sachakana típica, salvo porque las paredes son rectas.» En la sala maestra, un hombre los esperaba de pie. Su piel tenía un matiz gris oscuro, y él era estrecho de hombros, lo que parecía indicar que corría algo de sangre dúnea por sus venas.

—Bienvenido, ashaki Achatí —saludó el hombre y, cuando Achatí le dio las gracias, se volvió hacia sus dos acompañantes—. Y ustedes deben de ser los embajadores Dannyl y Tayend.

—En efecto —respondió Dannyl—, y será un honor para nosotros aceptar su hospitalidad.

El hombre los invitó a sentarse.

—He encargado que les sirvan una comida ligera y después acompañen a cada uno de ustedes a su propia *obin*, las casas aisladas en las que sin duda se habrán fijado al llegar. Se trata de un aditamento propio de la zona que suele construirse para el uso de un hijo cuando se casa o de un familiar mayor cuando el hijo hereda la casa, pero también para mantener vigilados a los jóvenes solteros de ambos sexos.

—¿Es una tradición dúnea? —preguntó Tayend.

Vakachi se encogió de hombros.

—En parte sí y en parte no. La tribu del valle de Naguh tiene tradiciones propias, distintas de las del resto de Dunea. Aunque es una tribu sedentaria y más civilizada que sus vecinos, los de la escarpa los consideran inferiores y les obligan a pagar tributos.

—¿Es posible que algunos de ellos sean Guardianes de la Sabiduría? —inquirió Dannyl.

Vakachi extendió las manos a sus costados.

—No podría decírselo con certeza. Puesto que los Guardianes llevan vidas corrientes y mantienen oculta su condición, podría haber algunos aquí, pero nadie lo sabe. —Sonrió—. No, tendrá más posibilidades de encontrarse con uno si sube a la

escarpa y busca entre las tribus de pura sangre. Y aun en ese caso sus posibilidades serán más bien reducidas. Los dúneos tienen la particular y eficaz costumbre de no cooperar con nadie.

—Eso había oído y leído —dijo Dannyl.

Vakachi asintió.

—Por otro lado, es posible que un extranjero tenga más suerte que un sachakano. Les he conseguido medios de transporte para su viaje a la escarpa. Partirán mañana. Tardarán unos días en llegar. Mientras tanto —señaló con un gesto a los esclavos que entraban en fila en la sala—, coman, descansen y pónganse cómodos.

NOTICIAS BUENAS Y MALAS

Cuando Sonea entró en la sala de tratamientos, Dorrien le escudriñó el rostro y frunció el ceño.

—Estás pálida —observó.

—Estoy bien —repuso ella, sentándose.

—¿Hace cuánto que no ves la luz del día?

Sonea reflexionó. Llevaba varias semanas trabajando en el turno de noche y solo se tomaba tiempo libre para reunirse con Cery. La mañana siguiente al intento fallido de capturar a Skellin había sido la última vez que había visto la luz del día, aunque no podía ser que...

—Si tienes que pensar tanto la respuesta, es que hace demasiado tiempo —le dijo Dorrien con severidad.

Sonea se encogió de hombros.

—Los días de invierno son tan cortos que cuando salgo del Gremio ya es de noche.

—Si tienes que esperar a que los días sean más largos, tal vez tardes semanas en ver el sol. —Cruzó los brazos—. Te has convertido en una especie de criatura nocturna espeluznante, y ni la túnica negra ni la magia negra te ayudan a dar una mejor impresión.

Ella sonrió.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad?

Él soltó una risita.

—En absoluto, pero me lo pensaría dos veces antes de invitarte a cenar a mi casa. Podrías asustar a las chicas.

—Hummm... Seguramente me toca a mí ofrecer una cena en mi casa.

—No es obligatorio que nos turnemos —aseguró él—. Tienes muchas otras cosas en que pensar. ¿Has recibido noticias de Cery últimamente?

Ella negó con la cabeza.

—Solo algunos mensajes crípticos. Cree que Lorandra debe de haberse reunido ya con Skellin.

—¿Cómo lleva Kallen la búsqueda de Lilia y Naki?

—Él y sus ayudantes han imprimido folletos con retratos y descripciones de las chicas, y han contratado a varias personas para que los repartan por la ciudad. Algunos testigos afirman haber visto a una de ellas o ambas, pero ninguno de sus testimonios lo han conducido hasta ellas.

—¿Hay personas que han visto a Naki? Eso significa que al menos sigue viva.

—Siempre y cuando la chica que vieron fuera Naki de verdad. De todos modos, la Guardia no ha encontrado cadáveres de mujeres jóvenes que se parezcan a ella.

Dorrien se quedó pensativo.

—Deberíamos distribuir algunos de esos folletos en los hospitales.

Sonea asintió.

—Buena idea.

—Le enviaré un mensajero a Kallen antes de marcharme. Es una pena que nadie hiciera un dibujo de Lorandra antes de que se fugara.

—Su aspecto es mucho más peculiar que el de las chicas, al igual que el de Skellin, pero aunque hemos hecho circular descripciones de los dos, no hay noticia de que nadie los haya visto.

—No, supongo...

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron. Sonea se volvió a tiempo para verla abrirse. El sanador Gejen inclinó la cabeza en un gesto cortés.

—Maga Negra Sonea —saludó con cordialidad antes de dirigirse a Dorrien—. Lord Dorrien, su esposa ha venido a verle.

—Dígale que saldré en cuanto finalice mi reunión con Sonea —contestó Dorrien. Cuando la puerta se cerró, él exhaló un suspiro.

—Me preguntaba cuánto tardaría ella en reunir el valor para venir a controlarme.

—¿A controlarte?

—Sí, para asegurarse de que no estemos haciendo nada que le parezca mal.

Sonea sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿A qué se imagina que nos dedicamos aquí? ¿Tiene miedo de que te corrompa?

—En cierto modo.

—¿Cree que soy capaz de enseñarte magia negra? —Sonea alzó las manos con exasperación—. ¿Cómo puedo convencerla de que se fíe de mí?

—No es que no se fíe de ti. Se siente intimidada por ti. Y celosa.

Sonea escrutó el rostro de Dorrien. Tenía una expresión que ella ya había visto con anterioridad. Pero antes de que pudiera interpretarla, él habló de nuevo.

—Es de mí de quien no se fía.

—¿De ti? ¿Y por qué no?

—Porque... —Hizo una pausa y se volvió hacia ella como si le costara mirarla a los ojos—. Porque sabe que si existiera alguna posibilidad de que tú y yo pudiéramos estar juntos, yo la aprovecharía.

Ella clavó la vista en él, sorprendida y turbada. De pronto comprendió qué reflejaba su expresión. Sentimiento de culpa. «Y un anhelo contenido. —Notó que empezaba a sentirse culpable a su vez y tuvo que apartar la mirada—. No ha dejado de pensar en mí en todos estos años. Cuando conoció a Alina y se casó con ella, creí

que me había olvidado. Fue un alivio para mí verme liberada de la carga de no corresponder a sus sentimientos.»

En aquella época ella estaba embargada por la pena y seguía enamorada de un hombre al que había perdido. No había lugar en su corazón para otro.

¿Lo había ahora?

«No —pensó Sonea, pero un sentimiento traicionero contradujo este pensamiento. El pánico empezó a apoderarse de ella, pero logró dominarlo—. Está casado. Eso solo haría que la situación fuera más incómoda y dolorosa para todos.» Tenía que decir algo que echara por tierra esta posibilidad antes de que arraigara en su mente. Algo que no lo ofendiera pero que dejara las cosas claras. Algo... Pero no le venían a la cabeza las palabras adecuadas.

Dorrien se puso de pie.

—Ya está. Lo he dicho. Lo... —Dejó la frase incompleta cuando ella alzó la vista y lo miró a los ojos, y entonces esbozó una sonrisa torcida—. Nos vemos mañana —concluyó. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió de la habitación.

«Da igual lo que yo diga —comprendió ella—. La situación ya es incómoda y dolorosa; lo ha sido durante meses. Lo que ocurre es que no me había dado cuenta hasta ahora.»

La casa de Cery era un agujero en el suelo. Sin embargo, se trataba de un agujero sorprendentemente lujoso, con todas las comodidades de una mansión de la Ciudad Interior. Tan lujoso era que a Lilia le resultaba fácil olvidar que estaba bajo tierra. Lo único que se lo recordaba eran las dimensiones reducidas del lugar —que constaba de unas pocas habitaciones— y la ausencia de criados.

Contratar sirvientes habría implicado dejar que personas ajenas a la casa entraran y salieran de ella, lo que no casaba con el propósito de tener una madriguera secreta. Gol, el guardaespaldas de Cery, le había asegurado a Lilia que guardaban allí reservas de víveres como alubias y cereales, cecina y frutas y verduras en conserva por si llegaba el momento en que salir fuera demasiado peligroso. Ella nunca había visto a nadie cocinar; en vez de eso, Gol llevaba alimentos frescos al escondrijo cada pocos días.

Ahora que Anyi y Lilia se alojaban allí, él tenía que traer comida más a menudo, lo que tal vez hacía que fuera más difícil mantener en secreto la ubicación de la guarida, o quizá solo aumentaba el riesgo de que alguien lo reconociera y lo siguiera. A pesar de todo, Cery había insistido mucho en que se quedaran. Anyi había discutido con él y había perdido.

A Lilia le había sorprendido lo envalentonada que estaba Anyi en presencia de su jefe, teniendo en cuenta que era un ladrón. La joven mostraba una actitud leal, protectora y a la vez desafiante, y él soportaba esto último con una paciencia

desconcertante. En vez de imponerle su voluntad con órdenes y disciplina, sorteaba hábilmente sus exigencias y objeciones.

Para conseguir que Anyi accediera a quedarse, no se había molestado en intentar persuadirla. Por el contrario, se había vuelto hacia Lilia y le había propuesto un trato: él la ayudaría a encontrar a Naki y la mantendría a salvo tanto del Gremio como de Skellin a cambio de que ella los protegiera a Anyi y a él. Ella había aceptado.

Resultó que la mejor manera de proteger a Anyi era obligarla a permanecer en la guarida. Y la forma más fácil que Lilia encontró de conseguirlo era quedándose en la guarida ella misma. Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas. Cuanto más encerrada se sentía Anyi, más tendía a gastar su exceso de energía en discusiones. Cuando Gol regresó con la cena, ella comenzó a dar vueltas en torno a él ansiosamente.

—¿Has visto algún indicio de que Lorandra, Jemmi o Rek estén buscándome a mí o a Lilia? —preguntó.

—No —respondió él, esquivándola para depositar un saco sobre la mesa baja colocada entre las sillas de la sala de invitados.

Anyi se volvió hacia Cery.

—¿Lo ves? Seguro que si hubieran atado cabos nos estarían buscando.

—Skellin no es idiota —replicó Cery—. Sabe que o estás conmigo o estás sola en algún lugar de la ciudad. Si estás sola, hay más probabilidades de que alguien te vea y se lo avise. Si estás conmigo..., bueno, ya tiene a un montón de gente buscándome.

—Pero ¿y si Rek no le dijo a Lorandra que yo trabajaba para ti?

—¿Qué otra cosa podría contarles, a ella y a Jemmi, para convencerlas de que la idea de que te llevaras a Lilia no se le ocurrió a él?

—Quizá solo se lo ha dicho a Jemmi.

Cery señaló una silla.

—Siéntate, Anyi —ordenó.

Ella obedeció, pero continuó mirándolo fijamente mientras Gol sacaba del saco unos paquetes bien envueltos y empezaba a rasgar el papel que los cubría. La envoltura adicional era para evitar que el olor a comida escapara y dejara un rastro a través de los túneles que conducían hasta la guarida. Unos aromas deliciosos inundaron la habitación.

—Jemmi le habrá dicho a Lorandra que seguramente tú eras una espía a mi servicio, con la esperanza de convencerla de que no hubo una conspiración —prosiguió Cery—. Te guste o no, Anyi, saben que tu traición fue una farsa. No tienes otro remedio que quedarte aquí conmigo.

Lilia sintió una punzada de compasión al ver a Anyi encorvarse. Se preguntó, no por primera vez, si esta le había hablado a Cery de su encuentro con Heyla.

—No he oído que nadie te esté buscando —le informó Gol a Anyi—, pero sí me

he enterado de que hay personas que buscan a alguien que, por tu descripción, podría ser Naki. No son gente nuestra, ni del Gremio, creo. Me da la impresión de que son personas que ella no querría que la encontraran.

Lilia irguió la espalda en su asiento.

—¿Alguien más la está buscando?

Gol asintió y miró a Cery. El ladrón entornó los ojos.

—Empieza la carrera —dijo.

—¿Quién la busca? —preguntó Lilia—. ¿Y por qué?

—Skellin —respondió Cery—. No es ningún secreto que Naki ha desaparecido, ni que Lilia y ella intentaron aprender magia negra. El hecho de que Naki no lo consiguiera solo la convierte en una presa un poco menos atractiva que Lilia. Puede explicar a Skellin todo lo que leyó y lo que hizo. Al fin y al cabo, si Lilia lo logró basándose en la misma información, existe la posibilidad de que él lo logre también. Si no lo logra —Cery clavó la vista en Lilia e hizo una mueca—, sabe que Lilia está preocupada por Naki. Intentará chantajearla para que le enseñe magia negra, a cambio de la vida de su amiga.

—Tenemos que encontrar a Naki primero —dijo Anyi.

—Sí. —Cery sonrió con los labios apretados—. El hecho de que Skellin la esté buscando podría ayudarnos. Mis hombres vigilan a sus hombres. Si se huelen que los suyos han encontrado respuestas, los míos harán las mismas preguntas. Si se huelen que los suyos están a punto de registrar algún lugar, los míos permanecerán atentos, listos para ayudar a Naki a escapar.

Una campana sonó al otro lado de las paredes. Cery miró a Gol, que contempló los paquetes abiertos de comida con pesadumbre.

—Te guardaremos un poco —prometió Cery.

Con un suspiro, el hombretón se encaminó a toda prisa hacia la puerta secreta oculta tras los paneles de la habitación. Anyi se levantó, extrajo platos y cubiertos de una vitrina lateral, los repartió y siguió el ejemplo de Lilia y Cery, que habían empezado a servirse y a comer. Gol había traído varios pescados de río hechos al horno con una salsa dulce y salada, verduras de invierno asadas y pan recién horneado.

Gol regresó al poco rato. Esta vez era Cery quien parecía decepcionado al marcharse con el guardaespaldas. Cuando se quedaron solas, Lilia miró a Anyi.

—¿Crees que Heyla va por ahí contándole a la gente que nos ha visto?

La expresión de Anyi se ensombreció.

—Seguramente. No sería la primera vez. Pero si lo hace se meterá en más líos de los que se imagina.

—¿Cery sabe algo de ella?

—En cierto modo —contestó Anyi, con aspecto afligido—. Empecé a trabajar

para Cery cuando Heyla y yo habíamos dejado de ser amigas. Le dije que una amiga había intentado venderme, pero no le dije quién.

—Si no trabajabas para Cery, ¿cómo sabía ella de su existencia?

Anyi se quedó callada por un instante y meneó la cabeza.

—Oh, yo sabía de su existencia. Vagamente. En fin..., prefiero no hablar de ella.

Lilia asintió.

—Tus secretos están a salvo conmigo.

Anyi alzó la mirada hacia Lilia pero no sonrió. En cambio, la observó con una expresión meditabunda y ligeramente especulativa.

—¿Qué pasa? —preguntó Lilia.

—Nada. —Anyi desvió la vista antes de fijarla en ella de nuevo—. ¿Estabais muy unidas, Naki y tú?

Lilia bajó los ojos hacia su plato.

—Mucho. Bueno, no tanto desde que ella creía que yo maté a su padre.

Anyi torció el gesto con empatía.

—Sí, no cabe duda de que eso pondría a prueba cualquier amistad. Y no me refiero solo a lo duro que debió de ser para ella pensar que tú eras la culpable. Seguro que también te dolió a ti que ella fuera capaz de sospechar siquiera que tú lo habías hecho.

Lilia lanzó a Anyi una mirada de reproche. Dudaba mucho que descubrir que una amiga podía creer que ella había matado a alguien fuera en modo alguno tan doloroso como creer que una amiga había matado a un ser querido. «Pero tiene parte de razón —pensó Lilia de pronto—. ¿Cómo pudo Naki creer que yo era la asesina, sobre todo después de que la Maga Negra Sonea me leyera la mente y declarara que no lo era?»

La secuencia habitual de campanadas y golpes les advirtió que alguien se acercaba a la guarida. Anyi se puso en pie de un salto, respondió con una serie de golpecitos y accionó los mecanismos para dejar entrar a Cery y a Gol en la habitación.

—Era un mensajero —les informó Cery—. De Enka, uno de los pocos ladrones que quedan que no están a sueldo de Skellin. Quiere que lo ayude a resolver un problema que tiene con su vecino, que según él cuenta con los servicios de una maga. Cree que puedo encargarme de que el Gremio la encuentre.

—¿Una maga? —preguntó Lilia, con el corazón acelerado—. ¿Se trata de Naki?

—Él dice que es una mujer —respondió Gol—. Su descripción no me recuerda en absoluto a Lorandra.

—Lorandra no tiene poderes mágicos —señaló Anyi.

—Seguramente los habrá recuperado a estas alturas —le dijo Lilia—. Skellin puede haber eliminado el bloqueo. En cambio, estoy segura de que Naki tiene sus poderes bloqueados.

Cery arrugó el entrecejo.

—Tal vez haya anulado el bloqueo ella misma, tal como hiciste tú.

—Si pude hacerlo fue solo porque había aprendido magia negra, a diferencia de Naki.

—Entonces debe de estar aprovechando su reputación para intimidar a la gente, y quizá esté empleando trucos para convencer a los demás de que ha recuperado sus poderes. Después de todo, Enka ha dicho que no la ha visto utilizar la magia todavía. Tenemos que asegurarnos de que se trata de ella antes de dejarnos ver, por supuesto, y estar preparados por si es una trampa que nos ha tendido Skellin. Al menos sabemos que ni Lorandra ni él se presentarán, pues contarán con que aparezcan magos del Gremio. Lilia podrá protegernos de los ataques no mágicos —añadió inclinándose ante ella.

—¿Por qué no se lo has comunicado al Gremio? —preguntó Gol con expresión ceñuda—. Eso nos habría ahorrado problemas y riesgos.

Cery sonrió y miró a Lilia.

—Porque si Lilia rescata a Naki, el Gremio será más indulgente con ella por haberse fugado de la atalaya.

Lilia le devolvió la sonrisa. «No puedo creer que esté pensando esto sobre un ladrón, pero Cery empieza a caerme bien.»

El ladrón se frotó las manos y se acercó a las sillas.

—Vamos, panda. Acabemos de cenar, que después tenemos que trazar un plan ingenioso.

—Hombre —dijo una voz conocida—. Me cuentan que has terminado tu primera piedra.

Al volverse, Lorkin vio a Evar caminando por el pasillo, detrás de él. Desplegó una sonrisa y aflojó el paso para avanzar a la par de su amigo.

—Las noticias vuelan en las cuevas de las pedreras —comentó.

Evar asintió.

—Teníamos curiosidad por ver cómo te iban las cosas. No todo el mundo tiene madera para ser pedrero.

—No me extraña. Hace falta mucha concentración. —Lorkin observó a Evar con ojo crítico. El joven parecía sano y relajado—. Hacía tiempo que no te veía. Creía que coincidiríamos en las cuevas.

Evar sonrió.

—No me encontrarás en las cuevas de los alumnos. Estoy trabajando en piedras mucho más sofisticadas.

—¿Estás demasiado ocupado para visitar a un amigo?

—Puede.

Lorkin aminoró la marcha.

—Un momento. Eres hombre, así que no sabes magia ne... magia superior. ¿Cómo es posible que elabores piedras?

La sonrisa se esfumó de los labios de Evar. Se mordió el labio inferior y adoptó una expresión de disculpa.

—Pues... Tal vez he exagerado un poco el papel que desempeño aquí.

Lorkin se quedó mirando a su amigo antes de prorrumpir en carcajadas.

—¿De qué estás...? No, en realidad, prefiero no preguntártelo para ahorrarte el mal trago de responder.

—Soy un ayudante —dijo Evar, sacando la barbilla con altivez fingida—. A veces les proporciono magia adicional.

—¿Y qué haces el resto del tiempo?

—Las cuevas no se caldean solas, y las pedreras tienen la irritante costumbre de olvidarse de comer.

Lorkin le dio una palmada suave en el hombro.

—Todo ello es esencial para el proceso.

—Sí. —Evar se puso derecho—. Lo es.

Continuaron caminando con camaradería silenciosa y salieron del pasadizo estrecho a una vía más ancha y transitada. Lorkin apenas había dado unos pasos cuando oyó que alguien lo llamaba. Se volvió y advirtió que la maga a la que había visto custodiar los aposentos de la reina unas semanas atrás le hacía señas.

—Tengo que dejarte —le dijo a Evar—. ¿Nos vemos mañana?

Evar se encogió de hombros.

—Lo dudo. Entro a trabajar temprano. Ahora mismo estamos muy ocupados.

Lorkin asintió y se alejó apresuradamente en dirección a la maga.

—Debes ir a ver a la reina —le informó ella. Dio media vuelta y echó a andar a un ritmo que los obligaba a zigzaguear para sortear a las personas que había en el corredor. Más adelante, lo guió a través de una puerta hacia un pasadizo angosto y vacío.

—No sabía que eso existía —murmuró él mientras salían a una zona de la ciudad que le era más familiar.

—Un atajo —dijo ella con una breve sonrisa.

Tras torcer a izquierda y derecha varias veces, llegaron ante la puerta de los aposentos de la reina. La maga llamó y se apartó cuando la puerta se abrió. Para sorpresa y alegría de Lorkin, Tyvara estaba al otro lado. Esto le levantó el ánimo al instante, pese a que ya estaba de buen humor.

—Tyvara —dijo, sonriendo.

Solo las comisuras de los labios de la joven se torcieron hacia arriba, como siempre que intentaba mantener el semblante serio.

—Lorkin. Pasa.

La reina volvía a estar sentada en una de las sillas sin adornos que formaban un círculo. Él se llevó la mano al corazón y, a diferencia de en la visita anterior, ella respondió con formalidad, inclinando la cabeza.

—Toma asiento, por favor, Lorkin —dijo, señalando la silla que tenía al lado.

Él obedeció. Tyvara se sentó al otro lado de la anciana. Un movimiento en la puerta que comunicaba con la habitación interior llamó la atención de Lorkin. Alzó la mirada y vio que Pelaya, la ayudante de la reina, asomaba la cabeza. Ella le sonrió antes de desaparecer.

—Me cuentan que has terminado una piedra —dijo la reina.

«Vaya si vuelan, las noticias.»

—Así es.

—Enséñamela.

Él se llevó la mano al bolsillo del jubón y extrajo el diminuto cristal. La reina extendió una mano ajada, y él lo dejó caer sobre su palma.

La mujer clavó la mirada en la gema por un momento, y esta empezó a resplandecer. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de la soberana, que alzó la vista hacia él con un brillo en los ojos.

—Enhorabuena. Pocos alumnos consiguen una piedra perfecta en su primer intento. Aquí algunas dirían que llevas piedra en la sangre. —Se encogió de hombros—. No en un sentido literal, evidentemente. —Le devolvió la gema, que comenzaba a apagarse—. Estoy complacida, y no solo por tu capacidad para asimilar lo que te hemos ofrecido a cambio de los conocimientos que se te arrebataron. Tengo una misión para ti.

Lorkin parpadeó, sorprendido, y una ligera decepción se apoderó de él.

—Te veo poco convencido —observó ella, entornando los ojos—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió, y luego añadió, porque saltaba a la vista que no era verdad—: Estaba deseando fabricar otra piedra. Aprender más. Pero supongo que eso puede esperar.

Zarala soltó una risita.

—¿De verdad? Bueno, lo que Kalia obtuvo de ti fueron nociones básicas de sanación mágica. Nosotros te hemos dado nociones básicas de la elaboración de piedras. Me temo que tanto tú como ella tendréis que ampliar vuestros conocimientos a través de la experimentación, sin la ayuda del saber acumulado por generaciones.

Lorkin movió la cabeza afirmativamente, aunque no estaba contento. No solo no le enseñarían más, sino que permitirían a Kalia que utilizara los conocimientos que le había robado.

—Además, no tienes tiempo para aprender todo lo que sabemos sobre la

elaboración de piedras —agregó ella—. Hay asuntos más urgentes de los que debes ocuparte. Por eso te ordeno que te marches de Refugio y vuelvas a Kyralia.

Levantó la vista hacia ella, sorprendido y presa de una consternación inesperada. No quería marcharse. «No, eso no es del todo cierto. Sí que quiero marcharme. Quiero volver a ver a mi madre y a mis amigos. Pero también quiero que se me permita regresar a Refugio. —Miró a Tyvara—. ¿Volveré a verla algún día?» Ella le sonrió. Era una sonrisa tranquilizadora, que parecía decirle «espera y lo verás».

La expresión de la reina, quizá un poco socarrona, denotaba que sabía algo más. Posó la mirada en Tyvara y luego en él otra vez. Se puso seria de nuevo.

—Cuando llegues, si eres bien recibido, deberás iniciar las negociaciones entre nosotros y las Tierras Aliadas para establecer un pacto.

A Lorkin se le escapó un grito ahogado de asombro. «¡Es justo a lo que yo aspiraba! Bueno, aspiraba a que los Traidores y el Gremio intercambiaran conocimientos de magia después de establecer un pacto, no antes, pero...»

—Tyvara te guiará para salir de las montañas, y después viajarás a Arvice y te reunirás con el embajador kyraliano. Para mantener en secreto lo que sabes sobre nosotros, te daremos una piedra de bloqueo. Aunque desde el punto de vista político sería contraproducente para el rey y los ashakis que alguien te leyera la mente contra tu voluntad, es posible que decidan que vale la pena correr ese riesgo por la posibilidad de encontrarnos. Te llevaríamos directamente al paso que conduce a Kyralia, pero en esta época del año las montañas son demasiado peligrosas para los viajeros, pues el hambre envalentona a los ichanis. —Clavó en él sus ojos brillantes—. ¿Estás dispuesto a hacerlo? —preguntó.

Él asintió.

—Con mucho gusto.

—Bien. Ahora, hay algo que debo darte.

Cogió una bolsa pequeña que tenía sobre el regazo y en la que él no se había fijado. Aflojó las ataduras, la volvió boca abajo, y un anillo tosco y macizo cayó sobre su mano. Lo sujetó en alto, lo contempló con semblante pensativo y triste, y se lo tendió a él.

Lorkin cogió el anillo. El aro era de oro, pero de factura rudimentaria, como si un niño lo hubiera modelado con arcilla. Llevaba engastada una gema de color rojo oscuro.

—Tu padre me lo dio hace mucho tiempo. De hecho, yo le enseñé cómo fabricarlo. Ya no funciona, por supuesto.

Un escalofrío subió por la espalda de Lorkin, y el corazón le dio un vuelco. «¡Mi padre hizo esto! —Lo hizo girar entre sus dedos, y la piedra refulgió a la luz—. ¿Mi padre sabía elaborar gemas? No es posible. —De pronto la respuesta le pareció evidente—. Debe de ser una gema de sangre.» Las implicaciones de esto lo

sacudieron como una bofetada.

—¡Estuvisteis en contacto permanente con él desde entonces!

Zarala asintió, con los ojos llorosos.

—Sí, durante un tiempo.

—¡Entonces sabéis por qué no volvió aquí!

—Si alguna vez tomó una decisión al respecto, no me la comunicó. —Suspiró—. Sé que regresó a su país por temor a una invasión por parte de los ichanis. Yo no estaba de acuerdo. No creía que el peligro fuera inminente. Después..., siempre surgía algo que le impedía salir de Kyralia. Y nuestro acuerdo implicaba algo más que enseñarle magia superior y concederle la libertad a cambio de conocimientos de sanación mágica. —Sacudió la cabeza—. Nunca conseguí cumplir una de las cosas a las que me comprometí. Al igual que él, me enfrentaba a una situación más difícil de resolver de lo que esperaba. Tras la muerte de mi hija, yo... dejé de comunicarme con él. Sabía que yo era en parte responsable de su muerte por haberle exigido demasiado a tu padre y haberle ofrecido tan poco a cambio.

La anciana reina inspiró profundamente y soltó el aire. Sus hombros escuálidos se elevaron y bajaron.

—Los dos éramos jóvenes e idealistas, y nos creíamos capaces de hacer más de lo que podíamos en realidad. Creo que él tenía la intención de regresar. Mi pueblo no opinaba lo mismo, y yo no podía convencerlo de lo contrario sin revelar qué parte del compromiso no había cumplido. —Extendió los brazos hacia Lorkin, lo tomó de los dedos y los dobló sobre la piedra—. Enviarte a Kyralia es un primer paso para hacer aquello que prometí. Solo espero que, a diferencia de tu padre, viva lo suficiente para cumplir mi promesa. Ahora, vete. —Le soltó las manos y enderezó la espalda—. Tyvara ha hecho los preparativos y la noche está despejada.

Lorkin se puso de pie y se inclinó en señal de respeto. A continuación, siguiendo a Tyvara, salió de la habitación y de la ciudad que había creído que sería su hogar durante más que unos pocos meses.

UNA REUNIÓN

Los caballos que transportaban a la gente cuesta arriba hasta la escarpa eran animales robustos y de patas cortas. Dannyl estaba seguro de que sus pies rozarían el suelo de no ser porque su montura tenía un vientre abultado. Las bestias no solían llevar jinetes, pues en Dunea —y en las zonas más áridas— los visitantes eran escasos. Estaban más acostumbradas a cargar con alimentos y otras provisiones.

Los carruajes eran demasiado grandes para circular por aquel angosto camino con curvas y revueltas tan pronunciadas que resultaban impracticables para los vehículos. La parte elevada de la pendiente estaba tan cerca que la bota de Dannyl raspaba de vez en cuando la pared de piedra. Su otro pie pendía sobre un precipicio casi vertical que descendía abruptamente hacia un tramo inferior del camino o hacia el lejano fondo del valle.

Aunque Dannyl no tenía miedo a las alturas, había notado que la amenaza constante de aquel abismo lo ponía nervioso. Achatí apretaba los dientes y mantenía la vista en el camino que tenía delante, con aire resuelto. Tayend, pese a no contar con la posibilidad de recurrir a la magia si él o su caballo resbalaban, no parecía preocupado en absoluto.

La parte positiva de aquel trayecto peligroso y precario era la vista.

El camino arrancaba hacia la mitad del valle, cuyo extremo más ancho se extendía a su espalda, dividido en sembrados bordeados de caseríos. Una franja de arena gris claro separaba la tierra verde del mar azul. Ante ellos, el valle se estrechaba y las colinas se tornaban más ondulantes a medida que se aproximaban entre sí. Un reguero de agua discurría por el medio, destellando allí donde el sol se reflejaba en su superficie.

Al dirigir la mirada hacia delante, Dannyl vio que había varias personas de pie en el siguiente recodo. Los únicos trechos en que el camino era lo bastante ancho para que los viajeros se adelantaran unos a otros eran las curvas más cerradas. Saltaba a la vista que las personas que aguardaban eran dúneos: delgados, de tez agrisada y sin más vestimenta que una tela que les cubría la cintura y la entrepierna. Llevaban sacos grandes al hombro.

El guía los saludó cuando se encontraba cerca. Los dúneos —no había mujeres entre ellos— permanecieron callados e inmóviles. Quizá respondieron a su saludo con algún gesto, porque el hombre sonreía cuando dobló el recodo y enfiló la siguiente cuesta. Achatí, el siguiente en girar, tenía la misma expresión de férrea determinación que cuando habían iniciado el ascenso. Dannyl dirigió una sonrisa a los hombres al pasar. Ellos le sostuvieron la mirada, con el rostro impassible, sin

signos de hostilidad o de simpatía. Se preguntó si sentían tanta curiosidad hacia él como él hacia ellos. ¿Habían recibido antes la visita de algún kyaliano? ¿Y la de algún mago del Gremio?

«Tal vez yo sea el primero.»

Al mirar atrás, vio que Tayend le sonreía mientras su montura salía de la curva y se colocaba detrás de él. El elyneo amplió la sonrisa al percatarse de que Dannyl lo observaba.

—Emocionante, ¿verdad?

Dannyl no pudo evitar devolverle la sonrisa. Cuando se volvió de nuevo hacia delante, lo invadió una oleada inesperada de afecto hacia su ex amante. «Se toma la vida como una gran aventura. Eso es algo que echo de menos de él.»

—Y estamos a punto de llegar —añadió Tayend.

Al alzar la vista, Dannyl advirtió que el siguiente trecho de camino era corto. El corazón le dio un brinco cuando vio que el guía torcía a la derecha y desaparecía. Ahati lo siguió, y luego le llegó el turno a Dannyl.

Tras una jornada entera a caballo, el cambio de paisaje fue tan brusco que Dannyl se quedó desorientado. De pronto, el horizonte había vuelto. El terreno era tan plano que no había nada entre Dannyl y la línea en que la tierra gris se juntaba con el cielo.

«Nada salvo un montón de tiendas de campaña», se corrigió mientras su caballo giraba para seguir al de Ahati. Aun así, la aglomeración de hogares provisionales se fundía con el color de la tierra. Parecía una maraña de tela y palos.

—Hace calor aquí arriba —comentó Tayend, espoleando a su cabalgadura para que avanzara junto a la de Dannyl—. Si el invierno es así, me alegro de que no hayamos venido en verano.

—Debemos de estar tan al norte como Lonmar —respondió Dannyl—. Allí las diferencias entre las estaciones no son tan grandes como en el sur. Quizá en Dunea ocurra lo mismo.

Se abstuvo de añadir que el día estaba llegando a su fin, y que el calor que irradiaba el sol, que estaba bajo en el cielo, seguramente era menos intenso que al mediodía. Como en Lonmar, el aire era seco, pero tenía un sabor distinto.

«A ceniza —pensó. La notaba en la cara, más fina que el polvo que en Lonmar se colaba en todas partes—. Me pregunto si aquí habrá tormentas de arena igual de violentas.»

La zona de tiendas empezaba a unos cientos de pasos del precipicio. Cuando los jinetes se acercaron, los dúneos interrumpieron sus actividades para mirarlos fijamente. Tras dirigirles el mismo saludo, el guía tiró de las riendas de su caballo, que se detuvo a una docena de pasos de ellos.

—Estas personas han venido a hablar con las tribus —dijo en un tono bajo y respetuoso—. ¿Quién posee la Voz?

Dos de los hombres señalaron a un hueco entre las tiendas. El guía les dio las gracias y condujo a su montura hacia allí, con Achatí, Dannyl y Tayend a la zaga. Cada diez tiendas, aproximadamente, el guía repetía la pregunta y se alejaba en la dirección que le indicaban los dúneos.

Pronto se encontraban rodeados de tiendas. Dannyl no alcanzaba a ver dónde terminaba el campamento. Algunas tiendas estaban raídas y cubiertas de parches, otras tenían un aspecto más nuevo. Todas estaban cubiertas de una capa de polvo gris. De tamaño similar, parecían albergar familias enteras, que comprendían desde niños pequeños hasta ancianos arrugados. Todas las personas de edades intermedias estaban ocupadas en alguna tarea —cocinando, cosiendo, tejiendo, tallando, lavando, remendando tiendas—, pero todas ellas con movimientos lentos y firmes. Algunos paraban para ver pasar a los forasteros. Otros continuaban con sus quehaceres, como si los visitantes no despertaran en ellos el menor interés.

Una cuadrilla de niños empezó a seguirlos. El grupo pronto se hizo más numeroso, pero aunque los críos reían, cuchicheaban y señalaban, no armaban alboroto.

El sol se hallaba muy cerca del horizonte cuando encontraron por fin lo que buscaban. Frente a una tienda que en nada se diferenciaba de las demás había un círculo de ancianos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, sobre una manta.

—Estas personas han venido a hablar con las tribus —dijo el guía, señalando a Achatí, Dannyl y Tayend—. Tienen preguntas que hacerles. ¿Quién posee la Voz? ¿Quién puede responder a sus preguntas?

—Nosotros somos la Voz hoy —contestó uno de los ancianos. Se puso de pie y apartó la vista del guía, que estaba descabalgando, para posarla en Achatí, Dannyl y Tayend, que desmontaron también—. ¿Quién hace las preguntas?

El guía se volvió y asintió en dirección a Achatí.

—Preséntense —le indicó en voz baja—. Solo a ustedes, no a sus acompañantes.

Achatí dio un paso al frente.

—Soy el ashaki Achatí —dijo—, consejero del rey Amakira y acompañante de... estos hombres.

Dannyl avanzó hasta detenerse junto a él e inclinó la cabeza según la costumbre kyaliana.

—Soy el embajador Dannyl, del Gremio de Magos de Kyalia.

A continuación, Tayend ejecutó una reverencia cortés.

—Soy Tayend, embajador de Elyne. Es un honor conocerles.

El anciano intercambió una mirada con sus compañeros, que asintieron. Se arrastraron hacia fuera para ampliar el círculo.

—Sentaos —los invitó.

—Hemos traído regalos —anunció Achatí. Rebuscó en las alforjas de su caballo y

extrajo un paquete, se acercó de nuevo al círculo de ancianos y lo depositó en medio.

—Conocéis nuestras costumbres —observó el portavoz— y las respetáis —añadió en un ligero tono de sorpresa e ironía.

Otro de los ancianos extendió las manos hacia el paquete y lo abrió. Dentro había cuchillos delicadamente trabajados, una caja que contenía una lupa de cristal, un rollo de papel de buena calidad y un conjunto de utensilios para escribir que incluían pluma y tinta. Los ancianos emitieron expresiones de agrado. A juzgar por el modo en que manipulaban los objetos, parecía evidente que estaban familiarizados con su uso, pese a que no debían de ser fáciles de conseguir en Dunea. El portavoz movió la cabeza afirmativamente.

—Haced vuestras preguntas. Sabed que tal vez no respondamos de inmediato. Tal vez no respondamos nunca.

Achati miró a Dannyl y asintió. Este repasó en su mente todos los enfoques que se había planteado durante el viaje.

—Hace muchos años acometí una empresa —comenzó—: la de escribir una historia de la magia. He buscado la respuesta a muchas preguntas relativas a acontecimientos tanto antiguos como recientes, y... —suspiró— las respuestas han traído consigo más preguntas.

Unos pocos ancianos esbozaron una sonrisa al oír esto.

—Mi descubrimiento más desconcertante fue el de que, hace muchos cientos de años, mi pueblo poseía algo llamado piedra de almacenaje. Estaba guardada en Arvice hasta que un mago, presa de la ambición o la locura, la robó. Los documentos de la época apuntan a que la utilizó, tal vez en un enfrentamiento con sus perseguidores, tal vez por error, tal vez incluso de forma deliberada, y que esto dio origen al páramo que bordea las montañas entre Sachaka y Kyralia.

Todos los ancianos asentían.

—Hemos oído hablar de ese páramo —dijo su líder.

—Las preguntas que deseo formularles son... ¿qué era la piedra de almacenaje? ¿Existen otras? ¿Se conserva el conocimiento sobre cómo elaborarlas? En caso afirmativo, ¿cómo puede un país defenderse contra su uso?

El portavoz rió entre dientes.

—Tienes muchas preguntas.

—Sí —convino Dannyl—. ¿Debo limitarlas?

—Puedes hacer todas las que quieras.

—Ah, menos mal. —Dannyl sonrió en señal de gratitud—. Tengo un montón. Bueno, más que nada quiero informarme sobre las gemas mágicas. No sobre los secretos de su elaboración, claro está. Pero constituyen un tipo de magia desconocido para mí. ¿Qué son capaces de hacer? ¿Qué limitaciones tienen? Un rastreador dúneo llamado Unh me dijo que los Traidores les robaron a ustedes parte de esos

conocimientos. ¿Cuánto saben?

El anciano fijó la vista en Achatí.

—También a ti te gustaría conocer la respuesta a esa pregunta.

Achatí asintió.

—Desde luego, pero si desean hablar a solas con Dannyl, me retiraré.

El anciano arqueó las cejas. Miró a sus compañeros uno detrás de otro. Aunque ellos no hicieron señal alguna que Dannyl pudiera percibir, comunicaron de alguna manera su opinión a su líder, que, después de contemplar al último, alzó la mirada hacia Dannyl.

—¿Son todas las preguntas que quieres hacernos?

Dannyl asintió y sus labios esbozaron una sonrisa.

—A menos que las respuestas susciten más preguntas.

—Debemos discutir y decidir qué respuestas podemos darte —dijo el hombre—. Algunas solo puede dártelas un Guardián de la Sabiduría, que quizá no acceda a hablar contigo. Tenemos una tienda para invitados que ponemos a vuestra disposición para que durmáis en ella mientras esperáis.

Dannyl se volvió hacia Achatí, que asintió.

—Nos sentimos honrados... y muy agradecidos por su invitación —contestó Dannyl.

A una voz del anciano, un joven salió apresuradamente de una tienda.

—Gan os acompañará hasta allí —dijo el portavoz, señalando al recién llegado.

Achatí, Dannyl y Tayend se pusieron de pie y, junto con su guía, siguieron al joven a través del bosque de tiendas de campaña.

El sol del atardecer bañaba los jardines del Gremio en una luz fría. Los árboles y setos proyectaban sombras profundas, y Sonea había tardado un rato en encontrar un banco en el que aún diera el sol. Por fortuna, había pocos magos en los jardines, pues todavía se percibía cierto helor invernal en el aire. Ella notaba el frío de los listones de madera a través de la tela de su túnica.

Habían pasado dos días desde su conversación con Dorrien. La noche anterior ella había retrasado su llegada al hospital para no coincidir con él. Era consciente de que había sido un acto de cobardía.

«Pero aún no he decidido qué voy a decirle. —Sabía que debía explicarle que no podía mantener una relación que fuera más allá de la amistad—. Pero lo verá como una evasiva. "No poder" es distinto de "no querer". —Él le pediría que dejara claro que no sentía por él lo mismo que él había reconocido sentir todavía por ella—. Y si lo hago, él percibirá mi vacilación y mis dudas.»

Cuando se planteaba la idea, un anhelo traicionero se apoderaba de ella, pero tampoco estaba segura respecto al origen de esta sensación. «¿Es simplemente porque

estoy necesitada de compañía, de alguien que me reciba cuando vuelva a casa?» ¿Se reducía todo a la falta de contacto físico?

«O sea que queda descartado decirle a Rothen que no quiero un esposo. Por otro lado..., es cierto que no quiero casarme.»

La compañía mutua y el deseo no bastaban para mantener una relación de ese tipo. También hacía falta amor. Amor romántico. «Y eso es lo que me hace dudar. ¿Quiero a Dorrien? No lo sé. Seguramente lo sabría si lo quisiera. Tal vez no es tan evidente en las personas mayores.»

El otro ingrediente que ella consideraba esencial era el respeto, y esto era lo que más la preocupaba. «Dorrien está casado. Si engañara a Alina conmigo, yo perdería el respeto hacia él. Y hacia mí misma.»

Cuando se imaginó diciéndole esto, sintió tal renuencia a estropear las cosas que empezó a dudar sobre sus dudas. Si no estaba segura de que lo amaba, ¿por qué se resistía a desechar toda posibilidad de una relación amorosa entre ambos?

«Cómo me gustaría poder hablar de esto con Rothen. —Sabía que no le parecería bien. Además, él señalaría, aunque tal vez no directamente, que la culpa era de ella por haber desaprovechado su oportunidad con Dorrien. Le disgustaría que hubiera problemas entre Dorrien y Alina—. Ojalá Dorrien se llevara a su esposa de vuelta a la aldea —pensó, y de inmediato se sintió culpable por ello—. Al menos Alina estaría más contenta —añadió sin poder evitarlo—. Dorrien también, a la larga. Siempre ha estado convencido de que es el lugar al que pertenece.»

Por otro lado, se había adaptado sorprendentemente bien a la vida en la ciudad. Tal vez el campo no lo entusiasmaba tanto como siempre había asegurado. Era una suerte, pues a Sonea le hacía mucha falta su ayuda para encontrar a Skellin.

«¿O tal vez no? Cery sigue encargándose de casi todo el trabajo. Un par de magos no es rival para una red de ladrones espías. Aun así, necesito que alguien me ayude a capturar a Skellin, sobre todo ahora que Lorandra se ha fugado. No puedo dejar que la tensión entre Dorrien y yo nos impida apresar a los renegados.»

Al no hablar con Dorrien, eso era justo lo que estaba ocurriendo.

Las sombras se habían alargado tanto que ahora solo le daba el sol en los hombros. Con un suspiro, se puso de pie y echó a andar hacia el sendero que discurría a lo largo de la universidad. «Más vale que acabe con esto de una vez.» Cuando llegó al sendero, se encaminó hacia la fachada del edificio. Faltaban un par de horas para que su turno comenzara oficialmente. Tenía tiempo de sobra para resolver aquel asunto.

La espera de un carruaje y el trayecto hacia el hospital le parecieron más largos de lo habitual. Tenía el pulso un poco acelerado mientras avanzaba por el pasillo hacia la puerta de la habitación en que Dorrien estaba trabajando. Llamó y respiró hondo cuando la puerta se abrió.

—Maga Negra Sonea —dijo una voz inesperada a su espalda.

Ella alcanzó a ver fugazmente el rostro de Dorrien, que tenía una expresión de esperanza y a la vez culpabilidad, antes de volverse hacia quien había hablado. Se trataba de un sanador joven, un lonmariano tímido que después de graduarse había decidido trabajar entre la gente de a pie antes de regresar a su casa para adquirir experiencia.

—¿Sí?

Tras hacer una reverencia, el hombre le entregó un papel doblado y lacrado, se ruborizó y se alejó a toda prisa.

Ella rompió el lacre y abrió la carta. Un escalofrío de emoción le bajó por la espalda al leer las instrucciones de Cery, pese a que sus mensajes anteriores le habían provocado frustración. Posó la vista en Dorrien, que la contemplaba con aire pensativo.

—Tu turno de hoy ha terminado, Dorrien —le dijo—, pero más vale que le envíes una disculpa a Alina por no ir a cenar. Tenemos trabajo que hacer en la ciudad.

—Esperad aquí.

Aunque era bajo y delgado, el hombre enviado por el ladrón llamado Enka para que los guiara hasta el punto de reunión había hecho gala de una sangre fría y una eficiencia que intimidaban más a Lilia que el corpulento guardaespaldas de Cery.

«Hay algo en él que me inquieta —pensó—. Me da la impresión de que está dispuesto a hacer sin vacilar cualquier cosa que su jefe le pida. Cualquier cosa.»

Había conducido a Anyi, Cery, Gol y Lilia hasta un almacén vacío y medio en ruinas situado en uno de los muelles menos utilizados del puerto. Anyi le había asegurado que varios hombres de Cery los seguían a una distancia discreta. Los vigilarían desde lugares ocultos y de los que podrían salir rápidamente si Cery hacía una señal para pedir auxilio.

—¿Dónde nos colocamos? —preguntó Anyi. Estaba alzando la vista—. Es una lástima que no podamos subir allí.

Lilia siguió la dirección de la mirada de la mujer. La estructura del almacén estaba a la vista, y las enormes vigas parecían lo bastante sólidas para mantener el edificio en pie durante mucho tiempo. En un extremo había habido una galería con una hilera de ventanas, pero las tablas de la tarima se habían podrido o alguien las había robado. Ella entendía por qué a Anyi le parecía un lugar estratégicamente situado; las ventanas ofrecían una vista del resto del puerto.

La luz de la luna que penetraba por ellas no permitía ver con claridad los detalles de la pared. Protegiéndose los ojos con una mano, ella advirtió que una de las vigas grandes que había servido de soporte para la tarima se sustentaba sobre ladrillos.

—Si lográramos subir, ¿crees que podríamos mantenernos en equilibrio sobre esa

viga? —preguntó Lilia.

Anyi la examinó más de cerca y se encogió de hombros.

—Pan comido. —Miró a Cery y a Gol—. ¿Y qué decís vosotros?

Cery fijó los ojos en ella y sonrió.

—Imagino que podría arreglármelas. ¿Gol?

—Supongo. Pero ¿cómo vamos a subir hasta allí?

—Será fácil, con la ayuda de Lilia —aseguró Anyi.

Lilia pasó la vista de Anyi a Gol y disimuló una sonrisa. No era la primera vez que detectaba un atisbo de rivalidad entre los dos. Siguió a Anyi hasta la pared que tenía ventanas en la primera planta. Entonces Anyi dio media vuelta y aferró los brazos de Lilia.

—Haz lo que sabes hacer, Lilia.

Tras crear un disco de magia bajo los pies de ambas, Lilia se elevó con ella hacia la viga. Anyi se posó sobre ella con una gran sonrisa. Lilia bajó hasta el suelo.

Con un ligero encogimiento de hombros, Cery sujetó los brazos de Lilia. Juntos levitaron hasta la viga y, cuando él estaba a salvo encaramado sobre la pieza de madera, agarrado a la jamba de la ventana más cercana para no perder el equilibrio, ella descendió de nuevo.

Gol clavó la mirada en ella y luego la alzó hacia Cery con los ojos desorbitados. Retrocedió un paso, con las palmas hacia fuera.

—No pienso...

—Sube aquí, Gol —le ordenó Cery en tono cortante.

Lilia levantó la vista. Cery estaba asomado a una ventana, mirando hacia el exterior.

Cuando oyó que Gol se aproximaba, ella le devolvió su atención. El hombretón parecía no tenerlas todas consigo. Lilia oyó unos pasos fuera del almacén.

—Ahora —siseó Cery.

Alguien se acercaba.

Lilia se acercó a Gol y lo asió de los brazos, esperando que no soltara una exclamación de protesta o miedo. Los dos salieron proyectados hacia arriba. Contra lo que cabía esperar, él solo emitió un leve chillido de sorpresa. Ella se desplazó hacia una parte de la viga en la que había un montante robusto del que Gol podría agarrarse, y este de inmediato se abrazó a él.

Con los pies apoyados en la viga, Lilia expandió el disco para formar un escudo que los rodeara a todos, asegurándose de que fuera invisible.

Abajo, la puerta se abrió, y tres hombres entraron.

—No hace ruido —dijo uno de ellos—. Se han engrasado los goznes.

—¿Para esta reunión o para una anterior?

Nadie respondió, y los tres recorrieron el almacén con la mirada. Uno incluso la

dirigió hacia las ventanas de arriba, pero al parecer no vio al grupo encaramado a la viga. «Debe de estar deslumbrado por la luz de la luna, como estábamos nosotros.»

Los hombres se marcharon. Lilia, que había estado conteniendo la respiración, soltó el aire y se acercó a una ventana. Las aberturas habían perdido hacia tiempo tanto el vidrio como el marco y los parteluces. Ella se asomó al borde de una de ellas, y lo que divisó en el exterior hizo que su corazón dejara de latir por unos instantes.

Un barco de pesca estaba amarrado al muelle. Los tres hombres que habían inspeccionado el almacén se dirigían al encuentro de dos pares de personas. Una de ellas era un anciano delgado que Lilia supuso que era Enka, pues iba acompañado del hombre que les había servido de guía.

La otra pareja estaba formada por un hombre bien vestido y más bien gordo, y una mujer esbelta que era aún más hermosa bajo la luna que a la luz del día. Lilia sintió que se le encendía una llama en el pecho.

«¡Naki! ¡Por fin la he encontrado!»

Detrás de los dos grupos había otros hombres. Ella no alcanzaba a distinguir si venían con el ladrón de Naki o con Enka.

«Tanto da —pensó—. No son magos. No pueden detenerme.» Subió un pie al alféizar y se paró por un momento.

—Adelante —susurró una voz a su lado. Al volverse, vio que Anyi se había arrastrado sobre la viga para situarse junto a la ventana—. Cery dice que no te olvides de proteger a Enka y a su segundo.

Lilia asintió en señal de agradecimiento, y acto seguido invocó magia y la lanzó en dos direcciones para envolver con ella a los aliados de Cery y a Naki. Se aupó al alféizar, agachándose bajo el dintel, y dio un paso hacia fuera.

Las personas del exterior no la vieron bajar flotando hasta el suelo, pero Naki estaba mirando en torno a sí, pues había detectado el escudo que la rodeaba y que había topado contra el suyo propio. «Ah, bien —pensó Lilia—. Puede protegerse sola.» Desactivó el escudo. Sin embargo, había algo en el escudo de Naki que la inquietaba. Echó a andar hacia los recién llegados, ocultándose en parte tras los tres hombres que habían inspeccionado el almacén.

—Hay otro mago aquí —dijo Naki en tono de advertencia.

Todos miraron alrededor y enseguida descubrieron a Lilia. Los tres hombres se apartaron, presa del miedo y la incertidumbre, mientras Lilia pasaba entre ellos.

—Naki —dijo ella, y sonrió. Su amiga la contemplaba sorprendida—. Cómo me alegro de verte. ¿En qué lío te has metido esta vez?

—Lilia. —Naki no pronunció el nombre con odio o en tono acusador, para alivio de Lilia. Pero tampoco con afecto—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudarte.

Naki iluminó su escudo con un destello de luz.

—Como puedes comprobar, no necesito tu ayuda.

Lilia fijó la vista en su amiga y comprendió qué era lo que la inquietaba. «Tiene razón. No necesita mi ayuda. Tiene poderes mágicos. De alguna manera, ella o alguna otra persona han conseguido deshacer el bloqueo. Eso es lo que me extrañaba tanto de su escudo; no debería ser capaz de generar uno.» Y entonces cayó en la cuenta de lo que significaban en realidad las palabras de Naki.

Naki no quería que la rescatara.

«Está contenta de trabajar para un ladrón. De hecho, seguramente desapareció a propósito. A menos que...» Entonces Lilia hizo algo arriesgado. Habló con su mente, lo más suavemente posible, con la esperanza de que nadie en el Gremio la oyera.

¿Te están extorsionando?

Naki se rió.

—No, tonta de remate. Esto es lo que planeé desde un principio: apartarme del Gremio, de sus normas y sus prejuicios asfixiantes, para ser libre de hacer lo que me plazca.

Ahora su mirada destilaba odio. Lilia sintió una oleada de culpabilidad que conocía bien, pero resistió el impulso de desviar la vista. «Yo no maté a su padre —se dijo—. No tiene ningún motivo para odiarme. —Pero seguía llena de dudas. Era evidente que Naki no quería que la salvara—. Y ahora ¿qué hago?»

Naki estaba infringiendo la ley, pero eso ya lo sabía. Señalárselo no bastaría para persuadirla de que regresara al Gremio. Por otro lado, si se enteraba de que Skellin la buscaba, tal vez se avendría a volver. Necesitaría la protección del Gremio. A no ser que... ¿Y si Naki no tenía inconveniente en trabajar para otro ladrón? Lilia se percató de que tenía que adoptar una estrategia distinta, un enfoque que apelara al carácter de Naki.

—¿De verdad eres libre? —preguntó Lilia, lanzando al ladrón gordo una mirada significativa.

Naki sonrió. Saltaba a la vista que ya se esperaba este argumento.

—Tan libre como deseo. Mucho más libre que en el Gremio.

—Pero ¿por cuánto tiempo? —inquirió Lilia—. Te están buscando. No me refiero al Gremio, sino a magos renegados muy poderosos.

—Genial. —Naki se encogió de hombros—. Pues me tomaré una copa con ellos y nos contaremos anécdotas.

—No es conversación lo que buscan —replicó Lilia, irritada ante la negativa de Naki a asumir el peligro—. Te obligarán a revelarles lo que dice el libro, y luego te matarán.

Naki frunció el entrecejo.

—¿El libro? —Se oyó un fuerte silbido procedente de algún lugar cercano al almacén, y la chica miró en aquella dirección antes de volverse de nuevo hacia Lilia

—. Ah, ¿te refieres a la magia negra? Por favor, ¿tú crees que les enseñaría eso?

Algo comenzó a aporrear el escudo que Lilia mantenía en torno a los aliados de Cery. Al mirar a un lado, vio que el amigo ladrón de Cery y su acompañante intentaban salir de la barrera. Entonces advirtió que el ladrón gordo y sus hombres se alejaban hacia el barco de pesca. Esperando que no quedara nadie que pudiera hacer daño a los aliados de Cery, desactivó el escudo que los protegía.

Naki se dirigía hacia ella. Las sombras hacían que su sonrisa pareciera una mueca demencial.

—¿Sabes qué? —Ladeó la cabeza con expresión reflexiva—. Si me ofrecieran una suma adecuada, la idea de trabajar para los renegados podría resultar tentadora.

Se encontraba a pocos pasos de distancia. Tenía una mirada torva y amenazadora. De forma casi instintiva, Lilia reuló y fortaleció el escudo que la envolvía.

—No serías capaz.

—Claro que no. No sería muy inteligente por mi parte, ¿verdad? Me expondría a hacer enemigos tan poderosos como yo.

—Tan poderosos como... —Lilia se interrumpió, retrocediendo—. ¡Sí que aprendiste magia negra aquella noche!

—No. —La hermosa boca de Naki se alargó en una desagradable sonrisa de suficiencia—. Aprendí yo sola, antes de conocerte.

Separó los dedos, y un rayo de magia impactó en el escudo de Lilia. No fue un azote moderado como los que se lanzaban durante los ejercicios de habilidades de guerrero, sino una descarga que empujó a Lilia hacia atrás y la obligó a invocar desesperadamente más energía de la que había necesitado nunca para mantener activo el escudo.

«Debería contraatacar. —Recordó lo que había aprendido en clase. Un escudo requería más magia que un azote. Si dos combatientes tenían la misma fuerza, el que se escudara más sería el primero en agotar su energía—. Pero se trata de Naki. ¿Y si le hago daño o la mato?»

Era evidente que Naki no albergaba dudas parecidas. Sus palabras resonaron en los oídos de Lilia. «Aprendí yo sola, antes de conocerte.» Eso significaba que Naki sabía desde un principio que las instrucciones del libro darían resultado. Sabía que le arruinaría la vida a Lilia. Esta sintió que el corazón se le encogía ante este pensamiento. ¿Por qué iba Naki a hacer algo así? ¿Para que no la culparan solo a ella del crimen? Eso significaba que Lilia no era la única persona en aquella casa que sabía magia negra la noche del asesinato de lord Leiden.

«Pero no es posible que matara a su propio padre...»

¿Quién más podía haberlo hecho? De pronto, Lilia sintió la necesidad de saberlo con certeza, y para ello tenía que asegurarse de que Naki fuera apresada, a fin de que la Maga Negra Sonea pudiera leerle la mente. «O yo. También podría leerle la

mente.»

Y tendría más posibilidades de conseguirlo si se defendía. Con cuidado. Nunca averiguaría la verdad si Naki moría. Así que lanzó magia contra Naki. Al principio, los azotes eran débiles comparados con los de la otra chica, que soltó una carcajada, pero Lilia pronto se acostumbró a utilizar una cantidad de energía equivalente. Los ataques de Naki eran descuidados, lo que atemorizó ligeramente a Lilia.

«Si sabe magia negra desde hace tanto tiempo, ¿ha estado fortaleciéndose? Yo no he usado la magia negra una sola vez. Solo cuento con la energía que poseo de forma natural, y últimamente he levitado mucho...»

Esto le provocó una oleada de pánico. Hizo lo posible por ahuyentarla. Aunque notaba que estaba temblando, consiguió que sus azotes siguieran siendo precisos y que su escudo se mantuviera firme. A una parte de ella le divertía que Naki, pese a ser mejor que ella en la asignatura de habilidades de guerrero, no se molestaba en recurrir a trucos astutos o ingeniosos, pero su diversión se desvaneció cuando cayó en la cuenta de que no lo hacía porque no le hacía falta. Quería acabar con aquello cuanto antes.

De pronto, Lilia invocó energía y descubrió que la había consumido por completo. Soltó un grito ahogado de espanto e incredulidad cuando su escudo empezó a fallar, y se preparó para recibir el golpe que acabaría con ella. Naki profirió un graznido de triunfo, pero el azote no se produjo. Para gran alivio de Lilia, la chica cesó en su ataque y la miró fijamente.

—No has absorbido magia, ¿verdad? —dijo Naki, extendiendo la mano y asiendo a Lilia por el brazo. Sacudió la cabeza—. Llevas todo este tiempo en libertad, y nunca has absorbido energía. Siempre fuiste una idiota crédula. —Con un empujón, dio la vuelta a Lilia y le retorció el brazo tras la espalda. Esta sintió un dolor intenso que le subía hasta el hombro.

—Si eres tan lista, ¿por qué trabajas para un ladrón? —repuso Lilia—. ¿Cómo es que no es él quien trabaja para ti?

Naki rió por lo bajo.

—Oh, estoy aprendiendo cómo funciona el negocio.

Se movió, y Lilia notó el tacto de algo frío y afilado en el cuello. Con el rabillo del ojo, vio que la luna se reflejaba en la hoja de un cuchillo. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando comprendió lo que Naki pretendía hacer, seguido de un dolor profundo y desgarrador en el pecho. «Va a matarme, después de todo. Yo esperaba que todo formara parte de uno de sus disparatados planes, que solo estuviera comportándose de un modo imprudente y que en realidad no tuviera la intención de hacerme daño. Pero no me quiere. Seguramente nunca me ha querido.

»Tiene razón, soy idiota...»

Entonces Naki tiró de ella hacia atrás y la soltó. Lilia oyó un chasquido cuando se

tambaleó, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

No muy lejos, alguien masculló una palabrota.

Estalló una confusión de gritos, seguida de pasos de gente que corría. Lilia vio que Anyi, Gol y Cery se le acercaban a toda prisa. Una maga apareció por otro lado, con un restallido de su túnica negra.

«¿Sonea?»

La Maga Negra pasó corriendo sin mirar a Lilia. Al volverse, esta vio que Sonea se arrodillaba junto a Naki, que yacía en el muelle, y le sujetaba la cabeza, torcida en un ángulo extraño.

Ante sus ojos, la cabeza se colocó lentamente en una posición normal, y el rostro de Naki recobró su color natural. La chica soltó un gruñido y abrió los ojos. Alzó la vista hacia Sonea y gruñó de nuevo.

—Sí. Soy yo. —La expresión de Sonea pasó del alivio a la severidad. Se puso de pie—. Tal vez no quieras darme las gracias por salvarte la vida.

Naki se incorporó y se frotó el cuello.

—¿Por qué habría de hacerlo? Has estado a punto de matarme.

Sonea la miró como si quisiera añadir algo, pero cambió de idea. Aferró el brazo de Naki y la obligó a levantarse antes de volverse hacia Lilia.

—Cery me asegura que ahora dejarás que te lleve al Gremio sin oponer resistencia.

Al seguir la dirección de su mirada, Lilia advirtió que Cery, Anyi y Gol estaban de pie justo detrás de ella, junto con dos magos de túnica verde que nunca había visto antes.

—Sí —respondió—, ahora que la he encontrado.

Anyi le tendió la mano y la ayudó a ponerse de pie.

—¿Estás herida? —murmuró.

—Solo en mi orgullo.

—Y en el corazón, me parece.

Lilia clavó los ojos en Anyi, que le dedicó una mirada elocuente antes de apartarse.

—Bueno, supongo que ahora regresarás al Gremio. Déjate caer de vez en cuando. Siempre serás bienvenida.

Lilia hizo un gesto de dolor.

—No creo que tenga muchas oportunidades de visitar a nadie.

La sonrisa de Anyi se esfumó.

—Pues entonces... tendremos que visitarte nosotros a ti.

Sonea observó a Anyi y a Lilia con aire pensativo y se volvió hacia Cery.

—Tú y yo deberíamos tener una pequeña charla.

Él sonrió.

—Como siempre. Con gusto esperaré a que estés menos ocupada, y estoy seguro de que el Gremio estará ansioso por echarle el guante a esta lo antes posible. — Señaló a Naki.

Sonea lo miró, impassible.

—En otro momento, entonces.

Él asintió, retrocedió un paso y agitó la mano.

—Buenas noches.

Mientras la maga negra se alejaba, Anyi dio unas palmaditas a Lilia en el hombro.

—Más vale que te traten como es debido, o iré yo misma a sacarte de allí.

—Estaré bien —dijo Lilia, aunque no estaba muy segura de ello.

Mientras ella se marchaba con Sonea, Naki y los otros magos, Cery, Gol y Anyi se encaminaron hacia el almacén. Entonces a Lilia la asaltó una duda. Los había dejado a los tres abandonados a su suerte, así que...

—¿Cómo habéis bajado de la viga? —gritó.

Anyi se detuvo y miró hacia atrás, sonriendo de oreja a oreja.

—Yo, con menos dificultades y palabrotas que los demás. —Y desapareció entre las sombras, mientras Lilia se preguntaba si alguna vez volvería a ver a su salvadora.

DAR Y RETENER

El paisaje en torno a Refugio había cambiado tanto desde la última vez que Lorkin había viajado por él que parecía que la ciudad se hubiera elevado en el aire para posarse en un sitio distinto. Todo estaba cubierto de nieve, que se había acumulado en grandes ventisqueros y se adhería a las laderas rocosas. De todos los salientes y ramas de los árboles torcidos por el viento colgaban carámbanos.

Antes de marcharse de la ciudad, Tyvara le había vendado los ojos y lo había hecho salir por otro acceso secreto tras recorrer un pasadizo largo. Una vez fuera, habían avanzado por los valles, evitando la nieve traicionera de las crestas, que podía ceder bajo los pies. Su medio de transporte también era diferente. Cada uno tenía una tabla lisa, curvada por delante y con provisiones atadas por detrás, que utilizaban como trineos individuales. Deslizarse por la pendiente resultaba estimulante y desde luego más agradable que arrastrar los trineos cuesta arriba, caminando con dificultad por la nieve.

Habían viajado así durante tres días, a un ritmo lento pero constante. Por la noche desenrollaban las esteras que formaban parte del equipo de viaje de todo Traidor y dormían bajo las estrellas, calentándose con magia. Hablaban alguna que otra vez, cuando ir en trineo o avanzar trabajosamente por la nieve no se lo impedía, pero de noche ambos estaban demasiado cansados para conversar.

No habían recorrido mucho trecho el tercer día cuando el cielo se oscureció y empezó a soplar un viento muy fuerte. La nieve que caía en remolinos pronto se hizo tan densa que formaba una cortina que reducía la visibilidad a unos pocos pasos de distancia. Tyvara lo guió hasta un sendero angosto que discurría junto a la pared de un precipicio —o más bien un pliegue en la roca— y hacía bajada. Tenían que llevar los trineos a cuevas, lo que implicaba que el descenso fuera aún más precario. Lorkin se preguntó por qué Tyvara no se detenía a buscar un lugar resguardado en el que esperar a que pasara la ventisca, pero antes de que pudiera alzar la voz para proponérselo, la boca de una cueva apareció delante de ellos.

Se adentraron rápidamente en la oscuridad. Tyvara creó un globo de luz que reveló una especie de túnel en el interior de la caverna. Estaba delimitado a un lado por una pared de hielo. «Debe de ser un hueco bajo un saliente que ha quedado sepultado», pensó Lorkin mientras seguía a Tyvara a través de la cueva. Cuando llegó a una zona llana, ella dejó el trineo en el suelo. Él dejó caer el suyo al lado y exhaló un suspiro de alivio.

—Será mejor que nos quedemos aquí hasta que el tiempo mejore —dijo Tyvara.

Lorkin asintió en señal de conformidad. Al ver a Tyvara desenrollar las esteras, se

puso de mejor humor. Al menos ahora podrían pasar un rato juntos, sin estar agotados o en marcha. Además, aquello retrasaría el momento de la despedida.

Tras sentarse en su estera, se puso a calentar un poco de agua para preparar raka. Ella le sonrió cuando le entregó una taza humeante.

—Esto es el principio de un valle más grande que se extiende hasta las llanuras sachakanas —le explicó—. Podrás descender por él fácilmente hasta encontrar el camino.

—Entonces, ¿hasta aquí has llegado?

Ella lo miró con expresión inescrutable.

—Sí.

«¿Y ahora qué? —se preguntó él—. ¿Volveremos a vernos algún día? ¿Me añorará al menos?» Una mezcla de emociones le atenazó la garganta: anhelo, duda, arrepentimiento, incluso amargura. Tenía ganas de expresarlo todo de alguna manera, pero recordó lo que Chari le había dicho de Tyvara. No quería que nadie la agobiara. Si intentaba estrechar el vínculo con ella solo conseguiría ahuyentarla.

—Estoy... —empezó a decir ella.

Lorkin aguardó a que continuara, pero ella guardó silencio, con el entrecejo fruncido.

—¿Sí? —preguntó él. «No intentar estrechar el vínculo es una cosa, pero no pienso permitir que deje frases misteriosas en el aire.»

Tyvara sacudió la cabeza.

—Sabía que esto pasaría. No quería encariñarme contigo porque sabía que, si lo hacía, algo te apartaría de mi lado.

De pronto, él no podía dejar de sonreír. Ella alzó la vista y frunció el ceño de nuevo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Yo también te quiero —dijo él.

Ella lo miró con fijeza, y entonces una sonrisa se dibujó despacio en sus labios.

—Esto no se me da muy bien, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—Fatal.

—Bien..., ya está dicho. Menuda pareja somos. Bueno, una pareja no, porque tú volverás a casa, y yo... En fin, yo también.

—Si te sirve de consuelo, te prometo que regresaré.

Ella extendió la mano y le tocó la boca.

—Nada de promesas.

Él emitió un quejido y la tomó de la mano.

—¿Nada de promesas? Al menos me gustaría tener la seguridad de que no te meterás en la cama con otro mientras yo no esté.

Ella soltó una carcajada breve.

—Pese a todos nuestros esfuerzos por asumir los papeles que los hombres desempeñáis en otras sociedades, las Traidoras no hemos conseguido imitar todas vuestras costumbres despreciables. Aunque he de reconocer que hay algunas mujeres que parecen empeñadas en acostarse con todos los hombres de Refugio —agregó, torciendo el gesto.

Él la miró.

—Eso no es una promesa.

—Es todo lo que conseguirás de mí —afirmó ella.

Él se encogió de hombros y tomó un sorbo de raka. «Vaya. Ni que le hubiera pedido que se casara conmigo. Ni siquiera sé cómo funciona eso aquí. Las mujeres eligen a su hombre, así que supongo que ella tendría que pedírmelo.»

—Deberías absorber un poco de mi energía antes de irte —dijo ella en voz baja.

Lorkin posó los ojos en ella, sorprendido.

—¿Por medio de la magia negra?

—Por supuesto. No te has dado cuenta, porque es algo que se hace en privado, pero los Traidores no-magos suelen donar energía a los magos. No hubo tiempo para conseguir que alguien te la donara a ti antes de tu partida. Yo tengo energía de sobra, y puedo reponerla fácilmente cuando regrese. No deberías adentrarte de nuevo en Sachaka sin aumentar tus reservas. A los ashakis puede parecerles sospechoso que un mago kyaliano ande por ahí sin una túnica. Quizá incluso te reconozcan y, sabiendo dónde has estado, te traten como a un Traidor. La piedra de bloqueo mental impedirá que descubran nada sobre nosotros leyéndote la mente, pero no que intenten sacarte la información por otros medios. Absorber un poco de mi energía no servirá para mantenerlos a raya durante mucho tiempo, pero quizá te permita alejarte de ellos si no cuentan con que la tengas.

Lorkin sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. Apartó la vista, esperando que su expresión no delatara su miedo.

—¿Es...? ¿Me está... permitido aceptarla? —preguntó.

—Claro que te está permitido. De hecho, es una propuesta de la reina. También me propuso que te enseñara a practicar la Muerte del Amante.

Él fijó la mirada en ella y notó que se le encendía el rostro.

—¿Contigo?

Ella sonrió.

—¿Con quién, si no?

—Pero... —Era evidente que Tyvara no pretendía que él la matara, y desde luego esperaba que la intención de la reina no fuera que ella lo matara a él.

La joven sonrió.

—No te preocupes —dijo—. Aunque el nombre no es muy atractivo, la técnica

no solo es útil para matar personas o vaciarlas de energía hasta dejarlas agotadas. Para la mayoría de las parejas o amantes es una manera mucho más placentera de dar o recibir energía. —Había arqueado las cejas al decir «mucho más placentera», y ahora lo observaba tímidamente, con una expresión provocativa en sus ojos negros.

A Lorkin se le aceleró el pulso. Esperaba haber entendido bien lo que ella insinuaba. Pero podía estar equivocado...

—Bueno, ¿quieres que te enseñe?

Él asintió.

—Hace falta cierto autocontrol para que un hombre lleve a la mujer hasta el punto en que puede extraer energía de ella. ¿Crees que serás capaz?

Él sonrió y asintió de nuevo.

—Pues entonces, empecemos con la clase.

Durante qué importa cuánto rato, Lorkin aprendió algo más que una variedad exótica de magia. Siguiendo las indicaciones, entró en sintonía con su nueva conciencia de la energía que tenía en el interior de su cuerpo, y de los puntos en que se rozaba con la de ella. Cuando percibió que la barrera natural de Tyvara se debilitaba..., le pareció tan fascinante en muchos aspectos que estuvo a punto de olvidarse de absorber energía de ella.

Entonces advirtió que al hacerlo prolongaba el momento para ella y comprendió por qué a Evar no le había molestado tanto que lo vaciaran. De pronto estaba ansioso por aprender qué se sentía al ceder energía. Dejó de acumular magia porque no sabía cuánta podía absorber sin que resultara peligroso.

—¿Confías en mí? —preguntó ella cuando hubo recuperado la compostura.

Él se apresuró a mover la cabeza afirmativamente. Ella se rió y a continuación le enseñó por qué dar era aún mejor que recibir.

A pesar de que las camas eran estrechas y duras, de los ronquidos de Tayend y de la continua e irritante sensación de tener polvo en las fosas nasales y los pulmones, Dannyl durmió como un tronco y al despertar vio que el sol se colaba por la lona entreabierta. Se levantó y salió. Había una manta extendida delante de la tienda, y él le quitó el polvo con la mano antes de sentarse para observar las actividades que se desarrollaban en el campamento.

No mucho después, una mujer se asomó por detrás de una tienda de campaña, le sonrió y desapareció. Al poco rato regresó con una bolsa tejida en bandolera repleta de comida y un cuenco con agua. Los alimentos eran parecidos a los que les había proporcionado el guía; fruta y carnes en conserva producidas y preparadas abajo, en el cañón. «Aquí arriba es poco lo que se puede producir, y aunque he visto algunos animales domésticos, no he visto plantas que les sirvan de forraje.»

Estuvo cavilando sobre cómo conseguían los dúneos del campamento dar

sustento al ganado y a sí mismos hasta que otras dos personas salieron de la tienda. Tayend y Achatí parpadearon, deslumbrados por el sol de la mañana, y luego se sentaron junto a Dannyl en la manta, aunque Achatí permaneció el rato suficiente junto a la entrada para despertar al guía.

El hombre salió refunfuñando, pero se animó al ver la bolsa con comida. Se alejó por entre las tiendas y volvió con un fardo lleno de utensilios. Cuando sacó unas tazas y un paquete de raka en polvo, Dannyl los cogió y comenzó a preparar la bebida, calentando primero el agua con magia y vertiéndola después en las tazas sobre varias cucharadas de raka.

Comieron. Esperaron. El sol continuó su ascenso en el cielo, y en cierto momento tuvieron que refugiarse en la tienda para evitar sus rayos. Dentro, el ambiente era sofocante además de caluroso, pero al menos no les ardía la piel.

Poco después de que el sol llegara a su cénit, el anciano de la tribu que había hablado en nombre del grupo la noche anterior entró en la tienda.

—Cuando hablamos como una sola voz, somos anónimos —dijo—, pero ahora hablo solo por mí. Me llamo Yem. —Se llevó la mano huesuda al pecho por un instante y adoptó una expresión seria—. Hemos hablado hasta que el sol ha vuelto, y hemos decidido. Hemos sometido nuestras decisiones a la prueba del sueño y a una segunda deliberación. No hemos cambiado de parecer. Daremos nuestras respuestas a uno solo. —Se volvió hacia Dannyl—. El mago embajador Dannyl.

Este miró a Achatí, que se encogió de hombros. «Supongo que no le sorprende mucho. Los dúneos no tienen muchos motivos para fiarse de él. Aunque, bien pensado, tampoco los tienen para fiarse de mí.» Tayend había abierto la boca como para protestar, pero no dijo nada. Yem posó la vista en él.

—¿Tienes preguntas también?

Tayend negó con la cabeza.

—No. Solo tengo curiosidad por oír las respuestas.

—Es el mago embajador Dannyl quien deberá decidir si puedes oírlos o no —dijo Yem. Clavó los ojos en Dannyl con expectación.

Este cogió su cuaderno y se puso de pie.

—Es un honor para mí que ustedes y su pueblo me hayan elegido para oírlos.

Yem sonrió, le indicó que lo siguiera y salió de la tienda. Al mirar atrás, vio que Achatí le dedicaba una sonrisa alentadora y que Tayend ya parecía aburrido. Se volvió al frente y caminó detrás de Yem entre las tiendas.

—Hemos encontrado a una Guardiania de la Sabiduría que está dispuesta a hablar contigo —le dijo Yem—. ¿Juras que no intentarás saber su nombre ni hablarás a los demás de ella?

—Juro que no investigaré ni revelaré su identidad —respondió Dannyl.

Circundaron otra tienda y de repente avanzaban a paso veloz por el desierto gris.

Más adelante, Dannyl divisó un refugio que consistía en unos palos cubiertos por una tela grande atada por las esquinas a unas estacas. El suelo bajo sus pies era duro y polvoriento. «¿Puede considerarse un desierto, en sentido estricto, si no hay arena?», se preguntó Dannyl.

El sol caía sobre ellos, implacable. Dannyl notó que la frente se le empapaba de sudor y se la limpió con el dorso de la mano.

Yem soltó una risita.

—Hace calor.

—Sí —convino Dannyl—, y eso que estamos en invierno.

El anciano apuntó hacia el oeste.

—Por ahí, muy lejos, los volcanes están cubiertos de nieve. Es un lugar alto y frío.

—Me encantaría verlo.

Yem se encogió de hombros.

—Si los volcanes despiertan, la nieve se derrite. Entonces sufrimos inundaciones. Es muy peligroso, pero no tanto como los ríos de piedra fundida. —Miró a Dannyl—. Llamamos a las inundaciones «lágrimas de volcán», y a los ríos rojos, «sangre de volcán».

—¿Y a la ceniza?

—Estornudos de volcán.

Dannyl sonrió, divertido.

—¿Estornudos?

Yem soltó una carcajada, un ladrido breve que a Dannyl le recordó a Unh.

—No, miento. Tenemos muchos nombres para la ceniza. Hay muchas clases de ceniza. Ceniza caliente y fría. Ceniza nueva y vieja. Ceniza que cae seca y ceniza que cae húmeda. Ceniza que cubre el cielo. Tenemos un nombre en dúneo para cada clase. Hace más de cincuenta inviernos, uno de los volcanes estalló, y el cielo se cubrió de ceniza durante muchos meses.

—Debió de ser la erupción que provocó largos inviernos en Kyrulia.

—¿Tan grande fue su alcance? —Yem asintió para sí—. Es un volcán poderoso.

Dannyl no respondió, pues ya habían llegado al refugio. Suspiró aliviado cuando se colocó a la sombra. Los mismos ancianos con quienes había hablado la noche anterior estaban sentados en círculo sobre una manta, junto con dos hombres más y una mujer mayor. Yem indicó a Dannyl que se acomodara en un hueco entre dos de los hombres, y rodeó el círculo para ocupar un lugar en el extremo opuesto.

Yem miró a los hombres, uno a uno, y por último posó los ojos en la mujer.

—Habla, Guardiania. Dale tus respuestas al mago embajador Dannyl.

La mujer observaba a Dannyl con una mirada atenta y calculadora. Aunque su expresión era indescifrable, parecía denotar algo de nerviosismo y desaprobación.

—¿Deseas saber lo que las piedras pueden hacer? —preguntó.

—Así es —asintió él.

—Hacen todo lo que un mago puede hacer —dijo ella—. Convierten la magia en calor. Pueden actuar como un dique o un escudo. Crean luz. Pueden mantener algo inmóvil. —Dirigió la vista hacia un punto lejano, y su voz adquirió el tono de una maestra que recita una lección que conoce bien—. Pueden elaborarse dos tipos de piedra. A una se le puede enseñar a realizar una tarea, pero la magia debe proceder del portador. A la otra se le puede enseñar a realizar una tarea, y contiene magia para ello. Ambas pueden ser fabricadas para utilizarse una sola vez o varias, pero cuando se agota la reserva de magia, hay que reponerla. —Parpadeó y lo miró—. ¿Lo has entendido?

—Creo que sí —respondió él—. Entonces, si una piedra puede contener una reserva de magia, ¿es una piedra de almacenaje?

Ella alzó la barbilla.

—No como las que mencionaste anoche. Los pedreros prudentes limitan la magia que puede contener la piedra. Casi todas las piedras se rompen si acumulan demasiada magia. Para evitar que se rompan, las hacen de modo que solo puedan acumular cierta cantidad. —Juntó las manos ahuecadas—. La piedra que mencionaste no tiene límite. —Abrió los brazos, con los dedos separados—. Las piedras que no se rompen son poco comunes. No hay forma de saber si se romperán o no. Y, aun cuando no se rompen, son peligrosas. Cuanta más magia contienen, más peligrosas son, del mismo modo que es peligroso que un mago absorba y acumule mucha energía. Es fácil perder el control.

Dannyl irguió la espalda, sorprendido e interesado.

—¿Me está diciendo que si un mago negro, un mago que conoce la magia superior, absorbe mucha energía, esta puede escapar a su control?

Ella guardó silencio, obviamente dedicando un momento a interpretar las palabras menos familiares que él había empleado, y asintió.

—Hace mucho, mucho tiempo, el lugar donde ahora vivimos dúneos y sachakanos estaba habitado por muchos pueblos. Tenían ciudades en las montañas donde se fabrican las piedras y siempre estaban en guerra unos con otros. Quienes tenían más piedras eran más poderosos. Una reina perdió sus cuevas de piedras e intentó ser ella misma una piedra. Absorbió cada vez más magia de su pueblo. Pero perdió el control sobre esa magia y ardió, y fue entonces cuando surgió el primer volcán. Su gente quedó teñida de color ceniza. —Se pellizcó la piel del brazo entre el índice y el pulgar y sonrió—. Las piedras de almacenaje son como los magos. Más vale acumular un poco de energía, usarla y luego reponerla.

«Me pregunto cuánta energía tiene que absorber un mago negro para perder el control —pensó Dannyl—. Evidentemente, más de la que Sonea y Akkarin

acumularon para defender Imardin. Hummm, será mejor que se lo cuente a Sonea. No queremos que Imardin se convierta en un volcán.»

—No temas —dijo la mujer, malinterpretando su mirada de preocupación—. Ya nadie fabrica piedras de almacenaje. Dejaron de intentarlo porque era demasiado peligroso, y luego olvidaron cómo se hacía.

Él asintió.

—Me alegra oír eso. —Entonces lo asaltó una duda y frunció el ceño—. Si se puede enseñar a una piedra a hacer todo lo que un mago puede hacer, ¿se le puede enseñar magia negra, o lo que los sachakanos llaman magia superior? ¿Puede una piedra absorber energía de una persona?

Ella sonrió.

—Sí y no. Puede fabricarse una piedra que absorba magia, pero no funcionará a menos que se haga un corte en la piel de la persona que la toca, o se consiga que alguien se la trague, con engaños o por la fuerza. No absorberá más que la cantidad para la que fue fabricada, o se romperá. Tendría que poder contener mucha magia para matar a un mago.

Dannyl se estremeció al imaginar lo que sería tener una piedra cargada de magia negra en su estómago, consumiéndole la vida. Pero tal vez no podría absorber de él la energía suficiente para matarlo, y su organismo acabaría por desecharla. «De todos modos, me debilitaría, y tal vez me haría mucho daño por dentro si se rompiera.»

—¿Qué sucede cuando una piedra se rompe? —inquirió.

—Puede romperse en muchos pedazos —contestó ella, abriendo los dedos de ambas manos— o resquebrajarse. Si tiene magia almacenada, esta puede liberarse de muchas maneras: tal como se enseñó a la piedra a usarla, sin forma o en una forma distinta.

Dannyl movió la cabeza afirmativamente. «O sea que, o enciende un brillo cálido en tu interior, o te hace jirones y te reduce a cenizas. Qué bien. Me parece que esas piedras nos ofrecerían tantas posibilidades de hacer el mal como el bien.»

—¿Cuánto saben los Traidores acerca de la elaboración de piedras?

Ella bajó las cejas.

—Tanto como nosotros, y más. Antes comerciaban con nosotros, pero abusaron de nuestra confianza y nos robaron los secretos.

Él asintió con un gesto comprensivo. Así que era cierto. Reflexionó sobre lo que debía preguntar a continuación. Quería saber cuán difícil era y cuánto tiempo requería la elaboración de piedras, pero decidió que eso sería pedir demasiados detalles. Si las piedras eran difíciles de fabricar, esta información podía ser utilizada en contra de los dúneos. No; si tenía la oportunidad de formular más preguntas, debía aprovecharla para recabar datos relevantes para su libro.

—¿Cómo creen los dúneos que se creó el páramo?

—Sabemos lo que nos habéis contado —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Antes solo sabíamos que el Gremio lo había hecho.

¿Qué más podía revelarles aquel pueblo acerca de la historia de la magia? Le interesaba saber más sobre sus orígenes. Tal vez podían hablarle de otros pueblos antiguos que vivían en las montañas, como el que había ocupado Armje, la ciudad de Elyne que ahora estaba en ruinas.

—Quiero saber más acerca de los pueblos que ha mencionado, los que habitaban en las montañas hace mucho tiempo.

—Lo que sabemos son solo historias —le advirtió ella.

—Aun así, son la única información que tenemos de aquella época, y las historias que perviven después de tanto tiempo suelen ser buenas.

Ella sonrió.

—Muy bien. —Miró a Yem—. Pero hay muchas, muchas historias. Tal vez te las cuente en otro momento.

—Cuando haya terminado esta reunión —convino Yem. Escrutó a Dannyl con la mirada—. Hay otras cosas que queremos decirte —añadió—. Cosas que no son respuestas a tus preguntas.

Dannyl paseó la vista por los otros ancianos, que ahora lo observaban con fijeza.

—¿Sí?

—Sabes que los Traidores robaron nuestros secretos. Han ampliado sus conocimientos más que nosotros. Nosotros sabemos fabricar piedras que impiden que un mago lea la mente de una persona. Ellos tienen piedras que hacen que un mago vea los pensamientos que espera ver.

A Dannyl le dio un vuelco el corazón. «¡De modo que es así como sus espías evitan que los descubran y mantienen en secreto la ubicación de su ciudad! —Entonces una sensación fría lo invadió—. Si Achatí se enterara de esto..., se lo diría a su rey, y luego tal vez a otros ashakis. Todos registrarían a sus esclavos en busca de piedras y se las quitarían. Matarían a miles de esclavos, después de leerles la mente. Encontrarían el bastión de los Traidores y lo destruirían..., con Lorkin dentro.»

Lo que significaba que no podía contárselo a Achatí. Aunque Lorkin estuviera a salvo, Dannyl no quería ser responsable de la muerte de tanta gente. «De todos modos, no me corresponde a mí tomar una decisión tan importante. —Sintió una oleada de alivio cargado de culpabilidad—. Le corresponde al Gremio, y lo más probable es que se sometan a los deseos de los gobernantes de las Tierras Aliadas, o al menos del rey de Kyrália.»

Si los ancianos y la mujer de la tribu repararon en la sorpresa y el horror de Dannyl, no hicieron comentarios al respecto.

—Hace medio ciclo lunar, los Traidores irrumpieron en nuestras cuevas y rompieron todas las piedras —prosiguió Yem. Dannyl alzó la vista y miró al anciano

a los ojos al caer en la cuenta de lo que esto debía de significar para los dúneos—. Tememos que planean hacer la guerra. Tal vez invadir Dunea. Tal vez luchar contra los ashakis.

—¿Por qué habrían de romper las piedras de los dúneos si quieren iniciar una guerra civil contra los ashakis?

—Para asegurarse de que nadie pudiera utilizar piedras mágicas contra ellos.

—Si invadieran a los dúneos, los ashakis intervendrían.

Yem asintió.

—Luchar contra los dúneos es luchar contra los ashakis, queramos o no.

Dannyl meditó sobre la noticia. «Dudo mucho que los Traidores se molesten en invadir Dunea antes de atacar a los ashakis. Pero tal vez tengan un motivo estratégico para hacerlo.» Tendría que pensar sobre ello. Por otro lado, los motivos del pueblo dúneo estaban muy claros.

—¿Me han revelado lo de las piedras que bloquean la lectura de la mente para que ponga sobre aviso al rey sachakano?

—No —respondió Yem con firmeza—. Buscamos la amistad con Kyralia y las Tierras Aliadas.

Dannyl recorrió el círculo con la vista, sorprendido. Todos lo observaban con expectación.

Yem asintió.

—Lo hemos discutido durante mucho tiempo. Los ashakis descubrieron que invadir Dunea tiene un precio. Los Traidores no lo saben. Pero los ashakis son más crueles que los Traidores. Sabemos a quiénes preferimos como vecinos, pero ellos no nos quieren a nosotros. —Esbozó una sonrisa sombría—. Si Kyralia y Elyne están de acuerdo, tal vez podamos ayudarnos unos a otros.

Dannyl clavó los ojos en el anciano, que le sostuvo la mirada, impasible. Pensó en aquellas ofertas y predicciones. «Una alianza. Con un pueblo que sabe elaborar piedras.» Sonrió.

—Será un honor para mí negociar dicha alianza —aseveró—. Y me complacería en sumo grado contribuir a forjar la amistad entre nuestros pueblos.

Por toda respuesta, el anciano le dedicó una sonrisa amplia que dejaba al descubierto sus dientes.

A continuación comenzaron a hablar sobre cómo ambos pueblos podían ayudarse mutuamente, y Dannyl se percató de que, en aquel viaje que había emprendido con el único propósito de profundizar en su investigación, de pronto habían cobrado importancia sus funciones como embajador.

Ninguno de los magos en el despacho del administrador hizo el menor ruido cuando Lilia terminó de hablar. Echó un vistazo rápido en torno a sí. Algunos de ellos

la miraban fijamente, otros presentaban un aspecto distante y pensativo. Todos tenían el entrecejo fruncido.

Ahora que había explicado todo lo ocurrido desde la primera vez que había hablado con Lorandra en la atalaya, se sentía totalmente agotada. Su cansancio no se debía a que hubiera consumido toda su magia, pues sus poderes se habían recuperado casi por completo de la pelea con Naki. Tampoco era de orden físico, ya que había recurrido a la sanación mágica para combatir la fatiga por falta de sueño. Estaba exhausta por la esperanza, el miedo, la pena, el sentimiento de culpa, el alivio y la gratitud que la habían embargado a lo largo del día anterior.

Su estado de ánimo oscilaba entre la resignación y la aceptación. No sabía si sencillamente le daba igual el castigo que el Gremio le impusiera por haberse fugado de la atalaya y convertido en una renegada, o si le faltaban fuerzas para pensar en ello. Estaba harta de los secretos y se había quitado un gran peso de encima al revelarlos.

Aunque le pasó por la cabeza la posibilidad de intentar ocultar el hecho de que había conseguido romper el bloqueo mental, sospechaba que Sonea había llegado a tiempo para verla luchar con Naki. No tenía idea de las consecuencias que esto tendría en su futuro. Quizá la encerrarían, y también a Naki, pero no les resultaría fácil impedir que escaparan.

Su mente no dejaba de dar vueltas a la traición de Naki.

«Aprendí yo sola, antes de conocerte.»

¿Por qué había entablado Naki amistad con ella? ¿Por lo menos eran ciertos los rumores sobre la atracción que sentía por las mujeres, o los besos formaban parte de su engaño? ¿Por qué había presionado —tal vez incluso engañado— a Lilia para que aprendiera magia negra? ¿O tal vez había matado a su padre sin querer y había decidido incriminar a Lilia?

Eso no tenía sentido. Para empezar, lord Leiden estaba vivo cuando Lilia lo había visto por última vez, y a partir de ese momento ella no se había separado de Naki hasta después de su intento de aprender magia negra.

«Entonces ella debió de matarlo de forma premeditada con la intención de culparme a mí.»

Sin embargo, Naki sabía sin duda que si Lilia no guardaba recuerdos de haber matado a lord Leiden, no habría pruebas de su culpabilidad. Quizá esperaba que los otros indicios —la sangre en las manos de Lilia— fueran lo bastante convincentes para que la condenaran.

«¿Y cómo llegó esa sangre a mis manos, para empezar?»

—¿Cómo puede haber tantas discrepancias entre el testimonio de Lilia y lo que la Maga Negra Sonea leyó en la mente de Naki tras la muerte de lord Leiden? —preguntó lady Vinara, expresando en voz alta la duda que inquietaba a Lilia desde el

principio.

—Solo se me ocurren tres posibilidades, y ninguna parece probable —respondió el administrador Osen—. O la Maga Negra Sonea cometió algún fallo en su lectura mental, o Naki es capaz de confundir a quien intenta leerle la mente, o es Lilia quien sabe hacerlo.

—Entonces propongo que el Mago Negro Kallen les lea la mente a ambas jóvenes —dijo lord Balkan.

Osen desplazó la vista por la habitación. Todos los magos asintieron, incluida Sonea. Lilia reprimió un suspiro y se preparó para que escarbaran en su mente de nuevo.

«Soportaré lo que haga falta —pensó—. Aceptaré cualquier castigo que merezca con tal de que no me culpen de algo que no hice. —Eso era lo único que quería, ahora que ya no estaba enamorada de Naki—. Suponía que solo intentaba convencerme a mí misma de que no lo estaba, pero creo que es verdad. Cuesta querer a alguien que ha intentado matarte. El amor no es tan incondicional como cantan los poetas.»

—Que traigan a Naki —ordenó Osen, mirando a los magos que estaban más cerca de la puerta. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Kallen—. Tiene permiso para leerle la mente a Lilia.

El Mago Negro Kallen se apartó de la pared contra la que estaba reclinado y rodeó unas sillas hacia donde se encontraba Lilia, delante del escritorio de Osen. La observó con una mirada reflexiva, extendió los brazos y colocó las manos a los lados de su cabeza. Ella cerró los ojos.

Notó algunas diferencias sutiles entre aquella experiencia y la anterior. Kallen la exploró con mayor lentitud, aunque eso tal vez se debía a que intentaba ser más meticuloso, pues sabía que la lectura mental de Sonea no había detectado la culpabilidad de Naki. Kallen examinó todos sus recuerdos, pero ella no percibió un solo pensamiento suyo, y él no le dirigió la palabra una sola vez. El único indicio de una reacción fue la relativa rapidez con que leyó sus sentimientos originales por Naki una vez que los encontró.

Ella solo se enteró de que había terminado cuando notó que sus manos dejaban de apretarle la cabeza. Abrió los ojos y los alzó hacia Kallen, que la miraba fijamente, con el ceño fruncido.

—No he visto nada que no nos haya contado —sentenció—. No hay engaño. Está convencida de que todo lo que ha dicho es cierto.

Kallen se hizo a un lado. Ella se percató de que los magos superiores habían vuelto los ojos hacia el fondo del despacho y, cuando vio qué estaban mirando, se le hizo un nudo en la garganta. Al mismo tiempo se apoderó de ella una extraña sensación de pánico, y el recuerdo inquietantemente vívido del tacto de una hoja fría contra la garganta le vino a la memoria.

—Tráiganla hacia aquí —dijo Osen.

Naki tenía el rostro pálido y taciturno. Cuando uno de los dos magos que la flanqueaban la empujó con firmeza para situarla ante Osen, ella arrugó el entrecejo. Posó la vista en Lilia y adoptó una expresión burlona, con los labios curvados en una mueca desdeñosa, pero Lilia no se sintió culpable. «Ya no es bonita —observó—. Algo la ha hecho cambiar. Algo ha cambiado dentro de ella.» Horrorizada y asqueada, se apartó todo lo posible sin salir del círculo formado por magos.

Kallen sujetó la cabeza de Naki y clavó la mirada en ella durante un rato. Todos observaban y esperaban en silencio. Naki mantenía los ojos abiertos, fijos en algún punto situado detrás del pecho de Kallen. Permaneció prácticamente inexpresiva cuando él comenzó a leerle la mente, aunque una pequeña arruga de concentración apareció entre sus cejas.

Tras una espera insoportablemente larga, Kallen la soltó por fin. Retrocedió un paso y miró a Naki con expresión ceñuda, visiblemente disgustado, antes de apartar la vista.

—Aprendió magia negra antes de la muerte de lord Leiden, por medio de la experimentación, pero no era consciente de que lo había logrado. De lo contrario, no habría alentado a Lilia a intentarlo. Un ladrón oyó hablar de ella y le hizo chantaje con el fin de que trabajara para él. También le ordenó que matara a Lilia.

—¿Cómo rompió el bloqueo de sus poderes mágicos? —preguntó Sonea.

—Ella cree —Kallen se volvió hacia ella— que no se realizó de forma correcta.

Sonea arqueó las cejas pero guardó silencio.

—Me parece que ha llegado el momento de devolver a estas dos jóvenes a sus celdas temporales —dijo Osen—. Ya hablaremos de esto con detenimiento más adelante.

Se llevaron a Naki primero, y Lilia se sintió aliviada cuando se marchó. Osen ordenó a otros magos que escoltaran a Lilia a su celda, para que Sonea, que la había acompañado a la reunión, pudiera quedarse.

Poco después, Lilia avanzaba por el pasillo de la universidad, sin apenas prestar atención a los dos magos que la custodiaban, preguntándose cómo era posible que ni Sonea ni Kallen hubieran podido penetrar en los pensamientos de Naki.

«Si ellos no lo consiguieron, aun valiéndose de la magia negra, ¿de verdad debo sentirme culpable por no haber sido capaz tampoco?»

ANILLOS Y PIEDRAS

Lorkin despertó sobresaltado y descubrió que su pierna se había metido entre las dos esteras y estaba tocando la piedra helada de abajo. Se colocó de nuevo encima de las mantas y se quedó tendido boca arriba, contemplando el techo de la cueva. La luz se filtraba por la pared de hielo y lo bañaba todo en un resplandor frío y azulado. Si se fijaba bien, alcanzaba a ver el vapor que el calor del escudo de Tyvara formaba en el aire gélido del exterior.

«Tyvara...»

Se volvió hacia ella. Estaba medio tapada con la manta. Aunque el cobertor no era necesario, ya que el aire en el interior del escudo estaba caldeado con magia, él tenía que admitir que daba una sensación de protección que había agradecido cuando los vientos de la tormenta silbaban y ululaban fuera. No podía desterrar de su mente la convicción de que hacía frío y de que no era aconsejable dejar la piel descubierta.

Su cuerpo, por otro lado, aprobaba la desnudez de Tyvara. Deseaba extender la mano para tocarla, pero se aguantó las ganas. Cuanto antes despertara ella, antes tendrían que separarse. De modo que se quedó acostado, mirándola, con la esperanza de que la imagen quedara grabada con claridad en su memoria para siempre.

«Volveré —se dijo—. Si mi padre hubiera tenido un motivo comparable, estoy seguro de que habría vuelto también.»

Desde su conversación con la reina de los Traidores, no dejaba de preguntarse si había habido algo entre ella y su padre, pero había llegado a la conclusión de que era poco probable. Se habían conocido durante muy poco tiempo, y debía de haber una diferencia de edad considerable entre ellos. Tal vez habían entablado un vínculo a través del anillo de sangre, pero, aunque así hubiera sido, todo apuntaba a que la muerte de la hija de la reina lo había roto.

Reflexionó sobre el anillo de sangre. No servía para nada ahora que su creador había muerto. No obstante, la reina no se había deshecho de él. Tal vez simbolizaba el trato que había cerrado con Akkarin. ¿Cuál había sido su parte de ese trato? ¿Cuál era la promesa que ella no había cumplido pero esperaba cumplir al enviar a Lorkin de vuelta a casa?

«Tal vez la de establecer una alianza entre nuestros países. Para ello habría hecho falta que ella convenciera a su pueblo de que era una buena idea. No habría sido tarea fácil, pero entonces ella era más joven y tal vez no era consciente de lo complicado que resultaría.»

Los párpados de Tyvara se abrieron con un ligero temblor, y a Lorkin se le cayó el alma a los pies, pero cuando ella se volvió hacia él y le sonrió, él se animó de nuevo.

La joven se tendió de cara a él y se besaron durante un rato. Cuando él empezaba a desear que esto llevara a algo más, ella se apartó y se puso de pie, dejando caer la manta. Dirigió la vista hacia la pared de hielo y sonrió.

—Hemos dormido más de la cuenta —dijo, vistiéndose—. Debería haberme marchado hacia Refugio en cuanto pasó la ventisca. En esta época del año nunca se sabe cuándo se desatará la siguiente.

Lorkin sintió una punzada de preocupación por ella que no logró mitigar diciéndose que era una maga poderosa y perfectamente capaz de sobrevivir a las ventiscas. Se levantó y comenzó a ponerse la ropa.

—¿Viajas a menudo en esta época?

Ella sacudió la cabeza.

—No si puedo evitarlo.

Él la miró con severidad.

—Me encantaría poder estar un rato más contigo, pero si eso implica que tal vez no llegues a casa sana y salva, me temo que tendré que insistir en que te vayas ahora mismo.

Ella se rió, pero su sonrisa se desvaneció enseguida. Se acercó y lo besó con firmeza.

—Cuídate tú también. No has dejado atrás las montañas aún.

—Descuida —dijo él—. En Kyrulia también hay nieve y zonas montañosas, ¿sabes?

Ella enarcó las cejas.

—En las que solo has estado de paso, cuando viajabas hacia Sachaka, en una época del año en que no había nieve.

—Maldición. Nunca debí contarte eso.

Ella meneó la cabeza, se separó de él y se dirigió hacia los trineos.

—¿Quieres que repasemos las indicaciones sobre cómo volver a Arvice? —preguntó ella, guardando las esteras y los instrumentos que habían utilizado para la cena.

—Bajar en el trineo hasta la cabaña del cazador, en el valle. Dejarlo allí e ir a pie hasta el camino. Allí, unos esclavos estarán esperándome para llevarme a la finca local y proporcionarme un medio de transporte.

—Exacto. Si por algún motivo no te encuentras con ellos, se trata de la finca con cuatro árboles grandes situados a cada lado del camino de entrada. En principio no te topará con ningún ashaki. No suelen viajar en esta época del año. Si tropiezas con uno, dile quién eres y pídele que te lleve de vuelta a la Casa del Gremio. Estará obligado a ayudarte por motivos políticos.

Aunque su tono destilaba seguridad, sus ojos delataban su preocupación. «¿Qué es lo peor que podría pasar? —se preguntó Lorkin—. Los ashakis podrían dejar a un

lado sus obligaciones políticas, con el pretexto de que ahora soy un Traidor y por tanto no estoy protegido por las leyes diplomáticas, y tratar de matarme. Pero seguramente antes intentarían leerme la mente.» Se frotó la base del pulgar, donde tenía oculta la piedra de bloqueo mental, debajo del músculo. Todavía le picaba un poco, pese a que la herida había sanado. Tyvara le había recomendado que se la colocara allí, pues las piedras recién implantadas tendían a producir picor, y no era infrecuente que un esclavo se frotara las manos doloridas.

Él no había tenido demasiado tiempo para aprender cómo transmitir pensamientos falsos a quien intentara leerle la mente. «Incluso con la energía que he absorbido de Tyvara, dudo que pueda contener el ataque de un ashaki durante mucho tiempo. Si luego el ashaki nota que su intento de leerme la mente no da resultado, tal vez me torture para sacarme información. No sé si sería capaz de aguantar eso, o por cuánto tiempo. Será mejor que llegue a la Casa del Gremio y me acoja a la protección del embajador Dannyl sin que me descubran.»

—Haré lo posible por pasar inadvertido —le aseguró—. Y esta vez la mitad de los Traidores no estarán intentando encontrarnos y entregarnos.

Ella asintió.

—Aun así, no te fíes demasiado de nadie. Aunque la facción de Kalia se haya debilitado, sigue habiendo Traidores que te odian por lo que hizo tu padre. No harán nada que ponga Refugio en peligro, pero pueden complicarte la vida.

Él se encogió de hombros.

—He dormido en un agujero en el suelo. Podré soportar un poco de incomodidad. —Arrugó el entrecejo—. He estado pensando... ¿Es conveniente que Kalia sea la única que sepa sanar con magia?

Tyvara alzó las cejas.

—Estoy segura de que la reina preferiría que Kalia no fuera la única, pero no tenemos alternativa.

—Bueno..., tendríais alternativa... si yo te enseñara la sanación mágica antes de que te marcharas.

Ella lo miró sorprendida por un momento, pero luego sonrió y sacudió la cabeza.

—No, Lorkin. No tenemos tiempo para eso.

—Podríamos quedarnos una noche más.

La sonrisa de Tyvara se ensanchó.

—La idea es muy tentadora, pero debo irme de todos modos. Hay otras razones por las que tengo que volver cuanto antes. El hecho de que Kalia tenga una pequeña ventaja sobre nosotros es lo único que mantiene contenta a su facción.

—Nadie tiene por qué enterarse.

Ella rió entre dientes.

—Zarala me advirtió que tal vez me harías esta propuesta.

—¿En serio? —Curiosamente, esto lo ofendió. ¿Tan previsible era?

—Sí. Me dijo que debía rechazarla. —Recogió las cuerdas para remolcar los trineos y le tendió una a Lorkin—. Vamos.

Cruzaron la entrada de la cueva y salieron a un paisaje recubierto de una nieve fresca y virgen. La intensa luz de la mañana lo inundaba todo de un blanco deslumbrante. Las paredes del valle eran abruptas y estaban muy próximas entre sí, pero hacia el este se separaban. Él alcanzaba a divisar el camino por el que habían descendido, y otro más estrecho que discurría por el fondo del valle, junto a un río congelado.

Se volvieron el uno hacia el otro. Se miraron. Ninguno de los dos habló.

Un estruendo lejano atrajo la atención de ambos hacia el cielo. Las montañas que los rodeaban les impedían ver si se avecinaba un temporal. Tyvara masculló una maldición.

—Yo saldré primero, para no tirarte nieve encima —dijo—. Intenta llegar a la cabaña del cazador antes de la próxima ventisca.

Él asintió. Ella se marchó con grandes zancadas, quitando la nieve del camino con magia. Lorkin la observó mientras se alejaba, con la sensación de que cada paso que daba tensaba un lazo invisible entre ellos. Ella no miró hacia atrás, y Lorkin no estaba seguro de si esto constituía una decepción o un alivio para él.

Cuando Tyvara llegó por fin a lo alto de la pared, se detuvo. Bajó la vista, alzó el brazo y lo agitó. Era un gesto de impaciencia más que de despedida. Lorkin se imaginó su voz y su expresión. «¿A qué esperas? ¡Muévete!» Con una risita, él comenzó a bajar por el valle, apartando la nieve del camino por medio de la magia, como ella. Cuando llegó al fondo, levantó la mirada.

Ella ya no estaba. Se sintió extrañamente vacío.

Entonces volvió los ojos hacia la pared de hielo que delimitaba por un lado la cueva en la que habían pasado el día y la noche anteriores y se le escapó un grito ahogado. Era una cortina de agua congelada.

«Una cascada —pensó—. Es preciosa.»

Deseó que Tyvara estuviera con él para verla. Por otra parte, seguramente ya había recorrido aquel camino y la había visto antes. «Aun así, hubiera sido bonito compartir este espectáculo con ella.»

Suspiró. No tenía sentido desear que las cosas fueran de otra manera, y debía dejar a un lado sus ideas románticas y concentrarse en regresar a Kyralia. Le esperaban momentos duros y peligrosos, así como reuniones y negociaciones importantes si todo salía bien.

Dio media vuelta y arrastró su trineo hacia casa.

El camino de bajada hacia el cañón parecía considerablemente más peligroso que

el de subida. Resultaba mucho más difícil ignorar la caída vertiginosa que había a un lado, y en vez de volverse hacia la pared cuando doblaban una curva pronunciada, los viajeros se veían obligados a mirar hacia el valle.

Achati estaba aún más callado y hermético que antes. Tayend guardaba un silencio impropio de él. Nadie quería volverse sobre su silla para mirar a los demás por miedo a que el movimiento hiciera que los caballos perdieran el equilibrio y se acercaran demasiado al borde.

Así pues, Danyl dispuso de muchas horas para meditar sobre lo que había aprendido de los dúneos.

Era muy tarde cuando se había reunido con Achati y Tayend la noche anterior, después de pasar muchas horas escuchando y poniendo por escrito las leyendas e historias de los Guardianes. Después de contarles lo que había averiguado acerca de las piedras de almacenaje, había compartido con ellos su alivio por el hecho de que fueran tan difíciles y peligrosas de fabricar, y de que las piedras capaces de acumular tanta energía fueran tan poco comunes.

No había mencionado que los Traidores poseían piedras que bloqueaban la lectura mental y presentaban a quien intentaba leer la mente los pensamientos que esperaba percibir. Aunque ocultar esta información a Achati le provocó una punzada de culpabilidad, sabía que se sentiría mucho peor si la difundía y ocasionaba la matanza de miles de esclavos y rebeldes. Pese a que Danyl guardaba rencor a los Traidores por llevarse a Lorkin, no habían matado al joven y desde luego no merecían que les dieran caza y los asesinaran por ello.

Además, había muchos motivos estratégicos para proteger los secretos de la elaboración de piedras mágicas. Si los ashakis se los arrancaran a los Traidores, los antiguos enemigos de Kyralia serían aún más fuertes y estarían menos dispuestos a cambiar sus costumbres para unirse a las Tierras Aliadas. Los dúneos le habían confiado la información con la esperanza de entablar vínculos de amistad con dichas tierras. Tal vez deseaban intercambiar los conocimientos sobre la elaboración de piedras por otra cosa.

«¿Qué podríamos ofrecerles a cambio? —se preguntó—. ¿Protección? Mientras los ashakis se interpongan entre Dunea y Kyralia, y la mayoría de los magos del Gremio tenga prohibido utilizar la magia negra, ¿cómo podrán las Tierras Aliadas ayudar a los dúneos?»

No podían. Hasta donde sabía, Kyralia no contaba con cuevas repletas de piedras, por lo que el secreto de la elaboración de piedras no le serviría para nada al Gremio. «Por otro lado, quizá haya cuevas en Elyne, o en alguna otra de las Tierras Aliadas. La Cámara del Castigo Último podría ser una.» Sin embargo, lo dudaba. Parecía demasiado simétrica para ser natural. Sospechaba que alguien la había construido o excavado en la roca y más tarde había adherido los cristales a las paredes.

Los dúneos sabían que no podían obtener una protección eficaz de las Tierras Aliadas. Querían comerciar. Proporcionarían piedras mágicas al Gremio... cuando sus cuevas se recuperaran de los estragos causados por los Traidores. Sería responsabilidad del Gremio encontrar algo que los dúneos quisieran a cambio.

La Guardiania le había dicho que los Traidores siempre habían hecho lo posible por destruir o robar las piedras mágicas que los ashakis hubieran arrebatado a las tribus, y le había advertido que los Traidores intentarían obstaculizar el comercio con Kyralia. Por lo general los dúneos no permitían que su gente sacara piedras mágicas de sus escondites secretos. Habría que encontrar la manera de transportarlas sin despertar las sospechas de los Traidores o los sachakanos.

Que tanto dúneos como Traidores tomaran tantas precauciones explicaba por qué los ashakis habían olvidado prácticamente la existencia de dichos objetos. «No me sorprendería que algunos de ellos tuvieran un alijo oculto en sus fincas. Tal vez el secreto de su uso se transmita de generación en generación, o tal vez hayan olvidado que poseen algo más que joyas bonitas.»

Al fin y al cabo, si el Gremio podía olvidar que en otra época había empleado la magia negra, era posible que los ashakis hubieran olvidado que en el pasado robaban gemas mágicas a los dúneos.

Dannyl esperaba que así fuera, pues de lo contrario trasladar piedras de Dunea a Kyralia sin que los ashakis se enteraran resultaría aún más difícil. Bastaría con que descubrieran un solo envío para colocarlo en una situación peligrosa e incómoda desde el punto de vista diplomático. La ira de Achatí sería la menor de sus preocupaciones.

Aún no había tenido ocasión de ponerse en contacto con el administrador Osen. Había estado tentado de intentarlo cuando estaba en la tienda de campaña, pero le preocupaba que Achatí pensara que tenía demasiada prisa por dar parte a sus superiores, habida cuenta de que lo que había averiguado era, en esencia, que las piedras de almacenaje no constituían una amenaza, y el resto de la información solo revestía interés para su investigación.

«¿Y por qué no ahora? —se preguntó. Tenía que reconocer que no le gustaba la idea de desviar su atención hacia otra cosa habiendo un precipicio mortal a pocos pasos de distancia. El guía les había asegurado que los caballos no necesitaban que los condujeran. Conocían el camino y estaban tan ansiosos por no despeñarse como sus jinetes—. Solo tendré que confiar en que el mío no me derribe de la silla por diversión al notar que estoy distraído.» Aunque las monturas habían mostrado hasta entonces un temperamento constante y manso, él se había encontrado en su vida con bastantes bestias rebeldes para sospechar que la especie, en conjunto, tenía un sentido del humor travieso y era propensa a jugar malas pasadas al jinete en el momento en que este se descuidara.

Dejando a un lado su aprensión, llevó la mano al interior de su túnica para sacar el anillo de Osen, se lo puso en el dedo y cerró los ojos.

¿Osen?

¡Dannyl!

¿Puedes hablar en este momento? Tengo información que darte.

Estamos esperando a que empiece una Vista, pero hasta entonces dispongo de un poco de tiempo. Sin embargo, es posible que tenga que interrumpir la conversación bruscamente.

Seré lo más conciso posible. Dannyl describió su reunión con los dúneos y la Guardiania, así como su propuesta.

Qué interesante. El entusiasmo de Osen era levemente perceptible, como el sonido de una vibración lejana. *Una piedra que bloquea la lectura mental y proyecta pensamientos falsos.*

Esta reacción hizo gracia a Dannyl pero también le causó cierta frustración. Había esperado que Osen se mostrara más interesado en la propuesta de comerciar con Dunea.

Como ya te he dicho, si los ashakis y el rey de Sachaka llegaran a enterarse de esto...

La Vista va a empezar. Lo siento, Dannyl, tengo que dejarte. Por favor, quítate el anillo.

Dannyl abrió los ojos, se desprendió del anillo y se lo guardó. Una duda lo corroía. ¿Había comprendido Osen la importancia de lo que Dannyl le había dicho? ¿Había visto las posibles ventajas de comerciar con los dúneos? Y, lo que era más importante, ¿era consciente de los peligros que entrañaba, sobre todo si los ashakis descubrían la existencia de las piedras de bloqueo mental?

«Tendré que confiar en que sí es consciente... o lo será cuando tenga la oportunidad de pensar en ello. —Dannyl ahuyentó la duda de su mente—. Desearía conversar sobre esto con alguien, pero ni siquiera puedo confiar en Tayend, ahora que es embajador de Elyne.»

La única persona de Sachaka con quien habría podido hablar de las piedras era Lorkin, que estaba en algún lugar remoto de las montañas, prisionero voluntario de los Traidores.

En el Salón Gremial resonaban las voces de sus ocupantes, que aguardaban a que comenzara la Vista. De pie en un lado del Frente, Sonea alzó la vista hacia los magos superiores y leyó en sus rostros la misma mezcla de preocupación e impaciencia que crecían en su interior.

«¿Dónde está Osen? ¿Por qué no han llegado aún Kallen y Naki?»

Junto a ella, Lilia parecía ajena a la tensión cada vez mayor que se palpaba en el

ambiente. Tenía la mirada fija en otra parte, y una expresión triste y resignada.

«Ha madurado mucho en los últimos meses», reflexionó Sonea. La joven confusa y aturdida cuya mente había leído después del asesinato de lord Leiden era ingenua y corta de miras, como sin duda no podía ser de otra manera una persona que experimentaba con la magia negra sin pensar en las consecuencias.

«Por otro lado, hay que tener en cuenta que estaba aturullada por la craña y perdidamente enamorada. Una sola de estas circunstancias bastaría para empujar a la mayoría de los aprendices a hacer cosas de las que se arrepentirían después.»

Sin embargo, Lilia se había vuelto más sensata. Había aprendido a intentar prever los efectos de sus actos antes de realizarlos. Además, era menos confiada. Cuando había accedido a escapar con Lorandra, había tomado la decisión con la conciencia plena de que tal vez la mujer no fuera de fiar. Aunque había sido una mala decisión, ella había llegado a la conclusión de que era lo mejor que podía hacer para intentar salvar a su amiga.

«Lo que me impresiona es que estuviera dispuesta a sacrificar su propio futuro, y tal vez su propia vida, con tal de encontrar a Naki. Solo desearía que hubiera confiado en mí antes que en Lorandra. Por otra parte, tal vez sea culpa mía por no convencerla de que estaba haciendo lo posible por encontrar a Naki.»

Tenía que reconocer que no había sido mucho. Había dejado ese problema en manos de Kallen. No volvería a cometer ese error.

«Incluso Cery me ocultó que tenía a Lilia consigo. Quizá pretendía protegernos a las dos. Mientras no me enterara, no me sentiría obligada a encargarme de ello. Lo que me preocupa es que enviara a Lilia a rescatar a Naki. ¿No le pasó por la cabeza la posibilidad de que Naki no quisiera ser rescatada? Si no llego a estar yo allí, Naki la habría matado.»

No podía evitar preguntarse si Cery había albergado la esperanza de que Lilia pusiera sus poderes a su servicio. ¿Se habría prestado ella a eso?

En cuanto a Naki, el único delito que había confesado era el de haber aprendido y utilizado la magia negra. Lo había hecho movida por el mismo impulso irreflexivo que había llevado a Lilia a aprenderla. Su historia de que un ladrón la había chantajeado con el fin de obligarla a trabajar para él no era muy creíble. Sonea, Dorrien y Nikea la habían oído comentarle a Lilia que estaba «aprendiendo cómo funciona el negocio». Tal vez Naki había renunciado a huir de los bajos fondos y había concluido que solo tenía futuro en ellos, hasta tal punto que estaba dispuesta a obedecer la orden de matar a Lilia.

«Es evidente que el ladrón no la amenazó con matar a Lilia si ella no trabajaba para él. Entonces, ¿cuál fue su amenaza? Kallen no lo ha mencionado.»

Después de que Naki y Lilia se marcharan de la reunión de magos superiores en el despacho de Osen, Kallen les había explicado que Naki culpaba al Gremio de la

situación en que se hallaba, pues al obligarla a vivir fuera del Gremio la habían dejado expuesta al chantaje y a merced de los delincuentes.

Sonea se temía que este argumento suscitaría la comprensión de muchos. Aunque, al igual que Lilia, Naki había aprendido magia negra a través de la experimentación imprudente, ella se había visto forzada a trabajar para un ladrón. La situación de Lilia era un poco más precaria. Se había fugado de manera deliberada y, al hacerlo, había liberado a Lorandra. Habría podido alegar que Lorandra la había persuadido para que escapara —era verdad en parte—, pero eso habría contrarrestado la impresión positiva que daba la devoción con que había buscado a su amiga. Aun así, el hecho de que la única motivación de Lilia hubiera sido encontrar a Naki, y que lo hubiera conseguido, le valdría un apoyo considerable.

Ambas jóvenes sabían magia negra. Si el Gremio decidía castigarlas por ello, lo menos que podían esperar era una pena de prisión. El problema era que el bloqueo de sus poderes había fallado. Sonea sabía que algunos magos la acusaban de haberlo hecho mal. «Es lo que desearían, y por tanto es lo que creen», pensó. Sin duda le encomendarían la tarea a Kallen la siguiente vez. Ella dudaba que lograra realizarla con éxito.

¿Qué ocurriría cuando el bloqueo de Kallen fallara? Si eso demostraba que los poderes de un mago negro eran imposibles de bloquear, ¿qué les sucedería a las chicas? Podrían mantenerlas encerradas, pero sus celadores tendrían que ser magos, y...

La puerta lateral del otro lado del salón se abrió. Un aprendiz recorrió el recinto con una mirada nerviosa, pero cuando divisó a Sonea, se puso derecho. La señaló a ella, luego a Lilia, y les hizo señas de que se acercaran.

A Sonea el corazón le dio un brinco. «¿Habrá tenido problemas Kallen con Naki?»

Miró a Lilia, que claramente había visto al aprendiz y parecía preocupada.

—Ven conmigo —dijo Sonea.

El rumor de voces se atenuó mientras las dos cruzaban la sala. El aprendiz, un joven alto y desgarbado, hizo una reverencia y se inclinó hacia Sonea para susurrarle al oído.

—El administrador quiere que usted lleve a Lilia a su despacho, Maga Negra Sonea.

Sonea asintió. Se acercó a la puerta, seguida por Lilia, y salió al Gran Salón.

El silencio que reinaba allí contrastaba radicalmente con el barullo del Salón Gremial. Sonea indicó a Lilia con un gesto que se mantuviera junto a ella, y echó a andar con paso decidido hacia la parte frontal de la universidad. Cuando llegaron al vestíbulo, dobló por el pasadizo abovedado de la derecha y se detuvo frente a la puerta de Osen, que al instante se abrió hacia dentro.

Comprobó aliviada que Kallen y Naki se encontraban allí de pie, en actitud sosegada. Kallen la miró a los ojos, pero parecía tan intrigado e intranquilo como ella. Naki parecía aburrida.

—Maga Negra Sonea —dijo Osen—, acabo de enterarme de algo muy interesante y me ha asaltado una duda que me gustaría aclarar antes de dar comienzo a la Vista. —Se volvió hacia Kallen—. Por favor, quítele el anillo a Naki.

De inmediato, Naki abrió mucho los ojos. Se llevó la mano al pecho, tapándose una con la otra, y miró alternativamente a Osen y Kallen.

—¡No! Es el anillo de mi padre, el único recuerdo que me queda de él.

Osen arqueó las cejas.

—Querrás decir aparte de una mansión entera y todo cuanto contiene, además de cierto libro con instrucciones para practicar la magia negra.

Kallen aferró a Naki por el brazo. Aunque ella se resistió, él consiguió separarle la mano que escondía de la otra. Algo reflejó y refractó la luz. Sonea oyó que Lilia inspiraba bruscamente. Se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Es el anillo que estaba en la vitrina junto con el libro. —Posó la vista en Sonea—. Dijo que había pertenecido a su abuela y que era mágico.

Kallen arrancó el anillo del dedo de Naki y se lo entregó a Osen. El administrador lo examinó con detenimiento. Se lo puso en el dedo, y una expresión de concentración asomó a su rostro; luego se encogió de hombros y se lo quitó.

—No percibo que tenga nada de mágico.

—Claro que no —dijo Naki, dedicándole una sonrisa forzada—. Era una vieja loca a la que le gustaba inventar cuentos para los niños.

Osen la midió con una mirada severa, y la sonrisa se borró de sus labios. Él alzó la vista hacia Kallen.

—Léale la mente.

Tanto Kallen como Naki se quedaron inmóviles. Kallen parecía sorprendido; Naki palideció lentamente. Ella fue la primera en recobrar de la impresión.

—No —dijo con rabia, forcejeando con la mano que aún le sujetaba el brazo—. ¿Cuántas veces tendré que soportar que invadan mi mente?

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Osen endureció la expresión y asintió para indicar a Kallen que procediera. Este atrajo a Naki hacia sí.

—¡Un momento! —exclamó ella, con pánico en la voz—. ¿No es suficiente castigo que me haya secuestrado un ladrón y me haya forzado a trabajar para él? ¿No es suficiente castigo que... mi padre fuera asesinado... —señaló a Lilia con la mano que tenía libre— por ella?. Deberían registrarle la mente de nuevo. Deberían...

—Si no hay nada nuevo que descubrir en tu mente, deja que Kallen te la lea —ordenó Osen.

—¡No! —gritó Naki. Se encogió, apartándose de Kallen—. ¡Estoy de duelo! No quiero que usted lo vea. ¡Déjeme en paz! —Se tapó la cara con la mano libre y rompió a sollozar.

Kallen frunció el ceño. Para sorpresa de Sonea, levantó la vista hacia ella con semblante inquisitivo. Ella le sostuvo la mirada y vio la renuencia en sus ojos. Se volvió hacia Osen y se estremeció levemente al no apreciar en él el menor signo de compasión. El administrador extendió el brazo, asió la mano libre de Naki y se la apartó de la cara.

No había lágrimas. Naki miró a uno y luego al otro con los ojos desorbitados de miedo.

—Hágalo, Kallen —dijo Sonea en voz baja.

Naki luchó contra él valiéndose de la magia, pero el forcejeo duró poco. Cuando él le sujetó la cabeza, Sonea se volvió hacia Lilia, preocupada porque la chica se asustara, pero esta observaba lo que ocurría con una serenidad vehemente.

Tras un largo silencio, Kallen soltó a Naki con un bufido de repugnancia. Miró a Osen.

—Sus sospechas eran fundadas. El anillo oculta los pensamientos y recuerdos verdaderos del portador.

Osen bajó los ojos hacia el anillo, apretando los labios en un gesto adusto de triunfo.

—¿Qué nos ocultaba?

Kallen aspiró profundamente y exhaló.

—Es cierto que aprendió magia negra antes de conocer a Lilia..., deliberadamente. Estaba resentida por las restricciones que le imponían su padre y el Gremio, y quería ser libre de hacer lo que deseara. —Su rostro se ensombreció—. Se hizo amiga de Lilia y la incitó a aprender magia negra para poder matar a Leiden y hacer que las sospechas recayeran sobre otra persona. Drogó a Lilia y le manchó las manos de sangre para incriminarla. —Dirigió una mirada de simpatía a Lilia antes de devolver su atención a Osen—. Aspiraba a seguir los pasos de Skellin, a quien admiraba por haber logrado eludir a la autoridad durante mucho tiempo. No contaba con que le practicasen un bloqueo mental, pero no le costó mucho desembarazarse de él. Creo que ningún bloqueo corriente resultaría eficaz contra un mago negro. Entonces Naki conoció a un ladrón que estaba dispuesto a enseñarle a sobrevivir en los bajos fondos a cambio de favores mágicos. —Kallen contempló a Naki con desprecio—. Le llevaba a personas a quienes nadie echaría en falta para que se fortaleciera, y se aseguraba de que nadie encontrara los cadáveres.

Sonea fijó la vista en la chica, y la indignación por sus despiadados manejos y el asesinato de su padre dieron paso al espanto. «¿Cómo pudo hacer algo así? Matar a personas que no le deseaban ningún mal... —Naki se encontraba de pie, con la

espalda rígida, los brazos cruzados y el labio torcido en una mueca hosca y desafiante —. Y todo para hacer lo que le viniera en gana.»

—Sonea —dijo Osen.

Haciendo un esfuerzo, ella consiguió apartar los ojos de Naki y posarlos en él. Osen sostuvo el anillo en alto.

—Quiero que intente leerme la mente.

Ella parpadeó, desconcertada, y entonces comprendió qué pretendía el administrador cuando se puso el anillo de nuevo. Sonea se acercó a él, posó las manos a los lados de su cabeza y cerró los ojos.

Proyectó su mente, sorteó las defensas que rodeaban la de él y exploró sus pensamientos. Detectó una señal intensa de su personalidad, pero los pocos pensamientos que percibió eran vagos y fragmentarios. Atrajo de nuevo su conciencia hacia sí y abrió los párpados.

—Es... extraño. Sus pensamientos eran inconexos, como si le costara concentrarse en ellos.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Estaba pensando en Lorlen.

Ella lo contempló con aire pensativo. Osen había admirado al administrador anterior y colaborado con él durante años, y lamentaba su muerte profundamente. Era imposible que ella hubiera pasado por alto estos pensamientos y los sentimientos que traían consigo sin algún tipo de interferencia mágica.

—No percibí esa inconexión cuando leí la mente de Naki por primera vez — señaló Kallen.

—Yo tampoco —dijo Sonea, volviéndose hacia él—. Tal vez haga falta cierta habilidad o maña especial para utilizar bien el anillo.

—Por lo que he podido averiguar, así es —les dijo Osen. Sonrió cuando ambos lo miraron—. El embajador Danyl se ha comunicado conmigo cuando me disponía a asistir a la Vista. Ha descubierto la existencia de piedras que bloquean la lectura mental, entre otras cosas. Como había tantas discrepancias entre lo que Sonea y Kallen habían leído en la mente de Naki y de Lilia, decidí comprobar si alguna de las dos llevaba una gema antes de proseguir.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Kallen.

—Continuar con la Vista —respondió Osen, dirigiendo la vista a Naki, que lo fulminó con la mirada. Se volvió hacia Sonea—. Lilia y usted serán las primeras en volver allí. Yo llegaré después, con Kallen.

Ella asintió. El administrador las acompañó hasta la puerta y, para sorpresa de Sonea, salió detrás de Lilia y ella, y cerró la puerta a su espalda.

—Quería decirles algo antes de que se marcharan —susurró y desplazó la vista entre Sonea y Lilia para dejar claro que se dirigía a ambas—. Por el momento, no

mencionen el anillo a nadie. —Se volvió hacia Sonea—. Erijan una barrera de silencio y expliquen a los magos superiores que Kallen ha leído los pensamientos de Naki tras eliminar un bloqueo que impedía la lectura mental. Díganles que se les proporcionarán los detalles después de la Vista.

Ella movió la cabeza afirmativamente y, cuando él les hizo una seña para que se fueran, se alejó a toda prisa con Lilia a su lado.

—Entonces —dijo Lilia cuando entraron en el Gran Salón—, si Naki es culpable de asesinato..., de un asesinato para el que utilizó la magia negra...

Sonea sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. La pena sería la ejecución. Miró a Lilia con una oleada de compasión. «No cabe duda de que eligió mal a la hora de enamorarse. —A Lilia no solo le habían roto el corazón, sino que había descubierto que el objeto de su deseo había asesinado a otras personas, le había tendido una trampa y luego había intentado matarla—. Ahora es probable que su amiga sea ejecutada. Espero que lo supere. No debería perderla de vista...»

La chica apartó la mirada.

—Tal vez el rey le conceda el indulto —le dijo Sonea.

Lilia soltó una carcajada breve y amarga.

—Eso no ocurrirá.

Sonea suspiró.

—No, no es probable.

Cuando llegaron ante la puerta del Salón Gremial, le pasó por la cabeza algo que hizo que se detuviera, presa de un terror repentino.

«Entonces, ¿quién tendrá que llevar a cabo la ejecución?»

UNA AYUDA INESPERADA

De pie frente a la cabaña del cazador, Lorkin miró en torno a sí y se preguntó qué hora sería. Lo único de lo que estaba seguro era de que había amanecido, pues la niebla que lo rodeaba era demasiado brillante para estar iluminada solo por la luna.

«¿Debo quedarme aquí hasta que se disipe?»

A causa de la ventisca que los había retrasado a Tyvara y a él, empezaba a agotársele la comida. Aunque estaba dispuesto a pasar hambre durante un día, sabía que al final del valle, unos Traidores disfrazados de esclavos lo esperaban. Cuanto más tardara en llegar, más probable sería que se notara su ausencia en la finca a la que pertenecían.

«Mientras continúe bajando, dudo que me pierda. Tyvara dijo que no me desorientaría si caminaba de noche, pues el sendero atraviesa la boca del valle. Según ella, solo tenía que avanzar hasta encontrarlo, doblar a la izquierda y seguirlo hasta el final.»

Seguramente estas instrucciones continuaban siendo válidas.

Volvió la vista hacia la cabaña, oculta casi por completo tras la niebla. Enterró el trineo en la nieve, como le había indicado Tyvara. Supuso que pronto alguien lo llevaría de vuelta a Refugio. Dejó también su mochila y se mudó para ponerse el tipo de ropa que los cazadores solían llevar en invierno; unos pantalones de factura tosca y un jubón bajo una capa hecha de pieles cosidas entre sí, con capucha. Sus botas también eran del mismo material, con la parte peluda por dentro. Completaban su atuendo unos guantes sencillos, simples bolsas de cuero. Los cazadores integraban otro grupo de sachakanos que no encajaban del todo en la división rígida entre esclavos y ashakis. Eran hombres libres, pero no magos. Les permitían vivir en las fincas a cambio de pieles, carne y otros de los bienes que producían, pero nadie los consideraba esclavos. Como se pasaban gran parte del año en lugares remotos, le habría resultado difícil a un amo mantenerlos vigilados. Además, tenían una especie de acuerdo con los Traidores, que los dejaban tranquilos siempre y cuando permanecieran alejados de ciertas zonas de las montañas. Algunos ayudaban activamente a los Traidores permitiendo que utilizaran sus cabañas, aunque quizá no les quedaba otro remedio. Si querían seguir gozando de la libertad de cazar en las montañas, les convenía llevarse bien con los magos que vivían allí.

El traje de cazador era el disfraz ideal para Lorkin. Si algún ashaki lo veía, apenas se fijaría en él, pues no era extraño que un cazador rondara solo por ahí. Aunque en realidad nadie habría podido verlo aquel día.

Volvió la espalda hacia las montañas y echó a andar. La niebla era tan densa que

tenía que mirar constantemente al suelo para evitar los obstáculos. Después de tropezar varias veces en hondonadas y con la orilla del río, ocultas bajo la nieve, desgajó una rama de uno de los árboles escuálidos y la utilizó para sondear los montones de nieve con los que topaba mientras caminaba. Esto lo hacía ir más lento, por lo que se figuró que aún tardaría un rato en llegar al camino. Sin embargo, tras el alivio que supuso un tramo de terreno llano, se encontró con una caída abrupta, por lo que se detuvo y miró alrededor. Al explorar a derecha e izquierda, descubrió que la zona plana se extendía en ambas direcciones y era de un ancho constante. Tenía que tratarse del camino.

«Tyvara me dijo que torciera a la izquierda. Si me equivoco y esto no es el camino, la zona plana pronto terminará o toparé con la pared del valle.»

Así pues, se encaminó en la dirección que ella le había indicado. Varios cientos de pasos más adelante, se tranquilizó un poco. La superficie seguía siendo recta y, salvo por alguna que otra huella de carro o charco, regular. Ahora que no tenía que estar pendiente de los obstáculos, pudo pasear la vista en torno a sí y escrutar la niebla en busca de los Traidores que lo esperaban.

Al cabo de un rato, empezó a preocuparle la posibilidad de que los pasara de largo sin que lo vieran. Aunque la niebla amortiguaba los sonidos, el crujido de sus pisadas sobre la nieve y el chapoteo en los charcos ocasionales le parecían bastante fuertes, por lo que tuvo que resistir el impulso de ser más silencioso.

«Si se acerca un carruaje, al menos debería poder oírlo a tiempo para salir del camino y esconderme. Da igual que no haya nada detrás de lo que ocultarse; seguramente basta con que me ponga en cuclillas y me quede quieto para que cualquiera que me vea me tome por una piedra.»

Oyó una voz detrás de sí y se quedó helado. No alcanzaba a distinguir lo que había dicho, pero no le cupo la menor duda de que estaba llamando a alguien.

«¿A mí?»

Reflexionó sobre lo que le había dicho Tyvara respecto a la probabilidad de que se cruzara con ashakis. «En principio no te toparás con ningún ashaki. No suelen viajar en esta época del año.» Dudaba que alguien se adentrara en aquella niebla por voluntad propia, y no había oído sonidos de ruedas de carro o cascos de caballos. Las únicas personas que tenían un motivo para estar a la intemperie en un día como aquel debían de ser las que lo buscaban. El grito había sonado a su espalda. Tal vez habían visto sus huellas y se habían dado cuenta de que había pasado de largo.

La voz lo llamó de nuevo, esta vez desde más lejos. Él se dirigió hacia delante. Después de unos pasos, vio que algo se movía. Vislumbró una figura que se acercaba. Era un hombre que caminaba con aplomo, vestido con pantalones y una chaqueta corta.

«Un ashaki.»

Se detuvo, pero era demasiado tarde. El hombre lo había visto. A Lorkin el corazón empezó a latirle a toda prisa. ¿Debía postrarse en el suelo y esperar que el hombre creyera que era un esclavo? Por otro lado, un cazador no se comportaría así.

—No eres Chatiko —dijo el hombre, deteniéndose. Se acercó más y clavó la vista en Lorkin, inclinándose hacia delante—. Te conozco. Te he visto antes. —De pronto lo reconoció y abrió mucho los ojos, sorprendido—. ¡Eres ese mago kyraliano, el que desapareció!

No tenía sentido negarlo. Las palabras de Tyvara le vinieron a la memoria.

«Si tropiezas con uno, dile quién eres y pídele que te lleve de vuelta a la Casa del Gremio. Estará obligado a ayudarte por motivos políticos.»

—Soy lord Lorkin, del Gremio de Magos de Kyralia —declaró—. Le pido formalmente que me lleve de vuelta a la Casa del Gremio, en Arvice.

El hombre sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Pues estás de suerte. Nosotros también nos dirigimos hacia allí. Íbamos a esperar a que el día se despejara, pero el maestro Voriko ha insistido en que partiéramos al alba. Soy el maestro Akami.

Lorkin intentó pensar una respuesta. «Dos de ellos tienen el título de maestro, de menor rango que el de ashaki. Eso podría ser ventajoso para mí.» Consiguió sonreír.

—Gracias, maestro Akami.

Ante esta muestra de modales kyralianos, el sachakano lo miró con una expresión divertida que Lorkin conocía bien, y señaló el camino.

—El carruaje está allí atrás. El maestro Chatiko ha tenido que parar a hacer aguas menores. —Lorkin echó a andar junto al hombre—. Estaba tardando tanto que he ido a buscarlo. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes? Podríamos haber pasado por tu lado sin verte. ¡Ah! Ya ha vuelto.

Otro hombre estaba de pie junto al carruaje. Cuando avistó a Lorkin, lo miró de arriba abajo con un gesto de desconcierto y desagrado.

—Mira lo que me he encontrado —anunció el maestro Akami—. ¡Un mago kyraliano perdido! Apuesto a que tiene muchas cosas que contarnos. ¡Nos mantendrá entretenidos durante todo el trayecto a la ciudad!

No bien hubieron izado los baúles a bordo del *Inava*, levaron anclas y desplegaron las velas. Dannyl, Tayend y Achatí fueron guiados al único lugar de la cubierta donde no estorbaban al capitán ni a su tripulación de esclavos.

Achatí miró a Dannyl.

—Qué, ¿estás satisfecho con lo que has averiguado aquí, embajador?

Dannyl asintió.

—Sí, aunque me gustaría regresar para tomar notas sobre más leyendas dúneas. Les pedí que me relataran las que tenían que ver con magia, pero seguro que hay

muchas más. Supongo que ese libro tendrá que escribirlo otro.

Achati movió la cabeza afirmativamente.

—Tal vez tu ayudante. Parece muy interesada en las tribus.

Dannyl sintió una leve punzada de culpabilidad por haber dejado a Merria en Arvice. «Pero alguien tenía que quedarse en la Casa del Gremio.»

—Sí, lo está.

—¿Y qué me dices de ti, embajador Tayend? —preguntó Achati, volviéndose hacia el elyneo.

Tayend agitó la mano en un gesto vago que podía significar muchas cosas. Dannyl advirtió que estaba un poco pálido.

—¿Te has tomado el remedio para el mareo? —inquirió Achati.

—Aún no —reconoció Tayend—. Quería contemplar por última vez... —Tragó y sacudió la mano en dirección al valle—. Me lo tomaré en cuanto dejemos atrás la bahía.

Achati frunció el entrecejo, preocupado.

—Tardará un poco en hacer efecto, y no te servirá de nada si no consigues retenerlo en el estómago.

—Ashaki Achati —lo llamó el capitán.

Todos se volvieron hacia el hombre, que apuntaba con el dedo al arco norte de la bahía, con los ojos brillantes y una sonrisa sombría en los labios. Unos nubarrones oscurecían el cielo, y cortinas de lluvia ocultaban el horizonte.

Achati rió entre dientes.

—Se avecina una tormenta. —Dio un paso hacia el capitán—. Le echaré una mano.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Tiene experiencia?

Achati desplegó una gran sonrisa.

—De sobra.

El hombre asintió y sonrió de nuevo. Cuando Achati dio media vuelta, sus ojos centelleaban de emoción. A Dannyl se le erizó la piel.

—¿No vamos a volver a puerto? —preguntó Tayend, con un deje de pánico en la voz.

—No —respondió Achati—. Más vale que te tomes ese remedio cuanto antes.

—El capitán y tú estáis encantados con esto, ¿verdad? —preguntó Dannyl mientras el elyneo se alejaba a toda prisa.

Achati asintió.

—Así es. Las tempestades son frecuentes en esta época. Las aprovechamos desde hace siglos. Todo ashaki que viaje por mar (y que aprecie su vida, claro está), aprende a capearlas. Con magia para evitar que el barco se caiga a pedazos y un capitán con

experiencia para gobernarlo, se puede navegar desde Dunea hasta Arvice en pocos días.

Como para ratificar sus palabras, una racha de viento sacudió el buque cuando este abandonó la protección de la bahía. Dannyl y Achatí se agarraron a la barandilla para no perder el equilibrio.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Dannyl, gritando para hacerse oír por encima del viento.

Achatí soltó una carcajada que denotaba tanto afecto como desdén.

—No te preocupes. El rey se ocupará de que la magia que usemos el capitán y yo nos sea repuesta.

«En otras palabras, solo un mago superior es lo bastante poderoso para eso.»

Dannyl nunca se había sentido tan inútil por no ser un mago negro. Paradójicamente, esto hizo que se resistiera a refugiarse en la seguridad de su camarote.

—Entonces me quedaré a mirar —dijo.

—Luego —repuso Achatí, sacudiendo la cabeza—. Los remedios contra el mareo no son la panacea. Tayend necesitará tu ayuda.

Dannyl se fijó en los ojos del sachakano y percibió inquietud en ellos. Con un suspiro, Dannyl asintió y fue en busca del embajador de Elyne.

Cuando se aproximaba al final del pasillo, Sonea vio a través del vestíbulo de la universidad que un carruaje se detenía delante. Durante el breve instante en que la ventanilla del vehículo le resultó visible, distinguió un rostro conocido.

«Dorrien.»

Farfulló una maldición. Si cruzaba el vestíbulo, él la vería y la abordaría. Ella no estaba de humor para un encuentro así, cargado de preguntas tácitas, culpabilidad y deseo. El miedo que se había adueñado de ella durante la Vista la había tenido todo el día con los nervios a flor de piel.

Así pues, giró sobre sus talones y echó a andar de nuevo por el pasillo hasta entrar en el aula vacía más cercana. Hacía un buen rato que los aprendices se habían marchado. Las filas de mesas y sillas despertaron en ella recuerdos gratos y desagradables.

«¿O debería decir tolerables y desagradables? Aunque me gustaba aprender magia, no era muy divertido aprenderla entre mis compañeros de clase, ni siquiera cuando no me hacían la vida imposible, me volvían la espalda o, en el caso de Regin, buscaban maneras cada vez más humillantes y dolorosas de atormentarme.»

Después de que la admitieran de nuevo en el Gremio, le había sido difícil completar su instrucción, pues tenía que asimilar las lecciones sin que un profesor le comunicara los conceptos más complicados mente a mente. A pesar de todo, había

sabido sobrellevarlo. Y el dolor por la muerte de Akkarin. Y su embarazo de Lorkin.

«Regin ha acabado convirtiéndose en una buena persona —pensó. Esbozó una sonrisa irónica—. Nunca creí que llegaría a opinar eso. O a echarlo de menos.»

Y, en cierto modo, lo añoraba. En la primera etapa de la búsqueda, había sido mejor contar con un ayudante que no estuviera loco por ella. Las cosas se habían complicado demasiado con Dorrien. Ella deseaba que encontraran a Skellin y Lorandra lo antes posible, o que la hija de Dorrien ingresara en el Gremio pronto, para que Alina y él pudieran regresar al campo.

«Supongo que eso significa que no estoy enamorada de él —advirtió de pronto—. Tal vez lo estaría si no hubiera tantos factores que lo estropean todo. O tal vez... Tal vez si fuera amor, esos factores no podrían estropearlo. Al parecer, es muy corriente que la gente cometa infidelidades. La idea de engañar a un cónyuge o de provocar un escándalo no basta para disuadirlos.»

Con un suspiro, se dirigió hacia la puerta del aula. Dorrien ya debía de haber pasado por el corredor. Se detuvo al oír voces y pasos que se acercaban, pues no quería que nadie viera que se había escondido.

—¿Eso te convenció de que tenías que dejar la craña? —preguntó una voz femenina.

La voz le resultaba familiar. Cuando se percató de que era la de lady Vinara, oyó que otra persona le respondía y se estremeció al reconocerla.

—Estoy convencido, pero tal vez no sea el mejor momento —respondió el Mago Negro Kallen cuando pasaban por delante del aula—. Lo que menos me conviene ahora es distraerme con...

—Nunca es un buen momento —replicó Vinara—. ¿Crees que no le oigo decir eso todos los días a...?

La voz de la sanadora se apagó hasta volverse inaudible. Los dos se dirigían a paso veloz hacia el vestíbulo, camino del despacho de Osen, adonde Sonea también debía acudir.

Contó hasta cincuenta, salió del aula y reanudó su camino. Reflexionó sobre lo que había oído, debatiéndose entre una sensación de triunfo y la preocupación. Por un lado, la alegraba saber que tenía razón: el consumo de craña por parte de Kallen efectivamente era un problema. Por otro lado, la consternaba saber que tenía razón: el consumo de craña por parte de Kallen era un verdadero problema. Y, como ella también era una maga negra, el problema le concernía también a ella.

La puerta del despacho de Osen estaba cerrándose cuando ella llegó, así que la empujó y entró en la habitación. Rothen ya estaba allí. Ella le sonrió al pasar. Los tres líderes de las disciplinas ocupaban sus sillas habituales. Kallen se encontraba de pie junto a la pared. El administrador estaba sentado. Se miraron a los ojos e intercambiaron una inclinación de la cabeza. Acto seguido, ella se apostó en su lugar

de siempre, a un lado del escritorio.

Los pocos magos superiores que faltaban llegaron poco después, y Osen dio comienzo a la reunión explicando lo ocurrido antes de la Vista; la comunicación de Dannyl, el encuentro de Kallen, Naki, Sonea y Lilia en su despacho y lo que Kallen había visto en la mente de Naki después de que le quitaran el anillo.

—El rey no ha concedido el indulto a Naki —les informó Osen para finalizar.

Se impuso un silencio tras este anuncio. Sonea examinó los rostros de los magos. Algunos asentían, como si la noticia no les sorprendiera en absoluto. Otros parecían horrorizados. Rothen la observaba, con expresión comprensiva y preocupada. Ella sintió que se le hacía un nudo en el estómago y se le secaba la boca.

«¿Qué hago si me piden que lleve a cabo la ejecución?» Ya había decidido que no protestaría si se lo ordenaban, pero si le daban la opción de rechazar la petición, lo haría. «No hay una decisión correcta en este caso. O acepto y cargo con otra muerte en mi conciencia, o me niego y obligo a otro a asumir esa responsabilidad.»

Ese otro, con toda probabilidad, sería Kallen. Nunca antes había matado a nadie, desde luego no con magia negra, y si no querían que la energía de Naki se liberara cuando ella muriera, había que despojarla de ella antes. Naki no era una invasora, sino una joven kyraliana. Por muy antipático que Kallen le resultara a Sonea, ella no le deseaba el mal trago de llevar a cabo semejante ejecución.

«Si lo hago yo, la gente tendrá otra imagen de mí, la de una persona fría y despiadada. Si eludo esa tarea, me considerarán desleal y cobarde. Me...»

—He hablado de ello con el Mago Negro Kallen y el Gran Lord Balkan —dijo Osen—. Kallen anulará los poderes de Naki, Balkan ejecutará la sentencia.

Sonea parpadeó sorprendida al mismo tiempo que la recorría una oleada de alivio. Varias exhalaciones simultáneas se sumaron en un siseo suave que llenó la habitación.

—El rey se ha mostrado de acuerdo en que la ejecución no debe ser pública —prosiguió Osen—, a pesar del efecto disuasorio que podría tener. —Esto suscitó varios gestos de aprobación alrededor—. Se llevará a efecto esta noche. La existencia de las gemas que bloquean la lectura mental debe permanecer en secreto —agregó Osen con firmeza—. Dicho conocimiento no debe salir de este despacho. Los sachakanos no saben nada de este tipo de magia, pero si oyeran hablar de él, las consecuencias serían desastrosas.

Osen miró a cada uno de los magos a los ojos, pausadamente, hasta que todos asintieron con la cabeza y emitieron un murmullo de conformidad; entonces se relajó y los invitó a formularle preguntas. Sonea estaba tan absorta en su alivio que apenas las oyó.

Tardó un poco en comprender el motivo de la decisión de Osen: Balkan, en su calidad de Gran Lord, era el líder del Gremio y tenía formación de guerrero, por lo

que resultaba adecuado que él hiciera cumplir la ley. A Kallen y a ella los habían aceptado como magos negros solo para que defendieran al Gremio de una eventual invasión. La privación de los poderes de Naki por parte de Kallen sería una medida práctica, no muy distinta de lo que Sonea y él hacían con los magos moribundos para asegurarse de que fallecieran sin que la magia que quedaba en su interior causara destrozos.

Una ansiedad absurda embargó a Sonea. «¿Creen que yo no podría o querría hacerlo? ¿Creen que no soy de fiar?

»Oh, cállate», se dijo.

La reunión finalizó poco después. Rothen alcanzó a Sonea cuando ella salió del despacho.

—¿Irás al hospital esta noche? —preguntó él.

Caminaron hasta el vestíbulo y se detuvieron frente a las puertas abiertas de la universidad. Ambos tendieron la vista hacia el bosque, que estaba espolvoreado de nieve.

—No lo sé —respondió Sonea—. No he dormido hoy. Podría volver a mi dormitorio, pero no serviría de nada. Podría ir al hospital, pero me temo que estaría... demasiado distraída.

Él le dio la razón con un gruñido.

—Como todos, hasta que esto haya terminado.

—Y durante un tiempo después. ¿Cuándo fue la última vez que el Gremio se vio obligado a ejecutar a un miembro... o ex miembro?

Él se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo. Tanto, que creo que tendría que consultarlo en un libro de historia.

Sonea volvió la vista hacia atrás. El vestíbulo estaba desierto, pues todos los magos superiores se habían marchado ya.

—Reconozco que me alivia que hayan elegido a otros como verdugos —murmuró —, aunque será duro para Kallen estar presente y participar en el acto. Nunca ha... No tiene experiencia en esto.

—Muchos creen que ya te han pedido demasiado —contestó Rothen en voz baja —. Se sienten culpables por lo que le ha ocurrido a Lorkin.

Ella clavó los ojos en los suyos. «Hacen bien en sentirse culpables por haber enviado a Lorkin a Sachaka», pensó, triunfal pero con cierta amargura. La mirada de Rothen se mantenía firme y daba a entender algo más. Ella se preguntó con qué frecuencia hablaban sobre ella los magos superiores.

—¿Es por esto por lo que aún no han expulsado a Lorkin del Gremio oficialmente? —preguntó.

Él asintió.

—¿O es que tienen miedo de lo que yo diría y haría si lo expulsaran?

Rothen soltó una risita.

—Eso también. —Su expresión se tornó seria—. No he tenido oportunidad de darte una noticia triste..., sobre otra persona, no sobre Lorkin.

—¿Qué noticia?

—La esposa de Regin ha intentado suicidarse.

—¡Oh! Eso es terrible.

—Al parecer, lleva años intentándolo. Pero es la primera vez que... en fin, que uno de esos intentos sale a la luz pública inevitablemente. Circulaban muchos rumores, pero... —Rothen hizo una mueca—. No me gustaba prestarles oído.

—Pobre Regin —comentó ella.

—Sí, pero... creo que no exactamente por lo que tú te imaginas.

—¿A qué te refieres?

Rothen suspiró.

—Según los rumores, cada vez que ella ha intentado matarse ha sido porque él ha descubierto y ahuyentado a uno de sus amantes.

Sonea torció el gesto.

—Ah.

—Por lo que he oído, él viene de vuelta hacia Imardin y ha pedido alojamiento en el Gremio. Le ha dejado su casa de Elyne a una de sus hijas, y su residencia familiar de Imardin a la otra.

—Debe de estar muy enfadado.

—Así es.

Sonea sintió un asomo de esperanza, algo inapropiado y ligeramente traicionero. «También necesitará ocupar su mente en algo..., como la caza de un renegado.» Tomó a Rothen del brazo y tiró de él hacia el pasillo de la universidad.

—¿Hay muchas personas que tienen problemas con su matrimonio, o es solo impresión mía?

—¿Quién más tiene problemas con su matrimonio? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—Pues... otras personas. A propósito de magos que vuelven a su hogar, hay algo de lo que quería hablarte. Algo que deberíamos poder conseguir sin ofender a nadie si colaboramos juntos.

UN RETORNO BIENVENIDO

Para alivio de Lilia, la habían encerrado en una habitación de la universidad en vez de en la mal ventilada Cúpula. Esto le permitió albergar la pequeña esperanza de que el Gremio fuera indulgente con sus delitos más recientes, y de que su intención de regresar a la prisión en cuanto encontrara a Naki los hubiera convencido de que no era necesario aplicarle una pena más severa.

Lo que minaba su esperanza era que no le habían dicho una palabra desde la Vista. Unos criados le llevaban comida y atendían a sus necesidades, pero no hablaban, ni siquiera cuando Lilia les hacía preguntas. Los magos que custodiaban su puerta le decían que se callara si ella daba golpecitos para captar su atención.

Esto apenas le dejaba otra opción que pensar en lo que había hecho Naki. Aunque aún estaba dolida, era por una persona que en realidad no había existido.

«¿Cómo pudo matar a su propio padre? Supongo que no era su padre de verdad. No era más que el hombre que se había casado con su madre. Según ella, él no le creyó cuando le dijo que su tío quería abusar de ella. ¿Era cierto, siquiera? Tal vez sí. No sé si él merecía su odio. Supongo que nunca lo sabré.»

La aflicción que sentía por la traición de Naki y la trampa que le había tendido se veía contrarrestada por la rabia. Estaba harta de que la manipulara la gente; primero Naki, luego Lorandra. Por lo menos Cery y Anyi habían sido sinceros respecto a lo que querían de ella. Hasta donde sabía.

«No permitiré que nadie vuelva a utilizarme o engañarme. La gente tendrá que demostrar que es digna de confianza antes de que yo confíe en ella. Al menos si estoy encerrada no tendré que preocuparme demasiado por eso, pues no trataré con muchas personas.»

Unos pasos y voces al otro lado de la puerta la arrancaron de sus pensamientos. La puerta se abrió, y la Maga Negra Sonea entró. Lilia notó que el corazón se le hinchía de esperanza, pero el alma se le cayó a los pies al fijarse en la expresión de la mujer. Se puso de pie e hizo una reverencia apresurada.

—Lilia —dijo Sonea—. Al parecer, debo pedirte disculpas en nombre del Gremio por no mantenerte al corriente de los sucesos del último día. El problema es que aún no hemos decidido qué hacer contigo.

Lilia apartó la vista. Quizá no era buena señal que les costara decidirse. Por lo que ella sabía, sus opciones se reducían a ejecutarla o encarcelarla, y como sus poderes no podían ser bloqueados, esto último implicaría mantener a dos magos ocupados como celadores. Permanentemente.

—Puedo asegurarte que nadie propone que te condenemos a muerte —añadió

Sonea.

El alivio inundó a Lilia como el calor de una habitación caldeada después de una caminata en el frío invernal. Se le escapó un grito ahogado, y se sonrojó por aquella muestra de emoción involuntaria.

—Pero no logramos ponernos de acuerdo respecto a qué hacer contigo. Unos quieren que vuelvas a la atalaya. Otros piden tu reingreso en el Gremio.

Lilia alzó la vista, sorprendida.

Sonea esbozó una sonrisa irónica.

—Bajo restricciones severas, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Lilia.

—Yo soy partidaria de la segunda opción. Por eso he dispuesto que te alojes en mis aposentos hasta que se tome la decisión.

Lilia clavó los ojos en Sonea con incredulidad. No estaba segura de si era una noticia buena o mala. Estaría más cómoda y menos aislada que en aquella habitación, y, si el Gremio lo permitía, seguramente era porque estaba dispuesto a confiar en que ella no intentaría fugarse de nuevo. Por otro lado, estaría viviendo bajo el mismo techo que Sonea. Una maga negra.

«Que es lo que soy yo», se recordó a sí misma.

Aun así, a todos los aprendices los intimidaban un poco los dos magos negros. Ella sospechaba que a unos cuantos magos graduados también. Sonea había utilizado la magia negra. Había matado con ella.

«Solo en defensa de Kyralia. No como Naki.»

Sonea le hizo una ligera seña para que se acercara.

—Vamos. Tienes que instalarte.

Sin atreverse a hablar, Lilia asintió y salió de la habitación detrás de la mujer de túnica negra. Los dos guardias miraron a Sonea con nerviosismo, lo que no contribuyó a hacer que Lilia se sintiera mejor. La siguió obedientemente por los pasillos y corredores de la universidad, salieron al patio y lo atravesaron hasta el alojamiento de los magos.

Dentro, en el amplio pasillo, se cruzaron con dos alquimistas, hombre y mujer. Ambos saludaron a Sonea con una inclinación cortés de la cabeza, pero sus ojos se desviaron hacia Lilia. Ella supuso que reaccionarían con desaprobación o suspicacia. En vez de eso, le dedicaron una mirada de tristeza y comprensión.

No entendió por qué hasta que llegó a lo alto de la escalera.

—Naki —dijo sin darse cuenta.

Sonea la miró de reojo.

—Tengo una noticia sobre ella también. Pero primero, vamos adentro.

Un terror profundo se adueñó de Lilia de inmediato. «Esta noticia no va a ser buena —pensó—. No debería importarme lo que le haya ocurrido a Naki después de

lo que hizo.» Pero sabía que le importaría.

Se detuvieron por un momento ante una puerta, que se abrió hacia dentro. Sonea le indicó con un gesto que entrara delante de ella. Lilia pasó al interior, contempló la decoración sencilla pero lujosa y se percató de que había una persona de pie frente a una de las sillas de la sala de invitados. Cuando la reconoció, el corazón le dio un vuelco.

—¡Anyi!

La joven sonrió, fue al encuentro de Lilia y le dio un abrazo rápido.

—Lilia —dijo—. Tenía que saber cómo estabas. —Miró a Sonea—. ¿Se lo has dicho ya?

Sonea negó con la cabeza.

—Estaba a punto. —Se volvió hacia Lilia con expresión seria y compasiva—. Tenías razón: el rey no ha concedido el indulto a Naki. La ejecutaron ayer, a altas horas de la noche.

«Ya no está. Naki se ha ido. Era tan joven... Como suele decirse, tenía mucho potencial. Pero tal vez sea mejor que no haya llegado a desarrollarlo del todo. ¿Quién sabe a cuántas personas más habría matado?»

Una mano le tocó la espalda. Se dio cuenta de que Anyi estaba sentada junto a ella. La joven sonrió, aunque sus ojos reflejaban una honda preocupación.

—Estaré bien —le aseguró Lilia.

—Os dejo para que os pongáis al día de vuestras cosas —dijo Sonea. Abrió la puerta y salió discretamente de la sala.

Lilia se quedó mirando la puerta, boquiabierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Anyi.

—Me ha dejado aquí sola.

—¿Sola? Estoy aquí.

Lilia sacudió la cabeza.

—Perdona, quería decir sin vigilancia. Sin magos. —Fijó la vista en Anyi con los ojos entornados—. A menos que me ocultes algo.

Anyi se rió.

—Siempre le oculto algo a alguien. Forma parte de mi trabajo. Pero no, no soy maga. No tengo una pizca de magia en mí. Una vez realicé una prueba, cuando era niña. Creía que ingresar en el Gremio sería una forma estupenda de fastidiar a Cery.

—¿Fastidiar a Cery? ¿Por qué iba a fastidiarle que ingresaras en el Gremio?

La sorpresa y luego el disgusto asomaron al rostro de Anyi, que soltó una palabrota y se dio una palmada en la frente.

—¿Qué ocurre? Acabas de decir algo que no debías, ¿verdad? —Lilia meditó sobre las palabras de Anyi—. Conoces a Cery desde que eras niña. —Ahora comprendía por qué Anyi era tan leal. Por otra parte, había intentado fastidiarlo hacía

tiempo. Como si...—. ¡Es tu padre!

Anyi asintió con un gruñido.

—Está claro que se me da mucho mejor ser guardaespaldas que guardar secretos.

—¿Qué hay de malo en que la gente sepa que tu padre es un ladrón?

Anyi hizo una mueca.

—Skellin mandó matar a la segunda esposa de Cery y a mis hermanastros. Bueno, creemos que fue él.

—Ah. —La satisfacción de Lilia por haber adivinado la verdad se evaporó—. Temes que, si se entera de que eres la hija de Cery, intente matarte también.

Anyi se encogió de hombros.

—Me mataría de todas maneras si se le presentara la oportunidad, por ser la guardaespaldas de Cery. Es más probable que me utilizara para hacer daño o chantajear a Cery, si se enterara de que estamos emparentados.

—Bueno..., tu secreto está a salvo conmigo. Aunque, si Sonea o Kallen me leen la mente alguna vez...

—Sonea lo sabe. En cuanto a Kallen... —Anyi frunció el ceño y miró a Lilia con una ceja arqueada—. Supongo que no tendrás ganas de huir conmigo, ¿verdad? Con la ayuda de Cery, podría llevarte a algún lugar donde el Gremio no te encontrara nunca.

A Lilia se le aceleró el corazón.

—No. Resulta tentador, pero quedarme es... lo correcto. Eso nunca me había importado demasiado, pero ahora me importa.

—¿Incluso si vuelven a encerrarte en la atalaya? ¿Eso sería lo correcto? A mí me parecería un desperdicio.

—No. —Lilia sacudió la cabeza—. Quebranté una ley, y mi juramento. No lo hice por maldad, sino por estupidez, pero quiero que mi castigo sea ejemplar para que los aprendices como Naki no cometan el mismo error que ella. —Se estremeció—. Lo que menos necesita el Gremio es gastar tiempo y magia buscándome a mí cuando lo que tiene que hacer es encontrar a Skellin y a Lorandra.

«Pero si huyera a pesar de todo —pensó Lilia de pronto—, podría ayudar a proteger a Anyi. Y a Cery. Sería como devolverles el favor que me hicieron...»

Anyi asintió despacio.

—Bueno, tú decides. —Posó una mano sobre la de Lilia y le dio un apretón—. Espero que no te encierren, pues te he tomado bastante afecto. Me gustaría volver a verte.

Lilia sonrió, agradecida.

—A mí también me gustaría volver a verte.

Un golpecito en la puerta atrajo la atención de ambas. Anyi soltó la mano de Lilia y se puso de pie cuando Sonea entró.

—Lamento interrumpir —dijo esta. Miró a Anyi—. Acaba de llegar un mensaje más bien crítico de Cery. —Le tendió un papel pequeño—. Creo que quiere que regreses.

Anyi lo leyó y movió la cabeza afirmativamente.

—Quiere que compre unos bollos dulces por el camino. —Se volvió hacia Lilia y sonrió—. Buena suerte.

Sonea le hizo una seña a Lilia, que, divertida, la acompañó a un dormitorio pequeño, donde la maga cerró la puerta.

—Aquí es donde dormirás —le dijo. Se inclinó hacia la puerta, claramente para escuchar—. Cery siempre entra en la sala por algún sitio que no es el pasillo, y me imagino que Anyi se ha valido del mismo sistema —explicó—. No quiero saber cómo entran, por si alguna vez alguien me lee la mente.

Lilia oyó un golpe sordo. Debía de tratarse de una señal, pues Sonea hizo girar el pomo de la puerta y la abrió. Ahora la sala estaba vacía. Sonea dirigió la mirada hacia Lilia.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió Lilia. Aunque la había impresionado enterarse de la ejecución de Naki, se sentía mejor de lo que esperaba. No estaba contenta, pero aceptaba con resignación el desenlace de aquella historia y confiaba en que el futuro sería mejor—. Estoy bien —afirmó—. Gracias. Gracias por dejar que me quede aquí.

Sonea sonrió.

—Con un poco de suerte, pronto tendrás un hogar más definitivo. Mientras tanto, siéntete como en casa.

Lorkin despertó sobresaltado.

Miró en torno a sí, y distinguió las formas de sus «salvadores» y compañeros de viaje a la débil luz que había en el interior del carruaje. Todos dormían. Suspiró aliviado.

Desde que se había unido a ellos, los tres maestros no habían parado de importunarlos pidiéndole que les contara anécdotas sobre la temporada que había pasado con los Traidores. Se había negado a responder a sus preguntas, incluso las relativas a los detalles más banales de la vida de los Traidores, con el pretexto de que no se atrevía a decir nada sin contar con la autorización del embajador Danyl. Por fortuna, sus repetidos intentos de tirarle de la lengua no eran más que una forma de probar su suerte. El silencio que él guardaba al respecto representaba un reto para ellos, pero no querían arriesgarse a incurrir en la censura de sus superiores en la jerarquía sachakana, especialmente la del rey.

Los tres estaban resueltos a llevar a Lorkin a Arvice lo más rápidamente posible. Lorkin esperaba que su motivación fuera el deseo de atribuirse el mérito de haberlo

salvado y devuelto a casa sano y salvo, y no la certeza de que el rey estaba ansioso por echarle el guante para sacarle información. El maestro Akami había ordenado a los esclavos que condujeran el carruaje lo más deprisa que pudieran sin agotar a los caballos, y que pararan en las fincas para cambiarlos por otros a lo largo del camino. Los esclavos conducían por turnos, y los que descansaban se ataban al asiento exterior de la parte posterior del vehículo para no caerse mientras cabeceaban o dormían.

El aire en el interior del coche se había viciado, gracias en parte al olor acre que despedía el atuendo de cazador que llevaba Lorkin. Ellos habían insistido en que se deshiciera de la capa, pero cuando le habían ofrecido ropa típicamente sachakana, él había declinado su oferta, alegando que sería más apropiado que la próxima vez que se mudara fuera para ponerse una túnica del Gremio.

Al mirar por la ventanilla del carruaje, vio que una luz pálida lo inundaba todo. Iluminaba las paredes que se alzaban a ambos lados del camino, lo que solo podía significar una cosa.

«¡Arvice! ¡Hemos llegado a la ciudad, tras solo dos días y dos noches de viaje!»

Le parecía increíble, teniendo en cuenta lo que había tardado en desplazarse de la ciudad a las montañas, aunque Tyvara y él habían viajado a pie, no en un coche que avanzaba a toda velocidad, cambiando de caballos cada vez que se cansaban.

—Hemos llegado —dijo una voz. Al alzar la vista, Lorkin advirtió que el maestro Akami estaba despierto, desperezándose y bostezando a la vez. El joven sachakano sonrió a Lorkin y dio unos golpecitos en el techo—. Al palacio —ordenó.

Lorkin sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda.

—¿Directamente al palacio? —preguntó.

Akami asintió.

—Debemos entregarte lo antes posible.

—Pero... primero necesito ir a la Casa del Gremio. Sería mejor que me diera un baño y me pusiera una túnica antes de presentarme ante el rey. —Lorkin hizo una mueca—. Es temprano, y si yo fuera él, no querría que me despertaran solo para recibir a un mago kyraliano mugriento.

Akami reflexionó sobre esto con expresión ceñuda.

—Tiene razón.

Al volverse, Lorkin vio que el maestro Chatiko había despertado y estaba frotándose los ojos.

—Hay que avisar a palacio que lord Lorkin ha regresado, pero no hace falta que se quede esperando ahí a que aparezca el rey. —Chatiko bostezó—. Además, sería una pérdida de tiempo para todos, pues es probable que lord Lorkin esté obligado a consultar al embajador antes de hablar con el rey.

Akami se quedó pensativo. Dio unos empujoncitos al maestro Voriko con el pie, y

el joven sachakano abrió los ojos a regañadientes.

—¿Tú qué opinas, Vori? ¿Llevamos a Lorkin al palacio o a la Casa del Gremio?

Hubo que repetirle la pregunta dos veces antes de que Voriko tuviera la cabeza lo bastante despejada para entenderla. Miró alternadamente a Lorkin y a Akami, con las cejas arqueadas y una expresión que daba a entender que su amigo era idiota.

—A la Casa del Gremio, por supuesto. En ese estado ni siquiera lo dejarían entrar en el palacio. A lo mejor ni siquiera lo reconocerían.

Akami se encogió de hombros y asintió. Volvió a tamborilear con los dedos en el techo.

—Llévanos a la Casa del Gremio.

Cuando el carruaje giró, Lorkin vislumbró el cruce hacia el que se dirigían. Los árboles y las flores le resultaban familiares. Era el paseo que conducía hasta el palacio.

«Qué poco ha faltado.»

Esperaba que su alivio no fuera demasiado evidente.

Durante la espera que siguió, todos menos Lorkin y Akami se durmieron de nuevo. Cuando el vehículo cruzó al fin la verja de la Casa del Gremio, Lorkin exhaló lo que esperaba que fuera un suspiro silencioso.

—Hemos llegado, lord Lorkin —dijo Akami, abriendo la portezuela con magia. Los demás despertaron y se incorporaron—. Bienvenido a casa.

—Gracias —dijo Lorkin—. Y gracias por traerme aquí.

Con una sonrisa, Akami le dio unas palmaditas en el hombro mientras bajaba los escalones del carruaje.

—Informaremos al palacio de que has vuelto.

Lorkin se volvió y siguió con la mirada el coche que se alejaba. Los esclavos de la Casa del Gremio cerraron las puertas de la verja tras él. Lorkin dio media vuelta y vio a dos hombres tumbados boca abajo en el suelo. A uno lo reconoció como el esclavo portero.

—Levantaos —ordenó.

Los dos se pusieron de pie, con la vista baja. Experimentó repugnancia y rabia ante su situación, sentimientos que había olvidado hacía tiempo y que dieron paso a la curiosidad. ¿Sería alguno de ellos un espía Traidor?

—Soy lord Lorkin, ayudante del embajador Dannyl —dijo—. Llevadme hasta él.

—El embajador Dannyl no está —repuso el esclavo portero.

—Ah. Bueno. Llevadme dentro. Quisiera lavarme y ponerme una túnica limpia.

El esclavo portero le hizo una seña para que lo siguiera y se dirigió hacia la Casa del Gremio. Lorkin caminó tras él, acometido por oleadas curiosamente fuertes de sentimentalismo al ver la sala maestra y las paredes encaladas y curvas.

«Lo he conseguido. Por fin he regresado al lugar donde empezó todo.»

El esclavo se detuvo por un momento para susurrarle algo a una esclava. Ella asintió y se alejó a toda prisa. Un recuerdo menos agradable le vino a la memoria cuando el esclavo portero lo condujo a sus antiguos aposentos: el recuerdo de una mujer muerta que yacía desnuda en su cama. Aquella habitación estaba a oscuras. El esclavo lo guió hasta una alcoba distinta y se postró en el suelo. Lorkin le indicó que se retirara.

Creó un globo de luz, paseó la vista alrededor y asintió. Había sido todo un detalle por parte del esclavo asignarle otra habitación.

La esclava reapareció con una jofaina llena de agua y unas toallas, y se marchó. Otra le llevó una túnica. Tras calentar el agua con magia, Lorkin se quitó el jubón de cazador y comenzó a lavarse.

Un sonido atrajo su atención hacia la puerta. Suponía que se trataba de otro esclavo, pero en cambio se encontró mirando fijamente a una mujer de túnica verde. Ella lo contemplaba con idéntico asombro y cierta hostilidad.

Entonces él cayó en la cuenta de quién debía ser.

—Eres mi sustituta —exclamó. «¿Una mujer ayudante? ¿Aquí, en Sachaka?» Al instante sintió admiración hacia ella por haber tenido el valor de ofrecerse voluntaria para el puesto.

Ella parpadeó y de pronto comprendió lo que ocurría.

—¡Lord Lorkin! ¡Has vuelto!

Él asintió.

—Sí. ¿Dónde está el embajador Dannyl?

Ella puso los ojos en blanco.

—En Dunea, divirtiéndose mientras confraterniza con los lugareños. Me dejó sola para que me hiciera cargo de cualquier cosa que pudiera surgir. —Bajó la mirada hacia los pantalones de leñador y la alzó de nuevo hacia la cara de Lorkin—. Como esto.

«¡Dunea! Podría tardar semanas en volver. ¿Qué hago si el rey me llama a su presencia antes de que Dannyl regrese?»

—Me llamo Merria, por cierto —añadió ella. Sonrió—. Te dejo que termines. Cuando estés listo, envíame a un esclavo para que me avise. Estaré en la sala maestra. Más vale que decidamos lo que vamos a hacer. ¿Necesitas dormir un poco antes?

—No, pero comer algo no me vendría mal.

Ella asintió.

—Yo me encargo.

Dannyl, que dormitaba, despertó y recorrió el camarote con la vista. Unos ronquidos suaves procedían de la cama de Tayend. Aunque el cabeceo y el balanceo del barco seguían siendo pronunciados, las sacudidas y los crujidos habían cesado

hacía un buen rato. Dannyl no tenía idea de cuánto había durado la tempestad. Sospechaba que más que unos días.

Oyó unos pasos sonoros y se percató de que eso era lo que lo había despertado. La puerta del camarote se abrió. Achatí se detuvo por un instante en el quicio, luego soltó el marco, entró tambaleándose y se agarró al borde de su cama. Se arrastró hacia ella y se dejó caer boca abajo.

Dannyl se levantó de la silla y se acercó al sachakano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Achatí soltó un quejido y luego suspiró.

—Sí. Solo estoy... cansado. —Haciendo un esfuerzo, se tendió de cara hacia arriba—. La tormenta ha pasado. Ve a comprobarlo, si quieres.

Reprimiendo una risita, Dannyl salió por la puerta abierta y la cerró tras él. Subió por la escalera estrecha y empinada hacia la cubierta superior, empujó la escotilla y salió a la luz del sol.

Los pocos esclavos que seguían allí estaban encorvados, sujetos a cuerdas o barandillas como si les costara tenerse en pie. El capitán, sentado y con sombras oscuras bajo los ojos, observaba a otro esclavo que manejaba el timón. Cuando su mirada se encontró con la de Dannyl, el hombre inclinó la cabeza. Dannyl le devolvió el gesto. Una sonrisa bailó en los labios del capitán antes de desaparecer.

Al examinar el barco, Dannyl no vio el menor rastro de daños. Dirigió la vista más lejos y advirtió que, al sudeste, el cielo estaba encapotado. Supuso que se trataba de la cola de la tormenta, que se alejaba de ellos.

A juzgar por la posición del sol, era media tarde. La costa se divisaba a la derecha; un paisaje monótono, bordeado por un acantilado bajo y erosionado. Especuló sobre la altura de este último. Durante el trayecto hacia el norte se había fijado en que los acantilados eran cada vez más altos. Si lograba avistar algo que le diera una idea de la escala, quizá podría calcular a qué distancia de Arvice se hallaban.

—¿Falta mucho?

Sorprendido, Dannyl se volvió y vio a Tayend salir a cubierta por la escotilla. El elyneo parecía cansado e indispuesto, pero no tan cansado como Achatí ni tan indispuesto como habría estado si Dannyl no le hubiera sanado el mareo con magia desde que habían partido de Dunea.

—No tengo ni idea —confesó Dannyl.

—Achatí se ha dormido. —Tayend se situó junto a Dannyl y echó un vistazo alrededor—. La tempestad ha pasado.

Como sus observaciones no parecían requerir respuesta, Dannyl se quedó callado. Tendieron la mirada hacia el mar. «En un silencio cómodo y cordial», pensó Dannyl, aunque se percató de que cuanto más rato pasaban sin hablar, más consciente era de

la presencia de Tayend.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al fin.

—No muy mal. —Tayend se encogió de hombros—. Seguramente tomaré un poco más de ese remedio pronto.

—No tienes por qué —le aseguró Dannyl.

—No, no importa. Dormir me vendrá bien.

Dannyl asintió.

—En fin, ¿has disfrutado el viaje?

Tayend no respondió, y cuando Dannyl se volvió hacia él, vio que el elyneo tenía los labios fruncidos con expresión reflexiva.

—Sí y no —contestó Tayend—. Me decepciona un poco haberme pasado buena parte de él drogado. Cuando llegamos a Dunea la cosa mejoró, aunque la subida a caballo por el desfiladero me puso bastante nervioso. Las tribus eran interesantes, pero solo nos quedamos allí un día y hablaron únicamente contigo.

Dannyl torció el gesto.

—Lo lamento.

—Oh, no te disculpes. No fue decisión tuya.

Se quedaron callados de nuevo. Tayend giró en redondo, contemplando el barco y oteando la costa. Se detuvo cuando se encontraba de cara a Dannyl.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Has tomado alguna decisión?

Había un tono de reproche en su voz. Dannyl se volvió hacia Tayend con el entrecejo fruncido. El elyneo le devolvió una mirada penetrante y firme. Aunque Dannyl sabía que Tayend era mucho más inteligente de lo que solía demostrar con su comportamiento, de pronto su ex amante le pareció una persona completamente distinta. «Una persona mayor —pensó—, más madura.»

—Me he dado cuenta, Dannyl —dijo Tayend en voz baja—. Es evidente que sois... más que amigos. ¿Creías que no lo notaría, después de vivir contigo durante tanto tiempo?

Dannyl desvió la vista, pero comprendió que no era para disimular un sentimiento de culpa, sino para evitar mirar a Tayend con ira. Resistió el impulso de volverse hacia el capitán o hacia los esclavos para comprobar si alguno de ellos lo había oído, y erigió una barrera en torno a los dos para contener el sonido.

—No ha ocurrido nada.

Tayend soltó un resoplido desdeñoso.

—¿Ah, no? —dijo. Dannyl lo miró a los ojos. Tayend entornó los párpados y sonrió con frialdad—. Me alegro. Entonces he conseguido frenar algunos de tus impulsos absurdos.

—¡O sea que has estado interponiéndote entre nosotros! —lo acusó Dannyl—. Me imaginaba que te pondrías celoso, pero esto es...

—No tiene nada que ver con los celos —siseó Tayend—. Es un sachakano. Un ashaki. Un mago negro.

—¿Crees que no había reparado en eso?

—Sí —respondió Tayend con expresión seria—, pues de lo contrario tendría que suponer que estás senil, que el amor te ha cegado o que te estás convirtiendo en un traidor. No tengo pruebas de ninguna de las dos primeras posibilidades, lo que me pone en una situación difícil como embajador.

—No estoy convirtiéndome en un traidor —repuso Dannyl—. Que yo sepa, tener un amante extranjero no constituye un acto de traición. De ser así, no me habría acostado contigo.

Tayend cruzó los brazos.

—No es lo mismo. Nuestros países son aliados. Sachaka es...

Dannyl enarcó las cejas al advertir que Tayend dejaba la frase en el aire.

—¿El enemigo? Siempre serán nuestros enemigos si nunca dejamos de tratarlos como tales.

—Nunca serán nuestros aliados mientras los sachakanos como Achatí tengan esclavos y utilicen la magia negra. —Tayend achicó los ojos—. No me digas que también estás suavizando tu postura respecto a eso.

Dannyl sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Más te vale. Porque te estoy vigilando, embajador Dannyl. En el momento en que te conviertas en un sachakano, lo sabré. —Tayend le volvió la espalda y se acercó a la escotilla, obligando a Dannyl a desactivar rápidamente el escudo que bloqueaba el sonido—. Y ahora, voy a dormir como es debido.

Cuando la escotilla se cerró, Dannyl dirigió de nuevo la vista hacia el mar.

«Convertirme en un sachakano. Valiente tontería.»

Sin embargo, como solía ocurrir, Tayend había sembrado la semilla de la duda en su mente. ¿Y si estaba convirtiéndose de verdad en un sachakano? ¿Era Achatí el culpable? ¿O simplemente estaba habituándose demasiado a la manera sachakana de hacer las cosas?

«En ese caso, no tengo nada de que preocuparme. Todo volverá a la normalidad cuando regresemos a la Casa del Gremio.»

LA DECISIÓN

La mayoría de los aprendices no llega nunca a ver esta habitación —pensó Lilia mientras seguía a la Maga Negra Sonea hasta el despacho del administrador Osen—. Yo la he visto más veces de las que quisiera.»

El administrador se encontraba sentado tras su escritorio, y el Mago Negro Kallen estaba reclinado en una de las sillas para invitados, pero ambos se pusieron de pie en cuanto entró Sonea. Un tercer mago, oculto tras el respaldo de la silla que ocupaba, se levantó. Para sorpresa de Lilia, se trataba del rector Jerrik.

—Lilia —dijo Osen, rodeando su escritorio para ir a su encuentro—. ¿Cómo estás?

Ella lo miró, parpadeando, sorprendida de nuevo ante el tono familiar de la pregunta.

—Bien, administrador Osen —respondió. «Harta de esperar a que me digan si van a encerrarme otra vez», añadió para sus adentros.

—Me alegro —comentó él—. Como ya sabes, hemos estado discutiendo qué hacer contigo. Me complace comunicarte que hemos tomado una decisión y que el rey ha dado su aprobación. —Sonrió—. Serás readmitida en el Gremio y podrás completar tu formación.

Ella lo contempló con incredulidad, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias.

Osen adoptó una expresión seria.

—Sin embargo, tu readmisión no está exenta de condiciones. Deberás prestar el Juramento de los Aprendices otra vez.

Lilia asintió en señal de que estaba dispuesta a hacerlo.

—No se te permitirá salir de los terrenos del Gremio sin mi autorización, la del Gran Lord Balkan, el Mago Negro Kallen o la Maga Negra Sonea —prosiguió Osen—. No se te permitirá utilizar la magia negra a menos que en el futuro el rey apruebe tu nombramiento como maga negra. Con el fin de identificarte como persona iniciada en la magia negra, tu túnica llevará cosida una franja negra en la manga.

Lilia asintió de nuevo, esperando que su rostro no delatara su desilusión. Desde que había conocido a Anyi y se había enterado de la amenaza que Skellin representaba para su padre y para ella, Lilia esperaba encontrar una manera de ayudarla. ¿Cómo lo conseguiría si la confinaban en los terrenos del Gremio?

—Debido a tus conocimientos de magia negra, no podrás participar en clases que requieran el establecimiento de un vínculo mental. En estas situaciones, el Mago Negro Kallen o la Maga Negra Sonea impartirán la clase.

Ella intentó no palidecer al pensar en futuros contactos mentales con cualquiera de los dos magos. «Pero la lectura de la mente fue muy distinta de las clases de comunicación mente a mente que había recibido. Aun así..., espero que sea Sonea quien me enseñe. Kallen es tan severo y hosco...»

—Kallen se ha ofrecido a hacerse cargo de tu tutela. Creemos que el hecho de que tengas un tutor convencerá a la gente de que te tenemos controlada —dijo Osen en un tono más desenfadado—. Puesto que sin duda recibiríamos quejas de algunos padres si te instalaras en el alojamiento de los aprendices, seguirás viviendo en los aposentos de la Maga Negra Sonea.

Lilia reprimió un suspiro de alivio. Por un momento, temió que la obligaran a quedarse con Kallen, pero al pensarlo bien comprendió que estaría mal visto que una joven se alojara en los aposentos de un soltero, al margen de la diferencia de edad que hubiera entre ambos.

—¿Aceptas estas condiciones? —inquirió Osen.

—Las acepto —respondió ella, asintiendo de nuevo.

—Entonces, pronuncia el juramento.

Ella se quedó desconcertada al percatarse de que Osen esperaba de ella que recordara el Juramento de los Aprendices. Para su sorpresa, las palabras le vinieron a la memoria fácilmente.

—«Juro que nunca dañaré deliberadamente a ningún hombre o mujer si no es en defensa de las Tierras Aliadas —dijo—. Obedeceré las normas del Gremio. Haré todo aquello que me ordene un mago del Gremio, a menos que esas órdenes supongan violar una ley. Jamás utilizaré la magia sin el permiso de un mago del Gremio.»

Osen sonrió en señal de aprobación. Incluyó la cabeza en dirección al rector Jerrick, que se acercó de nuevo a la silla en la que estaba sentado antes y recogió algo. Regresó al frente y se lo tendió a Lilia.

Era un fardo de túnicas de aprendiz. La gratitud la inundó, como una oleada de calor físico. Avergonzada, sintió que las lágrimas le cosquilleaban las comisuras de los ojos.

—Gracias —dijo con voz ronca.

Osen le posó la mano en el hombro por un instante.

—Bienvenida de nuevo.

Los otros magos murmuraron las mismas palabras. Lilia, embargada por la emoción, no podía hablar. Notó que Sonea le tocaba el brazo.

—Creo que eso es todo. —Miró a los demás, que asintieron—. Volvamos a tu habitación para que te cambies de ropa.

Con un agradecimiento mudo, Lilia se dejó guiar por la mujer hacia el pasillo y de vuelta a una vida como maga del Gremio. «Aunque siempre me impondrán más restricciones que a los otros magos por saber magia negra —pensó—, eso es muy

preferible a estar encerrada. O muerta.»

Y todavía cabía la posibilidad de que, de algún modo, pudiera encontrar una forma de ayudar a Anyi.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada lateral del hospital, Sonea dejó a un lado su aprensión persistente y se apeó. Saludó con una sonrisa y una inclinación de la cabeza a los sanadores y ayudantes que la recibieron, respondió a sus preguntas y se informó sobre las novedades que se habían producido durante su ausencia.

La simpatía de todos ellos la reconfortó, y una vez más se alegró profundamente de que no le hubieran encomendado la tarea de ejecutar a Naki. Se encaminó hacia la puerta de la sala de tratamientos, se armó de valor y llamó.

La puerta se abrió hacia dentro. Dorrien le sonrió y le indicó que pasara. Ella entró y se sentó.

—¿Por qué tan seria? —preguntó él.

Ella tomó aire para responder, y entonces su determinación flaqueó. «Debería charlar un poco con él antes de darle la mala noticia.»

—Me preguntaba cómo habría reaccionado la gente si me hubieran designado a mí como verdugo de Naki —le comentó.

Él la observó con aire meditabundo.

—En efecto, son pensamientos muy serios. —Apartó la vista mientras reflexionaba—. Creo que no te guardarían rencor.

—Pero no podrían evitar pensar en ello cuando estuvieran en mi presencia. Me tendrían aún más miedo.

—¿Miedo? No te tienen miedo —replicó él.

Ella lo miró con incredulidad. Él le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza.

—Se sienten intimidados por ti, Sonea. Eso es distinto. Temen la magia negra, no a ti. Les has demostrado que no convierte a una persona en una asesina.

—La he utilizado para matar —señaló ella.

Él extendió las manos hacia los lados.

—Eso es distinto también. Lo hiciste para defender Kyralia. Ellos obrarían de la misma manera si se encontraran en esa situación.

Ella desvió la mirada.

—También he usado la sanación para matar. Eso me parece aún peor. —Paseó los ojos por la habitación—. Soy sanadora. Se supone que debo curar a la gente, no liquidarla. Creo que si hubiera tenido que ejecutar a Naki, a la gente le habría costado conciliar ambas cosas.

Dorrien tensó la mandíbula.

—Ella aprendió magia negra de forma deliberada y se valió de ella para matar en beneficio propio.

Sonea se encogió de hombros.

—Aun así, creo que eso habría cambiado la idea que la gente tiene de mí. Yo nunca tuve la oportunidad de elegir una disciplina. De haberla tenido, habría optado por ser sanadora. Aunque trabajo como sanadora, no se me permite llevar la túnica verde. Soy una maga negra. Aunque no dudaría en defender Kyralia de nuevo, ese no es el papel que quería desempeñar.

Una sonrisa irregular asomó a los labios de Dorrien.

—Yo prefiero pensar que la sanación me eligió a mí.

Ella asintió.

—Y supongo que, a pesar de todo, también me eligió a mí, aunque tú influiste mucho en mis deseos de ser sanadora.

Se miraron el uno al otro con afecto. «Tal vez no se trate de afecto en el caso de Dorrien. —Reunió todo su coraje y determinación—. Es hora de acabar con esto.»

—Dorrien, he estado pensando mucho en... nosotros.

—No hay un «nosotros», ¿verdad? —dijo él.

Ella alzó la vista hacia Dorrien, sorprendida. Él le dedicó una sonrisa lánguida.

—Mi padre vino a verme. Me dio la buena noticia. Tylia figura en la lista de aprendices que ingresarán en invierno. Kallen probablemente va a hacerse cargo de la búsqueda de Skellin. «¿Por qué no regresas a tu aldea?», me sugirió mi padre.

Sonea lo contempló fijamente.

—¿Kallen va a hacerse cargo de la búsqueda de Skellin?

Él arqueó las cejas.

—¿No lo sabías? Mi padre no me dijo que estuviera confirmado aún.

—No. —Ella resistió el impulso de ponerse en pie de un salto y volver directamente al despacho de Osen. «A menos que... Quizá Rothen se lo haya inventado con el fin de dejar a Dorrien sin excusas para quedarse en Imardin. Pero eso parece un poco drástico. Tal vez... Nunca le he hablado del encaprichamiento de su hijo conmigo, pero ¿lo habrá percibido?» Posó los ojos en Dorrien de nuevo.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Puede que sea viejo, pero sigue siendo muy difícil ocultarle secretos.

Ella se removió en su asiento y dejó a un lado su irritación.

—Solo le pedí que intentara conseguir que admitieran a Tylia este invierno.

—¿Por qué?

Ella se obligó a mirarlo a los ojos.

—Para que pudieras regresar a casa si colaborar conmigo te resultaba insoportable después de que te dijera que... en fin... que no habría un «nosotros».

Él hizo un gesto de dolor. Ella notaba que intentaba disimularlo, pero era en vano.

—¿Por qué no puede haberlo?

—Porque estás casado. Porque aunque la idea de un «nosotros» me atrae, no me

atrae tanto como para hacer daño a Alina y a tus hijas. Y porque, si les hicieras daño, sentiría aversión por ti. Y por mí misma.

Él bajó la mirada.

—Entiendo. Mi padre dijo algo parecido. También señaló que Alina y yo no nos llevábamos tan mal hasta que vinimos a Imardin. —Suspiró—. A mí me hacía ilusión experimentar la vida urbana. A ella no. —Consiguió esbozar una sonrisa de culpabilidad—. ¿Me creerías si te dijera que ella sí me importa?

Sonea sintió un arranque de cariño hacia él.

—Sí.

Dorrien asintió.

—Tengo que darle una oportunidad. Es lo menos que puedo hacer. Hemos tenido desavenencias antes, pero siempre las superamos. —Sacudió la cabeza—. Es una lástima que tenga tantos celos de ti. Por lo general es encantadora con la gente.

Sonea se encogió de hombros.

—En realidad, no la culpo. Aunque no sea tan perspicaz como Rothen, tendría que hacer la vista gorda ante mis conocimientos de magia negra y mi reputación de asesina.

Dorrien agitó el dedo como si la reprendiera.

—Ya está bien. No olvides que eres lo que eliges ser. Aunque tu túnica sea negra, tienes corazón de sanadora.

Sonea bajó la mirada y se encogió de hombros de nuevo.

—Bueno, al menos así parezco más alta.

Él soltó una risita y se puso de pie.

—En fin, más vale que me vaya a casa y empiece a hacer planes para regresar a la aldea.

Sonea se levantó y ocupó su sitio.

—¿Cuándo te marcharás?

—Unas semanas después de que Tylia empiece a ir a la universidad.

—¿Crees que se integrará bien?

Él asintió.

—Ya ha hecho un par de amistades que comenzarán las clases al mismo tiempo que ella. Rothen la vigilará un poco.

—Y ambos sabemos que lo hará estupendamente.

Él sonrió.

—Así es. Buenas noches, Sonea.

—Buenas noches, Dorrien.

Cuando la puerta se cerró tras él, Sonea bajó la mirada, sentada en la silla que él había desocupado. La conversación no había sido tan dolorosa como ella temía. Por un momento, sintió una punzada de arrepentimiento. «Si no fuera porque Dorrien está

casado...»

Apartó este pensamiento de su mente, se acercó a la puerta, la abrió y le hizo un gesto a un sanador para indicarle que estaba preparada para recibir pacientes.

Lorkin se puso la túnica, alisó la fina tela teñida por completo de morado y exhaló un suspiro tanto de satisfacción como de añoranza. Resultaba extrañamente reconfortante volver a llevar túnica. Cuando había regresado a su dormitorio nuevo para recuperar un poco de sueño, se había planteado por un instante la posibilidad de dormir con ella puesta.

Picaba mucho menos que la ropa de cazador, pero la gran cantidad de tela le parecía demasiado lujosa y pesada en comparación con el atuendo sencillo y práctico de los Traidores. Por otro lado, no podía evitar admirar aquel color oscuro e intenso. Aunque los tintes que se elaboraban en Refugio daban lugar a tonos suaves, y él había llegado a apreciar la belleza estética de las telas sin teñir, había algo profundamente agradable en el morado de los alquimistas.

«Sin embargo, no debería llevarlo. Ni siquiera debería llevar una túnica. —No solo porque había prometido regresar a Refugio junto a Tyvara, sino porque había quebrantado una de las leyes más serias del Gremio—. He aprendido magia negra. Aunque estimaran conveniente perdonarme por eso, seguramente insistirían en que llevara una túnica negra.»

Aún no había decidido cómo ni cuándo se lo diría.

Al salir a la sala central de sus aposentos, Lorkin vio a Merria, que caminaba de un lado a otro y se detuvo al reparar en su presencia.

—Ah, Lorkin. Estás despierto. Bien. —Se le acercó rápidamente—. Hay algo de lo que me he acordado mientras dormías. Esto.

Le mostró un anillo. Una piedra color rojo sangre relumbró en su montura. El corazón le dio un vuelco a Lorkin, que extendió el brazo para cogerlo.

—¿El anillo de sangre de mi madre?

—Sí. Como el embajador Dannyl se llevó el del embajador Osen, me dejó este para que pudiera comunicarme con el Gremio. —Lo miró con fijeza—. Querrás avisarle que has vuelto, pero seguramente tendría que quedarme con el anillo después. ¿Te parece bien?

Él sonrió.

—Por supuesto. De todos modos, no pienso ir a ninguna parte hasta que Dannyl regrese.

Ella respiró, visiblemente aliviada.

—Me alegra saberlo. —Posó la vista en el anillo, luego en él, y sonrió—. Te dejo para que lo utilices a solas. —Salió de la habitación.

Lorkin se sentó y contempló el anillo, intentando poner en orden sus

pensamientos. Se lo puso en el dedo.

¿Mamá?

¿Lorkin? ¡Lorkin! ¿Va todo bien? ¿Te encuentras bien tú?

Sí, todo va bien. ¿Puedes hablar ahora?

¡Claro! Espera... Tengo un paciente. Espera un momento, que...

Se produjo una larga pausa.

Ya estoy sola. ¿Dónde estás? ¿Puedes decírmelo?

En la Casa del Gremio, en Arvice.

¿No estás en la ciudad de los Traidores?

No. La reina Zarala me ha enviado aquí. Me ha encomendado una especie de misión.

¿La reina Zarala?

De los Traidores.

¿Ahora trabajas para ella?

Sí. Pero sabe que jamás habría accedido a realizar una tarea que pusiera en peligro las Tierras Aliadas.

Qué considerada.

Él percibió un matiz de desaprobación y resentimiento en el tono de su madre. Sonrió. Le habría sorprendido que reaccionara de otro modo.

¿Cómo estás?, preguntó.

Bien. Hemos tenido algunos problemas en el Gremio que se han resuelto en los últimos días. Me temo que tenemos a una nueva maga negra. Dos aprendices consiguieron aprender la técnica a partir de un libro. Una de ellas la aprendió deliberadamente, la usó para matar, y engañó a la otra para que aprendiera también, a fin de culparla de un asesinato. La primera ha sido apresada y ejecutada. La otra... ha demostrado ser lo bastante honorable para readmitirla en el Gremio y la universidad, aunque con ciertas condiciones.

Lorkin no pudo evitar concebir una leve esperanza. Si el Gremio había perdonado a una aprendiz por iniciarse en la magia negra porque había mostrado un comportamiento honorable, ¿lo perdonarían a él por haberla aprendido para poder llevarles el secreto de la elaboración de piedras?

«Tendrán que adoptar una actitud más flexible hacia la magia negra si quieren empezar a aplicar la magia para fabricar piedras —se dijo—. Y, aunque no lo hagan, volveré a Refugio.»

Por lo visto han sido unos días emocionantes para ti, comentó.

Ni te lo imaginas. También tenemos a magos renegados extranjeros en la ciudad. Controlan casi todos los bajos fondos. Pero ya te contaré esa historia cuando llegues aquí.

Estoy deseando oírla.

Bueno, ¿qué misión es esa que la reina Traidora te ha encomendado?

La de negociar una alianza entre los Traidores y las Tierras Aliadas.

Sonea tardó unos instantes en responder.

Deduzco que el plan no incluye al resto de Sachaka.

No.

Al parecer te esperan días emocionantes a ti también.

Sí.

¿Quieres que informe de esto a Osen y Balkan?

Sí. La reina me envió aquí porque la ruta del paso no es segura en esta época del año. Sospecho que si intento marcharme de Arvice, los sachakanos tratarán de impedírmelo. Estoy atrapado aquí hasta que Dannyl regrese y me ordene oficialmente que vuelva a Kyralia.

Me ocuparé de ello enseguida. En fin, ¿a qué viene este interés súbito por establecer una alianza? Tenía la impresión de que los Traidores eran demasiado reservados para relacionarse con el mundo exterior.

En parte sí, y en parte no. Es... complicado. Tiene que ver con papá.

Ah. Dannyl me ha contado lo que le explicaste: que Akkarin les prometió algo a cambio de que le enseñaran magia negra, pero no cumplió su palabra.

Prometió enseñarles a sanar con magia, pero regresó al Gremio porque quería advertir a todos lo que tramaban los ichanis. Zarala me entregó un anillo de sangre que le había pertenecido...

¡Oh! Me dijo que había hecho tres anillos de sangre, pero nunca reveló dónde estaba el tercero.

Ella lo utilizaba para comunicarse con él. Me dijo que siempre surgía algo que le impedía volver, y que después de la muerte de su hija dejó de usar el anillo. Una enfermedad había azotado a los Traidores y matado a muchos de ellos, y muchos lo culparon a él porque creían que la sanación mágica los habría salvado. Pero su acuerdo no se reducía a eso. Zarala prometió a papá otra cosa que no pudo hacer. No me aclaró de qué se trataba, pero era algo tan secreto que ni siquiera podía revelárselo a su pueblo. Según ella, enviarme a negociar una alianza tenía algo que ver con intentar llevar a cabo lo que había prometido.

Lorkin aguardó a que su madre asimilara toda esta información.

Me encantaría conocer a esa mujer, dijo al fin. No era exactamente lo que él esperaba. Creía que comentaría algo sobre el hecho de que su padre les ocultaba algo a todos. «Por otra parte, era un hombre con tantos secretos que tal vez no le sorprenda enterarse de que hubiera más.»

Espero poder hacerlo posible. Pero ella tiene muchos años. No creo que sea capaz de desplazarse para reunirse contigo.

¿Muchos años, dices? Entonces debía de ser mucho mayor que Akkarin cuando

se conocieron. ¿Conoces algún detalle sobre las condiciones propuestas para la alianza?

No. La red de espías infiltrados entre los esclavos está preparada para transmitir las instrucciones. Si el Gremio accede a celebrar una conferencia con los Traidores, debemos avisarles para que ellos elijan un lugar seguro. Pero sí puedo decirte una cosa: cuando estaba allí, aprendí a elaborar gemas con propiedades mágicas.

Dannyl averiguó varias cosas sobre esas gemas recientemente, durante su estancia en Dunea. Dice que los Traidores robaron dichos conocimientos a los dúneos. Se entusiasmará cuando sepa que te los han transmitido a ti. Bueno, él y todo el Gremio.

¿Has tenido noticias tuyas?

Se puso en contacto con Osen hace unos días.

¿Seguía en Dunea?

Sí.

Lorkin masculló una maldición. Dannyl tardaría muchos días en llegar a Arvice.

¿Puedes pedirle a Osen que le diga a Dannyl que estoy aquí? Y que se dé prisa en volver.

Por supuesto. ¿Hay algo más que los Traidores puedan ofrecernos si entablamos esa alianza?

Bueno..., la técnica para elaborar piedras no sirve de nada si uno no dispone de una fuente de gemas, y puede entrañar un riesgo que el Gremio no esté dispuesto a asumir. Creo que los Traidores accederían a intercambiar piedras por otras cosas. Ahora poseen conocimientos rudimentarios de sanación mágica, pero no les vendría mal la ayuda de buenos maestros. Quizá también se ofrezcan a apoyarnos si Sachaka ataca de nuevo las Tierras Aliadas.

¡Ah, esto le encantará al Gremio! ¿Hay algo más? Tengo que ir a contárselo de inmediato.

Creo que no. Si se me ocurre algo, me pondré el anillo. Y dentro de unas horas contactaré de nuevo contigo, por si el Gremio necesita hacerme alguna pregunta o tú tienes que decirme algo.

Buena idea. Ah, Lorkin...

¿Sí?

Me alegro mucho de que hayas vuelto. Te quiero y estoy muy orgullosa de ti.

Aún no he vuelto, mamá, pero... gracias. Yo también te quiero.

Lorkin se quitó el anillo y se lo guardó en el bolsillo. Se percató de que sonreía, pese a que nadie podía verlo. «Nos esperan días emocionantes —pensó—. Menos mal que tengo este anillo y puedo encarrilar las negociaciones a través de mi madre, pues de lo contrario no tendría nada que hacer aquí mientras espero a que llegue Dannyl excepto comer, dormir y conversar con Merria.»

A juzgar por el parloteo incesante al que se había entregado la nueva ayudante de Dannyl aquella mañana, la sanadora había estado muy aburrida, metida en la Casa del Gremio con poco trabajo y sin compañía desde que Dannyl se había marchado. Aunque había hecho algunas amigas entre las mujeres sachakanas, no había podido salir de la Casa del Gremio durante la ausencia de Dannyl.

A pesar de todo, Lorkin tenía que reconocer que era agradable hablar con otros magos del Gremio después de tanto tiempo. Estaba deseoso de oír noticias detalladas sobre la vida en Imardin, y de conocer los avances de Dannyl en su investigación desde que se habían separado, sobre todo los relativos a la piedra de almacenaje.

LA ELECCIÓN

Encorvada en la silla, Lilia bajó la vista a la pila de libros y papeles que había sobre el escritorio y suspiró.

Aquella mañana se había entrevistado con el rector Jerrick, antes de su primera clase desde que había aprendido magia negra. Él le había dicho que había consultado a sus profesores y había recopilado una serie de ejercicios, deberes prácticos y redacciones que le servirían para alcanzar el nivel de sus compañeros. Además, como se había perdido los exámenes de invierno, tendría que estudiar para presentarse a la recuperación. Le parecía demasiado trabajo para haber faltado a la universidad solo un par de meses, sobre todo porque, además, tendría que dedicar tiempo a sus clases diarias. Iba a estar muy ocupada durante las semanas siguientes.

Por lo menos podía estudiar el material adicional en su habitación, contigua a la sala de invitados de Sonea, donde reinaba el silencio y no la distraían las gansadas de sus compañeros. Después de las clases de ese día, sospechaba que tendría un doble motivo para estar agradecida por ello. Los otros aprendices habían hecho caso omiso de ella, cuando no le lanzaban miradas furtivas y suspicaces. Sus viejos amigos le habían dejado claro que ya no querían tener nada que ver con ella. ¿Acabarían por olvidar lo que había hecho, o seguirían mostrando su desaprobación y su miedo de otras maneras tal vez más crueles?

Un golpe sordo procedente de la sala de visitas la sobresaltó. Se puso de pie con el corazón desbocado y se acercó a la puerta del dormitorio. Aplicó la oreja a ella y escuchó atentamente.

Hizo un gesto de dolor cuando alguien llamó con fuerza.

—Lilia, ¿estás ahí?

Aquella voz conocida le levantó el ánimo. Abrió la puerta.

—¡Anyi!

La chica alta desplegó una gran sonrisa, retrocedió un paso y dio media vuelta, con los brazos extendidos a los costados. Lilia sonrió al reconocer el abrigo largo de piel negra que le había enviado como regalo de agradecimiento. Comprobó aliviada que le venía como un guante. De hecho, Anyi estaba aún más despampanante que de costumbre.

—Me encanta —dijo Anyi.

—Te queda muy bien —le aseguró Lilia.

—Lo sé —convino Anyi, acariciando las mangas. Lilia se rió ante la alegre vanidad de la mujer—. Y gracias por los cuchillos, de parte de Cery.

—Sonea me ayudó a elegirlos.

Anyi rió entre dientes.

—Sí, seguro que conoce sus gustos a la perfección. —Contempló a Lilia, dubitativa—. Sabes que Sonea y Cery son amigos de la infancia, ¿no?

Lilia sacudió la cabeza.

—No. Sabía que ella era de las viejas barriadas y que había colaborado con los ladrones durante la invasión.

—Sí, Cery era su contacto principal entre los ladrones. Akkarin lo reclutó para que lo ayudara a dar caza a los espías sachakanos.

—¿O sea que se han mantenido en contacto durante todos estos años?

Anyi se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Cuando Cery me explicó cómo llegar hasta aquí, le pregunté por qué se tomaba tantas molestias. Me dijo que, hasta hace poco, Sonea tenía prohibido salir del recinto del Gremio..., como tú ahora. Los únicos otros lugares a los que le permitían ir eran los hospitales.

—¿A qué te refieres con «tantas molestias»?

Anyi se quitó el abrigo.

—Hay que trepar un poco, y al parecer los túneles tienden a derrumbarse últimamente. Él haría algo al respecto si no tuviera que esconderse de Skellin. —Dejó caer el abrigo sobre el respaldo de una silla, vaciló por un momento y lo examinó de cerca—. Maldita sea. Le he raspado un poco la espalda al subir.

Lilia se sentó en uno de los sillones de la sala de invitados, y Anyi se desplomó en el de al lado.

—Sonea me ha dicho que se va al dormitorio después de despedirse de Cery, para no ver por dónde se marcha, y que yo debería hacer lo mismo antes de que te vayas tú.

Anyi asintió.

—Es lo que él me ha aconsejado.

—O sea que tienes la intención de visitarme con regularidad.

—Así es. —Anyi sonrió—. Si tú estás de acuerdo.

Lilia asintió.

—Por supuesto. He perdido a los amigos que tenía aquí. Los de mi clase no me hablan. Naki se ha... ido. Dudo que nadie más quiera ser mi amigo —levantó los brazos para mostrarle las franjas negras cosidas en torno a las mangas de su túnica—, ahora que sé magia negra. Y, si quisieran, sus padres se lo prohibirían. Además, yo sospecharía de sus intenciones.

Anyi hizo un gesto comprensivo.

—Va a ser duro.

—Y la cosa no mejorará cuando me gradúe.

—Al menos Sonea está dispuesta a confiar en ti. —Anyi paseó la mirada por la

habitación—. Ella tiene amigos, aquí y fuera del Gremio. Aunque eso no sea una buena señal para otros, debería serlo para ti. Además, deberías saber... —Anyi se inclinó sobre el brazo de su sillón y extendió la mano para acariciar la mejilla de Lilia.

Sorprendida y poco acostumbrada a esa clase de contacto, Lilia se quedó paralizada. Miró a Anyi a los ojos. Esta tenía una expresión pensativa e intensa. Anyi se deslizó hasta el suelo y se arrodilló junto al sillón de Lilia con un movimiento grácil. No apartó la mano de la mejilla de Lilia, ni los ojos de los suyos.

—También deberías saber esto —dijo.

Se acercó a Lilia y la besó. Fue un beso pausado y largo. Era evidente que no se trataba de un beso de amistad, y Lilia no pudo evitar entregarse a él. Confirmó su conclusión sobre Anyi y sus sospechas sobre sí misma. «O sea que no se trataba de Naki —pensó—. Se trata de mí... y de Anyi. Y ahora, podría tratarse de las dos.»

Anyi se apartó ligeramente, sonrió y se dobló para acomodarse de nuevo en su sillón. Lilia advirtió que parecía muy pagada de sí misma.

—Sé que lo de Naki está aún muy reciente —dijo—. Pero creía que debías saberlo. Por si estabas interesada.

Lilia se llevó la mano al corazón. Le latía a toda prisa. Se sentía eufórica y audaz. Rió para sí y miró a Anyi.

—Ya lo creo que estoy interesada..., y no, lo de Naki no está muy reciente.

La sonrisa de Anyi se ensanchó, pero luego apartó la vista y frunció el ceño.

—Aun así, no me gustaría nada que Sonea entrara de pronto y nos pillara...

—Está en una reunión, y después se irá directa al hospital. Le toca el turno de noche. No volverá antes de mañana por la mañana.

—... o alguno de sus sirvientes —añadió Anyi. Tamborileó con los dedos en el borde del sillón, se detuvo y sonrió—. Dime, ¿qué sabes de los pasadizos que discurren debajo del Gremio?

—He oído hablar de ellos, pero nunca los he visto. Nadie tiene permitido bajar allí.

—Pues podría llevarte a dar un pequeño paseo, a menos que tu propósito de no volver a romper las normas vaya en serio.

Lilia se fijó en las rasgaduras que tenía el abrigo de Anyi por detrás, y luego posó la vista en su amiga.

—Lo... lo pensaré.

Sonea se sentó en la silla que le ofrecía Osen con satisfacción muda. El administrador había pedido que llevaran más asientos a su despacho y los había dispuesto en un círculo aproximado frente a su escritorio. Había insistido en que Kallen no se quedara de pie junto a la pared, lo que significaba que Sonea no se

sentía obligada a quedarse erguida también.

Ahora, Kallen y ella estaban sentados a los lados de Osen y Balkan. Sonea reparó en que los demás magos superiores no se habían colocado en un orden determinado. Por lo común, los líderes de las disciplinas tendían a apiñarse. Aun así, ella suponía que en aquella reunión volverían a ser quienes más se hacían oír. Había cosas que nunca cambiaban.

Rothen alzó la vista hacia ella y sonrió. Sonea notó que una sonrisa asomaba a sus labios, como respuesta. Al hombre le había alegrado sobremanera la noticia del regreso de Lorkin, y desde que se había enterado de que el joven intentaría negociar una alianza e introduciría en el Gremio una nueva forma de magia, estaba rebosante de orgullo. En cierto momento había exhalado un suspiro, visiblemente entristecido, y cuando Sonea le había preguntado qué le ocurría, él le había dirigido una mirada de disculpa. Ella crispó el rostro al recordar lo que Rothen había dicho.

«Es una lástima que su padre no viviera para ver esto.»

Lo que la había conmovido en lo más hondo por algo más que por las razones obvias. Estas palabras de Rothen respecto a Akkarin daban a entender que había llegado a perdonar al Gran Lord anterior hasta un punto que ella no había creído posible.

Pese a que Lorkin había impresionado a los demás, Sonea sabía bien que aún no se encontraba a salvo. Lo que estaba haciendo era arriesgado. Aunque los sachakanos no sabían nada al respecto, sin duda aún lo consideraban una fuente potencial de información sobre los Traidores. Estaría en peligro hasta que regresara a Kyralia.

—El rey ha tomado una decisión —anunció Osen. Se volvió hacia Balkan—. El Gran Lord se ha reunido de nuevo con él esta tarde. ¿Qué ha dicho?

—Ha obtenido la aprobación de los otros líderes de las Tierras Aliadas —les informó Balkan. Un sentimiento extraño, a medio camino entre el orgullo y el arrepentimiento, se apoderó de Sonea. Consultar a las demás Tierras Aliadas con tanta rapidez no habría sido posible veinte años atrás. Ahora todos los embajadores del Gremio contaban con anillos de sangre que les permitían comunicarse con el administrador o el Gran Lord siempre que fuera necesario—. La conferencia se celebrará, y se entablarán las negociaciones. Ellos han enumerado sus condiciones. Han accedido a que un mago del Gremio represente a las Tierras Aliadas. El rey ha dejado en nuestras manos la elección del representante.

—El riesgo que corremos no es pequeño —aseveró Osen—. Si la conferencia llega a conocimiento del rey Amakira, intentará impedirla. Es posible que incluso la considere un acto de guerra. Estamos, en efecto, planteándonos una alianza con unas personas a quienes él considera rebeldes y traidores.

—Enviemos a quien enviemos, estará en una posición vulnerable. Aunque enviáramos al Gremio entero, no seríamos lo bastante fuertes para repeler un ataque

—dijo Balkan, y esbozó una sonrisa maliciosa—. Amakira difícilmente pasaría por alto que mandáramos un ejército de magos a su país. Por eso, hemos decidido que vayan solo dos.

—No obstante —prosiguió Osen—, dos de nosotros tienen el potencial de ser tan fuertes como un ejército entero.

A Sonea se le cortó la respiración. Esperaba que no pretendieran enviar tanto a Kallen como a ella. ¿Quién quedaría para defender Kyralia? La experiencia y formación de Lilia eran del todo insuficientes...

—Enviaremos a un mago negro y un ayudante —dijo Balkan—. El ayudante debe estar dispuesto a ofrecer su energía mágica, en caso necesario. Como existe el riesgo de que, si los atacan, les lean la mente a los dos, el ayudante no puede ser un mago superior, y debe saber lo mínimo imprescindible sobre el objetivo del viaje. El mago negro portará el anillo de lord Leiden que bloquea la lectura mental.

Osen sonrió con frialdad.

—De modo que, como bien saben, debemos elegir a uno de los dos magos negros. —Miró a Kallen y luego a Sonea—. ¿Están dispuestos los dos a asumir esta responsabilidad?

—Sí —dijo Sonea, y Kallen respondió afirmativamente también.

Osen recorrió el resto del círculo con la vista.

—Entonces la decisión queda en manos de todos los demás. Les pediré su opinión uno a uno. ¿Lady Vinara?

Sonea se quedó inmóvil mientras los magos superiores explicaban, a veces con crudeza, por qué eran partidarios de elegir como representante a Kallen o a ella. No le sorprendió que lord Garrel tocara sin tapujos el tema de su fiabilidad ni que aludiera a su decisión de aprender magia negra y a su negativa a obedecer al Gremio, que había tenido como consecuencia su destierro. Los demás no protestaron ni se mostraron de acuerdo; se limitaron a pasar a otras cuestiones como si lo que él había dicho no fuera importante. Cuando la discusión llegó a su fin, ella no estaba segura de si la mayoría de los magos superiores la preferían a ella o a Kallen.

—Creo que hemos explorado todas las vertientes del asunto —dijo Osen—. Ahora lo someteremos a votación. Que todos aquellos que deseen que la Maga Negra Sonea represente a las Tierras Aliadas en las negociaciones levanten la mano.

Sonea contó. Advirtió que algunos de los que habían intervenido en su favor habían cambiado de opinión y viceversa. Notó que el corazón le latía aún más deprisa a causa de la emoción y la ansiedad. Osen se volvió hacia el Gran Lord Balkan.

—¿Habéis cambiado de opinión?

Balkan miró a Sonea y negó con la cabeza.

—Mi voto y el del Gran Lord son para Sonea —declaró Osen—, lo que inclina la votación colectiva a su favor. —Posó la vista en ella y le dedicó una sonrisa sombría

—. Enhorabuena.

Ella asintió, demasiado abrumada para hablar. Aunque había deseado que la eligieran, para poder ver y proteger a Lorkin lo antes posible, el peso de la responsabilidad que implicaba representar no solo al Gremio y Kyralia, sino a todas las Tierras Aliadas, era sobrecogedor. También lo era la perspectiva de regresar a Sachaka, aunque esta vez ella no sería una desterrada perseguida por los ichanis.

«Después de asegurarle a Dorrien que mi única aspiración era la de ser una sanadora, voy y acepto una misión relacionada con el uso de la magia negra. Pero no para matar. Quienes me cedan su energía lo harán voluntariamente, y espero no verme obligada a emplearla para matar tampoco.»

—Ahora toca concretar detalles y hacer preparativos —les dijo Osen a todos. Se puso de pie—. La Maga Negra Sonea partirá pronto, pero supongo que aún tardará unos días, tal vez unas semanas. Lorkin tendrá que transmitir nuestra decisión a los Traidores a través de la red de espías esclavos y esperar su respuesta. Queda pendiente la cuestión de elegir un ayudante, pero eso requerirá más discusiones y consultas. Gracias por sus propuestas y consejos. No hace falta que les recuerde que todo lo que hemos tratado aquí es confidencial. Buenas noches.

Mientras los magos se ponían de pie, Balkan avanzó unos pasos y tocó a Sonea en el hombro.

—Quédese —murmuró.

Ella asintió, no demasiado sorprendida. Cuando en la habitación ya no quedaban otros magos superiores excepto Osen y Balkan, ella se dejó caer en la silla con un suspiro.

—No estoy segura de si debo felicitarla o no —dijo Osen, regresando a su asiento.

Sonea le dirigió una sonrisa irónica.

—Es reconfortante, incluso halagador, que esté dispuesto a confiarme esta tarea, sobre todo teniendo en cuenta que he fracasado en la última que me encomendó.

Osen frunció el ceño y luego alzó las cejas.

—¿Encontrar a Skellin? —Se encogió de hombros—. Era una empresa más complicada que la que tiene ahora entre manos.

—¿Quién se hará cargo ahora?

—Con toda probabilidad, el Mago Negro Kallen —respondió él—. ¿Accederán sus contactos a colaborar con él?

Sonea reflexionó.

—Sí, creo que sí. No tienen mucha alternativa. ¿Puedo hacer una sugerencia?

Él asintió.

—Desde luego.

—Lilia entabló amistad con una persona leal a uno de mis contactos mientras

buscaba a Naki. Puesto que Kallen es también su tutor, quizá resulte beneficioso para todos que Lilia sea su ayudante..., o uno de sus ayudantes.

Osen se quedó pensativo unos instantes y luego hizo un gesto afirmativo.

—Lo pensaré y se lo propondré a Kallen. No supondrá una violación de las restricciones que impusimos a Lilia, pues estaría al servicio de él.

Sonea intentó imaginar una entrevista entre Cery y Kallen, pero no lo consiguió. Trató de reprimir una mueca.

«Lo siento, Cery, pero me es imposible estar en dos lugares a la vez. No se puede negar que Kallen es concienzudo y tenaz. Estoy segura de que acabará por encontrar a Skellin.» Se preguntó si había algo más que pudiera hacer para ayudarlo.

—Bien, ¿ha pensado en alguien a quien le gustaría elegir como ayudante?

Ella hizo un esfuerzo por centrarse en su nueva misión, meditó sobre la pregunta y asintió.

Todo estaba iluminado con lámparas. Cuando el *Inava* se arrimó al muelle, los esclavos de la cubierta lanzaron cuerdas a los que esperaban abajo. Procurando no estorbar, Dannyl escrutó la ciudad con la mirada. No había mucho que ver. Como la mayor parte de los edificios de Arvice eran de una sola planta, la vista consistía en una extensión más bien monótona de tejados muy parecidos entre sí.

—Ah, mira —dijo Achatí—. El carruaje de la Casa del Gremio ha llegado. Yo estaba dispuesto a llevaros en el mío.

Dannyl miró al sachakano con el ceño fruncido por la preocupación.

—Tal vez sea mejor que te vayas directo a casa. Todavía pareces cansado.

Achatí sonrió.

—Lo estoy un poco, pero no por haber gastado demasiada energía. Viajar me resulta más fatigoso que hace unos años. Y, como ya sabes, no dormí mucho anoche.

Un brillo socarrón asomó a sus ojos. Dannyl sonrió y apartó la mirada. El día después de la tormenta, el barco había fondeado cerca de la finca de un amigo de Achatí. Se habían desplomado en las camas que les habían ofrecido, habían dormido hasta el mediodía siguiente y habían decidido quedarse una noche más y partir temprano por la mañana para no navegar de noche. Aun así, habían llegado tarde a Arvice debido a que soplaban vientos poco favorables.

La finca era lujosa. A Dannyl no le había sorprendido que Tayend, tras descubrir que su anfitrión tenía productos que tal vez podía vender a Elyne, insistiera en que Achatí participara también en las conversaciones sobre el tema, que se prolongaron hasta altas horas de la noche.

—Al parecer ha llegado el momento de separarnos —dijo Tayend cuando salió por la escotilla, miró en torno a sí y se dio cuenta de dónde estaba. Se volvió hacia Achatí y sonrió—. Gracias, ashaki Achatí, por organizar esta aventura y ser nuestro

guía en ella.

Achati inclinó la cabeza hacia el kyraliano.

—Ha sido un placer y un honor —dijo.

—¿Te veremos pronto en la Casa del Gremio?

—Eso espero —respondió Achati—. Antes, naturalmente, pediré audiencia a mi rey y me ocuparé de los asuntos que se hayan acumulado durante mi ausencia. Salvo si uno de dichos asuntos guarda relación con alguno de vosotros o con los dos, os haré una visita social en cuanto me sea posible.

El capitán se acercó para comunicarles que el buque estaba amarrado de forma segura y que podían desembarcar. Intercambiaron más cortesías mientras los esclavos bajaban sus baúles y siguieron su equipaje hasta sus respectivos vehículos.

Dentro del carruaje de la Casa del Gremio, Tayend permanecía callado, algo poco habitual en él. Dannyl pensó en iniciar una conversación mientras el coche avanzaba por la calle, pero el elyneo parecía absorto en sus reflexiones. Ambos miraron en silencio las paredes de Arvice que desfilaban junto a sus ventanillas.

Cuando atravesaron por fin las puertas de la Casa del Gremio, Tayend respiró hondo y exhaló un suspiro. Miró a Dannyl y sonrió.

—Bueno, qué duda cabe de que ha sido una aventura interesante. Ahora puedo decir que he visitado seis países, aunque supongo que Dunea no es un país en sentido estricto.

Dannyl sacudió la cabeza.

—No, pero a efectos prácticos podría decirse que lo es. Dudo que los ashakis lleguen a controlarlo por completo, o que tengan siquiera esa ambición, si son sensatos.

Tayend abrió la portezuela y se apeó. Dannyl lo siguió y reparó en los esclavos postrados en el suelo.

—En pie —les ordenó, cansado—. Volved a vuestros quehaceres.

El esclavo portero se dirigió a toda prisa a la puerta y los condujo al interior. Recorrieron el pasillo de entrada hasta la sala maestra. La sanadora Merria los esperaba... junto con otro mago. Al ver al alquimista, Dannyl se quedó boquiabierto.

—¡Lorkin!

El joven sonrió.

—Embajador. No te imaginas cuánto me alegro de verte. ¿Qué tal el viaje?

Dannyl avanzó hacia él y lo aferró por el brazo a manera de saludo.

—Seguro que no ha sido nada en comparación con el tuyo. No te imaginas cuánto me alegro yo de verte a ti.

Lorkin sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, creo que me hago una idea. ¿Quieres lavarte y comer algo antes de que te dé las noticias?

Dannyl se acercó a uno de los taburetes y se sentó. Lorkin soltó una risita.

—Interpretaré eso como un no.

—Si no os importa —dijo Tayend—, yo sí querría lavarme y comer algo. Estoy seguro de que podréis ponerme al día más tarde.

—Por supuesto —dijo Dannyl—. Pide a los esclavos que nos preparen algo a los dos.

El elyneo se alejó a paso veloz por el pasillo en dirección a su habitación. Cuando Lorkin y Merria se sentaron, Dannyl reparó en la expresión de consternación de ambos.

—Entonces, ¿las noticias son buenas o malas?

Lorkin esbozó una sonrisa irónica.

—Ambas cosas. La mala es esta...

Le entregó una carta a Dannyl. Tras fijarse en que llevaba el sello del rey, que estaba roto, la abrió y la leyó. Un escalofrío le bajó por la espalda.

—En resumen —dijo—, te prohíbe que te marches y te notifica que debes comparecer ante él cuando yo regrese. Has convivido durante meses con los rebeldes, por lo que es evidente que el rey quiere saber todo lo que has descubierto.

—No esperarás que se lo revele, ¿verdad?

—No, a menos que el Gremio..., no, que nuestro rey te lo ordene.

Lorkin parecía angustiado.

—¿Puede impedir que me marche? ¿Tengo que acudir ante él?

—Depende de hasta qué punto esté dispuesto a poner a prueba la paz entre nuestros países. —Dannyl arrugó el entrecejo—. Que te fueras a vivir con los rebeldes seguramente ya la puso a prueba en buena medida. Y si te enviamos a casa a pesar de todo, se lo tomarán como un insulto aún peor.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Tú colaboras. Te quedas aquí. Te reúnes con él. Te muestras respetuoso y cortés, pero sin revelarle nada. Los demás (yo, el Gremio, el rey y cualquier otra persona a quien logremos convencer de que nos ayude) intentaremos persuadirlo para que te deje marchar.

—Eso puede llevar mucho tiempo.

El nerviosismo de Lorkin se hizo aún más patente. Miró a Merria y luego a la puerta por la que se había ido Tayend.

—Hay... algo más. Por la sorpresa que has demostrado al verme, deduzco que no te has comunicado con Osen.

Otro escalofrío recorrió la espalda de Dannyl.

—No. Hubo una tormenta y... He estado demasiado ocupado para ponerme el anillo. —Maldijo por lo bajo. Los anillos de sangre eran muy útiles, pero tenían demasiadas limitaciones. Deseó que le hubieran permitido fabricar uno para dejárselo

al administrador. De ese modo Osen habría podido ponerse en contacto con él directamente.

Lorkin lo miró a los ojos con expresión seria. De pronto parecía mucho mayor de lo que era... o que la imagen que Dannyl guardaba de él en su mente.

—No puedo decírtelo en voz alta, pues alguien podría oírnos. Tendrás que comunicarte con Osen —dijo Lorkin—. Cuanto antes.

EPÍLOGO

Un ruido en el pasadizo alertó a Cery antes de que él viera la luz. Más tranquilo, se puso de pie y esperó mientras Anyi caminaba hacia él. Cuando estaba cerca, la vio sonreír y exhaló un suspiro de alivio.

Le gustaba verla tan contenta. Le sentaba bien tener una amiga. Pasarse el día encerrada en la guarida iba contra su naturaleza, y por más sesiones de entrenamiento a las que la sometían Gol y él, no conseguían apaciguar su carácter inquieto.

«El único peligro real que entrañan esas visitas a Lilia es la precaria estabilidad de los pasadizos de debajo del Gremio.» Ningún ladrón se había atrevido a ocuparlos. Se decía que los Slig, los niños de las barriadas que habían construido sus casas en algunos tramos del Camino de los Ladrones, reconocían y evitaban las zonas inseguras de forma instintiva. Anyi había llevado a Lilia a los túneles y ambas habían comenzado a realizar reparaciones. Cery esperaba que supieran lo que hacían.

—No tienes por qué esperarme —dijo Anyi, no por primera vez.

Cery se encogió de hombros.

—No me molesta.

—Llevo horas por ahí.

Él miró a Gol.

—Hemos estado entretenidos.

Ella suspiró y pasó por su lado.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—A casa —respondió Cery.

Avanzaron y se desviaron del Camino de los Ladrones en cuanto llegaron a un lugar seguro. Mientras, él pensaba en el mensaje de Sonea. No podía reprocharle que quisiera aprovechar la ocasión para reunirse con Lorkin. Él habría hecho lo mismo.

Pero no confiaba tanto en Kallen como en ella. «Y no solo porque no lo conozca tan bien como a Sonea, o porque él no proceda de las capas bajas de la sociedad de Imardin, ni siquiera porque le guste la craña. El tipo es demasiado...» Buscó la palabra adecuada y acabó conformándose con «rígido». Cery no dudaba que su promesa de no abandonar jamás la búsqueda de Skellin fuera sincera, pero esa promesa nacía de su devoción por la ley y por lo que era correcto, más que del deseo de proteger a los demás. No creía que Kallen fuera capaz de soslayar la ley o sus valores morales, y eso podía acabar por perjudicar a alguien. «Y los que tenemos más posibilidades de salir perjudicados somos Anyi, Gol y yo.»

Finalmente llegaron a la entrada de la guarida. Fuera hacía un frío que calaba los huesos. Aunque todos estaban ansiosos por pasar para entrar en calor, hicieron el esfuerzo de tomar todas las precauciones habituales y de accionar los dispositivos de

seguridad con sus dedos entumecidos. Una vez dentro, Anyi se dedicó a encender el fuego mientras Gol comprobaba que nadie hubiera obstruido las vías de escape.

Cery se sentó. Sobre la mesa había una botella de vino y tres copas. Él suspiró. En aquel momento lo único que le apetecía era un vaso de bol caliente.

—¿Tenemos algo que celebrar? —preguntó, mirando a Anyi y a Gol.

Los dos se volvieron hacia él con expresión desconcertada.

Cery señaló la botella.

—¿Esto es idea vuestra?

Ambos sacudieron la cabeza.

Él se quedó mirando la botella. El corazón le dio un vuelco. Empezaron a zumbarle los oídos. Una etiqueta estaba atada con un cordel al cuello de la botella. En ella había garabateadas tres palabras.

«Para tu hija.»

Se puso de pie, tambaleándose.

—Fuera —jadeó—. Alguien ha estado aquí. Tenemos que largarnos.

GLOSARIO

ANIMALES

Anyi — mamífero marino con púas cortas

Blinga — criatura parecida a la ardilla que roba comida

Ceryni — roedor pequeño

Cuáneo — molusco poco común

Enka — animal domesticado con cuernos; se cría por su carne

Eyoma — sanguijuela marina

Farén — término general para designar a los arácnidos

Gorín — animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos

Harrel — animal domesticado pequeño; se cría por su carne

Inava — insecto del que se cree que da buena suerte

Limek — perro salvaje depredador

Mosca de la savia — insecto arbóreo

Muluk — ave nocturna salvaje

Pollillas aga — insectos que se alimentan de ropa

Rasuk — ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne

Ravi — roedor, más grande que el ceryni

Reber — animal domesticado; se cría por su lana y su carne

Sevli — reptil venenoso

Yil — variedad de limek domesticado que se usa como animal rastreador

Zill — mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía

PLANTAS / COMIDA

Aguablanca — licor puro hecho a partir de tugores

Bol — licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»)

Brasi — vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños

Cabas — verdura hueca en forma de campana

Carroña — término que en argot designa la droga llamada craña

Cascavea — especia que se cultiva en Sachaka

Cepa anívopa — planta sensible a la proyección mental

Costrafresca — corteza con propiedades descongestionantes

Craña — planta de la que se obtienen una droga soporífera y un perfume

Crot — alubia grande y violeta
Curem — salsa suave de frutos secos
Curren — cereal comestible de sabor fuerte
Dall — fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas
Dunda — raíz masticable que se emplea como droga estimulante
Flor de crema — flor que se emplea como somnífero
Gan-gan — arbusto floral procedente de Lan
Gotas dulces — caramelos
Iker — droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos
Jerra — judía larga y amarilla
Kreppa — hierba medicinal de olor nauseabundo
Madera de noche — madera noble
Marín — fruto cítrico rojo
Monyo — bulbo
Mostaza silvestre — planta que se cultiva en Sachaka
Myk — droga que nubla la mente
Nalar — raíz de sabor picante
Nemmin — droga que induce al sueño
Pachi — fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino
Pastaconos — pasteles tamaño bocado
Pemeino — especia parecida a la pimienta
Piorre — fruta pequeña y de forma acampanada
Raíz de hus — hierba que se utiliza para limpiar heridas
Raka / suka — bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka
Salsa chebol — salsa densa para la carne hecha de bol
Shem — tallo silvestre comestible
Sumi — bebida amarga
Telk — semilla de la que se extrae aceite
Tenn — cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina
Tiro — fruto seco comestible
Tugor — raíz parecida a la chirivía
Ukkas — plantas carnívoras
Vare — bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos

VESTUARIO Y ARMAMENTO

Abriegolargo — prenda de vestir que llega hasta el tobillo
Incal — símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la

manga o el puño

Cuana — cuentas pequeñas en forma de disco hechas de concha

Kebin — barra de hierro con un garfio que llevan los guardias para enganchar con él el cuchillo de un agresor.

Nagua — prenda interior de las mujeres kyralianas

Viero — instrumento de cuerda de Elyne

LOCALES PÚBLICOS

Agujero — edificio construido con materiales de desecho

Casa de baño — establecimiento en que se toman baños y que ofrece otros servicios de aseo personal

Casa de bol — local que ofrece bol y alojamiento a corto plazo

Casa de fermentado — local donde se elabora el bol

Casa de queda — edificio en el que se alquila una habitación por familia

PAÍSES Y PUEBLOS DE LA REGIÓN

Dúneos — tribus que habitan en el desierto volcánico del norte de Sachaka

Elyne — vecino de Kyralia y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Kyralia — vecino de Elyne y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Lan — tierra montañosa poblada de tribus guerreras

Lonmar — tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga

Sachaka — sede del otrora gran Imperio sachakano, la mayoría de cuyos habitantes son esclavos de los más poderosos

Vin — nación isleña famosa por sus hábiles marineros

TÍTULOS Y CARGOS

Amo — sachakano libre

Aprendiz — persona de Kyralia que recibe formación en magia y que aún no ha aprendido magia superior

Ashaki — hacendado sachakano

Burgomaestre — plebeyo que tiene a su cargo una comunidad rural (responde ante el lord del señorío)

Consejeros del rey — magos que asesoran, sanan y protegen al rey de Kyralia

Gran Lord — líder oficial del Gremio de Magos de Kyralia

Ichani — sachakano libre que ha sido desterrado

Lord / Lady — mago del Gremio que no posee un título superior

Líderes de las disciplinas — profesores encargados de impartir las disciplinas de

sanación, habilidades de guerrero y alquimia

Maestro — sachakano libre

Mago negro — uno de los dos magos a los que se permite saber magia negra

Rector — mago encargado de orientar y controlar a los aprendices dentro y fuera de la universidad

OTROS TÉRMINOS

Acceso — pasillo principal que conduce a la sala maestra en las casas sachakanas

Alojamiento de los esclavos — zona de las casas sachakanas donde viven y trabajan los esclavos

Finoli — término de argot que en el Gremio designa a los aprendices y magos procedentes de las Casas

Gema de sangre — piedra preciosa artificial que permite a su creador escuchar los pensamientos del portador

Los Slig — pueblo que vive oculto en los túneles situados debajo de Imardin

Mal del esclavo — enfermedad de transmisión sexual

Obin — vivienda aislada construida en los terrenos de una casa del valle de Naguh

Piedra de almacenaje — gema capaz de acumular magia en su interior

Plebi — término de argot que se utiliza en el Gremio para designar a los aprendices procedentes de las clases medias o bajas

Sala maestra — estancia principal de las casas sachakanas en la que se recibe a las visitas

Sangre de la tierra — nombre que las tribus dúneas dan a la lava

GUÍA

GUÍA DE LORD DANNYL PARA EL ARGOT DE LAS BARRIADAS

Abuela — chulo, proxeneta

Apagar — convencer a alguien para que guarde silencio

Batea — contrabandista

Blinga — alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama «hacer la de blinga»)

Botar — rechazo / rechazar («no nos botes»)

Brillo — atracción («ella le tiene un brillo» significa «ella le atrae»)

Buen lado — digno de confianza / con el corazón en su sitio

Buen toque — intento razonable

Caraboñiga — tonto

Clicar — tener una idea, ocurrírsele algo

Cliente — persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón

Contra — fulana

Cuchillo — asesino de alquiler

Cuerda — libertad

Desagüe — vendedor de artículos robados

Desbandado — difícil

Dinero de sangre — pago por un asesinato

Enfuegado — furioso («se puso todo enfuegado por aquello»)

Enseñar — presentar

Espacio — concesión / permiso

Estilo — forma de llevar a cabo los negocios

Gorrero — hombre que frecuenta los burdeles

Hecho — asesinado

Ir por — estar buscando

Jarra — boca (de un recipiente de bol, por ejemplo)

Ladrón — líder de un grupo criminal

Losdes — habitantes de las barriadas

Manopla — guardia sobornable o bajo el control de un ladrón

Mensajero — matón que avisa o cumple una amenaza

Mina de oro — hombre que prefiere a los chicos jóvenes

Ojar — montar guardia

Parientes — personas de confianza de un ladrón

Pesados — gente importante

Pescar — proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia)

Pillado — capturado

Pinchar — reconocer / comprender

Preocupar — esconder («él preocupa su negocio» / «ya te preocupo yo eso»)

Rascada — problema («tuve alguna rascada por aquello»)

Sifón — espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien)

Vigía — persona que no quita ojo a algo o a alguien

Visitante — persona que roba

Yep — llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, este libro sería mucho más imperfecto de no ser por la generosidad y el trabajo de quienes leyeron mis borradores. En esta ocasión recibí críticas encontradas sobre las historias y los personajes, lo que me ayudó a decidir qué hacer con ellos. Quiero dar las gracias a Paul Ewins, Fran Bryson, Liz Kemp, Foz Meadows, Nicole Murphy, Donna Hanson y Jennifer Fallon por su lucidez, sus opiniones, sus sugerencias y su habilidad para detectar errores.

Gracias de nuevo a Fran, a Liz y a los agentes maravillosos de todo el mundo. Gracias, también, a los fabulosos equipos editoriales de Orbit y a las empresas responsables de las ediciones extranjeras, que trabajaron duro para hacer llegar mis historias a los lectores de todas partes por medio de impresiones hermosas, libros electrónicos accesibles y cautivadoras versiones en audio.

Por último, les estoy profundamente agradecida a todos los lectores. Aunque podría seguir escribiendo libros sin recibir sus comentarios, no sería ni por asomo tan divertido. Por otro lado, jamás habría podido dedicar tanto tiempo y energía a ello si la gente no gastara el dinero que tanto le cuesta ganar para leer mis humildes relatos. Muchas gracias por vuestro entusiasmo y vuestro apoyo.



TRUDI CANAVAN, vive en Melbourne, Australia. Su ópera prima, las «Crónicas del mago negro» (trilogía conformada por *El Gremio de los Magos*, *La aprendiz* y *El Gran Lord* y publicada en castellano por Debolsillo), destacó como un fenómeno internacional de ventas y los derechos de traducción se han cedido para una veintena de idiomas. Posteriormente se publicó la trilogía «Age of the Five». A estos libros siguió *La maga* (Plaza & Janés, 2012), que narra los orígenes del universo de las «Crónicas del Mago Negro» y fue galardonado en 2009 con el Premio Aurealis a la Mejor Novela Fantástica.

La trilogía de «La espía Traidora» es la secuela de las «Crónicas del mago negro» y se inició con *La misión del embajador* (Plaza & Janés, septiembre 2012). *La renegada*, la segunda entrega, permaneció durante varias semanas en las listas de más vendidos en el Reino Unido. La saga se cerrará con la publicación en Plaza & Janés del tercer volumen en primavera 2013. Canavan ya se ha confirmado como una de las grandes voces de la literatura fantástica mundial, y está actualmente escribiendo una nueva serie ambientada en un universo inédito.

www.ellegadodelmagonegro.com